

JOAQUÍN SERRANO DÍAZ



INSONDABLE

INSONDABLE

JOAQUÍN SERRANO DÍAZ

©2018 Joaquín Serrano Díaz
©Cubierta: Joaquín Serrano Díaz
© Maquetación: Joaquín Serrano Díaz
Primera edición.

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni el diseño de su cubierta ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin la autorización previa por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los citados derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual (Arts.270 y siguientes del Código Penal.)

Esta es una novela de aventuras, donde la historia es un mero telón de fondo para situar al lector en de un espacio y tiempo determinados.

Cualquier parecido con la realidad, ya sea este en referencia a sus personajes, nombres o situaciones, es pura coincidencia.

Los personajes clericales relevantes en este tiempo han sido sustituidos por otros completamente ajenos a la historia oficial y pasado a ser figuras de ficción sin pretensión documental.

Las poblaciones en que tiene lugar esta historia, aunque reales, no son de carácter estricto, y tan solo obedecen a la necesidad de la trama.

*La fantasía y la realidad
son como hilo y aguja,
pueden separarse, pero no tienen
sentido la una sin la otra*

JOAQUÍN SERRANO DÍAZ



↳

G

∞

PRELUDIO

...Comenzó a presagiar el silencio... a palparlo... a oír el eco de sus pasos retumbando entre los muros.

Era un silencio extraño y sonoro; estruendoso como el rugido de un trueno y envolvente como la fría oscuridad de una noche sin luna.

Tragó saliva, bajó los parpados y percibió un centelleo de su mortecino tono; era negro como el mismo miedo, y de entre todos los silencios el más espantoso y sombrío... tan opaco y vacío como la noche que venía a anunciarle.

Como si nada tuviese ya importancia, se acercó hasta el mirador y observó cómo las llamas devoraban todo sin compasión.

Su rostro adquirió un rictus de aflicción; el espectáculo era tan desolador como la muerte que dejaba a su paso.

Incapaz de seguir mirando, cerró los ojos, impotente.

Sus pertenencias; cuanto poseía de valor, se convertía ante sus ojos en cenizas y despojos; personas, animales y cosas impregnaban el aire de aquella mañana lluviosa, de un pestilente hedor a piedra, madera y carne calcinada.

Aquel otoño de 1492 era más otoño que nunca, pensó, y parecía extenderse a su vida, presagiando el invierno.

De repente un aullido pareció emerger del fondo de sí mismo; era la reverberación del vacío implacable cuando comienza a llenarlo todo; el sonido de la nada cuando se expresa. Cuanto tuvo estaba perdido. Sus sirvientes más leales; aquellos que confiaron de manera ciega en él y decidieron permanecer hasta aquél último y decisivo momento a su lado, lo hicieron también hasta el último aliento.

Niños, ancianos, mujeres, hombres y animales, yacían malheridos o ya muertos desperdigados por el patio de la fortaleza, incrustando en el ambiente esa nota siniestra y discordante que precede al caos.

Intentó ordenar sus pensamientos, pero el panorama que avistaba no se lo ponía fácil. Mientras sus extenuadas y envejecidas facciones se inundaban de un sudor helado que se deslizaba como una catarata desde su frente hasta la comisura de su boca, se volvió hacia unas escaleras que se encontraban tras él.

Sin poder controlar los nervios, el pulso se le aceleró.

Exhaló todo el aire que contenían sus pulmones, miró a lo alto y contempló el cielo; estaba teñido del color gris plomizo de las guerras, y parecía tan cargante y siniestro como el momento trascendente por el que transitaba; tan ceniciento y acerado como el inexcusable destino que le esperaba... Tan agrisado como la hoja de una espada.

Transigente, acabó por aceptar el destino que parecía reservarle la vida; una vida que él mismo eligió de forma voluntaria, y que ahora, como un ladrón en la oscuridad, venía a pasarle factura. La felicidad tiene un precio.

Durante unos minutos a través de los cuales el tiempo pareció desvanecerse entre la neblina, fijó sus ojos en la escalinata. A pesar de no albergar la más mínima duda de que era el conducto por el cual le llegaría el infortunio, trocando en despiadada realidad sus oscuros presagios, ni siquiera pestañeó.

No tardarían en aparecer, pensó, después de todo, era él el auténtico y deseado botín; él, y su secreto.

Bajo la vigilante mirada de su hija, plegó con esmero el pergamino que sostenía y con manos temblorosas lo introdujo en una pequeña caja de alabastro. Acto seguido metió otro pergamino en una cajita idéntica, y cerró una tercera, completamente vacía.

—¿Qué decisión has tomado, padre?

—Hija —suspiró—, yo ya no tengo elección.

—¡No digas tonterías, anda! —exclamó la muchacha- apenas una adolescente- abalanzándose en sus brazos—. Nunca se debe perder la esperanza. ¿Fuiste tú, recuerdas, quien me enseñó a pensar así? Son tus propias palabras, y no debes contrade...

La interrumpió con un aspaviento y habló en tono de súplica, aunque más bien pareció una orden.

—Deseo que hagas una última cosa por mí, Victoria... Es muy importante y...

Ella le interrumpió a su vez.

—¿Cómo que última? Todavía podemos entregarnos, padre. ¿Qué nos

importa que se queden con todo? ¿No es acaso eso lo que quieren? Nosotros podemos empezar de nuevo en otra parte.

Dragan rebatió las palabras de su hija con la cabeza, se volvió hacia el patio y señaló las llamas.

—Si solo quisieran nuestros bienes, no los estarían quemando, hija...

Se volvió hacia ella y acarició sus sonrojadas mejillas humedecidas por las lágrimas que comenzaban a caerle hacia la comisura de los labios, la rodeó por el cuello y la atrajo hacia su pecho.

—¡Abrázame fuerte! —imploró estrujándola entre sus brazos a la vez que cerraba los ojos deseando que aquel instante se eternizara, pues intuía que no se repetiría—. No nos queda mucho tiempo.

Ella le estrechó también con todas sus fuerzas a la vez que, impotente, cerraba los puños hasta clavarse las uñas.

—Padre, por favor... No me dejes sola.

Dragan deshizo el abrazo y la miró a los ojos.

—No sabes cuánto desearía poder hacerlo, Victoria.

—¿Entonces...?

No contestó. Tomó las cajas, las metió en un zurrón y lo colgó en su hombro.

—¿Por qué me das esto, padre? Yo...

—Hija, no deberías perder tiempo. Tienes que salir de aquí cuanto antes. ¡Hazlo por mí!

La agarró por la muñeca, tiró de ella afablemente y la condujo hasta unas angostas escaleras que llevaban a un sótano subterráneo.

—Ella intentó resistirse.

Dragan se detuvo y señaló su abultada barriga.

—No deberíamos desperdiciar el tiempo —insistió—. No tardarán demasiado en encontrarnos, y no quiero ni pensar en lo que harían contigo si te... No puedes seguir aquí, hija. ¡No puedes hacerme eso!

Victoria se palpó la barriga y comenzó a descender despacio. Cuando estuvieron abajo se apresuraron hacia una estancia hermética que ella aún no conocía. Ya en su interior, Dragan encendió una antorcha, cerró la puerta y la aseguró; después se dirigió hacia una de las esquinas y levantó una losa del piso dejando al descubierto otras estrechas escaleras, estas de caracol.

Victoria intentó ojear el interior del agujero, pero no consiguió ver nada; aquellas siniestras escaleras estaban envueltas en profunda oscuridad; una tenebrosa negrura que no había sido tocada por la luz en mucho tiempo.

—¡Por aquí! —la apremió—. Debes partir ya... Y por favor, no mires atrás. ¡No lo hagas hija! —suplicó.

—Pero padre...

Dragan le tapó la boca y meneó la cabeza.

—No lo hagas, Victoria. No dudes ni un solo segundo de que haces lo correcto y también mi voluntad. Eres lo único que tengo; lo que queda de la familia.

Ella insistió una vez más. ¿Qué podía hacer si no?

—Dime... ¿cuál es la causa de que no puedas venir conmigo? ¿Qué te retiene en este lugar? Aquí no hay ya vida; solo ruinas, cenizas y desolación.

—Sería un lastre demasiado grande y pesado para ti, Victoria. —La observó con ternura; acariciándola con los ojos y con las palabras—. Tú aún eres joven; demasiado joven para... —Meneó la cabeza y suspiró—. Qué más da... No lo entenderías.

—Es que no deseo entenderlo... Tampoco podría.

Dragan sonrió a la vez que acariciaba su mejilla.

—Te quiero demasiado, hija... Permaneciendo aquí te ayudaré más y mejor; de hecho, es el único modo de que se desentiendan de ti por unas horas. En otros tiempos y circunstancias distintas lo habría intentado, pero no voy a eclipsar tu vida por alumbrar lo que queda de la mía.

Victoria no podía creer lo que estaba oyendo.

—¿Pero cómo puedes decir eso? —exclamó—. ¿Sabes lo que estás diciendo?

Dragan insistió, inquieto.

—Tienes que bajar esta escalera, hija. Hazlo de una vez, o todo estará perdido. Incluso tú. ¿No entiendes que todo lo que he hecho habría sido para nada? Si no sales de aquí ahora mismo, todo habrá sido en vano...

Victoria miró hacia abajo y observó una vez más la negrura que se extendía bajo sus pies. Aquellas escaleras sumidas en una profunda nada, simbolizaban la frontera entre la vida y la muerte...

Su padre la rodeó por la cintura.

—Baja sin miedo hasta alcanzar el segundo túnel —la animó—; el anterior es eterno y sin salida. Una vez en él, camina sin perder la esperanza. Es largo también, pero a diferencia del primero, te conducirá hasta un bosque.

—¿Un bosque?

—Un bosque inmenso dónde estarás por fin a salvo.

Tras decir esto encendió otra antorcha, la puso en sus manos y le dio un

beso en la mejilla.

—No me olvides, hija.

Ella le miró indecisa y tocó su vientre.

—Pero padre, ¿cómo podré conseguirlo en mi estado?

Dragan le puso la mano en la barriga y la acarició.

—La única forma de mantenerte en ese estado y pasar al siguiente, es hacer lo que te pido. Esto se acaba, hija. Todo cuanto te rodea forma ya parte del pasado; incluso yo... Huye y comienza de nuevo en otro lugar.

Palideció. ¿Cómo podía decirle aquello su padre?

—¡Venga! —La apremió una vez más—. No pierdas más tiempo. ¡Sé feliz! Es lo que tu madre hubiera querido y lo que yo también deseo. Intenta conseguir tú lo que a nosotros nos ha sido negado.

—¿Negado? —Se asombró—. No sé a qué te refieres con eso... —Le agarró con fuerza por los hombros y le zarandeó con intención de hacerle recapacitar—. Aún te tengo frente a mí —exclamó con rabia—. ¿Y sabes una cosa? Me niego a pensar que formas parte del pasado. Es más, no consigo ni imaginarlo...

Dragan señaló el zurrón y añadió con desdén:

—A lo largo de muchos siglos, hija, algunos hombres, entre los que me incluyo, nos hemos esforzado en buscar el sol entre amaneceres, pero siempre hemos encontrado luna entre sol y sol... Y esta es mi luna.

Deprimida, hizo un gesto de impotencia. Se sujetó la frente con ambas manos, en un vano intento de asimilar la repentina osadía de la que hacía gala su padre, pero no lo consiguió ¿Cómo podía aceptar así, sin resistencia, su propia muerte? Le conocía muy bien y comprendió que no había vuelta atrás. Ese tono sereno en cada palabra... esa frialdad capaz de helarle la sangre, que reflejaba su rostro en esa situación límite que estaban viviendo, eran indicios inequívocos de que su decisión era meditada e irrevocable.

Abatida, se dejó caer en sus brazos.

—No puedo imaginar la vida sin ti, padre.

Dragan la apresó con fuerza.

—Saldrás adelante, ya lo verás. —Deslizó la mano por su largo cabello rojo y la animó—: Te he preparado para eso y para mucho más. No debes tener miedo.

A Victoria se le escapó un sollozo.

—Te echaré tanto de menos... Esa forma poética tuya de observar el mundo y entender la vida, siempre vendrá conmigo.

Dragan cerró los ojos y exhaló un suspiro.

—Todo tiene un precio, Victoria; incluso la felicidad. Durante años la busqué a tientas, caminando a través de una misteriosa niebla que jamás conseguí dispersar del todo. Quizá sea ahí, entre esa niebla, donde encuentra el buscador el sentido de las cosas. Todo está tras la niebla; lo bueno, lo malo, la felicidad, la desdicha. ¡Todo! Jamás llegué a vislumbrar lo que podía hallar tras ella; tampoco hasta este momento supe a dónde me conducía.

—¿A qué te refieres?

Abrió los ojos y buscó los de ella.

—A que de lo que no tengo la menor duda, hija, es de que esta niebla de la que hablo me pertenece, y a dónde conduce, también. Es solo mía, y el precio que pago por tu felicidad.

Victoria no pudo contener otro gemido.

—¿Estás seguro de lo que dices, padre? Yo no podré ser feliz así... ¡ni lo sueñes!

—¡Vete! Cuando acaben en el patio buscaran aquí...

La empujó con suavidad, pero ella se resistió.

—¡He dicho que solo mía, Victoria! Que eso te quede claro —exclamó con firmeza.

—No puedo dejarte solo, padre.

Dragan no respondió; el brillo de sus ojos lo hizo por él y le delató. Le costaba aparentar esa fortaleza todo el tiempo.

Desbordada por aquellos inesperados acontecimientos que aún no acababa de asimilar ni para los que se había preparado, se estremeció una vez más contemplando a su cada vez más abatido padre, quién, intentando aparentar una entereza difícil de fingir, forzaba una sonrisa que le hacía aguas por todas partes. La tenue luz de la antorcha que sostenía con mano temblorosa dejaba entrever una marcada expresión de dolor en su descompuesto rostro y acentuaba en él la imborrable y despiadada huella de los años. Fueron solo unos segundos, pero cómo se estiraba el tiempo cuando el momento de despedirse de alguien que había sido la piedra angular de su vida; el pilar en el que siempre se había apoyado, llegaba. Sintió un temblor con sólo pensarlo; era como arrancarse un trozo de ella misma.

Intentando no derrumbarse, acarició las mejillas de su padre y retiró el sudor de su frente. Sabía que el miedo le atormentaba; que toda esa calma que intentaba aparentar era teatro para consolarla.

Su voz la sacó de sus pensamientos.

—Es hora de irte —dijo por enésima vez—. Sé que lo superarás. Ahora duele, pero el tiempo calmará tu llanto. Siempre lo hace...

Sin poder contener las lágrimas, se aferró con fuerza a su padre, intuyendo que no volvería a abrazarle jamás, y no pudo contener un sollozo, pensando en lo que dejaba atrás. Temblorosa, miró de soslayo el agujero que parecía aguardarla, no dudando un segundo de que aquella negra y húmeda escalera era una trampa del destino. ¡Como se reía de ella la vida! ¡Qué ironía! Ella escapaba, pero todo lo que tenía valor: su familia, su amado, su infancia, sus recuerdos, se quedaba allí. Su vida entera quedaría en la bruma cuando se enterrara en vida en aquél foso.

Intentó una vez más, que su padre recapacitara.

—Padre, yo...

Dragan suspiró antes de replicar.

—¿Tú, qué? ...¡Tú, nada!

—Ni deseo ni debo irme sin ti... ¡Me niego!

Su padre resopló impaciente.

—Debes hacerlo... Por tu bien y el de lo que llevas en tu vientre.

De forma inconsciente se llevó las manos a la barriga.

—Pero si no puedo, padre. Esto es más fuerte que yo.

—¡Vamos, hija! —la instigó—. Hazlo por nosotros...

Los embravecidos gritos de los mercenarios ahogaron sus palabras; se oían cada vez más nítidos y reverberaban estrepitosos entre los gruesos muros, dejando patente su mensaje de muerte.

Ya no recordaba las veces que lo había dicho, pero lo repitió como si fuera la primera.

—Debes partir. En ese zurrón se encuentra el motivo de mi vida y la continuidad de la tuya. No permitas que nadie te lo arrebatte. Sé que este momento es muy difícil de llevar; que te cuesta entenderlo. Pero eres inteligente y estoy convencido de que sabrás unir las piezas.

Le abrazó con todas sus fuerzas y se resignó; de haber podido, se hubiera fundido con él.

—Hasta siempre... —le dijo empapada en lágrimas—. Nunca te olvidaré, padre. Siempre te llevaré conmigo.

Dragan carraspeó.

—Un último deseo, Victoria... Se me olvidaba...

Ella se volvió a él con los ojos cerrados; mirando hacia dentro. En lo más hondo de su corazón, albergaba la idea de que cambiara de opinión y la

acompañara.

—¿Sí, padre?

Puso la mano en su barriga y la acarició.

—Si lo que nace es un niño, llámale Teth.

Confundida, asintió e hizo ademán de partir, pero de forma inconsciente, se volvió.

—¿Y si es niña...?

—Sabrás qué hacer, Victoria... —aseguró.

Ella negó con la cabeza. No entendía nada.

—Pero, padre —quiso saber—, es que...

Dragan comenzaba a ponerse nervioso.

—¡No puedes entretenerte más! ¿Acaso no oyes el eco de esas voces? ¿Crees que tardarán en aparecer por aquí?

Victoria no podía controlar el temblor de su voz.

—Pero es que no acabo de entender. Todo lo que está ocurriendo me sobrepasa. —Tocó el zurrón—. Esto que me has entregado me supera. Y además, ¿qué voy a hacer yo sin ti?

Dragan apartó el mechón rojo que ocultaba su verde e intensa mirada, y casi susurrando, confesó:

—Durante años tuve la oportunidad a tantos negada, de bañarme en las cristalinas aguas del conocimiento. He perseguido sin tregua a esa escurridiza ciencia que todo lo sabe y me he zambullido en las turbulentas aguas del insondable misterio que la envuelve. Pero...

—¿Pero qué...?

—Que por desgracia estoy a punto de volver al punto de partida, sin haber salido apenas de él. Todo acaba por regresar al silencio.

—¿Qué quieres decir?

Señaló el zurrón y añadió a modo de sentencia:

—Y ella volverá también a él si tú no pones remedio.

Victoria frunció el ceño y entrecerró los ojos.

—¿Que ella también volverá al silencio? —exclamó, alterada— Háblame claro. No imagino a qué debo poner remedio, y menos aún la razón por la que debo hacerlo.

La acarició con mucha delicadeza e intentó aplacar el evidente nerviosismo que le producía el desconcierto.

—¡Victoria! Qué nombre tan bello y sugerente eligió para ti tu madre. Ella siempre quiso llamarte así; unos meses antes de tu nacimiento, ya había

decidido que te llamarías igual que ella; pensó que ese nombre era una premonición; que acabarías siendo una vencedora.

—Sí, padre, me lo has contado mil veces. Pero ahora mírame. Estoy a punto de meterme en un agujero infecto del que no sé a dónde conduce, y no solo debo dejar atrás cuanto he sido, sino renunciar también a cuanto hubiera podido ser. ¿Es eso vencer? Toda mi vida se está llenando de oscuridad y silencio; y no pienses que de ese silencio poético que a ti tanto te inspira, de ese no.

Dragan no contestó.

Resignada, comenzó a descender. Mientras se alejaba, escuchó por última vez la voz de su padre, reverberando amplificadas entre las paredes rocosas que la envolvían.

Se detuvo, cerró los ojos, y el eco del mensaje pareció ir rebotando de piedra en piedra hasta su oído.

«Escucha con atención ese silencio del que hablas, y descífralo» — retumbó, cavernoso.

Con voz trémula y estómago encogido, dejó caer esas palabras; las últimas, mientras ella se alejaba de su vista y de su vida.

Imaginó con ojos encharcados cómo se desdibujaba su silueta alejándose de él, cómo se disipaba en las sombras hasta fundirse con las húmedas paredes de aquél lúgubre pasadizo, semejando ser engullida por su negro manto. Si existía alguna sensación comparable con la muerte, era la que estaba sintiendo en ese momento; una intensa y casi palpable sensación de ver alejarse lo que más quería, que le arañaba el estómago y le corroía las tripas hasta dejarle sin respiración.

Tapó el pasadizo y abandonó la estancia. Subió a un corredor iluminado por la claridad del día y caminó por él recreándose y disfrutando quizá como nunca de la luz; una luz que, de forma tan extraña como inexplicable, se le antojaba ahora desconocida; una luz transitoria que le iba conduciendo sin remedio hacia otra oscuridad que nada tenía que ver con la noche.

Los minutos se convertían en horas, y las horas parecían tan largas e interminables como aquél túnel. Caminando entre tinieblas a paso lento y pisando ratas, el tiempo era paradójicamente atemporal y se estiraba hasta el infinito.

Pero lo que acaparaba la mente de Victoria, no era ese tiempo descolgado

de sí mismo, ni tampoco las ratas que tenía que sortear para dar un paso; ni siquiera la negrura imperante que tanto la exasperaba. Aquello había pasado a un segundo plano. Desde que se coló en aquel agujero inmundo, no se sacó de la cabeza las últimas palabras de su padre; un consejo que le rebotaba entre las sienes con cada latido:

«Escucha con atención el silencio, y descífralo».

Con la respiración agitada y el corazón desbocado, iba repitiendo aquellas contradictorias palabras una vez tras otra, mientras, sin detenerse, atravesaba aquel infernal corredor; una estrecha garganta de piedra que parecía ir tragándose pedazos de su vida con cada paso que daba.

Aquellas últimas palabras que la perseguían sin darle tregua, le sonaban más a adivinanza que a otra cosa, y en otras circunstancias, le hubieran parecido insustanciales. Pero su padre las dijo y tenían que significar algo.

Paró para poner en orden sus pensamientos y sintió un estremecimiento al escuchar su propia respiración. La ausencia del sonido que producían sus pisadas, causó tal zozobra en ella, que no sentía su pulso.

Contuvo la respiración y cerró los ojos. El silencio del silencio; se lo dijo a sí misma mientras se sentía envolver por aquella agobiante quietud. Aquellos muros de piedra que la aprisionaban, despertaban en ella una sofocante sensación claustrofóbica que le paralizaba el aliento.

Con los ojos cerrados, se concentró en aquella falsa y desesperante calma; sus estrepitosos alaridos de silencio, parecían gritarle al oído su triste soledad.

Se estremeció al pensarlo. Un lugar apagado y tétrico como aquél, invitaba al silencio, tanto como la miel a las moscas... lo insólito hubiera sido no pensar en él.

.....Y aquella calma absoluta y a la vez atronadora hasta la locura, que parecía estallar en sus oídos, tuvo también la virtud de traerle el recuerdo de un viejo poema de su padre; unos extraños versos que nunca llegó a entender en su plenitud, y que tenía olvidados en algún rincón de su mente; versos que, casualmente, exaltaban al silencio.

No se explicaba la razón de que aquél olvidado poema hubiese aparecido en su cabeza de manera tan repentina, pero el caso es que lo rememoró con tanto detalle como si lo acabase de escribir ella misma.

Escucha...

Escucha bien lo que no te digo.

*Escucha con atención mi silencio;
ese sonido escondido en poemas sin
letras, que grita a tu oído.
Escucha bien lo que no te digo.
Lee en el aire si puedes mis versos prohibidos;
aquellos que nunca he dicho ni escrito.
¡Escucha bien el silencio!
¡Ese grito de vacío!
¡Ese poema sin versos, que ensordece los sentidos.*

EL CAMINO DE LOS DRUIDAS

PRIMERA PARTE

I

EL RINCÓN DE LA BRUJA

Se volvió para asegurarse de que nadie la seguía.

Qué ironía, se decía a sí misma mientras se deslizaba por la enlodada ladera que serpenteaba montaña abajo, que aquella senda tan anegada como tortuosa por la que se estaba desmoronando sin control, la condujera donde la condujera, fuese el único hilo que la ataba a la vida.

Entre jadeo y jadeo, paró para tirar hacia arriba de su cada vez más pesado vestido; el agua y el lodo adheridos al tejido entorpecían sus movimientos frenándola en su marcha y provocaban que se fatigara en exceso.

Palpó el zurrón y comprobó que las cajas continuaban allí. A continuación llevó ambas manos a su vientre, y una tímida sonrisa le iluminó el semblante. Pero solo fue durante un segundo; el mismo miedo que la dominaba la impulsaba asimismo hacia adelante ignorando la fatiga y el dolor provocado por el esfuerzo; un esfuerzo para ella desconocido, pues nunca tuvo que caminar tantas horas, ni por lugares tan escabrosos.

Un agotamiento insufrible que en otras circunstancias la hubiera hecho abandonar allí mismo, mostraba ya sus primeros y traicioneros síntomas, pero decidió ignorarlo y continuar a pesar de que se encontraba extenuada y al borde del desfallecimiento.

Apretó los dientes con fuerza y avanzó decidida. No obstante, a pesar de obstinarse en no desplomarse en ese lodazal inmundo que la imposibilitaba dar un paso, tardó poco en caer rendida. Incapaz de dar un paso más, estalló en sollozos; ignoraba cuantas horas llevaba huyendo por aquella zona impracticable, pero su cuerpo, no, y a pesar de su coraje y férrea voluntad de sobrevivir, su energía y su ánimo tenían un límite y empezaban a desmoronarse como un edificio en ruinas.

Bañada en lágrimas y en la frontera del abatimiento, se dejó caer sobre el frío barro y extendió los brazos en cruz a modo de sumisión; como encomendándose a un cruel destino que parecía aguardar su último soplo. De manera instintiva se llevó las manos al vientre, como si buscara en esa vida que llevaba en su interior, las fuerzas que empezaban a faltarle y que necesitaba como el aire para no hundirse en aquél lúgubre e inhóspito lugar.

Pero el agotamiento pudo más que su voluntad. Cerró los ojos, apoyó la cabeza contra el barro, y la oscuridad la envolvió una vez más.

Abrió los ojos y examinó curiosa cuanto la rodeaba. No sabía dónde estaba ni cómo ni cuándo había llegado allí; aquél acogedor habitáculo llamaba a la calma, pero como todo, era desconocido para ella. El rostro impasible de la anciana que la observaba, también.

Como si en ese instante se le hiciera la luz, palpó su tripa y, sobresaltada, se incorporó de golpe.

—¿Qué hago aquí? ¿Dónde está mi hijo?

—Están bien, muchacha. No temas.

—¿Están...? —dijo, sorprendida. ¿Quiénes...?.

La anciana asintió con la cabeza.

—Demasiado bien diría yo... Estás de suerte.

Victoria se sorprendió aún más.

—¿Demasiado? No entiendo...

La mujer exhaló un suspiro y meneó la cabeza.

—Para como estarían de no haberte encontrado en aquél barrizal infecto... de maravilla —aseguró con una sonrisa—. Cuando te encontré estabas ya a puntito de parir. Tenías mucha fiebre, y solo te faltaba una mano amiga que... En fin, ya me entiendes. Después te fuiste.

—¿Me fui? —exclamó, ingenua.

—Perdiste el conocimiento. Estabas agotada... Creo que ni siquiera sentiste los dolores del parto; no sé si debido a tu fiebre o la pócima que te di. Sabía que era un remedio excelente, pero la verdad es que contigo ha sido milagroso. Has estado casi tres días en el limbo.

—¿Y cómo puede ser que no recuerde nada?

—Así debe ser el limbo...

—¿Cómo...?

La mujer sonrió y la ayudó a tumbarse sobre el catre; luego la dio unas

palmaditas en el hombro para animarla.

—Tranquilízate, mujer; están fuera de peligro.

—¿Quiénes? ¿Cómo que están...? ¿Y tú quién eres?

La mujer se llevó el dedo índice a los labios y agitó la cabeza.

—Shuuuuut —la increpó—. No grites... Duermen.

—¿Duermen? ¿Qué quieres decir? Pregunto por mi hijo. Quiero saber dónde está mi hijo.

—A ellos me refiero... Has tenido gemelos.

—¿Gemelos? ¿Y dices que están durmiendo?

La mujer se esforzó por no reír.

—Así es. Son bebés, y como tal, pasan la mayor parte del tiempo durmiendo. Es la naturaleza.

Victoria fue a replicar, pero no le dio tiempo.

—¿Oye, tú eres primeriza, verdad? Por tu juventud, diría que sí. No puede ser de otra manera.

La juventud de Victoria era tan evidente que saltaba a la vista. Era difícil no ver en ella a una adolescente. Aun así, no contestó a la pregunta.

La mujer encogió los hombros y exhaló un suspiro; a su edad, pues era ya anciana, intentaba ser lo empática que se puede ser con una muchacha que se encuentra en un lugar desconocido y con alguien a quién no ha visto jamás. En su lugar, ella actuaría de igual modo; si algo le habían enseñado los años, es que no se debe confiar en nadie, y menos aún en desconocidos; aunque hayan sido atentos contigo y te hayan salvado la vida. El cuento de la vaca y el pajarito era tan explícito al respecto, que lo rememoró al detalle.

—¿Te encuentras mejor? —le preguntó pasándole la mano por la alborotada melena roja y ondulada que caía por sus hombros hasta cubrirle el pecho. Después le tocó la frente, meneó la cabeza y esbozó una sonrisa—. ¿Eres muy bonita, sabes? ¿Te encuentras mejor? —repitió.

Victoria estaba tan impresionada por aquella noticia, que ni contestó. Si pensaba que un hijo era ya obstáculo para alguien en sus condiciones, no quería ni imaginarse dos. ¿Es que todo tenía que pasarle a ella?, pensó, ¿Cómo iba a apañárselas con dos criaturas alguien que, además de estar sola, ni siquiera sabía lo que era la vida?

La mujer habló en ese momento y la pregunta quedó en suspenso.

—Deberías decirme cómo te encuentras. Quizá pueda ayudarte. Has estado tres días delirando y con una fiebre que ya les gustaría a las nubes. Podrías haber muerto.

Victoria continuó en silencio. No podía alejar de su mente lo que se le venía encima.

La anciana agarró su barbilla y le volvió la cabeza.

—Deduzco sin devanarme demasiado la testa que has tenido algún problema que te supera, además de los dos que duermen ahí —adivinó—. Pero puedes confiar en mí. En este momento soy la única amiga que tienes.

Victoria la agarró de la falda y tiró de ella.

—¿Qué voy a hacer? —exclamó, desesperada.

La anciana se acercó a un pequeño catre improvisado con trozos de madera que estaba junto a la chimenea y lo destapó, tomó a las criaturas y se las puso en el pecho.

—Están bien —aseguró—. Podían haber estado peor. Cuando te encontré en aquél barrizal pensé que estabas muerta. Me equivoqué por poco. —Tomó una manta de piel y cubrió a los tres—. ¿Mejor así? —Lo preguntó sin esperar respuesta, pues era evidente—. Espero —añadió sin esperanza de que dijera esta boca es mía— que tengas alguien que te ayude con esto —apuntó a los gemelos—. Tú ya me entiendes...

No escuchó las últimas palabras de su anfitriona. Toda su atención se centraba en los pequeños que descansaban plácidamente y ajenos a todo, sobre su cálido pecho. En aquél mágico instante que ni esforzándose habría sabido detallar con palabras, las lágrimas comenzaron a brotarle como de un manantial, deslizándose por nariz y mejillas hasta alcanzar barbilla y boca, para precipitarse sobre las cabezas de los bebés.

La anciana no pudo contener una carcajada.

—Les has bautizado con lágrimas —dijo sin dejar de reír—. Espero que no sea una señal premonitoria.

Victoria replicó sin mirarla.

—No te inquietes, no lo será... No soy lo que se dice una creyente al uso.

La anciana meneó la cabeza.

—Ni yo —confesó—. Es un simple formulismo... Pero si me permites un consejo, no lo pregones demasiado. Los hay por aquí, que no tienen mi sentido del humor.

Victoria asintió con una sonrisa. Se la veía casi feliz.

De repente, un sonido extraño las puso en guardia.

La anciana se acercó al ventanuco y oteó el exterior.

Los pasos que parecían acercarse acentuaron su más que palpable nerviosismo. Apretó a sus vástagos contra su pecho, y comenzó a temblar.

La anciana, sin perder la calma, se volvió hacia ella y la tranquilizó.

—No temas, hija, es Tobías, el muchacho que me trae las provisiones.

—¿Seguro que lo conoces?

—Viene todas las semanas. No temas, es de confianza.

Victoria se relajó, exhaló un largo suspiro y centró la atención en sus hijos. Comenzaban a despertar; tendrían hambre. Miró a la puerta y resopló; precisamente ahora, tenía que venir ese tal Tobías. Sin poder evitar seguir las leyes naturales, las dos criaturas comenzaron a buscar su pecho, desesperadas.

La anciana fue hasta la puerta, abrió y saludó con una sonrisa.

—¡Hola Tobías!

El joven se quitó el sombrero y lo lanzó sobre la mesa.

—¡Buenos días Melissende!

—¿Has traído eso que te pedí? —Lo decía a la vez que le echaba un vistazo al exterior, comprobando que no le había seguido nadie. Después atrancó la puerta.

Tobías asintió y paseó sus ojos por la estancia.

Victoria, avergonzada y nerviosa, se ocultó los pechos con los cuerpos de sus hijos.

—Veo que está mejor —dijo con una sonrisa.

—Por fortuna, sí —sonrió la anciana—. Es fuerte; se recuperará y podrá hacer vida normal. Aunque no tengo yo muy claro lo que puede ser para ella, «vida normal». Vistas sus ropas, parece de familia adinerada.

Tobías se descolgó una pequeña saca del hombro y la dejó caer sobre el piso de madera. Después se acercó al fuego y se frotó las manos para entrar en calor.

Victoria seguía de reojo sus movimientos. Era joven, de estatura media y anchos hombros. Su complexión, así como sus enérgicos desplazamientos le recordaron a los fornidos leñadores que vendían la madera en la hacienda de su padre. Aparentaba unos veinticinco años, aunque cabía la posibilidad de que fuera más joven. Ella conocía bien las durísimas condiciones de vida a la que estaban expuestos los campesinos de aquellas frías regiones, así como sus inevitables secuelas y posterior deterioro físico. Su largo cabello rubio, encrespado y torpemente cortado a cuchillo dejaba caer sobre su frente un tupido flequillo en forma de cascada hasta sobrepasarle los pómulos. Sus pupilas eran tan oscuras como el azabache y ponían una nota de contraste a su piel blanca. Su barba rubia le daba apariencia de niño grande y pillo.

Se sintió incómoda; sin pretenderlo había examinado al muchacho de pies a cabeza. Suplicó que no se hubiera dado cuenta.

Tobías se volvió hacia ella, la cogió desprevenida y la enturbió el pensamiento.

—Buenos días —dijo a modo de presentación.

Ella se ruborizó y agachó la cabeza.

—Me alegra poder conocerte y hablar contigo... La última vez que estuve aquí, estabas más muerta que viva. Melissende ha hecho un gran trabajo.

Victoria no pudo evitar torcer el gesto.

—¿Me había visto ya, este? —Lo preguntó mirando a la anciana y elevando de forma inconsciente el tono de voz a la vez que abría mucho los ojos... como si gritara también con ellos. Para ella, ese detalle lo cambiara todo.

Melissende asintió con la cabeza.

Abatida, exhaló un largo suspiro.

—Eso solo nos lleva a una cosa —se lamentó—. Y es que debo irme... Y cuanto antes, mejor. —Paseó sus ojos inquisitivos del uno al otro, y preguntó con voz trémula:

—¿Cuántas personas saben que estoy aquí?

Melissende se acercó a ella y esbozó una sonrisa.

—Tranquilízate, hija. Nadie lo sabe.

—¿Ah, no? —Señaló a Tobías—. ¿Y este qué...?

Melissende la acarició, y como si tuviera la facultad de percibir la aflicción a la que estaba sometida, intentó aliviarla.

—No sé qué puede darte tanto miedo —dijo sin dejar de acariciarla—. Pero te repito que aquí estás segura. No debes temer. —Suspiró y le propinó una palmadita en la espalda—. Calma, mujer, que no te incomodaremos con preguntas molestas. En cuanto te recuperes podrás hacer lo que te venga en gana. Pero por ahora, te aconsejo que descanses, comas y te olvides de los problemas.

Victoria apuntó de nuevo con el dedo a Tobías.

—Pero él...él...

El joven prefirió no contestar.

Melissende comprendió sus celos.

—Tobías —aseguró, intentando apaciguarla— me es de gran ayuda y siempre está cuando le necesito. Lo hace desde hace tiempo, y jamás he tenido ningún problema. Mi petición con respecto a ti fue tajante: ¡mutis! Y

él, créelo, es un muchacho obediente.

Victoria replicó en tono sarcástico:

—Si todo el mundo fuera como dice ser...

Melissende suspiró y replicó a su vez:

—Oye, quienes más interés tienen en que esto salga bien, somos nosotros; sobre todo, yo... Nadie excepto tú, Tobías y un amigo de juventud, ha entrado jamás en mi humilde morada, ni lo hará. Si supieran que no me como a la gente, tendría los días contados... Así de dura es mi vida. —Encogió los hombros y añadió—: Ya lo ves, hija, no eres la única que tiene problemas.

Victoria se tranquilizó a medias. Aquella perorata la hizo recapacitar.

—¿Te temen? —preguntó con la ingenuidad de una niña pequeña—. ¿Por qué?

Melissende se encogió de hombros.

—¿Has oído hablar de las brujas?

Victoria arrugó el entrecejo.

—¿Y quién no? Pero no me irás a decir que...

Melissende asintió.

—Pues sí. Te lo digo.

Victoria la examinó de arriba abajo. ¿Cómo podía ser aquella vulgar mujer una bruja?, pensó. Su apariencia era completamente normal. Como la de cualquier anciana... Incluso parecía más bondadosa que otras a las que tuvo ocasión de conocer a lo largo de su inocente y corta vida. Su larga melena blanca recogida en un apretado moño y su vestido oscuro le recordaban a su abuela materna.

—¿Haces daño a la gente? —Se lo preguntó con la inocencia de la niña que en realidad era.

Melissende sonrió divertida y fue a responder, pero el joven fue más rápido.

—Tú ya deberías saberlo —dijo—. Estás viva gracias a ella. Y tus hijos también... ¿Te parece eso malo? Estabais más allí que aquí cuando os encontré.

Victoria se puso colorada. No entendía el porqué de aquél nerviosismo que recorría su espinazo cuando él se dirigía a ella. Sin atreverse a mirarle, se disculpó:

—No quería decir eso, no me malinterpretes. —Miró a Melissende y agachó la cabeza—. Perdóname.

La anciana cortó el hilo negativo de la conversación.

—Bueno, bueno... —Miró a Tobías—. ¿Me has traído lo que te pedí?
Este puso cara de sorpresa.

—¡Pues claro! ¿Te he fallado alguna vez?

Ella sonrió a modo de disculpa. Esa pregunta sobraba, era cierto, pero también el modo de cambiar de tema.

—Aunque deberías saber que en esta ocasión, ha sido más complicado salir del pueblo —añadió el joven.

Victoria, sin saber por qué, se estremeció.

Melissende también se puso tensa.

—¿Pero, no te habrá seguido nadie, verdad?

Negó con la cabeza.

—Podéis estar tranquilas. Siempre doy un rodeo para asegurarme, y esta vez con más razón.

—¿Por qué? —preguntó Victoria, preocupada.

—Porque el pueblo está hasta el cielo de gentuza.

—Explica eso... —pidió Melissende.

—Individuos de aspecto patibulario llegaron ayer...

—¿Para qué...? ¿Qué pueden hacer en el pueblo?

.....Tobías se tocó las orejas con los hombros y contestó encogido.

—Pues ponerlo patas arriba, por ejemplo... —Miró a Victoria como si la advirtiera—. Buscan hasta debajo de las piedras. Se comenta que lo han hecho ya sin éxito en Ochagavía y que es la razón que les ha traído a El Barcal. Parece que se lo han tomado a pecho.

La anciana arrugó el entrecejo.

—No entiendo el motivo. —Le miró, confusa—. Esto no deja de ser una aldea; no tiene ninguna comparación con Ochagavía. ¿Qué esperan encontrar aquí?

Tobías exhaló un suspiro.

—Será porque está más cerca del bosque —dedujo—. Esos desesperados preguntan de casa en casa. Creo que la buscan a ella.

—¿A esta?

Asintió.

—Eso parece. En realidad buscan a una joven a quién ni siquiera conocen. Pero...

Melissende le interrumpió.

—Entonces, ¿no conocen a quién buscan?

—Así es. Solo saben que es una mujer joven.

Los ojos de Melissende adquirieron un brillo especial.

—No es una mala noticia —admitió. Se volvió hacia Victoria y añadió—: En caso de ser a ti, estás de suerte.

Victoria intentó fingir serenidad, pero su nerviosismo la delataba. De manera instintiva abrazó con fuerza a sus hijos.

—Pues no es mala noticia, no —corroboró Tobías—. Eso le da cierta ventaja. Lo digo, porque una pelirroja no pasa por ahí desapercibida... —Miró a Victoria—. Dicen que estáis malditas y que lleváis al diablo dentro. En caso de ser tú a la que persiguen, no sé a quién deberías temer más, si a los patibularios que van tras de ti, o a estos del pueblo, que no saben dominar sus supersticiones. Toda la región es amante de las hogueras, pero estos... ¡Ah, y por cierto, otra pregunta —dijo, mirándole las manos—. ¿No serás zurda también?

—¿Como sabes eso? —preguntó ella—. No me refiero al color de mi pelo, ni a si soy diestra o zocata; sino a los comentarios sobre a quién buscan.

—Lo he oído en la taberna... El vino tiene la virtud de soltar lenguas. —Intentó tranquilizarla—. Repito que no debes tener miedo. No saben a quién persiguen. Aunque no deja de tener su gracia eso de ir tras alguien a ciegas y a lo loco. ¿Es curioso, no? Muy importante debe ser...

Victoria se relajó y preocupó a partes iguales.

—Es reconfortante —admitió—, pero permaneciendo aquí, acabarán encontrándome. Y eso no será bueno para vosotros, pero para mí será fatal.

Tobías agradeció su sinceridad y la tranquilizó.

—Al menos, por el momento lo ignoran. Solo darían contigo tras descartar a todas las jóvenes del pueblo, o en el caso de que alguien te conociese y facilitara tus señas. Aún así, les llevaría algún tiempo.

Victoria respiró aliviada.

—Jamás he pisado ese pueblo —le informó.

—¿Nunca has estado? —se sorprendió Melissende.

Victoria negó con la cabeza.

—Mejor que mejor. Eso debería tranquilizarte.

Victoria miró a Tobías.

—¿Y qué más has oído? —le preguntó, curiosa.

—Esos estrafalarios van por ahí pavoneando; aseguran haber causado una gran masacre en una fortaleza que se encuentra al norte, cruzando el bosque. Dicen que todos los que se encontraban allí han muerto...

—¿Todos? ¿Estás seguro? —exclamó con voz trémula.

—Todos menos uno —corrigió—. Tú...

—¿Estás seguro de que todos han muerto?

Tobías titubeó.

—Eso es lo que se oye en la taberna. Yo no he estado allí. También dicen que te encontrarán. Aseguran que no puedes andar muy lejos.

Victoria empezó a temblar y se abrazó a sus hijos.

—Entonces no tardarán mucho en aparecer por aquí.

—Debes tranquilizarte —dijo Melissende.

...—¡Debería irme ya! —Apretó a sus hijos contra su pecho—. ...Y vosotros también corréis peligro. No tengo derecho a poner en riesgo vuestras vidas.

Melissende intentó tranquilizarla.

—Hasta aquí no creo que lleguen. Y si lo hiciesen, no se atreverían a entrar.

Tobías, dubitativo, meneó la cabeza.

—Eso será si son los del pueblo —puntualizó.

Quedó pensativa durante unos segundos. La reflexión del joven la llevó a una conclusión diferente.

—Claro que, tratándose de personas no supersticiosas, todo es distinto —reconoció— y ya nada sería lo mismo. Puede que no andes desencaminado, hijo...

Tobías agitó la cabeza de arriba abajo.

—Eso es lo que quería decirte. No está de más tenerlo en cuenta.

—En fin —propuso sin perder la esperanza—, todavía es pronto para preocuparse. A ver si con algo de suerte...

—¿Y tú crees que con eso será suficiente? —preguntó Tobías.

Melissende se encogió de hombros y asintió a la vez.

—Si en el pueblo les pusieran al corriente de la mala suerte que traigo, sí.

—¿Y crees que eso les pararía?

—Debemos confiar en que así sea.

—Eso sí que es optimismo —intervino Victoria—. Ya me gustaría a mí... Pero no soy tan ingenua

Melissende miró a ambos y tiró de lógica.

—¿A quién no le molestaría tener que tratar con una bruja vieja y aliada del diablo? ¡No! Sinceramente, pienso que no vendrán por aquí.

Tobías hizo una mueca y alzó las cejas.

—Yo no estoy tan seguro —dijo, meneando la cabeza.

Melissende hizo un aspaviento.

—Lo más razonable es que consideren que ni siquiera la persona a la que están buscando lo haría —planteó—. Y visto así, existen ciertas garantías de que no vengan.

Victoria la escuchaba atónita. El exagerado optimismo de la anciana, la exasperaba.

—¿Eso crees? ¿Cómo puedes estar tan segura?

—Digamos que mi fama me precede.

—¿Y ya está?

—Ya he dicho que el único que ha pisado esta cabaña, a excepción de mi amigo Anué, es Tobías. Y eso, sin que lo sepa nadie... Sí sospechasen que aquí hay alguien más que yo y sigue vivo, dejarían de temerme. Y entonces la que tendría que preocuparse, adivina quién sería.

Victoria la dejó por imposible y miró Tobías. Aunque este dijo que nadie salió del castillo con vida, se negaba a aceptar la muerte de su padre.

—¿Seguro que no ha escapado nadie de la fortaleza? —le preguntó una vez más.

Tobías negó con la cabeza.

Ella insistió en no perder la esperanza. No se atrevía.

—¿Pero has dicho que no lo puedes asegurar, ¿no?

—Se comenta que un tal Dragan, Señor y propietario del castillo, se quitó la vida. Fue durante el asedio y justo antes de ser prendido. Los mercenarios le encontraron ya muerto, dicen...

Victoria pensó que el mundo entero se le caía encima. Tuvo que hacer un esfuerzo para no derrumbarse.

—¿Has dicho que se quitó la vida?—preguntó con el rostro ensombrecido por la sorpresa.

Tobías asintió con la cabeza y un suspiro.

—Dicen que sus manos estaban aferradas a un poema o algo así. Los mercenarios de Visnú lo exhiben como un valioso trofeo de guerra... Hasta se burlan porque no le dieron tiempo a...

Victoria le cortó, sorprendida.

—¿Un poema? ¿Y sabes de qué trataba?

Tobías se sonrojó antes de contestar.

—No... Bueno, oí que era una poesía o algo parecido, pero no podría asegurarlo. Yo digo lo que se cuenta...

Victoria parecía poseída por la curiosidad.

—¿Y nada más...? —preguntó, ávida de información.

Tobías carraspeó; Victoria le ponía nervioso.

—Dicen que escribía sobre su propia muerte.

—¿Estás seguro?

Tobías asintió y añadió:

—Y que no le dieron tiempo a terminarlo... Es lo que he oído, al menos.

—¡Habladurías! —exclamó Melissende—. Qué sabrán esos iletrados de lo que pensaba o no pensaba un hombre que ya había muerto cuando lo encontraron.

Victoria agachó la cabeza y sintió un fuerte espasmo. En su interior, siempre albergó la idea de volver a ver a su padre; le costaba imaginarse la vida sin él... Su mente, infantil a pesar de lo vivido, se había aferrado con fuerza a esa posibilidad; un deseo que en ese mismo momento se desmoronaba con ella. ¿Cómo conseguiría vivir sin sus consejos? Lo había sido todo para ella. Desde la muerte de su madre en el día de su nacimiento, él jamás se había separado de ella. Tampoco volcó en su contra el dolor de haber perdido durante el parto a quién más amaba; ese insoportable dolor que a punto estuvo de acabar también con él, fue sabiamente mitigado con el curso de los años, por el enorme cariño que ella le dio. Él siempre le decía que era la prolongación de su madre, y en todo momento se desvivió por mantener esa llama, encendida en ella.

La voz de Tobías interrumpió sus pensamientos.

—¿Por qué se burlan de un escrito, Melissende?

Esta no dijo nada; torció el gesto y levantó las cejas.

—No creo que las palabras de alguien que sabe que va a morir provoquen risa, ¿no es cierto? —insistió el joven.

Melissende resopló y meneó la cabeza a la vez.

Probablemente lo harán porque no saben leer. Como tú mismo. Ni siquiera saben de qué se ríen; lo hacen y ya está.

—¿Tú sabes leer? —preguntó Victoria, curiosa.

—Sé leer, sí... Y escribir también.

—¿Y dónde aprendiste?

—En los países del norte. De allí soy y allí viví hasta que cumplí treinta años. ¿Y tú?

—¿Yo? —exclamó, tocándose el pecho con el pulgar.

—Sí tú... ¿sabes, o no? —insistió—. Por estas tierras, pocos son los hombres que escriben y leen; muy pocos... Y tratándose de mujeres... En fin,

yo no he conocido a ninguna. Aunque no me atrevo a pensar que no las haya. Sí nosotras sabemos... En fin, cómo voy a saber de nadie, si vivo aquí recluida y no estoy al tanto de lo que ocurre ahí afuera. Como puedes ver, no hago vida social.

Tobías, con una sonrisa que se le salía de la cara, miró a Victoria y espetó:
—¿A que nunca lo habrías imaginado?

La respuesta de ella, fue otra sonrisa.

Inflado de orgullo, añadió:

—A mí me está enseñando. Dice que voy algo lento, pero...

Melissende suspiró, meneó la cabeza y le reprobó en tono amable:

—Porque vas muy lento, Tobías... ¡len-to!

Tobías miró a Victoria con toda su sangre en la cabeza y se justificó como un niño que se ha portado mal:

—Es que últimamente vengo poco, y...

Melissende soltó una risotada mirando a Victoria y le repitió la pregunta:

—¿Sabes, o estás como este?

Victoria agachó la cabeza por respuesta.

Melissende emitió un suspiro largo.

—¡Lo imaginaba! —dijo—. Como todas... No te culpo por ello, puedes estar tranquila.

La voz de Victoria sonó como un susurro:

—Sí que sé...

—¡Ah! Bueno es saberlo...

—Y escribir también.

—Pues sí que te ha costado decirlo, hija...

—Mi padre decía que no lo fuera pregonando por ahí. Insistía en que tuviera mucho cuidado; que no está bien visto que una mujer...

—Mira —la interrumpió—, en eso estoy de acuerdo con tu padre. Tener conocimiento es peligroso, pero a la vez es como empuñar un arma mortífera. Y aunque por ahora no lo entiendas, posees una enorme ventaja sobre tus enemigos, sean de la condición que sean. Este detalle es algo con lo que pocos cuentan... ¡Les viene grande!

Victoria la miró sorprendida.

—¿Crees tú que eso me ayudará?

Melissende asintió agitando la cabeza para enfatizar.

—¿De qué manera?

La anciana meditó, suspiró y pareció desdecirse:

...—Aunque debo advertirte que cuando ese enemigo es una fuerza bruta o una mente cerrada, sirve más bien de poco. Habrá que cruzar los dedos... Una de las causas que forzaron mi huída del pueblo que hay ahí abajo, fue precisamente esa.

—¿Qué quieres decir?

—Estaban tan extrañados de mis conocimientos sobre hierbas y ciertas enfermedades, que la palabra «bruja» se les quedó corta. Claro que, lo más gracioso, es que el que creyesen que lo era, fue lo que me salvó de la quema. Ya lo ves, desde entonces, esta pequeña cabaña es mi hogar. Aquí vivo protegida por el miedo que me tienen.

Quedó pensativa tras decir esto. Era como si su pasado regresara de golpe; como si reviviera su expulsión de una comunidad que vivía en tinieblas y se vanagloriase por el hecho de morar en la oscuridad.

Emergió repentinamente de sus recuerdos y pareció descubrir a Victoria; era como si la estuviera viendo por primera vez. La observó de pies a cabeza y dijo:

—Y por cierto, hija, tú tampoco es que tengas mucha pinta de ser de por aquí.

Victoria suspiró antes de contestar.

—Mi familia vino de Escocia.

—También del norte... Lo llevas escrito en tu cuerpo.

Victoria asintió con la cabeza, bajó los párpados y se dejó llevar por una agradable melancolía que acercó a su mente aquellos viejos relatos que solía escuchar en boca de su padre.

Sin abrir los ojos, comenzó a dibujarlos con palabras:

—Mi padre era un niño cuando mi abuelo compró la fortaleza. Estaba semidestruída por los continuos ataques que sufrió, y casi inhabitable. Tuvieron que trabajar duro hasta convertir aquel montón de piedras en un hogar. Al menos, eso es lo que me contó mi padre. Con el paso de los años, llegó la prosperidad.

Melissende asintió con la cabeza.

—Solo hay que echarle un ojo a tu vestido...

—¿A mi vestido?

...—Para saber que lo consiguieron —aclaró—. Debió ser un hogar bastante boyante.

Victoria se sonrojó. Aunque no entendía del todo a la anciana, pues su vida transcurrió en todo momento entre las murallas del castillo y jamás se

había planteado nada sobre clases sociales, intuía que era una crítica a su modo de vida.

Se resignó y continuó:

—¿—Por lo que me contaba mi padre, el motivo real de que se establecieran en esta tierra, era la búsqueda de un tesoro o una reliquia.

Melissende frunció el ceño.

—¿Una reliquia?

—Nunca he sabido muy bien lo que buscaban. Él caso es que se asentaron en la región y convirtieron el castillo en su residencia, pasando a ser esta zona el centro de sus estudios. Con el tiempo, fueron transformándolo poco a poco en ese hogar dónde hemos vivido hasta hace pocos días. Resulta duro y casi siento vergüenza al evocar estos recuerdos felices de mi vida, en momentos tan difíciles. ¿Pero qué puedo hacer yo? Allí nací, crecí, jugué, sentí y amé. Todos mis recuerdos se quedaron enterrados en ese castillo. Creo que también morí cuando marché. Ahora estoy sola; sola, abandonada y llena de miedos... ¿No es acaso eso la muerte? Siento que...

Tobías no la dejó continuar.

—La muerte fue para los que se quedaron —dijo—. Tú has podido escapar.

—Por el momento... —replicó ella.

—Aún así, deberías dar gracias.

Melissende intentó devolver la calma.

—Bueno, bueno. Sea como sea, aquí estás a salvo... al menos por el momento. Además, tus hijos son tu familia. No estás tan sola, ellos están contigo y te necesitan.

Victoria miró a los pequeños y una sonrisa le nació en los labios. Con su simple contemplación, se apaciguaban de forma mágica todos sus miedos, pasando a un segundo plano más llevadero.

No obstante, su sonrisa no tardó en diluirse. Inquieta, se volvió hacia Melissende.

—¿Por qué estás tan segura de que no vendrán? Yo no lo doy por sentado. La anciana arrugó la frente y resopló.

—¿Otra vez con eso?

—Necesito poder dormir tranquila...

—Nada está asegurado, hija. Pero creo, o quiero creer, que las probabilidades son mínimas.

—Eso no es suficiente; no acaba de tranquilizarme.

—¿Ah, no? Deberías ser más optimista. Por tus hijos...

—Como diría mi padre: «es un bálsamo que te alivia donde no te escuece». Yo no puedo dormir si sé que mis hijos corren peligro.

Melissende intentó tranquilizarla.

—Te repito que existen muy pocas probabilidades de que aparezcan por aquí.

—Pocas, no significa ninguna...

—Y de hacerlo —continuó Melissende—, no pasarán del cercado. Si existe algo que domina a esta gente, y que respetan por encima de ellos mismos y de su propia vida, son sus supersticiones. El miedo a lo desconocido; a todo lo que no puedan controlar, les confunde y aterra...

—¿Pareces muy convencida...

—Es algo superior a ellos. Y eso mismo —aseguró—, eso, es lo que yo represento en sus vidas: lo desconocido.

—Bueno —intervino Tobías—, yo debo irme... Si me entero de algo, os lo comunicaré.

—Eso espero —dijo Melissende—. Entérate sin falta.

—Sin embargo, no deberías estar tan segura sobre eso.

La anciana arrugó la nariz.

—¿Sobre qué?

Tobías carraspeó un par de veces y se mojó los labios con la lengua.

—Eso que has dicho suena bien —admitió—, siempre que te refieras a los del pueblo; a los de siempre, ya me entiendes. Pero dudo mucho que esos sanguinarios sean supersticiosos o le teman a las brujas ni a nada que se le parezca. Creo que ni siquiera temen a la muerte...

Melissende quedó pensativa ante la sutil advertencia; conocía bien a Tobías y estaba segura de que sabía de lo que hablaba. Era iletrado pero no tonto. Su vida no había sido nunca fácil, y no obstante había sabido esquivar una vez tras otra los golpes del destino.

Su voz grave la sacó de sus pensamientos.

—Bueno. —Carraspeó mientras iba hacia la puerta—. Ahora sí que me voy.

Imbuida en sí misma y por completo ajena a lo que se hablaba, Victoria emergió en aquél instante, de su propia mente; justo cuando Tobías se disponía salir.

—¡Espera por favor! —suplicó de forma apresurada—. Debo pedirte algo. Tobías se dio la vuelta y enarcó una ceja.

—Pues aprovecha —la animó—. Soy todo orejas.

Victoria tragó saliva y carraspeó.

—¿Podrías intentar averiguar algo sobre ese poema?

Tobías se puso nervioso.

—Bueno, yo...

—¡Por favor! —le cortó ella—. Es muy importante...

—Bueno, ya te dije que no sé leer bien. —Se ruborizó al decirlo—. Todavía estoy aprendiendo. Aunque cayera en mis manos, ¿cómo podría saber de qué se trata?

Victoria le animó con una sonrisa; como si no le diese importancia a aquel hecho.

Tobías captó el mensaje y se relajó.

—De todos modos —continuó—, lo intentaré.

—Sé que lo harás —agradeció—. Aunque no sirva de nada, al menos, se habrá intentado.

Tobías, pensativo, comenzó a rascarse el cogote.

—Claro que, si pudiese escucharlo —propuso—, creo que lo recordaría. De este modo no necesitaría leerlo...

Victoria y Melissende cruzaron sus miradas.

—¿Y cómo harías para escucharlo?—preguntaron a la vez.

Tobías hizo una mueca y alzó los hombros.

—Pues, de boca de alguien —aclaró—. Sería sencillo. Tengo buena memoria...

Las dos se miraron de nuevo, pero no dijeron nada.

Tobías insistió.

—Si pudiera oírlo un par de veces, podría repetirlo de memoria. De eso estoy convencido.

Victoria abrió los ojos hasta que no dieron más de sí.

—¿Estás seguro? —se lo preguntó sin creerle del todo; memorizar no era una tarea fácil ni siquiera para los que estaban acostumbrados a la lectura; incluso para ella era difícil. Y más, tratándose de poesía.

Tobías afirmó con un movimiento de cabeza.

—Palabra por palabra... —garantizó.

La confianza en sí mismo que derrochaba Tobías, la confundía. Pero, ¿y si lo conseguía? —pensó—. No era el momento más adecuado para hacerse ilusiones, pero...

Tobías carraspeó y la sacó de sus pensamientos.

—Si tan importante es, preguntaré con cautela. Pero te advierto que será difícil dar con alguien que lo haya visto, que sepa leer y que lo haya memorizado.

Victoria asintió. Aquel razonamiento se ajustaba a lo imposible más que a lo posible; rozaba lo milagroso. Pero nunca estaría de más intentarlo; el deseo por conocer el último escrito de su padre, la empujaba a confiar en él.

—Lo considero de suma importancia —le aseguró.

Tobías asintió en silencio, se puso el sombrero y abrió la puerta.

—Hasta pronto. —dijo sin volverse—. En cuanto sea posible, me pasaré por aquí.

—Ten cuidado, eh... —le avisó Melissende.

Tobías asintió, paró en seco y se volvió hacia Victoria.

—...Por cierto, una pregunta más...

Victoria le miró, expectante.

—¿Tú dirás? —le animó.

—¿Qué nombres pondrás a tus hijos?. Es curiosidad...

Victoria miró a los niños y sonrió.

—El niño se llamará Teth.

—¿Teth?

Asintió con la cabeza y aclaró:

—Ese fue uno de los últimos deseos de mi padre.

Tobías alargó el brazo y señaló a los recién nacidos.

—¿Y la niña?

—Todavía no lo he decidido. No contaba tener dos, la verdad. Pero — miró a Melissende—, quiero que lleve tu nombre.

A esta casi le da un síncope.

—¿Vas a ponerle mi nombre?

A Victoria le sorprendió su reacción.

—¿Por qué pones esa cara? —Estaba desconcertada—. Parece que no te haga gracia...

—¿Y por qué quieres ponerle mi nombre? —la cortó.

—Es obvio —dijo con naturalidad.

—¿Qué es obvio, si puede saberse?

A victoria le sorprendió que no lo entendiera.

—Al fin y al cabo vive gracias a ti —le explicó.

Melissende se apuntó al pecho con el pulgar.

—¿Y qué?

Victoria la miró con ternura y añadió:

—Sería un honor, que llevara tu nombre... Y también una forma de darte las gracias.

Tobías aprobó la idea con una sonrisa y abandonó la cabaña.

No se lo tomó igual la anciana.

—Mi nombre, hija mía, no es que despierte simpatías por estas tierras. Agradezco el detalle, pero...

—No me importan las simpatías que pueda despertar. He decidido llamarla como tú, y así será.

La recriminó con un gesto.

—Es un gran riesgo, te lo aseguro, ponerle mi nombre a un ser inocente e indefenso. ¿Qué te ha hecho la pobre criatura? ¿Te has parado a pensar en las consecuencias de tan imprudente decisión? Conozco bien esta región, hija, y puedo asegurarte sin miedo a equivocarme, que dadas las circunstancias, no sería nada del otro mundo, que un día acaben relacionándote conmigo.

—¡No exageres! ¿Acaso solo tú llevas ese nombre?

Melissende resopló.

—Créelo, sería un peso para ella y una carga para mí. No deberías permitir que lleve ese nombre. Y menos por mi culpa... ¡No permitiré que cometas esa locura!

—No pretendía molestarte.

Melissende hizo un aspaviento.

—Y no lo has hecho. Sólo piensa en tu hija...

—Yo también... Y como ya dije, vive gracias a ti. Mi padre me enseñó a ser agradecida con las personas leales; las que de verdad cuentan y valen la pena. —Miró a sus hijos y le dijo con cariño—: Tú has sido eso Melissende. Y lo has hecho desinteresadamente. Es una manera como otra cualquiera de mostrarte mi gratitud; de no olvidarte jamás. Yo misma llevo el nombre de mi madre, la mujer a quién mi padre más amó —dijo con orgullo—. Quiero que se llame como tú. ¡Está decidido!

Melissende dejó de insistir. La veía tan decidida, que pensó que no valía la pena intentarlo.

—Ah, por cierto —dijo, cambiando de tema—, tengo ahí un zurrón que te pertenece. Tiene tres cajas dentro... No me he atrevido a abrirlas sin tu consentimiento, pero no sé por qué me da en la nariz, que lo que lo que llevan es algo que está relacionado con toda esta mierda.

La expresión del rostro de Victoria, la sacó de dudas.

—¿No me equivoco, verdad? —Soltó una risita.

—Mi padre me pidió que no me desprendiera de ellas ni permitiese que me las quitaran, que podrían significar mi supervivencia. Aunque no entiendo el porqué.

Melissende se mordisqueó el labio y movió la cabeza de arriba abajo.

—¡Vaya, vaya! Creo que voy entendiendo un poquito el motivo de esa masacre, hija —musitó, atando cabos—. ¿Tu padre guardaba joyas valiosas? En esas cajas no cabe mucho más...

Victoria negó de forma rotunda.

—¡No! Estoy convencida.

—¿Y cómo puedes estar segura? Nada es seguro...

—Si las tenía lo desconozco. Además, si fuera eso me lo habría dicho.

Melissende hizo una mueca y suspiró.

—Entonces persiguen una quimera...

—¿Una quimera? ¿Por qué piensas eso?

—Se entiende que ahí dentro no hay ningún tesoro... en todo caso algún plano o mensaje... Y eso empeora la situación.

Victoria no entendía a dónde quería llegar.

—¿De verdad crees eso? ¿Por qué?

—Porque ni Visnú ni sus hombres, saben leer. Eso no quiere decir que sean tontos, no me malinterpretes. Pero sus ambiciones son más básicas.

—¿Sabes quiénes son? ¿Los conoces?

—¿Y quién no? Sus acciones hablan por ellos; no solo no se esconden, sino que pregonan sus «hazañas» como si fueran triunfos. Si en el pueblo saben lo de tu padre, es debido a su afán exhibicionista. Son bandidos vulgares a cual más analfabeto, pero mercenarios sanguinarios que no se detienen ante nadie a excepción de aquél que les llena el estómago; ante ese sí se inclinan.

—¿Y a dónde quieres llegar?

—Hasta dónde sé, un mercenario trabaja por la paga, y eso despeja las dudas. De haberse tratado de algún bien palpable: dinero o joyas, habría cabido la posibilidad de que fuera una operación por su cuenta. Pero...

Victoria se irguió de golpe en el camastro.

—¡No te entiendo! Parece que les exculpes...

—¡De ningún modo!

—¿Entonces?

—Te dije que esa gente no sabe leer.

—¿y qué?

—Eso significa que existe alguien detrás; alguien en la sombra, que les da las órdenes, y sí sabe.

—¿leer?

Melissende asintió y añadió:

—Visnú, con toda esa fiereza que le caracteriza, no es más que un peón en este tablero. —La miró a los ojos—. ¿Sabes por casualidad jugar al ajedrez?

—Victoria negó con la cabeza.

—Pues deberías.

—¿Debería? ¿Por qué?

Melissende se tocó la nariz.

—Porque si este olfato no me engaña —sentenció—, y pienso que no, alguien que no conoces y te conoce está jugando una partida a tus espaldas... Y eres la reina.

II

LAS TRES CAJAS

Victoria abrió los ojos, miró a su alrededor y no vio a nadie más en la estancia. La calma solo era interrumpida por el chisporroteo del fuego. Inquieta por tanto silencio, palpó a sus pequeños y se relajó; dormían plácidamente, uno a su costado y otro sobre su vientre.

La puerta chirrió y se puso en guardia, era Melissende con un hato de leña. Se llevó la mano al pecho y suspiró.

—Me has asustado —dijo—. La puerta se ha abierto de repente, y...

Melissende soltó el fardo junto a la hoguera y se sentó cerca del fuego.

—¿Estás mejor? Has dormido un par de horas...

—Ni siquiera recuerdo haberme dormido.

—Estás muy débil. Sin embargo has tenido pesadillas.

—¿Pesadillas?

—Suele ocurrir cuando se está preocupado en exceso.

—Tengo mucho miedo —confesó—, y no podía dejar de pensar en lo que dijiste sobre...

—¿Sobre el ajedrez? —la interrumpió.

—Sobre eso, sí. ¿Cómo lo sabes?

—En tu pesadilla repetías mucho la palabra reina.

—¿Y qué más? ¿Has oído algo que...?

—No hablabas demasiado claro, pero la palabra reina te salía cristalina. Para no saber jugar al ajedrez...

—Nunca me había sentido tan desbordada. Lo siento. En este momento estoy tan confusa, que...

Melissende, decidida, fue hasta el fondo de la estancia y cogió el zurrón, lo depositó con cuidado sobre la mesa y la miró inquisitiva.

—¿Qué te parece si destapamos las cajas y salimos de dudas? De otro modo no descansarás tranquila y la leche de tus pechos se convertirá en vinagre.

—¿Cómo dices...?

—Calma, es broma. Aunque como te descuides... ¿Las abrimos, o no?

Victoria encogió los hombros.

—Nada podemos perder... —exclamó—. ¡Adelante!

Melissende abrió el zurrón, sacó las cajas y las colocó en hilera.

—Desvelemos su gran secreto —dijo—. Descubramos lo que guardan en sus tripas. ¿Estás Preparada?

—Ábrelas ya, anda. Me estás poniendo nerviosa.

Melissende no dejó que lo repitiera; abrió una y sacó un manuscrito que se apresuró a desdoblar con cuidado. Le echó un vistazo, arqueó una ceja, y la miró.

—¿Quieres saber lo que hay aquí?

Victoria no dijo nada. Se revolvió en el catre y abrazó a sus retoños que, con sus estridentes lloros, comenzaban a reclamar alimento.

Melissende se encogió de hombros.

—Bien —dijo—, ¡allá va! ¿Conoces el Tarot?

Victoria la miró, confundida.

—No mucho —confesó—. Sé que existe y poco más... ¿Por qué?

Melissende agitó la cabeza y chascó la lengua.

—Pues porque este pliego es muy explícito. —Lo dijo forzando un gesto de sorpresa—. Se trata de un dibujo...

—¿Un dibujo?

—Un dibujo que representa un Arcano del Tarot: «El Ermitaño». ¿Te suena? ¿No te dice nada esta carta?

Victoria arrugó el entrecejo.

—Nada de nada —aseguró.

Melissende soltó un gruñido, y después un suspiro.

—¿Puedo? —Sin esperar la respuesta, abrió otra caja y sacó otro pliego.

Victoria abrió los ojos hasta que le dolieron.

—¿Otro legajo? —exclamó.

—Melissende lo desdobló con cuidado y se sumergió en él. Durante unos minutos, pareció ausente.

Victoria, impaciente, se mordía el labio inferior.

—¿Se puede saber qué dice ese?

Melissende, devorando ensimismada el contenido del pliego, no contestó; este parecía haberle secuestrado la mente.

—Victoria comenzaba a perder la paciencia.

—¿Existe razón para tanto mutismo...? —Lo preguntó desconcertada por aquel inquietante y pegajoso silencio que le producía dolor de oídos.

Melissende siguió enfrascada en el papel y no abrió la boca ni para coger aire.

Intrigada, contuvo la respiración.

—¿Debería preocuparme? —inquirió, nerviosa.

Melissende emergió del manuscrito, la miró y levantó las dos cejas.

—Parece un poema —dijo, sorprendida.

Ella, en cambio, no se sorprendió.

—¿Un poema? —Lo preguntó por preguntar; conocía bien a su padre y sabía de su afición a la poesía.

Melissende miró de nuevo el pliego y especificó:

—Para ser más específica, son los versos de un poema muy conocido: «Percival».

—¿Perceval?

Melissende la miró, sorprendida.

—Y qué más da Percival que Perceval. Cada cual le llama a su manera. Veo que lo conoces...

Victoria asintió.

—Mi padre solía hablar de él con mi abuelo, pero de eso hace ya mucho tiempo; nos dejó hace años. —Meditó durante unos segundos y añadió—: Aunque, qué más dará. Yo no entiendo nada. No sé a qué viene ahora este poema. Será una adquisición de alguno de sus viajes.

Melissende hizo una mueca de desacuerdo.

—Conocerlo podría ser una gran ventaja. No creo que a tu padre se le haya caído en el cofre... lo habrá puesto ahí, por alguna razón... ¿Entonces, tu padre viajaba?

Victoria asintió y continuó por donde iba.

—El hecho de que lo conozca o haya oído hablar de él, no tiene importancia. Nunca me explicaban nada... Ellos se limitaban a hablar, y yo escuchaba sin entender nada. Te repito que no me lo contaban todo.

Melissende suspiro de forma preliminar y remató con un carraspeo.

—Yo sí he oído hablar de él. Y mucho... —confesó—. Es un poema escrito en el siglo pasado, y lo más curioso, por un hombre que no tenía

formación. ¿Qué te parece?

Victoria no contestó. Con un gesto la animó a seguir.

Melissende levantó el dedo y puntualizó:

—Tan poca como los maleantes que te buscan; igual que nuestro Tobías... Wolfram Von Eschenbach, natural de Germania, ni sabía leer, ni sabía escribir, ni maldita la falta que le hacía. No tenía ni idea; se dice que eran otros los que le leían las obras. Se cuenta también, eso sí, que poseía una memoria prodigiosa. El resto de la historia, ya puedes imaginártelo...

Escuchar el nombre del joven, hizo que se sonrojara y bajara la cabeza de forma inconsciente. No pasó desapercibido el gesto para Melissende, quién respondió con una risita que la descolocó aún más.

Intentó disimular con lo primero que se le ocurrió:

—Parece una historia interesante, la de ese... ¿cómo se llama, Wolfram? Nunca se me dio bien pronunciarlo.

Melissende asintió.

—Así es. Aunque se cuenta que la inspiración le vino a través de una novela caballerisca que escribió un autor francés llamado Chrétien de Troyes.

—También he oído hablar de él —repuso Victoria.

—Entonces sabrás de qué pie cojeaba.

—¿A qué te refieres?

—A que era igual que Wolfram... Tal para cual.

—¿Tal para cual? Disculpa, pero no lo cojo...

Melissende añadió entre risas:

—Otro que tal baila; otro iluso más, seducido por la leyenda del Grial. A eso me refiero. En definitiva, ambos se complementan. —Cogió la otra caja y la miró inquisitiva—. ¿La abrimos?

—Victoria carraspeó.

—¿Y qué tiene ese poema de particular? Me gustaría saberlo.

—¿No has dicho que lo conoces?

—Conocerlo lo conozco, pero no sé dónde quieres ir a parar. A mí, esta forma de ver las cosas, parece venirme grande.

Melissende comprendió su curiosidad.

—¡Ah, claro! —exclamó—. ¿Te lo leo o lo haces tú?

Victoria tendió la mano para que se lo entregara, y un segundo después, leía en voz alta:

*En qué lejana cordillera podrá encontrar
a la escondida piedra de la sabiduría ancestral
que mencionan los versos de los veinte ancianos
de la isla blanca y de la estrella polar.
Sobre la montaña del sol, con su triangulo de luz,
surge la presencia negra del Bastón Austral en la
Armórica antigua que en el sur está.
Sólo Percival, el ángel, por los mares irá, con los tres
caballeros del número impar.
En la nave sagrada, y con el vaso del santo grial, por
el Atlántico océano un largo viaje hará hasta las puertas
secretas de un silencioso país que Argentum se llama y
siempre será...*

Finalizó y apartó sus ojos del pergamino, buscando los de la anciana; esta no había dejado de observarla durante la lectura. Se diría que esperaba aquél gesto.

—¿Te dice algo? —preguntó.

Victoria meneó la cabeza.

Melissende, desilusionada, chascó los dedos.

—No le veo relación con los sucesos del castillo, esa la verdad...

—Yo tampoco —aseguró Victoria—. Es muy extraño.

—Pero algo se nos escapa —apuntó Melissende—. Yo llamaría a Anué.

—¿Anué? ¿Quién es Anué? ¿No correré peligro si me ve aquí?

—En absoluto. Puedes estar tranquila.

—¿Y estás segura de que puede ayudarnos con...

Melissende no la dejó terminar.

—Es difícil de explicar, pero si alguien puede poner algo de luz a este embrollo, es Anué. ...¿Abrimos la otra?

—Como veas —aceptó alzando los hombros—, pero te advierto que no entiendo nada. Otra caja más, no nos hará avanzar.

—¿Quién sabe?

Victoria cerró los ojos y emitió un largo suspiro.

—Empiezo a convencerme de que a pesar de habérselo prometido, nunca sabré lo que se proponía mi padre.

Melissende negó con el dedo.

—Eso nunca se sabe —repuso—. Si te dio las cajas sin explicaciones,

razones para pensar lo contrario, tendría.

Victoria la miró dubitativa.

—¿Tú crees? Es lógico pensar eso, pero...

Asintió con un suspiro.

—¿Es obvio —dijo—. No le veo otra explicación.

Victoria sacó uno de sus pechos y metió el pezón en la boca de uno de los bebés.

—Me gustaría ser tan optimista como tú, pero no lo veo tan sencillo. Mi padre podía equivocarse respecto a que yo iba a descifrar este embrollo.

—Creo que no deberías perder la esperanza.

—Si no lo entiendo ni yo, que soy la persona a la que van dirigidos esos mensajes, mucho menos lo entenderán los que me buscan. Tengo miedo de que esto haya sido en vano; de que mi padre haya muerto por nada. Quizá me sobrevaloró... no debió poner tanta confianza en mí.

Melissende intentó tranquilizarla.

—Te repito que Anué nos ayudará a aclararlo.

—¿Por qué estás tan segura?

—Ese hombre tiene un Don. Confía en él —la animó.

Se acercó a las brasas, retiró una cazoleta, vertió parte del contenido en un tazón de madera y se lo tendió.

—Bebe esto.

—¿Qué es?

—Es un té de semillas. Te dejará como nueva, y tus gemelos te lo agradecerán. —Insistió—: Bébetelo todo, anda, tienes que ponerte fuerte. Por la mañana temprano me pondré en contacto con Anué para que nos haga una visita. Todo irá bien..

Acercando la taza a su boca estaba, cuando escuchó:

—¡En esta caja no hay nada!

Miró a Melissende y frunció el ceño.

—¿Nada?

—¡Nada!

Se hizo el silencio; un extraño y envolvente silencio, que como genio de lámpara, emergía de aquella caja y se expandía por los rincones de la cabaña hasta estallar en sus oídos. Un silencio perverso que, además de no portar ninguna promesa de deseos cumplidos, la transportó de nuevo a un interminable y oscuro pasadizo; un negro y claustrofóbico túnel que días atrás dividió su vida en dos.

Un silencio poético.

III

ANUÉ

La puerta se abrió con estridente chirrido, y la silueta de un anciano ataviado con una túnica blanca se recortó en el umbral. A Victoria le recordó a un sacerdote celta; de los de libro y leyenda. Nunca tuvo la ocasión de ver a un individuo tan pintoresco. Tuvo que contener la risa.

Cerró la puerta con el pie, adelantó unos pasos y paró. Su barba era larga y blanca; le llegaba hasta el pecho. Su pelo, también completamente blanco, hasta la cintura.

Miró con curiosidad a su alrededor y pareció penetrar con sus ojos en cada recoveco de la estancia; sus negras pupilas contrastaban tanto con sus barbas, cabello y ropa, que daban la sensación de ser agujeros en su rostro.

Cuando comprobó que todo estaba en su sitio, miró a Melissende y esbozó una sonrisa.

—Buenos días Melissende. Hace tiempo que no sabía de ti. Veo que sigues igual de guapa.

—Déjate de cumplidos, anda, que ya no está una para lisonjas —replicó, meneando la cabeza.

Se acercó a ella y puso las manos sobre sus hombros.

—¿Y a qué debo el honor de esta invitación?

Sin andarse por las ramas, señaló a Victoria.

—El motivo tiene que ver con esta muchachita. Tiene más preguntas que respuestas, sobre cierto tema.

Anué reparó en ella. No la había visto al entrar, bien por encontrarse cubierta con las pieles; bien porque no esperaba encontrar allí a nadie más.

—¿Qué le ocurre?

—Tiene problemas y nos necesita.

Anué observó a la joven con atención.

—¿Problemas, en qué sentido? —inquirió sin quitarle la vista de encima.

—Melissende le entregó los manuscritos.

—A ver qué puedes hacer con esto.

Anué los cogió haciendo una reverencia, los observó detenidamente y se decidió a desplegar uno, él poema. Se tomó su tiempo para leerlo y repasarlo, y a continuación se sentó cerca del ventanuco que aireaba el habitáculo; le gustaba pensar allí. Segundos después, volvió al legajo y se paseó una vez más por sus renglones.

Victoria le miraba con la boca abierta. Si no fuera algo tan serio, estallaría a carcajadas; su aspecto daba para eso y para más. Se mordió los labios y se contuvo.

Minutos de reflexión más tarde se decidió por fin a hablar. Miró a las dos y encogió los hombros como si no acabara de verle el misterio a aquello.

—Es un simple fragmento de Percival... Este era...

Melissende le conocía y se dio prisa en cortarle.

—Eso ya lo sabemos. No es necesario que nos sueltes tu clásica perorata... Que tú cuando empiezas...

Anué la miró con cara de idiota.

Victoria tuvo que contener la risa.

Él miraba a Melissende como si no entendiera.

—Pues entonces... ¿Dime dónde radica el misterio?

Melissende señaló el pliego con la cabeza.

—Lo que no acertamos a adivinar, es el porqué de ese poema entregado a su hija por un hombre que sabía que su final estaba próximo, advirtiéndola que debía protegerlo a toda costa, y asegurándola que podía significar, la continuidad de su vida.

Anué permaneció pensativo y en silencio.

Melissende frunció el ceño y puso los brazos en jarra.

—¿Es que no vas a decir nada? —le pinchó.

Anué no se dio por aludido; fue por el otro manuscrito. Lo deslió intrigado y le echó una ojeada.

—¡«El Ermitaño»! —exclamó dando un silbido.

Melissende meneó la cabeza como si no pudiera creer aquella pasividad. Le pinchó de nuevo:

—Si solo se te ocurre decir eso.

Anué tenía la mente enfrascada en el arcano y siguió sin darse por

aludido; dibujado de forma magistral y con todo lujo de detalles, el arcano lucía con todo su esplendor. Le costaba apartar los ojos de él.

La analizó de manera minuciosa; estaba reforzada con datos adjuntos al pie: un llamativo dibujo representando al signo zodiacal de géminis, y un poco más abajo, escrito en latín: *Cástor et Póllux*.

—¿Qué...? ¿Te dice algo? —le azuzó, impaciente—. A nosotras, nada de nada... Ni siquiera sabemos por dónde cogerlo.

Anué no llegó a responder; el tímido gimoteo de uno de los recién nacidos reclamando su ración, hizo que se volviera hacia el camastro y advirtiera su presencia.

Entrecerró los ojos y se aproximó muy despacio hasta el catre.

—¿Y estos...? —exclamó como si nunca hubiera visto un bebé—. Sin esperar respuesta, les apuntó con el dedo y miró a Victoria.

—¿Te parecería posible que se refiera a ellos tu padre, con lo del signo del zodiaco?

Melissende se anticipó.

—A no ser que fuera adivino, no. La muchacha los ha parido aquí.

Anué se acercó más y los miró ensimismado.

—¡Qué bonitos y qué pequeñitos! ¿Cómo se llaman? Hace años que no veía uno de estos... y mira por dónde, ahora veo dos iguales. Parece que estén repetidos.

Victoria miró a Melissende y respondió rotunda.

La niña se llamará Melissende —aseguró sin dejar de mirarla—, y el niño, Teth. Un deseo de mi padre.

—¿Teth? —exclamó Anué—. ¡Curioso!

—¿Por qué? —quiso saber Melissende.

—Porque la Teth, querida, no es ni más ni menos que una de las letras que componen el alfabeto hebreo.

Melissende enarcó una ceja, miró a Victoria, puso los brazos en jarra y se dirigió de nuevo a Anué.

... —No es que yo me pierda entre letras, pero...

—¿Pero qué...? Termina, anda...

—¿A dónde quieres ir a parar?

Anué las miró una por una y las apuntó con el dedo.

—Aunque os parezca una tontería, es algo más que un nombre. Pero lo más curioso, es que está estrechamente asociado a este Arcano. Su punto de encuentro —añadió, alzando la carta—, se esconde en la Cábala; esta

equipara la Teth a un número, el nueve. ¿No os dice nada?

—Pues no. ¿Qué tiene que ver el nueve en todo esto?

—Que la Cábala lo asocia con los meses de la preñez.

—Victoria escuchaba atónita. Todo aquello tenía que ser forzosamente casualidad. Lo pensó y lo dijo:

—Parece cogido por los pelos; tan lo uno para lo otro, que no puede ser verdad.

—En definitiva —adjuntó Anué sin darle importancia a su opinión—, Teth representa el auténtico poder de la madre; el privilegio de esconder en su interior un tesoro oculto, el feto, durante ese tiempo.

Melissende se desconcertó. Intercambió la mirada con Victoria y terminó por admitir:

—¿Bastante explícito sí que es, no?

Anué carraspeó y agregó:

...—También es hábito común asociar este nombre a la serpiente, o incluso, reíd si queréis, al bastón...

—Demasiadas asociaciones —se quejó Melissende.

Anué encogió los hombros y aclaró:

—Aunque, ciñéndose a la lógica y sin irse mucho por las ramas, representa el continente que guarda o protege un contenido. Un contenido, eso sí, oculto, secreto.

—¿Secreto? —exclamó Victoria.

—Eso es.

—¿Y desde cuándo es considerado un secreto algo tan natural como un hijo en el vientre de su madre?

Anué se aclaró la garganta.

—Esa es la palabra que mejor define esa letra: secreto. Es posible que visto desde tu lógica, sea difícil de aceptar, pero no seré quien cuestione la Cábala, ni ponga en duda sus preceptos.

—¿Tan seguro estás? Yo no lo tengo tan claro como tú —confesó Melissende.

Anué paseó la mirada de la una a la otra y ratificó:

—Creedme —aseguró—, la interpretación es una y la que es... Donde ya no entro es en la que le haya querido dar el padre de esta chica.

Melissende hizo gesto de fastidio.

—Pues es justo donde debes entrar —ironizó.

Anué asintió apesadumbrado y levantó el dedo.

—Lo que no entiendo es lo del signo del zodiaco. No deja de ser curioso que esté escrito en latín y justo al pie de «El Ermitaño», cuando, al menos que yo sepa, nada en común tienen. —hizo una mueca de disconformidad y se acarició la barba, pensativo.

—¡Pero no debemos perder la esperanza! —exclamó, dedo en alto—. Según la tradición druídica, los misterios existen para ser aclarados Y se mire como se mire, este es un misterio como cualquier otro.

Victoria, desanimada, se lamentó.

—Pues yo no soy tan optimista. La verdad es que no entiendo nada. No sé cómo mi padre pudo pensar que yo sería capaz de descifrar un galimatías como este.

Melissende se acercó al catre e intentó serenarla.

—¿De verdad, no se te ocurre nada? —preguntó.

Negó con la cabeza a la vez que señalaba la mesa.

—Y por si no bastara, nos queda esa otra caja...

Anué la miró a ceja alzada y exclamó:

—¿Pero es que hay más cajas?

—Esta —dijo Melissende acercándosela—. Es igual a las otras dos, solo que está vacía. Ya venía así.

—¿Seguro?

—¿Seguro? —repitió ella volviéndose hacia Victoria.

—¡Seguro! Durante mi huída, ni siquiera se me pasó por la cabeza abrir el zurrón. No tenía ni idea de lo que contenían.

Anué tomó la caja, la husmeó por los cuatro lados y se rascó la coronilla.

—Es extraño. —Suspiró—. Muy extraño.

—¡Y tanto...! —exclamó Melissense—. Esa caja...

Victoria, desanimada, se dejó caer sobre el catre.

—La verdad es que lo veo todo negro; tan negro como el túnel que me sacó del castillo. No entiendo por qué me confió esto mi padre. ¿En qué estaría pensando?

Anué intentó tranquilizarla.

—Pues porque no será tan complicado, o al menos no tanto como nosotros pensamos. Incluso es posible que ni siquiera lo sea —aseveró.

—Pues empieza a pensar —propuso Melissende.

Anué resopló.

—A lo mejor debemos mirarlo desde otro ángulo.

Victoria encogió los hombros.

—Lo mire desde dónde lo mire, no veo ni la punta.

—Pues piensa un poco, hija —la animó Melissende—. De algún hilo habrá que empezar tirar.

Anué intentó poner cada cosa en su sitio.

—Es posible que no estemos mirando desde el ángulo correcto. Deberíamos buscar otras perspectivas. —Miró a Victoria—. O más bien eres tú quién debería hacerlo.

Victoria abrió mucho los ojos.

—¿Yo? No sé me ocurre cómo. Acabo de decirlo

Anué chascó la lengua y suspiró.

—En definitiva —puntualizó—, lo único claro en este enredo, es que tu padre lo ideó y planeó pensando en ti.

Melissende aprobó con un aplauso.

—¡Eso es cierto! —Miró a Victoria—. Y no creo que tu padre te haya involucrado en algo que no supiera que podías resolver... y menos, poniendo tu vida en juego.

La mente de Anué estaba en ebullición.

—Si pudiésemos enfocarlo desde un ángulo diferente. ¡Un momento! —exclamó de repente—; ¿cómo no se me ocurrió antes? —Chascó los dedos y apuntó a Victoria—. ¡La preñez!

—¿La preñez? —se sorprendió ella.

Anué asintió con una sonrisa de satisfacción.

—En los nueve meses de tu preñez, debe encontrarse parte del misterio. —Se dio una palmada en la frente—. ¿Pero cómo he podido no verlo antes?

Victoria se tocó la barriga de forma inconsciente.

—¿En mi preñez?

—Sentido sí que tiene...—admitió Melissende.

Anué aprobó henchido de orgullo, y aclaró:

—Has tenido gemelos, ¿no?

Victoria estaba confusa.

—¿Y qué...?

¿Cómo que qué?

—¿Sí... qué?

—Pues que ahí está el nexa que la dichosa letra tiene con «El Ermitaño». Ahora solo tenemos que amasar hasta fundirlos en uno. Más tarde nos ocuparemos del poema. Si seguimos en este orden, seguro que el entramado de la caja vacía, se aclara sólo.

Melissende no era tan optimista.

—¿De verdad crees que es tan sencillo? —Dudó—. En un abrir y cerrar de ojos, hemos ido de la noche al día.

Anué no contestó. Miró a Victoria y le preguntó:

—¿Por qué habrá unido tu padre esos elementos?

—Ni idea. ¿Cuántas veces tengo que decirlo?

—¿De verdad no se te ocurre nada?

Victoria no respondió; esas conjeturas daban vueltas y vueltas por su cabeza, pero ninguna acababa de asentarse del todo. Suspiró llevada por la impotencia.

Anué, consciente del laberinto en el que se hallaba, se acercó a ella y la agarró por los hombros.

—Presiento —dijo—, y no me pidas que te explique el porqué, ya que no tengo ni la menor idea, que tu hijo Teth es el eslabón principal y necesario para dar con las claves de este enredo.

Victoria le observaba estupefacta. No comprendía a qué venía aquella patochada.

—No te has devanado muchos los sesos... —ironizó.

Anué reconoció a regañadientes que tenía razón.

—Ya sé —dijo a modo de descargo— que para llegar a esta conclusión no hace falta ser un genio; tu padre la ha dejado masticada... pero...

Melissende le cortó.

—Yo diría que hasta digerida —bromeó.

Anué aceptó el reproche sin objetar.

—¡Está bien, tenéis razón! Pido disculpas por...

—¡Se aceptan! —le cortó Melissende entre risas.

Anué alzó las manos en señal de sumisión.

—Admito —dijo— que la deducción era tan evidente, que hasta sobraba mencionarla. Pero tenía que...

Melissende le cortó una vez más.

—¿Pero? ¿Cómo que pero...? A qué viene...

—Pero no obstante —la cortó él— insisto en comenzar por ahí de todos modos, y tirar del hilo hasta enlazarlo con el otro gemelo. —Miró a las dos y dijo a modo de autocritica—: Tanto tiempo sin preocupaciones, y mirad por dónde, me coge desentrenado. En fin. ¡Esto es vida!

—Es una niña —le aclaró Melissende.

Anué encogió los hombros y exhibió el pliego.

—Es igual —objetó—, aquí no dice nada de sexos... Solo se cita al signo. Melissende no replicó; aquel razonamiento le pareció válido.

—Pues si se tiene que empezar por ahí, se empieza y ya está —aceptó—. Habida cuenta de que no disponemos de nada mejor donde agarrarnos, no parece tan disparatado. De algún hilo habrá que tirar. —Miró a Victoria—. ¿Y tú qué dices? —Intentó implicarla—. Te recuerdo que eres la más interesada.

—No sé qué decir. Entiendo menos que vosotros.

—Pero habrás oído lo que ha propuesto Anué...

La petición de su padre acerca del nombre que debía ponerle a su hijo, revoloteó por su aturdida y encapotada mente. La proposición de Anué, era muy elemental y no mitigaba ni lo más mínimo sus recelos, pero Melissende, pensó, no iba del todo desencaminada; algo era algo.

Se volvió hacia ella y encogió los hombros.

—¡Está bien! —Se resignó—. ¿Qué podemos perder?

La anciana respondió sin pensarlo:

—La vida, hija... La vida.

IV

LAS ESQUINAS DE LA TIERRA

La taberna se encontraba como de costumbre. Los dos borrachos habituales hacían codos, cada uno apostado en una esquina del mostrador, y semejaban mantener una profunda conversación consigo mismos, quedando esta mitigada por el griterío de otro pequeño grupo que se divertía a gritos en una de las mesas del fondo. Tanto los unos como los otros ponían la nota de normalidad.

El tabernero era un individuo enjuto y desaliñado, de melena encrespada y barba rizada hasta mitad del pecho. En cuanto oyó la puerta chirriar, comenzó sin pérdida de tiempo a masajear al cliente con su mejor tono.

—¿Vino? —Al preguntarlo mostró una sonrisa con algunos dientes.

Tobías se acercó despacio al mostrador.

—Una jarra grande, sí...

El tabernero llenó una y la empujó hacia él.

—Ahí va...

—Gracias, vengo seco.

El tabernero carraspeó nervioso.

— Son tres mara...

—¿A qué tanta prisa? —le cortó Tobías.

—Así lo hago ahora. ¿Y a ti qué más te da...?

—Ya te pagaré luego —le interrumpió—. ¿O acaso te debo algo?

El tabernero encogió los hombros y no dijo nada.

Tobías agarró la jarra de madera y echó un ávido y largo trago hasta dejarla casi vacía. barrió con la mirada el local, y tras soltar un eructo, preguntó:

—¿Siguen por aquí nuestros «visitantes»?

—Sabes que sí —dijo el posadero pasando el trapo.

Apuró el resto y empujó la jarra para que la llenara.

—¿Así que continúan por aquí?

El tabernero respondió a la vez que escanciaba.

—¡Síiiii...! —exclamó con desgana; como si hubiera estado contestando a esa misma pregunta todo el día.

—No es necesario que te alteres. Solo preguntaba.

—Es la causa de que exija pago inmediato. Cuando piden todos a la vez, llevar las cuentas es complicado y siempre acabo perdiendo.

—Ya.

Empujó la jarra hacia él y suspiró.

—Y si no lo hago con todos —se justificó—, podrían llegar a ofenderse.

Tobías apuró de un trago y golpeó el mostrador con la jarra mientras se pasaba la manga por los labios.

—Disculpa. La verdad es que estoy algo perdido en cuanto a noticias frescas. He estado unos días cazando. Tengo que comer. —Empujó el cuenco hasta que chocó con la tripa del tabernero—. Ponme otra.

Este se echó el trapo al hombro con parsimonia y agarró una garrafa. Escanció en dos jarras, y tras darle una, se bebió la otra de un tirón.

—Todos tenemos que comer —dijo, y echó un largo eructo que cogió desprevenidos a los dos custodios del mostrador.

—A mí, conste que no me importa reconocerlo, no me ha venido mal la visita...

—¿Ah, no?

El tabernero llenó su jarra y la vació de otro trago.

—Esos llegan al atardecer —dijo— y abarrotan mi negocio hasta bien entrada la madrugada, dejándose sus buenas monedas. ¿Por qué iba yo a quejarme?

—Ya. Pero el caso es que nunca llueve al gusto de todos. A ti te ha venido de perlas esta lluvia de dinero, pero...

—¿Pero qué? Yo vivo de esto. Al diablo los otros...

—Por cierto, ya que hablamos de esa gente —dijo Tobías fingiendo ingenuidad—, ¿sabes tú el motivo de que permanezcan por aquí tanto tiempo?

—¿A qué viene tanta curiosidad?

Tobías suspiró y encogió los hombros.

—El pueblo nunca había estado tan abarrotado de...

El tabernero entrecerró los ojos y ladeó la cabeza.

—¿De...? —preguntó, suspicaz.

Tobías hizo un aspaviento. No era cuestión de dar pistas. Contestó quitándole importancia.

—De nada. No me hagas mucho caso. En realidad no podemos quejarnos del ambiente que han traído. El tugurio y las prostitutas de las afueras, deben celebrarlo tanto o más que tú. Si mi intuición no me falla, deben ir de un sitio al otro como si no hubiera más pueblo.

El tabernero soltó una carcajada que puso nuevamente en guardia a los custodios de la barra.

—No puedo quejarme, ya te lo he dicho... Vendo a toneles. En cuanto al motivo de que sigan por aquí, no me importa lo más mínimo.

—¿Y no te preguntas de dónde sacan el dinero que gastan?

—No —le dijo en tono irónico—. ¿Tú sí?

Cambió de pregunta para no molestarle.

—¿Y no extraña a la autoridad tanto derroche?

El tabernero encogió los hombros.

—Eso no es problema mío. Pregúntales a ellos.

—Es sorprendente que ni pasen por aquí.

El tabernero soltó otra fuerte risotada.

—¿Y para qué? No tienen nada que hacer.

—¿Ah, no? ¿Por qué?

—Se cuenta que están amparados por alguien muy importante. Mejor no entrometerse. ¿De qué serviría?

—¿A quién te refieres?

El tabernero se llenó otra jarra y fingió brindar.

—Corren rumores por ahí —dijo—, de que portan un documento oficial... Eso es como una coraza.

Tobías no pudo disimular su curiosidad.

—¿Oficial?

El tabernero asintió y eructó a la vez.

—Ya me entiendes... un documento con permiso a todo. ¿Responde eso a tu estúpida pregunta? De todos modos, si me permites un consejo, no pregones eso por ahí. Podrías llevarte una sorpresa.

—Era simple curiosidad. No te sulfures.

El tabernero soltó un gruñido, se descolgó el trapo y comenzó a pasarlo

por el mostrador, desentendiéndose de él.

Tobías llegó a la conclusión de que no sería quién le informara y se resignó.

—Una jarra más... —pidió.

El tabernero llenó otro cuenco y se lo lanzó desde el extremo de la barra. Lo agarró y se encaminó hacia una de las mesas del fondo; desde aquél apagado rincón solo iluminado por una agónica vela, estaría al corriente de quién entraba y pasaría inadvertido. Solo esperaba que apareciese alguien con la lengua más suelta.

No tuvo que esperar mucho; ni siquiera se acabó la jarra. La puerta se abrió con violencia, y el jolgorio que acompañaba a los clientes entrantes invadió el local.

El que parecía llevar el timón, grito desde la puerta:

—¡Vino para todos! ...¡Y en abundancia!

—Los borrachos guardianes se miraron.

—¿Para nosotros también hay? —dijo uno de ellos dejando caer las palabras en forma de baba.

El matón miró hacia él y le apuntó con el dedo.

—¡Menos para ese! —exclamó.

Tras decirlo, lanzó una cavernosa risotada que todos sus satélites corearon al unísono.

El de la barra soltó una carcajada de satisfacción. El buen ánimo que traían esta vez se traduciría en dinero para el negocio. Con el paso de los días iba conociendo sus costumbres.

—Me alegra que hayáis tenido un buen día —dijo, vertiendo vino de jarra en jarra—. ¿Razón especial para tanta celebración?

Uno de ellos lanzó una carcajada.

—Nada especial —dijo sin parar de reír—. Eso es lo bueno, que no encontramos lo que buscamos.

Todos acabaron coreándole.

—¿Entonces?

—Eso, precisamente por eso, es por lo que no vamos a movernos de aquí en algún tiempo. Estamos mejor en este pueblo de mala muerte, que en las frías y solitarias montañas. Y no quiero ni mencionar el bosque. —Echó un trago y añadió—: Aunque si las cosas siguen como hasta ahora, tendremos que seguir buscando allí.

—Entiendo —dijo el tabernero—. No es lo mismo.

—¡Pues no! —exclamó otro—. Esto es un paraíso... las montañas y ese bosque son poco acogedores. Allí no hay tabernas ni mujeres. Más vale una aldea como esta, en la que descansamos en acogedores jergones, que una helada montaña o un húmedo y oscuro bosque.

Todos le corearon con estridentes risotadas.

—Este es un pueblito muy pequeño —reconoció el tabernero sin dejar de llenar jarras—, y cuando alguien extraño pasa por aquí, todos nos enteramos.

—Es posible que este tipo tenga razón —arguyó uno de los esbirros mirando a su jefe—. Quizá esté muerta en algún lugar del bosque. Han pasado varios días ya, y con este tiempo lluvioso y frío es muy difícil que una mujer inexperta salga de ese bosque con vida. Sería milagroso que hubiera llegado hasta aquí; esa selva es demasiado grande, ha pasado demasiado tiempo, y hay demasiadas alimañas...

—Sí. Seguro que tienes razón —habló el que llevaba la batuta—, pero nuestro trabajo es encontrarla. Viva o muerta es indiferente, pero tiene que aparecer.

—¿Y por qué razón? —preguntó el de la barra—. ¿Si está muerta, de qué os sirve? ¿Y cómo sabéis que es una mujer?

El mercenario terminó su vino de un trago y hundió sus palabras como cuchillos, en la mente del tabernero.

Este sintió un escalofrío desde la coronilla hasta la punta de los pies mientras las palabras le arañaban hasta hacerle sangre en su orgullo.

—Tú a escanciar vino, imbécil. Todos los taberneros sois de la misma calaña. Esa estúpida curiosidad vuestra por las vidas ajenas acabará tarde o temprano con todos vosotros, y os lo habréis ganado. Y si continuas igual de curioso, tendrás premio.

El cantinero sintió otro latigazo atravesándole desde los dedos de los pies hasta la coronilla. Obediente, giró sobre sí mismo y desapareció de la vista del matón.

Tobías se puso en pie y caminó hacia el mostrador a paso lento; intentaba sin éxito fingir una serenidad que le hacía aguas a cada paso que daba, pero todos estaban tan ocupados con el tabernero, que nadie se dio cuenta. Cuando estuvo junto al director del cotarro, llamó al de la barra

—¡Más vino! —exigió sin levantar la voz—. Y ponle algo de beber a este hombre—añadió—. Invito yo.

El matón le miró por el rabillo del ojo.

—¿Nos invitas?

Apretó los dientes masticando su rabia y rectificó:

—Eso no es lo que he dicho, pero bien pensado, sí. El fallo ha sido mío; no he tenido en cuenta a todos...

—¿Y por qué? Todo el que vive en este inhóspito y atrasado pueblo, quiere vernos lejos... ¿Tú no?

—Todos no...

—¿Que no? ¡Serás el único!

Tobías señaló al de la barra y le echó una ayudita.

—Él, por ejemplo...

—¡Y cómo no! —contestó el mercenario mirando al tabernero con desprecio—. Somos su sustento; su pan de todos los días... al menos mientras estemos aquí. Es muy comprensible que tolere nuestra presencia. —Le asetó con la mirada, y poco faltó para que el pobre hombre se meara encima—. Pero en el fondo nos odia tanto como nos necesita... Como esas mujercuelas del lupanar de al lado. Ellas también nos odian... Ni siquiera hablan en nuestra lengua.

Tobías le miró y enarcó una ceja.

—¿Crees que os odian porque no hablan como vos...?

—¡Pues claro! —le cortó—. A saber lo que dicen...

—Esas mujeres no conocen otra forma de hablar.

—¿Ah, no?

— En su mayoría son huérfanas venidas del campo... No conocen otra lengua que el euskera, así hablan desde que nacieron. ¿No lleváis mucho por aquí, verdad?

—¿Importa eso?

—Según. Si estuvierais familiarizados con esta tierra, sabrías que la mayor parte vienen del campo. Y los que vienen del campo, solo hablan la lengua de sus padres... Pero te aseguro que os respetan —mintió.

El mercenario bosquejó una sonrisa y asintió con la cabeza.

—Nos respetan porque nos temen, pero...

—El pueblo gana mucho con vuestra presencia —le interrumpió Tobías ante la incredulidad del tabernero, quién, nervioso, permanecía callado como una tumba y repasaba el mostrador de un lado a otro...

—¿Tú crees? —preguntó el matón, sorprendido.

Tobías asintió a la vez que se llevaba el cuenco a la boca y sorbía de manera teatral.

—Antes de vuestra llegada era demasiado tranquilo —dijo, limpiándose

con la manga. Ahora tiene vida... En realidad era un pueblo muerto; somos cuatro gatos.

—¿Te estás riendo de mí?

Tobías negó con la cabeza y apostilló:

—Y si algunos se benefician con vuestra visita, pues mejor que mejor —añadió—. Por la parte que me toca, sois bienvenidos. El pueblo se hace grande con vuestro dinero. Como podéis ver, todo el mundo gana.

Visnú le miró con recelo. Aquél jovenzuelo con cara de pillo parecía intentar transmitir una serenidad que ni de lejos tenía; demasiado se esforzaba incluso... Y esa dilatada experiencia que pocas veces le fallaba, le decía al oído que solo podía deberse a dos razones: o bien sabía de sobra con quién estaba hablando y por algún motivo pretendía ocultarlo, o era otro infeliz más sin sesera, de los muchos con los que tuvo que bregar a lo largo de su azarosa vida. En cualquier caso, la madre experiencia le susurraba bajito, que no debía confiar en él.

Le miró sin pestañear, con ánimo de intimidarle.

—¿Sabes tú... por qué estamos aquí? —le preguntó.

Tobías no pudo mantenerle la mirada. Se esforzó lo que pudo, pero no logró evitar que el miedo se apoderase de él. En aquél momento toda su preocupación consistía en contener su orina.

—Seguro que teníais buenas razones para venir —dijo con voz trémula, retorciéndose con disimulo y metiendo el culo; no se llevó las manos a la entrepierna porque le daba vergüenza—. No necesito saberlo.

El mercenario le observó de arriba abajo y echó un trago sin quitarle ojo.

—Reconozco que eres inteligente. —Se limpió la boca con la manga y añadió—: Sabes distinguir quién manda y sujetar la lengua cuando es conveniente. Eso te evitará muchos problemas... al menos conmigo.

Tobías centró su mirada en la jarra, evitando mirarle. No entraba en sus planes provocar a aquél animal; sabía bien que una inocente mirada podía ser interpretada de muchas maneras, en especial por tipos recelosos como el que tenía en frente y no le quitaba los ojos de encima. La vida le había enseñado a la fuerza, que si no se llevan las riendas, hay que aprender a tirar del carro. No respondió a la provocación y continuó simulando una calma que estaba lejos de sentir y que hacía aguas por todas partes.

Con ánimo de que se desentendiera, miró a otro lado.

Pero de nada le sirvió. El tipo se acercó hasta hacerle oler su aliento avinagrado y masculló con voz quebrada:

—Oye, ¿tú no sabrás leer...?

La pregunta le cogió desprevenido, pero se relajó y se le aflojaron las incontrolables ganas de mear.

—No... —respondió más tranquilo—. Solo conozco algunas letras. ¿Por qué lo preguntas?

El individuo extrajo un pliego arrugado y manchado de sangre, y lo lanzó sobre el mostrador.

Intentó a duras penas aparentar indiferencia.

El tipo lo empujó hacia él.

—Estamos muy interesados en saber qué hay escrito aquí. Un imbécil nos dijo que parecía un poema, pero es muy posible que nos engañara.

—¿Un imbécil?

—El ayudante del párroco. ¿Lo conoces?

Tobías no contestó.

—El tipo encogió los hombros y se masajeó el codo como si no acabara de entenderlo. Sin quitarle la vista de encima, añadió:

—¿Porque la verdad, muchacho, dime tú a qué idiota se le ocurriría escribir un poema en la hora de su muerte, y por qué? No tiene ningún sentido.

Tobías disimuló su interés por el manuscrito.

—La gente hace tonterías cuando presiente que llega el final —dijo—. Seguro que será algo sin importancia.

Visnú recogió el manuscrito del mostrador y lo miró con atención; cómo si intentara captar su esencia. Acto seguido giró sobre sí mismo y pasó revista a la estancia, mirando uno por uno a sus hombres hasta encontrarse de nuevo con el rostro de Tobías.

—Pues yo creo que contiene información importante —le espetó—. ¡Como me llamo Visnú!

Le temblaron las rodillas al oír el nombre, y hasta se le escapó algo de orina.

—¿Y qué te hace pensar eso —le preguntó, nervioso.

Visnú hizo desaparecer el pliego entre sus ropas.

—¡Está claro! —exclamó, convencido—. Si hay algo cristalino en todo esto, es que Dragan no era imbécil... No le imagino yo, dando puntadas sin hilo...

Tobías frunció el ceño.

—¿Le conocías?

Visnú negó con la cabeza y echó otro trago.

.....—No. ¿Pero qué más da? Son cosas que se dicen. Era un digno adversario a su manera, tengo entendido; uno de esos contrincantes de nivel... de los que no se rinden. Aunque desconozco en qué, pues estas cosas, a mí no me las cuentan, los obcecados como él son los que hacen que la vida sea interesante. Nuestro paso por aquí, no sería lo mismo sin ellos.

—¿En serio crees que tu vida no sería igual sin él?

—¡Y la paga tampoco! —Bromeó en serio.

Todos le rieron la ocurrencia.

Tobías cogió su jarra y meneó la cabeza.

—Siento no poder ayudaros —se disculpó.

Visnú sacó de nuevo el manuscrito, lo ojeó y bramó:

—¿Te lo puedes creer? —Bebió un trago sin apartar los ojos de Tobías.

—¿Qué si puedo creer, qué...?

Eructó antes de responder.

—En este miserable pueblo —masculló—, sólo el de la sotana y su desdichado ayudante conocen lo que hay escrito en este asqueroso legajo. — Lo observó una vez más, esta vez con soberbia, lo estrujó con los dedos y lo volvió a esconder entre sus ropas.

—No se preocupe usted, amo. No sufra, ya se verá...

El que habló, su hombre de confianza, daba vueltas a su alrededor como una peonza. Era un sujeto joven, alto y fornido, con marcado acento del sur y unos ademanes chulescos que le salían por las orejas. Se había ganado la confianza de su jefe a base de adulaciones; aunque no era muy listo, sabía arrastrarse.

—¡Todo llega! —dijo, encerándole con cada palabra.

—Ya quisiera...

—Ya verá, jefe —dijo, soltando baba—. Seguiremos buscando y la encontraremos.

—Sí, eso espero —replicó Visnú en tono lastimero—. Pero el tiempo va pasando y seguimos sin resultados.

Esta vez no hubo réplica. También sabía cuando debía tener la boca cerrada.

Visnú esparció la vista por el grupo hasta que avistó a todos.

—No es necesario que os recuerde que nuestro salario depende de resultados. ¿Verdad? —les dijo, guasón.

Todos excepto su lacayo oficial intercambiaron una mirada de

preocupación. Cuando el jefe empleaba aquél tono, había que estar alerta.

Tras permanecer indeciso durante un breve espacio de tiempo durante el cual se hubiera oído el zumbido de un mosquito, lanzó de forma brusca unas monedas sobre el mostrador, y dio un alarido que hizo temblar a los dos borrachos guardianes.

Sus hombres también lo cogieron a la primera.

Tobías frunció el ceño.

—Invitaba yo... —le recordó.

Visnú se volvió hacia él.

—En otra ocasión. Te lo recordaré yo, descuida.

Tobías encogió los hombros y carraspeó.

—Si es que volvemos a vernos... —le apercibió.

—Dalo por hecho —le aseguró Visnú yendo hacia la puerta—. Esto es pequeño. La próxima vez, pagas tú.

Segundos más tarde, la taberna quedaba desierta.

Ya anocheecía cuando hizo sonar el aldabón de la puerta parroquial. Manuel, el ayudante, empujó la pesada hoja de madera, y la sorpresa se dibujó en su rostro aniñado al ver a su visitante; se conocían desde la niñez y habían crecido juntos.

—Ya no queda comida. Es tarde —dijo—. Además, tú no tienes aspecto de necesitarlo, Tobías.

Tobías intentó explicarle el motivo de su visita, pero fue inútil, Manuel enlazó una frase con otra.

—Tú aspecto es envidiable. Hasta ahora nunca te vi por aquí, a pesar de conocer tu...

Tobías se llevó el dedo índice a los labios.

—¡Shhhuut! —Bisbiseó para que bajara el tono—. Solo he venido para hacerte una pregunta, Manuel.

—¿Una pregunta? Como nos vea el cura...

Tobías, nervioso, agitó la cabeza.

—No te quitaré mucho tiempo, lo prometo... Solo será un minuto.

—Es tarde. Otro día. —Intentó cerrar la puerta.

Tobías se lo impidió metiendo el pie

—Tiene que ser ahora, Manuel.

Este le miró, perplejo.

—¿Ahora? ¿Qué mosca te ha picado, Tobías?

—¡Sí, por favor... ahora! —Lo dijo mientras echaba una ojeada a la plaza, asegurándose de que nadie merodeaba por los alrededores—. Pero tiene que ser dentro...

Manuel asomó la cabeza, barrió los alrededores con la mirada y le indicó con el dedo, que podía entrar.

—¿Puedo saber a santo de qué viene tanto misterio? —dijo, bajando el tono hasta que pareció un susurro—. ¿Qué quieres de mí? Un minuto, eh... Eso has dicho, no lo olvides.

—Se cuenta en la taberna —comenzó Tobías—, que hace poco, has leído un manuscrito.

—¿Y qué?

—No tenía ni idea de que supieras leer.

—Sí. ¿Y qué pasa porque sepa leer, Tobías? El cura me ha enseñado. Tú también podrías aprender si quisieras.

—¿Recuerdas de que se trataba? ¿Qué había escrito en él, Manuel?

Manuel se encogió de hombros.

—¿Y que más te da? —le preguntó—. ¿Desde cuándo te interesan a ti estas cosas?

—Es que se dice en la taberna, que podría tratarse de un poema. Y aunque no sepa leer, me gustan.

Manuel puso cara de idiota.

—¿No sabes leer, y dices que te gustan los poemas?

—Sí.

—¿Te burlas de mí?

—Tobías negó con el dedo.

—¿Qué pasa? —protestó—. ¿No pueden gustarme?

—¿Pues qué quieres que te diga? Raro sí es...

—Me encanta oírlos... Y no es indispensable saber leer. Es como escuchar historias alrededor de un buen fuego, o escuchar recitar al cura en la iglesia.

Manuel dio por válido el razonamiento.

—Está bien, está bien —aceptó, tapándole la boca con la mano—, no es necesario que te extiendas ni que grites. Pero, aun suponiendo que te guste la poesía, ¿a qué viene tanto misterio a estas horas?

Con la mano oprimiéndole la boca, balbuceó:

—Verás, es que no quiero pregonarlo mucho por ahí. Ya sabes cómo es la

gente cuando dices algo así...

El monaguillo agitó la cabeza como si no tuviera más argumentos y le retiró la mano de la cara.

—Joder —se quejó—. Desde luego, tienes respuestas para todo...

—¿Me vas a ayudar o no...? —le suplicó—. Ya no sé cómo pedírtelo...

Manuel, indeciso, se aclaró la garganta.

—No estoy seguro de que fuera un poema —aclaró.

—¿Ahora dices que no era un poema?

—Si el cura dijo que lo era, lo sería, pero...

—¿Lo era o no lo era? ¿En qué te basas?

—Parecían palabras de alguien que estaba sufriendo mucho; las de quién intuye que va a morir pronto. A mí me sonaron más a lamento...

—¿Estás seguro?

—Es la impresión que me dio... quizá me influyeron las manchas de sangre que...

—¿Pero recuerdas qué decía?

Manuel permaneció pensativo, como si ordenara en su cabeza cada verso. No tardó en tenerlo claro.

—¡Era corto! ¡Impactante! Por eso lo recuerdo todo. Creo que no estaba acabado, o esa sensación nos dio.

—Y qué recuerdas? Dime algo, hombre...

—¡Está bien, está bien! Se llamaba: *Las esquinas del mundo*. Decía así:

Tobías no le dejó empezar.

—¿Las esquinas del mundo? Qué nombre tan raro.

Manuel dio por buena la opinión de Tobías.

—Sí, bueno, así de rara es esa gente.

—¿Qué gente?

Manuel resopló, nervioso.

—¿Quieres oírlo o no?

—Adelante —le animó.

Se mojó los labios con la lengua, entrecerró los ojos y comenzó:

*Acabado,
con el alma a pedazos y el
corazón herido,
me alejo de ti sin vencer y
no vencido...
¡Trago aire, pero no respiro!*

*Qué difícil es ya traer vida
a este pecho delicado de tan
frágil tañido;
solo el justo para suspirar una
vez más por tu secreto encanto;
aquél más sabido que visto, que
traspasó las fronteras del gran mar
y las esquinas del mundo
conocido.*

—¿Ya está?

—Así acababa. Te dije que era corto. —Encogió los hombros, chascó la lengua y suspiró—. No había nada más; no he olvidado ningún verso, de eso estoy seguro. —Frunció el ceño—. Por cierto, ¿qué tiene de especial este escrito? ¿A qué tanto interés? —preguntó, curioso.

—No lo sé. Me gusta la poesía.

—¡Anda ya...!

—¿A qué viene eso?

—Unos bárbaros me preguntaron eso mismo. Mucho misterio le veo... En fin, si tanto te gusta este poema, ahí lo tienes... ¡disfrútalo!

Tobías estaba desanimado. Le había sabido a poco.

—¿Seguro que eran esas palabras, Manuel?

—¡Seguro! El párroco y yo lo leímos varias veces. Es corto y fácil de recordar. Nosotros estamos acostumbrados a memorizar textos bíblicos mucho más extensos... Tranquilo, no he olvidado nada.

—Te creo. Podrías repetírmelo un par de veces.

—¿Cómo dices?

—Yo también tengo buena memoria, y podría...

Negó con la cabeza.

—Vuelvo adentro antes de que el cura me eche de menos —dijo—. Si se entera de que hablo con alguien a estas horas, me cambia por otro, y a ver de qué como...

—Pero...

—¡Que te vayas, joder!

Tobías se rindió y abandonó la iglesia. Con cada paso que daba, un verso parecía brotar de sus labios:

Acabado, con el alma a pedazos y el corazón herido, me alejo de ti, sin vencer y no vencido...

Con cada paso, una palabra se alojaba en su mente.

V

VERSOS DE MUERTE

Tobías entró, cerró tras de sí, apoyó su espalda contra la puerta y suspiró. Estaba tan eufórico como impaciente.

Melissende le conocía bien. Por eso dijo:

—¿Y bien, Tobías? Suéltalo ya, anda.

Se acercó, la abrazó con fuerza y miró a Victoria, todo en uno.

—He visto el escrito —dijo, lleno de orgullo—. Lo he tenido tan cerca... Es muy corto.

Victoria abrió mucho los ojos; hasta que le dolieron.

—¿Cómo? —exclamó—. ¿Has visto el poema?

—No me vais a creer, pero estuve con esos tipejos, y casi lo pusieron en mis manos.

—¿Lo dices en serio?

Asintió, eufórico y miró a Victoria.

—Al parecer —la informó—, tu padre escribía sobre su propia muerte... eso es lo que se dice, al menos.

Victoria sintió un latigazo en la espalda.

—¿Y recuerdas algo?

—Síiiiiii. Tengo una memoria excelente. Además he hecho el camino hasta aquí repitiéndolo una y otra vez para no olvidarme de nada. Llevo así desde anoche. No he pegado ojo, pero está todo aquí. —Se tocó la cabeza.

—¿Y a qué esperas para empezar?

Melissende cogió una pluma de gallina y la mojó en un recipiente de hojalata.

—¡Ya! —Lo dijo alisando un pergamino y dándole la vuelta para escribir sobre él.

Tobías se aclaró la garganta y comenzó a narrar.

—¿Ya...? —exclamaron al unísono un minuto más tarde. Tobías había terminado, dejándolas en ascuas.

—Sí. Ya os dije que era corto, ¿no?

—Es más que corto —se quejó Melissende.

Victoria no dijo nada, intentaba descifrar las palabras de su padre, aunque sin éxito.

Tobías las observaba sin entender su reacción.

Ellas le miraban estupefactas; cómo si aquél poema les hubiese sabido a nada y él tuviese la culpa.

—Veo que no ha servido de nada —dijo, desencantado y en tono de protesta—. Toda la noche sin dormir... y recibo tantos y calurosos aplausos, que me van a tener otra noche más en vela...

Melissende dio un par de soplidos sobre el escrito y lo sacudió varias veces para acelerar su secado.

Tobías no esperaba palmadas, pero tampoco imaginó tanta indiferencia. Desanimado, se sentó en el suelo, al calor de la chimenea.

—Siento que no haya servido para nada —repitió—. Me había ilusionado demasiado rápido.

Melissende intentó tranquilizarle.

—Habrà que releerlo una y otra vez, hasta que suene a algo coherente —apostilló—. Quizá la respuesta que buscamos esté escondida entre esos versos... O tal vez tenga que leerse de abajo a arriba, ¡qué sé yo!

Victoria emergió del poema y preguntó:

—¿Y qué piensas que debemos hacer?

—Esperaremos a ver qué se nos ocurre. Las prisas...

Victoria estaba emocionada y no conseguía sujetar las lágrimas. Ensimismada, acababa de escuchar, palabra tras palabra y verso tras verso, las reflexiones de su padre; los últimos pensamientos de un hombre que sabe que su fin está ya próximo, desatando la añoranza de unos momentos que ya pertenecían a los recuerdos y que no reviviría jamás. Le dolía, solo con pensarlo.

—Es posible que en esos versos no haya nada, aparte de meros lamentos provocados por el miedo —opinó con los ojos empañados y la voz entrecortada.

—O puede que sí lo haya —la corrigió Melissende.

—¿Tú crees?

—¿Existe también esa posibilidad, no?

Victoria retiró sus lágrimas con el dorso de la mano y se lamentó entre sollozos.

—Tenemos cajas, tenemos el poema, y es posible que la respuesta que estamos buscando se encuentre en él, en ellas, o en ambos. Pero también existe otra posibilidad: la de que nunca demos con la clave del uno ni de las otras, y de que todo esto haya sido para nada.

Melissende observó el poema con atención y pareció desmenuzar cada sílaba.

—Si hay algún enigma entre estos versos —dijo—, lo sacaremos a la superficie. Tal como se están poniendo las cosas, hija, deberemos hacerlo sí o sí... aunque tengamos que traspasar las fronteras del gran mar y las esquinas del mundo conocido. De lo contrario, alguien te va a obligar a cruzar otra frontera distinta; una frontera que ni tiene esquinas, ni tiene mar, ni pertenece al mundo conocido.

VI

VISNÚ

La puerta de doble hoja se abrió dejando ver al trasluz la alta silueta del hombre que la cruzaba.

Inquieto, como cada vez que traspasaba aquél umbral, avanzó despacio hasta el centro de la estancia; un lujoso aposento que describía a la perfección la vida distendida del hombre que le esperaba con desgana y mano tendida.

Como de costumbre, se aproximó hasta que lo tuvo frente a él, se inclinó, tomó la mano que le ofrecía, y con más temor que fervor, posó sus labios sobre el aparatoso sello dorado que rodeaba uno de sus regordetes dedos.

La gélida voz de Su Excelencia Reverendísima Carlos de Marena, Obispo de la diócesis, reverberó en sus oídos.

—Espero que seáis portador de buenas nuevas. Podéis erguiros. La gracia de Dios sea con vos.

Un sudor frío empapó su espalda mientras se ponía en pie. Le contestó sin atreverse a mirarle y sin contar con la gracia de Dios.

—Por desgracia no, monseñor.

—¿No qué? ¿Os burláis de mí?

—No puedo daros la noticia que esperáis, Excelencia Reverendísima. Dragan se quitó la vida.

—¿Y su hija?

—No damos con ella. Está desaparecida, monseñor.

—¿Cómo osáis presentaros aquí para decirme eso?

—No hemos podido encontrarla. Ha sido imposible.

—¿Y a qué habéis venido? ¿A perder el tiempo?

—Pensé que debía informaros, monseñor... Llevará tiempo encontrarla. El clima no ayuda.

—¿Cómo voy a tener que decir las cosas? ¿Acaso no lo expliqué con

detalle cuando os trasladé las órdenes? Si la chica no aparece con lo que tiene que tener, todo esto no habrá servido de nada.

—Pero monseñor...

El Obispo no le dejó acabar.

—Decidme, ¿estoy acaso tratando con inútiles?

Visnú tragó saliva y sacó el ensangrentado legajo.

—Hemos conseguido este manuscrito, monseñor.

El Obispo le miró atónito y se lo quitó de la mano.

—¿Cómo? —dijo mientras lo desplegab— ¿Y me lo decís así? ¿Qué es esto?

Visnú volvió a tragar saliva y asintió.

—No lo sabemos. Hemos podido averiguar que podría tratarse de un poema —explicó—. Se lo arrancamos de la mano a Dragan durante el asalto. Pensé que podría ser de su interés. Nos han dicho que habla en él de su muerte.

El Obispo frunció el ceño.

—¿Cómo que os han dicho...? —Lo dijo sin levantar la mirada del papel—. ¿Es que alguien más lo ha visto?

—Bueno, nosotros no sabemos leer, monseñor, pero el párroco del pueblo sí. Él y su ayudante nos lo leyeron.

—¿Decís que os lo leyeron?

Asintió con un carraspeo y añadió:

—Llegaron a la conclusión de que podía ser un poema inacabado, y pensé qué...

El Obispo no le dejó acabar.

—¿Pensasteis? ¿Cuándo os he pedido yo que penséis?

Visnú agachó la cabeza, se mordió la lengua y decidió no contradecirle. La experiencia le susurraba al oído que el momento no era propicio. Con el estómago encogido y contenidas ansias de gritar, se tragó el orgullo, mordiéndose los labios hasta hacerse sangre.

El Obispo gritó por él.

—¡Mierda! Y le miró como si le perdonara la vida.

Intentó justificarse, pero este no se lo permitió; alzó el pergamino y lo zarandó sin disimular la cólera.

—¡Nadie debió ver esto ni saber de su existencia!

Visnú intentó una vez más apaciguar su ira, pero fue inútil; su voz se ahogó entre los lamentos del Obispo.

—¿Por qué nada sale según lo previsto? —gimió.

—Yo, solo quería colaborar, monseñor.

—¿Habéis dicho, colaborar?

—Creí que ayudaría a...

La réplica del Obispo ahogó de nuevo sus palabras.

—¿Por qué pensáis que os contraté? ¿Por qué creéis que confié este trabajo a un iletrado como vos?

Igor Persson agachó una vez más la cabeza y permaneció en silencio. Si algo había aprendido desde que se alistó a las órdenes del prelado, era que en sus dominios no tenía probabilidades de vencer; de hecho, era el único terreno en el que asumía que nunca podría. Así las cosas, intentarlo ni se le pasaba por la cabeza. En contrapartida, era este terreno en el que más garantías de inmunidad y mejor salario recibía por sus trabajos, que las más de las veces por no decir la totalidad, se saltaba las fronteras de las leyes terrenales. Pero quién era él para cuestionar las leyes del «cielo» que le llenaban la boca.

Desde el día que pisó la península, ofreció su servicio a cambio de salario a toda suerte de personajes: nobles y menos nobles, opulentos avariciosos y usureros exentos de escrúpulos, así como a toda morralla con «posibles»; gentuza sin el menor asomo de moralidad, dispuesta a lo que fuese y como fuese para lograr sus ruines propósitos. Unos mejor situados que otros en el escalafón de la vida, pero movidos por la misma causa: el ansia desmedida de poder.

Diseñados bajo el mismo patrón, respondían al mismo calificativo: «miserables». Y aunque la mayor parte de los encargos ejecutados bajo sus señoriales tutelas había sido recompensada con el salario previamente convenido, en ningún caso llegó a ser este tan espléndido como el que le ofrecía el Obispo; este le permitía llevar una existencia sin penurias.

Según el resultado de las lides en las que participó, la «recompensa» podía ser mayor, menor o incluso nula... la posibilidad de no recibir la paga acordada estaba asumida como un riego implícito en cada uno de sus contratos.

Pero en la actualidad todo era diferente y la suerte le sonreía; la fortuna le había dado definitivamente un giro radical a su vida y la iglesia era la causante de que cuanto siempre anheló se materializara; incluso pudo permitirse el privilegio de formar a un reducido, aunque no por ello menos efectivo elenco de hombres que hacían el trabajo por él.

La iglesia no solo pagaba por sus «servicios» el salario acordado, gracias a ella, se beneficiaba asimismo de plena inmunidad legal, así como de ciertos privilegios sociales. Los que se movían en su mismo círculo, sabedores de su pagador, le respetaban y temían como a un superior.

Pero ni aquel trato de favor que le facilitaba la vida ni el dinero fácil, consiguieron que olvidara sus orígenes.

Antes de establecerse en España, su mísera existencia en Escandinavia transcurrió con más penas que glorias, y nunca lo tuvo fácil; el intenso frío de las montañas unido al hambre y a las fieras se convirtieron en sus más fieles aliados durante los años de su juventud, encargándose de endurecer y templar su carácter.

Empujado por la hambruna y la miseria, abandonó las montañas y probó como soldado de fortuna en los países del sur; allí entre guerra y guerra, se forjó como luchador y aprendió a controlar el miedo. Entre batallas y muerte, comenzó a extenderse como reguero de sangre en campo de batalla su reputación de temerario y temido guerrero, consiguiendo gracias a ella contratos mejor remunerados y respeto entre sus correligionarios.

Consolidada ya esa reputación de asesino implacable, adoptó un nombre nuevo: «Visnú»; el nombre pertenecía a una divinidad hindú; un dios más entre otros muchos y del cual conocía apenas el nombre, pero por el que sentía una inexplicable afinidad, y hasta compartía demonios.

Ambuj, un mercenario hindú que luchó junto a él, le enseñó cuanto sabía acerca de la divinidad azul de cuatro brazos. Su amistad no duró mucho, pocos meses después de entablar la relación, Ambuj fue mortalmente herido y expiró más tarde entre sus brazos. A modo de homenaje póstumo decidió adoptar el nombre de la deidad a la que su amigo idolatraba, y que a él le daría notoriedad.

De todas las anécdotas contadas por Ambuj acerca de su dios, recordaba de forma especial las que le resultaban más afines y familiares; aquellas que mejor se ajustaban a él y a su modo de vida: un disco que tiene en una mano, llamado *sudarshaná chakrá*, y que usa para degollar a los demonios, y una maza de oro que utiliza para aplastarles el cráneo; el resto le parecía tan superfluo e insustancial, que ni siquiera lo recordaba, pues se tenía a sí mismo por un guerrero en el sentido más estricto de la palabra, y la mística nunca formó parte de sus inquietudes fundamentales. Él solo dominaba un lenguaje: el bélico, y se hacía entender a la perfección.

Levantó la cabeza intentando no cruzar sus ojos con los del Obispo, no por

respeto sino por temor. El frío y el hambre, así como las innumerables y sangrientas batallas que libró a lo largo de su azarosa vida, estaban muy lejos de suscitar en él el inexplicable terror que se apoderaba de su mente cuando aquél personaje se ponía frente a él.

Se apartó un largo y rubio mechón que le caía sobre la cara, y sin dejar de mirar al suelo, aseguró con voz seca:

—La encontraré, monseñor...

El Obispo soltó una risita tan falsa como su fe.

—¿Debería creer eso?

—Prometo que se la traeré.

El Obispo hizo un gesto de hastío y se dirigió hacia el suntuoso escritorio que daba solemnidad a sus aposentos.

—Espero que conozcáis la definición de «promesa».

Sin atreverse a mirarle, asintió con la cabeza.

Carlos de Marena abrió sin ganas un cajón y sacó una bolsa de cuero, la sopesó varias veces como si dudara y se la lanzó a los pies. Lo hizo como quien tira comida a los cerdos; como el que se siente superior y se sabe dueño y señor del destino de los que le rodean.

Visnú decidió no replicar; continuó mirando al suelo y se esforzó en disimular la ira que le corroía por dentro. Lo siguiente que escuchó le sonó a amenaza no velada.

—Es mi deseo comunicaros, y extendedlo sin demora a todo bicho viviente que se encuentre bajo sus órdenes, que no estoy nada satisfecho con el trabajo realizado.

Visnú quiso justificarse, pero el Obispo no le dejó.

—La razón de que os abone lo pactado es muy simple: tengo prisa por terminar de una vez con esto y deseo un final feliz para todos. Espero de todo corazón que captéis el sentido de mis palabras... ¡Para todos!

—Sí, monseñor. Así será.

—¿Quiere eso decir que puedo darme por incluido?

—Sí, monseñor.

—¿Aseguráis pues, que puedo confiar en vos?

Asintió apartándose el sudor; el líquido de su cuerpo parecía resbalarle en su totalidad por frente y espalda.

—Así será, monseñor —repitió con la boca como un bacalao.

El Obispo se acercó, le alzó la barbilla y palpó la saca.

—Espero que deduzcáis que este generoso acto de mi parte no os redime

de vuestra obligación de terminar el trabajo al que os comprometisteis.

Asintió de nuevo.

—Os la traeremos. Lo prometo, monseñor.

El Obispo suspiró y preguntó sin ganas

—¿Será pronto? Os repito que no tengo toda la vida... El tiempo y dinero, también se acaban.

—Dadlo por hecho.

—Eso espero, por bien de todos. Ahora alma de Dios, si no tenéis nada nuevo que aportar, id en paz. Yo debo atender asuntos importantes respecto a mi diócesis.

Visnú hizo una reverencia, dio media vuelta y se fue decidido hasta la puerta. Ya en el exterior, inhaló hasta llenar sus pulmones y expulsó el aire como si quemara.

Arturo esperaba al otro lado de la calle. Le bastó una mueca para captar el mudo mensaje de su jefe.

—¿Reúno a los hombres, amo?

Visnú escupió la poca saliva que le quedaba y apoyó una mano en su hombro.

—Exacto Arturo. Quiero que todos estén sobrios.

—Así lo haré. ¿Por alguna razón, amo? ¿Qué les digo?

—Hazles saber que salimos al alba. Que no les dé por cerrar tabernas; déjales claro que les necesito despiertos.

—¿Hay nuevo trabajo a la vista, amo?

—Volvemos...

—¿Volvemos a dónde?

—A El Barcal.

—¿Allí? Pero si...

—¡Allí! —le cortó—. Y no quiero hablar más de esto. ¿Entendido?

—Pero amo, la chica debe estar muerta. No está en el pueblo.

—Pues en alguna parte estará.

—¿Dónde? Dudo mucho que haya podido soportar estas temperaturas en la montaña...

—¡Tenemos que encontrarla y punto! —dijo en tono lastimero.

—¿Encontrarla, eh...?

Asintió y remató:

—Viva o muerta.

—¿Muerta, amo? ¿Y de qué serviría?

A Visnú se le escapó una risotada nerviosa.

—Y si fuera muerta, más nos valdría ser los primeros en encontrar el cadáver. Al parecer, su equipaje la supera en valor.

—Pero, amo...

—Visnú resopló—. ...Y deja de una puñetera vez de llamarme amo. Yo no soy tu dueño, joder...

—Pero si siempre le he llamado así. Es costumbre.

—¡Pues olvídalo! Dirígete a mí como a un jefe, pero te prohíbo de forma tajante que me llames amo.

—¿Y a qué viene ese cambio, amo?

—¿Qué te acabo de decir, Arturo?

—¿A qué viene ese cambio, jefe? —rectificó.

—Me identifico con el Obispo, si me llamas así. Ese hijo de puta cree que somos de su propiedad.

Arturo se encogió de hombros.

—Y en cierto modo así es, amo.

—¡Que no me llames amo, joder!

—Está bien, jefe —rectificó—. Pero...

—Visnú escupió y dio una patada en el suelo.

—¿Pero qué? —Le miró enarcando las dos cejas—. ¿Qué es lo que no has entendido, Arturo?

Arturo resopló y carraspeó.

—Tendremos que batir el bosque palmo a palmo...

—¡Pues se bate! No queda otra.

—¡Es grandísimo! Podría llevarnos varios meses... y aún me parece poco. ¡Es una locura, joder!

—Lo sé.

—¿Lo sabe? Pues no parece entenderlo...

—¡Sí, joder! Pero es que es nuestro puñetero trabajo, nos guste o no. —Le enseñó la bolsa del dinero—. ...Y el que nos da de comer, no lo olvides.

Arturo asintió a regañadientes.

—Está bien. Si hay que volver, se vuelve y batimos el bosque entero, si es necesario. Comenzaremos por...

Visnú no le dejó acabar.

—Aunque tampoco estaría de más buscarla otra vez en el pueblo.

—¿Otra vez? Allí no está. Además, los...

—Casa por casa y establo por establo —le interrumpió—. Si fuera

necesario, incluso bajo las piedras. Que no quede un guijarro sin levantar, ¿entendido? Esa muchacha tiene que estar en alguna parte, y no puede ser lejos.

Arturo se dio por vencido.

—Como mande, amo. Pero...

—¡Que no me llames amo, joder! ¡No quiero repetirlo!

—Es la costumbre... Perdone, amo, pero es que se me olvida que tengo que llamarle jefe.

Apretó puños y dientes para contenerse y lo dejó por imposible. En el fondo tenía razón, no se puede cambiar un hábito así porque sí, y aún menos, exigírselo a alguien como Arturo, acostumbrado al agasajo día y noche.

—¿La buscasteis como es debido? —dijo, volviendo a la conversación inicial.

—Claro que sí, amo; miramos en toda la zona.

—Donde más mirasteis fue en la taberna.

Arturo asintió con una risita traviesa.

—Bueno, ¿ya sabe como son los chicos, no? De todas formas, vive más gente en el campo que en el pueblo; la mayor parte son ganaderos y agricultores.

—¿Y qué?

—Que cuando les preguntábamos, no sabían de qué les hablábamos. Solo hablan la lengua de esta zona. El de la taberna nos dijo que solo entienden el euskera. Así no hay nada que hacer...

—¿Por eso vivís en la taberna? ¿Cuestión de idioma?

Arturo volvió a sonreír de forma maliciosa.

—Allí todo el mundo se entiende. Son bilingües... o como se diga. Además, a los muchachos les gusta el vino y entretenerse. Es normal que se distraigan un poco.

—Mira Arturo, que con esas juergas que os dais, me tenéis hasta los mismísimos...

Arturo no le dejó continuar.

—Intentaremos buscar más a fondo esta vez. ¡Lo juro!

—Más os vale. Aunque tengáis que aprender euskera.

—Claro que, acabará levantando ampollas.

—¿Ampollas?

—Entre los vecinos... Pero no se preocupe, amo, que me encargo de que se remuevan hasta los catres.

Visnú posó las manos sobre los hombros de Arturo y le miró en silencio. Este se puso nervioso. No acostumbraba a ver tan preocupado a su jefe.

—¿No es eso lo que quiere? —le preguntó, indeciso.

Visnú intentó transmitirle con la mirada el gran error que les supondría fracasar de nuevo. Lo hizo sin mediar palabra. Tampoco fue necesario.

Arturo captó ipso facto el mudo mensaje de su jefe, y sin decir esta boca es mía, fue hasta la taberna a buscar al resto. Conocía bien a Visnú, o al menos eso creyó hasta aquél momento. Había peleado junto a él mano a mano en distintas contiendas y le tenía por valeroso y experto como pocos en el arte de la guerra, pero le notaba raro, preocupado y nervioso como nunca. Eso le confundía. Ni siquiera esforzándose, podía entender el miedo que veía reflejado en sus ojos. Desde que trabajaban juntos, jamás le había visto temblar ante nadie. Y si eso llegó a ocurrir, que con bastante probabilidad sí, lo fingió bien.

Siempre le supuso suficiente habilidad para racionalizarlo con maestría y no contagiarlo a quienes dependían de él.

Pero esta vez no tuvo la misma sensación. El miedo dibujado en su cara era translúcido; tanto como sus ojos grises. Se podía tocar.

VII

VUELTA ATRÁS

La polvareda que levantaban los cascos de los caballos que se acercaban se veía desde el pueblo.

Los vecinos de Él Barcal, ante esa deseada o indeseada visita, según se mirase y por quién, se guarecían en sus domicilios, o se disponían a ganar dinero.

Uno de ellos entró en la taberna y amplió la alarma.

—Al parecer son los mismos individuos que estuvieron no hace mucho. ¿Qué se les habrá olvidado aquí?

—¡Mal presagio! —vocalizó a duras penas un borracho que se agarraba con dificultad al mostrador para no perder el equilibrio—. No me gusta nada, nada, nada...

El tabernero le miró y exhaló por la nariz.

—Cállate, imbécil —le recriminó—. Aquí no quiero líos. ¡O te callas o te largas!

—¿Largarse? —espetó otro de los asiduos—. ¿Pero es que no vive aquí?

El posadero emitió un gruñido seco como respuesta.

El borracho rió la gracia y miró a los dos.

—Les tenéis pánico, eh. No os culpo... Mirad, mirad como tiemblo yo... —Levantó su jarra y la agitó entre risotadas babeantes—. ¡Mirad, mirad!

—¿Qué querrán ahora? —preguntó el otro.

—¿Lo sabes tú? —le preguntó otro al tabernero.

—A saber —respondió. Lo decía mientras paseaba el trapo desde una punta a otra del mostrador, sin limpiar nada; hacía eso sin ser consciente, en especial cuando se ponía nervioso—. Pero bien mirado, tampoco es que me importe mucho. Son clientes excelentes, y serán siempre bien recibidos en mi

local.

Uno de los borrachos lanzó una risotada.

—Pues para alegrarte tanto, te noto preocupado.

El tabernero suspiró y encogió los hombros.

—Lo único que me preocupa es que traigan aquí su frustración. Si así fuera, su visita se hará insoportable...

—Pero fructífera —redondeó el borracho.

—¡Faltaría más! —espetó el tabernero—. Todo valdrá la pena a cambio de ese buen dinerito que se van a dejar.

Minutos más tarde, la puerta chirriaba y mostraba al trasluz la alargada silueta de Visnú. Tras unos segundos de indecisión oteando el local, se decidió a entrar.

Su voz sonó tan seca como el crujido de una hoja en otoño.

—¡Jarra! —exigió, acodándose en la barra.

El tabernero se dio prisa en llenar una.

—Ahí tiene —lo dijo haciendo un movimiento que al resto les pareció una reverencia—. ¿Algo más?

Visnú echó un trago, y no desperdició ni un segundo.

—¿Seguro que no hay nadie extraño en el pueblo?

—Ya le dije que no...

Visnú echó otro trago y eructó, sin dejar de mirarle.

—Sí, sí. Ya sé lo que me dijiste. Pero no te creo del todo, ¿sabes? Además, qué mierda vas a saber tú a menos que te lo cuenten, si no sales de este antro infecto.

El tabernero carraspeó nervioso.

—Le prometo que no he oído nada, señor.

—Claro. ¿Qué vas a decir tú? No esperaba menos.

—Es difícil que alguien de fuera entre en este pueblo y no se comente aquí. Para nosotros, eso sería toda una noticia. En la taberna se habla y se discute todo... incluso nos reunimos para tomar decisiones comunitarias.

—Eso es cierto —aclaró uno de los borrachos. A veces viene hasta el cura... Es curioso como el vino lo arregla todo. De aquí todos se van contentos y...

—¡Síiii! —le cortó el otro—, en eso te doy la razón. Y si alguien duda de que un buen vino lo arreg...

—Qué os pregunten a vosotros, ¿no? —le cortó a su vez Visnú.

—Eso iba a decir —reconoció el borracho—. ¿Cómo lo has adivinado? Se

ve que también eres experto. Se te nota, se te nota...

Meneó la cabeza dejándole por imposible y miró de nuevo al tabernero.

—¿O sea, que aquí no hay quien no sea del pueblo?

—Eso creo. Ya le he dicho que...

—Bueno. —Le interrumpió a la vez que apuraba su vino—. En ese caso tendremos que registrar el pueblo y sus alrededores. Vamos a remover hasta los árboles...

—¿Otra vez?

Visnú hizo un gesto aprobatorio.

—Y si no hay suerte, tendremos que batir ese bosque de ahí, entero. En algún lugar estará, digo yo.

Arturo entró acompañado del grupo y se apiñaron en el mostrador.

—Los caballos descansan y tienen forraje —informó.

Visnú levantó el dedo y lo zarandó apuntándoles.

—¡Bien! —respondió—. Ahora os digo, y que quede claro, que al amanecer os quiero en fila y dispuestos a lo que haga falta para encontrar a esa chica. Es vital que os retiréis pronto a descansar, ¿entendido?

Todos asintieron a regañadientes. Arturo repitió las palabras de su jefe:

—¿Lo habéis entendido? No valdrán excusas...

Uno de ellos miró al resto y se encogió de hombros.

—Se hará lo que se pueda —dijo en tono de queja.

—Yo sigo pensando que está muerta —opinó otro.

—Y si así fuera, ¿qué? —intervino un tercero—. ¿Qué pasa si está muerta?

Visnú resopló como un toro.

—¡Si está muerta no pasa nada, imbécil! —le espetó.

—Deben habérsela comido —habló otro—. El bosque está lleno de alimañas, y ha pasado mucho tiempo.

—¡Dejaos de tonterías y encontradla! ¡Viva o muerta! De lo contrario otra alimaña que ni imaginas, nos roerá hasta la vida.

VIII

ENCRUCIJADA

Tobías irrumpió en la choza tropezando con los leños apilados junto a la puerta; nervioso, agarró a Melissende por los hombros y la zarandeó.

—¡Se acabó la paz! —exclamó—. Están aquí otra vez.

—¿Tan pronto? —exclamó también ella—. Imaginaba que no se conformarían, pero no han tardado mucho en dar la vuelta. ¿Qué le vamos a hacer? ...Al menos hemos tenido un tiempo de tranquilidad.

Tobías asintió con la cabeza y miró a Victoria.

—Se dice que vienen con intención de registrar toda la comarca palmo a palmo. A esa gentuza del diablo todo les vale; pueblo, alrededores, bosque... Eres bastante más valiosa de lo que pensaba.

—¿Estás seguro de que son ellos?

—Vengo de la taberna... ¿Tú qué crees?

—Bien. Habrá que llamar a Anué. Él nos ayudará.

—¿No dijiste que esa gente no se atrevería a poner los pies aquí? —replicó Victoria—. ¿O acaso te entendí mal?

Melissende asintió.

—Y en el fondo lo sigo pensando...

Victoria suspiró más tranquila y preguntó:

—¿Entonces a qué viene tanto nerviosismo?

—Porque lo pienso, pero solo en el fondo, fondo...

—¿Y a qué se debe ese cambio tan repentino?

—Con esa gentuza, ya no sé a qué atenerme. El hecho de que hayan regresado lo cambia todo... Si hubiéramos sacado algo en claro de los manuscritos —se lamentó.

Victoria encogió los hombros y suspiró.

—Ojalá se queden poco tiempo —deseó.

—Melissende, nada convencida, meneó la cabeza.

—Lo siento —dijo en tono pesimista—. yo empiezo a tener mis dudas. El hecho de tenerles de vuelta significa que lo que buscan es vital para quien les paga, por lo que me atrevo a decir que están forzados a encontrarlo como sea... vamos, a encontrarte. Mi sexto sentido me lo dice.

—¿Cómo sea? ¡Pero si yo no sé nada!

—Les cueste lo que les cueste y al precio que sea...

Victoria meneó la cabeza y suspiró inquieta.

—Espero que tu sexto sentido falle...

—Tobías expresó su deseo de que así fuera.

—¡Ojalá! —exclamó—. Más vale que estés equivocada. De lo contrario...

Melissende le puso una mano en el hombro.

—No se irán hasta encontrarla —vaticinó—. Aunque tengan que talar el bosque... —Miró las cajas y después a Victoria—. Ahí debe haber algo que se nos escapa, hija... algo que tiene mucho valor.

—¿Valor?

—El suficiente —puntualizó— como para cambiar la vida de alguien. Lo más sensato que podrías hacer sería irte. Coge a tus hijos y vete; cuanto más lejos mejor. Ese es mi consejo, aunque sepa que no lo vas a seguir. Puedes empezar en otra parte.

—Eso me aconsejó también mi padre.

—Y eso deberías hacer. Sé que es duro, pero no tienes otra opción ni nada que te retenga.

—¿Y mis hijos qué? ¡Son dos! Es imposible moverse por ahí con dos recién nacidos... Me encontrarán.

—Tiene razón —admitió Tobías—. Huir por huir, no solo la frenará, ya que con dos pequeños a cuestas no iba a avanzar mucho, sino que crecerán hasta el infinito las probabilidades de que den con ella. Sería como suicidarse. Debe haber alguna forma de abandonar la región sin llamar la atención... ¡Y por cierto! —Miró a Victoria—. ¿Sabían esos que estabas preñada? No quiero molestarte, pero...

—No lo sé. Creo que no... Jamás les vi antes.

—Si no lo sabían, cuentas con una gran ventaja y es posible que no sea tan difícil salir de aquí...

—¿Con los dos?

—Solo tenéis que separaros.

—¿Separarnos?

Tobías asintió convencido.

—Podrás moverte con más libertad... Y en el peor de los casos, no sufrirán las consecuencias si dan contigo.

Victoria no podía creer lo que estaba oyendo.

—¿Qué? —Sintió un escalofrío—. ¡Ni lo sueñes!

—Piénsalo —insistió—. Es lo mejor que puedes hacer por ellos.

—No abandonaré a mis hijos... ¿Estás loco?

—No estoy diciendo que les abandones.

—Pues cualquiera lo diría. Te habré entendido mal.

Tobías insistió de nuevo.

—Es la única manera de que sobreviváis los tres... ¡Huye! ¡Vete lejos de aquí! Con algo de suerte, pasado un tiempo podréis reuniros de nuevo.

—Lo dicho, tú estás loco.

—¿Loco?

—¡Sí loco! ¡Y no quiero hablar más de este tema!

Tobías no acababa de entender tanta cabezonería.

—¿Te has parado a pensar un momento en lo que os harán si te encuentran? —la recriminó—. Por muy duro que te parezca, es lo mejor que puedes hacer por ellos.

Melissende aprobó la idea.

—Quizá es buena idea lo de la separación. Facilitaría las cosas para los tres.

Victoria la miró como si no entendiera. No le cabía en la cabeza que una mujer la estuviera proponiendo dejar a sus hijos.

—¿Pero qué dices? —La recriminó entre sollozos—. ¿Es que estáis todos locos? ¿Sabéis acaso lo que pedís?

—Podría ser la solución —repuso la anciana—. Tú no te paras a pensarlo, pero los que te buscan no tardarán en aparecer por aquí; unos días, como mucho.

—Victoria acurrucó a sus hijos en su regazo.

—No daré un paso sin ellos —fue su respuesta.

Melissende intentó que lo meditase.

—Es difícil que tu huída tenga éxito con dos criaturas a la espalda. Hasta cabe la posibilidad, y ellos lo tendrían todo en contra, de que muráis por una causa ajena a este embrollo. Y eso sí que sería una tragedia. Es una decisión difícil, pero la vida obliga a veces a tomar medidas que ni entendemos, ni

queremos.

Victoria miró a los gemelos y una sonrisa iluminó su semblante. A pesar de las voces y la tensión, descansaban plácidamente y ajenos a cualquier problema.

Melissende le adivinó el pensamiento y sonrió.

—Es una de las ventajas de ser niño —susurró en un tono cariñoso—. Los problemas aún no existen.

No dijo nada. Meneó la cabeza, incapaz de aceptar la propuesta de la separación, y sus ojos se humedecieron al imaginarse sin sus hijos. Los problemas sí existen, pensó.

Rememoró lo acontecido y se sintió sola como nunca. Qué extraño sentido del humor tenía la fatalidad... se le hacía muy difícil aceptar que las cosas sucedieran de ese modo. No muchos días atrás perdía casi todo y la muerte acampaba sobre su familia y su hogar, sobre su pasado... incluso amenazaba su futuro y atentaba sin misericordia contra su salud mental, llenándole la vida de desolación. Entonces, como si se tratara de un regalo, la vida le hacía un guiño ofreciéndole otro motivo para seguir adelante: sus hijos. No obstante en contrasentido, ese destino que la sacó del barro librándola del bosque; el mismo destino que la salvó de una muerte más que certera, la empujaba inclemente a separarse de los únicos seres que le habían devuelto la ilusión por vivir. ¡Qué contradictorio el azar! cuando pensaba que todo podía irle a mejor, la esperanza se volvía de nuevo pura utopía.

Sin ser consciente, la tensión comenzó a salirse por los ojos, aliviando la carga emocional que la invadía.

Se enjugó las lágrimas sin dejar de sollozar y miró a la anciana; no sabía por qué lo hacía, posiblemente buscara en ella una palabra de alivio; una brizna de empatía que templara el volcán que llameaba en su cabeza; un volcán en erupción que ansiaba apagar y amenazaba con abrasar cuanto le quedaba. Jamás se había sentido tan desnuda ni desamparada ante la adversidad, posiblemente porque no llegó a conocerla en su sentido más crudo, ni consciente de depender tanto de los demás... Ansiaba que alguien la comprendiera y le ofreciese soluciones; que la animara... Nunca necesitó tanto el apoyo de otra persona, como en aquél instante.

Pero no tardó en aceptar que ni era la situación ni el momento propicio para pedir milagros. Todo le indicaba que esa separación acabaría cumpliéndose.

—No sé si seré capaz de vivir sin ellos —susurró.

Melissende intentó consolarla.

—Aunque parezca absurdo, la separación será lo que impida que tengas que hacerlo. No tienes alternativa.

Lo aceptó entre sollozos y se abrazó a ella.

—Apenas nos ha presentado la vida —confesó—, y ya empieza la despedida.

Melissende intentó infundirle ánimos.

—Eso es lo que hay que evitar, que sea una despedida. Ya verás cómo le damos la vuelta a esto.

Victoria observó absorta a sus pequeños.

—Es difícil explicarlo —comentó—, pero ese lazo que nos ató al principio, se ha convertido en una cadena. No tengo valor para alejarme de ellos; nadie me preparó para esto.

Tobías también intentó consolarla.

—No será mucho tiempo —la alentó—... unos meses como mucho. Después os reuniréis de nuevo.

Eso es cierto —aprobó Melissende—. ¡Como mucho!

Victoria les miro a los dos.

—¡Eso es una eternidad! —exclamó—. No me atrevo ni a pensarlo. Si supierais lo que me estáis pidiendo... Y hay algo más: ¿y si las cosas se tuercen y no volvemos a encontrarnos? ¿Alguien ha caído en eso?

Melissende replicó horrorizada:

—Ni pensarlo... ¡Ni se te pase por la cabeza!

—No puedo evitarlo.

—Pues deberías.

—¿Que debería? Qué fácil lo ves...

Tobías intervino en favor de la anciana.

—Sí que deberías —la reprendió—. Ganarías con ello.

—En un tiempo, ni los reconoceré —se lamentó.

Melissende intentó tranquilizarla.

—Habrás que evitar que eso ocurrirá. Todo se andará.

—¿Poneos en mi lugar y sentid lo que yo siento... Yo no sé explicarlo mejor, pero de lo que sí estoy segura, es de que no me los imagino creciendo sin mí. No quiero ni tenerlo en cuenta.

—No debes pensar en eso.

—¿Ah, no? ¿Y en qué debería pensar?

Tobías intentó que razonara.

—En estos momentos, lo más importante es que no os encuentren. Solo te buscan a ti, y si algo saliera mal, no encontrarse a tu lado sería una garantía de supervivencia para ellos.

Victoria, impotente, se rebeló.

—Pero no para mí. Si algo me sucediera, ¿qué sería de ellos?

—Habrá que confiar.

—¡Tranquilizaos! —medió la anciana.

A Victoria le sorprendió que pidiera calma.

—¿Lo dices en serio? ¿Crees que puedo calmarme?

—Anué no tardará. Buscaremos una solución.

Tobías dio un giro a la conversación, con intención de apagar las llamas.

—¿Cómo os ponéis en contacto? —Preguntó con una nota de humor—. Nunca me lo has dicho, Melissende...

—Ese es y será nuestro secreto —sonrió ella—. ¿Pero ya sabes que funciona, verdad? En un rato estará aquí.

Horas más tarde, la puerta se abrió dando paso a Anué.

A modo de presentación, se disculpó por la tardanza:

—Están batiendo el bosque y he tenido que tomar un camino distinto. No queda mucho para que aparezcan...

—¿Están cerca de aquí? —le preguntó Tobías.

Anué se acarició la barba.

—Es cuestión del azar —dijo— que decidan seguir el camino que llega hasta aquí; eso dependerá de por dónde comiencen el rastreo. Pero si así fuera, sería cuestión de horas. —Miró a Melissende—. Estos no son de esta zona ni conocen tu reputación —la advirtió alzando el dedo.

—¿Tendré que correr el riesgo.

—Eso no debería ser una desventaja, siempre que te encuentren sola. Pero...

—¿Pero qué...?

—Anué señaló a Victoria.

—Pero nunca se detendrán ante una mujer joven... ni siquiera a sabiendas de que no es la que buscan.

—Ya...

—Miró a las dos y añadió:

—Eso os condenaría a ambas... ¿lo entendéis, no?

Se miraron y permanecieron en silencio.

Anué se señaló a sí mismo, luego a Tobías y después a Victoria.

—Nosotros no deberíamos estar aquí cuando aparezca esa tropa de asesinos —dijo—. Y esos niños tampoco.

Victoria sintió cómo se le encogían las entrañas. La proximidad del peligro y sentir otra vez su fétido aroma, hizo que recapacitara y aceptara la separación como mal menor y necesario.

Anué se acercó a ella.

—¿Dijiste que a tu hijo le llamarías Teth. ¿Cierto?

Ella le miró desconcertada.

—Sí... ¿Por qué?

Anué no contestó. Sacó un juego de agujas prietas por un hilo y puso las puntas en contacto con el fuego.

Ella le miraba sin entender.

—¿Para qué es eso? —inquirió sin quitarle ojo.

—Con tu permiso, voy a tatuarle el nombre en algún lugar discreto de su cuerpo.

—¿Qué?

—A ambos —añadió—. Ahora llorarán un poco, pero estas marcas serán su seña de identidad en caso de perder el contacto. Una salvaguardia para los tres.

Ahora le miró incrédula.

—¿Cómo puedes hacer eso...? —protestó—. No te lo permitiré... ¡Les harás daño!

—No te estoy pidiendo permiso.

—Ni yo te lo estoy dando...

—Ahora puede que os duela a los tres, pero aseguro que es lo mejor que se puede hacer...

—¿A eso le llamas tú, lo mejor?

Anué suspiró y asintió con la cabeza.

—Es el único lazo que tendréis en caso de extravío. Debes aceptarlo.

—¿Y por qué debería permitir que les hagas daño?

—Porque hay muchas posibilidades de que pierdas su pista, y si no lo hacemos, podría ser para siempre...

Se desentendió de ella y miró a la anciana.

—Melissende —dijo—, acércame la tinta y sujétame a los niños. Tengo la impresión de que la madre no está en condiciones de hacerlo.

Tobías se acercó a Victoria y la abrazó con fuerza; fue sin malicia, por empatía y con ánimo de aplacar su dolor. Pero al tenerla entre sus brazos, el corazón se le desbocó.

Ella sintió algo parecido, y ni la tensión del momento evitó que sintiera una sacudida desde la planta de los pies hasta la coronilla. La convulsión hizo que se aferrara a él por el cuello y se acurrucara contra su pecho. No hubiera sabido explicar la razón de sentirse tan protegida, pero se hubiera dormido entre sus brazos.

—Debes aceptarlo como un mal necesario —dijo él mientras la estrechaba más. Su voz temblaba como la de un niño que ha hecho una travesura—. Eso facilitará las cosas —añadió—. Más tarde se lo agradecerás, créeme...

Ella se dejó envolver por el abrazo.

—No tengo fuerzas para mirar —replicó—. Me dolerá más que a ellos.

Él deslizó la mano por su melena y carraspeó.

—Entretanto —propuso sin poder evitar temblar—, si no te parece mal, podría acompañarte.

Le miró estupefacta.

Melissende y Anué se miraron sorprendidos.

—¿Harías eso por mí? —exclamó.

—¿Te irías con ella? —exclamaron.

Tobías no podía dejar de mirarla; nunca había visto de cerca unos ojos tan verdes. Hechizado, asintió como si su mirada estuviera atada a la de ella.

—Estaré contigo hasta que todo vuelva a la normalidad. Después...

—¿Estás seguro?

—Lo estoy. ¿Por qué?

—Porque a ti no te persigue nadie...

—Estamos contigo. —Miró a Melissende y después a Anué—. No sabemos por qué, pero lo estamos.

Unas horas más tarde, entre lágrimas y berridos, los dos hermanos lucían sendos tatuajes en la planta de sus pies. Él niño el signo hebreo de la letra Teth, la niña un diminutivo del nombre de la anciana: Mel.

Dos letras. Dos interpretaciones. Dos significados. Dos versiones de esperanza y vida. Dos versiones de Victoria.

Los pinchazos la hicieron gemir como si la tatuase a ella. Ahogadas sus palabras por los berridos de los bebés, maldijo su destino entre lágrimas y con voz desgarrada.

—Debemos partir ya —propuso Anué ignorando sus súplicas—. ...

Separados.

Otro asfixiante gemido brotó de su garganta. Observó a sus hijos y maldijo de nuevo su suerte.

—¿Por qué? ¿Por qué tiene que pasarme esto a mí?

Anué aparentó frialdad y se dirigió a Tobías.

—Escoge una criatura. No es bueno que lo haga ella.

Tobías eligió al azar, y fue la pequeña.

—¿Y ahora? —preguntó sin saber cómo agarrarla.

Anué acurrucó al pequeño en su regazo y señaló con la cabeza a Melissende.

—Ella os pondrá en el camino y regresará a la cabaña. Yo me llevaré al niño.

—¿Y ya está? —protestó Victoria—. ¿Así porque sí?

—Anué no quiso perder tiempo con discusiones.

—Caminad desde dónde ella os diga hacia el norte.

—¿Qué facilón es decirlo —replicó Tobías—. Eso está muy bien, pero yo necesito más información... No estoy seguro de saber ir siempre en una misma dirección.

—¿Me vas a dejar hablar? —le recriminó Anué.

—Pues explícate mejor. No soy un experto.

Anué pasó por alto su queja y continuó:

—No os desviéis aunque aparezca la duda; aparecerá...

Tobías, nervioso, meneó la cabeza y emitió un silbido.

—¿Que aparecerá? Ya ha aparecido —dijo con sorna.

Anué alabó su sentido del humor y continuó.

—El camino que va a indicaros es ingrato y complicado, más de lo que os podáis imaginar. Espero que durante el trayecto derroches el mismo humor. Repito, el camino es calamitoso. Vamos hacia el bosque y os lo explico.

Tobías hizo un gesto de asombro y le siguió.

—Conseguirás atemorizarme más de lo que ya estoy... Lo digo en serio. Nunca he hecho esto. ¡Me perderé!

Anué sonrió e intentó ponerle al corriente.

—¿Cuáles son las ventajas de que el itinerario sea una insufrible tortura? —dijo sin dejar de caminar.

Tobías no dijo nada, se limitó a encoger los hombros.

Victoria caminaba tras ellos en silencio.

Melissende tuvo que esforzarse para aguantar la risa.

Como nadie abrió la boca, alzó el dedo y se respondió a sí mismo sin dejar de avanzar.

—Pues lo que está a vuestro favor—enfaticó—, es que cualquiera que entre en ese maldito bosque, si tiene un mínimo de experiencia y dos dedos de frente, se apartará de él como si quemara... —Dudó un segundo y añadió—: Claro que para eso, primero tiene que verlo.

—¿Tan mal está?

—Ni está bien ni está mal... simplemente no existe. Y nadie ve un camino invisible. Iréis por dónde nadie va...

—¿Cómo que nadie? —exclamó Tobías—. Si nadie...

—Bueno —le interrumpió—, es una metáfora...

—Pues explícame lo que es eso... ¿Una metáfora...?

—Es como cambiar el concepto de una cosa, por otro; como cambiarle el sentido a algo, dándole otro, figurado.

—Si crees que lo he entendido, es que no me conoces.

—Solo los animales y los locos van por él —abrevió.

—Si es tal como dices, no quiero ni imaginarlo. Si no nos matan los mercenarios, nos matará el bosque... No sé dónde está la diferencia —se lamentó.

Anué ignoró el comentario y complementó:

—Pasado un tiempo prudencial; pongamos un mes, os buscaré y nos reuniremos de nuevo aquí.

—Pero —observó Victoria, preocupada— ¿dónde irás tú? Necesito saber dónde estará mi hijo...

Melissende fue quién contestó:

—No debes temer por eso. Estará bien atendido.

—Eso no me tranquiliza. Necesito saber dónde estará y si será un lugar seguro. Tengo que poder encontrarle.

—Puedes estar tranquila, Anué se hace invisible en el bosque. Más seguro que eso...

—¿Es una broma?

—¿Una broma? ¿A qué viene eso? ¡Hablo en serio!

—¿Es que todo es invisible en ese bosque?

—Era otra metáfora. —Soltó una risotada—. ...Lo que quiero decir, es que puedes estar tranquila; nadie conoce un bosque como un druida.

—¿Un druida?

—La anciana asintió.

—Tu hijo estará a buen resguardo, créeme.

—¿Un druida? —repitió, como ausente—. ¿Cómo que un druida?

—¿Tanto te sorprende?

—Ya decía yo que esa ropa tan estrafalaria...

—Melissende dejó escapar una risita traviesa.

—¡Sí! Vistiendo es un poco raro... —admitió.

Victoria se centró en Anué y lo repasó de la cabeza a los pies, como si lo viera por primera vez.

—Creí que los druidas eran algo ya pasado —aseguró.

Melissende asintió con una sonrisa y le hizo un guiño.

—Al menos, nos queda este...

Victoria no podía quitarle ojo; le miraba como si fuera una aparición. La anciana la rodeó por los hombros.

—Tu hijo estará bien con él. La niña es cosa vuestra.

—Estamos perdiendo tiempo —las apremió Anué—... Debéis partir. —Metió la mano en su zurrón, extrajo una bolsita de tela y se la ofreció—. ¡Tomad! —dijo—. Estas semillas, pueden sacaros de algún apuro.

Se la pasó a Tobías; este la guardó en su morral.

—¿Para qué son las semillas? —le preguntó.

—Cuando tengáis necesidad de comer, masticadlas, os quitarán el hambre y darán energía. Y también estas tiras de trapo —se las lanzó— para ceñirte a la niña al cuerpo.

—¿Quieres decir, para atarme?

—Más veces de las que te imaginas, vas a necesitar los dos brazos para trepar.

—¿Para trepar? —preguntaron al unísono.

—Los primeros días lo pasaréis mal; muy mal... pero estoy convencido de que lo conseguiréis. —Apuntó con el brazo hacia la arboleda—. El bosque es muy grande... pero no infinito —les dijo a modo de consolación—. No le temáis.

—Mi padre dijo que es inmenso... y que pocos saben salir de él. Tengo mucho miedo.

—En efecto... Irati es uno de los bosques más grandes que existen. Tu padre tenía razón, es colosal. Pero acaba.

—Con pensarlo, ya me tiemblan las piernas —dijo—. Si Melissende no me encuentra, jamás habría conseguido salir de él.

—Dadas las circunstancias y con los consejos que os daré, eso será una

ventaja; un regalo del destino. Por ello debéis seguir al pie de la letra mis instrucciones.

—¿Y en caso de que así fuera? —preguntó Tobías.

—Cuando salgáis, estaréis cerca de Francia y a salvo.

—¿Y qué es Francia? —le preguntó.

—Otro país. Como este, pero con otras costumbres.

—¡Ah, ya entiendo!... ¿Acabaremos en otro país?

—Prácticamente. No estaréis demasiado lejos. ¿Algún problema?

—Pues sí. Uno muy gordo.

—¿Gordo? ¿Cómo de gordo...?

—Que por si aún no lo has cogido, te recuerdo que yo jamás he puesto un pie fuera de El Barcal.

—¿Y qué?

—Es evidente que me falta mundo... Al menos, el que a ti te sobra.

—¿Y eso a qué viene? ¿Qué quieres dar a entender?

—Que no me imagino lo que voy a hacer allí. Ya me cuesta verme fuera del bosque, y aún no he entrado...

Anué se encogió de hombros como si aquél detalle no tuviera importancia.

—No estaréis en otro país, estaréis cerca... ¡Tranquilo!

—¿Entonces?

—Cuando salgáis del bosque, estaréis muy cerca, pero vuestro destino no es ese, sino un pueblo cercano. Allí ya podréis relajaros; si esos que buscan a la chica llegan a la población de Orbaizeta, no lo harán a través del bosque.

—¿Ah, no? ¿Y eso, por qué?

—Porque a menos que sean expertos conocedores del terreno, tendrían que ser tontos para hacerlo.

—¿Expertos o tontos, eh?

—Y cuando digo expertos, quiero decir expertos, y si tontos, tontos. Por lo tanto, eso le dará ventajas a quiénes sepan moverse por él. Y esos sois vosotros.

Tobías puso cara de imbécil y se apuntó a sí mismo con el pulgar.

—¿Nosotros?

—¡Vosotros! —Les señaló con el dedo de uno en uno.

—Ahora sí que no entiendo nada —confesó el joven. Y le emuló—: Y si digo nada, digo nada...

Anué rió la gracia y expiró, cargándose de paciencia.

—¿Qué es lo que no entiendes? —refunfuñó.

Tobías quiso tragar saliva y no pudo. Si se le estuviera secando la boca solamente, sería un problema, pero se le estaba secando todo. Cuando al fin consiguió tragarse la arenilla de la garganta, exclamó con voz de pitillo:

—Si como acabas de decir es necesaria una experiencia bestial para cruzar el bosque, ¿qué te hace pensar que dos inexpertos podrán conseguirlo? Ya será un verdadero milagro si conseguimos ir por dónde indicas...

—Tonterías —replicó Anué.

—¿Tonterías? A veces me pierdo de aquí al pueblo.

—Si seguís mis instrucciones, os aseguro que saldréis. —Intentó tranquilizarle—... Confía, hijo, confía...

Tobías estuvo tentado de preguntarle de dónde sacaba tanto optimismo, pero llegó a la sabia conclusión de que la respuesta sería otro montón de ídem, y desistió.

Dio una vuelta sobre sí mismo y masculló, resignado.

—¿Al norte, no?

Anué asintió con una sonrisa y respondió tajante.

—¡Siempre! El camino es ascendente y complicado en exceso, pero por la misma razón, también el más seguro. Hace falta estar loco para ir por él.

—¿Tan loco como nosotros? —ironizó Victoria.

—El sentido común les hará rehusar —aseguró Anué.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Porque en realidad, solo los idiotas lo harían...

Tobías puso cara de circunstancias.

—Ya veo que nos tienes estima —dijo con sarcasmo.

—Bueno —propuso Anué cambiando de tema—. Yo creo que deberíamos centrarnos más en lo que nos atañe. Si tenéis dudas acerca del camino, de la orientación o de cualquier otra cosa, preguntad. De todos modos, adelanto lo que considero primordial. Poned atención...

Victoria y Tobías asintieron a la vez. Anué comenzó:

—Observad los troncos de los árboles y caminad en la dirección por la que crece el musgo; su lado más fresco y húmedo indica el norte —puntualizó—. Anticipaos a las tormentas y refugiaos; en los bosques son peligrosas.

—Hasta ahora, no parece difícil —observó Tobías.

—El terreno —continuó Anué— es muy irregular y os ofrendará infinidad de grutas para protegeros... ¿Voy muy deprisa?

Ambos negaron con la cabeza y la vez.

Los tréboles también hablan —continuó—, sus hojas os ayudarán. Si se pliegan hacia el cielo, buscad refugio... seguro que lloverá.

—Dicho así, hasta parece interesante —repuso Tobías mirando a Victoria—. ¿No te parece?

—Si tenéis en cuenta estos consejos, en aproximadamente cinco días con sus lunas, encontrareis el lecho de un río. Buscad y encontraréis una cabaña oculta entre la arboleda; es la que utilizo cuando busco hierbas y setas... ¿Voy demasiado deprisa? —repitió.

Tobías no pudo contener la risa. Socarrón, preguntó:

—¿Y también llegas hasta allí por el mismo camino?

Anué también rió con ganas.

—Es el camino que os aconsejo —dijo—. ¿Responde esto a tus dudas? Si lo miras bien, es el más fácil. Siempre cuesta arriba, no te puedes perder.

La inesperada y certera respuesta le dejó sin habla.

Anué aprovechó para continuar.

—Allí estaréis a salvo —les aseguró—. Podréis cazar, pescar y abasteceros de setas y frutos hasta el hartazgo... Os recuperaréis rápido.

—¿Y una vez recuperados? —le preguntó Victoria—. ¿Qué viene luego? Imagino que no nos quedaremos allí para siempre.

Tobías pensó que no sería una mala idea, pero no dijo nada.

La voz de Anué le sacó de su ensoñación.

—Después camináis una vez más sin perder el norte.

—Sí claro, siempre hacia el norte —dijo con desgana.

—¡Exacto! —corroboró Anué—. Y cuando salgáis del bosque, si camináis en la misma dirección, llegareis a una población. Quedaos allí.

Victoria replicó sorprendida:

—¿Y ya está? ¿Esa es la meta? ¿No está muy cerca?

—Allí no os será difícil pasar inadvertidos, es bastante concurrida; en especial por la multitud de peregrinos que se dirigen al oeste... llegan de todas partes en dirección a Galicia. Orbaitzeta siempre está llena de desconocidos.

Victoria y Tobías le miraban con el ceño fruncido.

Suspiró y movió la cabeza con pesar.

—Sé que voy rápido, pero no es que sobre el tiempo. Recordad lo que podáis y marchaos ya.

—¿Cómo sobreviviremos allí? —preguntó Victoria.

—Pasando por una familia como cualquier otra...

—¿Debemos fingir que somos un matrimonio?

—Melissende soltó una carcajada.

—Dos enamorados que acaban de ser padres —dijo—. Lo tenéis bordado, solo hay que veros a los tres. ¡Ah, y la materia prima, me consta que no os falta...!

Victoria se sonrojó.

Tobías miró para otro lado.

La voz del druida acabó con la escena romántica.

—Es hora de que salgáis. No es conveniente que...

Victoria le cortó en tono sarcástico.

—¿Y de qué vivirá la feliz pareja? ¿Luego, qué...?

—Anué sonrió como si esperara aquella pregunta.

—No será complicado —Miró a Tobías—: Aunque no lo necesites tendrás que buscar trabajo; tenéis que salvar las apariencias. Yo estaré al corriente de lo que ocurre en el pueblo, y si todo va bien —miró a Melissende—, te lo haré saber y veremos la manera de volver a reunirnos.

Tobías se palpó los bolsillos, de forma cómica.

—¿Se puede saber qué haces? —preguntó Melissende.

Se desentendió de ella y miró a Anué.

—¿Qué busque trabajo aunque no lo necesite, dices? ¿Es una broma, no? No sé si estás al tanto de mi...

Anué no le dejó continuar. Extrajo una bolsa de cuero de entre los pliegues de su cintura y se la lanzó.

La cazó al vuelo, dedicó unos segundos a tantearle el contenido y puso cara de pánfilo.

Anué un gesto indicando que sobraban las palabras.

—No lo olvides... —le apercibió de nuevo—. Aunque no tengas necesidad, ¡trabaja!

Tobías asintió sin apartar los ojos de la saca. Desconcertado y sin poder resistir la curiosidad, la abrió y volcó parte del contenido en la palma de su mano.

Miró a Anué con cara de pasmado.

—¿Joyas? —exclamó sin acabar de creerlo.

—Satisfechas las dudas —dijo por respuesta—, y sin más que añadir, no sé a qué esperáis...

A Victoria, aquella insistencia en que debían partir, le recordó a su padre. La misma testarudez, pensó.

El druida retomó la palabra.

—Encontrar casa no será complicado... ante cualquier problema, vended eso y saldréis del paso —aconsejó.

—No sé la razón que le lleva a hacer esto por mí —le dijo Victoria—, pero no está de más ir advirtiéndole de que nunca podré devolvérselo...

Anué alzó los hombros quitándole importancia.

—A veces hay que tomar decisiones y ponernos en un lado de la balanza aunque no nos guste la situación en la que quedamos. Un maestro que tuve cuando tan solo era un iniciado, me enseñó que estos momentos son los que de verdad cuentan en la vida.

Victoria quiso replicar, pero no le dio tiempo.

—Y si lo dices por esas joyas, tranquila —dijo—. Son regalos que he acumulado con los años.

—¿Regalos? —exclamó ella.

— Sí, hija, sí... Regalos recibidos a cambio de trabajos y curaciones, y que no tendré tiempo de gastar... Yo no necesito tanto para vivir.

Victoria quiso hablar, pero Anué se adelantó otra vez.

—Ya va siendo hora de que sirvan para algo —dijo—. Gastadlas y que os aprovechen.

—Pero... ¿y usted qué hará? ¿De qué vivirá?

La respuesta, demasiado espontánea para ser mentira, la tranquilizó:

—Tengo más.

Convencida, besó a su hijo como si intentara fundirse con él en un adiós sin final.

Anué le dio unas palmadas en el hombro, y comenzó a caminar hacia los árboles. Todos le siguieron.

—Recordadlo —les repitió sin dejar de caminar—, al norte y cuesta arriba... Si seguís esa senda imposible, no darán con vosotros. Nadie en sus cabales toma el camino de los druidas...

Victoria le miró con la boca abierta.

—¿El camino de los druidas? —exclamó, sorprendida.

—¿Y las cajas? —intervino Tobías—. ¿Qué hacemos?

—Las cajas me las quedo —dijo Anué—... al menos lo que contienen. Es lo más sensato.

—¿Y qué vas a hacer con los legajos?

—Intentaré descifrarlos. Alguien tiene que...

—¿Crees que lo conseguirás —le interrumpió.

—No puede ser tan complicado si tenemos en cuenta a quien va destinado. Si hasta su padre estaba convencido de que podría descifrarlo, no tiene que ser difícil...

—Visto así...

—La solución debe estar a la vista —aseguró.

—¿De verdad crees que puede ser tan fácil?

Afirmó con la cabeza.

—Por supuesto que lo creo... Pero también puede que por estar tan cerca de nuestras narices, no lo veamos. En fin —se lamentó—, Saber qué se esconde tras esas letras, puede esperar. Ahora debéis recordar lo que os he dicho y aplicarlo. Sé que soy pesado, pero...

—No sé si seré capaz —confesó Tobías—. Ya casi lo he olvidado.

Anué le miró como si bromeara.

—Mientras vayáis subiendo, vais bien —repitió—. No hay de qué preocuparse.

—Visto así... ¿qué problema hay? —replicó Tobías en tono sarcástico—. Todo lo demás sobra.

Anué le miró como si no entendiera y torció el gesto.

—¿A qué esa ironía? Yo jamás me pierdo —aseguró.

Tobías asintió de mala gana y lo dejó por imposible.

—Está bien —admitió con sorna—. Hacia el norte...

Anué terminó la frase por él.

—Y cuesta arriba. Si por casualidad os vieseis caminando en descenso, significará que os habéis perdido.

Tobías agitó la cabeza y suspiró.

—Síii... —repitió con desgana—. Solo hay que trepar.

Anué asintió con una sonrisa.

—¡Celebro que lo tengas claro! —Aplaudió—. Ahora ponedlo en práctica y os irá de maravilla. Desde el punto en que vais a empezar, no tiene pérdida.

—Llevaos esto —dijo la anciana metiendo un manojo de hierbas en el zurrón de Victoria—. No os hará ningún mal.

Ambos la miraron desconcertados.

—¿A qué esperáis? —les increpó poniendo los brazos en jarra—. ¡Vamos! Iré con vosotros hasta el mismo paso del ciervo. Desde allí continuareis solos.

—¿El paso del ciervo? —preguntaron a la vez.

Melissende soltó una carcajada.

—Es el mejor punto de partida; desde allí, hay que ser tonto para perderse —aseguró.

Tobías puso cara de sorpresa.

—¡Vaya! —exclamó—. Desconocía que existía el paso del ciervo. Nunca oí hablar de él...

—Lo llaman así —explicó Melissende— porque nadie en su sano juicio lo tomaría por voluntad propia.

Victoria y Tobías intercambiaron una mirada. Ella en tono irónico, preguntó:

—¿Y los ciervos sí?

—Los ciervos son ágiles y veloces; escogerán caminos así para escapar de sus depredadores. Igual que vosotros.

Tobías sonrió. Echaría de menos a Melissende. Ella le entendía como nadie; fue la única persona que supo; al menos, sin pedirle algo a cambio. Cuando fue abandonado con apenas cinco años por una pareja de desconocidos (eso es al menos lo que le contaron) en los aledaños de El Barcal, el tendero le acogió y adoptó. Hasta que cumplió diez años (eso también se lo contaron, pues nadie en el pueblo conocía su auténtica edad) todo fue más o menos bien. Pero en cuanto pudo trabajar, el tendero le sacó de su casa y le ofreció el granero como hogar a cambio de que cuidara su huerto y sus animales. Ya era un hombre, decía, y había llegado su hora de ganar el pan y devolver la ayuda recibida. A partir de entonces, todo cambió.

El cambio no le hizo la menor gracia y durante algún tiempo se sintió tan utilizado como despreciado, pero ese dolor acabó por hacerle fuerte y se adaptó a su soledad.

El tiempo libre que le dejaban el huerto y los animales lo dedicaba a la caza; pasaba horas en el monte, solo, forjándose a sí mismo y templando su carácter.

Fue en una de esas excursiones cuando encontró a la anciana y por primera vez el cariño desinteresado.

Bajó los párpados y se dejó llevar por la imaginación. ¿Qué ocurriría cuando notaran su ausencia? ¿Le echarían en falta? Lo dudó; si acaso, los animales, y solo hasta que alguien repartiera su alimento y limpiara el establo.

Regresó de sus pensamientos, y se centró en Victoria. Durante unos segundos planeó por su mente la pregunta de si valdría la pena arriesgar o cambiar su vida, aunque miserable, por hacer mejor la de alguien a quien

acababa de conocer. Observó ensimismado su fino rostro repleto de pecas y medio cubierto por la ondulada melena rojiza que le caía en cascada desde los hombros hasta cubrirle los pechos y sintió un dulce y excitante hormigueo por todo el cuerpo... una sensación placentera que le impedía controlar sus emociones.

Sus ojos acariciaron la delicada y contorneada figura femenina, saboreando los rincones ocultos de su cuerpo y deteniéndose al fin en los de ella, verdes y relucientes como esmeraldas puras. En ese instante, con sus ojos posados sobre los de ella, entendió que sí; que merecía la pena. Comprendió asimismo y no sin pesar, que tanto su mente como su vida estaban aferradas a ella como a un clavo ardiendo.

—¿Preparada? —Tomó su mano y notó que temblaba tanto o más que la suya; como la de una niña mujer a la que arrancan de los brazos protectores de su madre.

Ella asintió con un casi imperceptible parpadeo.

Apretó su mano con fuerza y caminó decidido hacia la espesura mientras se encomendaba al destino.

Ella le siguió decidida, pero antes de ser engullidos por el bosque, se volvió, buscando con mirada llorosa esa parte de su cuerpo y de su vida que se quedaba allí.

Por segunda vez en poco tiempo, su vida se partía en dos, resquebrajando su futuro y sus esperanzas.

IX

EL PASO DE LA ESPERANZA

El camino era desesperante. Cuestas casi impracticables y sembradas de setos y rocas iban sucediéndose las unas a las otras como tónica general. La pequeña, helada de frío y a menudo hambrienta, se convirtió en un lastre; un bendito lastre que frenaba su ascenso a la «salvación». Esta palabra se había convertido en fetiche para Tobías; la repetía una vez tras otra en los momentos más bajos, con intención de levantarle el ánimo a Victoria.

Seis interminables y tediosas jornadas con sus heladas y eternas noches, llevaban deambulando por las cuestas de aquél bosque sin final.

Largas y heladas noches a la intemperie, descansando más que durmiendo, y sin atreverse a hacer fuego por temor a delatar su posición, la fiebre y el desgaste; tanto corporal como mental, minaban poco a poco y sin piedad la frágil paciencia de Victoria, quién de no haber sido por la increíble fuerza que le transmitía su hija, se habría abandonado allí desde el inicio.

Tobías se dejó caer sobre la húmeda hierba.

—Descansaremos aquí mismo —Resopló—. No puedo continuar. Me faltan fuerzas.

Victoria le imitó.

—Tampoco yo —dijo, extenuada.

Tobías la observó y tocó su frente.

—Estás ardiendo.

Victoria posó su cabeza sobre el suelo y cerró los ojos.

Tobías rebuscó en el zurrón y extrajo un puñado de hojas secas.

—Ya van quedando menos. —Se las ofreció y barrió con la mirada el terreno—. Espero que la maldita cabaña no quede demasiado lejos. Una vez allí estaremos a salvo; solo allí, podré dormir tranquilo.

Ella abrió los ojos y sacó a pasear su sarcasmo:

—Puedes estar tranquilo, nadie nos sigue...

—¿Tú crees? ¿Por qué estás tan segura?

Señaló con la cabeza el tortuoso camino de cabras que les había llevado hasta allí y rió a tosidos.

—Habría que estar loco. Esta senda la evitan hasta los pájaros.

—«El paso del ciervo» —apuntilló Tobías riéndose sin ganas—. El camino más seguro de este puñetero mundo. Creo que Melissende nos mintió.

—¿En qué?

—Los ciervos nunca se atreverían a pasar por aquí... No creo que sean tan tontos.

Victoria sonrió ante aquella ocurrencia.

—¿Cuánto crees que puede quedar hasta la cabaña?

—No tengo la respuesta —contestó él.

Ella se recostó y cerró de nuevo los ojos.

—No estoy segura de poder aguantar este ritmo hasta el final —dijo a modo de disculpa—. Lo siento, pero...

—Tenemos que hacer un esfuerzo —la animó—. Hay que tener esperanza.

—No estoy acostumbrada a esto... Si no la encontramos pronto, no aguantaré.

Tobías intentó animarla una vez más.

—Anué se refirió a un claro entre la arboleda.

—¿Y qué? Yo no he visto nada parecido. ¿Tú sí?

Tobías alargó el brazo y señaló a lo lejos.

—Las pendientes están siendo algo menos pronunciadas. Ya no debe quedar lejos; a una jornada como mucho. Mira como son más llanas...

Ella abrió los ojos un segundo, observó el terreno y se recostó de nuevo.

—¿Y una jornada te parece poco? —dijo con desgana.

—Mucho o poco, hay que tener paciencia y aguantar. Tus hijos te necesitan.

—No contestó. Se removió recogiéndose en posición fetal usando sus manos de almohada y cerró los ojos.

Él intentó consolarla, y de forma instintiva comenzó a acariciarle la melena desde la nuca hacia los hombros, deslizó los dedos por su costado rozándole sutilmente el seno y continuó muy despacio hasta alcanzar la cadera.

Ella sintió un ligero temblor y su respiración se agitó, pero continuó inmóvil conteniendo el deseo de lanzarse en sus brazos. Apretó los puños y

suplicó que él diera ese paso.

Tobías paseó los dedos por su cadera hasta alcanzar la nalga y la acarició, pero no se atrevió a continuar; le faltó valor para ir más abajo. Las cuerdas vocales le temblaban tanto como los dedos cuando dijo:

—Y no solamente tus hijos te necesitan.

Ella, quizá porque sus sentimientos eran exactamente los mismos, sintió un mariposeo en el estómago; aquellas palabras colmaban su mente de fuerzas vivas; de energía y vigor; de una corriente que sentía fluir desde el fondo de sí misma, y que jamás pensó que existiría. Las últimas jornadas habían sido para ella reveladoras; junto a Tobías lo había compartido todo; alimento, miedo y deseo.

.....Notó la mano indecisa y temblorosa rozando su culo y apoyó la suya encima, acariciándola y animándola a ir más allá; ardía a pesar del frío. La empujó con delicadeza hacia la parte delantera de su muslo y la detuvo entre el ombligo y la ingle, presionando hasta que él pudo sentir el vaivén agitado de su vientre. Tobías no pudo contener la intensa ola de calor que emanaba de ella, y tras sufrir una sacudida, se vació como un volcán en erupción.

Ella fingió no darse cuenta, retiró la mano despacio y se incorporó.

—Te has quedado muy callado —dijo por decir algo.

—Él no se atrevió a mirarla a los ojos, por miedo a ser absorbido por aquél verde cristalino que centelleaba con cada tímido rayo de luna que se filtraba entre los árboles, y preocupado de que su inoportuna incontinencia no le hubiese pasado desapercibida.

—¿La niña está bien? —preguntó, incomodado por la duda.

—Duerme —suspiró ella—. Debe estar agotada; tanto o más que nosotros.

No podía dejar de mirarla. Después de haberla tocado y sentido la calidez de su sexo a un dedo de distancia, ya no conseguía razonar. Tampoco quería; se sentía cómodo en aquél estado sin sentido, donde el único problema era llegar a entrar en su cuerpo y hacerse dueño de su mente y protagonista de sus sueños.

—Pasaremos aquí la noche y seguiremos al amanecer, ¿te parece? —dijo, intentando sacársela de la cabeza.

Ella asintió en silencio. No quería ponerle más tenso.

Esa cabaña debe estar cerca de aquí, lo presiento. Con la luz del alba será diferente. Deja de preocuparte.

—Me encuentro mucho mejor —le dijo—. Y gracias a ti, podremos conseguirlo. Estoy empezando a creerlo...

—¿A qué viene ese cambio tan repentino? Hace solo un rato...

—Hace un rato —le cortó ella mirando al cielo—, la luna no me parecía tan grande ni tan brillante.

Tobías miró hacia arriba y frunció el ceño. La luna no podía verse. Estaba oculta entre las nubes.

X

LA FUERZA DEL DESEO

La cabaña apareció ante sus ojos como un regalo del cielo. Victoria sintió algo parecido a lo que debe sentir la tierra árida ante la lluvia.

Tobías la rodeó por la cintura, y con una delicadeza desconocida en él, la condujo hasta la puerta y empujó la hoja de madera maciza, dejando ver un interior somero y agradable a la vez. Una chimenea de piedra que adornaba su pared central llamaba la atención sobre el resto del mobiliario. Tobías no se lo pensó dos veces y se dispuso a darle sentido con los leños secos que se hallaban apilados a su lado. Prendido el fuego, la estancia se convirtió en lo más parecido a un hogar acogedor.

El pequeño catre que se encontraba entre el respiradero y la chimenea, no le pasó desapercibido a Victoria.

Sin perder tiempo, tumbó a su hija y la cubrió con las pieles que estaban extendidas sobre el colchón; un gran saco relleno de paja, hierba y hojarasca, que le pareció; al menos en aquél momento, el más cómodo de la tierra.

Durante un corto espacio de tiempo, la expresión de su rostro pareció rejuvenecer; era como si sus problemas se volatilizaran. El contacto con las suaves y aterciopeladas pieles unido a la templada atmósfera que comenzaba a dominar el ambiente, parecían haberse aliado para que su extenuado cuerpo se relajara, y se durmió sin apenas darse cuenta.

Tobías terminó de echar leña a la hoguera y salió sin hacer ruido. Ya fuera, cerró los ojos y dejó que la suave brisa del atardecer chocara contra su cara aliviándole de las asperezas del viaje. Llenó sus pulmones y exhaló muy despacio, para inhalar de nuevo hasta revitalizarse.

Renovado, se encaminó hacia el riachuelo colindante y se sentó junto a la orilla.

Cuando Victoria abrió los ojos, el cielo había ennegrecido. Todavía aturdida, se masajeó los ojos y recorrió con la mirada el habitáculo. La temperatura era agradable y, respaldada por una envolvente penumbra solo empañada por el fulgor de las llamas, auguraba una grata velada. Se encontraba bien allí, protegida por gruesos troncos que resguardaban del frío, y también, aunque solo fuera por un tiempo limitado, de la dura y gélida realidad.

Una casi olvidada sensación de felicidad germinaba en su interior y se manifestaba en tímidas sonrisas, que iban adornando su semblante con un intenso brillo. Sus ojos, iluminados por la tenue luz, refulgían como luceros en la oscuridad.

El agradable aroma a pescado y setas que invadía el ambiente, pareció revitalizarla. Cerró los ojos y dejó que su sentido olfativo se recreara.

Cuando los abrió, otra sonrisa comenzó a perfilar sus facciones al descubrir la noche a través del respiradero... una noche negra que no lo era tanto, pues la atmósfera, despejada de luna y nubes, parecía invitar a navegar por aquél inmenso océano de estrellas; un interminable mar de luces que se extendía sobre todas las cosas.

Sin apercibirse, permaneció petrificada y absorta ante aquél espectáculo luminoso. Qué extraña era la oscuridad, susurró para sí misma sin poder apartar los ojos del majestuoso cielo que la atrapaba con su magia.

Mientras observaba las luminarias, su mente comenzó a volar, evocando pequeños retazos de pasado.

Una melancolía agrisulce de recuerdos ya perdidos en la distancia y en los días, terminó por darle un toque de nostalgia a su semblante. Bajó los párpados y dejó que sus sentimientos la transportaran en el tiempo, dominándola y hundiéndola hasta la médula en razonamientos acerca de su vida, que no la condujeron a ninguna parte, pero sí acabaron arrastrándola hasta su ya perdida inocencia.

Suspiró y dejó que los recuerdos la invadieran.

No dejaba de tener gracia a tenor de lo que abarcaba en sí de contradictorio, el que algo tan complejo como la felicidad, sin duda debido a lo intangible de su naturaleza, se compusiera de sutiles instantes como el que estaba viviendo en ese momento; fragmentos insignificantes de tiempo, que de un modo u otro acababan convirtiéndose, quizá debido a su simpleza, en inolvidables y únicos.

Algunos momentos de su infancia regresaron a ella, empujados por la nostalgia y el hechizado ambiente que transmitía aquella mágica penumbra, reconfortándola de los penosos acontecimientos de los últimos días.

La voz de Tobías hizo que regresara al presente.

—Veo que te encuentras mejor. Me alegro.

Lo dijo en tono amable y adornando cada palabra con una esplendorosa sonrisa que se le escapaba de la cara y dejaba a la vista todos sus dientes. La razón de esa sonrisa no era otra que distraerla y ocultar en lo posible el ardor que le abrasaba y empezaba a hacerse más que evidente en su entrepierna. Incapaz de contener la excitación que le subyugaba sin clemencia desde ese instante en que la vio erguirse sobre el catre, dejando entrever su silueta de mujer e insinuando sin ser consciente el contorno de sus pechos.

Ni podía ni quería apartar sus ojos de ella. En mitad de la sugerente y cautivadora penumbra que despertaba sin compasión su instinto más animal, se sentía como en el cielo.

—Tus ojos hablan por ti. —Lo dijo llevándose ambas manos a la entrepierna intentando ocultar lo inocultable. No supo si lo consiguió; eso incrementó su nerviosismo, y de forma inconsciente se cubrió aún más.

—¿Y...? —preguntó ella.

—Pues, que me gusta mucho lo que dicen. —añadió aún más nervioso.

Victoria sonrió, y su sonrisa empeoró su excitación.

Carraspeó y señaló la chimenea.

—¿Te apetece comer algo? —dijo con voz trémula—. Tengo aquí tres buenas truchas que le pondrán la guinda a tu restablecimiento.

Victoria asintió sin dejar de sonreír.

—Comeré algo. Me encuentro mejor gracias a ti.

—No es necesario que...

Le interrumpió.

—No sé cómo puedo agradecértelo... Yo sola nunca hubiera conseguido llegar hasta aquí. Estaremos siempre en deuda contigo.

—¿La pequeña está bien?

—Ahora duerme, pero está bien. Le di la leche que me quedaba y nos quedamos dormidas. ¿Sabes?, creo que siente lo mismo que yo y cuando lo hago yo.

—¿Tú crees?

Afirmó con la cabeza y cerró los ojos.

—Sí. He comprobado que cuando estoy alterada, ella también lo está. Y

cuando me tranquilizo, mírala; podría estar así hasta mañana. —Sonrió—. ¿No es curioso?

—Es una pena que un ser indefenso tenga que pasar por situaciones como esta. No es justo. Nadie lo merece.

Ella asintió entristecida por la añoranza.

—¿Me pregunto cómo estará Teth? —dijo.

—Estará bien... —Le ofreció una trucha envarada—. Ten, come algo. Te reconfortará.

Victoria tomó el pescado y comenzó a engullirlo con ansia.

—Despacio, mujer. Deléitate con su sabor.

Ella sonrió sin dejar de masticar.

—He oído decir que una buena comilona acerca a las personas —añadió Tobías.

Ella tragó el trozo que tenía en la boca y carraspeó.

.....— Tras días de penurias y frío, esto parece un manjar y la cabaña el paraíso —dijo—. No sé si debido a los días en el bosque, pero me parece el lugar más acogedor de la tierra.

Tobías la miraba ensimismado. Su melena alborotada y rojiza iluminaba la estancia más que las llamas. Notó un latigazo de la cabeza a los pies; la belleza de Victoria, la muchacha de quién apenas sabía el nombre, y a quién dedicaba su vida, le tenía cautivo. Atrapado por esos ojos verdes y subyugado por sus sinuosos contornos de mujer, su cuerpo le abrasaba desde lejos.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

Ella asintió con la cabeza.

¿Qué ha sido del padre de esas criaturas.

—¿Te refieres a Archie?

—¿Así se llama?

Ella asintió mientras tragaba otro bocado.

—Archie desapareció poco tiempo después de llegar a la fortaleza —dijo sin dejar de masticar—. Se esfumó del mismo modo que vino. No sé a donde fue. Quizá regresó a Escocia.

—Vaya con Escocia.

—Sí. Él también es escocés. Una especie de mensajero que trabajaba para mi padre. Portaba documentos desde allí. En fin, ¿qué puedo decirte...? Cuando apareció en el castillo y nos vimos, reconozco que fue algo mágico.

Tobías se puso tenso. Ella lo notó.

—Sentí como una voz interior que me susurraba al oído: Este es para ti.

—Dio otro bocado—, Pero ya ves que estaba equivocada—añadió sin dejar de masticar—. A menudo, también el corazón se equivoca.

—Entonces, ¿eso vuestro duró apenas unos días?

—Así es...

—Pues sí que os disteis prisa.

—Fueron pocos días. —Sonrió—. Pero especiales. Lo uno no quita lo otro.

—Lo que tú digas, pero aquí lo único cierto es que lo vuestro fue tan relampagueante como fugaz.

—Dicen que los amores breves son más intensos...

—¿A esa mierda le llamas amor?

—¿Qué tiene de extraño? No será el primero...

—Tobías soltó una risotada y añadió:

—Y si mi intuición no me engaña, fue en el primer granero que visteis. ¿Me equivoco?

Victoria sonrió. Le gustaba ponerle a prueba.

—Pues no, mira, no del todo —reconoció, ruborizándose—. Algo así ocurrió, la verdad. Aunque todo fue tan rápido, que...

Tobías estaba más rojo que ella, aunque no era por la misma razón. No quería ni imaginarla en brazos de otro.

—¿Que qué? —Lo preguntó fingiendo sorna.

Nostálgica, se volvió hacia el ventanuco.

—Nada —dijo. Cerró los ojos y expulsó el aire por la nariz—. Olvídalo. Yo ya lo he hecho. Un par de semanas después desapareció y no he vuelto a saber de él.

—¿Nunca? —Eso último le supo a aire fresco.

Victoria suspiró y meneó la cabeza.

—Volvería a Escocia, digo yo... No sabe nada de estos niños. Lo siento por él. No sabe lo que se pierde.

—Vaya historia más... Es una pena que...

—No es necesario que me tengas lástima. No necesito lástima de nadie —le recriminó.

—¿Pero no acabas de decir que fue bonito? Yo solo...

Victoria le dejó con la palabra en la boca.

—Apenas llegamos a conocernos —aclaró—. Desapareció de mi vida y de mi mente. Es solo un recuerdo.

Tobías lanzó otra risotada sarcástica. Su cara no tenía desperdicio y sus

mejillas adquirirían extraños y caprichosos matices que pasaban del rojo al blanco pálido. Sabía que le estaba mintiendo, y eso le enervaba aún más.

—¿Pero no has dicho que fue mágico?

—Sí... ¿Y qué? Lo uno no quita lo otro...

—Tobías se rascó la coronilla. Aquello no le entraba en la cabeza; quizá porque nunca vivió nada parecido.

—¿Y cuando veas su cara en la de tus hijos? —Tiró a la cabeza, pero ella se escapó dando un giro a la conversación.

—Háblame de ti —le animó—. No te conozco apenas. ¿Tienes familia?

Tobías negó con la cabeza.

—Mi única familia es Melissende.

—No entiendo. Creí que erais amigos.

—Siempre he estado solo —confesó—. Toda mi vida.

—Supongo que tendrás una historia... Todos tenemos una. Pero si no quieres contármela, lo entenderé.

Tobías estaba tan metido en el pasado, que ni la oyó.

—Fui —le contó—, abandonado en los alrededores de El Barcal. Solo tenía unos años cuando ocurrió.

—¿Cuántos?

—¿Cómo voy a saberlo? Es posible que ni los que me dejaron allí lo supieran.

—¿Y qué pasó luego?

—El tendero se hizo cargo de mí, y aquí me tienes... Como ves, ni siquiera conozco mi edad.

—¿El tendero?

Tobías cerró los ojos y afirmó con la cabeza.

—Durante un tiempo, fue más o menos bien... pero en cuanto tuve brazos para trabajar... —Tocó sus bíceps y soltó otra risita irónica—. En fin, ¿qué quieres que te diga? desde entonces no he parado. Paso las noches en su granero, alojamiento que tengo a cambio de cuidar de su huerto y de sus animales. Aunque no siempre lo hago... a veces paso días cazando. En el campo me siento menos solo y más libre.

Victoria arrugó el entrecejo.

—¿Llamas alojamiento a un granero?

—Ya sé que no es un castillo... —ironizó Tobías.

Victoria se ruborizó.

—No era mi intención ofenderte... —Se disculpó—. No pretendía

alardear de...

—¿De condición social?

—decidió no seguirle el juego. Estaba claro que había tocado su orgullo y no quería echar más leña al fuego.

—Tobías demostró que en efecto lo estaba.

—Yo duermo solo y me sobra sitio. Un granero sirve para algo más que para lo que tú lo usas... —Se percató de que su comentario estaba de más, pero era tarde para enmendarlo. Ya no tenía solución. El rostro de Victoria se crispó de forma visible, sin embargo se mantuvo en la idea de no echar más leña al fuego, y su silencio fue para él, peor que un insulto, pues esperaba una reacción que le ayudara a desdecirse de su desafortunado comentario.

—¿No vas a decir nada? Si te ha sentado mal algo que he dicho...

—Ella continuó en silencio, y eso le exasperó. Sintió la tierra hundiéndose bajo sus pies. Si al menos hubiera estallado con algún insulto, sería algo y tendría un punto de apoyo para darle la vuelta de alguna manera. Pediría disculpas por haberse explicado mal, haciéndola ver que era un malentendido. Pero no. Con toda su educación de niña mal criada le dejaba allí colgado con su comentario de mierda, y sin posibilidad de convencerla de que no le había entendido... aunque lo hiciera a la perfección.

—¿Qué hubieras dicho tú en mi lugar...? —preguntó. Intentaba suavizar la tensión, pero no confiaba demasiado en conseguirlo.

Ella continuó sin abrir la boca y él insistió.

—Siento que no hayas entendido bien lo que quería decirte. Si quieres, te lo explico...

Victoria tuvo que contener la risa. Hacía falta valor y desfachatez para negar algo tan claro. Pero le dejó seguir; se le veía tan empeñado en exculparse dando a entender que el fallo había sido de ella por no haberle entendido... que hasta le veía mérito al asunto.

—No estoy acostumbrado a tratar con gente tan fina y delicada como tú —dijo a modo de autocrítica—. La vida que me ha tocado en suerte es tan burda como yo, y mi manera de hablar no es precisamente...

A victoria le pareció suficiente esa forma de rebajarse.

—Lo he cogido. No es necesario que te disculpes.

—¿Qué me disculpe? No me estoy disculpando...

—Será esa forma burda de expresarte. Como ves, sigo interpretándote mal.

Sintiéndose cazado, decidió zanjar el tema. No sabía por qué, si por celos

o por la rabia que sentía. Pero todo lo que salía de su boca era destructivo hacia ella.

—Es posible—dijo—. Mejor, no sigo hablando...

Victoria decidió no tenérselo en cuenta. Tomó sus dos manos y las frotó con ternura, sin apartar sus ojos de los de él. El calor que desprendían al contacto con las suyas, hizo que la temperatura de todo su cuerpo se elevara sin control, sin embargo le pareció insignificante, comparado con las llamaradas que salían de sus ojos. Esa mirada era reveladora; decía sin rencor, que no había creído una palabra de su torpe excusa, pero que le perdonaba. Cerró los ojos y dio gracias al cielo por su suerte.

Victoria siguió masajeando sus manos y las posó con delicadeza sobre sus rodillas a la altura del muslo.

Tobías, acalorado y con el estómago encogido, no era capaz de enlazar dos pensamientos seguidos.

Ella, aparentando inocencia y sin dejar de acariciarle las manos, llevó la conversación al punto planeado. Solo una criatura inocente era incapaz de captar al vuelo la intencionalidad de la pregunta. Y ese era Tobías.

—¿Tienes a alguien que...? Ya sabes...

—¿Qué quieres decir? No entiendo...

Ella parpadeó y se mordió el labio.

—Alguna mujer, una amiga... —dijo, cohibida.

Tobías sacó a relucir su vena sincera y exenta de toda malicia; en aquél momento, su instinto de macho no le dejaba pensar. Su cabeza no daba para más.

—¿Ah, te refieres a si...?

—A eso me refiero... sí.

—¡Noooooo! Si te soy sincero, las únicas mujeres que conozco son las del lupanar del pueblo.

—Entiendo. —Se ruborizó. La pregunta no pretendía que fuera tan explícito.

—¿Qué entiendes?

—Pues eso...

La miró extrañado. Parecía cohibida.

—¿Lo entiendes, dices? ¿Qué es lo que entiendes?

Victoria sentía que aquello se le iba de las manos, y no sabía cómo acabar. Esperaba una respuesta romántica, como «no necesito a nadie, estoy contigo» o algo similar. Y va el imbécil, y le sale con las mujeres del lupanar.

—No es necesario que te extiendas en explicaciones... No necesito tantos detalles de... de tus...

—No tenía intención de darte detalles.

Ella enarcó las dos cejas, sorprendida.

—Pues mira, no me ha dado esa impresión...

—No has debido entenderme. Yo, ya no sé lo que...

Debe ser eso. Lo nuestro es falta de comunicación...

Se sintió como un pelele. Quiso replicar, pero ella le cortó.

—¿Has estado alguna vez enamorado?

—¿Te gusta alguien en particular? Ya sabes, alguien a quién desees volver a ver cuando esto acabe; alguien que te espere...

Tobías no respondió. En aquel instante, la única persona que le interesaba de verdad, se encontraba allí frente a él, sentada junto al fuego y envuelta por aquella agradable y mágica penumbra que era capaz de perturbar hasta los más recónditos recovecos de su anatomía. Ella, pensó, no era ni por asomo consciente de la desmedida atracción que ejercía sobre él. ¿Qué iba a saber ella?

Agachó la cabeza con timidez. No sabía por qué lo hacía, si por apartarla de sus pensamientos, o para que no se diese cuenta de que no podía sacarla de ellos.

Victoria le levantó la barbilla y sonrió con los labios y con los ojos, elevando su calentura hasta un punto de no retorno.

—No me has contestado a la pregunta —le aguijoneó, impaciente por saber sobre él; por conocerle por dentro, por entrar en su cabeza y explorar sus pensamientos; lo que le agradaba y lo que no, lo que odiaba y lo que no, lo que le quemaba por dentro y lo que le dejaba frío, lo que deseaba en aquel mismo instante... y lo más importante, si estaría ansiando lo mismo que ella.

Tobías sintió el calor de su mano, y sus pensamientos quedaron bloqueados.

—Espero que no te moleste tanta curiosidad... —Se mordió el labio en forma de disculpa—: Lo siento. Si no te sientes cómodo, no tienes que contestar. Lo comprenderé.

¿Comprender? La miró de arriba abajo como si no diera crédito a lo que oía. ¿Qué tenía ella que comprender, que no saltara a la vista? Sus ojos no podían dejar de acariciar la sensualidad que rezumaba por cada poro. Su melena de fuego, así como su reluciente y salvaje mirada adquirirían un matiz mágico que, al trasluz de las llamas la envolvían de lujuria y deseo, dándole

aspecto de diosa.

Se puso en pie y echó unos leños al fuego. Intentaba huir de sus pensamientos, pero era inútil. La mirase por dónde la mirase, desprendía una sensualidad contra la que no tenía defensas; una dulce sensualidad, que hasta ella ignoraba que poseía; una sensualidad libidinosa que le atrofiaba los sentidos y le bloqueaba la cordura.

Con la respiración agitada, se volvió hacia ella.

Victoria le miraba en silencio. No apartó sus ojos de los de él; ni tan siquiera hizo el intento. Su pecho crecía, se contraía y semejaba ir a explotar en cualquier momento, delatando unos sentimientos imposibles de ocultar.

Percibió que él lo había notado, pero no le importaba. El día en que le conoció, le abrió sin saberlo las ventanas de su alma; en aquella ocasión fue un deseo inconsciente, pero ahora, del todo convencida y anhelándolo con todas sus ganas, había decidido abrirle las puertas de su cuerpo.

Ninguno abrió la boca. Si en aquél momento sobraba algo, eran las palabras.

Incapaz de contener la fuerza salvaje que le empujaba hacia ella, se sentó a su lado y, en silencio la rodeó por la cintura. Ella se sintió arrastrada por la misma fuerza; una pasión sin límites que ni podía ni deseaba controlar; era tarde para retroceder, pero tampoco quería; si de algo no se arrepentía era de haberse dejado arrastrar por esa ley escrita en su mente que la sometía; ese instinto primario contra el que no sabía ni deseaba rebelarse y subyugaba su voluntad quemándole cuerpo y mente hasta anularla. En aquél instante se sentía más hembra que mujer, más animal que racional. Si la quemazón que ardía entre sus muslos era sinónimo de infierno, y el infierno era eso, no quería ni pensar en cómo sería el cielo.

Le miró a los ojos y entreabrió los labios acariciándole la cara con su entrecortado aliento. Después le cogió una mano, se la llevó a la boca y paseó con mucha delicadeza la yema de los dedos por sus labios; lo hizo muy lentamente, deslizándolos desde la comisura hasta el centro.

Él dejó escapar un gemido, y eso la animó; horadó con uno de los dedos entre sus dos carnosidades y se lo metió en la boca, hundiéndolo y sacándolo sin parar hasta que notó que su propia excitación resbalaba por sus muslos.

Un espasmo la sacudió de la cabeza a los pies cuando él apartó la mano de su boca y la deslizó despacio por su cuello hasta rozar de forma sutil el canalillo de sus senos. Sin poder frenar el deseo que le devoraba desde dentro y arrastrado por una lascivia tan irracional como la de ella, su mano se abrió

paso por el bajo de su falda y, rozando más que tocando; como si su piel fuera pura seda, subió despacio desde el tobillo hasta la rodilla y ascendió hasta la ingle para sumergirse en el pozo que la inundaba.

Ella, tras escapársele un gemido, le aprisionó la mano entre los muslos y le quitó apresuradamente la camisa; su respiración entrecortada y sus manos temblorosas eran el indicio de que estaba perdiendo el control de su cuerpo.

Él iba desanudando con torpeza el lazo de su escote, y de un certero tirón, liberó sus senos de la tosca tela que los oprimía.

Tras una intensa oleada de calor producida por el roce de sus cuerpos ya completamente desnudos, pudieron oír sus propios gemidos rasgando el silencio, y como si fuese la señal para fundirse en uno solo y dejarse arrastrar por su instinto más primario, él se zambulló en el pozo de la vida y ella le recibió hasta el fondo de su feminidad.

Las acompasadas embestidas acabaron descargando la lujuria salvaje que se había adueñado de ellos; una pasión desmedida que no les dejaba razonar, y ella acogió en su interior la semilla que se abría paso a golpe de cadera.

XI

LOS APOSENTOS DEL DIABLO

Las puertas de los aposentos del Obispo se abrieron y dieron paso a Visnú. El recibimiento del clérigo fue tan apático como de costumbre: tendió el brazo invitando a besar su mano, y con un rictus de desidia dibujado en su cara, dejó patente su deseo de no alargar la ceremonia.

El mercenario se inclinó con fingido fervor y estampó un farisaico beso en su anillo.

El Obispo suspiró con desgana, aquel ritual le resultaba aburrido, pero así había sido establecido, y con ganas o sin ellas, tenía que acatar el maldito protocolo.

Observó a su sumiso visitante; el juego era aburrido, pero también reconfortaba el modo en que era capaz de arrastrarse la gente, fuese cual fuese su rango o condición, ante su presencia, y de someterse a sus caprichosos deseos a pesar de ser alguien tan humano, como ellos. No dejaba de parecerle curioso cómo eran capaces de acatar con total fidelidad sus absurdos dictados; hasta la realeza se postraba ante él y respetaba religiosamente le gustase o no, los insensatos estatutos de su iglesia. Aunque desde una cómoda sombra, siempre pensó que quien se sentaba en el trono de San Pedro, era y con diferencia, el hombre más poderoso del mundo; el auténtico y real rey de reyes con poder absoluto.

Nunca dejaban de sorprenderle la vida y los hombres. Resultaba más fácil vencer a las personas doblegándoles la mente, que utilizando la fuerza bruta.

Apartó la mano con la misma apatía con que la había ofrecido.

—Podéis erguirlos —dijo sin ocultar su desgana.

Visnú se puso en pie y sus ojos grises se encontraron con los del Obispo; le parecieron tan fríos e inhumanos como su sonrisa; tanto los unos como la

otra transmitían más miedo que piedad.

Su voz temblorosa rompió el silencio:

—Monseñor...

El Obispo le dio la espalda.

—¿Y bien? ¿Sois portador de buenas nuevas? ¿Traéis algo a la casa de Dios, que merezca la pena oír?

Visnú negó apesadumbrado.

—Creemos que la muchacha ha muerto, monseñor... No hemos podido dar con ella. Hemos registrado todo el pueblo y también el bosque. Habrá sido devorada por las fieras. Frente a eso, nada podemos hacer.

El Obispo dejó claro que hacía falta más pericia para engañarle.

—¿Y se han comido también sus huesos...?

—¿Cómo, monseñor?... No entiendo.

—Creo que no hacéis bien vuestro trabajo. Ni muerta ni viva, no es la respuesta correcta.

—Pero es que...

—Si hubiera muerto —le interrumpió—, ya deberíais haberla encontrado; los muertos no se esconden. Y si por el contrario estuviera viva, también.

Visnú intentó justificarse, pero no le dio tiempo.

—¡A los vivos se les encuentra, joder! ¿Lo entiendes?

Asintió mirando al suelo y no se atrevió a replicarle.

—Tu ejército y tú —le tuteó— estáis costándole una auténtica fortuna a esta diócesis. ¿Y qué recibe a cambio? Solo recibe peros y más peros...

—No podemos hacer milagros, monseñor.

El Obispo replicó en tono burlón:

—¿Milagros, has dicho...? —Su carcajada retumbó en los oídos del mercenario—. ¿Y por qué no? Los trabajos ejecutados bajo tutela del Dios altísimo pueden llamarse milagros. Y este lo es... ¿No estás acaso de acuerdo?

—Con el debido respeto, monseñor, permitid que os recuerde que vengo del norte.

El Obispo siguió tuteándole.

—¿Qué quieres darme a entender?

—Mis creencias y las de mis antepasados, difieren con notoriedad de las de Su Excelencia Reverendísima.

—El castigo para un trabajo mal hecho es el mismo en cualquier país y bajo cualquier bandera o religión.

—Pero...

No le dejó continuar.

—Te ordené traerme a la muchacha, o en su defecto, su valija o lo que llevara encima. ¿Y con qué demonios te has presentado? ¡Con nada!

—Pero hemos hecho...

—¡No habéis hecho nada de nada, excepto cobrar!

—Os aseguro que mis hombres y yo hemos...

—¡No habéis hecho nada! —repitió, colérico—. Nada en absoluto.

—Pero, monseñor...

—Aun así —propuso el obispo sin dejarle hablar—, si lo deseas tus hombres y tú, podéis devolverle el dinero recibido a la diócesis. Ese noble acto por vuestra parte, os serviría como indulgencia para evitaros el castigo divino que merecéis por vuestra negligencia.

Visnú sintió una sacudida. El Obispo continuó:

—De este modo, seréis dignos aspirantes al paraíso.

—Permitid una vez más, monseñor, que os recuerde que mi paraíso no es su paraíso. Yo no tengo las mismas creencias que vos, y hasta hoy no ha sido un obstáculo ni ha enturbiado nuestros acuerdos.

El Obispo lanzó una carcajada.

—Estoy convencido —dijo sin dejar de reír— de que a Tomás de Torquemada, abnegado inquisidor sabiamente escogido por la reina con la ayuda y el beneplácito del Dios Altísimo, y que como ya sabrás se dedica en cuerpo y alma a limpiar España de herejes, le encantaría estar al corriente de esa inclinación espiritual de la que tanto te enorgulleces.

Visnú sintió otra sacudida; el sádico Torquemada era temido hasta en el infierno con el que aquellos déspotas de la mente amenazaban al rebaño que decían pastorear.

La sacudida se tornó en sudor frío, con solo pensar en aquel pirómano vocacional tan proclive a achicharrar al que le mirase de reojo, como al que articulase: Biblia, sin gracia. Ordenado inquisidor general por la reina Isabel I, consagraba su devota existencia a la purificación en masa de apóstatas, sin esconder su manifiesta debilidad por los judíos conversos, hacia los que sentía cierto favoritismo.

Pero la población judía no era la única que sufría su intolerancia; a este entusiasta de las hogueras, cualquiera le servía. Cualquier palabreja que él considerase blasfema u ofensiva contra la iglesia o contra su venerada religión católica, era motivo suficiente para montarse una buena pira. No

dejaba de ser satírico que las masas acudieran en bandada a disfrutar de aquellos sangrientos espectáculos, cuando ninguno estaba exento de acabar formando parte del festejo al siguiente día o cualquier otro. Pero lo más gracioso de todo, es que lo hacía con apoyo y beneplácito de los reyes de España y del Papa de Roma.

Corría por los mentideros el famoso refrán:

«Ni el mismo Dios se escapa de Torquemada».

Si había algo que Torquemada tenía claro, era que la patente de Dios solo tenía un dueño, y en España, él era su representante y embajador. Todo lo demás era carne y fuego.

Masticó su orgullo hasta quedarse casi sin respiración, y tras inhalar una bocanada de aire que casi no le cabía en el pecho, suplicó más que pidió:

—Si monseñor tuviese a bien darme otra oportunidad, enmendaría mi error. Prometo que no fallaré.

El Obispo suspiró y le apuntó con el dedo.

—Sabias palabras —dijo—. Solo que esta vez, vuestro inmerecido salario quedará a disposición de esta diócesis, en concepto de donativo por vuestra salvación.

—Pero...

—No hay peros... Es una generosa ofrenda a nuestro Dios, que en vuestro nombre agradezco y le ofrendo.

Visnú se mordió la lengua; lo que decía no podía ser verdad; debía tratarse forzosamente de una advertencia... o ser una maldita broma.

La voz del Obispo aclaró sus dudas.

—¿Estás conforme? Comunica el donativo a los tuyos.

Se disponía a retirarse, cuando escuchó de nuevo su voz.

—Estoy convencido del éxito de la nueva búsqueda... Una vocecita me dice que esta vez daréis con la muchacha. Si está viva o muerta —aclaró—, me es indiferente. Pero el legado de su padre, debe acabar en mis manos.

.....Visnú asintió.

—Así será, monseñor. Comenzaremos enseguida.

—Entiende esto como un deseo de Dios, y transmítelo a tus hombres. Él premiará vuestra generosidad,

Visnú respondió con una reverencia y buscó la salida. Ya en el exterior, llenó sus pulmones de aire fresco y lo expulsó con todas sus fuerzas, como si deshaciéndose de él se deshiciera también del resquemor que le abrasaba el estómago. Hacía eso tras todas sus visitas; aquél ritual era el único método

efectivo que le ayudaba a soportar las amenazas de aquel depredador que, aunque pareciese un contrasentido, había tenido la gran fortuna de conocer. Aquélla alimaña voraz tenía la virtud de erizarle el vello con solo separar los labios o mirarle, pero también tenía la capacidad de llenarle el estómago.

Recordó una enseñanza de Sun Tzu en su «arte de la guerra»; la que mayor impacto causó en él, y también la que más le ayudó en los momentos transcendentales:

Si no puedes ser fuerte pero tampoco sabes ser débil, serás derrotado.

Aquella cita le reconfortó y recordó una vez más, que la debilidad bien canalizada es sinónimo de fuerza y a la vez una de las mayores virtudes que puede llegar a tener un hombre, siempre que posea la destreza necesaria para dominar su orgullo.

Sólo controlando la fuerza para someterse a sí mismo, llegaría a vencer sus pasiones y se convertiría en Amo y Señor de su vida... sólo así podría seguir respirando ante un enemigo mayor.

El genial guerrero le daba una vez más una enseñanza vivida de inteligencia y supervivencia: ningún perro, y él lo sabía bien, se enfrenta a un león.

XII

LAS PUERTAS DEL CIELO

Carlos de Marena tomó asiento, apoyó los codos en su escritorio y metió la cabeza entre sus manos. Una arruga fue formándose en su entrecejo a medida que se devanaba los sesos; por enésima vez intentó poner en orden sus pensamientos, y por enésima vez fracasó. Todo había ido complicándose y nada avanzaba como había planeado.

El año en curso 1491 era el que eligió para convertirse en Arzobispo, y nada conseguiría hacer que fracasara; no iba a permitir que nadie estropease sus planes. Cada paso había sido medido; en no mucho, escalaría el enrevesado escalafón de la santa Iglesia y sería nombrado Cardenal... más adelante, ya vería; todo estaba dentro de lo posible.

Cerró los ojos y dejó volar su imaginación; le gustaba soñar a lo grande y deleitarse en sus fantasías.

Pero la dorada idea se esfumó de su mente al recordar los últimos acontecimientos. La chica y el maldito documento parecían burlarse de él y ponían en jaque sus objetivos, además de minar su ya mortificada paciencia y destrozarle los nervios; desde la última visita del mercenario no tenía noticias frescas. Todo estaba estancado.

Apretó los puños y los estampó contra la mesa. Jamás renunciaría a sus sueños de grandeza; haría cuanto fuese necesario para verlos cumplidos... ¡cuánto fuese...!

—¡Él momento es ahora! —se dijo a sí mismo—. ¡Es ahora y será! Esa chica está teniendo mucha suerte, pero no puede estar escondiéndose toda su vida.

Sus aspiraciones comenzarían a cumplirse en cuanto dieran con ella; el

momento no podía ser más propicio... Durante el último siglo la Santa Sede había tenido tres sillones. Tres tronos. Tres Papas. Y no sucediéndose unos a otros como mandan los cánones, no, todos a la vez.

Nunca había estado el río tan revuelto, y todo podía suceder en una iglesia dividida que ni siquiera era capaz de decidir quién debía dirigirla.

Sonrió dejando volar su imaginación. Estaba seguro y cuantas más vueltas le daba, más convencido estaba. Era increíble cómo un Pontífice podía hacer y deshacer todo cuanto se le antojase, con el beneplácito del ganado que Dios había puesto a su cuidado. ¡Poder sin límites!

No muchos años atrás, Alonso de Borja, elegido Papa como Calixto III le abrió el camino a sus sueños. Sí, un español erigido como máximo representante de la iglesia, no era ninguna tontería; un Sumo Pontífice de su tierra, era un magnífico antecedente y creaba expectativas muy creíbles en cuanto a sus aspiraciones a ocupar el trono de San Pedro. Ese sillón acabaría calentando su culo, pensó.

Se imaginó sentado en él. Estaba convencido de que todo era posible desde aquella poltrona real, y la prueba tangible se encontraba escrita en las andanzas de Calixto, quien sin irse por las ramas, convirtió en Papa a uno de sus sobrinos: Alejandro VI. Y eso sin olvidar a su familia, de cuyo bienestar se ocupó con denuedo: Lucrecia, César y cómo no, de su descendencia. Sí algo había dejado bien claro el astuto Calixto, es que había sabido vivir como lo que era... ¡como Papa! Y no sería él quien le reprochara su saber hacer. Después de todo, si el Rey de la Iglesia no gozase de divina potestad para hacer lo que le viniera en gana, nadie le hubiera entregado las llaves del cielo.

Sonrió al imaginarlo y apartó de su cabeza cualquier duda que pudiese conducirlo al remordimiento; después de todo, Calixto no era el único referente del buen vivir, no... ahí estaba el fundador de la iglesia; su primer rey; su primera piedra y, según las escrituras todo un zelote al que su ajetreada vida no impidió que se hiciera hueco en el cielo.

Él también se haría un buen sitio en ese cielo, se juró, aunque fuese a codazos.

Se ánimo a sí mismo dándole otro golpe al escritorio.

¡Sí! —farfulló—. Todo es posible en el año de nuestro Señor 1491.

XIII

ARCHIBALD

Las puertas se abrieron ante el alto, guapo y arrogante joven que aguardaba impaciente junto a la entrada.

—¡Adelante!

Caminó hasta el Obispo, se inclinó, le besó la mano y esperó su beneplácito para erguirse.

—¿Me habéis mandado llamar, monseñor?

Aburrido por lo rutinario y fatigoso de la situación, el Obispo bostezó, suspiró y contestó de carrerilla cómo si le molestase que todo el que se le ponía delante hiciera la misma pregunta. Pero le gustase o no, poco podía hacer, se trataba del protocolo y debía ser aplicado con rigor.

—¿Os sorprende que así sea...? —Lo dijo tapándose la boca para ocultar otro bostezo.

Archibald le miró perplejo, pero guardó silencio y se mantuvo a la espera; no es que no sintiese curiosidad por saber el motivo de ese requerimiento, claro que la sentía. Pero también conocía al Obispo y sabía que no saldría de allí sin saberlo.

.....Este aprovechó su silencio para preguntarle:

—¿Os resta algo del dinero recibido por los servicios a esta santa diócesis?

Desconcertado arrugó el entrecejo.

—Sí, monseñor. ¿Por qué? No os entiendo.

—Fuentes de información en las que tengo confianza ciega, me han trasladado una triste noticia.

—¿Y puedo saber qué noticia es?

—Para eso os he hecho venir...

Extrañado, se llevó el pulgar al pecho.

—¿Tiene que ver conmigo, monseñor? No entiendo. ¿De qué se trata?

—De que «todo» lo dilapidáis en mujeres y alcohol. Y cuando digo que «todo», no me refiero exclusivamente a lo tocante al dinero.

—Ahora lo entiendo menos, monseñor...

—Y eso —continuó el Obispo— es una actitud muy arriesgada, tratándose de alguien como vos, extranjero y con un acento imposible de olvidar. Dejáis baba como los caracoles, y es fácil seguiros la pista.

Podéis confiar en mí, monseñor. Soy mudo como una piedra. Han debido informaros mal.

El Obispo soltó una carcajada hueca.

—¿Insinuáis que no soy respetado por mis informadores... que no me son leales?

—Digo que será una equivocación, monseñor.

—Yo no lo considero una equivocación. Y sabéis bien que tengo razón y a qué me refiero...

Archibald no replicó. Tiempo atrás el Obispo recibió de él cierta información, que, dicho sea de paso, gratificó sin tacañería.

—El vino suelta la lengua —continuó el Obispo—, y vos no perdéis contacto con él... Regresar a vuestro país, sería una acertada decisión. ¿Qué os parece? La generosa cuantía que ganasteis por vuestra «colaboración» con esta santa casa, fue de todo menos desdeñable. Yo cumplí mi parte como prometí... Y teniendo en cuenta que vos solo aportasteis la mitad, considero que hasta fui espléndido.

—Creo monseñor, que la información también estuvo a la altura... Aunque conocierais la parte más importante de ella, yo...

El Obispo le dejó con la palabra en la boca.

—Hasta el momento, no ha dado fruto alguno —dijo.

—Ya, pero...

—Y me temo —le cortó de nuevo— que si seguís por aquí largando a diestra y siniestra, jamás lo hará. He sido informado de vuestra ajetreada vida y no me ha agradado en absoluto. podría traer problemas a esta diócesis y a mí de rebote.

Archibald arrugó el entrecejo.

—Os repito que no es cierto, monseñor. Yo no...

—Tengo confianza plena en mis informadores. Hasta ahora, y porque saben lo que les conviene, jamás me han fallado. No intentéis jugar conmigo.

Archibald se puso de rodillas.

—Os aseguro que no he hablado con nadie. Yo no soy tonto. También sé lo que me conviene...

El Obispo suspiró y le apoyó la mano en la cabeza.

—Es un alivio para mí —dijo— el hecho de que estéis tan seguro. Para que todo continúe igual, añadiré algo, si me permitís.

—Vos diréis, Excelencia Reverendísima.

—Os iréis de esta Villa. Y no vayáis a creer que me es indiferente a dónde... volveréis a Escocia.

.....El rostro del joven se tornó lívido; si algo había que no encajaba en sus planes, era volver a su país.

—Pero yo...

El Obispo le interrumpió.

—Quiero que regreséis a Escocia. Os quiero bien lejos de aquí. ¿Lo entendéis?

—Pero, monseñor... Debe ser un malentendido. Yo...

El Obispo no le dejó continuar.

—¡Mi decisión es firme...!

—No puedo irme, monseñor. Seré una tumba.

—No desearía tener que tomar medidas más drásticas. No me obliguéis a ello. Estoy seguro de que tampoco vos lo deseáis.

Archibald cruzó sus ojos con los del Obispo. Solo fue un segundo; posiblemente menos, pero esa insignificante fracción de tiempo bastó para que se le helara la sangre. Detrás de su aparente serenidad y de sus refinados y más que estudiados gestos, parecía esconderse un depredador. Cada palabra que brotaba de sus labios se le clavaba en la mente como los afilados colmillos de un lobo.

No replicó, se secó el sudor con la manga y le besó la mano en señal de sumisión.

—Así será, Monseñor. Si es ese vuestro deseo, me iré.

El Obispo inspiró satisfecho.

—Estimado Archibald —le dijo—, todo lo bien o mal que nos va en esta vida, es el resultado de las decisiones que tomamos. Incluso añadiría sin temor a equivocarme, que las que tomamos en los momentos cruciales, suelen ser también las más acertadas. Os lo digo porque acabáis de tomar una decisión excelente.

Archibald estuvo tentado de replicar, pero consideró que morderse la

lengua le traería menos problemas, y así lo hizo. Agachó la cabeza y se clavó los dientes hasta que se cortó; aunque no tan profundo como las palabras del déspota que tenía enfrente; esas sí cortaban; de hecho le estaban cortando la vida.

El Obispo bostezó de nuevo y le invitó a irse.

—Ahora podéis retiraros. Vuestro equipaje os espera.

Se apresuró a dejar las dependencias. Una vez cruzado el vasto portón que daba al exterior de la edificación, se detuvo, aspiró con energía y contempló el paisaje urbano que se dejaba admirar desde lo alto de la escalinata. Bajó los parpados y dejó que la fresca brisa acariciara su cara.

Cuando abrió los ojos, diminutos copos de nieve caían sobre su cara y empezaban ya a teñir de blanco la tierra y los tejados; cuanto podía ver invitaba al recogimiento y a un buen fuego.

Sin embargo no sentía frío. Bajó los escalones con los brazos abiertos en cruz y mirando al cielo... la nieve que caía sobre él parecía hacerlo a modo de despedida.

Se detuvo y oteó el horizonte desde la altura; aquella población dejaba en él cierto regustillo a felicidad; vivió allí como siempre deseó. Inhaló hasta llenar sus pulmones y siguió bajando con la desagradable sensación, quizá por ser tan cierta como que estaba nevando, de que cada uno de esos peldaños le separaba un poco más del único lugar en el que llegó a sentirse vivo... Cada paso que daba era desgano; como si avanzase hacia ninguna parte.

El hombre que se cruzó con él, sí tenía prisa; los subía de dos en dos con la respiración agitada. Intercambiaron una mirada fugaz y sintió un repentino estremecimiento; los ojos fríos y acerados de aquél tipo se hundieron en los suyos como si fueran cuchillos.

Sin saber por qué, se volvió y aún tuvo tiempo de ver cómo desaparecía tras las columnas del edificio. Si estaba seguro de algo era de no haberle visto antes; jamás habría olvidado esa mirada helada. Sintió un escalofrío; como si se tratase de una premonición, una voz en su interior le advertía de que no sería la última vez que sus caminos se cruzasen. También, a modo de alerta, le susurró que era ya tarde para evitarlo.

Visnú llegó resoplando, y como Archibald momentos antes inhaló la helada brisa hasta henchir sus pulmones. Dadas las adversas circunstancias sobre la búsqueda de la chica, infructuosas a más no poder, debía planificar con astucia y prudencia su comparecencia ante el Obispo.

Expiró, apretó los puños y se dirigió a sus aposentos; lo hizo decidido y

preparado para aguantar la embestida.

—Monseñor... —se inclinó sumiso, tomó su mano y la besó evitando mirarle a los ojos.

El obispo la apartó con desgana y suspiró.

—¿Y bien?

Visnú comenzó disculpándose.

—Lo siento, monseñor, pero no traigo las noticias que deseáis oír. Nos empleamos a fondo, pero...

El obispo cerró los ojos y expulsó el aire por la nariz. Después, como si aquello le causara fatiga, hizo un gesto lánguido invitándole a erguirse.

—No me andaré con rodeos —dijo sin preámbulos—. Si os he hecho llamar es porque tengo un nuevo trabajo para vos.

Visnú notó un sople de aire fresco.

—Vos diréis, monseñor.

—Este trabajo no os eximirá ni mucho menos del que tenéis pendiente, pero de llevarse a cabo como es debido, sí podría redimiros de los últimos fracasos.

XIV

UNA CASA EN LAS AFUERAS

Orbaitzeta no era grande pero sí bastante como para que una joven pareja pasase desapercibida. El paso de los peregrinos provenientes de Europa en dirección Santiago y la multitud de comerciantes que atestaba sus callejuelas y plaza, la convertían en el lugar apropiado para pasar inadvertido.

Tobías y Victoria merodeaban indecisos y sin rumbo. Sin saber dónde ir, se dejaban arrastrar por la multitud.

Ella estaba serena. Tras lo acontecido los últimos días acabó aceptando la huída como algo positivo; al principio le pareció disparatada, pero fue lo más razonable que pudieron hacer, se mirase como se mirase. La estancia en aquella cabaña, aunque breve, echó raíces en su memoria y se implantó para siempre en su cabeza. Tobías contribuyó con altas dosis de paciencia a su mejora, serenándola cuando se iba abajo y haciendo que su ilusión creciera a pesar de la adversidad. En el fondo, no podía quejarse.

Abrazó con fuerza a su hija y se perfiló en su mente la imagen del pequeño Teth. Se preguntó una vez más si estaría bien; se lo preguntaba cada día y a todas horas. El simple hecho de que Melissende y Tobías tuvieran plena confianza en el druida, la tranquilizaba; después de todo, los problemas habían ido diluyéndose gracias a él.

Pensó que le debía estar viva; les alertó de los peligros del camino y ofreció su cabaña; nada pues, hubiera sido posible sin su colaboración... Incluso su estrecho vínculo con Tobías, de quién se había enamorado perdidamente, se la debía a Anué. Solo una semana atrás, ni por asomo hubiera podido imaginar tanta felicidad junta. Se sentía como una ladrona robando el cielo... Tobías había sabido llenar el vacío que había dejado la muerte de su padre, y la vida volvía a parecerle maravillosa.

Tobías se detuvo en uno de los tenderetes y se dirigió al hombre que parecía regentarlos, cogió la bolsa de cuero que les dio Anué y sacó un anillo que destellaba con cada rayo de sol que filtraba a través de la lona.

Este sonrió y lo apuntó con el dedo.

—¿Lo vendes?

Tobías sopesó el anillo y encogió los hombros.

—Quizá... ¿Cuánto puedes ofrecerme?

—¿Es tuyo?

—Pertenece a mi madre. Le tengo mucho cariño...

—El hombre suspiró aburrido de escuchar siempre la misma cantinela.

—¿Entonces...? —preguntó—. Si no deseas vender...

Tobías volvió a sopesar el anillo y lo apretó fuerte.

—Cuesta, desprenderse de algo tan especial, ¿sabes?

El tendero tomó la pieza y la observó con atención.

—Todos acudís a mí para vender las joyas de vuestras madres —repuso—. Cualquiera pensaría que aprecio más su valor que vosotros.

—No hace falta que lo examines tanto. Es bueno.

El comerciante apartó sus ojos del anillo y sonrió.

—De alta calidad sí es. No voy a engañarte.

—Ya te he dicho que es bueno.

—Sin embargo, no puedo ofrecerte mucho por él...

—¡Ya empezamos! —se quejó Tobías.

—Corren malos tiempos —se justificó el tendero—, y también yo tengo que vivir... Entiende que...

—¿Cuánto me das? —le cortó.

El hombre evaluó el anillo y resopló.

—Podría darte trescientos maravedís de plata...

Tobías no sabía si era un precio justo, pues nunca vio en su vida más de tres monedas juntas y aquello se le iba de las manos. Pero intuía que debía protestar y lo hizo.

—Poco me ofreces...

—No puedo darte más... Me gustaría, pero corren días difíciles.

—Es oro de primera, lo acabas de decir —protestó. En realidad no tenía ni idea de calidades, pero estaba seguro de que Anué no le engañaría.

—Trescientos veinte... Es un sacrificio por mi parte.

—¿Qué?

—Ni un maravedí más, joven. Creo haberte dicho que yo también tengo

que vivir.

—Si eso lo entiendo —ironizó Tobías—, pero que no sea a mi costa. Estira un poco, hombre...

El tendero negó con la cabeza.

—Tendré que revenderlo —explicó—. Y eso lleva un desgaste.

—¡Está bien! —Accedió poco convencido—. Dame el dinero y quédátelo. —Le mostró la bolsa—. Pero el resto no será para ti. —Señaló con la cabeza a Victoria, estaba a unos metros con su hija en brazos—. Nosotros también tenemos que comer... y somos tres.

Las pupilas del tendero se dilataron. No le quitaba ojo a la bolsa.

—¿Tienes más?

Tobías la sopesó varias veces.

—Exacto, tengo más. Pero no esperes que te lo venda por esa miseria. No te hagas ilusiones —Hizo ademán de retirarse—. No creo que seas el único comprador...

—¡Enséñamelo! —exclamó el mercader agarrándole del brazo—. Si es tan bueno como el anillo...

—¿Si así fuera, qué...?

—Podría hacerte una oferta por el total. ¡Pero sólo si es por el total, eh...!

—Más vale que lo mejores... De lo contrario, no hay trato.

—Muéstramelo. Creo que llegaremos a un acuerdo.

—Eso espero. —Vació la bolsa sobre la mesa y le miró a los ojos—. ¿Qué te parece? —tanteó—. ¿Es bueno, no?

—Mi oferta será generosa. Pero no olvides amigo, que yo también tengo que vivir. Espero que lo recuerdes, eh. —Le miró desconfiado—. ¿Seguro que todo esto es tuyo?

—De mi madre.

—Bueno, tendremos que confiar el uno en el otro...

—Inténtalo a ver...

—Puedo llegar hasta novecientos maravedís de plata. Es una pequeña fortuna, y te quitas un peso de encima.

Tobías quedó pensativo y no dijo nada.

—¿Cuánto has dicho?

—¿Novecientos diez? ...Es mi última oferta.

—Está bien... —Empujó el montón hacia él—. Dame novecientos cincuenta, y todo tuyo.

La respuesta del mercader fue tomar la bolsa de cuero vacía, llenarla de

monedas y lanzársela a las manos, antes de que se arrepintiera.

—¡Cuéntalas! —dijo—. Nuestro trato queda cerrado. No hay vuelta atrás. Tobías sopesó la bolsa con las dos manos.

—Confiaré en ti —dijo.

El tendero agradeció el gesto.

—Haces muy bien —le aseguró—. Soy honrado.

—Ya.

El hombre sonrió y carraspeó.

—Si consigues más, no te olvides de mí... —dijo a modo de despedida—. Estoy en este mismo lugar todos los días de mercado.

Tobías asintió con la cabeza y miró a Victoria.

—Buscaremos un sitio apartado y tranquilo. No hay que llamar la atención. He visto caserones a la entrada del pueblo. Son viejos, pero podrían servir...

Victoria asintió.

—Tienes razón —admitió—. No debemos llamar la atención. Cuanto más apartados estemos, mejor.

Tobías sopesó la bolsa del dinero.

—Con esto, no tendremos problemas para llegar a un buen acuerdo con el dueño de la casa más escondida de Orbaizeta.

—¿Tú crees que quedará alguna libre? Es tiempo de mercado, y ha venido mucha gente de fuera.

—Que venga quién quiera y a lo que quiera. Con esta fortuna tenemos prioridad... Si hay que pagar más por menos, se paga. Pero tendremos techo, comida y lumbre.

Victoria sonrió. Le gustaba la manera decidida con la que Tobías se enfrentaba a los problemas y su forma de encararlos; los minimizaba hasta hacerlos insignificantes.

La casita era pequeña pero acogedora; todo lo acogedora que Victoria podía desear.

Miró a Tobías con un centelleo especial en sus ojos; un fulgor que cualquiera interpretaría como lo que era; como felicidad en estado puro. Y así lo interpretó él.

—¿Te gusta? —le preguntó, sonriente—. A mí sí. A mí me encanta. Es pequeña y vieja, pero me ha seducido desde que la vi.

Tobías asintió.

—Lo que en verdad nos favorece es que está bastante apartada de la plaza. Esto nos ayudará a pasar inadvertidos y facilitará las cosas. El que sea bonita o fea es lo de menos...

—A mí me parece muy acogedora. No me rompas el encanto. Me ha seducido a la primera... igual que tú.

Tobías sonrió. Le gustaba verla contenta. A pesar de su juventud, había tenido que soportar la adversidad en toda su crueldad; la muerte de un padre y la separación forzosa de un vástago recién nacido, en cuestión de días, no eran sucesos que pudieran tratarse con frivolidad... La verdad, verla reír era ya un milagro.

Gracias a la venta de las joyas capearemos el temporal sin privaciones. Si esto no se alarga y controlamos gastos, hasta podríamos construirnos una cabañita en el bosque. Hay mucha plata aquí. Jamás vi tanto dinero junto.

Victoria no encontraba la fórmula para apartar los ojos de él ni tampoco lo deseaba; le observaba hechizada, descubriéndole en cada palabra que brotaba de sus labios y en cada gesto que hacía. No conseguía dejar de admirar sus facciones. Todo había sucedido tan deprisa, que hasta le costaba asimilarlo. Era un sueño del que no merecía la pena despertarse. Su antiguo modo de vida había sufrido un contratiempo inesperado, convirtiéndose en pesadilla y milagro a la vez; la muerte y la vida, tan antagónicas como consustanciales, se sucedieron la una a la otra sin darle tiempo para asimilarlo; el nacimiento de sus hijos estaba fatalmente atado a la muerte de su padre. Todo lo que acontecía venía impregnado de luz y oscuridad.

Tobías deslizó los dedos por su melena roja y esbozó una sonrisa.

—Tenemos que estar de acuerdo en todo —apuntó—. Nuestra seguridad depende de ello y de que consigamos mirar en la misma dirección. No quiero parecer malvado, pero debemos tener mucho cuidado. Aunque la casa esté alejada deberemos hacer vida humilde.

—Lo sé, Tobías, lo entiendo, créeme. Sé lo importante que es pasar inadvertidos. —Le acarició con la sonrisa—. Y también tendremos cuidado. Pero déjame disfrutar del momento. Estar juntos tú y yo en esta casa, es mágico... Aunque no fuera el lugar más seguro, me sentiría feliz...

Tobías le echó un vistazo rápido a la habitación, cómo si intentara verla con los ojos de ella.

—¿De verdad te gusta tanto?

Ella asintió con una sonrisa y le desarmó.

—¡Está bien! —Cedió—. Si a ti te gusta, a mí también. Pero recuerda que tenemos que llevar una vida sencilla y sin lujos. No debemos hacernos notar. —Sopesó la bolsa y añadió—: Aunque con tanto dinero, no va a ser fácil.

—Tienes razón. No será nada fácil —Miró la saca—. Con tanto dinero, hasta el cielo parece más azul.

Tobías aprobó con la cabeza y suspiró.

—Como acordamos, dejaremos pasar un tiempo, hasta que el río vuelva a su cauce. Después regresaré para ver como están las cosas... —Levantó las dos cejas y el dedo índice a modo de advertencia—. Así que no te acomodes demasiado. No pueden buscarte eternamente.

La cara de Victoria sufrió una transformación.

—¿Me dejarás sola? No me hagas eso, te lo suplico. No sé si podría resistirlo. No volver a verte, sería como...

—Tan solo serían unos días. Una vez comprobado que el peligro ha pasado, nos reuniríamos otra vez los cuatro.

El semblante de Victoria pasó del rosado al blanco.

—Alegra esa cara, mujer. Volverías a ver a tu hijo.

—Anué dijo que buscaría el modo de encontrarnos.

—Lo sé.

—¿Entonces a qué viene eso?

—No lo sé. Serán las ganas de que todo acabe. Anué dijo que vería la manera, pero eso no es asegurarlo.

—Si todo va bien, lo hará. Deja que se encargue él.

—Es posible que su deseo sea el venir a buscarnos... pero no olvides que tiene a tu hijo. Creo que deberíamos evitarle cruzar ese inmenso bosque con una criatura tan pequeña a cuestas. Ya no es un niño.

—¿Por qué razón? Yo lo hice... Aunque aún no me lo creo, la verdad. Nunca sabe uno de lo que es capaz hasta que lo intenta.

—Ya. Pero las circunstancias no son las mismas.

—Él conoce mucho mejor que nosotros ese bosque. Además tiene a Melissende para cuidar de Teth; confío en ella tanto como en él. No me dejarás aquí sola, Tobías. Ni se te ocurra intentarlo.

—Ambos tienen ya una edad. No les pidas demasiado. Quizá necesiten más ayuda que nosotros.

—Conocen ese bosque mucho mejor de lo que puedas imaginar —repitió ella—. Deberías confiar en ellos... Yo lo hago.

Tobías resopló.

—Está bien —aceptó—, lo pensaremos con calma... De momento viviremos aquí y tu pequeña podrá tener una existencia tranquila. Después de la última correría, creo que se lo ha ganado.

—Prométeme que no me dejarás sola.

—Está bien, no te dejaré sola.

Victoria se relajó y le abrazó.

—Gracias por estar aquí, Tobías. Doy gracias a Dios por haberte conocido. Nos has librado a mi hija y a mí de acabar en ese bosque. La suerte debe estar conmigo, ya es la segunda vez que alguien me saca de ese laberinto... ¿Y si fuera el destino?

—Todavía no nos hemos librado —se incluyó—. Aún es pronto, todavía pueden pasar muchas cosas.

Ella acurrucó la cabeza en su pecho y susurró:

—Lo que tenga que pasar, que pase... Pero yo quiero estar a tu lado cuando suceda.

XV

UNA POSADA EN LA PLAZA

—Sígame, se lo ruego.

Archibald siguió al posadero y entró en una oscura y mugrienta habitación.

—Espero que sea del agrado del señor...

—Archibald torció el gesto y señaló el catre.

—No dispone de algo... más...

El posadero no le dejó acabar.

—Todas las demás están ocupadas... Lo crea o no, está de suerte. No le será nada fácil encontrar algo mejor que esto, se lo aseguro... al menos durante esta semana.

—¿Seguro que todas las demás están ocupadas?

—Es invierno, señor. El frío hace estragos ahí afuera.

Archibald asintió. Llevaba toda la mañana buscando alojamiento y la respuesta era siempre la misma.

—Me la quedo... —Aceptó sin entusiasmo—. Algo es algo.

El posadero esbozó una sonrisa y extendió la mano.

—Voy a estar unos días, no tema.

El hombre, ni abrió la boca ni apartó la mano.

Archibald interpretó su silencio al instante. Sacó una bolsa de cuero, extrajo una moneda y se la lanzó.

—¿Está bien así? Ya haremos cuentas... Le repito que estaré tiempo.

—Siento las formas, señor. —Se disculpó cerrando el puño—. Es costumbre de esta casa cobrar por adelantado. A cambio no necesitaré saber su nombre y pasará por este pueblo como un fantasma...

Archibald encogió los hombros.

—Yo no necesito esconderme.

—Me alegro —dijo el posadero en tono sarcástico—. Muchos de los que se dejan caer por aquí, lo exigen...

Archibald hizo un gesto de hastío.

—Le comprendo —dijo—. No sufra por ello.

El hombre miró la moneda y su rostro se tornó lívido al comprobar que era de oro. La mordió para comprobarlo, y tras asegurarse, comenzó a encerarle los oídos.

—Con esto, tiene usted para algunos meses a pensión y servicio completo, señor... Lo que usted pida es suyo.

Archibald permaneció en silencio.

El posadero observó la moneda con un ojo cerrado y la volvió a mordisquear, como si no acabara de creerlo.

—Incluso más —puntualizó—. En cuanto sea posible me encargaré de trasladarle a otra habitación... Y no se preocupe. No le conozco ni le he visto en mi vida.

—Eso espero —agradeció Archibald—... Aunque no sea por necesidad, me gusta el anonimato.

El posadero sonrió y carraspeó a la vez.

—Debe ser bastante difícil —dijo— pasar desapercibido cuando se lleva tanto dinero encima.

Archibald recordó las palabras del Obispo y suspiró.

—Ya...

—Esta semana tenemos el gran mercado de invierno y abundan en Orbaitzeta las personas como usted, señor. No le será difícil pasar inadvertido. Nos visita gente de toda la comarca; gente cuyo único propósito es comprar, vender y disfrutar de esta bella y acogedora localidad.

—Sí. Ya he visto que lo que no falta es gente.

—¿Le interesaría algo en especial? Si lo desea puedo ayudarle a...

Archibald se rascó la coronilla.

—Bueno, ya que saca el tema...

—Pregunte usted, pregunte...

—¿Dónde puede uno perderse?

—¿Perderse, señor?

—¿En qué lugar de este pueblo se sentiría cómodo un hombre joven y soltero?

—Y con dinero... —completó el posadero guiñándole un ojo.

—Me sería de gran ayuda, si me indicase...

—Le entiendo —dijo el posadero—. Usted busca la Casa Roja. —Le hizo otro guiño de complicidad a la vez que agitaba la cabeza de arriba abajo.

—¿La Casa Roja? El nombre suena bien. —Carraspeó un par de veces—
Y diga, ¿dónde está la Casa Roja?

—A las afueras. La encontrará sin dificultad. Todo el mundo la conoce.
No puede perderse.

Archibald tiró su equipaje sobre el catre.

—Está bien —le dijo a modo de despedida—. Gracias por la información.

El posadero agachó la cabeza hasta las rodillas.

—Si el señor no desea nada más...

Se dejó caer como un fardo sobre el catre y cerró los ojos.

—Puede volver a lo suyo. No necesito más por ahora.

—Como desee... —Hizo intención de retirarse y se volvió—. Espero que su estancia aquí sea agradable; se lo deseo de corazón. El pueblo es tranquilo excepto en estas fechas de mercado en las cuales se llena de gente de toda clase y calaña, pero eso también lo hace interesante.

—Eso está muy bien —aprobó Archibald sin abrir los ojos—... que sea interesante.

—Orbaitzeta es especial. Mi abuelo siempre lo decía.

Archibald abrió un ojo y le miró curioso.

—¿Es toda su familia de aquí?

—En efecto, señor. Y por ello puedo decirle con toda confianza que está usted en un lugar especial... un lugar que puede cambiar su vida.

XVI

ENCUENTROS

Como era habitual en aquellas fechas el mercado se encontraba abarrotado de gentes provenientes de toda la región. Allí podía comprarse y venderse de todo: comida, animales, tejidos, alfarería, joyas; cualquier cosa, siempre y cuando se tratara de algo tangible y otro pudiera pagar. Cada tenderete era una tentación para cualquier persona con «posibles» y hasta sin ellos; entre la multitud no era difícil pasar desapercibido, y eso daba necesaria cobertura a numerosos ladronzuelos hambrientos sin nada que perder y todo por ganar, que encontraban allí su pan de cada día.

Archibald curioseaba cada tenderete que aparecía a su paso. Los comerciantes ofrendaban sus productos a todo pulmón, alabando y exagerando con descaro sus ventajas y los clientes vagaban de tienda en tienda, indecisos ante tanta y variada oferta. La chusma también era objeto de curiosidad para él; le resultaba extraño que una considerable multitud se apelotonara en misma tienda, abriéndose espacio a patadas y empujones, para ver cosas que ni siquiera tenían intención de comprar, y que en algunos casos, tenían también en la tienda de al lado, encontrándose esta completamente despejada.

La estupidez humana en su grado máximo —se dijo.

En ello pensaba cuando la vio.

Victoria se encontraba en una tienda de animales; una de las muchas que atestaban el mercado. Con todas las que había, le pareció extraño que estuviera precisamente en la que estaba frente a él y en ese momento. Debía ser una señal, pensó; tanta coincidencia no podía ser casual. En ese momento, el vendedor le ofrecía una gallina.

La cogió por las patas y se la entregó a Tobías.

—Hará un caldo excelente —dijo él agarrándola con fuerza.

Victoria sonrió.

—Tu hija y tú necesitáis coger energías —añadió.

Ella le lanzó una mirada pícara de arriba abajo.

—¿Y tú no? Debes cuidarte. Te necesito fuerte.

Tobías enrojeció. No estaba nada acostumbrado a las lisonjas; de hecho, eran las primeras en toda su vida.

Victoria le dio una palmadita cariñosa en el brazo.

—Anda —dijo, tirando de él—, volvamos a casa...

Ajenos a su improvisado observador, caminaron hacia la salida del mercado.

Archibald había decidido verla de cerca y se acercó a ellos, tropezando de forma voluntaria con Tobías.

—Perdón —se disculpó este—. Ha sido culpa mía. No sé por dónde voy. Somos tantos aquí, que...

—No te preocupes —respondió Archibald sin apartar sus ojos de los de Victoria, esperando con ello forzar un cambio en su semblante.

Ella le reconoció y, nerviosa, le suplicó con la mirada.

—Disculpa a mi marido —dijo, nerviosa.

—¿Tu marido?

—Ella acarició el hombro de Tobías—. Es despistado y no ve bien por donde anda —dijo—. Tropezaba con todo el mundo.

Archibald entendió el mensaje y comprendió que no era el momento idóneo. Dedicó unos segundos a pasear los ojos desde Victoria a la pequeña y viceversa, y siguió su camino perdiéndose entre la multitud.

Victoria, nerviosa y preocupada, observó cómo se iba y meneó la cabeza. Su voz interior le decía que no iba a tardar en volver a verle.

Tobías bloqueó la puerta, soltó a la gallina y se dispuso a echar leña a la chimenea.

—¡Hace frío! —Se frotó las manos—. Encenderé esto y sacrificaré a la gallina.

Victoria se acercó por detrás y apoyó las manos sobre sus hombros. Inquieta por el inesperado encuentro con Archibald, buscaba una forma sutil de contárselo. Pero si había algo imposible en aquel momento, era eso. Y como siempre ocurre estos casos, los nervios y el miedo no le permitieron

afinar demasiado.

—Ya no estamos seguros aquí... —Lo dijo a bocajarro—. Deberíamos partir cuanto antes. Lo siento Tobías. Es culpa mía.

Tobías hizo una mueca, la miró y alzó las dos cejas.

—Qué es culpa tuya. No entiendo nada.

Ella dudó. Pensó que quizá no era buena idea, pero no tenía alternativa.

—Debí permanecer aquí mientras tú ibas al mercado.

—¿De qué hablas? ¿Por qué razón...?

Carraspeó nerviosa. No estaba decidida del todo...

—Verás, —se lamentó—. El que tropezó contigo en el mercado. —Se mordió los labios por haberlo dicho—... ¿Lo recuerdas?

Tobías comenzó a preocuparse.

—¿Y bien? ¿Puedo saber ya a qué viene todo esto? ¿Le conoces? ¿Te conoce?

Ella suspiró. No comprendía por qué razón tenía que suceder algo así, y menos en aquél momento. El destino se reía una vez más de ella.

—Estoy esperando una respuesta, Victoria.

Ella continuó dubitativa. No sabía si debía decírselo.

Él insistió:

—Si tenemos que irnos, quiero saber la razón ¿Acaso es uno de los que te buscan? ...¿Es uno de los sirvientes de tu padre?

Ella movió la cabeza de arriba abajo.

—En cierto modo, sí.

—¿En cierto modo, qué...?

Tomó aire y lo soltó como si pesara:

.....—Es el padre de mis hijos.

El rostro de Tobías palideció y su corazón se desbocó. Trató de controlar los latidos, pero no pudo... Además no podía ni hablar.

—¿Ese? —exclamó en cuanto pudo articular—. Iré a buscarle. No voy a permitir que se inmiscuya en...

Ella no le dejó continuar.

—Ya no podemos permanecer en este pueblo, Tobías. Hemos dejado de ser desconocidos. Hay que aceptar eso.

Tobías inhaló hasta que no le cupo más.

—Está bien —admitió—. Lo pensaremos con calma...

—¿Con calma, dices...?

—Esta noche —asintió—. Y tomaremos una decisión. Ahora está

oscureciendo...

—¿Y qué pasa porque esté oscureciendo?

—No creo que dé con la casa tan rápido...

—Ah, claro... —ironizó—. Ya me siento mucho más tranquila... ¡ufff!

Él ignoró su sarcasmo e intentó tranquilizarla.

—Y eso suponiendo que la busque, claro... ¿No dijiste que huyó abandonándote? ¿Por qué razón tendría que ir tras de ti ahora? Si lo que me contaste era cierto, debería estar en Escocia.

Victoria, nerviosa, se llevó las manos a las sienes.

—No lo sé. —Suspiró—... Llámalo presentimiento.

—¿Presentimiento? Con eso no conseguiremos llegar a ninguna parte. Necesitamos más que eso para abandonar este pueblo. Es aquí donde Anué piensa que estamos, y es aquí donde se supone que vendrá a buscarnos... Por no recordarte, claro, que esta enorme multitud de gente lo convierte sin lugar a dudas en el mejor de los refugios. Si son capaces de encontrarnos aquí, no estamos seguros en ningún lado...

Ella le miró con ojos vidriosos.

Él la atrajo hacia sí y la abrazó.

—Debes serenarte, ¿A qué viene ese llanto?

Ella apretó la cabeza contra su pecho.

—A que no estamos seguros —dijo—. Si las corazonadas existen, este es el último sitio del mundo en el que deberíamos estar.

XVII

REENCUENTROS

Visnú abrió la puerta de la taberna y cedió el paso al tropel que le seguía. Entraron armando gran escándalo, y de forma desordenada fueron ocupando las mesas libres.

—¡Vino! —Gritó desde la puerta—. ¡Vino para todos!

El cantinero se puso en marcha y comenzó a escanciar en una larga hilera de jarras metálicas, ordenadas a lo largo de la barra.

Se acercó al mostrador, sin quitarle ojo al cantinero.

—Buscamos a un individuo —dijo sin andarse por las ramas—. Es joven y alto, pelo rubio, mujeriego... y tiene fama de bebedor.

—¿Amigo vuestro? —ironizó el tabernero.

—Visnú captó su insolencia, pero se contuvo.

—Nunca le hemos echado la vista encima... pero con las señas que te he dado, hasta un tonto le reconocería. Si ha pasado por aquí, lo recordará.

El cantinero permaneció mudo.

—Dicen que es bastante guapo —añadió—... Responde al nombre de Archibald.

El cantinero fingió no haber oído nada y siguió a lo suyo. Si algo le habían enseñado los años y aquél jodido oficio, era a no entrometerse en la vida de nadie... Sabía cómo acababan siempre esas cosas.

Visnú resopló meneando la cabeza e insistió:

—¿No dices nada? —masculló.

El cantinero le miró y encogió los hombros.

—Pasan muchísimos por aquí en temporada —dijo.

—Pero el que te he descrito es inconfundible.

.....Nervioso, se apresuró a pasar y repasar el trapo por el mostrador, con el

propósito de ocultar el temblor de sus manos.

—¿Te has quedado mudo?

Le miró y meneó la cabeza.

—No puedo recordar a todo el que pasa —dijo, como si pidiera perdón.

Visnú lo notó y le apretó el miedo al pantalón.

—¡Esfuézate, anda...! —Elevó el tono, y el cantinero casi se mea—. ¡Piensa! —le apremió.

El hombrecillo carraspeó, se rascó la cabeza y simuló hacer memoria. No solo no recordó, sino que se le olvidó lo que estaba haciendo. Eso sí, apretó las nalgas con todas sus fuerzas para contener el miedo que se le escapaba por delante y por detrás. ¡Maldito oficio!, pensó, apretando el culo. Yo no he nacido para esto.

Visnú no estaba dispuesto a fracasar. El recuerdo de la inmisericorde mirada del Obispo horadando la suya sin compasión y aliñada hasta lo sublime con puntiagudas y amenazadoras palabras que tenían la virtud de erizarle el vello, le daba fuerzas para rebuscar si fuese necesario en el mismísimo infierno. Los últimos servicios prestados a la iglesia, con muchísima diferencia y a pesar de todo, su mejor cliente, no estaban dando frutos, y había tomado la firme decisión de cambiar esa mala racha de una vez por todas. Otro fracaso no encajaba en sus planes... No quería ni pensarlo.

El tabernero movió la cabeza en sentido negativo.

—Lo siento de veras —dijo—, pero en este momento no recuerdo a ninguno que responda a esa descripción... Claro que, si se dejara caer por aquí —añadió, intentando capear el temporal—, no me importaría ponerlo en su conocimiento... ¿Dónde puedo encontrarle?

Visnú se resignó lanzando una risotada. Sus secuaces, como puestos de acuerdo, le corearon.

—Ya te encuentro yo a ti, no sufras por eso. Procura tener los ojos abiertos y ya sabes...

Más relajado, el hombre continuó sacándole brillo al mostrador.

—Cómo desee —dijo, intentando zanjar la conversación. Estaré pendiente.

Visnú no acostumbraba a conformarse tan deprisa e insistió; su testarudez siempre le daba frutos; cuando era por sorpresa, más.

—De todas formas, piénsalo un poquito, por favor... Quizá haya estado aquí y ahora no lo recuerdes... Todo el mundo pasa un día u otro por tu

cantina. ¡Haz memoria!

El cantinero expulsó el aire por la nariz, cerró los ojos y chascó la lengua.

—Bueno, sí, ahora que lo pienso, hará un par de días un hombre estuvo bebiendo cerveza hasta tarde. Pero no sabría decirle su edad ni su color de pelo. Llevaba puesto el sombrero. Quizá no quería mostrar la cara —mintió.

—¿Sabes dónde puedo encontrarle?

Al cantinero comenzaba a gustarle aquel juego.

—No tengo ni idea —dijo, fingiendo pensar—. Debe alojarse en alguna fonda barata. Su aspecto era demacrado y sucio.

—Y nada te resultó extraño; su acento, por ejemplo...

—Creí que era un peregrino. Vienen muchos hablando raro. En Orbaizeta nadie se extraña por eso.

Visnú se alisó bigote y barba. Lo hacía cuando algo le rondaba por la cabeza. Observó al de la taberna y agitó la cabeza de arriba abajo sin dejar de hurgarse la perilla.

—¿O sea que en una fonda, no?

—Es posible. En este pueblo, solo existen dos formas de alojarse en invierno: en las fondas o en los caserones. —Dejó de pasar el trapo, miró al mercenario y aclaró—: Sin embargo, en verano es diferente.

—¿En qué es diferente?

Lanzó una carcajada a la vez que le devolvía el ritmo al trapo y dijo:

—Con el buen tiempo duermen en el primer sitio que encuentran... incluso en los establos. Después de unas cuantas jarras, hasta la mierda de caballo les puede servir de almohada.

Una mirada le bastó a Arturo para ponerse en marcha y movilizar al resto.

—¡Todas las fondas del pueblo deben ser minuciosamente revisadas —puntualizó Visnú sin quitarle ojo.

Arturo asintió con la cabeza y dio un grito.

A regañadientes y desganados, los hombres desfilaron hacia salida. Solo se oía un murmullo sordo que desapareció con la voz de Visnú.

—A ver si pensamos un poco y tomamos iniciativas —les reprendió apuntando con el dedo al tabernero—... No había necesidad de esperar a que nos lo dijera este.

Todos, como niños traviosos, asintieron en silencio.

—Dio una vuelta sobre sí mismo y les miró uno por uno como si fuesen hijos suyos.

—Y os advierto... en esta ocasión no me vengáis con excusas. Si de algo

estamos seguros es de que ese tipo se encuentra aquí. ¡Traédmelo sin falta!

—Venga, todos fuera —les apremió Arturo.

Comenzaron a salir en fila y sin rechistar.

—¡Quiero ver más energía! —gritó Arturo—. Este es un pueblo pequeño y no debe haber demasiadas fondas... ¡Echadle ganas, joder!

Tres horas más tarde se reunían de nuevo en la taberna.

Arturo habló con voz insegura. Conocía bien a su jefe y esperaba una reprimenda.

—Ni rastro de ese tipo, jefe —dijo con voz trémula.

Visnú le miró incrédulo.

—¿Nada? ¿Cómo que nada?

—Arturo agachó la cabeza.

—Lo siento —se disculpó—. Le aseguro que...

—¿Seguro que habéis buscado bien?

Arturo asintió.

Visnú miró al techo, puso ojos en blanco y soltó una risotada lastimera.

—Gracias a Dios que ese tío no sabe que le buscamos, que si no...

Arturo se justificó:

—Se lo aseguro, todos los hostales han sido revisados; hasta los que valen la pena, jefe... No hay ni rastro de él. Los hosteleros tampoco colaboran, ¿sabe? Es posible que esté hospedado en alguna de esas sucias fondas, pero a no ser que le cojamos in situ...

—¿Y las casas de las afueras? ¿Habéis mirado allí? Este pueblo tiene su periferia llena; algunas están destruidas y abandonadas.

Arturo no contestó.

—Te lo repito, Arturo... ¿Habéis mirado allí?

Negó con voz temblorosa.

—No. Solo hablaste de las fondas, jefe...

—¿Y a qué esperáis? —Miró al techo, resopló como un búfalo y señaló la puerta—. ¡Traedme a ese cabróon! ¡Traédmelo joder! Parecéis unos puñeteros principiantes. ¿Qué voy a hacer con vosotros?

Archibald estaba preocupado y no era para no estarlo... Jugeteó con el lóbulo de su oreja mientras las ideas le bullían en la cabeza, atropellándose de

forma desordenada. Acababa de darse de bruces con la hija del hombre al que sirvió y traicionó vendiéndole a otro el trabajo de su vida. Cuando lo hizo, ni siquiera se le pasó por la cabeza que pudiese haber víctimas; no era esa su intención ni se le ocurrió tener en cuenta los posibles daños colaterales.

Sin embargo así fue. Los hubo, vaya si los hubo. En abundancia. Todos murieron, oyó decir... Y eso es lo que creyó hasta aquel día, convirtiéndose en su pesadilla... la peor que tuvo; la que le quitaba el sueño... Eso hasta que la vio. Desde entonces el aire le parecía más puro.

Él la quiso más que a ninguna desde el día en que la conoció, pero los fantasmas internos que le acompañaban desde su adolescencia, protegidos por una acentuada desconfianza en sí mismo que se agrisaba entre los años, siendo la causante de la mayor parte de sus males, fueron como siempre más fuertes que él.

Meneó la cabeza y dejó escapar una sonrisa. Conocía sus defectos; demasiado quizá. En ocasiones, con mujeres y bebida por medio, su pasatiempo favorito, alardeaba de ellos incluso. Su afán de riqueza, desmedido y alimentado por una descomunal pobreza interior, siempre ganaba la batalla a cualquier alternativa moral que se plantease... Hasta hubo un tiempo en el que llegó a sentir asco de sí mismo por ser como era e intentó de algún modo enfocar su vida de una manera humilde y honesta. No obstante, fracasó. Sus debilidades fueron siempre más fuertes que su empeño por cambiar, y con el paso de los años acabó por aceptarse tal cual era sin remordimientos. Lo que él consideraba «vivir» tenía bastante afinidad con la juerga, el desenfreno y el lujo, y eso requería dinero. Claro que, conseguir vivir a su manera; pensaba en ello a menudo, no resultó fácil; tuvo que pagar un alto precio: perder lo que más quería.

Hasta aquél mismo día todo le había ido bien; incluso consiguió ahogar las penas y doblegar sus remordimientos. Pero cuando ya se había hecho a la idea de no verla más, todo daba un vuelco. Por un lado se torcía, pues ella estaba viva y podía denunciarle, en el caso difícil pero no imposible, de conocer los hechos que desencadenaron la matanza, además de significar que el legado de su padre; el que el obispo necesitaba como respirar, tenía que estar en su poder. ¿Dónde iba a guardar Dragan el motivo de toda su vida, sino en su hija querida?

Eso explicaba la desmesurada preocupación del obispo por su silencio cuando le ordenó más que «sugirió» que abandonara la villa. Todo iba tomando forma. Claro que ahora esa forma parecía ponerse de su lado y le

sonreía.

Pero por otro lado sintió una inexplicable satisfacción al verla viva; un cosquilleo que mariposeaba sin cesar en su estómago, y del que no podía deshacerse. Se sentía en el cielo... ¡vivo! En aquel momento solo deseaba que esas mariposas que revoloteaban en su interior, no terminaran convirtiéndose en escorpiones.

Desde el accidental encuentro con ella, su confusión fue en aumento; no acertaba a poner en orden sus ideas. Y como si con eso no fuera suficiente, también estaba el bebé que vio en sus brazos. Esa criatura le recordó a...

Intentó bloquear esos pensamientos... sacarlos de su mente. Aquello no debería en absoluto importarle a un vividor sin escrúpulos como él; un derrochador exento de futuro, que no aspiraba más que una cosa, divertirse y embriagarse noche y día. Siempre intentó no arrepentirse de nada; ni siquiera quería pensar en esa posibilidad... Es más, se convenció a sí mismo y a conciencia, de que el remordimiento era un paso atrás; un signo de debilidad que, como pedrusco en el camino, entorpecía el avance hacia el éxito.

Todo lo acontecido en el transcurso de su vida, valió en un sentido u otro la pena, especialmente cuando hubo dinero por medio. Las dudas sobre la moralidad, el bien y el mal, lo justo o lo injusto, fueron abortadas una a una sin piedad. Y si alguna vez existieron motivos éticos que hubieran conseguido frenarle, el agradable cascabeleo de las monedas rebotando rítmicamente las unas contra las otras los disipó con rapidez. Esa era la música que más le gustaba y por la que vivía... O al menos eso pensó hasta el momento en que la volvió a ver. Porque lo que sí tenía claro, es que aquél imprevisto estaba trastocando su vida y sus planes, de punta a punta.

Quizá fue el golpe inesperado que sintió en el pecho cuando la vio de nuevo. Quizá la criatura que sujetaba en brazos, o el hombre que la acompañaba. ¡Quizá! ¡Quizá! ¡Quizá! Pero en el fondo de esa maraña de incertidumbres, sentía algo muy fuerte y hasta entonces desconocido; algo que le desbordaba; que le oprimía el pecho hasta hacerle daño.

Ese fue el motivo que le impulsó a ocultarse entre los viandantes del mercado y seguirles hasta la casa.

Cuando la halló sintió la tentación de preguntarle por su vida, de hablar con ella. Hubiera sido un bello gesto... Pero no encontró el valor y decidió regresar a la pensión con el rabo entre las piernas.

Necesitaba encontrar razones para irrumpir de nuevo en la vida de Victoria, y saber algo más de la criatura que llevaba en su regazo le ayudaría

y mucho, pensó. Calculó mentalmente el tiempo transcurrido; las cuentas salían... Y muy claras.

De forma repentina hizo algo que ni él mismo podría explicar; dio la vuelta y caminó decidido hacia el caserón donde les vio entrar.

La entrada a la casa estaba concurrida, más de lo normal; quien podría estar tan interesado en una casucha perdida en el extrarradio, pensó, dudando si acercarse más.

Observó desde la distancia y sin ser visto. Una docena de hombres armados y de aspecto patibulario se apiñaba en el descampado que antecedió a la entrada.

Cerró los ojos y suplicó con todas sus fuerzas que ella estuviera bien. No se explicaba por qué lo hacía, pues no era lo que se dice un creyente, tampoco podría aunque se lo propusiera mil veces. Pero el simple hecho de que los latidos de su corazón se aceleraran solo con imaginar esa posibilidad, era una clarísima señal de que no soportaría que así fuera. Dos veces, no.

La puerta fue descerrajada a patadas y tres matones irrumpieron en la estancia desgañitándose. Los alarmantes bramidos sorprendieron a la pareja. Tobías, impulsado por su instinto, cubrió con su cuerpo a Victoria; esta, confiada junto al fuego, daba de mamar a su hija.

Uno de los matones se acercó a ellos, agarró a Tobías por el mentón y le volvió la cara hacia sus compinches.

—¿Es este? —preguntó.

—¿Crees que puede ser el tipejo escurridizo que tanto nos ha mareado? —dijo otro.

La mano derecha de Visnú se adelantó hasta situarse frente a Tobías y le miró con atención.

—No lo sé. Ni siquiera el jefe le conoce. Por desgracia solo sabemos su puñetero nombre, su edad aproximada y su apariencia. Es joven y rubio como este, pero...

La piel pálida de Tobías pareció disiparle las dudas.

—La verdad es que su pellejo indica mucho —dijo el tercero.

—Ya lo creo —admitió Arturo—. Este no es de aquí. Lo veo demasiado blanco para... ¡Y mira su pelo, joder!

—¿Entonces, problema solucionado...? —le cortó uno de ellos lanzando un escupitajo al fuego.

Arturo examinó a Tobías de arriba abajo.

—Yo juraría que es él —dijo, cada vez más convencido—. Sería casi imposible encontrar por aquí a otro que responda con tanta precisión a estas características.

—Bueno —dijo otro—. Yo he visto por ahí a algunos que también dan la talla, Arturo. Ten en cuenta que este pueblo es paso de peregrinos; llegan de todos los países...

—Arturo frunció el ceño.

—¿Y qué sabes tú de países y peregrinos? —preguntó.

—Antes de trabajar con vosotros, he guerreado lo mío y conocido a mucha gente. Entre ellos hubo a quienes el camino atrapó. Es mágico, Arturo. O eso aseguran...

—¿O sea que ese dichoso camino es mágico?

—¿Si no fuera así, dime tú a qué viene que la gente lo ande desde todas partes?

—Bueno —dijo Arturo cambiando de tema—, lo del camino es muy interesante, pero que hacemos con este...

Tobías no dijo nada. Tampoco entendía. Le extrañaba que la búsqueda se hubiese centrado en él en vez de en Victoria; desde un principio tenía muy claro que a quién buscaban era a ella. Sin embargo, por la causa que fuese, consideró como un regalo del cielo la manera en que iba desenvolviéndose todo. Lo que no entendía era, cómo los matones habían sabido que la estaba ayudando, y menos, el motivo por el que habían decidido hacérselo pagar a él sin sacar nada a cambio; pues ni siquiera habían mencionado lo que buscaban. No dejaba de tener gracia. Y lo de confundirle con un extranjero, aún le desorientaba más... La verdad es que no le encontraba sentido a nada.

—Está bien. No sé qué ocurre, pero ya se aclarará. No tengo nada que ver con quien sea que busquéis.

Uno de ellos señaló a Victoria y espetó:

—Esta nos ha visto, Arturo. ¿La vamos a dejar aquí?

Tobías aprovechó la confusión.

—Ella nada tiene que ver conmigo —improvisó.

—¿Pasaba por aquí y entró, no? —espetó uno de ellos soltando una risotada y contagiando la risa a los otros.

—Permitid que la pague y dejadla ir.

—¿Cómo que pagarla? —repuso el matón, sin quitarle ojo a Victoria. No me irás a decir que es una...

—Putas, sí... ¿Tanto te cuesta entenderlo...?

Los tres la observaron sorprendidos... como si algo no acabase de cuadrarles del todo. Luego miraron inquisitivos a Tobías.

—Necesita dinero para su... En fin, quiero decir que es una puta; una puta con familia —improvisó de nuevo.

Arturo respondió con una carcajada, cogió a Tobías de un brazo y le llevó hasta puerta; una vez fuera le dio un empujón lanzándoselo a los que vigilaban la entrada.

Tras titubear, se volvió hacia los que estaban dentro y les apuntó con el dedo y mirada amenazadora.

Estos cruzaron una mirada y preguntaron a la vez:

—¿No podemos, Arturo? La chica lo vale... ¡Venga!

Arturo terminó por ceder.

—Está bien. Haced con ella lo que os dé la gana, pero no lo hagáis eterno —les ordenó—. ¿Es una puta, no...? Pues que ejerza.

—¿Y después qué? —preguntó uno.

—¿Cómo que qué...? Después la matáis, idiota.

—Está bien, Arturo. Solo quería estar seguro.

Arturo llegó hasta la puerta y se volvió.

—Y no os larguéis de aquí sin quemarlo todo, eh... ¡Y cuando digo todo, digo todo! ¿Habéis entendido? ¿Queda claro? —Cuando ambos asintieron, añadió—: No quiero sorpresas inesperadas. Después se cabrea el jefe, y solo yo tengo que aguantarle.

Uno de los matones levantó el dedo.

Arturo meneó la cabeza y resopló, hastiado.

—A ver, ¿qué es lo que no has entendido?

—¿Al bebé también, Arturo? Él no representa ningún peligro...

—Muerto, lo representará menos.

Pero, Arturo...

—He dicho a los dos. ¡No quiero líos, joder! Es el puto precio que tienes que pagar por follártela.

Los dos asintieron con la cabeza al mismo tiempo, sin quitarle ojo a Victoria. Era una lástima, pensaron a dúo, tener que acabar con una mujer tan hermosa; una mujer que permanecía ante ellos quieta y asustada. Ni siquiera echándole ganas, eran capaces de advertir en ella la más insignificante señal de peligro. Tan sólo podían imaginar, y sin necesidad de esforzarse lo más mínimo para ello, el placer inmenso que iba a proporcionarles.

Uno de ellos se lamentó:

—Venga Arturo... Permítenos...

—¡No sigas! —le cortó este—. Una orden es una puta orden. ¡A ver cuando obedecemos sin protestar, joder!

—Sabes que tus órdenes son siempre acatadas, pero...

—¿Pero qué?

—¿Qué necesidad hay de matarla? Podemos quedarnos con ella. —La señaló y añadió—: Es una mujer muy hermosa, Arturo. Mírala bien...

Arturo resopló como un caballo. Comenzaba a perder la paciencia.

—Ni peros ni leches —recalcó, furioso—. Ya conocéis el proceder. Primero os la folláis y después la matáis.

—¿De verdad lo ves necesario? —insistió el matón.

Arturo ignoró su empecinamiento y continuó como si no le hubiera oído:

—Acto seguido hacéis que un buen fuego la consuma sin dejar rastros... Aunque sea una puta, es probable que alguien del pueblo sea un familiar. —La miró. Estaba con la cabeza agachada, temblando y con el bebé amorrado a su teta—. Es una hembra muy guapa —añadió—. Seguro que hay una buena clientela que la echará de menos.

Victoria comenzó a temblar de manera descontrolada debido a las amenazas del mercenario y abrazó con todas sus fuerzas a su pequeña, arrodillándose y protegiéndola con su cuerpo.

Arturo dejó escapar otra risotada, lanzó un escupitajo y continuó retorciéndose de risa.

—También es posible que exista un padrazo... ¿Quién sabe? Esa criatura será de algún desgraciado, digo yo.

—Es posible que tengas razón, Arturo —admitió.

—Visto así, sí... —opinó también el otro—. Mejor no arriesgarse.

Arturo miró a los dos y su rostro se tornó serio. Hacía ese gesto agrio cuando quería dejar las cosas claras.

—No quiero líos con las autoridades, y menos con el jefe —avisó—. Por mucho que tengamos el respaldo del clero, siempre es mejor que no nos relacionen demasiado con esta matanza. —Agarró del brazo a Tobías y tiró con fuerza—. Yo llevaré a este desgraciado al jefe, y nuestro trabajo habrá terminado. —Cuando acabéis —agregó—, id a la cantina y celebraremos nuestro éxito. Esta noche promete ser divertida. Lástima que todos los trabajos no sean así de sencillos.

Archibald, agazapado tras un destartado carromato que se encontraba

cerca de una ventana, y amparado por la negrura que empezaba a invadirlo todo, observaba con atención cuanto sucedía y escuchaba cuanto se decía.

Se mordisqueó el labio y meneó la cabeza, nervioso y lleno de miedo a la vez, como si lo que estaba ocurriendo no le cupiera del todo en ella.

No entendía nada. Era como si el mundo se hubiera vuelto loco de la mañana a la noche. En ese instante, era testigo del apresamiento de Tobías, y aunque desconocía los motivos que le unían a Victoria o si mantenían una relación íntima, la mera sospecha de que así pudiera ser hubiera debido alegrarle... como decía un antiguo refrán: muerto el perro, se acabó la rabia.

Pero algo en su interior, probablemente la experiencia, le susurraba al oído, como tantas otras veces, que las cosas no podían ser tan fáciles. Nunca lo habían sido.

La camarilla que se llevaba a Tobías desaparecía en la oscuridad al mismo tiempo que los desgarrados gritos de Victoria comenzaban a tronar en sus oídos. Se preguntó cuántos hombres podían quedar en la casa. Con sigilo, se acercó a la ventana y pudo verles. Eran dos. Dos hijos de puta dispuestos a todo, relamiéndose de la agria dulzura que saborean los de su repugnante condición cuando el placer es robado. El más robusto de ellos estaba ya sobre Victoria, arrancaba su vestido con violencia y forcejeaba intentando separarle las piernas. Ella se desgañitaba y se encogía sin lograr quitárselo de encima; aquel animal era una auténtica bestia desalmada que comenzaba a meterse dentro de ella a embestidas salvajes.

El otro, sin perder detalle de lo que hacía su compinche, sujetaba a la niña y le taponaba la boca con la palma de la mano. Apretó con tanta fuerza y rabia para no oír su llanto, que comenzó ponerse roja.

Entre impaciente y desesperado, gritó:

—¡Acaba ya de una vez, joder! ...No debemos alargarlo más de lo imprescindible. Yo también quiero estar un rato con ella.

—¡Ya vaaa! ¡ya vaaaaaaa! No tengas tanta prisa, joder. Hacía tiempo que no me follaba a una como esta... Está tan tierna y apretada, que...

—¿Que qué?

—No sé... —dijo entre jadeo y jadeo—. Pero a mí no me recuerda a ninguna fulana. Y mira que he conocido a unas cuantas. Esta no acaba de someterse como las otras. Aunque le haga daño, mira cómo se rebela la muy puta.

La embistió de forma salvaje hasta que gritó de dolor.

—¡Mírala! —Lo dijo con voz entrecortada y palabras casi ininteligibles...

perdiendo el resuello, de puro gozo—. Se podría acabar con ella —dijo— y no pararía de forcejear, la hija de...

El otro empezaba a perder la paciencia.

—¡Te digo que acabes ya! —exclamó enrabiado.

El que estaba encima de Victoria, se resignó y remató su faena con una tanda de embestidas que le desparramaron dentro de ella entre sacudidas y espasmos. Después resopló como un toro y dio por finalizada su cruel tarea.

Anquilosado junto a la ventana, con profusas lágrimas resbalándole a chorros por las mejillas y sin coraje para actuar, Archibald se había convertido en el testigo mudo y cobarde de aquella barbarie.

Sintió el terror como nunca antes lo experimentó; un miedo sin nombre que le inmovilizaba de pies a cabeza, aplastándole al suelo como una losa... Pero inexplicable e inesperadamente, algo sacudió con fuerza su paralizado cerebro; una energía desconocida que semejaba no ser de este mundo le hizo reaccionar sin ser consciente de ello.

Agazapado bajo la ventana, se asomó para evaluar los más y los menos y ubicar a los dos mercenarios. Observó al que había abusado de Victoria y se sintió tan vomitivo y sucio como él. Con aquella misma guisa, pensó, con los calzones abajo y el culo al aire, son vulnerables todos los hombres; se imaginó a sí mismo en la misma situación y sintió vergüenza.

Entonces, impulsado por aquella energía desconocida, se irguió sin importarle ser visto, y con el hijo de puta en posición favorable, le lanzó el cuchillo insertádoselo en el centro del pecho.

El otro, sorprendido por el imprevisto percance que le había arrebatado la miel de los labios y amenazaba con despojarle de algo más, se volvió hacia él con brusquedad y reaccionó lanzándole al bebé para desestabilizarle; cosa que logró, por tener este que asirlo al vuelo, y aprovechó esa ventaja para desenvainar su espada. Pero cegado con el intruso, no le prestó atención a Victoria ni al cuchillo que esta introducía sin piedad en su espalda.

XVIII

ERROR

Visnú no olvidaba una cara con facilidad. A lo largo de su turbulenta y aguerrida vida había tenido oportunidad de toparse con muchos personajes a cual más dispar; unos eran buenos, otros malos, unos guapos y otros feos; de todo un poco. Y sus peculiares fisonomías; esos rasgos inequívocos que definen a los individuos como únicos, le habían sido en sin fin de ocasiones de provechosa ayuda; en alguna, incluso le fueron transcendentales para seguir respirando. Probablemente por ese motivo, cuando tuvo ante él a Tobías, escupió las palabras como si le quemaran la garganta.

—¡Sois imbéciles!

Arturo observó a Tobías con cara de idiota y se volvió de nuevo hacia Visnú.

—No sé a qué se refiere, jefe.

—Por eso mismo eres imbécil, porque no lo sabes...

Miró de nuevo a Tobías y le examinó de arriba abajo.

—Pero jefe —replicó—, este desgraciado responde a la descripción que nos dio...

—Este desdichado —le interrumpió— es vecino de El Barcal... Y nos invitó a beber allí mismo, idiota. ¡Y tiene los ojos negros, no claros!

—Pues ninguno hemos caído en ese detalle.

—Pues los detalles son los que cuentan, ¡imbéciles!

Se acercó a Tobías, le agarró por el mentón y levantó su cabeza como si se tratase de un animal, para que todos centraran en él su atención.

—¿Acaso no lo recordáis? —bramó—. Estuve con él de cháchara en la taberna de aquél pueblucho de mierda. En aquél momento le tomé por un pobre desgraciado... y el caso es que no debí equivocarme. De lo contrario

no le tendría delante como una víctima propiciatoria.

—Pero...

Visnú le miró como si le perdonara la vida.

—No hay pero que valga, imbécil. Tenemos la negra —se lamentó—. ¡No damos ni una, joder!

Tobías, nervioso, carraspeó un par de veces tras librar su mandíbula de la mano de Visnú. Intentaba aparentar una serenidad que ni de lejos tenía. En realidad, el hecho de tener frente a él a ese tipo, le provocó tal pavor que se mojó. Un débil hilillo de orina resbalaba por sus piernas.

—Por lo que puedo ver —dijo con voz palpitante—, me habéis confundido con otro, lo cual es de celebrar. Se agradece de corazón no estar en la piel del desgraciado a quién buscáis.

Visnú le miró sorprendido y arrugó el cejo.

—¿Y tú qué demonios haces en Orbaizeta? ¿Se te ha perdido algo por aquí?

Uno de los matones, tan despistado como sorprendido, se adelantó a Tobías.

—Le sorprendimos con una putilla, jefe... Y responde a las indicaciones que nos diste; al menos, mujeriego sí que es.

—Calla imbécil —le cortó Visnú sin apartar la vista de Tobías. ¿Cómo se puede ser tan inútil? Ya te dije que este tío no es.

Tobías se apresuró a validar las palabras de Visnú.

—No. No soy quién buscáis —aseguró hablando como si tuviera la boca llena de arena; aún le dolía el apretón de mandíbula—. ...¿Puedo irme ya?

Visnú intentó cogerle desprevenido.

—¿Tanta escasez de putas hay en El Barcal, para que tengas que venir hasta Orbaizeta a desahogarte?

—Bueno —replicó otro matón—. Para ser justo, hay que reconocer que esa muchacha tenía algo especial... un no sé qué...

—¿Un no sé qué?

—Tenía que haberla visto —dijo otro—. No parecía una puta. Yo también hubiera venido hasta aquí, para...

Visnú le hizo un gesto para que se callase y preguntó:

—¿Y dónde está? ¿Por qué no la habéis traído?

—Bueno... —Sonrió a sus compinches con picaresca y se aclaró la voz antes de seguir—. A estas horas, Jacinto y Lucas habrán dado ya buena cuenta de ella. Estarán al llegar.

Arturo miró a su jefe.

—Esas fueron las órdenes —corroboró.

Las palabras de Arturo se hundieron como clavos en la mente de Tobías. Pero dadas las circunstancias, se tuvo que tragar la rabia y simular indiferencia.

—En efecto, jefe, esos dos se quedaron con ella —dijo otro de los matones, riendo—. No tardarán en regresar.

Visnú se acercó a Tobías y le agarró del cuello con las dos manos apretándole con fuerza hasta que se puso rojo. Segundos después aflojó, y casi escupiendo, le preguntó:

—¿Cómo se llamaba esa putilla, chico?

Tobías contestó como si tuviese un limón en la boca.

—No tengo ni la menor idea. —Tosió saliva; todavía sentía la presión de los dedos en el pescuezo—. Nunca le pregunto el nombre a una mujer a quien pago... ¿Tú sí? Siempre se inventan uno.

Visnú aceptó aquella respuesta de mala gana.

—Yo tampoco —reconoció—. Pero no me meto en el cuerpo un viaje de siete días para irme de putas.

—Juro que lo que digo es cierto...

—Visnú negó con la cabeza y suspiró.

—Te aconsejo que te vayas buscando otra historia... ¿No se te ocurre nada mejor?

—Su séquito le rió la gracia a coro y con estruendo; con ganas o no, seguirle el juego les ahorra disgustos.

—Si he venido hasta aquí —se justificó Tobías con un hilillo de voz mientras se masajeaba el cuello—, es para vender unas joyas que encontré. No quería hacerlo en El Barcal.

—¿Y por qué allí no...?

—Por los comentarios. Ya sabéis, aquello es pequeño. No es conveniente estar en boca de todos, y...

—...Y por si apareciese el legítimo dueño, claro —le interrumpió Visnú estrujándole el gáznate hasta clavarle las uñas—. Tengo que reconocer que eres listo; no es una mala idea, no... —Le observó con los ojos entrecerrados y masculló poniéndole perdido de baba—: Siempre, claro está, que esa historia que me estás contando sea cierta... Y espero por tu bien que no sea una fábula.

Tobías intentó dar una bocanada de aire.

—No las robé... te lo prometo —farfulló sin aliento—. Las encontré en el bosque cuando cazaba... Suéltame te lo suplico. Me vas a ahogar.

Visnú entrecerró los ojos mientras sopesaba la excusa y aflojó los dedos. El caso es que aquella historia parecía bastante verosímil. De todos modos, pensó, veraz o no, el estúpido que tenía frente a él, no era Archibald. Una vez más había fracasado. Y por si fuera poco, en la caza de un novato que ni siquiera sabía que iban tras él y no debería haber supuesto el más mínimo problema. El mentecato de Archibald y la hija de Dragan se habían diluido ante sus ojos como por arte de magia y parecían reírse de él.

Le asaltó la duda. Se negaba a creer que eso le estaba ocurriendo a él; tenía que ser un mal sueño. Tras sus dos últimos trabajos, ambos malogrados, una idea obsesiva le rondaba la cabeza: o esos desgraciados eran muy listos, o él y sus hombres eran muy tontos.

Observó con atención al grupo que trabajaba para él, y durante unos segundos se entretuvo en analizarles. Sus dudas se disiparon de golpe. Todos ellos eran profesionales dispuestos a todo a una orden suya, habían demostrado conocer la guerra en todas sus facetas y no rehuían el peligro a pesar de saber que su destino estaba fatalmente ligado a una espada. Aquellos hombres, él lo sabía bien, tenían muchos defectos y vicios; todos eran tan iletrados como violentos, ladrones y violadores, asesinos sin alma desahuciados por la vida... Pero no tontos.

Se quitó esa idea de la cabeza y se dirigió de nuevo a Tobías.

—¿Qué debo hacer contigo?

Tobías hizo una mueca y encogió los hombros.

—Yo no sé qué es lo que buscan —mintió—. De todas formas, no puedo serles de ayuda. Lo siento.

—Te creo —admitió Visnú.

Tobías respiró más relajado.

—¿Entonces... puedo irme ya?

—Visnú carraspeó un par de veces y levantó el dedo.

—Reconozco que tu historia tiene pies y cabeza. Pero no te irás, muchacho... No así.

—¿Pero si acabas de decir que me crees...

Visnú palpó el zurrón que colgaba hasta la cintura de Tobías, y la expresión de su rostro se suavizó.

—Tienes joyas, has dicho. Eso también lo he creído.

—Las cambié por plata. Si quieren, puedo darles algo a cambio de...

Visnú no le dejó continuar.

—¡Registradle! —exclamó—. Mirad bien esa alforja.

Dos mercenarios comenzaron a hurgar en su interior. Tras varios toqueteos, uno de ellos sacó la bolsa de cuero.

Visnú se la arrebató, la sopesó, la abrió, y tras echarla un vistazo a ojo guiñado, la volcó sobre el mostrador.

Todos contemplaban las monedas ensimismados y con la boca abierta. Con la luminosidad de las velas, refulgían igual que soles.

Miró a sus hombres y señaló a Tobías con la cabeza.

—Parece que lo que dice es cierto... Admito que me costó creerle.

Tobías se relajó de nuevo.

—¿Puedo irme entonces? —insistió.

Visnú negó con la cabeza.

—¿Has conocido por aquí a alguien de tu misma edad y gustos?

Tobías frunció el ceño.

—¿A qué te refieres?

—El tipo al que me refiero es igual que tú... también pierde la cabeza por las putas. No sería extraño que te lo hubieras cruzado en algún lupanar.

—La verdad es que no he conocido a nadie.

Visnú lanzó una estridente risotada.

—Y hasta es posible que alguna vez os pelearais por la misma —añadió sin parar de reír.

Tobías fingió que le hacía gracia y rió con él.

—En un lupanar, no —dijo—, pero en el mercado...

—¿En el mercado, dices?

Tobías asintió.

—Allí vi a un muchacho rubio y más o menos de mi edad. Parecía perdido. Pero no podría asegurarlo, eh...

—Seguro que era él —espetó Visnú volviéndose hacia sus hombres—. Los rubios escasean por estos territorios. —Lo dijo acariciándose la melena para reforzar lo dicho. Luego apuntó a Tobías con el dedo.

—¿Hablaste con él? ¿Sabes a dónde iba?

—No, no... Tan solo nos cruzamos. No acostumbro a hablar con desconocidos... y menos, cuando llevo encima tanto dinero.

A Visnú le pareció convincente el argumento. Pero le miró desconfiado.

Tobías carraspeó.

—No conozco a nadie en este pueblo, puedes creerme. Solo quería

conocer mujeres y pasarlo bien. Me veía con algo de dinerito, y... Por cierto —dijo mientras se pasaba la mano por el gaznate a modo de masaje; todavía le dolía el apretón—, ya que está todo aclarado... ¿puedo irme?

—Sí.

—¿Sí?

Visnú soltó otra carcajada, esta, más estridente que la anterior, e inmediatamente fue coreado por su séquito.

—Tú puedes largarte, pero la bolsa se queda. Nosotros también queremos divertirnos —ironizó—. Como verás, nos quedamos con tu dinero y con tu mujer. Ya conoces el dicho: quien roba a un ladrón...

—Repito que lo encontré...

—Sí, sí, claro...

—Por favor —suplicó—. Necesito dinero.

—Y nosotros... Todos lo necesitamos.

—Yo lo encontré —alegó prodigando ingenuidad por todos los poros—. Me pertenece.

Visnú se pasó la bolsa de una mano a otra, sopesándola en cada movimiento, y le preguntó en tono sarcástico:

—¿Cuando buscabas margaritas en el campo?

—¡Te juro que lo encontré!

—Yo también. Ahora es mío. —Miró a los dos que le sujetaban—. ¡Soltadle! —bramó—. No quiero verle más.

Tobías decidió no insistir más. Aun sin dinero, suerte tenía de seguir vivo.

Cortadas las ligaduras, estiró los dedos, desentumeció sus manos, y en silencio, desapareció como un fantasma.

El tabernero le seguía con la mirada, pero cuando se sintió observado por Visnú, agarró el trapo mugriento que le colgaba del hombro y se puso a limpiar como si estuviera poseído.

—Visnú se acercó a él y le miró a los ojos.

—¿Tú no has oído nada de todo esto, verdad?

Siguió pasando el trapo como si la cosa no fuera con él. Hacerse el sordo siempre le había funcionado.

—Así me gusta —dijo Visnú—. Después de todo, no tienes ningún derecho a quejarte. Parte de este dinero, si no su totalidad, se quedará en tu asquerosa cantina.

El hombre no respondió, y Visnú lo interpretó como señal de asentimiento. Había vivido muchas situaciones como aquella y no le quedaba

la menor duda al respecto. El miedo era el mejor aliado del silencio.

XIX

EL NORTE

Victoria oteó el horizonte y meneó la cabeza.

—¡De nuevo las inhóspitas montañas! —se lamentó. Apretó a la niña contra su pecho y miró a Archibald.

—Necesito un sitio tranquilo donde descansar un rato y amamantar a mi hija.

Archibald la corrigió:

—¿Querrás decir «nuestra». También es mía.

Victoria rehusó darle la razón, pero tampoco lo negó.

—Por cierto, todavía no me has dicho qué nombre le has puesto.

—No es tu hija. —Ahora lo negó, pero no convenció.

Archibald soltó una risotada.

—¿A quién quieres engañar, Victoria?

Ella le miró desafiante.

—¡Calla! No sé cómo te atreves a... ¿Para qué querrás tú saber su nombre?

Él se sorprendió. No esperaba una respuesta tan agria.

—Os he librado de una muerte segura —se quejó—. Podrías agradecermelo un poco... Confiar en mí.

—Aún es pronto para decir que nos has librado. Con este frío y sin saber a dónde ir... Además, ¿dime por qué tuviste que quemar la casa? El propietario no tiene culpa alguna de lo que ocurrió.

—Sí sé a dónde vamos —dijo Archibald—. Vamos a Escocia...

—¿A Escocia?

—Sí. Y si quemé la casa, fue para borrar rastros. Con un poquito de suerte, todo el mundo pensará que estás allí abrasada y no te culparán por la muerte de esos dos hijos de puta... Aunque la verdad, los hechos son tan

evidentes que solo si ocurriera un milagro lograríamos engañarles. En fin, lo hecho, hecho está... De cualquier modo, mi deber era intentarlo. No podía permitir que te incriminaran por defender tu vida. Y, ahora que estamos otra vez juntos, todavía menos.

Victoria escuchó las dos primeras frases y no necesitó más; el resto de la perorata le importó un bledo. Le miró desafiante y masculló:

—¿A dónde has dicho...? ¿Tú estás loco o qué? Yo no me voy contigo a ninguna parte. ¿Has pensado siquiera por un momento en alguien que no sea en ti. En cuanto lleguemos al próximo pueblo continuamos cada uno por nuestro lado. ¿Y si estuviera otra vez preñada? —Se tocó la barriga sin apartar los ojos de los de él—. ¿Acaso lo has pensado?

—¡Pues no! —dijo, tajante—. La verdad es que ni me he parado a pensarlo ni quiero. Lo pasado, pasado está, y allí habrá que dejarlo. —Se llevó las manos a la cabeza y comenzó a lamentarse—. No quiero imaginar que puedas estar preñada de otro, pero existe esa posibilidad. Y dado que nada puedo cambiar, lo acepto como un mal menor. Peor hubiera sido que te mataran.

Puso la mano en su hombro y la zarandeo con cariño.

—Pero tranquila. No todo está mal —añadió.

—¿Ah, no...? ¿Es que ves algo positivo en todo esto?

Intentó acariciarle la mejilla, y ella le apartó la mano.

Archibald no insistió. Pensó que había tiempo.

—la vida continúa—dijo en tono cálido.

—Y los problemas también—repuso ella.

—Todo son minucias que se pueden ir solucionando. Por fortuna estamos vivos y juntos de nuevo. ¿Qué más podemos pedir? Después de lo sucedido, ya es un milagro que sigamos respirando. Ahora solo tenemos que pensar en salir del país.

Ella le respondió sin mirarle:

—Pues vete...

—Pero contigo.

Victoria ya no le escuchaba. Estaba concentrada en su posible preñez, y el miedo empezaba a apoderarse de ella y la bloqueaba de la cabeza a los pies. Con dos criaturas era suficiente, pensó, al menos por el momento. Intentó que ese pensamiento no la dominara pero fue inútil. No era fácil olvidar lo ocurrido; aquél recuerdo asqueroso la perseguiría todos los días de su vida.

De manera inconsciente pero a la vez reconfortante, la imagen de Tobías

se dibujó en su mente y fue extendiendo su efecto calmante hasta bosquejar en sus labios una íntima y tímida sonrisa. Como si de un milagroso bálsamo se tratara, fue consolándola y relajándola.

Cerró los ojos, acarició su vientre y suspiró. Si la vida le tenía reservada más descendencia, suplicó que viniera de Tobías. Miró al cielo y lo deseó con todas sus fuerzas.

La voz de Archibald rompió el hechizo.

—No podemos quedarnos tan cerca —dijo—. Hemos matado a dos personas, y existe una posibilidad de que te estén buscando...

Reaccionó elevando el tono de voz y apretando con rabia el puño que tenía libre.

—¡Esos hijos de puta, no eran personas —exclamó.

—Tranquilízate —dijo él—. Apártalo de tu cabeza.

—¿Qué lo aparte? ¿Es que no viste lo que me hicieron esos hijo de...? ¿Y no oíste la orden de su jefe? Todavía me duele el... —Rompió a llorar—. No sé cómo puedo andar.

—Claro que lo vi... Y también lo oí... Y escuché tus gritos. Pero en aquél momento, ni pude ni supe cómo actuar —Atusó su melena rubia—. Oye esto —remarcó, apuntándose al pecho con el pulgar—, a mí nadie me vio matar a ese tío. Ni siquiera me conocen aquí. ¡No existo!

—¿A qué viene eso?

—A que yo nunca he estado en esa casa de mierda, y nadie me echará de menos. Pero tú, dadas las circunstancias, serás la primera a quién busquen las autoridades... Y así las cosas, más nos vale que cuele lo del incendio. Yo solo quiero que entiendas eso...

—¿Entender, qué?

Archibald resopló por la nariz.

—Que a menos que esos dos estén tan achicharrados como para confundirles con una mujer...

Victoria no prestaba atención. Sacó uno de sus pechos y acercó la cabeza de su hija al pezón.

—¿A qué distancia estamos de la siguiente población?

—No tengo ni idea —respondió Archibald—. ¿Y por qué cambias de tema?

—¿Tienes dinero?

Archibald resopló y asintió.

—Lo tengo... Pero en el campo no sirve de nada.

—Debemos separarnos.

—¿Cómo que separarnos? ¡Ni hablar!

—Déjame algo de dinero para salir del paso. Me iré y no me verás más.

Archibald palideció. No podía creer lo que oía.

—¿Y perderte otra vez? —balbuceo.

—Vamos, Archibald... Nunca he sido tuya.

—¿Y mi hija?

Ella le miró sorprendida.

—Demasiadas preguntas. Desde cuándo te preocupa a ti eso.

—Hasta hoy, no sabía que era padre. Ahora que lo sé, no te abandonaré. Te juro que siempre estaré a tu lado.

Victoria suspiró, miró al cielo y se mordió el labio a la vez que hacía un gesto caricaturesco. Entrecerró los ojos, meneó la cabeza y frunció el ceño. Aquel granuja al que tildaba como el mayor embaucador insolente y libertino cantamañanas que la fatalidad puso en su camino, estaba consiguiendo ablandar su petrificado corazón. Y con ese amasijo de humildad, sensatez y sentido paternal, hasta el momento, desconocidos en él, amenazaba con romper la coraza protectora que ella misma se había forjado tras su desaparición.

Desconcertada ante la inesperada actitud de Archibald, se sentía impotente y sin argumentos. No tenía ni idea de cómo debía tomarse aquel drástico cambio... un súbito giro hacia la madurez, que la desarbolaba dejándola sin defensas. Por otro lado, aunque a desgana, pues pensaba que no se lo merecía, trató de meterse en su piel y entenderle

Se sentía confundida. No deseaba por nada del mundo abrirle las puertas que un día atrancó.

Cerró los ojos, y la imagen de Tobías apareció una vez más, brindando otra vía de interpretación a sus ambiguos sentimientos. Los abrió y miró de nuevo a Archibald. No comprendía la razón de que sucediera aquello. Bajó otra vez los parpados y se mordisqueó el labio inferior. Estaba nerviosa como no recordaba haberlo estado nunca,

Aquella situación rara y desconcertante, para bien o para mal, con ganas o sin ellas, comenzaba a confundirla.

La voz de Archibald la sacó de su mundo interior, y sus atentas palabras la confundieron aún más.

—Permaneceremos unidos —aseguró poniéndose en cuclillas—. Salga esto como salga, nada cambiará. Pienso que no es mal momento para volver a

Escocia y empezar de nuevo. Mi familia perdonará muy gustosa todos mis desmanes; en cuanto os vean a ti y a esta pequeña joya, todo cambiará. —Se acercó a ella y acarició con ternura la cabeza del bebé—. En el castillo del clan —dijo, como si le entendiera—, crecerás y te convertirás en una mujer hermosa. Te prometo que haré lo imposible por que seas la niña más feliz de Escocia.

Victoria reaccionó con brusquedad. Quizá estaba algo confundida en cuanto a sus sentimientos, pero a lo que no estaba dispuesta era a permitir que dirigiera su vida.

—¡Ni lo sueñes! —gritó.

—¿No puedes entender que solo quiero lo mejor para las dos? ¿A qué viene tanta protesta?

—Mira Archibald, haz como si no nos hubieras visto. ¡Vete! ...! Como hiciste la otra vez! No creo que te cueste demasiado. Yo ya he aprendido a vivir sin ti... Y por si no lo sabes —añadió con orgullo— ya tengo un castillo.

—¿Querrás decir sus ruinas, no? No me gusta hablar de esto, y menos contigo, Victoria, pero ese castillo ya no te conviene. Es difícil para mí hablarte de esto, pero las aves de rapiña deben haber instalado allí su residencia... Además, dudo mucho que hayan puesto fin a su macabro festín...

—No seas cruel... ¿A qué viene ser tan explícito? Ya imagino que no debe ser muy agradable ver el estado en el que ha quedado, pero algún día volverá a ser mi hogar.

—La noticia que yo tengo, es que todos murieron. El castillo, acéptalo o no, es ahora un cementerio. Duele, lo sé... pero no hay nada vivo allí. Solo cadáveres y ruinas.

Victoria apretó dientes y labios, consiguiendo a duras penas contener las lágrimas.

—Deja de decir tonterías —pidió con voz trémula—... ¿Qué pretendes?

Archibald encogió los hombros.

—¿Tonterías? ¿No sabes lo que ocurrió, verdad? Yo sí sé cómo...

Victoria le cortó.

—Además, permite que te aclare algo de una vez por todas: esté en el estado que esté, ese castillo es mío. Y en memoria de mi padre, juro que lo restauraré... ¡Hasta la última piedra! En cuanto esto acabe, será lo primero que haga. Esta situación no puede durar eternamente.

—Yo no estaría tan seguro. El peligro es grande.

—Pero acabará. Por lo tanto, aquí me quedo.

—No me parece buena idea. Yo escaparía lejos...

—Tú puedes irte a donde quieras... Ya sabes cómo se hace —apuntilló.

Archibald la tomó por los hombros, e intentó justificarse. Lo hizo con cariño y empatía; sabía que su «huída» tuvo que ser traumática para ella.

—Aquella vez fue diferente. No sé que me ocurrió.

—Victoria meneó la cabeza dejándolo por imposible y suspiró. Desconocía que tuviera tanto desparpajo.

Él la miró a los ojos buscando en ella una complicidad que sabía perdida y necesitaba a toda costa recuperar.

Ella aguantó estoicamente y no apartó sus ojos.

—Debes saber —dijo él—, que no me fui de ti... Me fui del castillo. Fuerza mayor.

—¿Fuerza mayor? Qué fuerza ni qué...

La interrumpió tapándole la boca y acabó con broche de oro. En embaucar era un especialista.

—Pero te juro que siempre has vivido en mi mente... Mi cabeza siempre ha estado llena de ti.

Victoria frunció el ceño e intentó salir del jardín que le había sembrado en la cabeza. En aquél preciso instante la tenía llena de flores.

—¿Fuerza mayor? —exclamó—. ¿Y puedo saber a qué te refieres con «fuerza mayor»? Cada vez sorprendes más.

Desanimado, hizo un aspaviento. ¿Cómo podía ella no confiar en él? La amaba y deseaba enmendar su error. No era tan difícil entenderlo... él no tenía dudas.

—Creo que no me has entendido —aclaró—. Yo no...

Victoria le cortó sin miramientos. Interrumpir no era algo que le gustara ni tuviera por costumbre hacer, pero su estado de ánimo no estaba para lindezas y le dejó con la palabra en la boca.

—¡Tú, nada! —exclamó, en tono seco.

—Quiso replicar, pero ella se adelantó.

—De todas maneras —le dijo en tono jocoso— tengo que reconocerte una virtud.

Archibald escuchaba con la boca abierta y la sorpresa pintada en la cara.

—Me alegra que pienses algo bueno de mí.

Ella le miró escéptica y arqueó una ceja.

—Si crees que encontrarle estúpidas salidas a todo, es una virtud, pues que

así sea; tú verás... —Suspiró—. Pero mi padre decía que el que todo puede explicar...

Desanimado, resopló con rabia y serró los puños con fuerza; solo le faltó patear para dejar patente la ira que le consumía. Intentó cargarse de paciencia; no era una de sus virtudes, pero tenía que intentar convencerla de que la quería. Agitó la cabeza como poseído y puso las manos palmas arriba en señal de impotencia. No entendía que le discutiese algo tan evidente como ese amor que sentía y acabaría destrozándole si no ponía remedio... ¿Tan difícil era entender que ya no podía vivir sin ella?, se dijo.

Existen momentos complicados en los que es necesario tomar decisiones difíciles, precipitadas y arriesgadas... Y esas decisiones pueden afectar a cualquier sentimiento, por sólido y puro que sea y apartarlo a un segundo plano que en situaciones extremas y delicadas pueden cambiarle a uno. ¿Tan complicado era entender eso?, pensó. Hay oportunidades que solo se presentan una vez, y no deben dejarse escapar, aunque se pierda algo en el intento.

Respiró hondo y cogió fuerzas para justificarse.

—Lo que trato de que entiendas, Victoria, es que una vez dado el primer paso, ya no tuve opción...

—¿Opción para qué...?

—Para dar marcha atrás.

—¿Quieres decir que era más fuerte que tú?

Asintió y continuó:

—Y ya sin remedio, lo uno me llevó a lo otro, y... En fin, reconozco que estaba equivocado.

—Confundido, diría yo. No es lo mismo... Espero que ganaras algo que valiese la pena, porque lo que perdiste...

—Por un lado valió la pena, te lo aseguro. Pero por el otro, ya lo ves. Mira a dónde nos ha llevado mi egoísmo.

Victoria estalló en risas.

...—Y entre lo uno y lo otro, se te olvidó el camino al castillo —dijo sin poder contener una carcajada—. Desde luego, no tienes remedio.

—Te eché mucho de menos —se defendió—. Aunque no lo creas, tu ausencia llegó a pesarme como una losa y hubo momentos en que llegó a hacerse insoportable...

—No lo sería tanto, cuando no te volví a ver.

—Aquella oportunidad que se me ofrecía, era mucho más fuerte de lo que

yo podía imaginar; tan fuerte era, que no supe controlar la situación.

—¿Es que ahora la controlas? —se mofó Victoria.

—Era la ocasión de mi vida. No quise desperdiciarla.

—Espero que haya valido la pena. Con esas ganancias, no te habrán faltado las mujeres.

—Solo he tratado con mujeres en burdeles.

—Nada serio, claro... —Soltó otra carcajada.

—...Solo para desfogarme, créeme.

...—Me es indiferente a quiénes hayas conocido y por qué. Han pasado muchas cosas desde el día que te fuiste; demasiadas. Ya no soy la misma mojigata que abandonaste; nada es ni volverá a ser igual. Mi padre ha muerto. Todos han muerto y no consigo saber por qué... Mientras escapaba por aquel túnel sentí tu falta más que nunca. La soledad se podía tocar, pero tú no estabas...

—Deberías olvidarlo y ser la que eras entonces.

—Ni siquiera soy la misma de hace unos días. Me han ultrajado. Por poco me matan. Y por si no es suficiente... aquí me tienes, huyendo de quién ni siquiera conozco y por motivos que todavía no tengo claros. A veces pienso que nada vale la pena.

—Es mejor que no pienses más en ello. Ya no tiene solución. La vida continúa.

—La vida continúa para ti, Archibald. Yo en cambio, no sé si seré capaz de superarlo... Si al menos supiera la causa por la que murió mi padre...

Archibald no abrió la boca. El hecho de que ignorara que estaba implicado en la masacre, le daba ventaja para cambiar las cosas; Una ventaja que no tenía intención de desaprovechar.

—Todo lo que ocurre es por alguna razón —dijo.

—Si tú lo dices...

. Piénsalo un momento. Si me hubiese quedado contigo, yo también estaría muerto. ¿No pretenderás echarme en cara haber tenido la osadía de salvar mi vida? Te lo digo porque por esa razón pude después salvar la tuya y la de nuestra hija.

Victoria permaneció pensativa. En el fondo estaba en lo cierto, nadie excepto ella consiguió escapar. Si hubiera seguido a su lado, con toda probabilidad estaría muerto.

—Qué extraña es la vida. —Lo dijo casi susurrando—. Todo sucede sin previo aviso, y además se nos impone la obligación de adivinar por qué.

Algunas veces pienso que no podré resistir, pero pienso en mis hijos, y...

—¿En tus hijos? —la interrumpió—. ¿Cómo que en tus hijos? No te entiendo.

—¿Qué no entiendes?

—¿Tienes más hijos? ¿Existían cuando nos conocimos?

Victoria permaneció en silencio. La duda se apoderó de ella en ese momento crucial y no estaba segura de hablar lo correcto, dijera lo que dijera. Si confesaba que tenía otro, no sabía cómo se lo tomaría, y si no lo decía, se sentía traicionera de los principios que desde su tierna infancia le inculcó su padre sobre el valor de la vida y la familia. Sin embargo habían sucedido tantos imprevistos, que la duda se había hecho dueña de sus sentimientos... La vida había apretado hasta dolerle, y algunos recuerdos le pinchaban el cerebro como esparpales. Desde el fatídico día en que dejó el castillo, acontecimientos inesperados provocaron un giro completo en su mente y enturbiaron la mayor parte de sus paradigmas. La confianza era algo que había que ganarse día a día con actitud, no palabras; eso lo había aprendido a fuerza de sufrimiento y no tenía la menor duda al respecto. Archibald ya no lo tenía todo a su favor; no le permitiría entrar de nuevo en su vida ni en su mente... no sin ganárselo.

Se sorprendió a sí misma respondiendo:

—Es una forma de hablar. Todo el mundo la dice.

Archibald hizo un gesto de sorpresa.

—No en nuestro país —aclaró—. ... Es la primera vez que oigo decir algo así en plural. Solo veo un bebé, y sin embargo has dicho... ¿Eras madre antes de conocerme?

Victoria negó con la cabeza.

—Eso no es una respuesta —se quejó—. Podrías...

—Es una forma de hablar —le cortó ella—. Se dice así cuando probablemente se quieren tener más. Costumbre de aquí.

Archibald soltó una risita sarcástica. Seguía teniendo la sensación de que le estaba ocultando algo.

—Qué formas de expresión tan raras tienen en este país —dijo—. Nuestra lengua es mucho más directa. Con menos rodeos. La lengua latina es...

Ella volvió a cortarle elevando el tono, le molestaban las críticas sin fundamento.

—Mi padre era escocés, pero se sentía muy de aquí... pensaba como piensan por aquí y también escribía como se escribe aquí. Y además yo soy

de aquí, pues aquí nació. Y aunque mi padre me aconsejó no airearlo, me enseñó a escribir y hablar en esta lengua.

—¿Te aconsejó no divulgarlo?

—Las mujeres no tenemos tantos privilegios como los hombres. Hay derechos que solo tenéis vosotros.

—Archibald asintió.

—Puede que tengas razón. Confieso que nunca me lo había planteado. Son cosas tan corrientes que acaban por parecer algo normal. Conmigo no...

Ella le cortó de nuevo.

—Pero dejando a un lado esas injustas costumbres, así como otras que ahora no vienen al caso, aprovecho para comunicarte algo: yo no echo de menos Escocia.

Archibald torció el gesto.

—¿No sientes amor por la tierra de tus antepasados?

Victoria se cargó de paciencia y resopló.

—Una cosa —dijo— es sentir amor por algo, y otra distinta echarlo de menos. ¿Cómo voy a sentir nostalgia de una tierra que ni siquiera conozco?

—Movié el brazo en forma de abanico abarcando el paisaje que les rodeaba y concluyó con voz firme—: ¡Esta es mi tierra!

—No digas tonterías...

—¡Es la única que conozco! —exclamó—. Aquí yacen mis abuelos y mis padres... Esos son los únicos antepasados que me constan y me importan.

Archibald tenía muchas sombras; demasiadas incluso, pero entre sus defectos no se encontraba la ignorancia; se había cultivado antes de cruzar el mar. Como no muchos pudo disfrutar de una niñez acomodada. La riqueza de su estirpe le arropó y gratificó con cuanto pudo desear, mientras se atuvo a la tradición y estrictas normas de su clan; preceptos estatutarios nunca escritos que prevalecían desde el tiempo de sus ancestros. Y precisamente ahí, en esas estúpidas normas que siempre detestó, radicó su fatal problema. Él se sentía un espíritu libre y vivía como tal. Siempre amó la vida disoluta. Cuánto más indómita y libidinosa mejor. Pero ese libertinaje iba acompañado de un alto coste, un precio cuyas consecuencias; él sabía que las tenía, siempre aceptó pagar, violando así los absurdos preceptos impuestos por su clan desde tiempos perdidos en la historia.

Claro que para llevar esa vida tuvo que prescindir de cuanto pudiera constituir un obstáculo para su consecución ya fueran personas o cosas, además de necesitar de astucia, determinación y de una inteligencia

maquiavélica que le ayudó a ganarse sin esfuerzo la confianza de la hermosa y cándida Victoria, y más adelante, también la de su padre; un sombrío intelecto que, si bien le ayudó a vivir durante algún tiempo como él siempre deseó, no le libró en cambio de caer atrapado en la red invisible de lo que menos esperaba: el amor.

Atusó su melena rubia y se dejó caer sobre la mullida hierba. Estaba desconcertado. Durante un fugaz instante sintió como si el cielo se desplomara sobre él. Como si su vida hubiese sido hasta aquél momento una equivocación y necesitase comenzar de nuevo.

Al reencontrar a Victoria y conocer a su hija, algo que había estado dormido en las profundidades de su mente, se reavivó de forma inesperada haciéndole notar que no había sabido vivir de la manera más acertada; que la vida era otra cosa y que se la había estado perdiendo.

Si ella decidiera regresar con él, todo sería diferente. Era como si la vida le brindara otra oportunidad.

Pensó en la actitud que adoptaría su familia frente a su nueva situación. Al conocerlas, limarían asperezas con él y perdonarían sus antiguos desmanes. Él tendría que ceder un poco en su orgullo, seguro, pero todo iría como la seda. Estaba tan convencido como ilusionado. No es que su clan fuera un dechado de justicia, si de algo estaba convencido era de que nunca lo sería, pero las vicisitudes de la vida le habían ayudado de algún modo a dejar atrás ese ingenuo idealismo que estigmatizó su adolescencia. En un principio, aunque pareciese un contrasentido, fue su elevado sentido de justicia y honestidad el que marcó su alocada juventud; esa inocente percepción de la moral con la que todo el mundo nace fue la chispa que provocó el enfrentamiento con los suyos. Su rebelde actitud ante preceptos que consideraba casi inhumanos, y su negativa a acatar lo que entonces consideraba abuso de autoridad, combinado con su irrefrenable ansia de vida ociosa, fue lo que encendió su expulsión. Eso, y cómo no, la guinda que desbordó la copa: su tenaz negativa a formar familia con Aila, la doncella designada por los suyos para ser su esposa y la que proporcionaría herederos garantes de paz entre dos clanes, perpetuando a la vez su poder.

Victoria y la pequeña no eran toda la solución, pero sí formaban parte de ella, poniendo fin a los obstáculos que pudieran surgir. Todo se solucionaría. Su familia estaba de suerte y ya tenía descendencia para perpetuar el clan; los de la otra familia aceptarían la situación; una situación sorpresa que no admitía vuelta atrás.

Sonrió pensando en la sorpresa. Ya tenían heredera. Y más que vendrían con el tiempo, que no tuvieran dudas.

Ya tenían lo que querían; lejos de su hogar, la vida fue con él inexorable, y las pruebas a las que se vio sometido por el azar le encadenaron de manera fatídica a la vileza, endureciéndole el alma hasta convertirle en lo que era.

Ya no sentía como antaño empatía por sus semejantes. Estaba preparado para ser uno más de la familia.

Despertó de su ensoñación y se dirigió a Victoria con determinación:

—Entiendo que ames tanto esta tierra —dijo en tono indulgente—. Es un país único.

—¿Ah, sí...? ¿Y a qué viene ahora ese cambio?

Archibald alzó los hombros y suspiró.

Después de todo —admitió—, aquí has nacido. Eso es algo que ata fuerte, lo comprendo.

Victoria arqueó una ceja. No conocía bien al hombre que tenía enfrente, pero intuía que tramaba algo.

—Celebro que te hayas dado cuenta —dijo.

—Me ocurre algo muy parecido, créetelo —repuso él intentando ser amable—. Pero por desgracia, no tengo elección... Y tú tampoco —la apuntó con el dedo—. Por tu bien y el de nuestra hija, deberías acompañarme.

Victoria le miró indecisa; empezaba a poner en duda cuanto decía, no obstante comprobó muy a su pesar, que lo que sentía cuando estaba a su lado era más fuerte de lo que creía. Al parecer, su amor por él estaba dormido, no muerto, y en contra de lo pensó, seguía siendo sólido.

Rememoró el día en que le conoció y una imperceptible sonrisa llenó su semblante, pero ya había tomado la decisión de no irse de España y no la abandonaría ni por él ni por nadie. Qué extraño le parecía lo que ocurría; ni esforzándose entendía a qué se debía la súbita insistencia en que le acompañara. Y menos aún, el vehemente deseo de estar con él e incluso ceder a sus deseos, que sentía.

Las dudas comenzaron a invadirla. Si tanto las quería, podía quedarse junto a ellas, sin necesidad de cambiar de país. Ese pensamiento la perturbó e hizo sentir sucia. Era tan despiadado como irracional, pensó desconcertada.

Recordó a Tobías y sus ojos se humedecieron.

—No me moveré de España... —Lo dijo mientras la imagen de Teth se perfilaba en su mente.

—No digas tonterías.

—Y ahora menos que nunca —añadió con determinación—. Yo de aquí no me voy...

Archibald estaba desconcertado.

—Te lo suplico —dijo—. ¡Es peligroso que sigas aquí! Deberías acompañarme.

Ella frunció el ceño.

—¿Por qué insistes? No te entiendo. ¿Acaso sabes algo que yo ignoro? No hablarías de peligro, si...

Él se apresuró a restarle importancia.

—¡Nada! ¡No sé nada que tú no sepas! —la interrumpió—. Pero no es necesario ser adivino para saber lo que harán con nosotros si nos encuentran. También yo me he puesto en peligro al ayudarte.

Victoria frunció el ceño.

—Hace un momento decías que nadie te conoce en el pueblo... ¿A qué viene eso ahora?

Resopló. No esperaba que ella lo recordara.

—Está bien —se disculpó—. Lo dije para que...

Ella le miró expectante y le cortó.

—¡No te entiendo! —exclamó—. Explícame por qué tienes tanto miedo? ...Si de verdad piensas que a ti no te buscan, no debes temer. No tienen por qué hacerte daño.

Archibald explotó.

—¡Sí que lo harán! Y será más pronto que tarde, si no espabilamos. Ya no sé como explicártelo.

—No entiendo tanto interés. Sigo pensando que me ocultas algo.

Quería evitar que ella supiese que el motivo de que la buscasen era culpa suya. Tampoco le hacía gracia que se enterara de que el hombre que le dio la vida a la criatura que amamantaba, era el auténtico causante de la muerte de su padre; involuntario pero culpable. Y tampoco, para no atormentarla, que fuese consciente del enorme poder de su enemigo ni del peligro que representaba. No quería que supiera que se trataba de un adversario muy fuerte, y que encontrarla no le supondría demasiada dificultad.

Él recibió una respetable suma a cambio de información, y se desentendió por completo del asunto, desapareciendo en su burbuja ética. Borrachera día sí y el otro también, le habían tenido alejado de los últimos sucesos hasta el día en que el Obispo le mandó llamar, sugiriéndole muy encarecidamente, demasiado quizá, que por su bien, debía abandonar el país ¡Qué cosas tiene la

vida! se dijo; gracias a esa «sugerencia», como si de una jugada del destino se tratara, dio de nuevo con Victoria y conoció a su hija. Una jugada maestra, pensó.

Cerró los ojos y rememoró. ¿En qué estaría pensando él cuando traicionó a Dragan? La reliquia a la que dedicó la mayor parte de sus días no se encontraba en su poder en el momento de su muerte. En realidad, de eso estaba seguro, jamás llegó a poseerla, pues como él decía, tan solo descubrió el supuesto lugar dónde podría encontrarse. Solía decir el pobre iluso, muy seguro de su hallazgo, que se hallaba escondida en una tierra magistralmente descrita en un poema, y se jactaba de poseer documentos manuscritos apócrifos que así lo atestiguaban; documentos que más tarde haría desaparecer para así garantizar su seguridad y la de su hija, pues no se cansaba de repetir, y el caso es que no iba errado, que muchos buscadores sin escrúpulos estarían al acecho y dispuestos a lo que fuera, con tal de conocer el paradero de la alhaja; según él una enigmática y antigua reliquia capaz de otorgar el poder absoluto y sin condiciones a quién tuviese la fortuna de poseerla.

Esa brevísima información que a todas luces parecía una historia para niños; al menos a él se lo parecía, fue la que trasladó al Obispo en cuanto tuvo conocimiento del gran interés que mostraba acerca de las investigaciones de Dragan. Y aunque no se consideraba estúpido, jamás comprendió el porqué de tan sustanciosa gratificación, solo sellada con la condición de mantener silencio sobre lo que, y de eso estaba convencido, era una cabaleresca y fantasiosa fábula con todas las letras, que ni en sueños se le ocurriría pregonar por ahí, aunque solo fuera para que no le tildaran de chalado. En definitiva un trabajo de niños sospechosamente bien pagado, aunque también le comprometiera, «solo en caso de necesidad», prometió el Obispo, a regresar a la fortaleza a buscar los documentos que acreditaban el maldito enclave donde se encontraba el dichoso tesoro. Porque si existía algo en este mundo que mereciera ese calificativo, solía decir Dragan, era «El Bastón De Mando».

En un principio dudó si ponerlo en conocimiento del Obispo, pero los comentarios que escuchaba sobre él en los mentideros de la villa añadidos a su conocida fama de excelente pagador le animaron a probar fortuna. Los que conocían al Obispo coincidían en una cosa: su desmesurada ambición. Eso le llevó a pensar que estaría interesado en el objeto de culto que desde tiempos perdidos en la memoria de la historia, tantas pasiones había desatado y

leyendas inspirado.

Desde el mismo momento en que a Percival, destacado caballero de la mesa redonda, se le ocurrió la fantástica idea de partir en busca del «Grial», transformando más adelante sus hazañas en una inagotable fuente de poemas y romances legendarios, ninguna otra leyenda impactó con tanta fuerza en la mente colectiva como «El Bastón De Mando».

Según el propio Dragan, uno de los múltiples manuscritos que tenía en su poder, insinuaba que «El Bastón», también conocido como «La piedra que habla» podría ser el cayado de Moisés; la vara con la que hizo brotar agua de una roca en el desierto, y que desapareció con él a las puertas de la tierra prometida, inspirando especulaciones sin fin sobre su paradero.

¿Estaría loco Dragan? Pensó que un poco, quizá. Él no daba crédito a aquellas absurdas mamarrachadas, pero sí reconocía que aquel hombre debió estar impregnado de una locura singular, pues cuanto propugnaba acerca de la citada reliquia tenía sentido; un sentido lleno de lógica y de irracionalidad a la vez, que solo los genios razonan.

Cuantas más vueltas le daba, más convencido estaba...

Solo a las mentes privilegiadas; y estaba convencido de que la de Dragan entraba en ese grupo, les era concedida la capacidad de transmutar lo aparentemente inconcebible en fácil y evidente. Y lo hacían con razonamientos que, las más de las veces si no todas, rayaban lo infantil.

De forma indeliberada, algunos fragmentos de pasado empezaron a amontonarse en su cabeza. A lo largo de su rebelde adolescencia, tuvo ocasión de leer muchos libros y adquirir profundos conocimientos acerca de los sabios de la antigüedad. Y aunque entonces no les concedió la importancia que por ley se merecían y permitió que se adormilaran en su inconsciente, ahora parecían fluir de la nada para esclarecerle algunas dudas enquistadas en su cerebro. Recordó la sabiduría que parecía emanar de los viejos maestros. Aunque lo tuviese amodorrado en algún rincón de su cabeza, siempre intuyó que solo una mente excepcional como la de ellos domina el arte de explicar lo que en apariencia es inexplicable, trocándolo de forma mágica en algo poco menos que vulgar. Si Dragan fue un loco o no, pensó, era ya algo intrascendente. No obstante y a tenor de lo acontecido días antes, había algo que no dejaba lugar a la duda: el Obispo no le tenía como tal.

La voz de Victoria le sacó de sus pensamientos.

—Está refrescando —se quejó—. La niña tiene frío.

—¿Cómo dices?

—Que tenemos frío. —Abrazó con fuerza a la niña—. ¿No ves cómo tiritita...? Está anocheciendo y seguimos en medio de ninguna parte... Deberías hacer un fuego.

Archibald se llevó las manos a la cabeza, miró al cielo de forma teatral, y también de manera instintiva se atusó la melena. Después miró a Victoria y exhaló un suspiro, como si no diera crédito a lo que estaba oyendo.

—¿Cómo que un buen fuego? ¿Sabes lo que dices?

—¡Nos vamos a congelar!... —exclamó ella perdiendo los nervios—. Y eso que todavía no ha empezado a helar.

Archibald también explotó.

—No puedo creer que pienses en encender un fuego... supondría un riesgo enorme. A esos dos, o lo que quede de ellos, deben haberlos encontrado ya.

—¿Y qué, si los han encontrado?

—Que no es que quiera ser pesimista, pero sumar dos más dos, algo que sin duda deben haber hecho ya, da tu nombre como resultado. Deben estar buscándote como si estuvieran poseídos por el espíritu de las llamas... ¡Piensa en las consecuencias, mujer! Conociendo a la gente de la región y su manifiesta inclinación por las ejecuciones, lo mismo hacemos una fogata y nos tuestan en ella.

Victoria replicó, elevando el tono:

—¡Mi hija necesita calor! ¿Entiendes eso? Y para serte franca, creo que no conoces a la gente... ni la de aquí, ni la de ningún lugar. No sé a qué viene lo de sus inclinaciones...

—¿Insinúas que no les gustan la ejecuciones?

—Insinúo que las pasiones de la plebe son las mismas en todas partes.

—¿Qué sabrás tú de eso?

—Mi padre me enseñó muchas cosas...

—Pues debería haberte enseñado algo más acerca del fuego; que su humo puede verse desde lejos, por ejemplo.

—No creo que nos busquen tan lejos. Hemos caminado durante parte de la pasada noche y toda esta jornada sin parar. ¿Acaso piensas que esa gente estará dispuesta a darse esta misma caminata, por algo que al fin y al cabo no tienen claro? Porque si lo analizamos como debe ser, no por tener alquilada una casa, significa que puedan ir por ahí acusándome de todo lo que suceda en ella. Y que sepamos, nadie nos vio...

Archibald soltó una risotada nerviosa.

—Muy segura te veo...

—La prueba, la tienes en que nadie acudió cuando me ultrajaban. Nadie vino en mi auxilio...

—Archibald forzó una risotada.

—¡Eso sí que es optimismo candoroso! —dijo dando palmadas—. Pero yo en cambio...

Victoria le apuntó con el dedo y elevó el tono.

...—Y que te quede claro de una vez: nadie excepto el propietario de la casa, sabe que existo. ¿Van a perseguir a alguien que no saben que existe?

Archibald resopló hasta que se le hincharon las venas y los mofletes.

—¡De acuerdo!—Asintió de mala gana—. Será como tú desees. Tendrás tu maldita hoguera.

—Gracias a Dios...

—Pero que quede claro que no lo apruebo. Un fuego en la noche puede verse a distancia... —Cruzó los dedos de las dos manos y suspiró—. Esperemos no terminar la noche achicharrados en él.

Victoria hizo un gesto de hastío.

—¿Preferirías morir de frío —le recriminó— por una simple suposición? Te lo repito una vez más, Archibald, nos encontramos bastante alejados del pueblo. El peligro ya pasó. Ahora nos acecha uno diferente... Quizá peor.

Archibald ya no escuchaba. En cuclillas, se esmeraba ya en buscar ramas entre la densa hojarasca que cubría el suelo y las entrecruzaba unas sobre otras dentro de un cerco de pedruscos que hacía de cortafuegos.

Pero los lamentos de Victoria acabaron por encontrar sus despistadas orejas, y si de algo quedó convencido, era de que sus quejas todavía no habían tocado fondo.

—Te recuerdo que tampoco tenemos qué llevarnos a la boca. —Lo dijo a modo de puntilla—. Cuando termines con la hoguera podrías ir a cazar algo por ahí. De lo contrario no sé de dónde sacaremos fuerzas. Yo no estoy acostumbrada a estas hambrunas. Estoy desfallecida.

Archibald se giró cómo impulsado por un resorte.

—¿No me lo estarás pidiendo en serio, verdad?

Victoria abrió mucho los ojos.

—¿Y qué te hace pensar que no hablo en serio?—Lo dijo sin disimular su sorpresa—. ¿Quieres que muramos de hambre? Como sigas con esas manías persecutorias... acabaré pensando que el lugar más seguro para nosotras era Orbaitzeta.

—No digas tonterías.

—¡Tengo hambre! —insistió ella.

Él se encogió de hombros.

—Pues sigue teniéndola hasta que amanezca. Nada en el mundo hará que salga a cazar con esta oscuridad.

Ella intentó persuadirle:

—Pero es que no ves que...

Archibald no la dejó terminar.

—No insistas... ¡Esta noche no! —ratificó con firmeza; estaba convencido de que era la decisión acertada. Con la luz del día, sería otra cosa —pensó—. Esperaría.

Para dar valor a su negativa, desperdigó la mirada por los sombríos alrededores, y tras examinar meticulosamente el contorno, remató con un toque de ironía:

—¡No sé cómo se te ocurre pedirme eso! —exclamó.

—Pues ve haciéndote a la idea —insistió ella.

Hizo un aspavento a modo de desesperación.

—Ni siquiera hay un triste rayo de luna...

—¿Y para qué quieres la luna?

—¡Para ver dónde pongo los pies, joder...!

Victoria no se dio por vencida.

—Llevamos dos días sin comer. Necesito alimentarme para poder alimentar a mi hija. Es posible que mañana sea demasiado tarde. Estamos débiles y cansadas.

Puso cara de bobo y la corrigió con reticencia:

—Querrás decir, nuestra hija. No olvides que también es mía.

A Victoria le entró la risa nerviosa.

—Pues no parece que te moleste demasiado el hecho de que pase hambre —objetó con sarcasmo—. Tengo las tetas vacías. Si quieres, nos quedamos aquí a morir...

Archibald se sintió tocado. Su determinación de no ir a cazar, y desprenderse de paso de la severa opresión que Victoria ejercía de forma despiadada sobre él, haciéndole parecer un pelele falto de temperamento, empezaba ya a caerse antes de levantarse, como el tejado de una casa en ruinas. Apretó dientes y puños para poder soportar lo que desde donde le alcanzaba la memoria, era considerado para un hombre, como algo denigrante: el retractarse de sus palabras y ceder ante una mujer; especialmente la suya. Porque si de algo estaba convencido de pleno, era de

que Victoria le pertenecía por ley; la consideraba suya y solo suya.

Siempre había oído el rumor de que daba mala suerte dejarse avasallar, pero las circunstancias mandaban y ya no le quedaba más remedio que ceder a sus deseos.

—Está bien —refunfuñó—. Daré una vuelta y veré si cae algo. Pero no te prometo nada...

—¡Tengo hambre! —exclamó ella—. ¿Algo habrá, no?

—Como último recurso podríamos comer bayas; las hay en abundancia. —La miró—. Piensa mientras sobre lo de Escocia. Esta situación en la que nos encontramos, no debería alargarse... ¿Lo pensarás?

—Ya conoces la respuesta, Archibald.

Resopló como un caballo.

—¿Estás segura? ¡Míranos, mujer! No solo no tenemos dónde ir, sino que además nos empeñamos en permanecer a la intemperie, en condiciones absurdas e innecesarias. —Sacó su bolsa y la sopesó.

Victoria frunció el ceño.

—Por lo que puedo ver, no te ha ido mal. Cuando nos conocimos, no tenías ni para tenerte en pie.

Archibald lanzó la bolsa hacia ella.

Ella no intentó atraparla y cayó junto a sus pies.

Archibald estaba desmoralizado. Señaló la bolsa.

—Eso que tienes a los pies, querida, aquí, no vale una mierda. Estamos en el puto campo. Aquí solo hay frío y desolación.

Victoria enfiló la conversación por otro lado.

—¿De dónde has sacado tú tanto dinero?

—¿Es eso importante?

—Dijiste que tu familia no colaboraba, que era esa la causa de tus continuos viajes como mensajero. Imagino que mi padre debió pagarte por tus servicios, pero eso es demasiado.

—¿Demasiado? ¿Por qué piensas que es demasiado?

—Él solía decir que el dinero rápido dice mucho de su propietario, y que pocas veces dice bien.

—¡Habladurías —protestó él.

Ella agitó la cabeza en señal de negación.

—Pues yo pienso igual... —dijo, convencida.

—Tu padre era un hombre muy rico. ¿De dónde sacó el dinero y cómo? El castillo debió costarle una fortuna.

Victoria no tenía argumentos. En realidad desconocía el modo en que su padre se ganaba el pan; antes de ganar la fortuna que le permitió comprar el castillo, sabía que fue experto en antigüedades, que buscaba y vendía. Pero no iba más allá.

—No lo sé —dijo, desmotivada—. Pero...

—Pero nada... No tienes que justificar a tu padre. Mi familia también es rica y no me importa cómo consiguió serlo.

—¿Muy, muy...?

Archibald asintió.

—Heredó tierras y casas que suele arrendar a quienes no pueden pagarlas, aprovechándose de su pobreza para quedarse con parte de sus cosechas y ganado. Eso es en compensación por la deuda; una deuda que no solo jamás desaparece sino que se acrecienta en idéntica proporción a sus miserias. Ya ves... Les tienen cogidos del pescuezo durante toda su vida, apretándoles sin piedad; tanto, que no les dejan ni tragar. Así se puede vivir muy bien, te lo garantizo. Y aunque no tengo por qué sentirme orgulloso de ello, ni puedo ni debo ni quiero cambiarlo.

—¿Ah, no?

—Hubo un tiempo en que sí. Pero ya no... Las cosas son así, el pez grande se come al pequeño, y no hay leyes para evitar que eso ocurra. La vida es injusta y hay que aceptarla como es. —La miró inquisitivo—. ¿Acaso tú lo harías? ¿Intentarías cambiar eso?

—No sé qué decir. De todas formas, has contestado a mi pregunta.

—¿Ah, sí...?

Ella asintió.

—Dices que no te sientes orgulloso de lo que hace tu familia, pero sigues sus pasos.

—¿Que sigo sus pasos?

—No me negarás que ese dinero...

Archibald tuvo que buscar una explicación rápida.

—Tuve suerte —mintió—. Hice algunos trabajos que fueron rentables. De todas formas, me guste o no, quién soy yo para cambiar las tradiciones de mi clan.

Victoria pasó por alto el comentario sobre su familia y le miró expectante.

—¿Qué trabajos, Archibald?

Archibald dejó escapar un largo suspiro.

—¿Podemos cambiar de tema? —propuso él—. No es que me moleste

hablar de eso, pero...

—¿Pero...? —le animó.

—Me siento incómodo. No me gusta.

—Pues a mí sí, Archibald. A mí me gusta saber con quién estoy, qué piensa y a qué se dedica... —Hizo una pausa para atetar a la niña y continuó —: Con semejante cantidad, deberías seguir tu camino en solitario.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Quieres que te deje...?

—No tienes obligación de arriesgarte por nosotras...

—Yo decido mis obligaciones. Y esta es...

—Vuelve a Escocia —le cortó—. A ti no te buscan.

—Sabes que no saldré del país sin ti. No debes ser tan terca. Es por vuestro bien.

—Debo confesarte algo. —Le miró, retadora—. Estoy enamorada. ¡Hasta lo más hondo de mí misma! ¡Mucho más de lo que lo estuve de ti! En realidad lo nuestro no deja de ser una atracción fugaz que no maduró. Ahora es diferente...

—¿Enamorada?

—¡Sí, enamorada...

—¿Y por qué te tiembla la voz? No te creo.

En efecto estaba enamorada de Tobías, o eso creyó, al menos hasta que Archibald apareció. Desde que le volvió a ver, sus sentimientos hacia él iban creciendo a medida que crecía el tiempo que pasaban juntos. Estaba confusa. Pensó que ese afecto podía deberse a que era el padre de sus hijos, o a la soledad que la envolvía, pero...

Archibald arrugó el entrecejo.

—¿De quién? —preguntó—. ¿De ese labriego que se han llevado? A estas horas estará muerto.

Victoria sintió un escalofrío.

—¡No digas eso ni en broma! —gritó.

—Los que le prendieron no eran mejores que los que abusaron de ti. Su propósito era matarte, ¿recuerdas?

Victoria notó una lágrima deslizándose por su mejilla. Pensar que Tobías podía no estar vivo, se le hacía difícil soportar.

Archibald intentó retirarle la lágrima, pero se apartó.

—¡No! —exclamó en voz alta—. Algo me dice que no está muerto. ¡No puede haber muerto!

Ahora fue él quien sintió el escalofrío. El tono de voz de Victoria era

contundente. Parecía enamorada. No era una buena señal, de cara a sus planes, consideró. No iba a permitir que ella se le escapase. No iba a consentirle algo así; en sus planes no entraba el dejarla ir... y menos aún con otro. Bajo ningún concepto se lo permitiría. Ella y la pequeña eran sus llaves... las llaves maestras que abrirían de nuevo para él las puertas de Escocia y de su hogar.

XX

LA BÚSQUEDA

Uno de los mercenarios entró corriendo en la taberna, tropezó con un par de lugareños que se disponían a salir en aquel momento y, nervioso, se plantó ante Visnú.

—Malas noticias, jefe. Los...

—¿A qué viene este revuelo, Alfonso? —le interrumpió—. ¿No puedes entrar como todo el mundo?

—Venimos de la casa, jefe.

Visnú emitió un gruñido.

—¿Y dónde están los que se encargaron de la puta?

El hombre carraspeó y tragó saliva.

—Allí, jefe...

Visnú resopló como un caballo y aporreó la mesa.

—Hay que ser más rápidos. ¿Queda claro?

—Pero, jefe —insistió Alfonso—, estos...

Visnú le volvió a dejar con la palabra en la boca.

—Hay que encargarse del trabajo con prioridad sobre lo personal. Acabaré por prohibir esos jueguecitos... ¿No aprenderéis nunca.

Alfonso intervino de nuevo:

—No, jefe, son ellos los que nunca aprenderán. Puede estar seguro —aseveró con voz trémula.

—¿Qué quieres decir, Alfonso? Déjate de rodeos.

Alfonso volvió a carraspear, esta vez en seco.

—Se han encargado de ellos.

—¿A qué te refieres? —clamó Visnú elevando el tono y visiblemente nervioso. Ya imaginaba la respuesta, pero quería oírla—. ¡Expícate,

Alfonso!

—Andrés y yo —dijo— ya estábamos preocupados... Tardaban y decidimos acercarnos a echar una mano.

Todos rieron a coro.

Alfonso rió también su propia gracia y continuó:

—Llegamos a la casa y, en fin, ya sabe...

Arturo le interrumpió:

—¿A quién queríais echarle una mano? ¿A ellos... o a ella?

—Bueno, también pensamos en eso, jefe. Pero...

Visnú se levantó resoplando como un toro.

—Estoy cansado de tantos «peros». Hace semanas que solo escucho «peros» y voy largando «peros».

—Lo entiendo, jefe, pero...

—¿Dónde están esos desgraciados? —le cortó.

—Les han dado candela —dijo Andrés.

—¿Cómo que candela?

—Les hemos encontrado asados, jefe. Casa incluida.

Visnú frunció el ceño y forzó una mueca.

—¿Y cómo sabéis que eran ellos?

—Por sus espadas. Era lo único que no acabó fundido del todo entre tanta brasa.

—Eso es que eran buenas —dijo otro en tono guasón.

Visnú esperó a que cesasen las risas para continuar.

—¿Las habréis cogido, no? —dijo.

Alfonso y Andrés se miraron desconcertados.

—Pues no. —dijo el segundo—. Olía fatal y salimos pitando hacia aquí.

Visnú miró al techo, puso los ojos en blanco y suspiró. Nervioso, se frotó la nariz y se lamentó casi con lágrimas.

—¡Estamos perdidos! —dijo, dándole otro puñetazo a la mesa. Esta vez lo hizo con furia y todos se amedrentaron; hasta el tabernero—. Como no encontremos pronto a ese desgraciado, estamos acabados. Un simple trabajillo de mierda indigno incluso para un aprendiz, se convierte para nosotros en el motivo de nuestras vidas. —Miró a Arturo con cara de idiota y soltó las palabras como si le dolieran—: O ese tío es muy bueno, o bien tiene mucha suerte.

—Debe ser suerte, jefe.

Visnú dudó. No estaba nada convencido.

—Debe serlo —dijo—, porque hasta donde yo sé, ese desgraciado ni siquiera sabe que le buscamos.

Arturo levantó la mano, pidiendo la palabra. Lo tenía por costumbre cuando Visnú estaba intratable.

—Habla. —Le invitó con voz seca—. A ver si por fin escucho algo que tenga pies y cabeza; algo que me quite las ganas de mataros a todos.

Arturo enarcó una ceja y se decidió.

—¿Eso es seguro, jefe? Quizá sí que lo sabe, y nos está dando esquinazo.

—Será suerte... —dijo otro del grupo—. Debe ser un mocoso con la fortuna de cara; alguien con la suerte de los novatos. Seguro que cuando nos tenga enfrente, no sabe ni quiénes somos. Ese tío se nos caga encima, se lo digo yo. Es como si lo estuviera viendo.

—O a lo peor es habilidad —dijo Visnú frotándose las sienes—. Si es suerte, vaya. Pero como sea habilidad...

Dio unas cuantas vueltas alrededor de sus hombres y, inquisitivo, se detuvo frente a Arturo.

—¿Qué ocurre? —preguntó este—, No deja de ser un muchacho sin experiencia. No hay motivo para preocuparse tanto, jefe. Verá como damos con él...

Apretó los parpados, se mordió el labio inferior, y tras meditar unos segundos se dirigió a todo grupo.

—Nuestra reputación quedará en entredicho... no va a quedar nada de ella. Si no somos capaces de solventar esto, no nos van a contratar ni para asustar niños. Ese tío, sabiéndolo o no, está jugando con nuestro porvenir.

La puerta de la taberna chirrió de nuevo, y la silueta de un individuo de edad indefinida, aspecto avinagrado y vestido de negro de pies a cabeza, se dibujó en el umbral. Todo en él era largo: sus dientes, su barba, sus botas... Su espada también era algo más larga de lo habitual y lucía reluciente colgada de su cintura. Se rascó una descomunal nariz aguileña que escondía parte de su bigote y echó un vistazo desde la puerta.

Cuando comprobó que todo estaba en su sitio, entró sin prisa y avanzó hasta el mostrador mirando a todos de uno en uno. Se detuvo frente a Visnú y le observó desde lo alto; le sacaba la cabeza con sombrero y todo. Se quitó el suyo y se presentó:

—Armando Guerra. Alguacil de Orbaitzeta.

Oteó inquisitivo al conjunto de bandoleros y apuntó a todos con el dedo, moviéndolo en abanico.

—Al primero que se ría, me lo... —amenazó dejando en suspense.

Nadie objetó. Sin andarse con rodeos, espetó:

—¿Formaban parte de esta comitiva, los achicharrados de la casona?

Visnú le miró de abajo a arriba calibrando su altura.

—Sí —admitió—. Un lamentable accidente... ¿Cómo sabe que son dos?

—¿Accidente, dice? ¿Cómo que accidente? A esos les han calcinado vivos a propósito. Eso no es un accidente, es un calamitoso asesinato...

—Un lamentable accidente —repitió Visnú mostrándole un documento con el sello del Obispo. Le molestaba recurrir siempre al dichoso papelito, pero su efectividad estaba fuera de duda; tapaba más bocas que el miedo.

Fingiendo interés para ocultar que no sabía leer, echó una mirada al manuscrito, arrugó el ceño y permaneció en silencio para hacer más interesante su intervención. Su entrecejo arrugado no era fingido; no sabía leer, pero conocía el sello del obispo.

Visnú le arrebató el documento y lo hizo desaparecer como por arte de magia.

—¿Alguna objeción? —ironizó.

Armando negó con la cabeza, pero no dijo nada.

—Podremos contar con su ayuda, digo yo...

El alguacil tiró de oficio. Una cosa era doblegarse ante un hombre que exhibía un documento semejante a una cuerda que le ataba pies y manos, y otra, permitir que se notara. Siempre aceptó que si uno tenía que agacharse, se agachaba y santas pascuas, pero sin tener necesariamente que arrastrarse. Como sobreviviente de la miseria, sabía bien dónde podía poner los pies y con quién podía o no jugar. Como pintaban bastos, decidió salvar su dignidad, dejando claro cuál era su función.

—¿Buscamos a alguien en especial? Si quieren que les ayude, deberán ponerme al corriente.

—¿Al corriente de qué?

—Edad, altura, peso y todos los detalles que puedan... Aunque no prometo nada, haré cuanto esté en mi mano.

—Se agradece.

—Es mi trabajo... No dejaré que se me llene el pueblo de gentuza. Agradezco de antemano su colaboración.

Visnú pensó que Armando llegaría lejos; tenía temple y un intuir quién manda aquí, que le ayudaría a escalar a puestos codiciados por muchos. Sabía perfectamente por dónde tenía que meterse el orgullo cuando convenía; eso

sumaba mucho a la hora de elegir bufones.

—Es un muchacho joven —le informó— que se hace llamar Archibald. Poco más puedo decirle...

—Aparte del nombre, no es que sea mucho...

—No nos cuentan detalles. Somos simples herramientas... Como usted.

Armando fingió no haber oído la última parte. Estaba acostumbrado a esos ataques velados y lo solucionó como de costumbre: con un leve rechinar de dientes, que nadie notó.

—¿Estáis seguros de que fue él?

Visnú le buscó la entrepierna, por si estaba a la altura del resto de su anatomía. Resignado, suspiró; el abrigo en efecto lo estaba; tapaba hasta sus rodillas.

—No estábamos allí. —dijo—. Pero ha tenido que ser él. ¿Quién iba a ser, si no? ¡Es un tipo de cuidado!

Su propósito era implicar al alguacil. Con la ayuda de la ley sería más fácil dar con aquel suertudo y escurridizo papanatas que parecía reírse de ellos.

Armando se esforzó por dejar claro que no era tonto.

—Si no estabais allí —aclaró—, no podéis asegurarlo.

—Tenemos la certeza de que fue él —insistió Visnú.

Armando, nervioso, jugueteaba con su sombrero. Bajó la vista y descubrió una chinche en su fondo.

—¿Hay posibilidad de que no esté solo? —preguntó sin quitarla ojo, consagrado en extirparla. Cuando por fin lo consiguió, la aplastó con las uñas y continuó como si fuera pura rutina—. Ya sabe —precisó—... alguien que le ayude a poner impedimentos a vuestra santa labor.

Visnú fingió no captar el saco de ironía que contenían aquellas palabras.

—¿Quién haría tal barbaridad —protestó—. Está solo.

Armando replicó con una sonrisa sarcástica:

—¿Quién sabe? Si yo le contara...

—Creo que estamos perdiendo un tiempo precioso... ¿No lo cree usted? —le hizo notar Visnú, zanjando así la conversación.

Armando cogió la indirecta al vuelo.

—Está bien —se resignó—. Haré lo que pueda.

—Le estaremos agradecidos... Con su ayuda será fácil dar con él.

Tras una pequeña pausa para aclararse las ideas, se caló el sombrero, miró al grupo y les aconsejó con determinación mientras se dirigía a la puerta:

—Haceos cargo de los dos muertos, eh. El propietario no quiere verlos en

su terreno, y yo tampoco.

Dio media vuelta y abandonó la taberna.

Visnú señaló a dos con el dedo.

—Tú y tú —exclamó.

Se pusieron en pie a la vez, como puestos de acuerdo.

—Buscad lo que quede de esos dos y enterradlo...

—¿Dónde? —preguntó uno de ellos.

—¡Por ahí!

—¿Por ahí...?

—Y no olvidéis recoger sus armas. Los demás —miró al resto—, daos otra vuelta por las fondas y mirad debajo de las camas si es necesario... Hasta que no encontremos a ese desgraciado, de aquí no nos movemos.

XXI

EL REGRESO DEL VENCIDO

Tobías entró en la cabaña y sorprendió a Melissende. Ella, extrañada, corrió a abrazarlo.

—¿Y la chica?—le preguntó—. ¿Ha ocurrido algo?

Tobías echó un vistazo a su alrededor. Comprobó que no había nadie más en la cabaña y palideció.

—Tenía la esperanza de encontrarla aquí.

—¿Aquí?

Se puso tenso.

—Da igual —dijo, haciendo un aspaviento—... Cosas mías. Se me ocurrió que...

La anciana puso los brazos en jarra.

—¿Tuyas, dices...? ¿Pensaste encontrarla aquí?

Nervioso, fue hacia la puerta.

—Tengo que irme, Melissende. No puedo quedarme. —Se volvió—. Aunque si te digo la verdad, no sé dónde buscarlas. Ya trillé Orbaitzeta, y...

Melissende le miró dubitativa.

—¿Y ya está, Tobías? —le reprochó—. ¿Te vas así, sin más? —Fue hasta él y le zarandeó—. ¿No crees acaso que merezco una explicación? Creo que me la he ganado.

Una hora más tarde, al corriente de la odisea, se dejó caer sobre el camastro mientras sus ojos se perdían en el escaso horizonte que se podía ver a través del ventanuco. Llovía de manera torrencial y el cielo agrisado y oscuro contribuía con su acerada y fría tonalidad a acrecentar su depresión. Lo que estaba ocurriendo era poco halagüeño, y aunque no llegó a conocer a fondo a aquella muchacha, el hecho de haber sido la improvisada partera que

ayudó a traer a sus hijos al mundo, había originado un vínculo que de algún modo las ataba, y se sentía responsable de sus vidas.

Lo único que se le ocurrió decir, fue:

—¡Hay que llamar a Anué!

Al amanecer, la lluvia torrencial caía con más fuerza que el día y la noche anterior. El horizonte que se dejaba ver desde la cabaña parecía diluirse entre la niebla; esta, cada vez más densa, difuminaba las altas siluetas de los árboles que la circundaban, dándoles un aspecto fantasmal.

Ambos se sobresaltaron al unísono al son de los pasos que parecían oírse cada vez más cerca.

Melissende se puso tensa.

—Alguien viene —masculló dirigiéndose con cautela hacia el ventanuco. Acción inútil, la niebla y la lluvia no la dejaron ver más allá de unos metros.

Tobías dio un brinco, se plantó junto a ella y trató de mirar también.

—Es posible que sea un animal extraviado —dijo.

Los animales no se pierden —le corrigió ella—. No te inquietes, aunque toda precaución sea poca, hay muchas posibilidades de que sea Anué.

—¿Ya? ¡Si que se ha dado prisa! ¿Puede volar?

—Le he dicho que era urgente.

—¿Y cómo os comunicáis? —preguntó a sabiendas de que no recibiría respuesta.

—Eso es un misterio que no pienso desvelar...

La puerta chirrió y la túnica iluminó la penumbra del habitáculo. Alumbrado por la hoguera y la luz entrante, la silueta del druida imponía con su presencia. Entre sus brazos, arropado por cálidas pieles, Teth parecía dormir.

—Buenos días —dijo, cerrando la puerta con el pie.

—Bienvenido de nuevo —le recibió ella.

Avanzó hasta situarse a su lado, señaló el ventanuco y la invitó a mirar a través de él.

—Nunca he tenido clara la razón —confesó.

—¿De qué? —inquirió ella.

—De que tenga que llover cada vez que me llamas... No hay duda, nuestra amistad está pasada por agua.

Diciendo esto, se acercó al catre y acomodó al bebé, le desnudó y cubrió

meticulosamente con pieles secas. Acto seguido se volvió a Melissende.

—¿Lo haces a propósito? ¿Por qué llueve siempre?

Diciendo esto reparó en Tobías. Las preguntas fueron agolpándose en su garganta y peleándose por salir.

—¿Qué haces tú aquí? ¿Dónde está la chica? ¿El bebé? ...¿No les habrá ocurrido nada...? ¿No vas a contestar?

Tras una breve narración de lo sucedido, se acercó al ventanuco. Diríase que aquél agujero marcaba la frontera entre el acogedor interior y un exterior helado y agrio... un lugar idóneo para la reflexión. Siempre pensó que las ventanas son los caminos que elige la luz para invadir las tinieblas de una habitación.

Reflexionó unos minutos y miró a Tobías.

—Tienes que ponerte de nuevo en camino —dijo sin tapujos—. No tenemos idea de dónde puede encontrarse.

—Eso ya lo sé.

—Pero tenemos que ponernos en movimiento, y sin pérdida de tiempo. Recuerda que tiene una criatura. No veo conveniente estar aquí sentados mientras... ve tú a saber.

—¡De acuerdo! —exclamó Melissende—. No tenemos tiempo que perder, eso está claro. Aun así, será necesario planificar la búsqueda, digo yo. Ignoramos su paradero y no es cuestión de buscarla a ciegas.

—Al menos, por dónde empezar sí que sabemos—dijo Anué—. Algo es algo.

—¿Ah, sí? —se sorprendió ella.

Anué miró a Tobías.

—Comenzarás en el lugar dónde perdiste su pista.

Tobías negó con la cabeza.

—Allí no está —le informó—... Ya no queda nada en aquél lugar; ni siquiera la casa.

El druida se desconcertó.

—¿No está la casa?

—La quemaron...

—¿La quemaron?

—Hasta los cimientos. Es el primer lugar al que fui en cuanto me soltaron. Por desgracia, solo quedaban cenizas y piedras calcinadas. —Dudó un segundo y especificó—: Sin embargo, y de eso estoy seguro, pues tuve ocasión de escucharlo varias veces, el comentario que corría de boca en boca

entre los parroquianos era inequívoco: solo hubo dos muertos, y eran hombres.

—¿Hombres? —se sorprendió Anué—. ¿Cómo saben que eran hombres? Acabas de decir que todo ardió...

—No sus armas... Estas se quedaron allí como testigos mudos. Cuando me enteré, me cargué de esperanza y la busqué por todo el pueblo, pero — puso sus manos palma arriba— salta a la vista que sin el menor éxito. Nadie, lo que se dice nadie tenía información de una mujer joven y pelirroja ni de su hija recién nacida. Sólo, abatido y sin dinero, tomé la decisión de regresar. — Cerró los puños y le dio una patada al suelo—. No sé por qué, pero siempre mantuve viva la esperanza de encontrarla aquí; eso fue lo que me alentó durante el camino. —Suspiró—: Pero no siendo así, debería partir cuanto antes... Estoy perdiendo mi tiempo y probablemente también el de ellas.

—Estoy de acuerdo —aprobó Anué—. Salir de aquí es esencial si queremos encontrarla. Pero antes haz un poco de memoria. Algunas veces la tensión del momento...

Tobías se embutió en sus recuerdos y hurgó en ellos.

—¿No se te escapa ningún elemento, por insignificante que parezca? — insistió Anué—. Necesitarás saber por dónde empezar, y habrá que tirar del hilo que sea.

Alentado, rememoró lo sucedido en la taberna tras su captura; lo cierto es que no lo había olvidado, aunque no le diera importancia en el momento en que sucedió, pues se le antojó tan extraño, que su mente lo dejó desvanecer como anecdótico y sin sentido. No obstante sin saber por qué, se había grabado en su memoria como un tatuaje.

—Está claro que en aquella ocasión no la buscaban a ella —dedujo—. Y eso me pareció tan curioso, que hasta me alegré... aunque fuera yo la víctima.

Ahora le tocó sorprenderse a Melissende.

—¿Cómo? —exclamó—. ¿Qué quieres decir?

—¡Eso digo yo! —corroboró Anué—. Suéltalo ya...

Tobías se rascó la coronilla, caminó pensativo hacia el pequeño ventanuco y dispersó su mirada por los oscuros nubarrones que cubrían toda la zona.

De repente, índice en alto, puntualizó:

—En aquél momento, por la causa que fuera, no lo sé, buscaban a un hombre. —Chasqueó los dedos sin bajar el índice y movió este de atrás hacia adelante, como si eso le ayudara a recordar—. Esa fue la razón por la cual me

prendieron a mí. —Apuntó a Anué y añadió—. Aunque no deja de ser extraño que se tratase de la misma gentuza que la buscaba a ella... Eso me desconcertó tanto, que... —Hizo una mueca de impotencia—. En definitiva, ni lo entendí entonces ni lo entiendo ahora.

Melissende se plantó frente a él y objetó:

—Alguien que no eras tú buscaban, salta a la vista. De lo contrario no estarías aquí. —Se toqueteó el lóbulo de la oreja como intentando sonsacarle a tirones la solución de aquél galimatías que parecía embarullarse más y más con cada palabra que salía de la boca de Tobías.

—¿Y si eran los mismos —inquirió pensativa—, por qué irían buscando a un hombre? Cada vez lo entiendo menos.

—Por suerte, reconocieron su error y dejaron que te fueras. —dijo el druida—. No siempre ocurre así...

—Cuando me apresaron no entendía nada... No podía explicarme el por qué era yo la presa en vez de ella. Pero me alegré. Más adelante les convencí de que Victoria era una prostituta y...

—Ahí está la clave —le interrumpió Anué chascando los dedos—. Saber quién es ese individuo con el que te confundieron es vital. Deberías descubrirlo.

—¿Tú crees?

—Lo creo. Eso podría conducirnos hasta ella. Todo lo sucedido, aunque por el momento nada entendamos, está demasiado entrelazado para ser una casualidad. Debemos espabilarnos y no perder un segundo. Debes regresar allí cuanto antes.

—¿Te preparo algo caliente para el viaje...? —propuso la anciana—. Con este tiempo...

Dos horas después se encontraban a la entrada de la arboleda. Anué se detuvo, hurgó entre los pliegues de su túnica y sacó una nueva bolsa de cuero. La sopesó y se la lanzó a Tobías.

—Cualquiera que te vea —dijo este—... pensaría que eres un hombre rico.

Anué encogió los hombros como si no fuera con él.

—¿Os cundió la otra saca?

—Me dieron una fortuna al cambio. Y seguro que me engañaron. Pensé que no tenías más.

—En ocasiones, los dioses le dan a quien no necesita... No sé qué hacer con tanto, la verdad... Tengo más.

—No sé si creerlo. ¿No lo dirás para que no me sienta culpable por dejarte en la ruina, no?

—No lo malgastes —fue su respuesta.

—¡Joder! No me engañes.

—Alguna que otra tengo. Siempre voy preparado, por si encuentro algún desamparado como tú —dijo sin dejar de reír—. En fin... bromas aparte —alargó el brazo hacia el claro de la arboleda—, deberías irte ya.

Tobías miró hacia donde señalaba y se asombró.

—¿Por aquí?

Anué asintió con la cabeza y encogió los hombros.

—¿Por dónde si no?

—No entiendo por qué debo ir por aquí —se quejó—. Esta vez no me persiguen... —Extendió el brazo sin dejar de mirarle y añadió—: Un poco más hacia el norte hay una carretera transitable que todo el mundo conoce... ca-r-re-te-ra —silabeó—, que como nos indica su nombre, fue hecha para que circulen por ella carretas, animales y personas; ella me llevará hasta Orbaizeta, sin necesidad de calarme hasta las orejas.

Anué paseó la mirada por la espesa y húmeda vegetación que les rodeaba. Aquellos árboles poblaban uno de los grandes bosques del continente; una inmensa selva de hayas y abetos que se extendía hasta más allá de los pirineos.

—Entiendo que el bosque te produzca temor, Tobías.

El joven respiró más tranquilo.

—Gracias a Dios. Ya me veía atravesándolo otra vez... y no está la cosa como para...

—Pero debe ser por aquí —le interrumpió.

—¡Qué! Ni siquiera recuerdo el camino... ¿Y por qué tiene que ser por aquí?

—Porque tienes que pasar por la cabaña. Si esa chica no está retenida, el sentido común la llevará hasta allí.

Tobías se propinó un capón.

—¿Cómo no lo había pensado? —farfulló.

—No se puede estar en todo.

—No sé cómo ni si llegaré —se lamentó—. La verdad, todavía no me explico cómo lo conseguimos la otra vez. Es posible que el miedo nos guiara.

—Lo importante es que llegasteis a dónde os indiqué. Cuando uno se deja guiar, todo resulta más fácil. Una vez que tienes las coordenadas, solo es

cuestión de seguir tu instinto. Y a veces, el espíritu del bosque...

—¿Instinto? —Soltó una carcajada que pareció más el quejido de un condenado—. Sabes tan bien como yo, que sin esas instrucciones y toda la suerte del mundo, que la tuvimos, nos habría sido imposible encontrar esa cabaña. Llegamos a sentir miedo del de verdad, Anué. Sobre todo en cuanto fuimos conscientes de que habíamos llegado lo bastante lejos como para tener que asumir que no había ya vuelta atrás. Esa terrible sensación de impotencia ante lo desconocido se aferra a ti y te envuelve hasta dolerte, dejándote una huella que, si bien es invisible, también es imborrable. Y por cierto, debo decir algo en tu favor...

—Pero no te extiendas. Debes irte ya...

—Tu cabaña y su entorno se asemejan al paraíso, si es que existe... ¡Y mucho!

—Me alegra que os gustara, allí es adónde vas. —Puso una mano sobre su hombro—. Es muy fácil. Verás cómo lo consigues de nuevo —le animó.

—¿Fácil? No sé qué nos guió la otra vez... No me lo explico.

Anué sonrió. Sabía bien que el bosque tenía secretos.

Le dio una palmadita en la espalda y repitió:

—Siempre hacia arriba. No tiene perdida... Y aunque esta vez podrías ir más relajado, pues nadie te persigue, también es posible que ella eche en falta tu compañía.

Tobías recordó la oscuridad del bosque y el miedo se adueñó de su cuerpo y de su mente; sudaba incertidumbre por cada poro. Dudó un instante, y asintió al fin con un gesto que no implicaba ni gota de convicción.

—Lo intentaré, qué remedio.

—Tú lo has dicho. Pero no sé a qué esperas...

Tobías, imbuido en sus pensamientos, no escuchaba.

—No hace tanto tiempo que lo hicimos —se animó él mismo—, y aún guardo en la memoria tus instrucciones. Aunque si soy sincero, siento un enorme respeto por los bosques desde entonces; un respeto mucho mayor que el que ya tenía. Si estuviera en mi mano evitar entrar ahí, que quieres que te diga... Se piensan cosas muy extrañas, cuando estás dentro; sobre todo cuando cae la noche.

Anué le dio unas palmaditas en el hombro.

—Es normal —dijo, comprensivo—. Sé que no es fácil para ti, pero...

—¿Pero...?

—Quizá este esfuerzo sea en vano y ella no esté allí, pero me sentiría

mejor si lo comprobáramos. —Le agarró del brazo y lo zarandeó con ternura—. Y estoy seguro de que tú también —añadió—. Cuesta, lo sé... pero en casos como este es necesario, y debe uno agarrarse a un clavo ardiendo. —Quedó pensativo durante unos segundos, y como si se le encendiera una lucecita esclarecedora, puso cara de sorpresa, levantó el dedo índice y le dijo—: Ese miedo que parece transpirar me dice que tu regreso no ha sido a través de él.

Tobías reconoció que así fue.

—Creí habértelo dejado bien claro. Ni siquiera se me ocurrió entrar otra vez ahí dentro, pudiendo regresar por caminos más transitables... Ya te dije que hay algo raro, ahí...

Anué, sonrió, agitó la cabeza y suspiró:

—Mira, ve a la cabaña y comprueba si está... Creo que debemos intentarlo, ¿no?

Tobías dejó caer los hombros en señal de abatimiento. No le apasionaba lo que le esperaba, pero si era por ella...

Anué le agarró por la barbilla, le giró la cabeza y miró a sus ojos.

—¿Acaso no piensas que es lo correcto? Te noto algo desmotivado...

—No es nada —dijo—. Es solo que siento vergüenza de mí mismo. Me siento fatal por no haber sido yo quién pensara en ello... —Señaló el bosque—: Odio la idea de entrar ahí dentro —suspiró—, pero lo haré, no temas...

Anué hizo un gesto de aprobación.

—Piensa —agregó Anué— que esa cabaña podría ser el único lugar dónde se sienta segura.

—También está la de Melissende.

—Sí, pero aquella está más cerca de Orbaitzeta, y por lo tanto también de ti... Además, aquí al lado también la buscan... Si está libre y mi intuición no me la juega, lo más seguro es que te busque allí.

Tobías asintió a regañadientes y repuso:

—¡Joder! ¡Basta ya! Has conseguido que me sienta un miserable.

—¿Dices eso porque piensas que tengo razón?

—¡Pero no necesito que me lo recuerdes cada minuto!

Anué dio un paso atrás y agachó la cabeza a modo de disculpa. Luego dio media vuelta y se despidió sin mirar atrás:

—Buen viaje y buena suerte.

Tobías caminó unos metros y se volvió.

—¿Ha tenido esto razón de ser? —le preguntó.

—¿A qué te refieres? —Lo dijo sin dejar de caminar.

—Me refiero a si esos tíos buscaron en la cabaña...

Ahora se detuvo y se volvió.

—Estuvieron repartidos por todo el bosque —aclaró.

—¿Y eso qué significa? ¿Vinieron o no?

—Por aquí pasaron dos, según Melissende.

—¿Y qué pasó?

—No eran los más listos. De todos modos, a una vieja no buscaban.

Tobías suspiró. Aquellas palabras parecieron calmarle.

Anué entendió su preocupación. Se fue hasta él y le dio un abrazo.

—Tranquilo. —Suspiró—. Nada ha sido en vano.

XXII

SINTIENDO LA NADA

La cabaña estaba vacía. Todo cuanto se encontraba en ella estaba como lo dejaron. Desanimado, pues durante el regreso albergó esperanzas de verla allí, fue hasta el catre y se dejó caer como un peso muerto. Cerró los ojos con fuerza intentando no dejarse arrollar por la vorágine de recuerdos que iban apareciendo uno tras otro desde que llegó.

Pero fue inútil. Sus sentidos parecían haberse puesto de acuerdo para hacerle vivir una vez más aquella noche, invadiendo la estancia y su cabeza, de nostalgia.

Abrió los ojos y los enfocó en la chimenea de piedra. Los restos de madera sin quemar sobresalían de entre las cenizas como testigos silenciosos de aquella velada que no olvidaría jamás. Su mente calenturienta, totalmente inundada por los recuerdos, encendió de nuevo aquellos leños que invitaban a todo y le trasladó al momento en el que sus miradas se encontraron y fundieron en una sola.

Sintió una ráfaga de pasión; de esa pasión desbordada que se apoderó de él aquella mágica noche, y que gracias al cielo, ni supo ni quiso ni pudo controlar. Nunca podría olvidar ese momento en el que por vez primera sintió la sensualidad de una mujer; la auténtica, y la entrega total de quién piensa y desea lo mismo, mirando en la misma dirección y compartiendo alegrías y temores. Victoria le hizo experimentar la inigualable sensación de recibir un beso diferente, delicado, auténtico, sin estrenar...

Desde aquél catre ahora tan solitario como él, podía trasladarse hasta aquel momento mágico, y dejar volar su fantasía. Pero en aquél camastro languidecían también, a fuego lento, sus esperanzas; anhelos que luchaban dentro de él para no desfallecer, y que a través de una agridulce y envolvente

melancolía que no era más que aflicción y miedos disfrazados, se adueñaba de su afligida mente y le convertía en su esclavo.

Tanto si miraba hacia adelante como si lo hacía hacia atrás, no se imaginaba ya la vida sin ella. Nadie consiguió importarle tanto ni con tanta intensidad, y sin embargo, durante los últimos días, un irracional temor a perderla había escondido su recuerdo en algún rincón perdido de su memoria; un rincón cómodo que le ayudaba a seguir respirando, ya que, solo pensar que pudiera estar muerta le producía ansiedad hasta dejarle sin aliento. Sus miedos eran fundados pero extremos; tanto, que solo conseguía mitigarlos en parte, alimentando dudas... dudas que, ante situaciones límites insostenibles como la que experimentaba, poseían el poder de transmutarse en esperanza.

Se levantó del catre, se sentó al lado de la hoguera que su imaginación acababa de encender, y ella se perfiló en su mente con tal realismo, que pudo sentir su olor. Bajó los párpados y se dejó atrapar por su embriagador aroma de mujer, acariciando con delicadeza su cabello rojo; tan rojo como las ígneas llamas de la hoguera que calentaba aquel improvisado nido de amor que nunca olvidaría. Le apartó un mechón, dejó a la vista sus facciones, y volvió a temblar como un adolescente ante la luminosidad de la mirada más limpia que jamás pudo ver.

Bajó los párpados, se perdió en la selva de sus ojos, y se abrasó en el encarnado infierno de sus labios.

Las lágrimas comenzaron a bañar sus mejillas. Sintió que le fallaban las fuerzas para soportar su falta.

Anué hizo muy bien, pensó, proponiéndole regresar a la cabaña; solo por revivir aquél momento y desempolvar la pasión que guardaba en su interior, había valido la pena. Apretó los puños con fuerza hasta clavarse las uñas en las palmas de las manos y se mordió el labio con rabia contenida; o la encontraba como fuera, o se perdía como ella, deseó con todas sus tripas.

Dejó que las lágrimas inundaran sus mejillas y suspiró impotente; su existencia no encontraba sentido más allá de ella, del elixir de sus labios y del calor de su cuerpo.

Extrajo de su cintura la bolsa que le dio Anué y la sopesó varias veces como si intentara sintonizar el sonido metálico que producía, con sus ideas. El primer lugar que visitaría sería el mercado de Orbaitzeta.

Con los bolsillos llenos, la buscaría y la encontraría.

XXIII

UN ENCUENTRO AFORTUNADO

Faltaba poco para la salida del sol cuando puso los pies en el pueblo. Como si anunciara su llegada, el astro iba tiñendo el horizonte de tonalidades rosáceas y anaranjadas. Avanzada la mañana, repartiría luz y calor, pero esa madrugada se presentaba helada y superaba con creces al frío de la noche; una noche tan helada como larga en la que sitió la soledad con cada paso que daba.

Fue directo hasta la explanada dónde se encontraba el mercado. Los comerciantes más madrugadores y avispados se afanaban ya en montar sus tenderetes. El pueblo comenzaba a despertar a un nuevo día; un día que se le antojó, como si de una premonición se tratase, extremadamente singular... positivo.

Y quizá le sobrarian razones para sentirse tan optimista, pues en aquél mismo lugar comenzó semanas atrás el principio del fin.

También desde allí comenzaría su búsqueda, pensó.

En ese preciso instante, una ráfaga de luz alumbró su mente, semejando venir ya en su ayuda, ya a trastornarlo todo. En ese momento crucial entre la negrura y la luz, resurgió desde el abismo de sus recuerdos, el extraño que tropezó con él en aquél mercado, y que Victoria reconoció más adelante como el padre de sus hijos.

Sintió vehementes deseos de propinarse una bofetada; pensó que se tenía bien merecida.

¿Cómo no había pensado antes en ello? ¿Cómo había podido pasar por alto algo tan evidente? Y lo más curioso de todo... ¿Cómo había podido ser tan idiota?

Siguió caminando con la mirada perdida en todas y en ninguna parte, sin

rumbo fijo y con la mente anclada en aquel desconocido, hasta que los nervios le atenazaron.

Llegó hasta la primera pared que encontró y apoyó la espalda dejándose deslizar por ella hasta quedar sentado en el suelo embarrado. Una sensación de desasosiego que hasta entonces jamás había sentido, fue apoderándose de él y le invadió por completo, dificultando su respiración.

Terminó por hacerse la pregunta que nunca imaginó ni deseó tener que hacerse y que comenzaba a retumbar en su cabeza: ¿Estaría con él?

Oscuros pensamientos se apoderaron de él de manera cruel mientras su estómago se contraía hasta provocarle un dolor intenso y nunca hasta ese día experimentado; el dolor punzante más insoportable que había sentido; el de los celos.

Cerró los ojos con todas sus fuerzas, como si con ello pudiera hacer desaparecer el enorme vacío que le corroía el estómago.

Pero no desapareció. Sus dudas tampoco lo hicieron... más bien acentuaron su dolor hasta hacerle llorar.

Se frotó las sienes sin dejar de darle vueltas, y no le gustó en absoluto la conclusión a la que llegó. Resultaba extraño, muy extraño, que Victoria hubiese desaparecido así sin más, y que lo hiciese sin dejar el más insignificante rastro. Cuantas más vueltas le daba, más convencido estaba de que le había dejado como a un juguete viejo...

Intentó quitarse esa idea de la cabeza y respiró hondo.

De nada le sirvió. Fue inútil. El fantasma de los celos había venido para quedarse.

Abatido, como si todo le pesara, apoyó la cabeza en el suelo y lloró hasta quedarse dormido.

Sintió el tacto de una mano sobre su cabeza; le zarandeaba con delicadeza... como si buscara sacarle de su sopor, sin alterarle.

Abrió los ojos protegiéndolos de la luz con la palma de la mano; se acercaba ya el mediodía y era cegadora, y escuchó una alentadora voz que alejó, aunque solo fuera por unos segundos, sus recién nacidos fantasmas.

—¡Eh, amigo! ...¡Debes apartarte de aquí!

—¿Cómo? —preguntó aún adormilado.

La calle es muy estrecha y estás impidiendo el paso de los carros.

—Me da igual...

—¿Te da igual?

—Eso he dicho. ¿Qué importa lo que me ocurra?

—Podrían hacerte daño. —Miró hacia los balcones y añadió—: Por no hablar de que eres una diana perfecta...

—¿Cómo que una diana? —dijo, despreciándose.

—Para el lanzamiento de meadas; no son tan jodidas como las de primera hora, pero... —Señaló el balcón que se hallaba justo sobre sus cabezas y remató—: Y no creo que tarden ya... —Dio una palmadita en su espalda y le propuso—: Si lo deseas puedes tumbarte un ratito en mi carreta. Tengo buenas mantas de abrigo.

El hombre que hablaba, bajito, regordete y de aspecto bonachón, era ya un anciano y lucía larga barba blanca y melena también cana cubierta por un raído sombrero.

—Gracias. No es necesario que se moleste. Estoy bien.

—No me trates de usted. Me llamo Rodrigo.

Tobías puso su mano de visera para encuadrarle bien.

—¿Rodrigo, eh?

—Rodrigo Velázquez. Si necesitas ayuda, so...

—Gracias por avisar —le interrumpió—. Mi nombre es Tobías Blanco.

—Encantado de conocerte, Tobías.

—Disculpe, no era mi intención molestarle. Ya no me quedaban fuerzas ni para tenerme en pie, y...

—No es molestia —le interrumpió el viejo—. ¿Seguro que no quieres dormir más? Pareces derrotado. Y no me llames de usted. Si te diriges a mí con esa palabreja, no me doy por aludido. Pienso que estás hablando con otro.

Tobías aprobó con la cabeza.

—Seguro. Te lo agradezco de corazón, Rodrigo.

Rodrigo le echó un vistazo de la cabeza a los pies.

—Pues el resto de tu anatomía no parece estar muy de acuerdo... Se te ve demacrado, sucio y con ojeras.

Tobías asintió en silencio.

¿No dices nada? —insistió Rodrigo—. ...No eres muy hablador, eh...

—Disculpa, es que he tenido un día de mierda.

—Querrás decir noche. La mierda de día, que por si te sirve saberlo, todavía no ha llegado a la mitad, acabarás teniéndolo si no descansas.

Tobías agachó la cabeza y no replicó; desde el día que Victoria

desapareció, todos fueron una mierda, pensó.

Rodrigo le observó con atención mientras se atusaba la barba, y alardeando de experiencia; como si todo lo hubiera ya vivido, decidió tentar a la suerte:

—¿A ver si lo adivino —dijo—... ¿Mal de amores?
Tobías no dijo nada con la boca y todo con un gesto.
Rodrigo lanzó una sonora risotada y exclamó.

—¡Seguro que he acertado!
Tobías encogió los hombros y le contestó desafiante.
—¿Tú estás muy seguro de todo, verdad?
—¿Eso piensas?
—Está claro que te crees muy listo...

Rodrigo pasó por alto el sarcasmo, y como si lo que iba a soltar a continuación fuera lo más natural, abrió los brazos en cruz y exclamó:

¡Por algo soy mago!

Observó cómo torcía el gesto y una sonrisa emergió de entre su poblada barba. La cara de Tobías hablaba por sí sola; había dado de lleno en la diana.

—¡Rodrigo, el mago listo! —ironizó Tobías.

El viejo meneó la cabeza como si pudiera comprenderle y sentir su dolor.

—Ya me lo temía... —Carraspeó e intentó consolarle—: No te preocupes. De todos modos, aunque ese mal llamado «mal» tenga cura, mi ofrecimiento sigue en pie. —Apoyó en el hombro del Tobías una mano repleta de cicatrices; más bien una cicatriz en sí misma e insistió—: ¿Qué te parece?

El tacto de aquella mano le hizo sentir un escalofrío y tranquilidad al mismo tiempo; aunque pareciese contradictorio, era la única muestra de afecto que recibía en los últimos días.

Él viejo le dejó rumiar sus pensamientos y se dirigió al carro. Una vez arriba, agarró los arreos y estimuló a las mulas chascando la lengua a la vez que las animaba:

—Venga Lucrecia. Venga Isidora, creéis que tenemos todo el día... —Chascó la lengua de nuevo—. ¡Adelante chiiicas, que es para hoy!

Una sonrisa se dibujó en los labios de Tobías mientras las ruedas comenzaban a rodar. Aquél hombre le pareció sincero y noble. Cuando le ofreció su ayuda, lo hizo con el corazón. No había conocido a muchas personas así.

Comenzó a erguirse con desgana; como si le doliera el cuerpo y supusiera un enorme sacrificio ponerse en pie, se desperezó y corrió tras las mulas

hasta que se situó a la altura del viejo.

—¿Eres comerciante? —le preguntó, trotando a la vez que las mulas—. ¿Qué vendes, si no es indiscreción?

Rodrigo lanzó un escupitajo por respuesta.

—¿No dices nada? —insistió sin dejar de trotar.

—Soy mago. Ya te lo he dicho —dijo sin mirarle.

—No lo puedo creer... Pensé que era una broma.

—¿Por qué iba a bromear sobre mi modo de ganarme las alubias? es un oficio como otro cualquiera...

—¿Cómo otro cualquiera? ¿Te burlas de mí?

Rodrigo negó con la cabeza.

—Es una lástima —se quejó— que la clientela no lo entienda y tenga uno que deslomarse por un bocado de pan. —Escupió y se volvió hacia él—. El descrédito hacia este oficio y el miedo a que sea verdad, imperan a partes iguales...

—¿Por un bocado de pan? —se sorprendió Tobías.

Rodrigo asintió y lanzó otro escupitajo.

...—¡Y a veces, ni eso!

Tobías suspiró y se encogió de hombros, sin aminorar el paso.

—Sólo he podido ver un truco de magia en toda mi vida —aclaró, resoplando; empezaba a notar el cansancio de la carrera—. Era todavía un niño... Pero lo recuerdo.

—¿Uno solo? —rió, Rodrigo—. Pues sí que andas tú fino...

—Sí. En la parroquia de El Barcal dicen que la magia no es recomendable para los cristianos.

—Por desgracia, tengo que darte la razón... —dijo el viejo sin quitarle ojo al camino—. Dónde más se nota el rechazo, es ahí, en las iglesias, palacios, y mansiones de los nobles... Aunque luego, y esto no se lo digas a nadie, son los mejores clientes. La magia es prohibitiva para los pobres —escupió otra vez—... y el puto privilegio de los que la condenan.

—¿Entonces, de eso comes? ¿Y qué haces...?

Rodrigo escupió. Escupir era su pasatiempo favorito.

—Hago hechizos rápidos, adivino el porvenir y curo las enfermedades... Algo imperdonable, vamos.

Tobías le observó entre curioso y sorprendido. Aquél abuelete de aspecto bonachón le recordaba a Melissende. Hasta sus historias se parecían como gotas de agua.

—¿Imperdonable? —Intentó saber más—... Disculpa, no entiendo.

Rodrigo escupió otra vez y asintió sin dejar de mirar al frente.

—Se mire por donde se mire, así es —dijo, aspirando con fuerza por la nariz y gargajeando con intención de escupir de nuevo—. Nadie perdona lo que no entiende.

Pero... —intentó replicar Tobías.

El viejo le cortó.

—Con el agravante de que soy un mago tan innovador como incomprendido y despreciado.

—¿Qué quieres decir?

Paró el carro con un «soooooooooo» que dejó a las mulas quietas al instante, y le mostró las manos.

—Y esta es la prueba... —Mostró las cicatrices—. Y aunque mi orgullo no me permita dar un paso atrás en lo respectivo a mi «Don», este sigue dándome para malvivir; aunque sea a costa de estar siempre de aquí para allá, vagando de pueblo en pueblo.

—¿Hoy aquí y mañana, quién sabe, no?

—No creas que es tan duro. Aunque parezca mentira, no está nada mal lo de conocer mundo. La vida bohemia tiene sus ventajas...

—¿Ah, sí? ¿Cuáles?

—No ves todos los días a los mismos gilipollas.

Tobías no pudo contener la risa.

Rodrigo esperó a que parara de reír y continuó:

—Aunque parezca increíble, durante años soñé noche día con un poco de reposo. —Sonrió y suspiró todo a la vez—. Ya me entiendes, con algún lugar tranquilo donde dejar caer mi osamenta y alejarme de una dichosa vez de aquello que tantos problemas me causaba: el ocultismo... Dejarlo para otros, ya sabes, huir de él como se huye de la mierda. —Cerró los ojos y movió la cabeza con cierto pesar; como si le costara creer lo que iba a decir—. Pero la verdad es que solo gracias a él he podido encontrar el descanso que necesita mi alma... A lo largo, alto y ancho de este interminable viaje en el que estoy inmerso hasta el tuétano, solo la magia, ha sido capaz de crear en mí la energía necesaria para seguir vagando de aquí para allá... —Se encogió de hombros y añadió—: Aunque sea difícil de aceptar, tan solo soy feliz cuando no me encuentro en ninguna parte.

Acabado el sermón, escupió, se limpió con la manga y le tendió la mano.

—¿Te decides a subir, o vas a seguir correteando tras la carreta? Me duele

el cuello de mirarte...

Subió y se acomodó en el pescante. Rodrigo miró al frente y arreó a las mulas.

—¡Venga, holgazanas!

Le miró de reojo y esbozó una sonrisa. Aquél abuelete le pareció honrado; uno de esos estrambóticos personajes desinhibidos y despojados de lo superfluo; de esos que en la vida, se encuentran en pocas ocasiones.

—Es dura esta vida —dijo, suspirando—. No entiendo nada de tu oficio ni de tu magia, pero conozco a...

Rodrigo, previo escupitajo, le interrumpió sin mirarle.

—¿Y tú qué...?

—¿Yo...?—Se tocó el pecho con el pulgar.

—¿Qué me cuentas de tu vida? Todavía no conozco el motivo que te empujó a dejarte caer en aquél callejón...

—Es complicado —dijo, nervioso.

Rodrigo le miró de reojo y esbozó una sonrisa.

—Aunque lo imagino... y creo no equivocarme.

—¡Otra vez el tío listo! —dijo Tobías, sarcástico.

Escupió y le miró sorprendido.

—A veces, hijo, puedo ser más listo y rápido que la imaginación más fértil. Ponme a prueba...

—Ya veo que te tienes en alta estima.

Lanzó otro escupitajo sin apartar la vista del camino y se aclaró la garganta.

—De todos modos —dijo, preparando el siguiente—, sea el motivo que sea, seguro que te da para una historia de aúpa. —Lo lanzó y se limpió con la manga—. ¿No has conocido a tus padres, verdad?

Tobías le miró con la boca abierta.

—¿Cómo sabes eso? —dijo sin disimular su sorpresa.

—Soy mago.

—En serio puedes saber...

—El viejo sonrió con picardía y le sacó de dudas.

—Has dicho que tu apellido es Blanco... ¿cierto?

—Cierto. Así me llamo.

Escupió y se pasó una vez más la manga por la boca. Después miró Tobías y carraspeó.

—¿Acaso no conoces la historia de tu apellido?

—¿Tengo que conocerla? ...Ni siquiera sabía que tenía una historia...
¡Joder, es tu apellido!

Tobías puso cara de bobo.

—No tengo ni la menor idea... —fue su respuesta—. Nadie se tomó la molestia de...

Rodrigo le dio unas palmaditas en la espalda.

—No te atormentes —dijo a modo de consuelo—, yo no lo haría...
Rómulo y Remo tampoco conocieron a los suyos, y eso no les impidió fundar Roma.

A Tobías se le escapó otra sonrisa. No tenía ni idea de quienes eran Rómulo y Remo, y mucho menos de a qué se dedicaron en la vida, pero aquel vejete tenía un modo de decir las cosas, que transmitía optimismo.

No había dejado de reír, cuando oyó de nuevo su voz.

—El tuyo, hijo, es el apellido común que suelen usar los orfanatos para los niños abandonados; para esos que, por una u otra razón, carecen de referencias familiares...

Tobías le miraba con la boca abierta.

—Es una lástima —continuó Rodrigo—, pero en estos tiempos de guerras y miseria, son incontables los que no conocen sus orígenes.

—Como yo... —admitió Tobías.

Rodrigo escupió, le miró y se lamentó:

Bueno, apellido aparte, todavía no me has contado la historia que te llevó a quedarte dormido en un lodazal... ¿Qué mierda hacías tirado en aquel callejón?

Tobías se aclaró la garganta.

—Estaba agotado —mintió—. Ni siquiera recuerdo el momento en el que me quedé dormido.

Rodrigo expulsó aire por la nariz y le miró a los ojos.

—Si quieres, inténtalo otra vez —le animó.

Tobías frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir con eso...? ¿Te burlas?

—A veces es bueno soltar carga —dijo, tirando fuerte de los arreos—. Aunque sea sobre los hombros cansados de un viejo insensato como yo.

Las mulas fueron aminorando velocidad hasta quedar inmóviles junto a un espacio vacío.

Rodrigo saltó del pescante y miró a Tobías:

—¿Seguro que no quieres dormir un poco más?

Tobías negó con la cabeza y saltó del carro.

—Tú verás. Durante unas horas estarías tranquilo.

—Más tarde, quizá. —Le mostró la bolsa que contenía las joyas—. Ahora tengo que cambiar esto por dinero y preparar la búsqueda. Debo encontrar a una persona.

—Una «una», ¿verdad?

Tobías volvió a reír. Guardó la bolsa en el interior de su camisa, y respondió con la sonrisa aún a flor de labios.

—Buena intuición, sí señor... Eres un buen...

—¿Mago?

Tobías rió de nuevo y le contagió.

—La juventud de hoy es transparente —le dijo este.

—¿Tanto?

—Cristalino.

—¿A ver si vas a ser un mago de verdad?

Rodrigo, riendo, asintió y le apuntó con el dedo.

—Estate tranquilo, el hecho de que alabes mis dotes adivinatorias no se me subirá a la cabeza. Lo mío, aparte de adivinar el futuro, es centrarme en el ahora para dejar atrás el antes.

Esas últimas palabras hicieron que Tobías desviara los ojos hacia sus manos.

—Eso que quieres dejar atrás, ¿tiene que ver con esas heridas? Yo no me las doy de adivino, pero tu historia se escapa por cada cicatriz... —auguró.

Rodrigo asintió con la cabeza, le mostró las manos por las dos caras y esperó curioso su reacción.

—¿Qué te parecen? —le preguntó.

—Admito que no tengo palabras.

—¿Y ya está? ¿Qué sientes cuando las miras?

—Si te soy sincero, me parecen algo repugnante... No te ofendas, pero...

Rodrigo se miró las cicatrices de un modo extraño... como si las viera por primera vez. Pero era un espejismo, el origen de esas heridas se remontaba a tiempos negros que trataba de olvidar, aunque el insoportable dolor que sintiera entonces, siguiera tan vivo como el primer día y no se lo pusiera fácil.

—Sabia intuición —admitió—. Hace años ya, muchos años. Pero el olvido no se deja coger. Hay gente que...

Tobías no le dejó continuar.

—¿Quién te lo hizo? Que debió ser terrible, salta a la vista.

Rodrigo resopló antes de responder.

—Hay muchas personas —aclaró— que no entienden ni entenderán jamás lo que significa ser veraz en el arte de la adivinación. —Se miró las manos—. Me lo hicieron para impedirme seguir trabajando. Faltó muy poco para que esos hijos de puta me quemaran vivo...

—¿Lo dices en serio?

Asintió y levantó el dedo índice.

—Creo que lo que me salvó fue que ese día ya tenían la fiesta organizada; una espectacular hoguera preparada para dos brujas. La inquisición se olvidó de mí ese día.

—¿Y eso te libró?

—El cadalso estaba a reventar de mirones... Parece ser que saciaron sus ansias de sangre y... en fin, aquí sigo...

—Las brujas te dieron suertecilla...

—Ya te digo. Desde entonces las tengo como patronas. —Hizo una mueca, como si recordar aquél incidente le provocara escalofríos—. Y con todo —añadió—, sentí el calor de la fogata, no creas... Me provocó un cosquilleo en la rabadilla, que... ¡Joder, se me iban las tripas!

—Tobías pareció sentir el calor y tuvo un espasmo.

Rodrigo agachó la cabeza y suspiró.

—Algo de mí se quemó con ellas —confesó.

—¡Joder! —exclamó Tobías—. Sí que tuviste suerte...

Rodrigo asintió, cabizbajo.

—Ellas tuvieron peor final, qué duda cabe... Pero aun así; aunque se me permitió vivir —mostró las manos—, no me libré del estigma. De una manera u otra, esos hijos de puta acabaron conmigo.

—Debió ser terrible —dijo Tobías sin apartar los ojos de las heridas—. No vayas a tomarte a mal lo que voy a decir, pero esas cicatrices hacen más pupa a la vista que un plato de mierda.

Rodrigo se miró las manos, asintió con un movimiento de cabeza y prosiguió:

—«El mago del diablo». Así comenzaron a llamarme y con eso me quedé. Entenderás que con semejante apodo, decidiera salir pitando de aquel pueblo. Con la descomunal afición que había por las hogueras y lo excepcionalmente frío que fue aquél invierno, tampoco era cuestión de tentar al destino.

Tobías pensó en Melissende. No dejaba de ser curiosa la afinidad existente

entre ella y Rodrigo; en la sorprendente afinidad de sus vidas. Podría hasta decirse que sus destinos estaban unidos por un hilo invisible, y que él, sin poder remediarlo, se iba enredando más y más hasta quedar hilvanado con ellos. Qué cosas tenía la vida, todo parecía formar parte de un plan imposible de entender.

En silencio, absorto en sus pensamientos, se despidió y emprendió el camino hacia el tenderete del cambista. Qué cosas tan insólitas le reservaba el azar, pensó. Qué caprichosa era a veces la vida.

Una hora más tarde, estaba de regreso a la tienda del que ya consideraba como padre, aunque lo desconociera todo o casi sobre él y su ajetreada existencia.

El carismático anciano, cartas en ristre, daba consejos a un abuelete que se hallaba sentado frente a él; ambos se encontraban bajo la lona que les protegía del viento.

A pocos metros, bajo el implacable sol del mediodía, un reducido grupo de personas esperaban su turno.

—¿Ya estás de vuelta? —preguntó sin mirar.

Tobías se sorprendió. En un principio tuvo intención de responder, pero decidió callar. Se encontraba parado a su espalda, formando parte de un grupo de curiosos que seguían con atención cada movimiento de sus manos.

¿Cómo podía saber que él se encontraba a su espalda?

—¿Has hecho un buen negocio? —Se lo preguntó sin apartar los ojos de la carta que sacaba en ese momento.

—No lo sé. Si te digo la verdad, jamás había manejado tanto dinero hasta que...

—¿Hasta que qué? —Le echó una mirada fugaz.

Se encogió de hombros y respondió con desgana:

—En fin, es una larga historia. El caso es que no estoy acostumbrado a estas cantidades ni conozco su auténtico valor al cambio. Es fácil engañarme... Soy lo que se dice una presa fácil.

El abuelo protestó:

Bueno... ¿Termina conmigo o qué? Yo también tengo cosas que hacer.

—¿Y dime? —Se volvió hacia él ignorando al abuelo, y le dijo casi susurrando. —¿Para qué leches necesitas tú esas «cantidades».

Tobías encogió los hombros por respuesta.

—Si es tanto dinero como dices —repuso Rodrigo—, te arriesgas a que te lo quiten. ¿Por aquí hay necesitados que no encuentran qué llevarse a la boca, sabes...? Si vas paseándote por ahí con esa bolsa hasta las trancas...

La voz del abuelo resonó en su nuca.

—¿Acabará hoy, o no?

—Tranquilícese —pidió Rodrigo—. Enseguida...

—¿Cómo tarde mucho —le cortó el abuelo—, acabará prediciendo mi muerte in situ. ¿Me ve acaso sobrado de tiempo.

Se volvió hacia él y se disculpó:

—Perdóneme, por favor. Estoy asesorando a mi hijo.

El hombre miró a Tobías y arrugó la frente.

—¿Ese es su hijo?

—Sí. ¿Por qué lo pregunta?

Se volvió hacia él y entrecerró los ojos para examinarle mejor.

—Pues no se le parece en nada, alma de Dios...

Rodrigo alzó los hombros hasta las orejas.

—Ha salido enterito a su madre.

—¿Y puede saberse el porqué de tanta interrupción?

Rodrigo le hizo una seña para que acercara el oído.

—¿Y a qué diantres viene este secretismo? —protestó acercando la oreja.

—Él tiene un futuro mucho menos prometedor que el de usted, y me necesita.

Al abuelo le creció una sonrisa más ancha que su cara.

—¿Quiere decir que las cosas marchan bien para mí?

Rodrigo asintió con una sonrisa.

—Estas cartas así lo indican. Le vienen cosas buenas; muy buenas. Tiene usted la fortuna en sus manos.

Tobías interrumpió de nuevo.

—La verdad es que no me pertenece —aclaró—. Ya le dije, «padre», que no estoy acostumbrado a manejar tanto dinero. Yo, jamás tuve nada. —Hizo una corta pausa—. Pero debo encontrar a cierta persona, y alguien que nos aprecia lo ha puesto a mi disposición para ese fin.

—¿Lleva falda, a que sí? ¡Dime que me equivoco!

Tobías meneó la cabeza y echó el aire por la nariz.

—Para nada —reconoció a regañadientes.

Rodrigo sonrió, levantó otra carta y miró al abuelete indicándole con los ojos, que su destino no podía ser más halagüeño.

—Está usted de enhorabuena —le dijo—. Su salud es inmejorable y todo va viento en popa...

—¿Todo?

Vio que estaba bastante regordete y le advirtió:

—Tenga cuidado con la comida. La indigestión...

Esto último agradó al abuelo, seguramente porque se lo habrían dicho en más de una ocasión. Sonrió y le pagó sin rechistar, cediéndole el sitio al siguiente cliente, una adolescente que decidió plantarse ante él y quedarse en pie cruzada de brazos hasta que acabara de parlotear y se dignara a atenderla en cuerpo y alma.

—¿No se sienta usted, señorita?

—La chica miró a Tobías y carraspeó.

Rodrigo descifró a la primera, miró al joven y decidió dar la charla por terminada. Aún así, le hizo una última pregunta.

—Debe ser muy hermosa... ¿Estoy equivocado?

—Pues no. No te equivocas en absoluto.

—¿Y se encuentra en este pueblo?

—Creo que ya no.

—¿Y qué mierda haces aquí?

Tobías encogió los hombros como si tuviera dudas.

—Perdí su rastro aquí hará tres semanas. La búsqueda debe empezar donde la perdí...

—Pues estás de suerte.

—¿Y qué entiendes tú, por suerte.

—Yo conozco bastante bien esta región... Si quieres acompañarme...

—¿Te refieres a que vaya contigo?

—Cada día visito un pueblo distinto... —Encogió los hombros—. Podría encontrarse en alguno de ellos.

Tobías no respondió.

Rodrigo se lamentó; estaba desilusionado por no verle saltar de alegría.

—¿No dices nada? Estoy ofreciéndote mi ayuda...

—Lo pensaré.

—¿Cómo que lo pensarás? ...No puedo creer que estés rechazando mi oferta.

—Es que no puedo entretenerme mucho entre pueblo y pueblo. Me urge dar con ella.

—Festina lente.

Tobías arrugó el entrecejo.

—¿Qué? ¿Qué quieres decir?

—He dicho: Festina lente.

—Y yo, que no te entiendo... Lo siento.

—A un célebre emperador romano llamado Augusto le gustaba repetir esta frase; lo hacía a menudo. Significa: apresúrate despacio.

—¿Cómo usted? —estalló la muchacha que esperaba su turno—. Si ese romano se tomaba las cosas con tanta calma, debió morir de aburrimiento.

—¿Cómo dices, hija?

—Que en lo de apresurarse despacio, es usted todo un experto...

Tobías sonrió la ocurrencia de la chica.

Rodrigo tomó el mazo de cartas y comenzó barajarlo.

—En fin... —dijo aún, a modo de colofón—. Decidas o no acompañarme, deberías comer algo y dormir. En la carreta tengo un buen queso... y también tengo un vino decente. En cuanto termine estos trabajos, te acompaño. Me gustaría conocer más a fondo tu historia.

—Y a mí conocer la mía... —se quejó la muchacha.

La invitó a tomar asiento con su mejor sonrisa y dejó el mazo ante ella.

Al atardecer de aquél día, como si obedeciese a un ritual, la carreta salía de Orbaitzeta en busca de otra población y otros clientes. En su interior, un joven viajante se había sumado a la expedición.

Tobías observaba con nostalgia cómo el pueblo en el que había visto por última vez a Victoria, iba diluyéndose entre la espesa niebla que se adueñaba poco a poco del paisaje.

La voz del viejo se oyó desde el pescante, entremezclada con el ruido que producían los cascos de las mulas.

—Deberías dormir un poco.

No respondió. Estaba sumergido en sus pensamientos, y a pesar de estar abatido, su cuerpo se mantenía alerta y su mente despierta.

No estaba acostumbrado al amor, pero lo que sí tenía claro a esas alturas, es que ella le había dejado una marca imborrable; una señal invisible convertida en recuerdo... una añoranza que le acompañaría de por vida.

Cerró los ojos y se concentró en ella.

—No temas, Victoria —susurró—..., mi fuerza radica en mi debilidad, y mi debilidad eres tú. ¡Te encontraré!

La voz de Rodrigo le sacó de su ensoñación.

—¿Va todo bien? Te noto preocupado...

—¿Y cómo no voy a estarlo?

—Sea como sea, no permitas que el miedo se apodere de ti. Te bloqueará y no te permitirá razonar.

—Confieso que lo tengo. No sé si se ha apoderado por completo de mí, pero tengo más del que querría.

—Es del todo normal. No debe preocuparte sentirlo.

—Y sin embargo...

Rodrigo se volvió curioso.

—¿Y sin embargo, qué...? —le inquirió.

—No sé cómo explicarlo, pero deseo tanto encontrarla, que creo que no hay fuerza que pueda detenerme.

—En la vida todo se reduce al miedo o a la esperanza. Se tiene miedo a todo... a perder la salud, a no conseguir afrontar los pagos, a pasar hambre, a la muerte, a perder a los seres queridos, a amar y no ser correspondido... Sin embargo tienes razón con respecto a esa energía que sale de tu interior y te anima a no rendirte. Los que nacen sin nada, los enfermos, los esclavos, los abandonados... y un sinnúmero de desgraciados más, aunque parezca incongruente, solo tienen esperanzas en que todo cambie... Yo he conocido algunos que eran la viva personificación de las ganas de vivir y del optimismo más irracional que pueda uno imaginar. —Escupió y añadió—: Y aquí tenemos esa gran paradoja que lo desbarata todo sin piedad.

—¿A qué te refieres? No sé qué es una paradoja...

—Rodrigo lanzó otro escupitajo y continuó:

—Aquellos que lo tienen todo están dominados por el miedo a perderlo; un miedo cerval que no les deja ver la luz... Y los que nada, por la esperanza de poder escapar...

—¿Escapar de la oscuridad? —completó Tobías.

—Eso es... ¿Comprendes ahora qué es una paradoja?

—El espíritu de la contradicción, diría yo... Algo que parece absurdo, y no se entiende bien que no lo sea...

—Algo así —aprobó Rodrigo—. Podría aceptarse.

—Vamos, que nada es lo parece.

—En efecto. Así es...

—¡Pues vaya mierda?

—Nadie se libra del sufrimiento. Un sufrimiento que, como puedes ver,

tiene muchos disfraces.

—Pues yo me rebelo contra eso —expuso Tobías—. Y le daré la vuelta a todo ese sinsentido.

—¿Ah, sí... y cómo lo harás?

—Dándole a las paradojas su propia medicina.

—¿Cómo has dicho? —Le miró, perplejo.

—Tratando una paradoja con su propia paradoja.

—A eso le llamo yo pensar... Vaya ocurrencia... Es la insensatez más sensata que he oído.

—Así lo haré —prometió Tobías—. Y aunque tenga que ser a base de destrozarse la lógica, la encontraré. Ya no me quedan fuerzas para estarme quieto.

Rodrigo escupió, sonrió y permaneció reflexivo; cada vez estaba más convencido de que cualquiera podía dar al traste con lo establecido, y lo que acababa de oír era la prueba de ello; jamás había oído algo tan ingenuo pero a la vez tan genuino e incontestable. Decididamente, todas las cosas podían verse desde su ángulo contrario y darles la vuelta otra vez; todo era un girar y girar sin final.

—Reconozco que me has dejado sin palabras —dijo.

—¿De verdad?

—Y tanto... A eso le llamo yo pensar.

—No te burles. Es una deducción simple. Ni siquiera sé leer... Soy lo que se dice un cateto.

—Nada tiene que ver lo uno con lo otro...

—Ah, no...

—No, hijo, no... Para crear la escritura, primero hubo que pensar. El pensamiento es la simiente de todo.

—Entonces, crees que...

Rodrigo no le dejó continuar.

—Que la escritura la inventó un inculto como tú. Eso creo. Pienso que los arrogantes, pedantes... y en definitiva toda la gente cultivada, debería ser más humilde; todo lo que saben, se lo deben a un cateto.

—Rima con inquieto...

—Por algo será.

—De verdad crees eso. Crees que alguien como yo...

—Lo creo, hijo, lo creo... Nada tienes que envidiarle a nadie. Ni siquiera a mí se me habría ocurrido pensar así... Conocerme ha enriquecido mis

conocimientos.

Un gesto de satisfacción invadió el rostro de Tobías.

Rodrigo escupió y se enfrascó en sí mismo; decididamente, pensó, si alguien cambia el mundo algún día, será un ser inocente; alguien candoroso como un niño. Algún Tobías cualquiera que no sepa que existen las barreras de lo inconcebible.

XXIV

ENCONTRARSE OTRA VEZ

Archibald no podía darle crédito a lo que consideraba un comportamiento caprichoso. Victoria, a su juicio sin fundamento alguno, le negaba cada propuesta que hacía; en quince largos días no había sido capaz de convencerla para que fuera con él a Escocia. Y eso que era también el país de sus antepasados.

Había intentado por todos los medios ponérselo fácil. Le prometió que no pasarían penuria alguna una vez allí, y que no correría ya peligro; que nadie la encontraría ni la buscaría tan lejos. Pero algo debía estar haciendo mal, porque ella se negaba rotundamente a acompañarle, aún sabiendo que con esa decisión ponía en peligro sus vidas.

Él lo había pensado bien, por su parte todas las dudas quedaban disipadas. La amaba y deseaba con tanta fuerza como el día que la conoció y estaba plenamente convencido de que era el momento propicio para darle un giro a sus vidas, así como el apropiado para volver con su clan.

La observó con disimulo mientras daba de mamar a la pequeña; lo hacía a menudo cuando no se daba cuenta.

Desde que volvió a verla, no cesó de hacer planes para dos, ya no sabía ni quería pensar de otra manera; ella era su ideal de mujer y se convertía segundo a segundo en su único motivo para seguir respirando... en imprescindible.

La mirase como la mirase, era el tipo de mujer que quiso siempre y deseaba tenerla a su lado durante el resto de su vida; estaba tan seguro de lo que quería, como decidido a conseguirlo al precio que fuera.

¿En qué estaría él pensando cuando se decidió a dejar el castillo, y cómo había podido ser tan idiota? ¿Dinero?

El dinero era importante para él, claro, ¿pero por qué no sopesó otras alternativas que no implicaran tener que desaparecer como un vulgar desertor? A pesar de todo lo ocurrido pudo haber regresado al castillo y sacarla antes de la matanza... nadie habría sospechado, y hasta habría sido para él beneficioso, aparecer como su salvador.

No conseguía recordar el porqué llegó a esa situación que ahora le atormentaba y quitaba el sueño, pero menos entendía qué tenía aquella mujer para hacerle sentir que su mundo era ella. Lo que sentía era irracional.

De lo que sí estaba seguro, era de que cada día junto a ella le parecía un regalo, y cuanto más la miraba, más la deseaba y enamorado estaba. Su aire se llamaba Victoria.

El estridente sonido de las ruedas de un carro, alertó a Archibald. Parecía acercarse hacia donde estaban.

—Agáchate tras aquellos matorrales —pidió.

Victoria cubrió a la niña y se puso en cuclillas.

—Preguntaré al carretero —propuso Archibald—. El nos indicará dónde estamos.

La carreta alcanzó el lugar dónde se encontraban y el guía, avistándole brazo en alto, detuvo a las mulas.

—¿Cómo va eso? —le preguntó—. ¿Algún problema?

Archibald fue a hablar, pero el hombre se adelantó.

—En cualquier caso, tiene un pueblo a media legua... A no más de una hora a pié.

—Gracias. Eso necesitaba saber. Tenga un buen viaje.

—Siga por este camino y no se perderá.

—Gracias otra vez. Buena suerte...

El carretero no contestó. A su voz las mulas comenzaron a tirar del carro de forma maquinal y desaparecieron poco a poco, engullidos por la niebla.

—¿Has oído, Victoria?

Ella no contestó.

—¿No dices nada? Son buenas noticias. Solo hay una hora hasta el próximo pueblo.

—¿Y qué más da?

—¿Cómo que qué más da?

—Qué importa a cuanto estemos, si no permites que entre en el pueblo. Desde que comenzamos este absurdo viaje a ninguna parte...

—Lo sé, lo sé. Comprendo que haya sido duro para ti. Pero era mejor no

correr riesgos innecesarios...

—¿Innecesarios, por qué? Nadie me conoce, por aquí.

Archibald resopló.

—Basta con que uno entre en el pueblo para comprar alimentos, y a mí no me buscan. No nos ha ido tan mal después de todo. Sólo hemos echado de menos un buen catre... ¿En las anteriores... así lo hicimos, no?

—Si tú lo dices... Pero yo necesito ver algo más que monte.

Archibald no se resignó.

—De todas formas, si no te importa haremos la misma operación. Tú te escondes en las afueras y yo me acerco a comprar algo de comida.

—Qué divertido...

—Tenemos que llegar a la costa en el menor tiempo posible. Eso implica que debemos encontrarnos fuertes y bien alimentados.

Victoria estaba cansada de tantos planes; en especial cuando no se tomaba en cuenta su opinión, siendo esta la contraria a cuanto Archibald aspiraba. Había pensado en huir; cuando se iba a comprar era el momento para ello... Pero su hija era una bendita traba que no le facilitaba las cosas. ¿Hasta dónde conseguiría llegar, antes de que diese de nuevo con ella? Además, la niña no era la única que la retenía. La indecisión y la duda se acrecentaban cada día. El hombre que estaba con ella, le gustase o no le gustase, no solo era el padre de los seres que habían cambiado su vida, la había librado también de una muerte certera... Y aunque intentaba sacarse esa idea de la cabeza en cuanto aparecía, no quería seguir engañándose; reconocía poco a poco que no era dueña absoluta de sus sentimientos.

Todo parecía dar vueltas sin sentido en torno a ella, y el laberinto en el que se hallaba no parecía tener salida.

Su mente fantaseó hasta el mismo momento en que le conoció y una leve sonrisa transformó su semblante; fue él, reconoció a su pesar, quién la hizo vibrar por primera vez; quien la hizo soñar con pasión y amar con lujuria.

Y ahora, el que la hizo perder cabeza y razón; el que con su huída la hizo sentirse vacía y huérfana de caricias, repetía una vez tras otra que la quería.

Cerró los ojos y se mordió el labio inferior con rabia; por mucho que se esforzara en negarlo, todavía se sentía atraída hacia él.

Tobías hizo que olvidara esos sinsabores que por poco acaban con ella, pero a pesar de eso y de que creyó haber olvidado a Archibald, no todo resultaba tan fácil.

Deseaba convencerse a sí misma de que le amaba con todas sus fuerzas, y

aunque pareciese una contradicción, así era. Pese a todo, era como ir contra una corriente que arrastra cuanto encuentra a su paso, no dejando tras de sí más que una triste y amarga devastación; una angustiosa y corrosiva sensación coronada por la incertidumbre.

Suspiró a cada momento más confusa. Le gustase o no, alguien frenaba ese impulso y partía su corazón en dos... el culpable de todo; el mismo que dividía sus sentimientos, volviéndola loca: Archibald.

Unas horas después se encontraban en las inmediaciones de Roncesvalles.

Victoria perdió la mirada en el horizonte y liberó sus sentidos dejándose seducir por aquella tierra de misterio y leyenda. Las altas cumbres que coronaban las montañas que se avistaban desde allí cuando los espesos bancos de niebla lo permitían, despertaron en ella una sensación extraña; una rara mezcla de aislamiento y temor, que le provocaron un espasmo desde la coronilla hasta los pies.

En un acto reflejo y a la vez protector, apretó a su hija contra su pecho mientras que por sus mejillas se deslizaba dolor en forma de lágrimas.

Miró hacia las cimas nevadas y bajó los parpados. En apariencia parecían tan desoladas como ella, y semejaban ser engullidas por el gris blanquecino del cielo, así como ella se diluía a su vez en el gris negruzco de la vida.

Abrió los ojos y meneó la cabeza. Incluso el horizonte parecía desleírse en la bruma. Soledad y libertad, pensó.

En ese instante sintió como si aquellos confines que apenas alcanzaba a atisbar, la llamasen. Era algo extraño; como si aquél horizonte incógnito y lejano, permaneciese allí, a la espera de una decisión suya; una decisión, que más temprano que tarde, debería tomar: la de ser libre.

Archibald entró en el pueblo y fue directo hacia la plaza. Ya entre tenderetes, ojeó el género que los comerciantes ofrecían a gritos y se aprovisionó para unos días: quesos, embutidos, pescado seco y una hogaza de pan.

Echó una mirada a su entorno buscando una cantina. En todas las plazas había alguna y no tardó en descubrirla. Necesitaba un trago para despejarse; un pequeño vicio al que se había hecho adicto durante los últimos tiempos, y del que había tenido que prescindir durante los últimos días.

Palpó la bolsa del dinero y, animado, se abrió paso; en días de mercado se

encontraba a rebosar. Los visitantes, en su mayoría peregrinos, se mezclaban con comerciantes y con picaros ladronzuelos que sembraban el lugar en busca de alguna presa fácil que colaborase en llenarles el estómago.

Todo el mundo parecía haberse puesto de acuerdo en necesitar un poco de ocio a esas horas de la mañana.

A sacudidas y empujones consiguió por fin alcanzar el mostrador.

Se plantó ante el tabernero y pidió una cerveza fresca, que este se apresuró a servirle. Después dejó una moneda sobre el mostrador y se dispuso a engullirla de un trago.

Cuando alzaba el brazo con la jarra, un individuo de aspecto patibulario se colocó junto a él.

—Busco a un buen amigo —le dijo al tabernero.

El hombre simuló no haberle oído.

El sujeto se apoyó sobre el mostrador y elevó el tono para llegar con más nitidez a sus oídos.

—Es joven. Veintitantos. Rubio...

El cantinero hizo una mueca y alzó las dos cejas. No le gustaban los líos, y aquello, dada la guisa del que tenía en frente, tenía trazas de serlo.

El sujeto simuló una sonrisa e intentó ser agradable.

—Responde al nombre de Archibald —añadió.

El tabernero fingió pensar y encogió los hombros.

—¿Seguro que no te suena? Habla con acento, y es, como buen escocés, un gran amante del ocio... Ya sabes a lo qué me refiero, le gustan las mujeres, beber y la buena vida. Vamos, un tipo que no pasa desapercibido...

El cantinero resopló y negó con la cabeza.

—Por aquí pasan muchos así —aseguró—. Roncesvalles es paso de peregrinos... llegan de todas partes.

—Perdimos su pista en Orbaitzeta —añadió el sicario.

El tabernero movió el brazo en forma de abanico.

—¿Te quedarías tú con las caras de toda esa gente?

—Haz memoria, hombre —insistió—. Necesito verle.

—No sabría reconocer a casi ninguno de los que están aquí, si me preguntaran dentro de unas horas.

—¿Y no podrías hacer un esfuerzo...? Es un amigo, y podría estar en apuros. Necesitamos encontrarle.

Archibald no necesitó seguir escuchando. Se ajustó el sombrero cuanto pudo para ocultar su melena y se abrió paso a codazos hasta la salida. Como

si le faltase el aire, empujó la puerta con rabia y salió dándose de bruces con un tipo alto, fornido y enteramente vestido de negro.

Sin saber muy bien por qué, permanecieron inmóviles uno frente al otro; fue solo un segundo; un corto espacio de tiempo en el que pudieron cruzar por segunda vez sus miradas.

En un acto reflejo provocado por el miedo, intentó sin éxito calarse el gorro hasta lo imposible, agachó la cabeza y caminó todo lo aprisa que pudo hasta perderse entre la multitud. Ni siquiera se atrevió a volverse.

Mientras buscaba la salida del mercado, intentó poner en orden sus pensamientos. Este último suceso tenía que tomarlo forzosamente como una advertencia; hasta aquél momento creyó tenerlo todo bien atado, pero acababa de comprobar que estaba equivocado Y lo había descubierto por casualidad; como si fuera algo premonitorio; como si su destino intentara advertirle. El tipo que pronunció su nombre en la cantina, le puso los pelos como escarpas y la piel de gallina. Parecía conocerle bien; tanto a él como a sus vicios. Tanta casualidad, pensó, no era como para ir por ahí sin tomar precauciones; todas le iban pareciendo pocas.

El extraño con el que se topó en la cantina le vino a la mente; le resultaba familiar y tuvo la sensación de estar conectado a él de algún modo. Fue solo un presentimiento, pero tras lo ocurrido durante los últimos días, nada le parecía imposible.

Se masajó las sienes como si con ello fueran a venirle más aprisa los recuerdos. ¿De qué le conocía? ¿Dónde le había visto antes?

No encontrar las respuestas le desmoralizó. Tenía que relajarse, pensar y colocar cada pieza en su sitio; solo así conseguiría entender la anécdota sucedida en esa maldita taberna y tomar las medidas adecuadas.

Evocando lo ocurrido, no pudo evitar que castañearan sus dientes. Cerró los ojos y suspiró, nervioso.

Entonces, como un rayo de luz venido en su ayuda, el rostro de aquél desconocido pareció emerger desde algún rincón escondido de su memoria y se perfiló en su mente con nitidez. Revivió el momento: el hombre remontaba a toda prisa la escalera hacia la diócesis. Él descendía con calma peldaño a peldaño, recibiendo los frescos copos de nieve sobre su cara.

Sintió un escalofrío que le dejó paralizado. Si ese tipo estaba con el que indagaba en la taberna, significaba que ambos podían estar relacionados con el Obispo. Y siendo así, pensó, la situación se le complicaba bastante.

Recordó la masacre en el castillo y ató cabos. Solo una persona exenta de

escrúpulos podía ordenar tal barbarie, y solo otra persona sin escrúpulos podía llevarla a cabo.

Pensó en sí mismo como el colaborador necesario que fue, pues nada habría ocurrido de no ser por su desmesurada ambición; codicia pura que, si bien le dio riqueza, le apartó también de la mujer que amaba, aunque en aquél momento no fuera consciente de ello.

Con los nervios a flor de piel, aceleró el paso hasta las casas que ponían límite a la población. Debía salir de allí.

Una vez que dejó el pueblo, comenzó a nevar; eso le obligó a buscar refugio bajo una prominente roca que le recordó, seguramente debido a su débil estado anímico, a un mausoleo. Tembló al pensar que la brisa remolineante entre las rocas, era el único sonido que aportaba notas de vida, a pesar de su inquietante y estridente silbido.

Cerró los ojos e intentó concentrarse en lo que a todas luces parecía venírsele encima como un saco de piedras. Los distintos sucesos, fueron desfilando uno a uno por su mente y tomaron forma; una forma que no le gustaba en absoluto.

Recordó la detención del acompañante de Victoria, y evocarle aporreó su cerebro como un mazazo; comenzó a antojársele un error de cálculo a su favor, un afortunado desacierto por el cual debía dar gracias al cielo, así como al que pagó por él.

Todas las piezas encajaban. De ser aquél infeliz el que en realidad buscaban, no continuarían con sus pesquisas. La confusión se debería sin duda alguna a su afinidad con la chica; Victoria era quien en verdad les interesaba.

No obstante llegó a la conclusión de que no todo se sostenía; algo había que le confundía. El hecho de que no la identificaran a ella, lo desbarataba todo.

Intentó ir paso por paso y llegó a la conclusión de que no era esa la solución, pues de haber sido así, les habrían apresado a los dos. Eso significaba que aquél desdichado fue confundido con otro al que no vinculaban a Victoria; otro que, dado lo acontecido en la taberna, solo podía ser él.

Se puso en pie y caminó siguiendo el curso del río... a cada paso intentaba planificar su futuro; más que nunca, se decía a sí mismo, debía cambiar de aires; volver a casa era ahora o nunca.

Pero había un problema: Victoria.

Su propósito era convencerla para que le acompañara, pero no quería hacerse ilusiones, había llegado a la triste conclusión de que nunca lo haría; al menos por voluntad propia. Sin embargo, tanto ella como la pequeña eran las adecuadas para allanarle el camino hacia esa nueva vida, pues sabía que solo con un proyecto familiar fiable, sería recibido nuevamente por su clan. Solo de ese modo sería aceptado por los mismos que un día le desahuciaron de su tierra y de su hogar. Y lo harían hasta con honores.

Expulsó aire con fuerza y se mordió el labio inferior. Si fuera necesario, se dijo, la llevaría con él a la fuerza.

Intentó huir de sus mezquinos y ruines pensamientos, pero no pudo o no quiso. Aquella perversa solución, por muy indigna que fuese; incluso a él se lo parecía, era la mejor y más viable en cuanto a conseguir sus propósitos; la más efectiva forma de que ella cruzase con él el mar.

Rememoró lo ocurrido en la taberna.

Dadas esas circunstancias que lo cambiaban todo, y el inminente peligro que se cernía sobre su cabeza, ya no le quedaba tiempo ni vergüenza.

XXV

LA MENTE OSCURA

El carro transitaba por un camino estrecho, serpenteante y sembrado de piedras; atravesaba un solitario prado dividido por un arroyo que desfilaba por la zona, y que, debido a la nieve y a las bajas temperaturas, se encontraba helado casi en su totalidad.

Los pedruscos, cubiertos por la nieve y repartidos por la vía, incomodaban el avance de las mulas, las cuales ya cansadas resoplaban reclamando su descanso.

En aquél instante, escucharon la palabra que llevaban horas esperando.

—¡Sooooo!

Aquel vocablo era para ellas algo mágico y tenía una asombrosa afinidad con el relax. En cuanto lo oyeron, sin descompasar el trote y como si fuese pura rutina, fueron abandonando el centro del camino hasta detenerse junto a la orilla del río.

Tobías saltó del carro y se desperezó. Acto seguido se arrodilló ante las cristalinas aguas y contempló su rostro demacrado. Permaneció absorto en esa postura hasta que la voz de Rodrigo le devolvió a la realidad.

—¿Descansamos aquí? —propuso más que preguntó.

—Por mí...

Acarició el lomo de las bestias con ternura y añadió:

—Están agotadas. El descanso y un poco de agua les vendrá bien.

—Por mí, como tú veas —repitió Tobías—. Parece un sitio tranquilo.

—Es un magnífico lugar para pasar la noche —dijo el viejo—. Las mulas no pondrán ninguna objeción.

Tobías se puso en pie y sonrió en tono de aceptación.

—Estoy de acuerdo con las mulas... También necesito estirar las piernas.

—Echó un vistazo al paisaje y observó el camino descendente. Parecía seguir el curso del río.

—¿A qué pueblo vamos?—preguntó como de pasada. La verdad era que el nombre del pueblo no tenía para él ninguna importancia. Victoria, si es que todavía estaba viva, podía estar en cualquier lugar, se llamase como se llamase.

—Roncesvalles —contestó Rodrigo—. ¿Lo conoces?

—Nunca he salido de El Barcal.

—Te gustará. Es un pueblo acogedor y tiene mercado; un fabuloso y próspero mercado. —Le miró y frotó sus dedos índice y pulgar—. Hay mucha superstición... Y eso se traduce en buen dinerito.

—¿Conoces toda la región?

—Y más... Soy por necesidad, de culo inquieto.

—Ya lo veo, ya...

—No puedo permitirme estar demasiado tiempo en el mismo lugar. ¿Cómo iba a ganarme la vida, si no?

—Claro. Tienes que hacer felices a todos—rió Tobías.

—Tú, ríe, ríe... Hay mercados, aunque no lo creas, en los que la clientela se amontona. Toda persona humilde desea conocer su futuro o el futuro de de alguien a quién ama... aunque solo sea para emular a los nobles. La pena es que no todos pueden asumir los gastos. Son tiempos difíciles, y muchos, incluso uno mismo algunas veces, no pueden hincarle el diente a algo todos los días. Si tienes un oficio y eres hábil, con suerte encontrarás las lentejas en alguna parte, aunque no sea todos los días...

—¿Y si no tienes oficio? No todo el mundo lo tiene.

—Si no es así, la única opción es hacerte vagabundo o guerrero.

—¿Guerrero? Antes me hago adivino.

—Rodrigo hizo una mueca y soltó una risa de falsete.

—A la mayoría no les hace pizca de gracia ser soldado —le aclaró—, pero hay muy pocas opciones, «si no sabes hacer nada más», de morirte con el estómago lleno... Está claro que hoy por hoy, es lo que impera; algo que todo el mundo sabe hacer bien, es morir... Y en cuanto a lo que has dicho sobre ser adi...

Tobías le interrumpió haciendo un aspaviento.

—No te lo tomes tan a pecho, hombre... que solo era una broma. Además, qué quieres que yo te diga... como último recurso y antes de ir a que le maten a uno por un plato de lentejas, siempre será mejor opción dedicarse a la

adivinación y la magia... Tú lo haces y no te va tan mal. Creo que a mí tampoco se me daría mal del todo... observé cómo lo hacías y...

Rodrigo pareció valorar la reflexión y repuso:

—Es posible que se te dé bien engañar, sí. Pero si eres un farsante, más tarde o más pronto te cazan... Y si no te matan de una forma, te matan de otra. Si lo que pretendes es engañar, mejor hazlo con estilo; tiene que parecer que sabes, que si no...

Tobías frunció el ceño.

—¿Quieres decir que tú no lo eres?

—¿Te refieres a si soy un farsante?

—¿A qué si no?

—No.

—¿No estarás burlándote de mí, verdad?

—¿Por qué iba a burlarme?

—¿Me estás diciendo que no eres un...?

—En efecto. No lo soy. —Hizo un gesto de sorpresa y puso las manos palma arriba para enfatizarlo.

—¿Me estás diciendo que eres un mago de verdad?

—Creí que lo dabas por hecho...

Se hizo un silencio extraño. Tobías había conocido a narradores itinerantes que se ganaban la vida contándole a la gente por unas pocas monedas, historias fantásticas de magos, adivinos y brujas malas, pero nunca creyó que fueran más que cuentos para entretener a la plebe. Y la prueba más palpable era Melissende. Además, la inmensa mayoría de esas historias dejaban a los magos en no muy buen lugar.

Aún así, dijo a modo de disculpa:

—¿Espero que entiendas que lo decía... siempre oí...

—¿Qué es un engaño?

—Algo así, sí.

—Y en realidad lo es... Hay dos tipos de magia.

—¿Qué quieres decir?

—Hay dos tipos de magia —repitió Rodrigo—... Uno de ellos consiste en engañar a la mente...

—¿Y el segundo?

—El otro trata de engañar a la naturaleza. Este último busca obligar a las fuerzas naturales a abrir puertas que la mayoría ignora que existen.

—¿Puertas?

—Es solo un concepto.

—¿Y luego qué?

—Una vez dentro... recuerda que es solo un concepto, si el trabajo se realiza como es debido, debe hacerse creer que es solo una ilusión... que pertenece al primer tipo.

—¿Al primer tipo?

—¡Exacto! ¿Lo captas?

Tobías estalló en carcajadas.

—¿Quieres decir que se trata de hacer creer que todo es igualmente producto de la mente? No me hagas reír...

—¿Y acaso no lo es?

Tobías quedó pensativo y sin saber cómo replicar.

—Palabrería tienes, lo reconozco, Aún así, deja que te diga...

—¿Quieres decir que no querías ofenderme?

—Algo así. Siempre oí decir que esto de la magia... En fin, que no era mi intención menospreciar tu trabajo.

—Lo sé, hijo, lo séeee... Pero estas cosas duelen igual. Aunque se digan buscándole el lado cómico y sin malas intenciones. Por muy viejo que uno se haga, mala crítica toca orgullo. Es como una patada en los huevos, vamos...

—Lo siento. Ya dije que no quería ofenderte.

En fin —suspiró—, tú has hecho tu crítica y yo dicho lo que pienso. Todos contentos. Pero que sepas que duele en un huevo y en el otro también.

—Sí —reconoció—. Sé bien que el orgullo duele.

Rodrigo carraspeó.

—Por cierto —le preguntó—, ¿tú tienes algún oficio?

—¿Oficio?

—¿Sí, algo que te ayude a llenar el estómago sin tener que recurrir a la espada o al tarot? Ya dije antes, que para llenar el buche hace falta tener alguna habilidad. ¿Posees destreza en algo que entretenga tu boca, chaval?

—Trabajo la tierra y no se me da mal la caza.

—¿Y ya está...? En tiempo de guerra, la tierra da poco y su fruto es saqueado para acabar en el buche de nobles y soldados. Volvemos al principio. En cuanto a la caza, te felicito; no todos tienen la posibilidad de sobrevivir en el campo. Aunque lo cierto es que lo único que te asegurará morder algo de vez en cuando, es el dinero. Toma nota.

—Pues hasta ahora he vivido siempre en una pequeña aldea que algunos se empeñan en llamar pueblo. Todo el mundo se conoce allí, y nadie pasa

penurias. La gente se ayuda en lo que puede; hasta el párroco lo hace.

Rodrigo se esforzó para no reír.

Tobías creyó que se burlaba y le recriminó.

—Veo que te divierte lo que digo...

—No es eso, chaval, pero... —Ya no pudo contener la risa y explotó en carcajadas.

A Tobías le desconcertó su reacción.

—No sé el por qué de tanto pitorreo, pero seguro que tiene una explicación.

La risa del viejo se convirtió en tos. Tobías le palmeó la espalda hasta que recuperó el aliento.

—Relájate, viejo... que te va a dar algo...

Rodrigo echó el penúltimo esputo y se aclaró la gola.

—Verás... —le explicó tras escupir el definitivo—, es que me ha hecho gracia eso que has dicho del párroco.

—Pues yo no se la veo. ¿Y casi te mueres por eso?

—Lo he pasado mal, sí... Joder, casi me ahogo. Pero...

—Ese párroco es un buen hombre —le cortó—... En El Barcal es muy respetado.

—¿Le respetan... o le temen?

—Todos le quieren.

—Ya sé que no todos son iguales, créeme que lo sé... Pero es que ha sido el decirlo y entrarme locas ganas de conocerle... ¿Debe ser un espécimen raro, no?

Ahora fue Tobías quién rió.

—También a ti te hace gracia, ¿verdad?

Tobías continuó riendo hasta que también tosió.

Rodrigo le sacudió el lomo hasta que escupió y le dijo:

—No te me mueras ahora, chaval... La iglesia ya tiene bastantes víctimas.

—Ese es un buen hombre —insistió Tobías—. Enseña a leer y a escribir a quienes quieran aprender...

—Ya.

—Y da de comer a los que están de paso por la aldea... Es un buen hombre.

—Te creo, te creo...

—¿Ahora me crees? ¡Pues no te entiendo!

—Eso es también un oficio, hijo, y bastante lucrativo. No deja de ser un

camino más para... Bueno, tú ya me entiendes.

—Pues la verdad es que no. No sé a dónde quieres ir a parar.

—Lo que quiero decirte, es que no deja de ser otra vía de escape para salir de la miseria.

—Parece que te conoces todas las triquiñuelas para no pasar hambre —se asombró Tobías—. Se ve que conoces mucho mundo.

—Mundo, mundo, no creas que he visto tanto —dijo.

—Pues cualquiera que te oiga...

Rodrigo le puso una mano sobre el hombro y suspiró.

—Pero visto lo visto —aclaró—, bastante más del que necesitaba... Aunque te cueste creerlo, soy un conformista. Me limito a trabajar, comer y beber cuando puedo... a cuidar de mis mulas, dormir y no mucho más. ¡Ellas lo saben! —Soltó una carcajada—. Pregúntales si quieres...

—¿También has pasado hambre?

—Durante un tiempo —suspiró de nuevo— la escasez y el hambre revolotearon por mi estómago como buitres en busca de despojos. Y si no llego a espabilar, se habrían zampado hasta mis cicatrices... —Chascó la lengua y se mordió el labio como si él mismo pusiese en duda lo que acababa de decir. Después, con aire afligido, añadió—: La verdad es que nunca he podido deshacerme de ellos...

—¿Ah, no?

—Aún revolotean por mi vida en los momentos más oscuros; esos momentos llenos de vacío en los cuales se pierde la esperanza. Podríamos decir que nadie está libre de ellos.

—Te entiendo —le aseguró Tobías—. Yo también he visto esos buitres sobrevolándome. Gracias a Dios, pasó.

—A mí al contrario, no me dan tregua y parecen per-se-guir-me. —Silabeó con el propósito de impresionarle.

Lo consiguió. Tobías miraba atónito el movimiento de sus labios, incapaz articular palabra.

Rodrigo le dio una palmadita en el brazo.

—Qué se le va a hacer... Eso es a lo que llaman miedo —dijo en tono de resignación—. Y está tan arraigado en mí, que ya es tarde para remediarlo. Dicen que solo con sacudirlo se va, pero en mi caso no hay nada que hacer... Por mucho que lo he intentado...

Ahora fue Tobías quien le palmeó la espalda.

—Pues sigue insistiendo...

Rodrigo pareció resignarse una vez más.

—Existe un momento para cada cosa, hijo. Y para mí, ese momento ha pasado. ¿Qué le voy a hacer? A mi edad, ya no concibo la vida sin él.

Tobías le miraba anonadado y sin abrir la boca. Ante su pertinaz silencio, escupió, se limpió con la manga y le preguntó:

—¿Por qué estás tan callado? Te noto ausente...

—Desde luego, sabes transmitir el miedo —le dijo.

—¿Tú crees?

—Lo siento hasta en la rabadilla...

Rodrigo chascó la lengua y replicó:

—Cuando el miedo se te instala en la cabeza, tan solo puedes esforzarte en controlarlo. Pero nunca conseguirás dominarlo del todo ni te olvidarás de él jamás.

Tobías rompió de nuevo su silencio.

—Debió ser duro... He tenido la sensación de que has vuelto a vivirlo mientras lo contabas.

Dado el interés que veía en Tobías, se animó.

—Al principio era mucho más ambicioso, ¿entiendes? Adivinaba y trabajaba para los nobles, en proyectos que la mayoría no se atrevería ni a soñar.

—¿Proyectos con los nobles?

Asintió y continuó.

—La alquimia, hijo, era mi mayor habilidad. En aquél tiempo, yo tenía el sustento ganado de antemano. Podía disponer a mi antojo de lujosas alcobas y ropas caras, ya me entiendes, de lo que me viniese en gana... hasta las mujeres de los nobles estaban a mi disposición.

—¿Y qué pasó?

.....Encogió los hombros.

—Que aquella rutina se volvió para mí tan fatigosa, que un buen día decidí darme la libertad. Eso pasó.

La curiosidad de Tobías iba en aumento.

—¿Y...? —le preguntó, ávido por conocer de él.

—Y partí...

—¿Así, sin más?

—Rodrigo se hinchó de satisfacción.

—Así sin más, chaval. Me largué privándoles de todo lo que necesitaban: el «futuro» del día.

Al Recordarlo, se le escapó una estruendosa carcajada; tan escandalosa fue, que espantó a las mulas y le provocó un ataque de tos que a punto estuvo de hacerle caer.

—Con dos palmos de narices les dejé... —añadió con orgullo en cuanto se recuperó.

—¿Y lo hiciste porque no te gustaba la rutina?

—Sí. La rutina corroe más que los años.

—Mucha gente sueña con una vida así... Sin altibajos. Una vida tranquila, no tiene nada de malo.

—Es difícil de creer, pero era una vida sosa y cansada. Me hacían consultas por las cosas más absurdas y a las horas más inverosímiles. Algunos, dependientes hasta el tuétanos, no daban un solo paso sin haberlo consultado antes conmigo.

—¿Tan en serio te tomaban?

—No se tiraban un pedo sin mi permiso.

—Pues a mí me parece una vida interesante... —dijo, cautivado—. No todo el mundo tiene la fortuna de vivir esas experiencias... Y menos aún la de conocer a la gente que has conocido.

Rodrigo asintió con desgana y carraspeó.

—Reconozco que no vivía mal. Es cierto.

Tobías puso cara de no entender.

—Pero a pesar de eso, te fuiste abandonándolo todo...

Rodrigo asintió, convencido.

—Sí. Yo necesitaba sentirme libre, como respirar. Ver el cielo... escuchar el canto de los pájaros y el rumor del agua corriendo río abajo... Necesitaba explorar caminos nuevos, conocer mundo y gente diferente. Por supuesto, intentaron retenerme ofreciéndome cuanto tenían...

—¿Cuánto tenían, que tú desprecias... no?

—Eso es: bienes, dinero... Solo cosas.

—¿Y rechazaste todo eso por algo que todo el mundo tiene al alcance? ...Porque cuanto acabas de describir es gratis. Cualquiera puede disfrutar de eso sin pagar.

—Así es, lo rechacé. Lo hice a cambio de insignificantes cosas que todo el mundo parecía disfrutar menos yo; al menos, como a mí me apetecía. Pero por desgracia fue tomado como un acto de desobediencia; como un insulto a su forma de vida; una egoísta forma de vivir que ellos consideraban poco menos que divina, y que nadie en su sano juicio tenía derecho a rechazar. —

Lanzó una sonora carcajada y se golpeó el pecho—. Pero se toparon con un loco como Rodrigo.

—¿Te refieres a que querer ser pobre trae problemas? ¡Pues vaya mierda! A Rodrigo le desconcertó aquella reflexión.

—Joder, dicho así...

Tobías encogió los hombros.

—¿No es eso lo que has dicho?

—Yo he dicho, libre.

Tobías se rascó la coronilla.

—¿Y hay que ser pobre para ser libre?

—Estoy en ello y no me va tan mal... Lo que sí sé, es que el dinero, cuando es muy cuantioso, te convierte en su esclavo.

—No lo cojo...

—Es difícil de entender si no se ha experimentado.

—Pues todo el mundo corre tras él. Nadie piensa que le traerá problemas. Lo que piensan que es un problema, es no tener nada que llevarse a la boca.

—Y lo es... Tener el estómago lleno de grillos, es un problemón. Lo idóneo está en el equilibrio... la riqueza y la pobreza son dos extremos que rompen la armonía de la mente y causan, aunque de manera distinta, la misma sensación de ansiedad. Y si intentas nivelar esa sensación de desasosiego, te llaman loco y revolucionario.

—O tonto...

—...O tonto.

—¿Y qué demonios tiene que ver el querer ser pobre con ser revolucionario? Yo entiendo muy poco de todo y ni siquiera sé leer, pero lo que sí sé es escuchar. Y por lo que tengo oído, es al contrario.

—Todo acto revolucionario trae problemas.

—¿Quieres lo que quieras, es un problema? ¡Joder! La vida es un problema sin solución, entonces...

—El egoísmo es el problema. Lo que ocurre es que las revueltas solo muestran la otra cara de la misma moneda.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Que todo es un puñado de la misma mierda, y que nada sirve de nada ni para nada. —Se llevó la mano al pecho y remató—: La libertad está aquí y en ningún otro lugar. Si no te sientes libre, no lo eres. Ni rico ni pobre... Y qué mayor acto de sublevación existe, que el de querer ser pobre, si eso te hace sentir libre...

—Parece que la libertad tiene muchas caras. Está loca.

—Y también un alto precio, no lo olvides. Mis manos no lo hacen.

—Hay que tener valor para hacer lo que tú hiciste y asumir las consecuencias con tanta alegría... Sobre todo, porque...

Rodrigo adivinó lo que iba a decir y le interrumpió.

—¿Porque no tenía por qué? Piensas qué no mereció el esfuerzo, vamos... Tobías asintió.

—Algo parecido. Cambiar de vida a peor, cuando uno tiene todas las comodidades, me parece una insensatez... No te ofendas, Rodrigo, pero...

El viejo exclamó con voz lastimera:

—¡Y lo es! ¡Claro que lo es! ¡Ahí está lo bueno!

—Cada vez que abres la boca, te entiendo menos.

—No hay nada que entender si no se desea hacerlo, pero te diré algo que podría servirte en el futuro: todo lo que se mueve, avanza, y todo avance, sea en la forma que sea, surge del riesgo. No existe nada tan nefasto como la rutina aceptada. Si no abandonas el bastión de comodidad que esta te proporciona, ni vives ni dejas; en especial lo segundo. Eso es lo que les ocurre a todos los que están sentados en sus poltronas desde antiguo; esos que están cómodamente instalados en su rutina y no dejan hacer a quienes quieren cambiar las cosas. Ha sido desde siempre así. Por fortuna, el mundo avanza; con o sin ellos.

Tobías quedó desconcertado. Las reflexiones de aquél viejo loco iban atestadas por sus cuatro costados de todo lo contrario a cuanto le habían enseñado.

Imbuído en esos pensamientos, seguía inconsciente el curso del agua.

De manera fortuita reparó en una figura que yacía al borde de la otra orilla; estaba tendida junto al agua con la mitad de su cuerpo oculto entre los peñascos lindantes al riachuelo, y estos la hacían poco menos que invisible con el sol de frente. A juzgar por sus ropas, se trataba de una mujer.

Minutos después llegaba al otro lado y comprobaba que se trataba en efecto de una joven; estaba boca abajo con los brazos extendidos y cubiertos por el agua.

Paralizado por el espanto, no tuvo valor para volverle la cabeza. Tampoco lo necesitaba, la melena que remolineaba al compás del agua, era larga y roja.

Sintió que cuanto había a su alrededor se tambaleaba. Su alarido reverberó como un trueno entre las montañas.

—¡Dios... que no esté muerta! —Le volvió la cabeza y tocó su carótida en

busca de una señal por insignificante que fuese, de vida—. No podría soportar su falta... no se imaginaba ya la vida sin ella.

No estaba preparado para lo que estaba pasando. Todo discurría a una velocidad a la que no estaba habituado.

Segundos más tarde, sintió latir la vida en el cuello de la muchacha; esta parecía fluir a través de sus dedos, aún pegados a su carótida. De manera paulatina, el color fue regresando a su cabeza, y con él un centelleo de vida en sus ojos.

El sosiego y la euforia se apoderaron de él al mismo tiempo. ¡Estaba viva!

La examinó de la cabeza a los pies; no se le apreciaban heridas a simple vista y eso le llenó de esperanza. Sonrió como un niño. No podía creer en su suerte.

Suspiró dejándose caer al lado de ella y sintió cómo se relajaba cada músculo de su cuerpo; la extraña calma que se apoderaba de él hasta hacerle flotar de dicha, nunca la había experimentado.

Respiró profundo y dejó volar sus pensamientos. Qué cosas tenía la vida, se dijo, la búsqueda que tantas veces le quitó el sueño; la que le atormentó desde la desaparición de ella y hasta dudó poder finalizar con éxito, se le revelaba casi como una broma de mal gusto y terminaba sin más junto aquél arroyo. Si los milagros no existían, se dijo, poco convencido, ¿qué era aquello?

Se abrazó a ella con fuerza y permaneció así hasta que perdió la noción del tiempo; si algo no deseaba por nada del mundo, era perder su contacto. ¡Otra vez no!

Por segunda vez, y como si fuera una señal, sintió en su hombro la cálida mano de Rodrigo. Aquél viejo que se pavoneaba de ser un mago, se estaba convirtiendo para él en un amuleto.

—He constatado debido a tu alocado alarido —le dijo de forma poética, sin quitarle la mano del hombro— que no es para ti una extraña. ¿Me equivoco acaso?

Tobías negó con la cabeza.

Rodrigo pareció meditar unos segundos y preguntó:

—¿No será la que...? Aunque ese grito auguraba que sí... ¿Me equivoco? —Sonrió se forma pícara.

Tobías asintió.

—Es la que buscaba —dijo, eufórico—. Todavía no sé si es verdad. Pensé tantas veces que...

—Deberíamos llevarla al otro lado. En el carro estará más cómoda — propuso Rodrigo—. Cuando le quites esa ropa empapada, entrará en calor. Ha sufrido una conmoción, seguro.

¿Cómo puedes saberlo? ¿No sería mejor llevarla a un médico?

—Espero que no sea necesario.

—¿Tú crees? Tengo dinero. ¿No había un pueblo por aquí cerca?

Rodrigo lanzó un escupitajo.

—Cálmate —dijo—. Respira hondo, ¿quieres?

Tobías le miró atónito.

—¿Cómo puedes estar tan tranquilo? ¿No ves que...

—No tiene ni un rasguño. Ha sufrido un desmayo, eso es todo. Lo más probable es que haya perdido el conocimiento como autodefensa...

—¿Cómo autodefensa?

Rodrigo asintió.

—A causa de algo —explicó— que no ha conseguido soportar y la ha sumido en un fuerte estado de ansiedad. Es por norma el resultado. He conocido casos como este. No debes preocuparte.

Tobías se rascó la coronilla y replicó:

—Te veo muy seguro...

—Será porque lo estoy.

—En serio... ¿sabes de lo que hablas? A ver si ahora va a resultar que también eres médico.

Rodrigo intentó tranquilizarle.

—He vivido bastante.

—¿Y eso te convierte en médico?

Fingió una mueca de dolor mientras le mostraba las manos; lo hacía a menudo para dar realismo y credibilidad a su historia.

—A mí —añadió, compungido—, me ocurrió algo así cuando me machacaron las manoplas. —Las mostró por ambos lados intentando transmitirle el insufrible dolor que llegó a sentir—. Pero esto no fue lo peor —aclaró—. Existen males mayores que este, que nada tienen que ver con el dolor físico... al menos, para mí.

—¿Cómo cuales?

—Como el simple y vulgar acto de limpiarse el culo.

—¿Estás de broma, no?

—¿De broma? No muchacho, no estoy de broma... Ni limpiármelo podía. Así tenía las manos. —Le apuntó con el dedo y agregó—: Y no te cuento lo

que pude sufrir cuando me picaba...

Tobías resopló como si lo viviera.

—Tuvo que ser duro —reconoció, llevándose la mano al culo—, es oírlo y ya me pica. ¿Y qué hacías?

—¡Tenía que rascármelo contra las rocas, joder! —No pudo aguantar una de esas risotadas que nunca acaban y cuando sus pulmones no dieron más de sí, tosió como si se le hubiera descosido el pecho, hasta que le salió saliva por la nariz. Se tapó una de las fosas nasales, expulsó por la otra, y como nuevo.

—En fin... —reanudó—. Chistes aparte y volviendo al dolor, ¿tú sentiste algo parecido cuando encontraste a la chica, no? ¿Qué te pasó por la cabeza al vislumbrar la posibilidad de que podía estar muerta? ¿Dolor extremo, verdad? Tu grito así pareció indicarlo. —Arrugó la frente y agitó la cabeza de arriba abajo—. Creo que no perdiste el conocimiento porque no estabas seguro y pensaste que podía necesitarte. Eso es lo que te mantuvo fuerte.

Tobías lo admitió a regañadientes con un movimiento de cabeza y derivó la conversación hacia Victoria.

—¿Y entonces qué hacemos? ¿Qué hacemos con ella?

Rodrigo le dio una palmada en la espalda.

—Déjala descansar... —propuso—. La naturaleza hará el resto.

—De todos modos, hay algo que no acabo de entender —dijo Tobías, meditativo—. Cuando me apresaron... su hija estaba con ella. —Paseó sus ojos por los alrededores—. Y veo que no está por aquí.

Rodrigo le miró desconcertado.

—No me dijiste que había una cría. ¿De qué edad?

—Algo más de un mes.

El rostro del viejo sufrió una convulsión.

—¡Dios! —Se llevó las manos a la cabeza—. Eso es un recién nacido... Ahora empiezo a entender a la chica.

—¿Qué quieres decir?

—Hay pocos dolores que puedan hacer tanto daño a una madre como perder a un hijo. Eso explica todo este galimatías. —Escupió y se rascó la coronilla—. Aunque si te soy sincero, no le veo buena salida a esta mierda.

—¿A qué te refieres?

Tratándose de alguien tan vulnerable, estas cosas, por lo general acaban mal.

Tobías intentó poner su grano de optimismo.

—No tenemos ni idea de lo que ha ocurrido. es mejor no adelantar

acontecimientos. Debemos tener esperanza.

Rodrigo suspiró.

—Y dime: en caso de no estar muerto, ¿dónde piensas tú que puede estar un bebé de sólo un mes?

Tobías señaló a Victoria.

—Ella nos lo dirá... Después de lo que hemos pasado, no quiero pensar en la posibilidad de que algo no pueda salir bien. Encontrarla viva ha sido un bendito milagro... un regalo divino que nunca agradeceré lo suficiente... Ha sido encontrarla y volverme optimista de golpe.

—¡Sí que te ha dado fuerte, sí! Es curioso.

—¿Qué es curioso?

—Eso demuestra que la infelicidad no es eterna ni se ceba con uno para siempre. Está claro que las sombras se mueven de aquí para allá saltando de luz en luz; cagando briznas de oscuridad sobre cada feliz iluminado que halla en el camino. ¡La vida tiene caca para todos!

—Tobías frunció el ceño y se rascó la coronilla.

—¿Te refieres a que...?

—A que no habría noche sin día, ni sombra sin sol, ni muerte sin vida —le cortó—. No hay mierda sin comida.

Tobías reflexionó sobre aquello y admitió:

—...¿Qué quieres que te diga? Creo que nunca había estado tan seguro de que todo es posible cuando se desea.

—Ese pensamiento, transformado en actitud, es capaz de darle la vuelta al infortunio más arraigado.

—¿De verdad lo crees?

—Lo creo...

—Tobías pareció tranquilizarse. Las palabras del viejo comenzaban a ser para él como un calmante.

—Espero que tengas razón —dijo—. Debemos confiar en que la rueda haya dado un giro. Según eso, ahora nos toca tranquilidad. Ya hemos sufrido bastante...

—Rodrigo también le dio un giro a la conversación.

—¿De quién es la niña? —le preguntó a bocajarro.

Tobías, desconcertado, pareció titubear.

—No es hija mía —le aclaró al fin—. El día en que la conocí, ella ya...

Rodrigo hizo un aspaviento y forzó una mueca que desprendía ironía por todas partes.

—Que no es tuya, salta a la vista —le interrumpió—. Pero conocer sus orígenes podría conducirnos al meollo del problema. Alguien debe haberse hecho cargo de ella, digo yo... ¿O no?

Los ojos de Tobías adquirieron un brillo especial.

—Me gusta que veas las cosas con optimismo —dijo más animado—, eso me da energía. Esperemos que todo tenga sentido y solución.

Yo también lo espero —deseó el viejo—. También lo espero, créeme.

Cuando abrió los ojos, un gesto de satisfacción se dibujó en su semblante; la placentera temperatura que la gruesa manta de piel le daba, hizo que se sintiera protegida.

Curioseó a su alrededor y comprobó que se hallaba en una carreta. Una sonrisa de satisfacción invadió su cara; después de tantas noches a la intemperie, aquel armatoste le parecía un palacio.

Tras unos segundos de confusión, pareció ponerse al día y sus recuerdos recientes emergieron de su amodorrada memoria, como si escapasen de un pozo oscuro.

—¡Mi hija! —Gritó con todas sus fuerzas—. ¡Devuélveme a mi hija!

Tobías entro a toda prisa y la abrazó como si con ello pudiera paliar su dolor, pero sabía bien que era un dolor que no podía ni debía mitigar.

Rodrigo también apareció en ese momento.

—¿Tobías? —exclamó ella sin dar crédito. Acarició su rostro, temiendo que este pudiera desvanecerse—. ¡Estás vivo!

—¡Estáis vivos! —corrigió Rodrigo—. Los dos...

—De repente, ella se irguió como un resorte.

—¿Este quién es?

—Es una larga historia —explicó Tobías.

—¿Y Archibald? —gritó—. ¿Dónde está Archibal?

Rodrigo y Tobías se miraron estupefactos.

—¿Archibald? —preguntó a su vez Tobías.

—Sí...

—No tengo ni idea. Cuando te encontramos estabas sola —aclaró.

Por un momento, pareció olvidar todas sus penas. Le miró, acarició de nuevo su melena rubia y repitió:

—¡Estás vivo!

—Tobías asintió en silencio.

Ella le abrazó con todas sus fuerzas y susurró su oído.

—Si supieras cuanto he deseado volver a verte... a tocar tus labios. —Las lágrimas empañaron sus ojos asemejándoles al jade más precioso. —Siempre confié en volver a ver esa sonrisa tuya; en volver a reflejarme en esos ojos... —le estrechó contra su pecho como si intentara fundirle a él—. Lo he deseado con tanta fuerza...

Rodrigo carraspeó con la sana intención de recordarles su presencia.

—Debes quitarte esas ropas mojadas, hija —le dijo—. Ya arreglareis vuestras «cosas» más tarde. Encontraré qué hacer en el río, no os preocupéis.

Victoria pareció concienciarse de su presencia. Miró a Tobías y enarcó una ceja.

—¿Podemos confiar en él? —le preguntó.

La tranquilizó.

—Podríamos decir que es nuestro salvador.

—¿Nuestro...?

Tobías asintió y le explicó:

—Él me convenció para acompañarle; gracias a eso te encontramos. Ha sido para nosotros como un amuleto.

Ella miró al viejo y pareció agradecersele con los ojos.

Tobías la estrechó como si no acabara de creerse que estaban juntos de nuevo.

—Te he echado mucho de menos —dijo sin soltarla. Pensé que os había perdido.

Se incorporó de forma brusca. Las últimas palabras de Tobías habían impactado en ella como un latigazo.

—¡Tenemos que encontrar a mi hija! ¡Archibald se la llevado!

A Tobías se le atropellaban las preguntas.

—¿Cómo? ¿Que Archibald te ha quitado?

Ella suspiró como si le costara aceptarlo.

—Eso he dicho.

—¿Y por qué? ¿Qué hacías tú con él?

—Su intención era obligarme a ir a Escocia, pero ante mi negativa, decidió...

Tobías no la dejó continuar.

—¿Cómo ha podido hacerte eso, ese...?

Victoria le cortó a su vez.

—Se acercó al pueblo a por víveres y cuando regresó, ya no era el mismo.

Algo ocurrió que le hizo cambiar de planes. Entonces se la llevó. No debe andar lejos.

Tobías poso sus manos en los hombros de ella.

—¡Te la ha robado! —exclamó, sacudiéndola.

— Bueno, yo no diría tanto. También es suya.

—¡Ya...! —Lo dijo clavándose las uñas.

Ella suspiró desanimada.

—Dijo que si quería verla, sabría dónde encontrarle.

—¿Y lo sabes?

—Te lo acabo de decir. Su intención es ir a Escocia.

—Tobías se volvió a Rodrigo con mirada inquisitiva.

—¿Está muy lejos Escocia?

—Rodrigo se rascó el cogote e intentó aclararle.

—Más que lejos, yo diría que...

—Intentaremos cogerle antes... —le cortó.

Rodrigo sonrió y le dio una palmadita en la espalda.

Tranquilo —dijo—. Aún le queda. Tiene que llegar al mar.

—¿Al mar? —Frunció el ceño—. Nunca he visto el mar... He oído historias maravillosas y difíciles de creer acerca de él, pero lo que es verlo. Debe ser magnífico.

—Lo es, hijo, lo es...

—¿Llegaremos hasta allí?

Rodrigo tosió a propósito.

—Yo espero no tener que hacerlo —dijo masajeándose la rodilla—. Con este reuma no me parece una buena idea. Vosotros podéis ir cuando queráis.

Tobías arrugó el entrecejo.

—¿Cómo que cuando queramos?

—En efecto, cuando queráis. Aunque con un poco de suerte no tendréis que llegar hasta allí. Seguro que, anda por aquí cerca. No se anda ligero con un bebé a cuestas.

—Pensé que seguiríamos juntos —dijo Tobías—. ¿No dijiste que ibas de pueblo en pueblo y que eras muy feliz cuando te encontrabas en ninguna parte?

—¿Y eso qué tiene que ver con el mar?

—¿Algún inconveniente en llegar hasta allí?

Rodrigo dejó de masajearse y señaló a Victoria.

—Ya has encontrado a la chica, ¿no?

—Sí... ¿Y qué?

—Pues ya está. Que seáis felices y comáis perdices.

—¿Te burlas de mí?

—¿Te parece que me burlo de ti?

—¡Necesito que sigamos juntos!

—¿Dime qué pinto yo en esto? ...Ya tengo suficientes problemas; no estoy para meterme en más berenjenales... Además necesito trabajar para...

—Pero...

—¡Ni pero ni nada! Yo no vivo del aire...

Tobías sacó la bolsa del dinero y la hizo tintinear.

—Estás de suerte —dijo—. Necesito alquilar un carro.

A Rodrigo le asaltaron las dudas, pero Tobías acababa de propinarle el empujón moral que necesitaba.

—Eso es muy tentador —admitió—, pero...

—¿Cómo que pero...?

—Que ya estoy viejo para correr riesgos innecesarios.

—¿No dices que todo avance surge del riesgo?

El viejo agachó la cabeza y resopló.

—¡Bribón! —exclamó, viéndose atrapado.

—¿Acaso reniegas de lo que dijiste? —pinchó Tobías.

—¡Eres un maldito embaucador... ¿Lo sabías?

Tobías le lanzó la bolsa.

—Esas fueron tus palabras —le recordó—. ¿No se te irá la fuerza por la boca, verdad?

Rodrigo sopesó la bolsa.

—Es tentador —reconoció—. Lo pensaré.

XXVI

EL CALOR DE UN HOGAR

Era ya de noche cuando Archibald entró en el pueblo. No deseaba llamar la atención, y de haber tenido opción, no hubiera vuelto, pero su pequeña necesitaba alimentos y calor. Hasta ese mismo día, había sido amamantada por su madre, pero ahora la cosa había cambiado. Su propósito era buscar alguien que le indicase los pasos a seguir.

El estrepitoso lloro de un bebé le indicó el camino.

Con sigilo, avanzó por barro y nieve hasta llegar a la casucha de dónde provenía el llanto. El aspecto de la casa era de hogar humilde; un armazón de madera recubierto de paja. El habitáculo se componía de una única habitación, y debido a la dura estación invernal, acogía en su interior a los animales; una vaca y un buey que contribuían lo suyo a mantenerlo caliente. No disponía de puerta.

Se plantó en el umbral y carraspeó para ser oído.

Una pareja acudió a la llamada.

—Es muy tarde, señor, no tenemos con qué ayudarle. Debe disculparnos —dijo la mujer. Era joven y delgada; su larga melena recogida con un moño, estaba revuelta y adornada con briznas de paja—, no tenemos suficiente ni para sobrevivir nosotros. Ha venido al sitio equivocado.

Archibald puso su mejor cara para agradarla. Cuando creyó haberlo logrado, dado que ella no parecía captar el motivo de su visita, alzó sus brazos mostrando la piel que envolvía al bebé. Un segundo más tarde ya no hubiera sido necesario pues en ese momento comenzó a llorar.

La mujer se llevó las manos a la cabeza.

—¡Santo cielo! ¡Pobre criatura! ¿Cómo puede tener a una criatura tan pequeña en la calle... y con este frío?

—Necesito su ayuda.

La mujer se tocó el pecho con el pulgar.

—¿Mi ayuda? ¿Usted?

Archibald suspiró y asintió con la cabeza.

Ella miró a la niña y agitó la suya de lado a lado.

—Ese niño necesita ayuda... no usted.

Archibald se llevó la mano al pecho y palpó la bolsa.

—Pagaré —aseguró—. Tengo dinero, no se preocupe. Pero no grite por favor. Se lo ruego.

El hombre apartó a su mujer y se plantó ante él.

—Es el niño quién grita. ¿Acaso no lo oye? —dijo—. ...¿Es suyo ese niño?

—Es una niña —le corrigió en voz baja—. Sí. Es mía.

—¿Y la madre? ¿Le ha sucedido algo a la madre?

Archibald se puso tenso. Demasiadas preguntas.

—¿Le ha ocurrido algo a la madre? —insistió a su vez la mujer.

Archibald intentó mostrar serenidad. Fingió su mejor sonrisa y aseguró:

—Su madre está bien, queden ustedes tranquilos... En este momento no se encuentra aquí, pero está muy bien. Solo necesito algo que mi hija pueda llevarse a la boca, y como ya he dicho, le pagaré.

La mujer asintió con un gesto, y tras tomar al bebé en sus brazos, le invitó a entrar.

—¡Santo cielo! —le recriminó—. ¿Desde cuándo no la ha limpiado?

El hombre se acercó a una cuna hecha con trozos de madera y paja y sacó con cuidado a un bebé algo mayor que la niña. Este, pataleando, pedía también su ración.

—Tiene suerte. Tenemos unas ricas gachas que hemos hecho para nuestro Manolito. A él le encantan. —Lo dijo mirando al niño como si pudiera entenderle. —¿Verdad, hijo? Después pellizcó sus mofletes y le dio una palmadita en su espalda.

Archibald echó un vistazo a la olla que calentaba aún sobre las brasas.

—¿Le sentarán bien? —quiso saber—. ¿No es pequeña para una comida tan fuerte?

—El hombre le tranquilizó.

—Pues claro que le sentarán bien... No debe preocuparse por eso, Manolito las come a menudo y está fuerte y sano... ¡Mírele! —Se lo puso delante de la cara—... No hay más que verlo.

Las palabras de su improvisado anfitrión acabaron por convencerle; después de todo, él no tenía experiencia en cuanto a niños, y menos aún, de esa edad tan tierna.

Más relajado, curioseó a su alrededor. En la penumbra de un rincón débilmente iluminado por una vela que ya estaba en las últimas, la pequeña estaba siendo amamantada por la mujer.

El hombre le invitó a sentarse y le arrimó un pequeño cuenco de madera; las verduras hervidas todavía humeaban.

—¿Tiene dónde pasar la noche? —le preguntó.

—Archibald negó con la cabeza.

—Acabo de llegar —le explicó—. No conozco a nadie en el pueblo.

—¿Y a dónde va, si puede saberse?

Archibald no pudo contestar, por tener la boca llena.

El hombre le observó engullir con voracidad. Movi6 la cabeza y sonrió.

—Hace tiempo que no se lleva usted algo caliente a la boca, ¿verdad? Coma despacio o podrían sentarle mal...

Archibald le daba vueltas y más vueltas a un pedazo candente que le abrasaba el paladar; tras menearlo por la boca como si picara, consiguió templarlo y engullirlo.

—Tiene usted razón —pudo contestar al fin—. Estoy de viaje y me dirijo hacia norte. —Inhaló aire fresco para mitigar la quemazón, y tras vaciar la jarra de agua, quiso agradecerles la ayuda recibida.

Se puso en pie, abrió el zurrón y extrajo las provisiones que le quedaban.

—Mire usted —ofreció—, tengo embutidos, pescado humeado, un trozo de queso y algo de pan... Me gustaría compartirlo con ustedes en compensación por su ayuda.

La joven pareja le respondió al mismo tiempo y con la misma convicción. La espontaneidad con que lo hicieron le hizo sonreír, por la sinceridad que conllevaba.

Aquel loable gesto hizo que pensara en Victoria. ¿Por qué no serían ellos dos una pareja así de unida?

—¡No nos debe usted nada, señor!

—Yo solo necesitaré un poco de esto —insistió—. En la próxima población compraré más.

El hombre lo rechazó moviendo las manos.

—Acéptenlo sin remordimientos —insistió.

El hombre negó con la cabeza.

—Si le hemos ayudado —dijo—, es porque necesitaba cobijo; en especial su hija. Nada tiene que agradecemos.

Archibald sacó unas monedas y las dejó sobre la mesa.

—Acepten esto en agradecimiento. —Insistió una vez más—. Se lo ruego. El matrimonio se miró y pareció ponerse de acuerdo.

—Agradecemos su generosidad —aceptó el marido en nombre de ambos.

—Eso me tranquiliza. Todo sacrificio merece recompensa, y ustedes han estado a la altura, créame.

—No lo hemos hecho por dinero. Somos una familia con pocos recursos, pero tenemos una huerta, gallinas, y estos animales que nos dan calor. Aún así, esta pequeña cantidad que a usted parece sobrarle nos vendrá bien. En nombre de mi familia, se lo agradezco de nuevo.

Archibald se puso en pie.

—No hay de qué... —dijo—. Este plato caliente me ha dejado como nuevo.

—¿A dónde va usted? —le preguntó la mujer mientras acostaba a la niña en la cuna—. Esta noche su hija dormirá junto a Manuel. Ya verá que calentitos... Usted puede pasar la noche junto al buey, si lo desea. Le dará calor. No disponemos de más mantas.

—Verá, no quiero molestar. Yo...

—Prepararé otro caldero de ricas gachas para usted, y mañana podrá marchar —le cortó—. Un hombre con el estómago caliente, llegará más lejos que con él repleto de grillos.

XXVII

LA PRESA

Visnú se arrodilló junto a la orilla y permaneció unos segundos contemplando el reflejo de su propio rostro en las heladas aguas del arroyo. Después metió las manos en el agua a modo de cuenco y se remojó la cabeza.

Buscó la luz del sol que emergía con timidez entre los nevados riscos; no tardaría ya en desaparecer tragado por los negros nubarrones que encapotaban el cielo; un cielo tan gris como su mirada.

Miró al sol directa y fijamente hasta estornudar, como desafío a lo que para él simbolizaba la fuerza superior de la que todo emana.

Él no era dado a la religión; era un hombre de guerra con la suficiente inteligencia como para saber que la una va indefectiblemente contra la otra, sin mínima posibilidad de acoplamiento. En ninguna ocasión, y a lo largo de su ajetreada vida tuvo muchas, intentó justificar sus actos escudándose en hipócritas razonamientos morales, y aún menos, disfrazarlos de falso humanitarismo. Lo negro era negro y lo blanco era blanco.

Hubo un día en que como la mayor parte de necesitados, tuvo que decidir entre espada y oración; se decantó por lo que mejor se le daba. Sin embargo lo hizo de una manera sincera; nunca se disculpó por su libre elección, con golpes de pecho ni meas culpas.

No obstante, la perversa ironía de la vida se cruzó en su camino haciéndose patente en la organización que le pagaba y a la que alquilaba su espada: La Iglesia.

En los últimos tiempos, las cosas no marchaban como él hubiera deseado, pero no por ello se rendía. Había un trabajo que se le estaba resistiendo, pero le costase lo que le costase, lo llevaría hasta el final.

Se puso en pie y observó a su séquito; un puñado de infelices surgidos de

la miseria, que dependían de él cual hijos hambrientos dispuestos a todo para no volver a ella. Ese pensamiento, encadenado al posible fracaso para con ellos, le atormentaba e infundía energía a partes iguales, dotándole de una fuerza descomunal que se adueñaba de él haciéndole inmune a cualquier remordimiento. Todo le parecía justificado bajo esa premisa.

Cómo si su desafío al astro hubiera dado el resultado deseado, su hombre de confianza apareció ante él.

—¡Posibles buenas noticias, jefe!

—¿Posibles?

—Creo que tenemos al tipo que...

—¿Quéeee?

—Lo que ha oído jefe... Le sorprendimos intentando cruzar el río.

—¿Y qué quieres decir con eso?

El muy bribón quería dejar el pueblo a hurtadillas y darnos otro esquinazo. Pero hemos estado atentos...

—Ya era hora de que estuviéseris a lo que tenéis que estar. No esperes flores. Otro descuido y se os escapa otra vez.

—Lo que ha llamado mi atención, agárrese, jefe, es la criatura que lleva a cuestas.

—¿Una criatura? ¿Cómo que lleva una criatura?

—En efecto. ¿No le parece extraño que quisiera huir con semejante carga? Visnú, pensativo, se frotó las cejas.

—Últimamente, todo me parece raro —admitió.

—Dado lo complicado del asunto —continuó Arturo—, no deja de parecerme raro.

—¿A qué te refieres? No me vengas con suspenses.

—Pues que, dado el riesgo que supone llevar a cuestas a un recién nacido, debe ser bastante importante para él.

—¿Tú crees?

Arturo asintió y levantó el índice.

—Y eso me hizo pensar, jefe...

Visnú cerró los ojos y expulsó el aire por la nariz.

—Artuuuro —dijo, perdiendo la paciencia—, dime de una puñetera vez a dónde quieres ir a parar, ¡joder!

Arturo se frotó las manos y dijo sin vacilar:

—Creo que es el mismo que vi en brazos de la puta de Orbaitzeta, jefe.

—¿Pero qué coño dices, Arturo...?

—Algo me dice que es el mismo crío.

—¿Y en qué coño te basas para pensar eso?

—Está cubierto con la misma manta de piel y... en fin, estoy algo confuso, pero creo que hasta llora igual.

Visnú expulsó el aire por la nariz y agitó la cabeza.

—No seas cretino, Arturo... Todos los puñeteros niños lloran igual.

Arturo se encogió de hombros, como si la reacción de su jefe hubiera sido la esperada.

—Usted piensa así, ya lo sé... Pero a mí, algo me dice que...

Visnú no le dejó terminar:

—¡No me jodas, Arturo! Me estás liando.

—¿Por qué, jefe? Yo lo veo muy claro.

—Porque si fuera el mismo, pertenecería a una puta, tal como nos contó el labriego de El Barcal.

—Lo sé, jefe...

Visnú colocó los brazos en jarra y le miró como a un niño.

—¿Pues dime tú qué mierda hace el hijo de una puta, con ese tío?

—Arturo volvió a carraspear.

—Buena pregunta, jefe.

Visnú cogió una piedra y la lanzó al agua. Observó las ondas, miró a Arturo y chascó la lengua.

—¡Tráemelo! —le ordenó—. Tráeme a ese desgraciado. Quiero conocer al tipo que nos ha traído de cabeza estas últimas semanas.

Arturo echó a andar como si le picara el culo.

—En un ratito, lo tiene delante, jefe.

Visnú cogió otra piedra, se la lanzó a los pies y gritó:

—...Y más te vale no haberme dado falsas esperanzas. Como no sea...

—Arturo vociferó sin volverse.

—En un minuto se lo traigo, jefe.

Desapareció entre unos árboles, y unos minutos más tarde regresaba y arrodillaba al prisionero ante Visnú.

—Ponte en pie —le ordenó— y quítate el sombrero. Me gusta ver la cara de mis adversarios.

Archibald frunció el ceño.

—¿Adversario? —exclamó, confuso.

Visnú asintió.

—Sobre todo cuando me han dado guerra —Añadió.

—Archibald le miró con cara de idiota.

—¿Qué yo le he dado guerra?

—No hables así a mi jefe —le reprendió Arturo.

Visnú chascó la lengua para atraer su atención.

—Tengo que confesarte —le dijo—, que aunque no te hayas salido con la tuya, me has dado unos quebraderos de cabeza impresionantes. Tienes todo mi respeto.

Archibald se puso en pie, se quitó el sombrero y alzó la cabeza buscando los ojos del mercenario. Cuando sus ojos se toparon, un gesto de sorpresa le delató.

Visnú se apercibió, y a los pocos segundos, otro gesto de asombro se dibujó también en su semblante.

—¿Nos conocemos? —preguntó, dubitativo.

Archibald se puso el sombrero y agachó la cabeza.

Visnú le agarró por la barbilla y tiró hacia arriba.

...—¡Claro que sí...! —exclamó como si no acabara de creerlo—. ¿Entonces, eres tú?

—¿Le conoce, jefe? ¿Quién coño es?

—El mamarracho con quién tropecé que por poco me tira.

Arturo se rascó la coronilla.

—¿Que por poco le tira? ¿Dónde?

Visnú ignoró la pregunta y siguió a lo suyo.

—Así es que este desdichado es el que jugaba al gato y al ratón —dijo—. Qué sorpresas nos da la vida.

Arturo, sintiéndose ninguneado, le pidió la vez, mano en alto.

—¿Qué mierda quieres ahora, Arturo?

—¿Qué hacemos con el niño? Está con Tomás y llora y llora sin parar. Destroza los oídos el condenado. No me extrañaría que ese imbécil acabe tirándolo al río...

Archibald se hincó de rodillas.

—¡No le hagáis daño, por favor! —les imploró.

Visnú le miró con recelo.

—¿Acaso piensas que vamos a cargar con él, imbécil? ¿Te damos esa impresión?

—Esa criatura no tiene la culpa de nada... ¿Qué mal os puede hacer? Llevadla hasta el pueblo y dejadla junto a cualquier puerta. Alguien la recogerá.

—¿Me estás diciendo que es una niña?

Archibald admitió con la cabeza.

—¿Y por qué te interesa tanto?

—No le hagáis daño, por favor. Es lo único que tengo; cuanto me queda para... ¡Es mi hija!

—¿Tu hija...? —Visnú se volvió a Arturo con cara de idiota—. ¿Y entonces, quién era la mujer que la sostenía en Orbaitzeta?

Archibald tembló al oír el nombre del pueblo, y sobre todo cuando hizo alusión a Victoria.

Visnú lo notó al instante, y los cabos se ataron solos. Miró a Arturo con la mirada en llamas, y no queriendo creer lo que estaba pasando por su cabeza, clamó como si estuviera poseído:

—Si esta fuese la misma cría que viste allí —dedujo sin esfuerzo—, y estoy empezando a creer que en efecto lo es, aquél gañan de mierda que atrapasteis en la casona, se estará riendo todavía de nosotros...

Arturo bajó la testa y no dijo nada. Conocía a su jefe y sabía cuando era conveniente abrir la boca y cuando no.

Visnú apretó los puños y dejó escapar una risita falsa.

—¡Hay que joderse! —bramó, soltando salivazos en la cara de Arturo—. Cazador, decía que era, el muy cabrón. —Cogió la primera piedra que vio y con toda su rabia, la lanzó al agua. Miró a Arturo y le apuntó con el dedo—. ¡O sea que vivía de la caza!

—Eso se lo dijo a usted, jefe... y se lo creyó.

Sí, pero lo de que la chica era una puta...

—Eso también, jefe... Y también se lo tragó...

—Visnú exclamó echando saliva por todas partes:

—¡Cazador! —repitió—. ¿Será posible?

Se propinó un capón, y le dio otro a Arturo.

—Eso decía el muy cabrón, jefe. —Lo dijo rascándose la testa a dos manos—. En cuanto a aquella golfilla, vaya usted a saber quién era.

Visnú se pellizcó el mentón.

—Hay algo en esta historia, que se nos escapa, Arturo.

—Yo creo que todo, jefe... Ya ni sabemos quién coño es quién...

—Visnú miró a Archibald por el rabillo del ojo.

—Creo que ese tío se ha ganado a pulso una visita.

—Cuando usted diga, jefe.

—¿No te cansas de llamarme jefe?

—No, jefe. ¿Cómo quiere que le llame?

Dejándole por imposible, le preguntó:

—¿Sigues pensando que es el mismo bebé que viste en Orbaitzeta?

—Hace un momento, hubiera jurado que lo era. Pero tal cómo nos la van pegando, ya no me arriesgo, jefe.

—Haced lo que os venga en gana con ese imbécil —se entrometió Archibald—... pero no le hagáis ningún daño a mi hija, por favor. Es mi única esperanza de...

Visnú no le dejó continuar.

—¡A ti ya no te queda ninguna esperanza, idiota! Te diré con franqueza, que nada tengo en contra tuya; hasta hoy ni siquiera te conocía.

—¿Entonces?

Hizo una mueca y puso las palmas hacia arriba, como si lamentara lo que iba a decir.

—Tu mayor problema —dijo—, es que eres de lo que yo vivo...

—¿De lo que tú vives?

Asintió y añadió:

—Y el hecho de que lo seas es el fruto de una decisión que tomaste tú y solo tú. Tú solito te metiste en este lío. Y así las cosas, y como puedes comprobar, sin motivos personales, te pediré que no me lo tengas en cuenta. Solo hago el trabajo que me ha sido encomendado. —Apuntó a su séquito con el brazo y exclamó, indolente—: Mírales bien y entiéndelo... Tengo que llenar esas bocas.

A Archibald se le congeló la sangre. La frialdad con la que hablaba aquél tipo, le hizo sentir un latigazo que por poco le hace perder el equilibrio.

—¿Cómo dices? ¿De qué trabajo hablas? ¿Quién te lo ha encargado? —le preguntó con voz temblorosa—. Yo creo que me confundes con otro. A mí, ni siquiera me suena tu cara. Regresaba a mi país, cuando aparecisteis.

—Ya te confundí una vez... —admitió Visnú—. No hay duda de tu parecido con el otro pillastre. Excepto el acento y el color de ojos, lo tenéis todo muy parecido... hasta el desparpajo... —Alzó el dedo y puntualizó—: Por ese motivo, no sería nada extraño que acabarais igual.

Archibald siguió intentándolo.

—¿Podrías contestarme a una sola cosa? —pidió.

—¿Qué cosa?

—¿Puedo saber por qué me buscabais?

—Y qué importa eso... Ya te dije que no es personal.

No recuerdo haber tenido problemas con vosotros.

—Y no lo has tenido —le aclaró—. He dicho que no es nada personal. Para mí es solo un trabajo. El problema lo habrás tenido con otro.

—¿Con otro? ¿Con qué otro?

—Tú sabrás con quién.

—Te repito que te equivocas. Solo vuelvo a Escocia, y no por gusto, puedes creerme.

Visnú lanzó una risotada.

—¿Y si no es por gusto, por qué?

Archibald agitó la cabeza y exhaló un suspiro.

—El Obispo me «sugirió» que abandonara el país, y a eso me disponía. No era cuestión de tener que enfrentarme a él. Si le conocieras...

El rostro de Visnú se tornó lívido.

—¿Qué el Obispo te sugirió, qué?

—Ya te lo he dicho...

—Visnú le levantó la barbilla.

—¿Y qué tienes tú que ver con el Obispo?

—Traté con él. Le vendí información.

—Información, eh... ¿Al obispo?

Archibald asintió.

Él es quién me pagó, al menos...

—¿Y dónde está el problema? —quiso saber Visnú.

Archibald recordó la última visita a la diócesis, y echó el aire por la nariz, antes de comenzar su relato.

—Debido a mi ajetreada vida, dedicada a las mujeres y al vino —confesó—, el Obispo temía que esa información salga de mis labios, esparciéndose por ahí.

A Visnú le carcomía la rabia, pero lo disimuló. De eso que estaba oyendo, no tenía ni idea.

—¿Y te ofreció una buena suma? —le preguntó.

—Archibald asintió.

—La verdad es que no me puedo quejar. Jamás tuve tal cantidad de dinero en mi poder.

Visnú entornó los ojos.

—¿Y se puede saber qué tipo de información era esa?

—No puedo decirlo. Me mataría...

—¿Que te mataría?

—Archibald asintió de nuevo.

—Si te he dicho esto, es solo para demostrarte que te has equivocado de persona... que no soy el que buscas.

Visnú le sostuvo la mirada y refutó sus palabras con la cabeza.

—¿Seguro que no me lo puedes decir?

—Te repito que me mataría...

—Ya te ha matado, imbécil.

—¿Qué?

—El fue quién ordenó tu muerte. Solo que se guardó bien los motivos por los que quería verte fiambre... ¿Me darás ahora esa información?

—¿Me dejarás ir si lo hago?

—Visnú no movió un músculo.

...—Tengo dinero —dijo Archibald, desesperado.

—¿Y...?

—¿Trabajáis por dinero, no?

Los hombres que contemplaban la escena comenzaron a reír a coro.

Arturo se interpuso entre él y Visnú y le escupió en la cara.

—Puedes estar tranquilo, tu dinero queda en buenas manos —dijo con sarcasmo—. Ya no lo necesitarás.

Visnú contempló sin agrado la escena del escupitajo, y en un acto reflejo sujetó a Arturo por la pechera y tiró de él hasta que pudo sentir su aliento.

—¿Cuántas veces tendré que repetíroslo? —gruñó—. Sea quien sea, al rival se le respeta y honra...

—Pero jefe, al rival...

Visnú le dejó con la palabra en la boca.

—Y a este, ni siquiera debemos considerarle como tal —añadió.

—¿Entonces por qué le buscábamos?

Visnú apuntó a Archibald con el dedo.

—Este tío ni siquiera sabía que le buscábamos, joder...

—Pues ha sabido darnos esquinazo, jefe.

Archibald frunció el ceño y miró a los dos.

—¿Qué esquinazo ni qué leches...? No supe que ibais tras de mí hasta que me dio por entrar en aquella dichosa taberna... Y fue porque mencionasteis mi nombre.

Visnú resopló y miró uno por uno a sus hombres.

—Eso dice mucho de nosotros —se lamentó—. Quizá no seamos tan eficientes como creemos.

Arturo intentó tranquilizarle.

—O quizá ha tenido suerte, jefe. A veces ocurre. Los hay suertudos...

Visnú agarró a Archibald del cuello y lo puso frente a él.

—¿Tú a qué le llamas suerte...? ¿A acabar la vida aquí, sólo y desamparado? ¿En serio piensas que este tipo tiene suerte?

Le empujó con fuerza, apartándole varios metros.

Arturo no replicó y los demás le imitaron. Conocían bien aquellos arranques de ira y sabían cuándo había que tener la boca cerrada.

—¿Cuántas veces tendré que repetir que la suerte no existe? —exclamó, barriendo a todos con la mirada.

Nadie le chistó. Durante unos segundos solo se oyó el gorgotear del agua y el trinar de los pájaros.

Pero la voz de Visnú tronó y rompió esa paz.

—Acabad con él de una vez.

—Así se hará, jefe —dijo Arturo.

Visnú le agarró el brazo y le giró.

—Respetadle y evitad que sufra —le recordó—. No es nada personal. Que muera deprisa y con los honores de un soldado.

Archibald estaba conmocionado. No sabía si debido la frialdad con la que había sido sentenciado, por el fallo en sí o por las dos cosas. Hasta ese momento había albergado esperanzas de seguir vivo, pero las esculpidas palabras del mercenario habían sonado tan lapidarias y contundentes, que los nervios no le dejaron reaccionar.

Permaneció atenazado y con el corazón en vilo, hasta que el flujo de orina que se deslizaba por sus muslos le devolvió el instinto de supervivencia.

—Te diré cuanto quieras... —le propuso, intentando frenar su ejecución; un ajusticiamiento en regla, por muy honorífico y floreado que a aquél matón le pareciera; un linchamiento que, a su pesar, comenzaba a parecerle un hecho—. ¿Podemos negociar...? —suplicó con un hilillo de voz; el miedo le había secado la boca y su garganta no podía tragar, causándole sensación de ahogo.

Visnú negó con la cabeza, no dejando lugar a la duda. A modo de favor, sugirió:

—Si guardas algo en el buche, suéltalo ya.

—¿Qué si tengo qué...?

—Algo que te queme por dentro, ya sabes. Así te irás con la conciencia tranquila. Morir en paz es importante; más de lo que puedas imaginar...

—¿No tengo opción? —imploró con lágrimas en los ojos; el insufrible estado de pánico le devoraba—. Si me dejáis ir, desapareceré. Juro que ni el Obispo ni vosotros sabréis más de mí.

La tropa rió a coro.

Visnú se desconcertó. Archibald le había parecido en un principio, más entero y valeroso. No le complacía ver a nadie suplicando por su vida, no podía soportarlo... en especial, si la decisión de ponerla en juego, había sido, y en este caso no había duda, tomada de forma voluntaria. Él siempre defendió la idea de que cuando se juega, se ha de estar tan preparado para perder como para ganar; bajo esa ley no escrita que aceptaba y respetaba guió siempre sus pasos. Consideraba que, dado por hecho su inevitabilidad a corto o largo plazo, era imprescindible aprender a fracasar; prepararse para ese momento fatídico que tarde o temprano acabaría llegando. Y hacerlo con aplomo era vital para un soldado. Sabía que un día cualquiera sería él quien ocupara el lugar de Archibald; lo sabía y lo asumía, era un guerrero.

Estaba convencido de que las horas de la muerte y del nacimiento constituían en conjunto un lapso temporal- transcendental entre dos vidas, y que se vivía por y para esas dos horas culminantes. Para él, la luz no era más que un breve intermedio entre dos oscuridades y al revés.

Reflexionó unos instantes que a Archibald le parecieron interminables, y dijo con pesar:

—Lo siento. No puedo infringir mis propias reglas ni las ordenes de quien me hizo el encargo. Jamás lo hago.

—¿Y no podrías por una vez? Dijiste que no era nada personal. ¡Por favor! —suplicó de nuevo.

—¿Quién iba a contratar mis servicios, sin la garantía de que el trabajo será ejecutado en tiempo y forma?

—Nadie se enterará, te lo prometo por...

—No obstante —le interrumpió Visnú—, si me haces participe de esa información que solo el Obispo conoce...

—¿Me dejarás ir?

—Te ofreceré a cambio un regalo.

—¿Un regalo? ¿Qué se le puede regalar a un muerto?

—Una hija viva.

Archibald tragó la poca saliva que le quedaba y echó una bocanada de aire que no le cabía en la boca. Algo le susurraba que aquél energúmeno era de ideas fijas, y que por nada cambiaría de parecer. Miró sus ojos fríos, y más

que exigir, suplicó:

—Dame tu palabra.

—Si digo que vivirá, vivirá.

Intentó aparentar serenidad, pero fue un acto estéril, sus tripas desbocadas eran imposibles de contener; tanto como las lágrimas que escapaban sin control desde sus apagados ojos claros. Solo sus palabras de agradecimiento despidieron una ligera chispa de vida.

—Puedo confiar en ti...

Visnú advirtió el hedor y escupió como si eso pudiese hacerlo desaparecer. No era la primera ni sería la última vez que pasaba por algo así; es más, estaba acostumbrado. El olor del miedo, así lo llamaba él, no era otra cosa que el fétido aroma que impregnaba los campos de batalla, y al que jamás pudo habituarse. Había presenciado muchos ataques de pánico y sabía que tanto las personas como los animales perdían el control de sus cuerpos y se vaciaban por ambas partes.

—Tienes mi palabra. Si cumples tu parte del trato, te prometo que estará bien atendida. —Se alejó sin dejar de abanicarse con la mano y añadió—: palabra de soldado.

Archibald apretó los ojos y se encomendó al destino. Era curioso lo de morir agradecido a su verdugo, por no segar también la vida de su hija. ¿Pero qué podía hacer?

Visnú apuntó a Arturo y a otros dos con el dedo. Lo hizo con profundo pesar, pero lo hizo.

Los tres entendieron su mudo mensaje. Prendieron al joven cada uno por un brazo y siguieron tras Arturo.

Junto a unos juncos cerca de la orilla se detuvieron y comenzaron a cuchichear. Archibald presintió que allí se acababa todo. Con los ojos escocidos por el sudor que le caía en cascada desde la frente camuflando sus lágrimas, suplicó sin palabras encomendándose a todo y a nada; ya era tarde para los milagros, lo sabía. Pero lo intentó.

Su petición no fue escuchada.

De repente, sintió cómo algo frío, mucho más frío que aquella mañana helada, entraba en su pecho provocándole un fuerte espasmo.

Aún no repuesto de la sorpresa, abrió los ojos y miró a lo alto; el sol comenzaba a destellar con una luz especial y el cielo le pareció más azul que nunca.

Hincó las rodillas en la tierra mojada e intentó extraer la daga que le

congelaba el pecho.

Fue tan en vano como sus ruegos.

Abandonándose al destino; como si lo aceptase al fin, dejó caer la cabeza sobre el pie de uno de los verdugos, y a modo de rendición cerró los ojos. Ya no sentía rencor; era como si lo que estaba ocurriendo fuese en definitiva lo que se merecía; lo que tenía que ocurrir, y aquel gesto simbolizara su último contacto con la vida.

No había en él lugar para el odio. Tampoco para la ira. En realidad ya no le quedaba lugar para nada... poca cosa le quedaba por hacer, excepto entregarse a las tinieblas y dejarse llevar.

Sintió como si algo tirase de él con fuerza y doblegase su voluntad de resistirse, alentándole a poner punto final a una batalla ya perdida y entregarse al destino como un cordero redentor en sacrificio por su descendencia.

El mercenario retiró el pie con desprecio, dejando que su cabeza cayese sobre el barro de la orilla.

Archibald alzó la vista y le miró con indiferencia; no le quedaba aliento ni para maldecirle, pero en su trágico delirio, todavía sacó fuerzas para imaginar la figura de su amada alejándose poco a poco de él. Sus labios bosquejaron una imperceptible sonrisa; como en una ensoñación, contemplaba fascinado su larga y roja melena remolineando al viento; un viento violento que parecía empujarla lejos.

Apretó los parpados para ahuyentar esos pensamientos, pero fue inútil; lejana y a cada segundo más borrosa, agitaba sus brazos diciéndole adiós; una despedida gris y encapotada, tan solo iluminada por el febril llanto de un bebé hambriento que acariciaba sus oídos como música celestial aportándole fuerza para soportar aquél suplicio.

Tosió y un hilillo de sangre fluyó de entre la comisura de sus labios. Sin apenas vigor, se arrastró hasta el agua y zambulló la cabeza en el cielo azul reflejado en ella; un cielo que iba tiñéndose de negro como la misma noche, y parecía desvanecerse al compás que lo hacían sus sueños.

Rememoró a Victoria, y como si la tuviera ante él, le susurró al oído su último deseo:

Ojalá que en otra vida, me permitas ser contigo, todo lo que no he sabido ser en esta.

XXVIII

UNA NENA ABANDONADA

El gran portón se abrió y la novicia que apareció en el umbral puso los brazos en jarra a la vez que lanzaba un largo suspiro. Se inclinó y menó la cabeza, nada sorprendida. No era más que una adolescente, pero su experiencia en casos como aquél era dilatada. De manera instintiva y como si fuera una acción cotidiana a la que estuviera acostumbrada, recogió con cuidado a la criatura que se encontraba frente al zaguán y la apretó contra su pecho.

Envuelta en una manta de piel, no dejaba de llorar y patalear. Ya en la enfermería, la despojó de los harapos y examinó minuciosamente su cuerpo en busca de alguna discapacidad. A lo largo de los últimos meses, gran parte de los huérfanos allí abandonados tenía alguna deficiencia física o mental que no facilitaban, y lo harían menos en el futuro, su existencia, condenándoles al desprecio y a la persecución por parte de sus semejantes.

Al recordarlo, torció el gesto; corrían tiempos difíciles para los discapacitados, se les acosaba sin compasión, y a veces hasta la muerte, como si fueran seres malditos.

No encontrando minusvalía evidente, volvió a cubrir su cuerpo y se apresuró por el corredor de la edificación; una fortaleza que se alzaba sobre una colina que destacaba en la llanura, como mosca en la leche.

La tierra que circundaba la fortaleza fue despojada de vegetación, con la finalidad de protegerse de los ejércitos invasores, aumentando la visibilidad desde cualquiera de sus costados. El alto muro que rodeaba el ahora convento orfanato fue erigido con gruesas piedras para proteger la edificación de los fuertes vientos que azotaban la meseta, asegurando frescor durante el verano, calor en invierno, y seguridad para sus ocupantes, en su mayoría mujeres y

niños.

—¿A dónde vas, hermana? ¿Hay uno nuevo?

La voz sonó cavernosa entre las gruesas paredes, pero era la de otra niña algo mayor.

Sin dejar de caminar, la miró y esbozó una sonrisa.

—Es una niña, María. Anda vamos, que hace frío.

—¿Una niña?

—Mira. —Le mostró la cabecita—. No tendrá más de dos meses... cuatro, todo lo más... Anda, entremos.

—¿Tú crees, hermana...? Yo soy una auténtica negada para las edades.

Agitó la cabeza y la recriminó en tono cariñoso:

—¡Y llámame Lucía, por favor! ¿Cuántas veces tengo que decírtelo? Cuando estamos solas, yo te llamo María... Para mí eres María, y punto.

—Es que, como las demás nos llaman hermanas, yo...

—Ya sé que nos conocimos hace poco y no sabemos apenas la una de la otra, pero somos muy jovencitas para tanto formalismo. ¿No lo crees tú también?

—Está bien —aceptó—. Te llamaré Lucía si quieres... Pero dime, por favor, cuéntame...

—¿Qué te cuente qué...? —dijo, acomodando al bebé en su regazo.

María acarició la cabeza de la niña.

—¿Se puede saber qué le ocurre a esta?

Lucía se encogió de hombros.

—Nada, en apariencia.

María no pudo ocultar su sorpresa.

—¿Nada?

—Lucía la destapó, dejando su cuerpo a la vista.

—Eso es al menos lo que aparenta —aseguró.

—Es muy extraño. Estos últimos meses han aparecido muchos con malformaciones —Suspiró—. Demasiados...

Lucía asintió.

—Lo sé. Pero esta parece no tener nada; por lo menos a la vista... ¡Mira! —exclamó de súbito con ojos chispeantes—, se acaba de quedar dormida.

La pequeña se encontraba en posición fetal, añorando posiblemente aquellos agradables momentos que pasó en el vientre de su madre.

—¿Sabes qué significa esa marca que tiene en el pie...? —preguntó María, curiosa—. Parece un dibujo.

—¿Dónde...? —preguntó Lucía, extrañada—. Yo no le he visto nada.

—¿Ah, no la has visto? Mírale la planta del pie...

Lucía la destapó de nuevo y descubrió el tatuaje que tenía en el talón.

Sonrió moviendo la cabeza y exclamó:

—¡Vaya! Lo había pasado por alto. Veamos qué puede significar... ¿No te parece curioso?

—¡Estoy ansiosa por saber de qué se trata!

Lucía lo observó de cerca y agitó la cabeza.

—No es un dibujo, María. —Sonrió condescendiente mientras cubría de nuevo a la pequeña—... Son letras.

—¿Letras?

—No es nada extraño. Es posible que sea una marca de reconocimiento hecha de cara al futuro. Podría ser un nombre, ¿qué sé yo? ...Quizá sea su propio nombre.

—¿Su nombre? ¿Y cómo dice que se llama? Recuerda que todavía no se leer.

—En caso de que así sea, su nombre es Mel.

María hizo una mueca y frunció el ceño.

—¿Mel?

—Sí. Se lee perfectamente.

—¿Seguro que eso es un nombre? Nunca lo he oído, y puedo asegurarte que conozco muchos.

—Es lo que hay escrito —aseguró Lucía—. Podríamos llamarla así, ya que desconocemos el auténtico.

—Si es que lo tiene —consideró María—. Si pensaban abandonarla, ¿por qué iban a molestarle en ponerle uno?

Lucía asintió. La lógica elemental y aplastante, de su compañera la asombraba hasta la admiración... lo hacía a menudo con sencillos razonamientos que podían pasar inadvertidos por su simpleza, pero no por ello denotaban menos sabiduría. Eran reflexiones más propias de mujer de mundo, que de joven iletrada; sus vastos conocimientos acerca de la vida y de las cosas, revelaban de ella que había crecido de manera prematura contra una rigurosa adversidad que la había marcado, quizá para siempre.

—Es posible que estés en lo cierto —dijo—. A mí me puso el nombre la hermana Carmela.

—¿Sor Carmela?

Asintió con una sonrisa, como si se sintiese orgullosa.

—Sí. Ella fue quién me encontró, y por alguna razón, cosas del destino, se convirtió también en mi madrina... Es gracias a ella y a su inagotable insistencia, lo de mi afición por la lectura. —Sonrió de forma pícaro, le guiñó un ojo, y agregó, levantando el dedo—: Pero también es la culpable de que tenga tantas inquietudes...

—No sabía nada de eso. —De forma instintiva, cogió su mano aún levantada y, nerviosa, la colocó de nuevo bajo el cuerpo de la niña—. Anda —la recriminó—, coge a la pequeña y vamos a entregarla, que nos van a...

—Tranquila —Sonrió, sorprendida—, que ya vamos.

María cerró los ojos y suspiró.

—Lo siento. Es que la veo tan pequeñita y desvalida, que...

Lucía soltó una carcajada.

—Anda, sujeta ese instinto maternal... —dijo en tono tranquilizador. Movi6 la cabeza y le guiñó un ojo—. No sé si te conviene a ti ser monja, eh. Algo me dice al oído, que ser madre te haría mucho más feliz.

—¿Tú crees...? —La pregunta sobraba, pues sabía de sobra que era cierto.

Lucía dio un giro a la conversación e intentó continuar dónde perdió el rumbo.

—¿De qué hablábamos cuando...?

María la miró con cariño, y a la vez decepcionada. No le desagradaría para nada tener y criar a media docena de hijos; es más, lo necesitaba como mujer. Pero imitando a Lucía, decidió apartar esa idea de su cabeza. Aquél lugar no era el más idóneo para alimentar esa clase de deseos.

—Hablábamos sobre tu afición a la lectura —recordó.

—Ah, sí. Te decía que...

María no la dejó acabar.

—Qué envidia me das. Cómo me gustaría pasar tardes enteras en la biblioteca y pasearme por las páginas de un libro.

Lucía la animó en tono cariñoso.

—Todo lleva su tiempo, María. No tardando mucho, y si te aplicas como es debido, podrás leer cuántos libros quieras sin parar... ¡Todos los que desees! Eso te permitirá tener un concepto diferente de la vida y de cuanto te rodea, ya lo verás. Yo, en cambio, aprendí a leer a la vez que a andar, pero mi experiencia no va más allá de estos cuatro muros... —Hizo una mueca abombando los labios como si estuviese enfadada; gesto más propio de la niña inocente que en realidad era, que de la adolescente que pensaba y se expresaba como una mujer cultivada—. No puedes imaginarte cuanta ilusión

me haría conocer un poquito de ese mundo de ahí afuera... Saber un poco de lo que tú sabes... Conocer... experimentar alguna de las vivencias que he leído.

—Vaya par de tontas parecemos... —dijo María—. Tú deseas conocer un poco del mundo que yo conozco, y a mí me gustaría saber una pizca de lo que tú sabes.

El llanto de la pequeña interrumpió su charla.

María intentó calmarla con caricias.

—Es preciosa —dijo—. Parece ser que tendrá el pelo claro. ¿Seguro que no tiene ninguna discapacidad?

—No en apariencia, al menos. Ya te lo he dicho.

—Es una suerte. Hay personas necesitadas ahí afuera; tan necesitadas están algunas, que en lugar de abandonar a sus hijos, les mutilan algún miembro, con el propósito de explotarles con la mendicidad.

Lucía la escuchaba ensimismada y con la boca abierta. Hablar con María era como escuchar uno de esos libros de caballería que tanto la entusiasmaban.

—Debe ser terrible —se lamentó—. Me refiero a las guerras y a sus terribles consecuencias.

El rostro de María se ensombreció.

—¡Es peor aún! —exclamó—. Sobre todo para los que quedan incapacitados. Inservibles ya para el trabajo o ir a la guerra, solo les quedan dos alternativas: la de morir de hambre o la mendicidad. Esas son las consecuencias de la guerra; las que se cuidan mucho de minimizar los que la enaltecen y se hacen ricos con ella. Como bien decía mi abuelo, no hay nada de poético en ella, solo olor nauseabundo.

—En qué penosa y dramática situación se encuentran muchas familias sin recursos, por defender los intereses de quienes sí los tienen —corroboró Lucía—. El hambre y la miseria arrastran a las personas a hacer lo impensable contra sus semejantes y hasta en contra de sí mismos, con el ímpetu de las bestias...

María la escuchaba embelesada.

—Qué bien hablas —dijo—. Estaría horas escuchándote hablar. Aprendo mucho a tu lado.

Lucía se ruborizó.

—Es debido a la lectura —aclaró, nerviosa.

—Puede que eso tenga algo que ver, pero tus razonamientos acerca de la

gente necesitan ser muy meditados. Con cada palabra que dices...

—Eso también está en los libros. A lo largo de siglos, algunos hombres han dedicado sus vidas a transmitir los conocimientos aprendidos de otros que también estudiaron a otros... y así hasta llegar a mí —rió—. Podrías ser tú la siguiente. En el fondo, la mayor parte de lo leído es positivo y guarda esperanzas en cuanto a los hombres...

—¿Ah, sí...?

—Así es. No hay que perder la fe.

—Pues yo no he tenido oportunidad de comprobarlo.

Lucía la miró con empatía y añadió:

—Aunque de lo que no hay duda, y esto también lo dicen esos mismos libros, es que la insaciable avaricia de los que tienen mucho y quieren más, es la que enciende las pasiones oscuras de los hombres... —Hizo una mueca de impotencia—. En cuanto a lo que me decías acerca de elegir entre morir o mendigar, uf... ¡Menuda elección...! Es inhumano que...

—Pues esa elección se agrava más cuando tienen hijos —la cortó María—. De eso puedo dar fe. Los miserables; así llaman a los pobres lisiados, buscan con desesperación y como medio para sobrevivir, despertar la compasión de las personas «normales».

Lucía levantó las dos cejas.

—¿Normales? —espetó, confundida.

María asintió con la cabeza y añadió:

—Los que se creen normales; habría que saber hasta qué punto lo son, creen incluso que los anormales, y esto porque lo han oído en misa, están así por una decisión de Dios, con la única finalidad de poner a prueba su caridad para con ellos. Fíjate si se creen importantes...

Lucía quiso replicar, pero María no le dio tiempo.

—A esos ilusos les han vendido un cielo de fantasía al que ya no saben ni quieren renunciar, regido por un dios hecho a su semejanza y con sus mismos defectos —dijo.

—No digas tonterías, María... —la recriminó al fin—. ¿De dónde sacas tú todo eso?

—Mi abuelo nos hablaba a menudo de sus vivencias, que fueron muchas. Contaba muchas historias que había aprendido en sus viajes de juventud. Conoció a mucha gente. Algunos eran... ¿cómo se dice...? —Cerró los ojos y se frotó las sienes con el propósito de recordar esa palabra perdida en su memoria, seguramente por falta de uso. Tras hurgar en algún rincón de su

mente, chascó los dedos en señal de triunfo y exclamó—: ¡Ya la tengo!... ilustres.

Lucía la acarició con la mirada. Le resultaba graciosa aquella manera de esforzarse con el lenguaje.

—¡Qué interesante me parece! —exclamó, maravillada. Ella nunca conoció a su familia, y el simple hecho de tener una a quién pertenecer, lo consideraba un regalo... la mayor ofrenda que puede concederle a alguien la vida. —Ojalá hubiera conocido yo a mi abuelo —añadió.

—Hubiera sido maravilloso —dijo María—... A nadie deberían quitarle ese privilegio. Siento que no...

—Debe ser magnífico —la cortó Lucía—, que alguien te cuente historias junto a un buen fuego. En el fondo es como leer. También pueden leerse historias en los labios de la gente; pasear por el mundo a través de las palabras.

—Quizá tengas razón —aprobó María—. La diferencia es que estas son reales.

—¿Crees de verdad que lo son? Hay cuentos que...

—Lo creo —la cortó— porque también fue soldado.

—¿Fue soldado? Es horrible.

—¿Y sabes lo que solía repetir con frecuencia? —No esperó respuesta—. Decía que si había algo que jamás iba a escasear en ningún país, era una guerra en nombre de cualquier dios, para beneficio de cualquier diablo.

—¡Vaya...! Tu abuelo debía ser un hombre sabio.

—Nunca entendí lo que quería decir con eso... pero lo recordaré siempre.

Lucía la miraba ensimismada.

—¡Qué cosas...! —reaccionó, horrorizada—. ¿En serio decía eso tu abuelo?

—Eso y más...

—He leído en algún libro, que hay quién consideraría eso como un sacrilegio. No lo digas muy alto... Y menos aquí.

María acarició su mejilla con delicadeza, y después la abrazó como quién abraza la inocencia en estado puro.

—Llevo aquí poco tiempo —dijo sin dejar de acariciarla—. Hace unos meses, era una mozuela más, perdida en el mundo de ahí afuera. Estaba tan frágil, hambrienta y desvalida como cualquiera de las que vagan por ahí... más de las que puedas imaginar —Apuntó al portón que las separaba del mundo, con el fin de darle dramatismo a sus palabras, pero Lucía escuchaba

con tanto interés, que no hubiera sido necesario.

Tomó aire y continuó:

—He conocido días, Lucía, en que se podían ver las calles llenas de mierda.

—¡Excrementos! —corrigió Lucía, escandalizada.

María exhaló un suspiro.

—Sí Lucía, sí... «excrementos»... Mierda y orines de personas como tú y como yo, que, olvidadas en la calle e incapaces de valerse por sí mismas, cagan y mean dónde pueden y como pueden. Mujeres, hombres, viejos y hasta niños, con el cuerpo lleno de heridas infectadas; algunos al borde de una muerte segura, pudriéndose por dentro y por fuera ante el desprecio de sus semejantes. Hasta hay chicas como tú y yo, decididas a perder su dignidad o lo que les queda de ella... por un mísero trozo de pan duro.

Lucía no podía apartar los ojos de la puerta principal.

—No lo sabía —dijo, casi susurrando—. ¿Cómo puede ser alguien tan cruel y tan...

María le tapó la boca. Después, con mucha delicadeza, le volvió la cabeza hasta que pudo mirarla a los ojos.

—Lo que quiero decir, Lucía, es que más allá de estas paredes, hay un mundo que no conoces más que de oído. Un mundo maravilloso que puede hacerte soñar hasta lo que no imaginas, y a la vez gris, cruel y capaz de acabar contigo... Es como si Dios y el diablo se hubiesen puesto de acuerdo y lo gobernarán a medias.

El rostro de Lucía se tornó lívido.

—Me dan miedo tus historias —dijo, escandalizada—. ¿Cómo puedes decir esas cosas tan horribles, y con tanto realismo? Creo que me están entrando náuseas.

—Quizá porque las vi no hace demasiado tiempo. En el mundo siempre habrá miserables para que las personas «normales» puedan probar su fe a través de la caridad, y así comprarse con sus míseras limosnas una parcela en el cielo. Deberías haber oído al párroco.

Lucía estaba a cada palabra, más horrorizada.

—No puedo creer que estés diciendo eso... —dijo.

María suspiró y resumió:

—Ese era el sermón preferido del cura de mi pueblo. Al final de la misa, animaba a los fieles a ser caritativos con el prójimo, previo donativo a la iglesia, claro.

Ahora fue Lucía quién le tapó la boca.

—No sigas —suplicó—. No quiero oír más... —Agitó la cabeza, con la cara descompuesta—. ¿Tan perdido está el mundo? ¿De verdad existen tanta miseria y maldad?

María movió el brazo en abanico.

—Mira bien a tu alrededor... ni siquiera es necesario salir del convento. La mayoría de los lisiados que están a nuestro cuidado, no lo eran hace unos días o unos meses. Son víctimas de la guerra. Algunos serán inocentes, otros no, pero su suerte ha sido la misma. Que lucharan por honor, por su país o por su señor, da exactamente igual... han sido heridos o mutilados, y tienen que malvivir aquí, despojados de orgullo y honor, abandonados por su país, y rechazados por su señor. ¿Porque lo nuestro también es caridad, entiendes? ... ¿Qué diferencia hay con la mendicidad? Puedes darle la explicación que quieras, o incluso disfrazarlo al gusto, pero, ¿acaso el depender de nosotras no acaba con la dignidad de cualquiera? Tal como van las cosas, ni siquiera sabemos cómo estaremos nosotras más adelante. Oraremos para no estar peor que ellos. —Hizo un gesto de resignación—. En el fondo, sé que también vivo de la caridad. Yo no pertenezco al selecto grupo de hijas de nobles, que ingresan a cambio de donar dinero al convento.

Lucía, inducida por aquellas palabras, pareció bucear hasta el fondo de sus recuerdos, y su pasado; al menos el que le contaron, semejó venirle al encuentro y la sacó a la superficie, despertándole una tierna sonrisa.

—¿Sabes una cosa, María? —Lo dijo mirando al bebé que sujetaba en su regazo—. Yo también fui recogida en ese portón... Igual que esta cosita. Hace tanto tiempo ya, que solo lo recuerdo de una forma difusa... —Se encogió de hombros y suspiró en señal de impotencia—. A decir verdad, esos recuerdos de mi infancia se ajustan más a lo que me han contado, que a otra cosa. —Hizo un gesto de resignación que al mismo tiempo significaba conformismo y agregó—: Pero déjame que te diga que, el no haber tenido una infancia normal, para mí no cambia las cosas. Y aunque visto como tú lo ves, estemos aquí por caridad, creo que hasta cierto punto, soy feliz.

María la miró, expectante.

—¿Solo hasta cierto punto...? —preguntó, sorprendida—. Explícame eso... ¡Pero si eres las ganas de vivir...!

Lucía se ruborizó.

—Es que hay más cosas que también deseo —confesó.

María frunció el ceño.

—¿Y qué cosas son esas? —preguntó, desconcertada.

—Por ejemplo —dijo, entusiasmada—, querría saber lo que hay tras esos muros. Conocer lo que tú conoces... Ver más allá de este...

María no la dejó continuar.

—Ni siquiera lo imaginaba —exclamó—. ¡Vaya! Qué guardadito lo tenías.

—¿Te sorprende que quiera conocer el mundo?

María negó con la cabeza.

—Me sorprende todo.

Lucía abrió mucho los ojos.

—¿Todo...? —preguntó, frunciendo el ceño—. ¿Qué quiere decir, todo?

—Hablabas de tu llegada al noviciado —aclaró—. No sabía que fuiste abandonada; siempre creí que ingresaste igual que la mayoría; ofreciendo tu familia una generosa dote a cambio de cuidados y formación como religiosa...

—¿De verdad pensabas eso?

Asintió y añadió:

—Por eso me sorprendió tanto que quisieras conocer el mundo, jovencita. Eres un misterio.

Lucía se encogió de hombros.

—Me encontraron cuando apenas tenía meses; quizá un año...

—¡Cada vez me sorprendes más!

Lucía hizo una mueca de resignación..

—Ni siquiera pienso en ello. Y mucho menos lo hablo con nadie —musitó con un hilo de voz casi inaudible—. ¡Oye María! —exclamó, dándole un giro a la conversación—, ¿puedo decirte algo?

—Sabes que sí. ¿A qué viene eso?

Lucía se sonrojó.

—Es que es sobre lo que dijiste antes...

—¿Y qué quieres decirme? ¿De qué quieres hablar?

—Sobre tu ingreso aquí. Sé que nunca hemos hablado de esto, pero me come la curiosidad.

—¿Qué quieres saber?

—Siempre pensé que viniste por vocación... Creí que deseabas tomar los votos. Nunca me has dicho nada...

María soltó una carcajada y simuló retorcerse de risa, pero esta era tan forzada, que pareció más una queja.

—¿Cómo llegaste aquí? —insistió Lucía.

—Mi familia ni me consultó. —Se lamentó con la voz entrecortada—. Me obligaron porque éramos demasiados en casa, y según ellos, esta forma de vida es una apuesta segura contra el hambre... —Se esforzó para no llorar—. ¿Qué podía yo hacer? Ni siquiera puedo odiarles. Esa una manera como otra cualquiera de quererme...

Lucía no podía sujetar las lágrimas. Las preguntas sin respuesta volaban como mariposas por su cabeza. ¿Cómo podía una familia deshacerse de sus hijos?, pensó. ¿Cómo puede alguien separarse de un ser al que ama, por amor?

—Lo siento mucho. —Intentó ponerse en su lugar—. ¿Has debido pasarlo fatal, verdad? El mundo es más cruel de lo que pensaba... Ahí afuera...

María la cortó.

—No quieras saber, Lucía, lo que es la vida ahí afuera, y mucho menos, estando sola y abandonada... Tú, como bien has dicho, te asemejas a esa pequeña que tienes en brazos; hasta pareces igual de cándida. Apareciste en sus mismas circunstancias, y a tus dieciséis años, todavía no conoces el mundo de verdad, ni te imaginas sus peligros. Algún día tomarás los votos porque te han hecho creer que es tu obligación y te convencerán de que es lo mejor que podías hacer para servir a Dios... Eso es al menos lo que se espera de una novicia. ¿Pero sabes una cosa?

—¿Qué cosa?

María esbozó una sonrisa y la estrechó con todas sus fuerzas entre sus brazos; como si tratase de proteger una joya de la máxima pureza.

—¡Cuidado con la niña! —se quejó—. ¿Me lo dices ya o no, María? Me tienes en ascuas.

—Pues que quizá tengan razón —admitió—. Aquí no se está tan mal. Tenemos trabajo que hacer, comida y un catre dónde poder caer rendidas cuando llega la noche.

—Lo uno no quita lo otro. Tengo curiosidad...

Intentó convencerla y convencerse.

—¿En estos tiempos que corren, no sé yo si valdrá la pena salir de aquí. No pasamos penurias; poco más puede pedir alguien de nuestra condición.

Lucía agachó la cabeza. María tenía razón en cuanto a su nula experiencia. A su tierna edad, era, como cariñosamente decían aquellos que la querían, una niña mujer mimada y carente de madurez; al menos, de esa madurez que poseían otras muchachas de su edad, familiarizadas desde la infancia con el

sufrimiento, y ya conecedoras de la miseria, el hambre y el trabajo duro. No poseía pericia en supervivencia, pues jamás había salido de aquél lugar, ni tuvo necesidad de bregar contra la cruenta adversidad. Sin embargo, ese aislamiento de la realidad contribuyó, y mucho, a hacer de ella una persona empática y sensible a la necesidad ajena, a su dolor; afectuosa con sus semejantes sin mirar a quién, y exenta de malicia. Tenía sólidos principios y se desvivía con los desamparados que venían al convento pidiendo ayuda.

Una sonrisa de satisfacción que no le pasó desapercibida a María, afloró en sus labios.

—¿Qué te hace tanta gracia...? —preguntó, curiosa—. La felicidad que pareces sentir, no te cabe en la cara...

—No hagas caso —le dijo, afable—. Sólo pensaba.

...—¿Y no me vas a decir en qué?

Se encogió de hombros.

—Reflexionaba sobre lo que me has contado sobre la vida.

María sonrió divertida.

—¿Y a qué conclusión has llegado?

—No lo sé... Solo pensaba. ¿Por qué quieres saberlo?

María agitó la cabeza y dijo:

—Conociéndote como te conozco, todavía eres capaz de buscarle una réplica... Siempre buscas la lógica a cosas que ni por asomo parecen tenerla.

Ahora fue Lucía quién rió.

—¿Y acaso no se la encuentro? —dijo, inclinándose y dándole un sonoro beso a la pequeña.

—María se dio por vencida.

—Eres una soñadora sin remedio, Lucía.

De repente, una voz retumbó entre los pilares.

—¡Hermanaaaaaaas!

Ambas se asomaron al patio jardín que se encontraba en el centro del edificio; un pequeño vergel decorado en su centro por una fuente de piedra cubierta de yedra en verano y ahora de nieve, de la que manaba agua por sus siete lados, regando a través de canales la fértil tierra que la circundaba y expandiendo abundante vegetación hasta dónde se erigían las altas columnas que, junto a los arcos abovedados, daban paso a la zona cubierta.

Lucía se volvió hacia el lugar del cual provenía la voz; junto a la fuente se encontraba la hermana Catalina.

—¡Hora de la oracióoon! —gritó de nuevo.

Ambas cruzaron una mirada cómplice.

—Estamos hablando y se me ha ido de la cabeza que debía entregar a la niña —dijo Lucía entre risas— Anda acompáñame. Hoy estaremos juntas durante la oración, y luego...

María la miró, curiosa.

—¿Y luego qué?

Lucía desvió sus ojos negros hacia la puerta y musitó:

—Quiero saber qué hay detrás de estos muros.

—¿Cómo?

—¡Que quiero que me hables del mundo!

XXIX

NOTICIAS DEL AGUA

Rodrigo abrió los ojos y oteó el cielo por la ranura de la lona. Estaba nublado y amenazaba lluvia. Estiró brazos y piernas y se dispuso a abandonar la carreta, intentando no molestar a los jóvenes, aún dormidos.

Ya fuera, se dirigió al matorral más cercano al agua y se dispuso a bajarse el calzón, pero algo extraño atascado entre las rocas que se encontraban junto a la orilla llamó su atención, y la curiosidad que sintió hizo que postergara sus necesidades.

Cuando lo tuvo delante, sus dudas se disiparon; era un vulgar zurrón de cuero.

Lo sacó del agua y le echó un vistazo. Contenía trozos de embutido, pescado ahumado y un trozo de pan.

—Nada —rumió—. Ni una miserable moneda, joder. Ni un triste documento que llevarse al bolsillo.

Lo lanzó sobre los juncos que se encontraban al borde del agua y observó cómo se hundía.

—¡Vaya suerte de mierda tengo!— murmuró—. Para una vez que me encuentro un zurrón, y no hay más que un trozo pan mojado. No es que me haga falta —mugió mientras se desataba el calzón—, pero no hubiera dejado de ser una buena señal, el haber encontrado por una vez, algo que valiera la pena. —Miró al cielo y se lamentó:

—¿Acaso era pedir mucho? ¡Coño, que es un zurrón! Ni que me encontrara uno todos los días. A saber cuándo me encuentro el próximo...

Lanzó un escupitajo, se puso en cuclillas y rumió en voz alta:

—Es que se le quitan a uno hasta las ganas de cagar... ¡Maldita suerte!

Se subió los calzones y los sujetó con un cordel a su cintura; estaba

ciñéndolo cuando Tobías le sorprendió.

—¿Cómo tienes valor para hacer eso ahí?

—¿Pues mira...—dijo con sarcasmo—. Un apretón es un apretón. No hay tiempo para elegir. Se acercó al agua, se arrodilló y metió la cabeza.

—Tobías frunció el ceño y exclamó:

—¡Joder! Con lo helada que debe estar? ¿No te duele? A mí se me encojen los huevos solo con verte...

Sacó la cabeza resoplando y dijo con voz ahogada:

—Es lo mejor que se puede hacer por la mañana...

—No me digas...

—Siempre que sea posible, se entiende... —Sacudió la cabeza y desperdigó agua alcanzando a Tobías—, porque no todos los días, tiene uno la suerte de despertarse junto a un río...

Hizo ademán de sacudirse de nuevo. Tobías lo intuyó y dio un paso atrás, pero fue inútil.

Se sacudió de nuevo y soltó una carcajada.

—¡Tranquilo! —exclamó, divertido—. Sobrevivirás al baño. Aunque te aconsejaría que metieras la testa.

Tobías fue echando pestes hasta los matorrales. Ya se bajaba los calzones cuando descubrió el zurrón. Lo miró extrañado; tenía la sensación de haberlo visto ya. Pero se lo quitó de la cabeza; había visto infinidad, y no es que se diferenciara mucho los unos de los otros.

Buscó a Rodrigo con la mirada y lanzó un silbido.

—¿Has visto esto? —Gritó.

—Si te refieres al zurrón, sí. Hasta le he echado un ojo. No te molestes. No tiene nada de valor.

—Ya lo veo, ya... ¿Alguien lo habrá perdido, ¿no?

—Más bien lo habrán robado... Te sorprendería saber cuánto ladronzuelo se mueve por aquí. Estos pueblos son muy prósperos y atraen a las alimañas como la mierda a las moscas.

—¿A las alimañas?

Rodrigo asintió con una sonrisa.

—Entiéndelo —precisó—. A tanto comerciante, tanto vividor. ¿Lo coges?

El grito de Victoria les interrumpió.

—¡Es el zurrón de Archibald! —Su alarido, cortante y roto, indicaba que el hallazgo no presagiaba nada bueno.

Tobías la miró con cara de idiota.

—¿Estás segura? Es un zurrón como otro cualquiera.

—Es el suyo —repitió—. Eso quiere decir dos cosas: una, que mi hija y él no andan lejos...

—¿Y la otra?

—Y la otra, que algo ha debido ocurrirles.

—¿Qué no andan lejos? —se desconcertó Tobías.

—¿Ocurrirles? —se sorprendió Rodrigo—. Aclara eso.

—Victoria asintió nerviosa y exclamó:

—¡Os recuerdo que tiene a mi hija! No es una broma.

Se miraron el uno al otro. No necesitaban decir nada, habían llegado a la misma conclusión; el maldito zurrón ponía coto a la alegría del reencuentro y la expresión de Victoria se había tornado amarga; sus ojos ya empañados expresaban con lágrimas el inmenso dolor que la oprimía el pecho. Algo la desbordaba, y no sabían qué.

Rodrigo se acercó a ella con cautela.

—¿Te encuentras bien, hija? —La abrazó y la acercó a su pecho—. Estoy convencido de que necesitas hablar de tu problema con alguien neutral. ¿Deduzco bien?

Tobías se acercó y acarició su melena. Ardía en deseos de preguntarle cual era el verdadero motivo de su llanto, pero dudó; al fin y al cabo, él podía estar equivocado en cuanto a los sentimientos de ella hacia el padre de sus hijos. Quizá se había precipitado al creer que ya le había olvidado.

Intentó alejar esos oscuros pensamientos de su cabeza, pero no pudo. Con toda la afabilidad que sus sospechas le permitieron exteriorizar, apartó el mechón que le cubría la cara y examinó su afligida mirada intentando leer su llanto. Analizó cada gota de aflicción que caía en cascada por sus mejillas, intentando ahuyentar la incertidumbre insufrible que empezaba a despedazarle por dentro.

Pero fue inútil. Aquellos ojos anegados en pena, solo permitían distinguir el translúcido tormento que no eran capaces de sostener. Cada lágrima era un grito desgarrado que se estrellaba en sus oídos, y todas sin excepción le pertenecían al puñetero Archibald.

Exhaló un largo suspiro.

—Tu cara se ha puesto pálida cuando este condenado zurrón ha aparecido —dijo, sosteniéndolo en alto—. Si la pena tuviese un nombre, se llamaría como tú.

Ella le miró entre sorprendida y asustada, le arrebató el zurrón y lo

examinó por dentro y por fuera.

—No hay duda —aseguró—, es el de Archibald.

Tobías no pudo sujetar los celos y dejó salir la rabia.

—Bien, bien —gritó, desafiante—. ¿Es el de tu amado Archibald? ¿Y qué? —Su furor crecía con cada palabra.

Ella le miró sorprendida.

—¿Qué te ocurre? ¿A qué viene...

Tobías la cortó.

—¿Tienes algo que decirme? Porque tantas lágrimas por un maldito zurrón... ¿O no es por el zurrón?

Victoria le miró a los ojos, intentó aplacar sus nervios masajeándose el cabello, y cuando se serenó un poco, le lanzó el morral con desaire.

—Este maldito zurrón, como tú lo llamas, y el hecho de que estuviese aquí abandonado —dijo, airada—, es la prueba evidente, y eso sí es seguro, de que algo malo les ha sucedido. Lo que a él le ocurra o deje de ocurrirle me es indiferente y no viene al caso... ya es mayorcito y sin duda alguna, se lo habrá buscado. Pero a ver si entiendes que mi hija está con él. ¡A ver si lo entiendes!

Tobías miró a Rodrigo. Como si las palabras estuvieran de más, suplicó con sus ojos una pizca de indulgencia; una brizna de empatía que le indicara que justificaba, aunque solo fuera un poquito, el insensato ataque de celos que no había sabido controlar.

Pero el viejo no despegó los labios, y su bochornoso e insoportable silencio le atravesó como puñalada traperera.

Avergonzado por su infame comportamiento, agachó la cabeza como un niño tras hacer una travesura, y sin dejar de mirar al suelo, pidió disculpas.

—Lo siento —dijo sin atreverse a mirarla.

Victoria le miró indulgente y le quitó importancia a lo sucedido.

—Sé muy bien como es Archibald —aclaró exhalando un suspiro que no era para nada de alivio—. Algo le ha ocurrido.

Rodrigo intentó tranquilizarla.

—¿Y no ha podido perderlo y ya está...? —dijo.

—¡No! ...Y conociéndole, no me atrevo a imaginar en qué líos andará metido. No me alcanzan las fuerzas para tanto —Cerró los ojos como si con ello pudiese descartar el oscuro presagio que martilleaba su mente, pero nada; sus sospechas eran más sólidas que su optimismo.

Las palabras brotaron de sus labios con una convicción sorprendente;

como si una extraña fuerza surgida de su interior, se hubiese apoderado de su voluntad.

...—Y eso significa —dijo con voz temblorosa—, que por mucho que me cueste admitirlo, también a la niña le puede haber ocurrido algo. ¡Dios mío! —se lamentó—, si es solo un bebé...

Retiró sus lágrimas con el dorso de la mano y añadió:

—Mi intuición me dice que debo partir en su busca.

—Apresúrate despacio —aconsejó Rodrigo. Hasta ese momento había permanecido callado, pero la ocasión la pintan calva y no pudo dejar pasar la ocasión; le gustaba tanto esa cita atribuida al emperador Augusto, que nunca perdonaba, si tenía oportunidad de soltarla.

Victoria alzó las dos cejas.

—¿Cómo dices?

Rodrigo se lo dijo de otra manera:

—¿No tienes ni idea de lo que ha podido ocurrirle a ese tío.

—Se llama Archibald. Y quién me preocupa no es él.

—Archibald, sí... No sabes lo que ha podido pasarles y ya quieres poner patas arriba el mundo...

—¿Y qué harías tú, espabilao?

Rodrigo no estaba para ironías y la pasó por alto.

—Lo más previsible es que le hayan asaltado. Por esta zona hay muchos ladronzuelos, y aunque jamás debemos descartar otras hipótesis, de momento es lo más probable que se me ocurre. Creo que deberías comenzar a buscarle por el pueblo... Cuando le encuentres a él darás también con tu hija.

—¿Tú crees? Su zurrón estaba aquí...

—No te costará nada —aseguró—. Está aquí al lado... detrás de aquellas colinas.

—Se hará lo que tú digas —aceptó ella—... pero tiene que ser sin demora.

Miró a Tobías y suplicó:

—¿Me acompañarás? No puedo estar quieta ignorando dónde está mi hija...

Tobías miró a Rodrigo.

—Está bien, está bien —refunfuñó interpretando a la perfección su mensaje—. ¿Quién me mandará a mí —se lamentó— meterme en estos berenjenales. En fin, ya no tiene remedio... —Se volvió hacia ella y la animó—: Haz lo que tengas que hacer. Yo prepararé las mulas.

Gritó sus nombres mientras iba hacia el carromato:

—¡Lucrecia! ¡Isidora!

Los animales se encontraban pastando cerca del agua y se pusieron alerta al escuchar su voz.

—Venga, holgazanas. Se acabó el descanso.

Minutos después se encontraban de nuevo en camino, sin perder de vista el curso del arroyo. El recorrido hacia el pueblo estaba siendo muy tranquilo; incluso aburrido, debido al silencio generado por la tensión imperante.

De repente, Victoria lanzó tal alarido que asustó a las mulas, haciendo que la carreta oscilara de un lado a otro. Al mismo tiempo extendía el brazo apuntando al río.

Un cuerpo inerte yacía rodeado de moscas, boca abajo y con parte de la cabeza dentro del agua.

Saltó de la carreta y corrió hacia él. Por la indumentaria, sospechaba de quién podía tratarse.

Una vez en el sitio, no tuvo ni que volverle la cabeza, su inconfundible pelo rubio serpenteaba en el agua como único signo activo de vida.

Sin perder un segundo, escudriñó con la mirada a su alrededor. Lo hizo de forma minuciosa; como si buscara una aguja en un pajar. Pero ni encontró la aguja ni con qué aplacar su nerviosismo.

Como si esperase un milagro, volvió a rastrear palmo a palmo el terreno colindante. Pero nada.

Su ya castigado corazón casi le dio un vuelco, a causa de la insufrible incertidumbre que iba invadiéndola de la cabeza a los pies. Desconocía si eso era bueno o malo... si debía alegrarse o no. Pero su hija no se encontraba allí.

Se arrodilló abatida e indecisa.

¿Qué se suponía que debía hacer? ¿Gritar más fuerte? ¿Serviría de algo?

Como mecanismo natural de autodefensa, hizo lo que le pedía el cuerpo: perder el conocimiento.

Estaba agotada y a punto de perder la esperanza. Si hubo alguna vez algo que le pareció infructuoso, era sin duda la búsqueda de su hija. Habían recorrido el poblado en su totalidad; casa tras casa, establo tras establo, taberna tras taberna, tienda tras tienda y hasta preguntado en el taller del herrero y a cada campesino que iba o regresaba de las eras, pero solo en un lugar pudieron hilvanar un triste y débil hilillo de esperanza; un hilo sin madeja que ni cosía ni iba a ningún lado, pero que entreabría una grieta por la que podía

vislumbrarse una gota optimismo.

Resopló intentando serenarse.

Al menos, pudieron saber con certeza que la pequeña estuvo allí y que fue bien atendida por Archibald. Algo era algo. Pero el hilo se rompió en el momento en que el escocés abandonó el poblado con una buena provisión de gachas. A partir de ahí, todo era bruma.

Rodrigo la observó como si fuera la primera vez que la veía y percibió en ella una profunda tristeza. Sentada frente a él, en silencio, tensa, derrotada y completamente abatida, tenía la mirada perdida en ninguna parte y se devanaba los sesos haciéndose una vez tras otra la misma pregunta.

Tobías, también tenso y en silencio, se esforzaba con esmero pero sin conseguirlo, en deshacer cualquier duda acerca de ella. Con los nervios a flor de piel a causa de la nula atención que recibía por parte de su chica, nervioso, azuzaba las llamas con una rama.

Se diría que todo estaba ya asumido y que nadie tenía nada que aportar, pero la tensión acaparaba el ambiente, dando la sensación de ir a explotar en cualquier momento. El aire que respiraban parecía quemar tanto como las llamas de la hoguera.

Rodrigo decidió romper el silencio.

—¿Estabas muy unida a ese joven? —quiso saber.

Victoria no apartó la mirada del fuego.

—En cierto modo lo estuve. —Lo dijo con un hilillo de voz casi inaudible—. Si es que a una triste semana se la puede considerar suficiente para unir a dos person...

—Lo digo —la interrumpió— porque se te ve afligida. Si nos dejáramos guiar por la forma en que has reaccionado al verle muerto, podríamos asegurar sin miedo que sientes profundamente su pérdida.

—Y claro que la siento —admitió sin titubear.

A Tobías, preocupado por el giro que habían tomado los acontecimientos en tan sólo unas horas, le faltó poco para estallar. A juzgar por el gesto de su rostro, se diría que esperaba oír algo así, aunque lo que deseara fuera oír lo contrario. Pero aun sin ser del todo una sorpresa, se le hizo un nudo en el estómago, que le cortó la respiración. Intentó desahogarse, pero cerró los puños con fuerza y se contuvo.

Victoria le buscó con la mirada. Cuando los ojos de él se cruzaron con los suyos, continuó:

—Pero el que sienta su muerte, no quiere decir que lo haga en el sentido

en que estáis pensando. No es eso, no. —Lo dijo sin dejar de mirarle; como si deseara aclararle las dudas de una vez por todas—. Lamento esta situación —añadió—, tanto como esta mierda de conversación que jamás deberíamos haber tenido... Y lamento también los sentimientos a los que muy a mi pesar nos ha abocado, pero os mentiría si dijese que no siento su muerte... y no solo porque era el padre de mis hijos, que también, pues soy humana, sino porque estoy viva gracias a él.

—¿Cómo dices?

—Cuando te apresaron, fui violada de manera bestial por dos hijos de puta. Las instrucciones de su jefe eran muy claras: matarme y quemar la casa.

Tobías notó un frío en la espalda provocado por la ira que iba apoderándose de él con cada palabra que salía de la boca de Victoria. Pero no acertó a abrir la boca; nunca se sintió tan impotente como en aquél momento. Sintió rabia y vergüenza por no haber estado para impedirlo.

—¿Quemar la casa? ¿Y para qué? —preguntó Rodrigo.

—Para no dejar rastro... —aclaró ella—. Y entonces...

—añadió—, como un ángel caído del cielo, apareció él y acabó con uno de ellos... del otro, me encargué yo.

—¿Has matado a un hombre?

—Miró a los dos y asintió.

—Era la primera vez que acababa con una vida, pero si de algo estoy segura, es de que no me arrepiento para nada.

Tobías arrugó el entrecejo.

—¿Has matado, y no sientes ningún arrepentimiento?

Asintió y agregó:

—En las mismas circunstancias lo volvería a hacer... Créeme que no dudaría ni un solo segundo.

Tobías aprovechó el hilo de la conversación y soltó la pregunta que le quemaba la lengua:

—¿Y tampoco sabes qué hacía allí ese... como diablos se llame?

Apretó los puños reviviendo aquél incidente que con toda seguridad le dejaría secuelas imborrables, y cesó de hacer fuerza cuando notó que se estaba clavando las uñas en la palma de la mano.

Respiró hondo y se encaró a Tobías.

—con respecto a la, para mí hija y para mí, «afortunada» aparición de Archibald, se me olvidó preguntarle qué se le había perdido allí —apuntó con ironía.

Tobías sintió como si cada palabra le atravesara.

Rodrigo intentó apagar la mecha de adrenalina que se extendía sin remedio. Cambió de tema, y el ambiente lo agradeció. Carraspeó y dijo:

—He estado pensando en ese matrimonio que ayudó a tu... Ya sabes, el que ayudó a ese Archibald.

Victoria pareció volver desde muy lejos.

—¿Qué quieres decir con eso? —balbuceo, aturdida.

—¡Pues algo muy importante, joder! Sabemos que tu hija estaba con él y que se fue de allí con él... Y eso fue ayer.

—Todavía no entiendo a dónde quieres ir a parar.

—¡Eso! —exclamó Tobías—. Explícate sin rodeos.

Se atusó bigote y barba antes de responder; acostumbraba a hacerlo cuando tenía algo importante que decir.

—Sabemos por el tabernero de la plaza —explicó—, que unos sujetos de aspecto patibulario iban por todo el pueblo preguntando por un amigo que curiosamente se llamaba Archibald.

—¡Vaya misterio! —dijo Victoria en tono lacónico.

Rodrigo no entendía a qué venía tanto sarcasmo.

—¿Qué insinúas? Parece que sabes algo que yo...

Victoria no le dejó acabar.

—A juzgar por el dinero que manejaba, bastante y de dudosa procedencia, Archibald debía tener amistades de mala vida. Pero sigue... ¿Adónde quieres ir a parar?

Rodrigo levantó el índice para enfatizar lo que iba a decir.

—Pues que eso tiene mucha importancia; más de lo que parece.

Victoria le miró confusa. Se devanó los sesos durante unos segundos, y como no llegó a conclusión alguna que valiese la pena, le animó a continuar:

—Pues tú dirás...

Rodrigo se apuntó al pecho con el pulgar.

—¿Cómo que yo diré...?

—¡Pues sí, tú dirás! Aún no entiendo a dónde quieres ir a parar. Y déjate ya de misterios, por favor... lo que yo quiero saber, es dónde está mi hija.

—Algo me da en la nariz, eso es todo...

Victoria estaba a punto de estallar. Tanto suspense la desquiciaba.

—¿Que algo te da en la nariz?—le dijo, intentando no cogerle del cuello—. Mira, no puedo con tanta intriga... me pone nerviosa. Si tienes algo que decir, dilo ya...

Rodrigo se marcó unos carraspeos. Disfrutaba creando tensión; acostumbraba a hacerlo cuando le leía las cartas a la gente y le salía sin querer ni ser consciente.

—Mi dilatada experiencia me dice, que amigos como esos no son recomendables. Es posible que hasta fuesen ellos quienes, por cualquier motivo; una simple disputa, le mataran y se llevaran a tu hija... Aunque no sé para qué... Soy viejo, pero no adivino.

Aquella teoría ayudó a Tobías a arrancar los ojos del fuego. Aunque parecía no tener ningún sentido y haber sido cogida por los pelos, tuvo una virtud: la de encender una luz en su cabeza; una luz que pareció destellar sobre sus aletargados recuerdos, despertándolos de golpe.

Miró a Victoria y frunció el ceño.

—¿Qué ocurre? —le preguntó, sorprendida.

—Eso digo yo... —preguntó también Rodrigo.

Tobías no contestó. Cerró los ojos, apretó los labios y, como inspirado por un duende, detalles de su detención comenzaron a emerger desde algún abismo escondido en su mente, como si fuesen burbujas escapándose de algún lugar hundido en él.

—¿Te ocurre algo? —insistió Victoria.

Nervioso, comenzó a frotarse las sienes; las preguntas se le agolpaban todas a la vez. Enfurecido, se mordisqueó el labio hasta sangrar ¿Cómo había podido pasar por alto algo tan evidente?, se recriminó sin dejar de masajear su frente. Aquellos matones debían buscar a alguien de sus mismas características que, a la vista estaba, tenía que ser Archibald, y le confundieron con él... Ateniéndose a ese detalle, todo parecía venir rodado.

Se rascó el cogote y chascó los dedos. Por demencial que pudiera parecer, y el caso es que lo parecía, los que iban tras Victoria, sin siquiera relacionarlos entre sí, iban también tras Archibald.

—¿Cómo he podido ser tan idiota para no caer en la cuenta de algo tan evidente? —dijo, mirando a los dos.

Ella le notó compungido y le preguntó, intrigada:

—¿A qué te refieres?

—Tengo una mala noticia —dijo, avergonzándose por no haberlo pensado antes—. Los que te buscan, tienen a tu hija.

Rodrigo y Victoria exclamaron a una:

—¿Cómo?

Tobías asintió.

—Hay algo de embrollo en lo que digo —les aclaró—, pero tenemos la suerte de cara.

Rodrigo exhaló un suspiro, cargándose de paciencia.

—¿Y puedo saber a qué le llamas suerte? —preguntó.

Tobías juntó las palmas y aclaró:

—Al parecer, esos tipos no saben que esa niña es hija de la chica que están buscando... ¡Gracias a Dios!

Victoria le miró, recelosa.

—¿Qué quieres decir con eso? Cada vez lo entiendo menos —dijo, desanimada—. ¿Cómo has podido llegar a esa conclusión, así, tan de golpe?

—Da igual —dijo él—. No lo entiendo ni yo...

—Ella le miró expectante; esperaba que él le aclarara aquel galimatías.

Rodrigo entrecerró los ojos y chascó la lengua.

—¿Y qué se supone que debemos hacer? —preguntó.

—¿Es obvio, no? ¿A qué viene esa pregunta?

—Porque algo me dice que ya no pintamos nada en este pueblo —repuso—. Si es cierto eso que dices...

Tobías miró a los dos como si fuera a decir algo, pero se arrepintió; se le había ocurrido una idea y prefirió no airearla por miedo a equivocarse. Para llevarla a cabo era necesario volver al principio y a dónde todo comenzó... a El Barcal. Pero no era sencillo, ya que si no estaba en lo cierto, el tiempo que perderían sería fatal para la niña y entorpecería aún más la búsqueda. Ni por asomo deseaba asumir tal responsabilidad.

—¿Algo que decir? —le preguntó Victoria sacándole de su aislamiento mental—. Te noto nervioso.

Tobías evaluó los pros y contras, no sin recelo, pero se decidió a exponer su idea.

—Desconozco el motivo de lo sucedido a ese muchacho y el porqué —expuso—, pero...

—¿No puedes ser más directo? —le apremió Victoria.

—En este momento todo me da vueltas, pero lo que sí es evidente, es que esos tipos, aunque no le relacionaran contigo, también le buscaban a él.

Rodrigo levantó el dedo.

—¿Y cómo has llegado a esa conclusión? —preguntó.

—No le encuentro sentido a eso —replicó Victoria.

—¿Por qué? —quiso saber Rodrigo—. No es extraño. En el fondo sí estáis vinculados... y ellos podrían haberlo sabido, ¿no?

Ella miró a Tobías y replicó convencida:

—Pero en mi caso está claro. Quieren algo que creen que tengo. ¿A él, por qué...?

Tobías encogió los hombros como respuesta.

—¿No dices nada? —insistió—. Algo te habrá llevado a esa conclusión... ¿O no?

Tobías resopló y asintió a la vez.

—Estáis conectados de alguna manera que no alcanzo a entender y algo me dice que no pararán hasta encontrarte. ¿A ti se te ocurre algo? Piensa. ¿No se te ha pasado nada por alto?

Ella negó con la cabeza

—¿Nada de nada? Algo tiene que haber... —insistió.

—¿Con respecto a Archibald? ¡Nada! —le aseguró.

Tobías meneó la cabeza como si no estuviera convencido de cómo se lo iban a tomar, pero no se le ocurría ninguna idea mejor, y lo soltó.

—Para encontrar a tu hija; Dios quiera que sí, sugiero, aunque en principio parezca una contradicción, regresar a dónde todo empezó. No les imagino ya buscándote allí.

Victoria le miró asombrada.

—¿Ah, no? —preguntó, curiosa—. ¿Por qué?

Deben haber trillado toda la zona, y, al menos por el momento, abandonado esa idea.

—Se te ve convencido... —apostilló Rodrigo.

Victoria reaccionó con una risita nerviosa.

—¿Y qué se supone que vamos a hacer si regresamos? Ni se me ocurre pensar que mi hija pueda estar allí.

—No lo sé —confesó—. Solo es una idea. Pero dado el cariz que está tomando este embrollo, si no averiguamos el significado del mensaje de tu padre, ni llegaremos a ningún lado ni tendremos futuro. Y hasta es posible que tu hija y el lugar dónde pueda estar, estén relacionados; en este maldito galimatías cabe cualquier hipótesis. —Miró a los dos, se rascó el cogote y añadió a modo de propuesta—: Si no tenéis ninguna idea mejor, os sugiero como primer paso, buscar a Anué. Deberíamos averiguar qué razón tenían esos tipos para ir tras ese Archibald, o como se llame. Debemos...

Rodrigo no le dejó acabar.

—Anué. ¿Quién demonios es Anué?

—Un druida.

—¿Un qué?

En otras circunstancias, Rodrigo se hubiera retorcido de la risa, pero la naturalidad sin escamas con la que se lo soltó Tobías, le desmotivó.

—¿Cómo has dicho? —Se esforzó para no reír.

Tobías, en contra, no pudo aguantar la risa.

—Un druida —repetió sin parar de reír—. ¿Sabrás lo que es un druida, no? Rodrigo le miró con cara de idiota.

—¡Pues claro que sé lo que es un druida, joder!

—¿Entonces, a qué viene esa cara?

—¡Que a qué viene esta cara?

—Sí. Si pudieras ver la cara que has puesto...

—Pensaba que estaban extinguidos, coño... al menos en España. A nadie se le ocurriría imaginar, estando por ahí dando vueltas Torquemada, que quede aquí quién no comulgue con sus ideas; especialmente si es un druida... Ese cabrón hijo de puta sería capaz de asarlo en su propio caldero.

—Pues ya lo ves... —dijo Tobías sin poder contener la risa—. Uno al menos, sí que queda.

—Sorpresas que nos da la vida. —Lanzó un escupitajo—. Quiero conocerle —añadió, divertido—. Tiene que ser interesante conocer a un tío así... ¡Un druida!

Tobías le miró asombrado.

—Creí que te quedabas en Roncesvalles —le recordó.

Rodrigo se frotó la nariz y carraspeó.

—Creo que esos clientes podrán esperar.

—¿Algún motivo para ese cambio de opinión?

—Quiero echarle las cartas a vuestro amigo.

—¿Pretendes echarle las cartas a un druida?

—¿Qué tiene de extraño?

—¿Pretendes engañar a un druida? Rodrigo, tú estás loco.

—¿Y quién ha dicho que sea un engaño?

—¿Pero es que estás hablando en serio?

Rodrigo contestó con otra pregunta.

—¿Es un druida auténtico? —Arrugó la nariz cómo si no acabase de creerlo.

—De los de verdad de verdad —le aclaró Tobías sin poder contener la risa.

—¡Hay que joderse! —exclamó—. ...Nunca es uno lo suficientemente

viejo para dejar de sorprenderse. Será el acontecimiento de este año; creí que no quedaba ningún ejemplar. Me encantará conocerle.

Victoria dejó escapar una carcajada. Por un brevísimo espacio de tiempo, las graciosas ocurrencias de Rodrigo parecieron mitigar sus miedos llevándolos a un segundo plano y sofocando la tensión que la dominaba.

—¿De verdad consideras como algo peculiar, el hecho de conocer a un druida...? —dijo en tono divertido—. No tienen nada de especial, te lo aseguro.

Rodrigo arqueó las dos cejas.

—¿Nada? ¿En serio crees eso?

—A bueno le has ido a sacar el tema —rió Tobías.

Victoria se mordió el labio y pareció cavilar.

—Bueno —rectificó—, aparte, claro, de la desmedida popularidad que antaño tenían, dada su alta erudición y extraordinarios conocimientos sobre plantas, medicina y magia. Claro que esto solo vale para los que creen en la magia y en todos los chismes que se cuentan —aclaró—. Hay quién dice que no hay que hacer demasiado caso a esos rumores. Aseguran que son habladorías que forman parte del folclore celta. ¿Tú crees en esas cosas?

Rodrigo agitó la cabeza de arriba abajo.

—Pareces tan convencido, que dan ganas de...

Rodrigo la interrumpió.

—Y creo que te has quedado corta —aseguró—. Un druida significa mucho más que todo eso...

—Lo que sí es cierto, es que están a otro nivel. Creo que os llevaréis bien. Sois igual de raros.

Rodrigo no pudo aguantar la risa.

—Sí. Seguro que haremos buenas migas... —Lo dijo haciendo un casi imperceptible movimiento con una de sus manos, de la cual, de forma súbita, pareció brotar una espléndida flor.

Se la ofreció simulando una reverencia y advirtió:

—Cuidado con las espinas.

Victoria, embelesada por aquel detalle, la tomó no sin cautela y la olió y tocó una y otra vez como si intentara comprobar su autenticidad.

—¡Es auténtica! —exclamó, todavía hechizada.

Rodrigo asintió.

—Tan auténtica como tú. Aunque no tan bella —dijo, satisfecho por el éxito de su actuación.

...—¡Es auténtica! —repitió ella, como si se negara a aceptarlo
—Y tan real como la magia que la ha puesto en tus manos.

Victoria se ruborizó y sorprendió a la vez.

Tobías, no menos impresionado, se acercó a Rodrigo y comenzó a palpar sus ropas a modo de cacheo.

—¿Cómo lo has hecho? —preguntó, intrigado—. ¿No me irás a decir que es auténtica magia? Eso no existe...

Rodrigo le miró confuso.

—¿Acaso lo dudas?

Desconfiado, palpó sus ropas una vez más y pareció al fin resignarse, aunque a regañadientes.

—Confieso que no lo he pillado. Es bueno, pero...

Rodrigo le puso la mano en el hombro, le miró a los ojos y alzó una ceja.

—Pero no terminas de creértelo... ¿Cierto?

Tobías, dubitativo, negó con la cabeza.

Rodrigo le dio una palmadita en el brazo.

—Tu problema —le dijo en tonillo paternal—, es que no sabes mirar desde adentro.

—¿Cómo dices?

—Te han robado la infancia demasiado pronto y has perdido la capacidad de ver las cosas con ojos de niño; de ese niño que en realidad eres.

Tobías intentó replicarle pero no le dio tiempo... de entre las castigadas manos de Rodrigo, salió y emprendió el vuelo una paloma blanca.

XXX

HISTORIA DE UN MAGO

Comenzaba a nevar cuando el carro hizo su aparición en el claro. La arboleda que circundaba el serpenteante y pedregoso sendero que les condujo hasta allí, adquiriría un tono lechoso que amenazaba tragarse el selvático paisaje, tiñéndolo de blanco.

La fría noche mostraba minuto a minuto su aspecto más sombrío, pero un débil resplandor se dejaba vislumbrar en la distancia anunciándoles que su destino estaba al otro lado del claro.

La voz de Rodrigo sonó jubilosa.

—¡Vamos Lucrecia! ¡Venga Isidora!

Las mulas parecieron hacerse eco de aquella alegría, y contagiándose de ella, aceleraron el paso; conocían a su dueño, y por su tono alegre intuían que no tardarían en oír su palabra favorita.

Pocos minutos después, su deseo se hizo realidad.

—¡Sooooooooo!

Se detuvieron frente a la cabaña y rebuznaron a dúo a modo de celebración.

Rodrigo saltó del pescante, y sin pérdida de tiempo se apresuró a liberarlas de los molestos arreos.

—¿Alguien vive? —gritó.

Una voz acarició sus oídos como brisa de primavera.

—Detrás de la cabaña hay un cobertizo. Junto a las gallinas y el cerdo, las mulas estarán protegidas del frío y del viento —dijo Melissende a modo de bienvenida.

Avistó a Victoria y su semblante se iluminó.

—Me alegro de que por fin aparecieras. —Sus labios dibujaron una

sonrisa sincera—. Estábamos preocupados por ti.

Minutos más tarde frotaban sus entumecidas manos y se apelotonaban junto a la hoguera. Hacía mucho frío y sus ropas estaban mojadas.

—¿Dónde está tu hija? —preguntó la anciana.

—No sabemos dónde está —se adelantó Tobías.

El gesto de Melissende no pudo ser más evidente.

—¿Cómo que...? ¿Pero qué estás diciendo?

Tobías intentó explicárselo.

—A estas alturas podría estar en cualquier parte.

A Melissende casi le da un soponcio.

—¿Pero qué me estás contando?

No hemos podido dar con ella —se lamentó.

...—¿Me estás diciendo que no sabéis dónde está esa criatura?

Los tres asintieron a la vez.

Tobías abrazó a Victoria, en vano intento de consolar lo inconsolable.

—Es una historia larga y sin sentido —dijo a modo de introducción.

Deprimida por la noticia, se dejó caer sobre el catre y buscó a Victoria con la mirada.

—¿Qué? —dijo esta, extrañada.

Melissende la animó a comenzar.

—En este momento no tengo nada que hacer... —Os escucho.

Cuando estuvo al tanto de lo ocurrido, suspiró y dijo:

—He oído y leído historias con menos misterio que la vuestra, que hasta este momento tenía por increíbles. A partir de ahora, las recordaré como simples anécdotas... como cuentos infantiles. —Se llevó las manos a las sienes y exhaló todo el aire por la nariz—. Espero que aparezca. No me atrevo a imaginar la reacción de Anué cuando se entere. Pensará que es culpa suya.

Victoria se dejó caer a su lado.

—Ni sabemos qué hacer, ni se nos ocurre por dónde empezar —dijo con un hilillo de voz casi inaudible—. Ni tampoco sabemos si está viva.

—No hay razón para que no lo esté —dijo Rodrigo—. Hay que ser optimista. Al fin y al cabo, a ti te encontramos, ¿no? Además, una criatura no es ningún peligro.

—Pero sí una carga... —repuso la anciana—. Depende de la buena voluntad del que la tenga...

Melissende se puso en pie y la ayudó a levantarse. La abrazó fuerte y la

condujo hasta la hoguera.

—Harías bien en no alejarte del fuego, hija mía. —Se volvió hacia los otros—. Y vosotros también. Permaneced cerca de la hoguera hasta estar secos por completo... Es lo mejor que podéis hacer para no agarrar una dichosa pulmonía.

Acarició a Victoria con ánimo de serenarla y añadió:

—En cuanto a tu hija, sería preferible no preocuparte en vano. Por el momento, nada puedes hacer —Desvió los ojos hacia Rodrigo, quién se hallaba junto al fuego—. Gracias a Dios, este hombre tiene un carro. Eso facilitará las cosas.

Rodrigo asintió y carraspeó.

—Antes que nada, gracias por su hospitalidad, señora. Y perdón.

Melissende frunció el ceño.

—¿Perdón, por qué?

—Imagino que no esperaba a nadie a estas horas. Y no digamos ya a un pelotón con desconocido incluido.

—Mira —le tuteó ella—, en eso no discutiré. En una noche como esta, lo único que apetece es tranquilidad, y no que te vengan de improviso y te birlen el sosiego.

Rodrigo no sabía qué postura tomar.

—Es broma —dijo la anciana—. ¿Y por cierto, tú de dónde has salido... quién eres? —Le tuteó de nuevo—. ¿Porque un nombre sí que tendrás, imagino? Algo a qué responder, aunque sea levantando el dedo.

Rodrigo cerró los ojos y chascó los dedos a la vez que con la otra mano se daba una palmada en la frente.

—¡Oh! Disculpe usted mi mala educación. —Hizo un gesto en señal de saludo a la vez que, sombrero en mano y contra el pecho, se inclinaba en muy ensayada y teatral reverencia—. Me presentaré —dijo sin alzar la cabeza—: Rodrigo Velázquez Alcolea a su completo servicio, dama mía. Y una vez más, perdón por irrumpir de este modo en su palacio y en su vida.

Melissende no estaba para bromas, y menos aún para florituras; después de las últimas noticias sobre la niña, toda esa parafernalia le venía grande. Pero la espontánea y alegre manera de expresarse que exhibió aquél sujeto parlanchín salido a saber de dónde, así como sus modales descarados, le levantaron la moral y tuvo que esforzarse para no reír.

—A mi no me llames de usted —le dijo sin tapujos—. Yo no lo haré contigo, ya lo he dejado claro. —Emitió un largo suspiro y habló a los tres,

sin mirar a ninguno—: Deberíais comer algo y descansar. Estaréis deshechos... Mañana habrá tiempo para organizar algo.

Rodrigo echó una mirada a su alrededor y suspiró.

—¿Ocurre algo? —preguntó la anciana.

—Poco catre para tanta gente —apuntó Rodrigo.

—¡Perdón por no tener una fonda...!

—No te preocupes por mí. Yo acostumbro a dormir en el carro.

Melissense le echó un ojo de pies a cabeza y fijó los ojos en sus manos, pero en contra de lo esperado, no hizo el menor comentario. Se hizo paso entre ellos, sacó una olla metálica del fuego y se dirigió a la mesa de madera que se encontraba en el centro de la estancia.

—¿Por qué estás tan callada? —preguntó a Victoria.

La muchacha no contestó. Su mirada parecía apagada; tanto como su estado de ánimo.

La voz de Melissende acabó con su introspección.

—Pareces perdida en otra parte —dijo—... ¿Te ocurre algo?

—Esperaba ver aquí a Teth. —Lo dijo a bocajarro—. Deseo tanto verle. Sé que me he hecho ilusiones, pero...

Melissende no abrió la boca. ¿Qué podía decir? Con la nostalgia no se podía jugar. Ya se le pasaría.

—Sabes que está con Anué.

...—Durante todo el camino albergué la esperanza de encontrarle aquí. ¿Acaso Anué no te visita?

—En efecto, viene de vez en cuando. Pero con Teth...

—¿Qué ocurre con mi hijo?

—Tranquilízate, tu hijo está bien. Solo que es difícil ir de aquí para allá cargado con una criatura tan pequeña.

Victoria se serenó.

—He venido —dijo—, porque esperaba abrazarle con todas mis fuerzas. Necesito tocarle, besarle y saber que al menos él se encuentra bien... ¿Entiendes lo que te digo, verdad? De lo contrario, hubiera sido mejor buscar a mi hija en otra parte.

Melissende, impertérrita, continuó poniendo la mesa.

Victoria apartó con el canto de su mano las lágrimas que comenzaban a inundar sus ojos y estalló.

—¡Dios, ayúdame! —exclamó con los ojos empañados. Qué difícil se hace la vida, sin tener noticias de lo que más quieres. Qué duro es estar

perdiendo el tiempo, sabiendo que los dos me necesitan. ¡No puedo vivir así!

—Debes tranquilizarte —rogó Melissende—. Está con Anué, y está bien. ¿Eso fue lo planeado, recuerdas?

—¿Por qué tiene que pasarme esto. Necesito tenerlos, y ellos me necesitan a mí. Y pensar que en este mismo lugar estuvimos los tres...

Melissende intentó caldearle el ánimo.

—Tu hijo está con Anué —repitió—. Y eso que ahora te muerde el estómago es nostalgia; una nostalgia severa provocada por los recuerdos que te trae este lugar.

Victoria se irguió, puso los brazos en jarra y pateó el suelo con rabia.

—Y qué más da con quién esté... El caso es que estoy aquí y no puedo abrazarle.

Melissende insistió.

—Por su seguridad se tomó esa decisión. ¿Recuerdas?

—¿Seguridad? Mira a lo que hemos llegado... ¿Esto es seguridad?

—Imagina dónde estaría en este momento, si en vez de con Anué, hubiera ido contigo aquél día. ¡Te habrían quitado a los dos, Victoria! ¡A los dos!

—Eso es verdad —reconoció Tobías.

Aquellas palabras hicieron su efecto. Victoria rompió a llorar como una niña arrepentida.

Melissende dejó que se desahogara.

—Mañana podrás verlo y abrazarlo, no te preocupes. Se acercan por aquí de tanto en tanto. —Miró a Tobías y sonrió—. Anué espera noticias vuestras con ansia. Está desesperado por volver a veros...

A Victoria le volvió el color a la cara.

—¿Mañana? —exclamó.

—¡Exacto! Viene día sí y al otro no... Necesita estar momentos a solas, y me encasqueta a tu hijo... Dice que es mucha carga para una persona sola, pero luego no sabe estar sin él. Es un cascarrabias, pero tranquila, el pequeño le adora.

Una chispa de felicidad encendió los ojos de Victoria.

—Entonces... —musitó.

Melissende terminó por ella:

—Entonces, hasta mañana no se habla más de esto... ¿Os apetece comer algo caliente? —propuso, cambiando de tema—. La pregunta era retórica; daba por hecho que nadie renunciaría a un succulento hervido de legumbres... y menos aún, en una gélida noche cómo aquella.

Tomó cuatro cuencos de barro y los llevó a la mesa.

Rodrigo se acercó hasta la puerta, y una vez junto al alféizar, se volvió.

Ahora vengo —dijo.

—¿Se puede saber qué haces —le preguntó Melissende. Cierra ya, hombre de Dios... que entra frío.

—Tengo un magnífico vino, mejor tocino, y un queso de cabra que no olvidarás en tiempo... quizá jamás.

—¿Y mi hervido, qué...?

Sonrió levantando el pulgar y concluyó—: La cena será más completa. — Se tocó el estómago—. Tranquila, que hay apetito.

Melissende no desaprobó la idea.

—Nunca está de más un buen queso —dijo, mirando a la pareja. ¿Qué os parece?

Rodrigo arrugó el entrecejo.

—¿Y el vino qué? —se quejó—. ¿Vas a ningunear mi vino?

Melissende fue incapaz de contener la risa. Aquél tipo le caía bien. Era franco y espontáneo.

—Ni tampoco un buen vino —rectificó sin dejar de reír—. Adelante. Tráete esos manjares. Así entre trago y bocado, me ponéis al corriente de vuestras desventuras, que al parecer no son pocas... —Miró a Tobías—. Porque a juzgar por lo que me habéis contado y sin entrar en detalles, la única noticia que no me hace llorar, es que Victoria está contigo.

—¿Y te parece poco...? —exclamó—. Encontrarla fue prácticamente un milagro. Y pensar que a punto estuve de no acompañar a Rodrigo. Fue gracias a él, que...

—Me parece lo mismo que a vosotros —le interrumpió—. Bueno, pero insuficiente... Por cierto —añadió—, tampoco estaría de más saber algo acerca del ingenioso y dicharachero Rodrigo; solo conozco su nombre...

—¿Y qué más quieres saber? —preguntó Tobías.

—¿Cómo le conocisteis... A qué se dedica...?

En ese momento entró Rodrigo. Dejó los víveres en la mesa, la miró y dijo:

—Creo que durante la cena, este viejo podrá ponerte al día, querida. Seguro que mi historia te resulta cuanto menos, interesante. —Miró a Tobías con ojos vivarachos y puso gesto expectante—. Y por cierto chaval, recuerdo que dijiste que conocería a un druida... ¿No sería broma, verdad?

Melissende no pudo contener una carcajada. Con cada palabra que soltaba,

más simpatía despertaba aquél tipo.

Sin pretenderlo, sus ojos quedaron atrapados en sus mortificadas manos. Notó que él se dio cuenta y desvió la mirada. Pero Rodrigo no perdió detalle.

Echó un trago y le miró a los ojos.

Rodrigo no apartó sus ojos de ella. Se preguntó cuánto tardaría en hacerle la dichosa pregunta.

La voz de Melissende le sorprendió dando un bocado.

—¿Quieres conocer a Anué?

—Asintió sin dejar de masticar.

—Mañana tendrás ocasión. También verás al pequeño Teth. ¡Dos en uno!
—exclamó, divertida.

Tragó lo que tenía en la boca y echó un trago de vino.

—Perfecto —dijo, dando otro bocado—. Es lo que me ha traído aquí.

Melissende pensó que daba gusto verle comer.

—Mientras tanto, cuéntame... —le animó.

Rodrigo bebió y chasqueó la lengua.

—Supongo, claro está, que querrás conocer la historia de mis manos, ¿verdad?

—¡No me irás a decir que te sorprende...?

Es lógico —dijo, llenando las jarras de vino—. Vayan dónde vayan, levantan pasiones. Es difícil, lo sé, quitarles la vista de encima. Hay un cierto morbillo, que...

Melissende le cortó.

—Tienes razón —reconoció—. Esas marcas son como pan para un hambriento; cuando les pones el ojo encima, es difícil...

Rodrigo tampoco la dejó terminar.

—¿Olvidarlas? Cierto —admitió—. Ni yo lo consigo... A veces tengo pesadillas.

Melissende meneó la cabeza, acongojada.

—Seguro que hay toda una historia tras esas cicatrices... ¿Me la cuentas?

Rodrigo escanció de nuevo en su jarra, echó un trago, se puso cómodo y comenzó:

—Érase una vez, un mago...

XXXI

VIAJE A LOS RECUERDOS

Aquella mañana era idéntica a las anteriores. Espesos y oscuros nubarrones encapotaban el cielo, y un blanco manto de nieve se extendía por toda la comarca, dándole al paisaje un aspecto casi fantasmal que se juntaba en el horizonte con un cielo plomizo que lo envolvía todo.

La espesa niebla que invadía la región, animaba a los lugareños a resguardarse en sus hogares o dónde podían; incluso las iglesias estaban ocupadas por algunos viajeros sorprendidos por el temporal. Era poco probable toparse con un alma, a no ser que fuese del todo inevitable.

Esa fue la razón de que nadie se cruzara con Anué en el camino hacia la cabaña, y también el motivo de que él se encontrara allí en un día como aquél.

Empujó la puerta sin llamar y ante la mirada expectante de los presentes se dirigió raudo hacia la cuna que se encontraba frente a la chimenea, acomodó al pequeño y le despojó de las húmedas pieles que le envolvían.

Victoria, no pudiendo controlar su impaciencia, no le dejó tapanlo. Sin poder contener su emoción, se abalanzó sobre la cuna y le agarró desnudo apretándole contra su pecho mientras sus ojos se empañaban con las primeras lágrimas de felicidad que vertía en mucho tiempo. Hacía semanas que no se sentía tan dichosa.

A Anué no le sorprendió la espontánea y desesperada actitud de Victoria. Se quitó la túnica, se arrimó al fuego y se frotó las manos para desentumecerlas. Todo sucedió tan deprisa, que no reparó en su presencia ni en la de sus acompañantes. Estos le observaban en silencio.

Rodrigo le miraba embobado y seguía sus movimientos, sin abrir la boca.

—Vaya —dijo, sorprendido—. Me hago viejo. ¿Cómo es posible que no

os haya visto al entrar?

Melissende le dio la bienvenida a su manera.

—No te haces. ¡Eres viejo! —le corrigió—. Sé que es duro oírlo, pero...

Anué miró al techo como si reflexionara.

—Cuando era niño, quería ser mayor. Pero después la cosa cambió, y a medida que pasaba el tiempo, temí que ese deseo se hiciera realidad.

—Pues ya lo ves —ironizó Melissende—, tu miedo a crecer no evitó que el tiempo hiciera bien su trabajo... más bien se ensañó contigo. —Le echó un vistazo de pies a cabeza y remató—: Y muy bien que lo ha hecho; te ha dejado hecho una pena.

Anué levantó el dedo índice y respondió con filosofía:

—No obstante, es de vital importancia hacerlo... Hay que morir para poder volver a nacer; para volver a ser un niño; para volver a crecer. La naturaleza no se equivoca. Si te estancas nunca creces, y el no morir sería igual a estancarse. Dejemos que la naturaleza haga su trabajo de demolición-restauración. ¿No te parece? Hay que...

Melissende le cortó en tono afectuoso.

—Sí, sí, sí... Siempre con la misma cháchara. Se diría que quieres convencerme de la suerte que tengo de ser una antigualla.

Anué se acercó a ella y la estrechó entre sus brazos.

—Si no desearas escuchar mi sermón, no me provocarías siempre con lo mismo... —dijo en tono cariñoso—. Sé bien que te anima oírlo. En el fondo, mis palabras son como un bálsamo para tus cansados huesos. —La miró de arriba abajo y con fingida insolencia, dijo—: por cierto, cariño, ¿tú te has visto?

Ella se miró y se encogió de hombros.

—¿A qué te refieres?

Le dio otro repaso a su anatomía y dijo, mordaz:

—Tampoco es que contigo se hayan lucido los años...

Estallaron al unísono, riéndose de sí mismos.

Entre risa y risa, Anué echó un vistazo a su alrededor, y contó a los presentes.

—Falta una y sobra otro... —dijo con voz entrecortada—. ¿Es cierto lo que veo, o me falla también la vista?

Rodrigo fue a responder, pero Tobías se adelantó:

—Su nombre es Rodrigo Velázquez —le informó.

—¡Muy requetebién! —Aprobó con la cabeza—. Pero dime, qué diablos

hace aquí... Aparte de nosotros, nunca vino nadie...

Tobías se apresuró a explicarlo.

—Se ha convertido en un gran amigo mío —le dijo.

—Me parece bien, pero...

...—Gracias a él encontré a Victoria...

Rodrigo corroboró agitando la cabeza.

Anué le miró las manos como si estuviera hipnotizado, sin embargo no le preguntó. Rodrigo, acostumbrado a esa engorrosa situación, se dispuso a aclararle sus dudas sin necesidad de que lo hiciera.

Le habló con el estilo escueto que desarrolló él mismo a partir de la tediosa experiencia de tenerlo que hacer día sí y otro también:

—Me las machacaron en Toledo...

Anué continuó sin decir palabra, limitándose a alzar las cejas y dando por hecho que Rodrigo iba a continuar. Pero no. Este se le quedó mirando con gesto inquisitivo a la espera de la inevitable pregunta. Sabía que no tardaría en hacerla, y así fue.

—¿Por qué?

Sonrió como si hubiese ganado un premio.

—Es largo de contar —dijo.

Anué se acercó al ventanuco y observó cómo caía la nieve.

—Y supongo que tienes cosas que hacer —ironizó.

Rodrigo se acercó y también observó la nevada.

—...Pero viendo como está el mañana —rectificó— y habiendo buen vino...

Anué tomó asiento, y Rodrigo lo hizo a su lado.

Melissende cogió otra jarra y se la ofreció al druida, quién no tardó un segundo en asir la garrafa y llenársela.

Rodrigo miró de nuevo hacia el ventanuco. La nieve, persistente, no cesaba en su caída, y parecía transformar cuanto tocaba; incluso el ánimo de quién la observaba. El respiradero tenía la virtud de transmutar cuanto se veía a través de él, haciendo que pareciera distinto.

Asió su jarra y se la bebió de un trago. Escancié hasta colmarla de nuevo, y en un gesto simbólico, la levantó.

—¡Va por vosotros!... —Brindó y se la metió de otro trago.

Ante la atenta mirada del resto, quienes le observaban expectantes, eructó largo y comenzó su relato.

Una hora de emocionante historia más tarde, Anué, fascinado, exclamó:

—¿Así es que conoces la magia? ¡Interesante!

Rodrigo estaba intrigado; no esperaba esa aceptación.

—¿Por qué? —quiso saber.

Anué carraspeó y se aclaró la garganta.

—Porque nos vienes como un regalo caído del cielo... Tenemos un pequeño galimatías que precisa de personal como tú. Quizá entre los tres —buscó la complicidad de la anciana, haciéndole un guiño—, consigamos descifrar lo indescifable.

Rodrigo mostró su desacuerdo con un meneo de testa.

—Pocas cosas indescifrables hay —le corrigió—. Solo se necesita la persona adecuada.

—¡Precisamente...! —exclamó Anué apuntándole con el dedo.

—Pero dudo que sea yo. He dicho que soy mago, pero de ahí a descifrar códigos egipcios...

—Cálmate y deja a los egipcios tranquilos —aconsejó Anué—. Solo tenemos que ponerle algo de nuestra parte y ver qué da de sí. No tiene que ser tan complicado.

Tomó su capa e introdujo la mano entre sus pliegues. Ante la mirada atónita de Rodrigo, extrajo el pergamino que representaba al Arcano del ermitaño y a continuación el legajo que contenía el poema, los dejó caer sobre la mesa y señaló a las dos mujeres.

—Ahora es vuestra baza para contar historias... —les dijo—. Colocó su mano sobre el hombro de Victoria y la animó:

—Deberíamos poner a este hombre en antecedentes, ¿no te parece? —Volvió la mirada hacia el ventanuco y añadió—: El tiempo ayuda y no tenemos prisa.

Las pobladas cejas de Rodrigo se arquearon al escuchar el poema. Agarró la jarra y echó un largo trago. Sin decir nada, se limitó a mover la cabeza de lado a lado con cierta incredulidad. Echó otro trago más, y tras eructar, una débil risita delató su desconcierto.

—¡Vaya, vaya! —exclamó.

—¿Qué? —le preguntó el druida.

Ojeó de nuevo el pergamino, se puso en pie y, caminó decidido hacia la puerta. Una vez allí, se volvió.

—Creo que tengo algo que os puede interesar. —Lo dijo en tono dubitativo mientras se rascaba la barbilla.

—¿Algo como qué? —preguntó Melissende.

—Algo que puede ser interesante. —Movi6 la cabeza como si no acabara de cre6rselo—. Al menos, no deja de tener su gracia. Ahora vuelvo.

Abandon6 la cabaña, y minutos m6s tarde apareci6 con un vistoso cofre de madera forrada en cuero. Lo puso sobre la mesa y tir6 de la tapa, mostrando su interior.

Todos se movieron a una para ver su contenido.

Anu6 no acababa de creerlo; el cofre estaba a rebosar de documentos manuscritos, pergaminos y fajos antiguos y arrugados dispuestos de forma desordenada.

Rodrigo rebusc6 entre ellos, cogi6 uno en particular y lo puso sobre la mesa.

—Echadle un vistazo a esto —propuso.

Anu6 tom6 el documento con cautela, y se enfrasc6 en su lectura.

—Desde luego —observ6 minutos despu6s—, tengo que reconocer que tiene su punto de gracia.

—¿Solo se te ocurre decir eso? —se extrañ6 Rodrigo.

Anu6 no dijo nada. Solo empuj6 el manuscrito hasta ponerlo frente a Melissende.

Esta se concentr6 en el escrito, sin p6rdida de tiempo.

—¡Qu6 extraño! —exclam6, una vez terminado.

Tobías, el único que no sabía leer, rezumaba rabia y desconcierto hasta por las orejas. No sabía cómo coger las palabras de la anciana, ni entendía nada de nada; sus ojos se paseaban curiosos de uno a otro, esperando con ansia una explicaci6n, pero nadie parecía notar su inter6s por integrarse en la trama; una trama que cada vez le parecía m6s enrevesada.

Victoria, frunci6 el ceño y mir6 a Melissende.

—¿Qu6 te parece extraño? —pregunt6, confusa.

La anciana la mir6 y se mojó los labios con la lengua.

—Me temo que «Perceval» est6 dejando de parecerme un simple poema. —Suspir6 y añaadi6— Si esto sigue en esta lnea, voy a terminar creyendo en el destino.

Victoria la mir6 asombrada.

—¿Estás segura?

—Y a pies juntillas... —matiz6.

—Pienso exactamente igual—corrobor6 Anu6—. Su misterio tiene, desde luego...

Victoria le arrebat6 el documento sin pedir permiso, y ante la mirada

atónita de Tobías, se perdió entre sus renglones.

—¡Roger Bacón! —exclamó, sorprendida.

Anué se sorprendió de su sorpresa.

—¿Te dice algo especial? —inquirió.

Victoria cerró los ojos y asintió con la cabeza.

—Suéltalo ya... —la apremió Melissende dándole una palmada en el hombro—. Con tanta intriga, me va a dar algo...

Victoria emitió un largo suspiro y se llevó las manos a las sienes. Si a alguien le parecía extraño, era a ella.

—Es que es muy raro —dijo, meneando la cabeza—. Mi padre y mi abuelo hablaban de él con frecuencia.

—¿Tu padre solía hablar de Bacón?

Victoria bajó los párpados y se sumergió en el pasado; un pasado no tan lejano pero ya hundido hasta el fondo de su memoria, que no desperdició ocasión como aquella para reflotarse a la superficie. En su rostro se dibujaba la melancólica expresión de una felicidad tan perdida como añorada. A medida que aquellos efusivos momentos de su vida desfilaban por su mente, actuando como sedantes y destensando sus nervios, las negras preocupaciones que la atenazaban semejaban desleírse en el resplandor puro que irradiaban sus ojos. Al menos por un momento, no le dolió pensar en el ayer.

—¿Sabéis una cosa...? —Se mordió el labio mientras perdía los ojos en ninguna parte—, en aquél tiempo, yo era apenas una niña, pero llegué a escuchar ese nombre tantas veces, que llegué a pensar que era de la familia. Mi padre y mi abuelo lo nombraban tanto, que solo me faltó llamarle tío Roger...

Todos rieron la gracia, pero ninguno la interrumpió.

Agitó la cabeza y levantó los hombros; como si lo que iba a decir a continuación lo explicase todo.

—La verdad es que era uno de los invitados de honor en los muchos debates que mantenían... Mi padre estaba convencido de que Bacón no pertenecía a la época que le tocó vivir. Repetía que sus conocimientos se adelantaban a los de su generación, yendo incluso más allá... En pocas palabras: le admiraba. Consiguió que los que le rodeaban, entre los cuales estoy, lo hicieran también. Sus trabajos le fascinaban hasta tal punto, que...

Rodrigo la dejó con la palabra colgada en la boca.

—A mí, lo que me apasiona de él son sus tratados sobre alquimia; de ahí

que conozca su obra. Pero cuando he leído ese poema y lo he comparado con sus trabajos, he sentido un hormigueo, que... —Apretó los labios—. Es como si la alquimia adquiriese otra dimensión... una dimensión desconocida. Como si fundiera ambos en uno y aumentara su misterio hasta el infinito.

Anué se frotó las sienes como si se le agolparan las ideas.

—Curiosa coincidencia... —exclamó.

—¿Qué te parece curioso? —intervino Tobías, ansioso por participar. No saber leer hacía que se sintiera como un objeto, pero no quería sentirse excluido; él sabía que podía ayudar y quería ser tenido en cuenta.

Pero Anué pasó por alto su pregunta y continuó como si no le hubiera interrumpido.

—Tan curioso —dijo—, que hasta parece una señal... Hace tiempo que dejé de creer en las casualidades.

—Sí que lo parece —reconoció Rodrigo—. Y por más de una cosilla.

—¿A qué te refieres? —preguntó Melissende—. ¡Otro con sentido desarrollado del suspense!

Rodrigo levantó el dedo índice y puntualizó:

—Este hombre era conocido por un curioso seudónimo: «Doctor Mirabilis», y creo con toda sinceridad que ese apelativo no le hacía la más insignificante justicia; le quedaba y sigue quedando corto. —Mostró el documento—. Este pergamino forma parte de una de sus obras; una que escribió en el año 1223, y dice textualmente que el vaso sagrado, entiéndase «Grial», así como la piedra de la sabiduría, se encuentran escondidos en la cordillera de un lejano país ubicado en el hemisferio austral; país que es mencionado también en el poema de Wólfram, y bajo las mismas coordenadas. —Miró al druida y repitió sus palabras—. No. Aquí no cabe la casualidad.

—Veo —observó Anué— que tus conocimientos son amplios. Lo celebro, podrás sernos de ayuda... En cuanto a la historia del Grial, yo diría que...

Rodrigo no le dejó terminar.

—No sé cómo podría ayudar sobre ese tema. Tampoco a qué viene lo del Grial. Pero ya de paso, advierto de antemano que no es mi fuerte. Lo único que he oído por ahí, es que no faltan los que aseguran que se trata de la leyenda de las leyendas. Otro cuento, vamos...

Anué hizo un gesto de desdén.

—Conozco la leyenda, no te molestes en contármela ¿O más bien debería decir: leyendas? Existen más de una y más de dos. Sabes que...

Rodrigo le cortó.

—Te repito, y disculpa que te interrumpa, que no es mi fuerte. Mi interés por los trabajos del doctor Mirabilis se limitan a la alquimia, no tienen la menor relación con ese tema.

Anué insistió en decir la última palabra.

—Es lo que quería decir cuando me has interrumpido; que el Grial no viene a cuento en este asunto que nos concierne. ¿Por qué te molesta tanto?

Rodrigo se llevó el pulgar al pecho.

—¿A mí...? ¿Qué a mí me molesta? ¿A qué viene eso?

—Has empezado tú...

—¿Yo?

Melissende no conocía bien a Rodrigo, pero a Anué le tenía medido y pesado. Por ese motivo decidió cortar por lo sano el debate que se le venía encima, dejándoles bien claro cuál era su criterio al respecto. De lo contrario, veía polémica hasta que se acabara el vino.

Dio una palmada en la mesa para captar su atención y se puso en pie al tiempo que gritaba:

—¡Se acabó!

—¡Siéntate mujer! —intentó tranquilizarla Anué.

Se acomodó de nuevo y miró a los dos.

—¡Ambos tenéis razón! —dijo—. Pero ahora no hay tiempo para discusiones absurdas... Debemos atenernos a lo que nos concierne.

Uno y otro intentaron replicar, pero ella se adelantó.

—Comprendo —les dijo con voz guasona— que por un «inocente malentendido», haya aparecido el tema del Grial, que para no ser de vuestro —enfaticó— «interés», ha conseguido involucraros hasta las nalgas...

—De acuerdo —aceptó Anué en tono sarcástico—... ¿por dónde íbamos?

Melissende le dio otro golpe a la mesa sin apartar los ojos del druida.

—No empieces con tus niñerías —le advirtió.

Anué resopló como un niño travieso.

—Está bien... —dijo, mirándose las uñas—. No hace falta ponerse así. Solo bromeaba. ¿Por qué no se lo dices también a él?

Rodrigo alzó las cejas y se tocó el pecho, pero no dijo nada. Aquello parecía una riña de niños.

Melissende levantó la cabeza como si pidiera ayuda al cielo y le miró con ojos chispeantes.

—¿Pero bueno, Anué, a ti qué te pasa?

—Está bien, ya me callo... Pero...

El manotazo sobre la mesa le dejó con la palabra en la boca.

—¿Decías?

—¡Vale! —se rindió—. Di lo que tengas que decir...

—El padre de esta muchacha —prosiguió— intenta comunicarle algo... algo que se nos escapa. Y con todo, vosotros, pobres ilusos, vivís en vuestro sacro mundo de alegorías, en vez de intentar desatar los nudos que unen a Bacón con Percival. ¡Sois penosos!

—¿Y cómo...? —reprobó Tobías—. Si no entendemos nada de nada... Cada vez menos.

—¡Tú te callas! —exclamó Melissende—. Hablo con ellos. Cuando llegue el momento hablarás.

—Yo solo quería decir que...

—Tú no querías decir nada. —Le corto a la vez que le hacía un guiño y apuntaba a los otros dos.

—En las coincidencias de sus escritos— dijo— podría estar la clave de este enigma.

Rodrigo intentó poner su granito de arena y propuso:

—¿Y si buscamos ayuda en las viejas leyendas?

Melissende y Anué reaccionaron al mismo tiempo y con la misma pregunta.

—¿En leyendas?

—¿Por qué os extraña tanto?

—Lo que necesitamos son hechos... hechos contrastables. —apostilló Anué.

Melissende le recriminó de nuevo.

—Déjale hablar, hombre de Dios... No sigas con eso...

Rodrigo señaló el cofre.

—Tengo manuscritos de historias reales; historias que acabaron convirtiéndose ve tú a saber por qué, en mitos o leyendas.

La primera pregunta brotó de los labios de la anciana:

—¿Piensas que las leyendas son historias reales?

—¿Es cierto lo de esos manuscritos?... —le inquirió Anué—. Sería interesante echarles una ojeada.

—Aunque las tilden de crónicas dudosas, las historias a las que yo me refiero son auténticas vivencias de viejos sabios que tienen mucho que enseñar... En el fondo no dejan de ser idénticas a las otras.

—¿Idénticas a las otras? —preguntó Melissende—. ¿Y qué quieres decir con eso, que ninguna es verdad?

—Son historias que se nutren de historias y se forjan con más historias... —explicó Rodrigo—. La historia que conocemos, no es más que una inmensa pila de historias cuidadosamente amontonadas. Hubo un tiempo en que las devoraba.

—¿Y aprendiste algo? —le preguntó Melissende.

Asintió a la vez que suspiraba.

—A dudar de todo y a no descartar nada.

—¿Y qué aprendiste a dudar sin descartar?

Rodrigo suspiro y rasgó la mesa con las uñas, como si fuera una guitarra. Le gustaba tensar la espera.

—Algo sobre Perceval —expuso— nunca terminó de convencerme... — Hizo una pausa para elevar la tensión.

Nadie preguntó el qué, aunque no sería por ganas. Ese maldito Rodrigo, pensó Anué, tenía sentido del suspense.

Tobías sí lo hizo.

—¿Qué es lo que no te convence?

—Podría decirse, que una historia paralela.

—¿Una historia, qué...? —preguntó Tobías.

—Casi idéntica —le aclaró—. Gemelas...

—En esta historia todo es doble... —apostilló Tobías.

Rodrigo miró al druida y encogió los hombros.

—De ahí viene quizá —dijo— mi escaso interés por la leyenda; debido a que leí que es un mito que proviene de otra historia persa en la que pudo haberse inspirado y...

Tobías le cortó.

—Pensé que no creías en mitos y leyendas. Antes has dicho que en un principio fueron historias reales. Eso es una contradicción que...

Rodrigo le cortó a su vez.

—No en este caso —explicó—... No si una de las dos está contrastada. ¿Puedo continuar ya?

Tobías permaneció dubitativo durante unos segundos, y viéndose atrapado, asintió con desgana. Tenía ganas de escuchar algo que no tuviese que ver con ese poema, ni con el maldito documento del tipo que tenía nombre de tocino. Algo en lo que poder participar como uno más.

Anué carraspeó para atraer la atención.

—¿Y a qué esperas para contárnosla? —le apremió.

Rodrigo se atusó la barba hasta que comprobó que le miraban todos y comenzó:

—Decía el manuscrito, que el nombre Perceval venía a significar algo así como *Hombre de Persia*. Y se cuenta asimismo que en aquella ciudad había un Vaso al que sus habitantes consideraban sagrado desde tiempos perdidos en el tiempo...

Anué hizo un gesto de conformidad.

—Esta no la conocía yo —admitió—. Reconozco que parece verosímil.

Melissende también la dio por válida con un típico: «vaya, vaya, de lo que se entera una».

Victoria permaneció en silencio y pensativa; como si la historia del Vaso Persa no le fuera del todo desconocida. No descartaba haberla oído alguna vez, aunque fuera solo en parte, en boca de su padre.

Tobías levantó el dedo pidiendo la palabra, pero solo en acto simbólico, ya que no esperó a que se la dieran.

—¿Quieres decir que hay más de un Grial?

Rodrigo fue a contestar, pero no le dio tiempo.

—Es posible que se trate del mismo —aclaró Anué—. Las leyendas es lo que tienen; van de lengua en lengua, y todo aquel que las escucha se apropia un poco de ellas y las moldea a su gusto o necesidad... —Miró a Rodrigo y copió en esencia su reflexión—: Eso, siempre y cuando una de las dos copas exista, claro.

Victoria intervino.

—No sé si habéis notado lo que yo. Con referencia al poema —apuntó moviendo el dedo.

Melissende arrugó el entrecejo.

—¿A qué te refieres? —preguntó en nombre de todos; pues los demás parecían tener la misma duda.

—El poema nos dice que Percival iba en busca de la piedra que habla y que esa piedra se encontraba en una tierra lejana; una tierra desconocida que está más allá del océano; Argentum se llama.

—¿Y...? —volvió a preguntar la anciana en nombre de todos—. ¿Qué te sorprende?

—Que eso mismo, aunque con palabras distintas, nos cuenta Bacón. También menciona el Grial y algo como... El Bastón Austral. Creo que ya voy entendiendo algo. Mi padre tenía devoción por...

Tobías la interrumpió.

—¿A dónde quieres ir a parar...? ¿Acaso sabes dónde está esa tierra, o lo que sea?

Victoria miró a Rodrigo y señaló el cofre.

—Mi padre era igual que tú.

—¿En qué? —exclamó, sorprendido.

—Poseía documentos y mapas antiguos, que guardaba como si fuesen tesoros. Uno de ellos; un viejo mapa que le compró a un mercader de Rheims, era, según decía él, mucho más completo que el resto de los que estudió. Lo guardaba con gran celo; como si fuera una reliquia... Y no permitía que nadie lo viera ni tocara; ni siquiera pude ponerle la vista encima.

—¿Nunca viste ese mapa?—preguntó Rodrigo—. Qué lástima... Si era tan importante para tu padre, seguro que nos serviría de ayuda.

Victoria asintió y explicó:

—Sobre ese mapa basó la mayor parte de sus trabajos. —Hizo una pausa y suspiro—. No me extrañaría que en ese mapa estuviese señalada la tierra que se menciona en el poema. Claro que, aunque así fuera, tampoco aclara el enigma de las cajas.

Melissende la miró sorprendida.

—Pues para no tener ni idea del mensaje de tu padre, te desenvuelves bien con tus recuerdos sobre él —le dijo con voz pomposa—. Si sigues recordando su trabajo con esa lucidez, podríamos resolver esto en un rato...

Victoria negó con la cabeza y replicó:

—Eso sería maravilloso, pero...

—¿Pero qué?

Victoria suspiró.

—¿Es que no lo entiendes? —dijo.

—Pues no —respondió Melissende—. Tus recuerdos parecen brotar como setas. ¿Qué hay que entender?

—Que por desgracia solo son cosas sueltas...

Anué las interrumpió.

—¿Sabes donde guardaba tu padre ese dichoso mapa? ¿Podríamos encontrarlo de alguna manera? Aunque para ello hubiera que volver al castillo...

La muchacha sintió un escalofrío. Tobías la rodeó con el brazo y habló por ella.

—No puede regresar así como así a ese castillo.

Anué replicó:

—Pero...

Tobías le quitó la palabra.

—Ver su antiguo hogar convertido en un cementerio, no hará más que empeorar su estado.

El druida acabó lo que iba a decir:

—No es necesario que venga. Nosotros lo haremos. Si no te dedicaras a interrumpir...

Rodrigo y Tobías se miraron perplejos.

—¿Nosotros? —exclamaron al unísono.

—Y cuanto antes, mejor.

Rodrigo intentó que se lo aclarara.

—Sí, pero...

Anué tampoco le dejó terminar.

—Ni peros, ni nada —espetó—. Tenemos que liquidar de una vez este asunto. Va siendo hora de que...

Rodrigo le dejó con la palabra en la boca.

—¡Yo solo quería decir *festina lente*, hombre de Dios!

XXXII

EN LOS DOMINIOS DEL MIEDO

Visnú echó un trago y carraspeó varias veces. Una vez aclarada la voz, gritó:

—¡Arturo!

Este abandonó el mostrador y se plantó ante él como un clavo.

—Usted dirá, jefe.

—Ve preparando a los hombres.

—¿Para qué, jefe?

—Regresamos a El Barcal.

—¿Allí, jefe? ¿Otra vez?

—Haz lo que te he dicho y deja de protestar.

Arturo fue a la ventana y apartó la tela que resguardaba la cantina del viento y la nieve; el paisaje que podía verse era blanco y se adueñaba poco a poco de todo.

—Mire eso, jefe.

—¿Qué es lo que tengo que ver, Arturo?

—Que está nevando...

A Visnú se le hincharon los mofletes.

—¡Obedece y no cuestiones mis órdenes. Me importa un real si llueve, nieva, o si te gusta o no la idea. En este momento me importa una mierda el tiempo que haga... ¿O acaso no hemos trabajado en peores condiciones?

—Pero nos hacía más falta el...

—Haz lo que te digo y no cuestiones mis decisiones. No sea que la liemos y vuelva la escasez.

—¿Pero por qué? ¿Cuál es el motivo de que tengamos que volver a aquél pueblucho? Allí no se nos a...

Visnú se cargó de paciencia y dio un golpe en la mesa.

—¿Por qué me haces repetir las cosas, Arturo?

—Solo preguntaba. No entiendo nada...

—Pues no hagas preguntas estúpidas. ¿Acaso no lo ves claro? ¿Los últimos acontecimientos no te dicen nada?

Arturo se mordió el labio y puso cara de bobo. Él no perdía más tiempo que el justo en pensar. Para eso estaba su jefe y siempre les había ido bien, pensó.

Visnú le observó incrédulo. A menudo se preguntaba cómo podía ser que aquel hombre; en el más confianza depositaba, pensara de un modo tan simplón.

Inhaló aire para no cogerle del cuello.

—¿De verdad no se te ocurre nada? —le increpó.

Arturo se rascó la coronilla.

—Pues no, jefe. Ya hemos solucionado el problema.

—¿Qué problema, Arturo?

—El chico no molestará más al Obispo ni tampoco a nosotros... ¡A nadie! Estamos celebrándolo. ¿Qué hemos hecho mal?

—A eso me refiero. Ese ha muerto, sí, pero aún hay puntos negros que no hemos sido capaces de clarear...

Arturo no podía entender aquél embrollo que tanto preocupaba a su jefe. Como disculpándose por sus pocas luces, dijo:

—No sé a qué se refiere, jefe, pero de lo que sí puede estar seguro, es de que ese tipo ya no es problema. ¡Está muerto! No veo puntos oscuros por ningún lado. Todavía recuerdo su cara cuando lo ajusticiaron.

—¿Cuándo lo ajusticiaron? ¿Es que no lo mataste tú?

—No —confesó—. Aunque no lo crea, tengo a veces que delegar en alguien menos escrupuloso... La razón es que no disfruto nada viendo agonizar a quien no puede defenderse... Lo he aprendido de usted.

—¿Me estás diciendo que no cumples mis órdenes? ¿Qué te estás ablandando y antepones tus manías a...?

Arturo no le dejó continuar:

—¡Vamos, jefe! No es para tanto... Lo importante es que el chico está muerto. ¿Qué más quiere?

—¿Qué qué más quiero? ...Pues por ejemplo, que se cumplan mis órdenes.

—Según los que le ajusticiaron, se cagó encima... No me agrada ver eso;

es la única razón por la cual dejo esa tarea a otros...

—¿Y qué si se cagó?

—Y también se meó.

Visnú se contuvo de darle una bofetada.

Arturo se frotó la nariz; cuando Visnú le miraba sin decir nada, se ponía nervioso y le picaba.

—Pues claro que se cagó y meó... ¿Y qué querías que hiciera en un momento así?

—A mí, jefe, es lo que menos me gusta de este oficio.

—Pues te apartas... Es una reacción incontrolable en animales y personas. Qué pocos se libran de una buena meada —dijo—. Al menos en momentos como ese. No le matan a uno todos los días.

—Eso lo sé, jefe... Aprendí esa lección en los campos de batalla. Claro que, no quita que sienta repugnancia... Cuando el olor a mierda se mezcla con el de la sangre...

Visnú echó un trago.

.....—Espero al menos, que no suplicara —dijo.

Arturo negó con la cabeza.

—¿No lo hizo?

—Para nada, jefe.

El estupor se dibujó en su cara. Según su experiencia, la mayoría suplicaba hasta el último momento.

—¿Quieres decir que asumió su destino sin protestar? ...¿Sin decir nada?

—Estaba aterrorizado y temblaba. Pero no imploró.

—Pensé que lo haría. Le vi bastante derrumbado.

—Creo que yo sí lo hubiera hecho.

—¿Hubieras suplicado, Arturo?

Asintió.

—Desahogarse, gritar, suplicar, alivia mucho la carga. ¿No piensa lo mismo? Después de todo, ¿de qué sirve el orgullo en momentos así? Hay que intentarlo todo. ¿No está conmigo?

Visnú dejó escapar algo parecido a un gruñido.

—Muy gustoso lo hubiera dejado irse —masculló con desagrado. A nosotros no nos debía nada. Es una lástima que el trabajo obligue; esta labor es a veces inhumana.

Arturo echó un trago y se limpió con la manga.

—Su única queja fueron sus lágrimas. Solo lloró.

—¿Lloró?

—Si jefe. Pero lo hizo hacia dentro; sin gemidos.

—¿Sin gemidos?

—Arturo echó otro trago, chascó la lengua y agregó.

—Murió confundido; no imaginaba acabar así. Aparte de eso, lo asumí con gallardía. Hacen falta huevos...

Visnú se masajeó la frente y resopló.

—Lo sé —confesó—. Sé del valor que se necesita para acabar con una vida, y el que se necesita para perderla... Ambos se funden en uno. No dejan de ser lo mismo.

—¿Qué quiere decir, jefe? No lo cojo.

Visnú cerró los ojos y expulsó el aire por la nariz.

—Yo pienso mucho en ese momento, ¿sabes?

—¿En la muerte, jefe?

—Cada vez más —confesó—. Y reconozco aunque me cueste, que tengo miedo.

Arturo le miró confundido.

—¿Miedo usted, jefe? No, no puedo creerlo... —Echó una mirada a su alrededor y bajó el tono llevándose el dedo a los labios—. Shhhhhhhht —susurró—, que no le oigan estos, jefe... le perderían el respeto.

—Déjate de tonterías, Arturo.

Arturo no daba crédito. Nunca le había oído hablar de ese modo.

—No son tonterías. Más de uno le admira. ¿Cómo que tiene miedo?

—En efecto —admitió—. ¡Auténtico pavor!

Arturo apretaba los puños y se mordía el labio.

—...Qué le van a oír, jefe... Hable bajo...

Visnú cerró los ojos y se perdió dentro de sí mismo.

—¿Qué hay de extraño en sentir miedo, Arturo?

Este carraspeó.

—Me parece increíble que diga eso, jefe...

Visnú se apoyó sobre la mesa y acarició la jarra.

Aunque tenga asumido que este es mi modo de vida y no pueda eludir el destino que me aguarda... Aunque lo acepte como un mal colateral clavado a mi trabajo como una sentencia, y si lo piensas despacio, incluso merecida, hay noches en las que me despierto empapado en sudor; un sudor gélido que me hiela la sangre. Creo que cuando el momento llegue, tampoco yo suplicaré, pues no habrá sorpresa alguna; lo espero desde hace años.

—A mí también me pasa algo así, jefe, pero no quiero removerlo mucho. Es mejor no pensar en esas cosas... se vive más tranquilo.

—Hay algo que si sé, Arturo... Y estoy seguro de ello.

—¿Y qué es eso que sabe? Hoy me tiene en ascuas...

—Que también me mearé... Y es posible que también me cague encima... Como un bebé.

Arturo estaba desconcertado. Jamás había oído hablar así a su jefe, y menos aún, de algo tan delicado.

—Es mejor y más soportable no pensar en ello hasta que ese minuto llegue, jefe —reaccionó—. Y cuando lo haga, sé que usted estará a la altura del momento. Pocos hombres he conocido tan valerosos.

Visnú se sacudió mentalmente las flores de encima y se levantó dando por acabada la conversación.

—¿Alguna cosa más? —le preguntó Arturo.

—No hagas que te lo repita. Reúne a esos y diles que estén listos al amanecer. Vamos a por el otro.

—¿El otro? ¿Qué otro?

—El que soltamos en Orbaitzeta, joder...

Arturo frunció el ceño sin entender nada.

—Lo siento, jefe, pero me he perdido... Cada vez lo entiendo menos. ¿Qué pasa con ese?

Visnú se cargó de paciencia y le habló como quien habla a un niño; Arturo no era lo que se dice un pozo de sabiduría y necesitaba detalles extra para entender según qué cosas. Cómo él mismo, tampoco sabía leer; la madre naturaleza le había dotado de talento para la guerra, pero no para mucho más.

—¿No fuiste tú quién aseguró que la hija de ese tipo era la misma que viste en brazos de aquella puta?

—Diría que sí. Eso me pareció cuando la oí llorar... ¡Hasta tenía la misma manta! Pero usted dijo que...

Visnú le puso la mano en la boca.

—Atiende —le dijo— Supongamos que tienes razón y es la misma criatura.

—Arturo le miró con los ojos entrecerrados.

—Ya lo he supuesto —dijo—. ¿Y ahora qué?

—Pues que si era hija del que acabamos de matar, la puta no era en realidad una puta, sino su mujer... Y si no era una puta, el sinvergüenza que dejamos marchar, nos engañó como a principiantes.

—Cierto, jefe... —admitió, rascándose la coronilla.

—Espero que lo entiendas —dijo Visnú—. Eres duro de cerviz, Arturo... Muy duro.

Arturo le interrumpió con el ejemplo.

—Aunque no lo entiendo del todo. Si era la mujer del tal Archibald, ¿qué hacía el otro sinvergüenza con ella?

Visnú ya no le escuchaba; con las manos en la cabeza, se estrujaba el cerebro sopesando las posibles respuestas que se le apelotonaban, sin saber por cual decidirse.

Miró a Arturo y chascó los dedos.

—Contéstame a esto, Arturo —dijo—: ¿Qué conexión tenía ese desdichado, sálvele Dios porque yo no, con el muerto... ¿Y quién era y dónde está esa chica?

—No tengo ni idea. ¿Otra vez a empezar, jefe?

—Hay algo que se nos escapa, Arturo; algo que se nos escurre entre los dedos sin que podamos evitarlo... Y el caso es que no debe ser tan complicado como parece.

Arturo no dijo nada. Aún no había asimilado lo que acababa de oír, cuando escuchó de nuevo la voz nerviosa de su jefe.

—¡Debemos hacer algo y rápido!

—¿Usted dirá, jefe. Pero le aviso que estoy perdido...

—Decidiremos nosotros cómo actuar esta vez, porque el Obispo, está claro que va a su interés: Tráeme a este... mata ese otro... pero nunca nos da suficiente información. Hasta el día de hoy, jamás nos ha dado una maldita explicación, ni nos ha puesto al corriente de las razones que le llevaban a tomar esas decisiones... —Sin dejar de hablar, miró a los ojos a su hombre de confianza y apoyó la mano sobre su hombro—. Hasta ahora éramos simples herramientas en sus manos y nos estaba vetado ver los frutos de nuestra ardua labor, Arturo. Pero las cosas han dado un giro. Ahora sabemos algo que ese cabrón ni se imagina; sabemos por qué matamos y el premio que nos espera.

Arturo no entendía nada.

—Al menos, paga, jefe. Siempre nos ha pagado bien...

—No la última vez. Se escudó en nuestro fracaso para quedarse con nuestras pagas... Para serte sincero, estamos trabajando gratis.

—¿Gratis?

—Sí. Totalmente gratis. Solo él Obispo gana.

Arturo abrió unos ojos como platos. Lo de gratis sí lo había entendido.

—¿Cómo que gratis?

Visnú asintió con la cabeza por respuesta.

—¿Y eso es todo, jefe? ¿No cobramos, y ya está?

Visnú suspiró largo y le confesó:

—Te aseguro que desde aquél día he pensado más de una vez en dejar de trabajar para él, pero llegados a este punto, es prácticamente imposible.

—¿Y eso por qué? Nuestro trabajo no es gratis...

—Demasiados muertos por medio dificultan las cosas para nosotros, caso de que nuestra relación se parta. Bajo su protección hemos cometido barbaridades por las que a cualquiera se le condenaría a muerte; delitos sin nombre. Hasta la muerte de ese muchacho que nos ha abierto las puertas del cielo temí que el haber aceptado trabajar para él, hubiera sido un error; después de todo, comprometernos con esa diócesis fue algo parecido a escoger un camino sin retorno; un camino que no sabemos a dónde lleva ni qué esconde al final. Pero ahora ya es diferente y no tengo dudas; estamos en posesión de una información que puede virar las cosas a nuestro favor, y es bastante probable que a partir de ahora el fruto de nuestra labor, sea únicamente para beneficio nuestro.

Arturo se encogió de hombros.

—Yo confío en usted, jefe. Alguien con su experiencia no es fácil de detener cuando toma decisiones. Llevo años siguiéndole y sé que consigue lo que se propone. Si decide abandonar al de la sotana, todos le apoyaremos.

Visnú rememoró las órdenes del Obispo con respecto a Archibald, y se perdió entre los oscuros motivos que le pudieron llevar a ordenar su ejecución; ese desgraciado trabajaba para él igual que ellos. Suspiró toda vez que se preguntaba qué planes tendría respecto a ellos cuando ya no le fueran útiles. Sintió un escalofrío al imaginarlo.

—¿Y adónde crees que iríamos, Arturo? ¿Acaso crees que nos permitiría abandonarle sin más?

Este no respondió. Ni siquiera se planteaba esas cosas.

Visnú lo hizo por él.

—Yo pienso que acabaríamos como el desgraciado al que acabamos de ejecutar —le dijo.

Arturo, pensativo, se rascó la coronilla.

—Se escuchan comentarios en la taberna —replicó—, sobre un tal Colón.

—Ya...

—Dicen que es un genovés soñador que ha convencido a la corona, vaya

usted a saber cómo, jefe, para que le financie un viaje a lo imposible. Se comenta también que anda por ahí reclutando gente para navegar hacia vaya a saber usted... Habla como si supiera, de un viaje que ya sorprende a todos; un viaje que va mucho más allá de las columnas de Hércules. Se ha comprometido a contratar a presidiarios, en caso de no encontrar la tripulación por medios convencionales. Ahora que Granada está al caer y Boabdil a un pedo de entregar la ciudad, parece que la corona desea invertir.

—Lo sé, Arturo, lo sé.

—¿Lo sabe? Últimamente se le ve tan ocupado...

Visnú le miró de forma condescendiente.

—Es mi deber estar al corriente de las novedades de este país —le aclaró—. Soy vuestro maldito superior, y considero mi obligación ponerlos un bocado en la boca; al menos, mientras me sea posible. Y por esa misma razón, porque me preocupo de llenar vuestros estómagos, sé de muy buena fuente que ese fulano se había aburrido ya de suplicarle ayuda al reino de España y se disponía a hacer lo mismo con Francia. ¿Cómo crees tú que nos salen los trabajos?

—¿Es eso cierto, jefe?

Visnú sonrió mientras afirmaba con la cabeza.

...—Y ve a saber con cuántos países habrá intentado negociar antes. Pero en fin, al parecer se ha salido con la suya... Alguna razón habrá.

Arturo se rascó el cogote.

—Yo no llego a tanto. Sé lo que todo el mundo sabe; lo que se habla en las tabernas —confesó.

—En realidad, esto parece más una decisión política que otra cosa. Decisión tomada al canto, por supuesto.

—Ahí sí que me pillas, jefe... Yo...

Visnú sonrió.

—Parece ser —dijo— que los turcos han cerrado el paso de los Dardanelos y puesto con ello veto al tráfico marítimo de Europa con Asia y oriente. Es por lo tanto necesario buscar rutas alternativas hacia las Indias para fomentar el comercio y recuperar el dinero invertido en la guerra. A ese Colón de los cojones se le ha abierto el océano de par en par gracias al imperio otomano.

Arturo le miraba con la boca abierta. Nunca imaginó que su jefe estuviera al tanto de las noticias a ese nivel que él ni por asomo atisbaba.

—Habla como si fuese un... ¿Cómo sabe usted todo lo que me acaba de

soltar?

—Guerreé en varios países antes de acabar en España. Desde el norte hasta aquí, me abrí camino con la espada y con la cabeza. Conocimiento del terreno e información son la sal de toda guerra... lo demás es acero. Aunque en cualquier otra cosa, confieso que soy un cazurro.

—¿De verdad cree eso, jefe? —Miró al resto y meneó la cabeza—. Pero no como nosotros... Usted sabe mucho más...

—Hay cosas que se aprenden en la guerra, que nunca aprenderás en los libros... Por ejemplo, a conocer a quien tienes en frente, tanto como al que tienes detrás. El que se escuda a tu espalda es el que paga y el menos fiable... Ese colón se enterará tarde o temprano, ya lo verás.

—Mire usted, jefe, yo no sé nada de países del norte, ni de turcos... ni de pasos de Cantanelos ni...

—Dardanelos —le corrigió—. El Paso de Dardanelos, joder.

—Eso quería decir, jefe. En fin, yo solo quería decirle lo de ese tal Colón...

Visnú le miró desconcertado.

—¿Pero dime, a qué viene todo esto, Arturo? ...¿Y qué nos importa a nosotros ese tío?

—Podríamos aprovechar la ocasión, jefe.

—¿Qué insinúas, Arturo? Al grano, por favor...

—Sería una buena opción para nosotros... —Recorrió con la mirada al resto—. Yo jamás he navegado, jefe.

—Yo tampoco. ¿Y qué?

Arturo se encogió de hombros.

—Que tampoco me importaría hacerlo... —Hizo una pausa y añadió—: Pero eso sí, muy lejos... Hasta perder esto de vista. Me gustaría conocer países, como usted...

Visnú negó con la cabeza y con las palabras a la vez.

—Creo que seguiremos como estamos. Al menos, yo.

Arturo escuchaba incrédulo. En ningún momento se le cruzó por la cabeza separarse del que durante años le procuró buena vida y alimento como un padre. ¿A qué se debía aquel comentario?

—Era un decir... —Se disculpó tocándose el pecho—. Yo iré dónde usted vaya. Si no se navega, pues ya está... ¿A qué ha venido eso?

—Me dan pánico los barcos. Esa es la causa. Y no voy a subirme a uno, habiendo tierra donde pisar.

—¿Tiene miedo a ir en barco?

—Y al mar también —confesó.

—¿También? Joder, jefe.

Visnú inhaló, exhaló largo y añadió:

—Antepongo que me robe el Obispo, a perderme en el océano infinito.

Arturo lanzó una carcajada.

—No le veo yo a usted permitiendo que le roben... Si así fuera, creo que tendría buenas razones para dejar que lo saqueen.

Visnú se llevó la mano a la sien y la frotó, rebuscando en su interior el motivo que pudo llevarle a dejarse robar y humillar por el Obispo; porque si consideraba a algo una humillación, era a eso, a dejarse robar sin oponerse.

Sintió un temblor en todo el cuerpo; el motivo tenía nombre: «Tomás de Torquemada», inquisidor al servicio de la reina, de la iglesia católica y de sí mismo.

Se perdonó por ello; un sujeto intolerante, de mente estrecha y antorcha ancha era una poderosa excusa para echarse a temblar.

No tuvo la desgracia de conocerle ni lo deseaba. Todo el mundo sabía, a pesar de que era un desconocido por la inmensa mayoría, que el inquisidor era un fanático falto de escrúpulos y del todo insensible a la piedad... Incluso consigo mismo lo era.

¿Quién querría conocer a semejante energúmeno...? Pensó.

Una noticia que corría más que el vino en un burdel, era que descendía de judíos conversos. Posiblemente por ese motivo se empeñara con exceso de celo y haciendo honor a un antiguo refrán: *el mentiroso cree que todos son de su condición*, en purificar sin límites la religión que profesaba y mantener de ese modo la ortodoxia más pura del catolicismo, costase lo que costase a quienes no compartiesen fe, y llevando su fanatismo hasta extremos intolerables.

Cabía la posibilidad, como sus devotos se encargaban de difundir, de que solo fuesen habladerías engendradas en las mentes poseídas de aquellos que renegaban de la fe católica, pero su historial hablaba inequívocamente de él: era intransigente y fiel servidor a un dios de hielo que moraba congelado entre las páginas de un libro que muy pocos podían tocar y mucho menos, leer, y se consagraba a torturar de manera sádica; incluso a quienes le mirasen mal, con el beneplácito de la Realeza, a la que también tenía amedrentada y que, muy estrechamente vinculada por El Espíritu Santo al Sumo Pontífice de Roma, dábale, junto a este, mano ancha para sembrar España de miedo,

muerte y hogueras.

La voz de Arturo le hizo regresar de su mundo.

—¿Las tiene, jefe? Supongo que sí, que existirán esas razones...

—Te aseguro que existen, Arturo. No lo dudes.

—Eso pensaba, jefe. En cuanto a estrategia, qué voy a decirle; los hombres y yo le consideramos un genio... Y esas razones son una estrategia, estoy seguro.

Visnú puso cara de asombro y meneó la cabeza.

—¿Un genio, dices?

Arturo afirmó con la cabeza y alzó los hombros.

—Eso pensamos, sí. De los de lámpara.

—No, no soy un genio. Soy un guerrero. Un simple guerrero lleno de miedos... Como cualquier otro.

—Como cualquier otro no, no diga eso... Es nuestro líder. Todos estamos dónde estamos gracias a su...

Visnú le puso la mano en la boca.

—Como cualquier otro —insistió.

—No me cabe en la cabeza, jefe. Lo siento, pero...

Visnú le dejó con la palabra colgando.

—Y nunca había estado seguro hasta hace poco... Si todos tenemos un momento de debilidad en la vida, que puede poner en jaque cuánto somos, este es sin duda el mío —aseguró.

Arturo mantuvo la boca cerrada; lo hizo a propósito para que su jefe desahogara sus miedos y regresara a su estado natural. Pero ese proceder no le dio el resultado que esperaba.

Visnú se colocó frente a él, apoyó las manos sobre sus hombros y le miró a los ojos. Entonces, un pavor que no tenía nombre pareció brotar de sus labios temblorosos:

—Por segunda vez en mi vida —dijo con voz grave—, soy consciente del miedo; de un miedo desconocido que no soy capaz de dominar.

Arturo le miró desconcertado.

—¿Por segunda vez? No le entiendo, jefe...

Visnú apuró el vino de un trago y posó su mirada en el interior de la jarra, como si en su fondo anidasen los tristes recuerdos de una juventud cercenada y exenta de inocencia; recuerdos de soledad, hambruna, miseria, frío y servidumbre.

El día que su aldea fue asaltada y quemada por una horda de guerreros sin

escrúpulos, su niñez se volatilizó de su vida como el humo de la casa donde se carbonizaron sus progenitores, y con ellos todas las reminiscencias de su breve infancia, su inocencia y hasta su virginidad.

Todas las mujeres y niños que sobrevivieron al asalto se convirtieron en cautivos y esclavos sexuales de unos canallas sin escrúpulos que les sometían, sodomizaban y usaban como productores de esclavos, además de como mercancía de placer.

Durante aquel asalto se familiarizó a la fuerza con el dolor y con la muerte; relación que persistió hasta que al fin aprendió a dominar su mente para erradicar de ella cualquier signo que provocara en él la más insignificante brizna de conmiseración hacia la debilidad.

Mucho tiempo atrás tapó todas aquellas vivencias con un velo protector, pero la aflicción, si en verdad lo es, no se irá del todo ni para siempre. El tiempo tiene memoria; mucha más que el olvido.

Un gesto de congoja apenas perceptible se insinuó en su rostro mientras se sumergía mentalmente en el fondo de la jarra. Quizá las ruinas de su pasado se agazaparan allí, entre residuos de alcohol.

Apretó fuerte los parpados para hacerlas desaparecer. Pero no. El fondo de la jarra se volvió oscuro, y entre la penumbra pudo vislumbrar una silueta. Esta permanecía inmóvil. Silenciosa. Era rara y parecía no tener un fondo definido... tan extraña, que podría ahuyentar a la misma oscuridad que la envolvía, y al miedo más enraizado y profundo.

Aunque pareciera extraño, se encontraba lejos de él, pero ya se dejaba pensar, configurar, temer... Combinaba bien con la penumbra, sin embargo no la asoció al negro, sino al azul; a un azul agrisado y frío que le recordó al de una espada; al acero templado en el que hacía equilibrios la gélida muerte.

Nada era tan negro y sombrío como aquél gris pálido que le atravesaba los sentidos. Casi podía sentirlo dentro.

Tampoco recordaba ninguna sensación insólita como la que estaba experimentando en el fondo de esa jarra; él y todos sus miedos contra un ejército de dudas que iban enfriándose al mismo tiempo que el sudor que corría por su espalda.

La silueta fue aproximándose hasta que distinguió su hábito pardo oscuro y una capucha cubriéndole el rostro; un rostro invisible en el que podía palparse lo que no tiene nombre ni explicación. Lo que es sin ser. Lo que no puede tocarse pero sí sentirse. Lo que permanece oculto sin tener que esconderse... Lo impenetrable.

....De haber podido ponerle nombre, le hubiera llamado silencio.
Pero no hubiese sido un buen nombre.
El silencio no era.

XXXIII

PIEDRAS MUERTAS

Era mediodía cuando las mulas se detuvieron frente a la puerta de entrada al castillo, pero bien hubiera podido ser cualquier hora de aquella condenada jornada, porque nada hubiese cambiado. El cielo tenía el tono plomizo de días anteriores y la nieve envolvía todo sin misericordia.

A pesar de la nevada, restos de cuerpos humanos y de animales, emergían de la nieve que los cubría, resaltando sobre el blanco impoluto que les hacía de blanca sabana.

La nieve que cubría la torre que destacaba en uno de sus laterales, cubría de forma parcial los negros vestigios que dejaron las llamas. Estos, como fidedignos testigos de la tragedia, delataban el infernal asalto que puso fin a sus días gloriosos.

Tobías abandonó el carro de un salto.

—¿Y ahora qué? —preguntó, dejándose caer sobre un peñasco—. Que os quede bien claro que esto no me gusta nada. Parece un cementerio.

Rodrigo y Anué le miraron atónitos.

El druida fue el primero en replicar.

—¿Nunca habías visto un campo de batalla? Entonces estás de suerte.

—¿De suerte? ¿A contemplar esto le llamas suerte?

Rodrigo tomó el relevo.

—¿Cuesta creerlo, eh...? —le dijo—. El hielo y el frío cubren y mitigan bastante el nada soportable hedor que todavía desprenden esos cuerpos desperdigados.

—Tú lo has dicho. No le veo la suerte por ningún...

—Pues la tienes... —le cortó—. Y mucha...

—Pues explícame en qué...

—En cualquier otra época del año, hubiese sido peor; mucho menos llevadero, te lo aseguro. Ese aroma nunca sale de tus sentidos; una vez que se te mete dentro, se te clava en la memoria y jamás te abandona... ¿Quieres que te dé un consejo?

Tobías encogió los hombros y suspiró.

—Me lo vas a dar de todos modos... ¡Suéltalo anda!

—En verano, ni se te ocurra meter la nariz en un sitio como este.

—Puedes estar tranquilo, si puedo evitarlo, no oleré a esto nunca más. — Se frotó las manos para quitarse el frío y resopló hasta enturbiar de vaho el aire.

—Todavía no sé cómo pude ser tan imbécil —dijo—. No me explico cómo pudo ocurrírseme la inmisericorde idea de proponerle a Victoria que viniera aquí... Soy un patán.

Anué contuvo la risa.

—Lo que eres es un inocente —le dijo—. Esa chica, a pesar de su juventud, ha sido ya madre por partida doble y experimentado el dolor hasta dónde tú no podrías ni imaginar. El hecho de no haberla traído de nuevo hasta este espeluznante lugar, ha sido estrictamente debido a la compasión. El solo hecho de no poner ante sus ojos los despojos de su padre y de su gente, me parece una acción compasiva y necesaria para no despertar a los fantasmas que todavía debe albergar en su corazón.

—Yo no lo hubiera explicado mejor —soltó Rodrigo.

—Eso es cierto —admitió Tobías apesadumbrado—. Existen fantasmas dentro de su cabeza; fantasmas que, como acabas de decir, siguen tiranizándola. Soy joven y no sé leer, pero no tonto. Me doy cuenta de las cosas. Yo también sufro, ¿sabes?

Anué intentó consolarle.

—Cada día lo hacen con menos intensidad. El tiempo sobrevuela los recuerdos y los cubre de días. Además, los últimos acontecimientos han sido con ella tan implacables que la han obligado a centrar la máxima preocupación en sus hijos.

Rodrigo dio unas palmadas de apremio.

—Creo que deberíamos empezar. —Carraspeó y lanzó un escupitajo—. En pocas horas comenzará a oscurecer, y no me gustaría tener que pasar aquí la noche... Puesto a pasarla en vela, prefiero pasarla de regreso.

Anué asintió y oteó castillo y aledaños.

—Tienes razón —dijo—. ¿Por dónde empezarías tú?

Rodrigo echó otra mirada al entorno y respondió sin dudar:

—Por la torre.

—Buena elección —admitió el druida.

—¿Creéis que encontraremos algo allí...? —preguntó Tobías.

—¡Pues claro que la encontraremos! —exclamó Anué comenzando a caminar—. ¿Para eso hemos venido, no?

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

El druida vaciló un momento y se llevó el dedo a la frente para enfatizar lo que iba a decir.

—Pues porque cuanto más me devano la sesera, más me convenzo de que hay algo en esto que no termina de encajar. No creo, ni siquiera esforzándome mucho, que Dragan fuera tan iluso como para abandonar el trabajo de su vida en esas cajas. Sospecho que gran parte de este galimatías permanece aquí, entre estas piedras quemadas.

Rodrigo hizo un gesto de aprobación.

—Pienso igual —reconoció—. También me cuesta a mí creerlo. Pensar que ese hombre...

Tobías les cortó.

—¿Queréis decir que esos que buscan a Victoria han estado a punto de matarla por nada? ...¿Qué todo lo que hemos pasado ha sido en vano y que...? —Miró a ambos de refilón, se llevó la mano al pecho, y añadió—: Mirad, yo no soy muy listo, lo reconozco. Pero...

—No, ni mucho menos he querido decir eso —replicó Anué paseando sus ojos del uno al otro—. Me refería a si pensáis en serio que Dragan era tan inocente como para creer que su hija iba a conseguir proteger su «sueño»; un sueño por el que él mismo estuvo dispuesto a morir, y que pudiera hacerlo durante todo el tiempo, o si por el contrario pudo pensar, y no hacía falta devanarse mucho la sesera para ello, en la probabilidad de que terminaran arrebatárselo, en cuyo caso, hubiera mezclado algunas pistas falsas entre las auténticas. Oído esto, decidir entre las dos hipótesis es obligado: la primera es dar por hecho que Dragan era un iluso y se jugó de forma estúpida su sueño a cara o cruz; la cual descarto sin dejarle lugar a la duda. Y la segunda, que al contrario, confiaba plenamente en su hija, y estaba convencido de que a pesar de que cayera en manos de extraños, intuyendo que sería lo más probable, sería capaz de separar el trigo de la paja.

Tobías escuchaba embobado. Ni por un segundo llegó a plantearse esa posibilidad.

—No pongas esa cara, hombre de Dios —le recriminó Anué—. Vosotros dos —les apuntó con el dedo— habéis sido testigos, de que la chica ha ido recordando «cositas», a medida que intentábamos tirar del hilo. Es muy posible que la solución de este entramado permanezca aletargada en algún rincón de su cabeza sin que sea consciente.

Rodrigo le echó otra mirada a las ruinas.

—Creo que deberíamos comenzar la búsqueda de lo que sea —les apremió—. Si algo permanece oculto entre estas piedras muertas, lo encontraremos.

—Ella escapó por un pasadizo que se encuentra en un sótano que baja desde la torre —explicó Tobías—. Según dijo, la llevó hasta bosque. Creo que si empezamos por ahí...

Rodrigo y el druida cruzaron una mirada aprobatoria y asintieron al unísono.

—No está mal pensado —admitió Rodrigo—... Si yo quisiera ocultar algo, no dudaría en hacerlo allí.

Tobías frunció el ceño. No entendía la razón de entrar en una cueva oscura para esconder algo valioso, teniendo en cuenta que tarde o temprano sería descubierta por los mercenarios.

—¿Y eso, por qué...? —le preguntó—. ¿Crees que por estar oscuro no darían con ello?

—Pues porque si existe un escondite seguro para un tesoro, es sin lugar a dudas entre cucarachas y cagadas de rata.

XXXIV

CRÓNICAS DE UN SABIO

Anochecía cuando avistaron la cabaña. Las mulas, ya fatigadas tras dos días caminando por senderos cubiertos de piedras y nieve, avivaron el paso al olor del humo que producía la leña quemada que la fría brisa traía hasta sus ollares, anunciando el final del trayecto.

El grito de Rodrigo las hizo relinchar de puro júbilo.

Victoria abrió la puerta y fue en busca de Tobías.

Este la rodeó con sus brazos de un modo tan espontáneo como inconsciente y la estrechó con fuerza; con más firmeza de la que ella esperaba... Era la primera vez que se separaban desde su reencuentro, y el miedo a perderla de nuevo se había adherido a su mente como una lapa. No estaba dispuesto a perderla otra vez; no lo soportaría.

Una vez dentro, Melissende apartó una olla del fuego y la puso sobre la mesa.

—Llegáis a punto para la cena... —Paseó la mirada de uno en uno—. ¿Os apetece un buen guisado? ...Nosotras estamos hambrientas. Íbamos a calentar el estómago.

No fue necesario que respondieran, antes de terminar de poner los cuencos, estaban sentados a la mesa.

—Por cierto —añadió sin apartar los ojos del caldero—, ¿Cómo os fue la búsqueda? ¿Ha sido fructífera?

Anué se encogió de hombros.

—Eso esperamos... —contestó—. Esperanzas tenemos de que así sea.

—¿No lo habéis comprobado allí?

—No. Hemos estado lo justo. Aquello es desolador.

—¿Y entonces?

Anué resopló antes de responder.

—Desconocemos el valor real de lo que hallamos, o si nos será o no de ayuda, pero de lo que no hay duda es de que se encontraba en los dominios privados de Dragan. Y eso es un claro indicio de que le pertenecía. Espero que haya valido la pena traernos ese condenado baúl.

Victoria se apresuró a sentarse junto a él.

—¿Quieres decir que habéis encontrado un baúl que pertenecía a mi padre? —Cada palabra que brotaba de su boca parecía tener la potestad de incrementar el brillo de sus ojos; de volver a encender en ellos la apagada luz de su niñez—. Quiero verlo... —exclamó—. ¡Necesito verlo!

Los labios del druida exhibieron una sonrisa dibujada por la mismísima satisfacción; una sonrisa escondida que, de no ser por el espeso bigote que le cubría la mitad de la boca, hubiera dejado su campanilla al descubierto.

La contempló sin dejar de sonreír y satisfecho de la reacción que le había provocado; estaba eufórica; la sola posibilidad de poder volver a ver y tocar una porción de su pasado, acentuado si cabe por el hecho de que hubiese pertenecido a su padre, pareció aportarle una dosis extra de energía, empujando su ánimo hasta el techo.

—Debía pertenecerle —sopesó sin dejar de sonreír—. No creo que nadie tuviera acceso a ese tétrico e inmundado pasadizo; incluso cuesta pensar que alguien más tuviese noción de su existencia. —Apoyó su mano en el hombro de ella, a modo de agradecimiento y añadió—: Lo que no tiene nombre es lo que nos costó encontrarlo... aquella maldita losa no se diferenciaba en nada de las demás. No hubiera sido posible sin las instrucciones que nos diste... En fin —carraspeó—, gracias a ti ha valido la pena.

—A ella y a mis teas —le corrigió Rodrigo—. Aquello estaba tan oscuro como una tumba.

Melissende puso cara de no comprender.

—Me extraña —dijo, arrugando la nariz— que los de Visnú no dieran con ese baúl. —Encogió los hombros—. Después de todo, debieron rebuscar incluso debajo de las piedras... ¿no?

—No debieron hacerlo a fondo —respondió Anué—. Bajo la torre principal había dos túneles infectos; aquello era un auténtico paraíso para las alimañas. Era imposible ver más allá de nuestros propios pies. —Señaló a Victoria con la cabeza—. De no ser por ella, nunca los habríamos encontrado. Además, sin antorchas tampoco hubiéramos sido capaces de dar un solo paso. Y no solo en el dichoso túnel, sino en la propia cámara de acceso.

Victoria ratificó las palabras del druida.

—La sensación de soledad que sentí ese día, sumada a las difíciles circunstancias que provocaron mi huída, era como poco, insoportable... — Cerró los ojos y se trasladó mentalmente hasta el agujero—. Desde aquél momento, y hasta que conseguí salir, fui recitando en voz alta un poema de mi padre.

—¿Un poema? —exclamaron todos a la vez.

—¿Y de tu padre? —añadió Anué.

—¡Dejadla continuar! —exclamó Melissende, curiosa.

—Se trata de unos versos que aprendí cuando apenas era una niña, que exaltaban al silencio.

A Tobías le resultaba difícil entender aquello.

—¿Exaltar al silencio? —dijo, sorprendido—. ¿Es que se puede exaltar al silencio? Esto es de locos...

—Y hasta el punto más extremo —contestó Victoria.

Tobías fue a replicar, pero Melissende le tapó la boca.

—¿La vas a dejar hablar, chico? —Miró a Victoria y la animó a continuar:

—Explícanos eso del poema, anda. Sigue, sigue...

—Mi padre lo comparaba en valor a la más excelsa de las palabras. Aunque esto parezca un contrasentido, esos versos me ayudaron a soportar la insufrible ansiedad que me dominaba en el túnel. —Hizo una pequeña pausa, y como si algo de lo que había dicho la inquietara, arrugó el entrecejo y añadió—: Lo que me parece extraño es que se encargara de recordármelo, justo antes de meterme en aquél agujero. Prácticamente fue su despedida.

—¿Y qué quieres decir con eso —preguntó Tobías—. No lo cojo. —Miró a todos a modo de disculpa—. ...¡Lo siento, pero estoy perdido!

Victoria suspiró antes de contestar.

—Estoy empezando a pensar que no fue casualidad... Que quería decirme algo. Solo que no acierto a imaginar el qué. —Miró a Tobías—. Estoy tan perdida como tú... No estoy segura de nada.

Anué sonrió mirando al resto uno por uno.

—¿Qué os decía yo...?

—No entiendo a qué viene eso —dijo Melissende.

Chascó los dedos y aclaró:

—Tengo el presentimiento, y no creo equivocarme de que Dragan estaba convencido de que su hija, más tarde o más temprano, daría con la solución a este enredo. Y es más, me atrevo a asegurar que daba por sentado que ella es

la única que puede hacerlo...

Melissende le aplaudió.

—Espero que tengas una buena razón para llegar a esa conclusión —dijo— y la compartas. Aunque si eso fuera así, habría puesto innecesariamente la vida de su hija en peligro. Esos desalmados la buscan, ¿recuerdas?

Anué negó con la cabeza y apuntó a Victoria con el dedo.

—Si esta muchacha no hubiera salido de ese castillo, estaría muerta —aseguró—, y ni el trabajo de su padre ni su sacrificio habrían valido la pena... Este enigma, no es más que un legado; el legado de un padre que desea, y a toda costa, asegurar el futuro de su única hija. —Encogió los hombros y añadió—: Eso sí, no me preguntéis cómo.

Tobías puso cara de bobo.

—Pues yo sigo sin enterarme de nada.

—Venga, muchacho —le dijo Anué—. Los tres hemos podido comprobarlo. Ella va recordando detalles que en apariencia son insignificantes; detalles que, aunque antes ni tuviera en cuenta, podrían ser incluso trascendentales.

—Ya —dijo Tobías—, si tú lo tendrás muy claro, pero a mí, no acaba de entrarme. Y Créeme que lo intento...

—Como prueba —continuó Anué— ahí tenemos ese poema que acaba de recordar... —Miró a todos de uno en uno y plantó los ojos en Victoria—. Cada vez estoy más convencido —le dijo— de que aún sin saberlo, llevas la solución en tu cabeza. Sólo tú eres capaz de discernir qué pistas son falsas...

Ella suspiró desalentada.

—Por cierto —insistió Anué—. ¿De qué hablaba ese poema? Seguro que...

Melissende no le dejó continuar.

—¿No te estarás precipitando en tus conclusiones?

—Se encogió de hombros.

—El tiempo lo dirá. —Señaló con la cabeza a Victoria y la animó—: ¿Ahora escuchemos ese poema, quieres?

Victoria, nerviosa, se aclaró la voz y comenzó:

—*¡Escucha!*

Escucha bien lo que no te digo.

Escucha con atención mi silencio;

ese sonido escondido en poemas sin letras

que grita a tu oído...

—¿Qué os decía...? —gritó Anué en cuanto pronunció el último verso —. ¿Tengo razón, no?

El resto asintió sin rechistar.

—Puede que no la tengas toda —opinó Rodrigo—, en toda historia existen flecos difíciles de explicar... Pero no hay más remedio que tener en cuenta tus argumentos y tirar de ellos. —Apuntó con el dedo al arcón—. Y ahora creo que debemos centrarnos en ese baúl. Es posible que la solución esté en sus tripas...

Anué tiró de la tapa y dejó el contenido al descubierto: un voluminoso lote de pergaminos antiguos, Mapas; algunos, dibujados sobre piel de gacela, siete candelabros de plata, multitud de objetos de cobre envueltos con tiras de tela, algunas monedas de plata y un libro personal que contenía poemas.

—Anué tomó un puñado de legajos. Tras observarlos durante unos segundos los depositó sobre la mesa y cogió uno al azar; el que se encontraba en la parte superior.

—Aquí tenemos para rato —masculló, desplegándolo. Su texto era escueto y estaba escrito con una caligrafía y un estilo que llamó su atención.

—¡No puedo creerlo! —exclamó—. Parsifal nos visita de nuevo. ¿Será posible?

Tobías se desconcertó.

—¿Parsifal?

Melissende, de forma afectuosa, le aclaró el entuerto:

—Es una de las variantes de Percival.

—¿Una variante? ¿No entiendo nada.

La anciana se lo explicó de otro modo.

—El mismo perro con distinto collar. A saber cuántos collares tiene ¿Lo entiendes ahora? Tanto nombres como leyendas pueden variar según quien o dónde se cuenten.

El joven seguía con sus dudas.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

La anciana se armó de paciencia y sonrió. Conocía a Tobías y sabía que era un muchacho inteligente, pero la vida que le había tocado en suerte, estaba muy alejada de la cultura; como la mayoría de ciudadanos que poblaban el país, no había tenido ocasión de ver un libro hasta que la conoció. Todo lo contrario de Victoria, pensó, quien a pesar de su juventud, razonaba y hablaba como un ángel. Pensó asimismo, que si la vida acababa por unirles, como era su deseo, ella sería capaz de despertarle a un universo

nuevo.

Le dio un golpecito cariñoso en la espalda y aclaró:

—Pues porque lo estoy, hijo, porque lo estoy. Y como vamos a tener opción de contrastarlo con los escritos de Bacón, no estaría de más tener en cuenta las variantes.

Ajeno a la conversación, Anué releía una y otra vez el documento. Cuando se cansó de repasarlo, carraspeó.

—Aquí hay algunas similitudes con el poema —dijo, nada sorprendido—. Incluso menciona a los caballeros y a la Estrella Polar.

—¡Como Bacón! —exclamó Melissende—. Le arrancó el legajo de las manos y se embutió en su texto.

Un minuto después ratificaba las palabras del druida:

—Estás en lo cierto —le dijo sin apartar los ojos del texto—. Lo que es extraño, es que sea precisamente el manuscrito que más a mano estaba, el que nos venga con el dichoso Percival...

—¿No os parece una casualidad? —apuntó Anué.

—¿Casualidad? —terció Rodrigo tomando el legajo—. Yo ya no creo en casualidades.

Tobías levantó la mano.

—¿Y podéis decirme qué hay escrito ahí? Yo también tengo derecho —añadió, a cada momento más frustrado.

Rodrigo iba a leérselo, pero Victoria se lo quitó de las manos. A medida que leía arrugaba más el entrecejo.

A Tobías se le acabó la paciencia.

—¿Sería mucho pedir —ironizó— que leyeras en voz alta? ¿Tengo que recordar constantemente que existo?

Victoria se sonrojó; pensó que motivos para quejarse no le faltaban. Se había arriesgado por ella y por su hija y le sabía dispuesto a protegerla incluso con su vida, de ser necesario. Se sintió avergonzada por la conducta egoísta y despreciable que desde hacía días manifestaba hacia él, pues a pesar de seguir enamorada, la fuerte ansiedad que la subyugaba noche y día por reunir a sus hijos unida a la angustiada incertidumbre sobre su futuro, además de la escasez de momentos íntimos, la oprimían el pecho hasta no ser capaz de exteriorizar sus emociones. Asimismo se sentía sin ánimos para confesarle que se había sentido de nuevo atraída hacia Archibald. Fue algo pasajero, sí, pero fue.

—Está bien —aceptó, acongojada—. Cálmate...

—¿Que me calme?

Intentó tranquilizarle con la mirada.

—Lo leeré en voz alta... —dijo con voz aterciopelada.

Tobías no replicó. Nadie replicó.

Todos, en silencio, la invitaron a comenzar.

Se aclaró la garganta, y con un gorgorito, comenzó:

—*En una remota cueva de oro lo encontrarás
y entre piedras protectoras, su flecha de luz hallarás.*

Tensa...

Rodrigo la interrumpió.

—Creo que se refiere a este baúl... —Lo dijo convencido y mirando a uno tras otro—. ¿No pensáis como yo? ...¡Está clarísimo! —Rió satisfecho de su ocurrencia, pero nadie le secundó.

—¿Te importaría no interrumpirla? —suplicó Anué.

Tobías aprovechó el inciso para dar su opinión.

—O al propio poema. ¿Quién sabe?

Melissende también aprovechó la coyuntura.

—O puede que su padre se sirviera de este fragmento para dar alguna pista. Si así fuera...

Victoria resopló y dio un golpe en la mesa.

—¿Os vais a callar de una vez? —gritó.

Asintieron a excepción de Tobías.

—Podrías pensar un poquito en mí —se lamentó—. Vosotros podéis leerlo las veces que os venga en gana. Yo dependo de estos momentos.

Victoria decidió comenzar de nuevo:

—*En una remota cueva de oro lo encontrarás,
Y entre piedras protectoras, su flecha de luz hallarás.*

Rodrigo intentó morderse la lengua, pero no pudo.

—Es el baúl, ¡seguro! —exclamó—. ¿No lo veis claro? ¿Acaso no recordáis dónde lo encontramos?

—Shsssssst —protestó Melissende.

—Está bien, ya me callo. Pero...

Victoria le hizo un gesto suplicándole la venia.

Este aceptó de mala gana, la invitó a continuar y ella lo hizo.

—*Tensa tu arco y dispara a la estrella polar.*

*Confundirás el camino de los caballeros,
y hasta al mismo Parsifal.*

Los ojos de Anué se agrandaron hasta alcanzar la talla máxima.

—¿Qué os dije? ...¿Lo habéis oído, no?

Rodrigo chascó los dedos en señal de conformidad.

—Al final vas a tener razón —admitió, convencido.

Como si se hubiesen puesto de acuerdo, ambos a una y sin dejar de mirarse, entonaron los últimos versos:

—*Confundiráaaaas a los caballeroooooos,*

Y hasta al mismo Parsifaaaaaal.

Melissende desbarató su ocasional concordia.

—Vamos, vamos... Solo os falta abrazaros. ¡Despertad de una vez. Solo es un fragmento del poema...

Anué la miró, molesto.

—Claro que sí —admitió—. Pero ¿y si este legajo fue colocado a la vista por alguna razón? Quizá estaba sobre los otros para que a quién encontrase el baúl no le pasara inadvertido. Y permitid que os diga otra cosa: creo que la idea de Dragan era que fuese su hija quien diera con este arcón. De hecho, él nunca se lo planteó de otra manera... lo preparó todo para que así fuera.

—¿De verdad crees eso? —preguntó la anciana.

—Y cada vez lo tengo más claro. Solo falta saber qué pistas del poema son falsas, y qué se puede creer o no, de la carta del Ermitaño. —Los miró uno a uno y añadió—: Porque si de algo estoy convencido, es de que Dragan ha ido al despiste. Imaginó que podrían aparecer inoportunos curiosos y no se equivocó. Aquí estamos para dar fe...

Rodrigo, intervino.

—Quizá estemos de enhorabuena...

—¿A qué te refieres? —preguntó Tobías, no acabando de asimilar la teoría de Anué—. ¿No vendrás con otra de tus rebuscadas conclusiones?

Nada de eso —le dijo, poniéndose en pie y metiendo las manos en el baúl.

—Pues tú dirás.

—Estamos en ascuas —dijo Melissende.

—Sé de un sabio judío —dijo sin dejar de hurgar—, que podría ayudarnos. Por lo que pude saber hará un par de meses, no anda lejos de aquí. Tengo oído que malvive en los alrededores de un pueblo que yo frecuentaba... Esta a dos o tres jornadas en carro.

—¿Malvive? —exclamó Anué.

—Es una forma de hablar... Su retiró es voluntario. Si malvive es por decisión propia.

Todos se miraron sin entender.

—Es un retirado del mundo —explicó—. Un sabio, de eso doy fe, al que perdí la pista hace años. Cuentan los que le conocen, que abandonó todo y se echó al monte.

—¿Al monte? —se escandalizó Victoria—. ¿Qué hace un sabio en el monte? ¿Desperdiciar su sabiduría?

Rodrigo se encogió de hombros.

—Supongo que tendría un motivo —dedujo Anué.

—En efecto. Es judío converso. No es difícil imaginar que hubiera contribuido a ello el tener que convertirse al cristianismo.

—¿Y por eso se tiró al monte? —se asombró Victoria.

Rodrigo asintió.

—Dicen que vive en una ermita abandonada, y que lo hace para fingir. En el fondo, como la mayor parte de los conversos, seguirá practicando la religión de sus padres... —Soltó una carcajada—. La última que supe de él, es que andaba disfrazado de pastor. Ahora ha cambiado, me han contado que viste hábitos de monje.

—¡Menudo sujeto! —exclamó Tobías.

—No era un mal tipo, no... Todos le teníamos por un maestro—. Aunque ahora se le complicará más la cosa. A causa de un nuevo decreto que está a punto de ser oficial en Castilla y Aragón, todos los judíos serán expulsados.

—¿Todos? —se extrañó Melissende.

—Conversos o no, todos serán expulsados. Es la ley.

Anué se encogió de hombros en señal de impotencia y aderezó el comentario de Rodrigo con optimismo.

—Por el momento, tu amigo está de suerte —dijo—. El reino de Navarra es uno de los lugares más seguros de la península. La corona no lo domina en su totalidad... Algo es algo.

Victoria y Melissende se miraron como si no pudiesen creer lo que estaban oyendo.

—Esta conversación se nos está yendo por derroteros infructuosos que para colmo no aportan nada —protestó la anciana—. Así no vamos a ningún lado. Entre este con su judío y tú con tu teoría cogida por los pelos...

—Sólo intento aclarar que ese hombre podría ser útil. Siempre fue considerado un sabio —protestó Rodrigo.

—¿En qué podría ayudarnos? —preguntó, curiosa—. Al fin y al cabo, si nos atenemos a lo que acabas de decir, solo es un desdichado más de los

muchos que pululan de aquí para allá. Un pobre desgraciado, que sobrado irá con sus problemas.

Rodrigo negó con la cabeza y replicó:

—Yo no utilizaría ese calificativo.

—¿Ah, no?

Ahora negó con el dedo.

—Jeremías puede ser todo, pero no un pobre hombre, te lo aseguro.

—¿Se llama Jeremías?

—Jeremías ben Abram.

—¿Y de verdad crees que puede ayudarnos?

—¿Cómo voy a saberlo...? —respondió—. Es cuestión de intentarlo. Ese hombre es un dechado de sabiduría, y conocedor al dedillo de las escrituras y de mil libros más. Es una mente privilegiada, creedme. Si le mostramos los manuscritos verá cosas en las que no hemos caído.

—¿Tú crees?

—Estoy seguro de que aportará luz a este embrollo... Eso sí...

—¿Eso sí, qué? —preguntó Anué intrigado.

Rodrigo carraspeó.

—Pues eso, ya sabéis. —Se frotó el índice y el pulgar.

—¿Quieres decir que nos pedirá dinero?

—Puedes estar seguro.

—Creí que era amigo tuyo...

—Y lo es. ¡Pero también es judío, joder! Con todas las consecuencias que eso conlleva.

Sacó del baúl un rollo de piel, lo desenrolló despacio y se perdió entre sus trazos. A continuación lo plegó y se lo lanzó al druida.

—Si esto no es tener suerte... —le dijo.

Anué desenrolló el pellejo, y ante la mirada inquisitiva de todos, dedicó unos minutos a examinarlo. Después de analizarlo a conciencia, lo enrolló de nuevo y no dijo nada.

Tres voces parecieron atropellarse unas a otras:

—¿Qué...? —preguntaron todos a una.

—Explícanos algo —insistió Victoria.

Melissende le quitó el rollo de las manos.

Mientras lo miraba, Rodrigo echó una risotada.

—¿Qué te dije? —¿Estamos de suerte, o no?

Ella desenrolló el mapa y lo extendió sobre la mesa a la vista de todos. Era

un mapa diferente a cuantos había visto; mostraba un plano de la tierra, en el que por vez primera el misterioso océano Atlántico, no representaba ninguna barrera; el croquis de un mundo sin final...

Una tierra nueva.

Al ir a enrollarlo, algo escrito en el dorso, le llamó la atención.

—¿Habéis reparado en esto? —dijo, mostrándoselo.

Se leía mal, pero no dejaba lugar a dudas.

La Piedra descansa sobre piedras de aguas pétreas.

La distancia solo está en la imaginación; la vida vibra a chorros a un tiro de piedra húmeda.

—Sí —admitió Rodrigo—. Otro enigma al saco...

—Está muy borroso... —indicó Anué—. No creo que sea importante... Es más, no creo que tenga nada que ver en este caso. ¿A saber por cuantas manos ha pasado este rollo? No le veo relación, la verdad...

Es posible que no la tenga. Cuando Dragan lo compró, ya tenía un camino echo —dijo Melissende—. Aun así... nada cambia; solo advierte de que la distancia es menor de la imaginable.

—¿Y lo de los chorros? —preguntó Anué.

—Está claro que se refiere al océano —apuntó ella.

Convinieron en que era verosímil y no le dieron más vueltas.

XXXV

REVELACIÓN

A un grito de Rodrigo, las mulas desviaron su marcha y continuaron por un estrecho y ascendente sendero que apenas se distinguía debido a la nieve acumulada en los bordillos. El cortante frío invernal, así como las constantes nevadas en la zona, no facilitaban nada el trayecto.

Las mulas, cansadas, sorteaban con dificultad piedras, hoyos y desniveles, que parecían multiplicarse a medida que ascendían aquel escabroso camino de cabras.

Media hora más tarde, Rodrigo lanzó su habitual grito de parada. De forma paulatina, las bestias aminoraron la marcha hasta detenerse frente a una deteriorada edificación en piedra.

Un pequeño asno sin atar que merodeaba por allí, fue hasta la carreta y rebuznó a modo de bienvenida.

Anué y Tobías saltaron del pescante como si les picara el culo. Rodrigo liberó a las mulas de sus pesadas colleras y fueron hacia el portón de entrada.

—¡Jeremías! —clamó Rodrigo.

La voz retumbó entre los gruesos muros.

—¿Quién va? ¡No estoy para nadie!

Anué y Tobías se miraron perplejos.

Rodrigo lanzó un escupitajo, seguido de un alarido.

—¡Sorpresa!

—¿Quién es? Qué sorpresa ni qué... ¡No estoy!

Rodrigo suspiró y se cargó de paciencia. A lo que no estaba dispuesto es a haber hecho el viaje para nada.

Les miró pidiéndoles paciencia y lo intentó de nuevo.

—¡Soy Rodrigo, Jeremías! ¡Rodrigo Velázquez, joder!

La voz pareció apaciguarse.

—¡Maldito seas Rodrigo! ¿Dónde has estado metido?

—Por ahí, ya me conoces. Soy de culo inquieto.

—¡Cabronazo! Pensé que habías muerto.

—Poco faltó, pero aún respiro...

—Jeremías apareció en la entrada y le dio un abrazo.

—¿Cómo has dado conmigo? Te creía muerto, rufián.

—No eres el único que lo ha pensado... —Miró a sus compañeros y les hizo un gesto cómo si pidiera un poco de paciencia—. Pero qué le voy a hacer —alegó a modo de disculpa—, siento defraudarte...

—¡El mismo bribón de siempre! —exclamó Jeremías.

Rodrigo señaló a sus compañeros.

—¿Podemos entrar? —pidió.

—Oh, por supuesto... —Les invitó con un gesto—. Tú serás siempre bien recibido en mi casa.

Rodrigo indicó que le siguieran y le dio una palmadita de agradecimiento a su amigo.

Este sonrió y fue tras ellos. Era un hombre enjuto y de estatura elevada; la capucha del hábito le ocultaba las cejas y resaltaba su nariz aguileña.

Rodrigo le palmeó la caperuza.

—¿Puedes ver, con eso hasta el cejo? —le preguntó.

—Estoy helado... —se justificó el judío—. Tengo más frío que cosas que ver.

Los tres cruzaron una mirada de complicidad sin dejar de examinar lo poco de él que quedaba a la vista; solo su nariz y barba se dejaban ver en la penumbra interior del edificio, el resto de su anatomía permanecía oculto entre capucha y hábito. Cuando pudieron verle algo mejor, se dieron cuenta de que su edad también se agazapada entre sus barbas dando la impresión de ser tan imprecisa como el galimatías que debía ayudarles a descifrar. Su paso era lento y desacompañado; a pesar del frío que decía tener, calzaba unas sandalias deterioradas sujetas a sus tobillos con cuerdas.

—¿Qué te cuentas, viejo...? —Se volvió a Rodrigo y le dio una palmadita en el hombro—. Aún no me lo creo... ¡estás aquí, joder! Creía que estabas muerto.

Rodrigo puso cara de haber oído eso muchas veces.

—No eres el único que lo ha pensado... —le aclaró—. En el fondo me vino bien que llegaseis a esa conclusión.

—¿Ah, sí? —ironizó Jeremías—. ¿Tanto debes?

—No es eso, no... Vosotros los judíos, todo lo achacáis al dichoso dinero.

—¿Y entonces por qué?

—La noticia corrió de prisa y los que iban tras de mí la dieron por válida... dejaron de insistir.

Jeremías soltó una carcajada.

—Tengo que reconocer —dijo, retirándose la capucha y dejando a la vista unos vivarachos ojos negros— que a mí me ocurrió algo similar...

—Imagino que también habrás pasado lo tuyo...

Jeremías alzó el brazo y apuntó al sendero que subía hasta allí. Todos se volvieron hacia donde les señalaba y pudieron distinguirlo a través de un agujero en la pared.

—Cuando decidí retirarme del mundo salvaje y feroz del que venís, fue porque pensé que jamás sobreviviría... ¿Lo mío tampoco fue poesía, sabes? Mi desaparición hizo el mismo efecto que la tuya; de mí también se olvidaron.

—¿Pero, tú no te convertiste al cristianismo?

Jeremías asintió con la cabeza.

—¿Entonces? ¿Cómo es que siendo ya cristiano...?

—Pregúntale eso a los muertos conversos.

—¿A los muertos?

Jeremías alzó los hombros y asintió.

—La desconfianza hacia nosotros, y reconozco que en mi caso fue justificada, hizo verdaderos estragos entre los de mi credo. Todavía huelo a quemado.

—Vaya —se lamentó Rodrigo—. Estoy desinformado.

—En aquel momento —añadió Jeremías—, supe que no tenía ningún futuro. Si no desaparecía, a la hoguera...

Rodrigo carraspeo mientras se rascaba la oreja.

—Y dime... ¿ha valido la pena seguir siendo judío?

Jeremías se atusó la barba antes de responder.

—No sé qué contestarte a eso —dijo, encogiendo los hombros—. Hoy por hoy tengo bastantes más preguntas que respuestas. —Suspiró y meneó la cabeza—. Cuanto más pienso y más libros devoro... y créeme si te digo que aquí tengo poco más que hacer aparte de eso, más dudas tengo.

—¿Más dudas tienes?

—Me crecen como hongos —confesó—. Hasta pienso que estoy

desaprendiendo cuanto me enseñaron...

—Te creí bien anclado en tus raíces hebreas.

Jeremías resopló. Parecía desencantado.

—En fin —se justificó—, de un modo u otro, aún sigo practicando la religión de mis antepasados... aunque solo sea por llevarles la contraria a los hijos de la inquisición, vale la pena. Si tú supieras... —Hizo una pequeña pausa y añadió—: Además, ya te he dicho que el ser converso, no necesariamente te libra de las llamas. A muchos...

—No te entiendo, Jeremías —le interrumpió—. Nos conocemos desde hace mucho; más de tres lustros, y...

—¿Y qué tiene eso que ver...? —le cortó el judío.

—¿Qué qué? Recuerdo que te consideraban sabio; una eminencia... En Granada eras un ejemplo; lo máximo a lo que podía aspirar cualquier alumno tuyo.

—Ya.

...—Hasta los árabes te respetaban y consideraban un erudito; tanto sobre ciencias como sobre textos sagrados, se requería a menudo tu sabio consejo... ¿Qué ha podido ocurrirte para que...?

Jeremías le cortó otra vez.

—Ya conoces el viejo dicho: ningún día te acostarás, sin saber una cosa más.

—¿Te burlas?

Jeremías negó con la cabeza, pero desvió la conversación hacia derroteros en los que se sentía más cómodo.

—Pero háblame de ti —le animó—... que mi vida es muy aburrida. Además veo que te la sabes de memoria.

—¿De mí? ¿Acaso no lo sabes todo ya?

—¿Qué te trae por aquí después de tanto tiempo?

Rodrigo fue a hablar, pero Jeremías se adelantó:

—¿Sigues viviendo de tus predicciones y de tu magia? —Buscó con la mirada a sus acompañantes, y aseguró—: Era un magnífico mago. El mejor de cuantos he conocido. ¿Lo sabíais?

Rodrigo agradeció la adulación y fue a contestar, pero el judío volvió a adelantarsele.

—¿Me vas a decir de una vez qué te trae por aquí?

Rodrigo miró a los dos y habló en nombre de los tres:

—Necesitamos tu ayuda.

Jeremías se llevó la mano al pecho.

—¿Mi ayuda? —Abrió mucho los ojos—. ¿Mi ayuda... para qué?

—Creo que puedes ayudarnos. Te necesitamos.

—Quién más necesita mi ayuda, soy yo —ironizó.

Anué decidió romper su silencio. No lo hacía porque le incomodase estar al margen de la conversación, que sí que le incomodaba y mucho, sino porque creía estar más al tanto de la situación que Rodrigo.

—Necesitamos descifrar un legado —aclaró.

Rodrigo salió en su apoyo.

—Para serte sincero, Jeremías, necesitamos a alguien de tu nivel. Alguien culto que sea tan experto en historia como en leyendas. Y no sé de nadie tan preparado como tú para desenredar este entuerto.

Jeremías meneó la cabeza y suspiró.

—Todo eso es muy halagador. Pero sabes que no vivo de alabanzas... ¿verdad, Rodrigo?

Anué palpó entre sus ropas, y como si de un truco de magia se tratase, extrajo una bolsa de cuero y se la lanzó.

—Un problema menos —le dijo—. ¿Todo arreglado?

El judío exhibió otro truco de magia; hizo desaparecer la bolsa entre los pliegues de su hábito y lo redondeó con una sonrisa.

—Comprendedme —se justificó—. Vivo confinado y tengo mis necesidades. Mi vida es la de un ermitaño...

—Sí que les va bien a los ermitaños —soltó Tobías.

—Comprended —continuó— que solo puedo bajar al pueblo, de uvas a peras; no siempre puedo permitirme el lujo de...

—Pues parece que está de suerte —le cortó Tobías.

Jeremías hizo como si no lo hubiera oído y continuó.

—Pero cuando algo tan inusual sucede, me gusta vivir y disfrutar el momento. Como buen judío que soy...

Rodrigo hizo un aspaviento.

—Te entendemos, Jeremías —le interrumpió—. Nos hacemos cargo de tus necesidades, en serio... Pero...

—Yo no lo hubiera explicado mejor —dijo Jeremías. Y se palpó la bolsa.

—Quería decir que no es necesario que te extiendas... —Se frotó las manos y añadió—: ¿Oye, tú no tendrás un buen fuego por aquí...? Hace más frío que fuera.

Jeremías asintió con un gesto y una reverencia.

—Limadas las asperezas, no existe motivo para que así no sea —dijo en un tono no exento de ironía—. Seguid a este humilde servidor —añadió, cambiando de dirección y conduciéndoles hacia el fondo de la finca— y vuestros deseos se harán realidad.

No podía decirse que ese edificio no estuviera limpio; limpio estaba, y de todo. Poco, por no decir, nada, quedó intacto después del último saqueo; lo que no se llevaron quedó convertido en humo y cenizas.

Junto al muro de un pequeño habitáculo; seguramente el que usaba como retiro el eclesiástico de turno, una lumbre caldeaba dando vida a la estancia. Esta, a pesar de carecer de lo más elemental, como algo útil dónde poder posar los culos, que no fueran los carcomidos bancos que permanecían alineados en la sala como únicos testigos de que aquello fue un lugar de culto, poseía sin embargo un acogedor catre. En torno a él un montón de leña seca le hacía de parapeto y protegía del viento.

—Vosotros diréis —dijo el anfitrión sentándose en el piso cerca del fuego—. Acomodaos... —invitó, cordial—. Espero poder ayudaros —Se palpó la bolsa—. ...Bien sabe Dios que os lo habéis ganado.

Rodrigo se atusó el bigote.

—No tengo la menor duda —dijo, convencido—. No nos habríamos cascado este maldito viaje, si así no fuera, y como iba diciendo...

Jeremías le cortó con un carraspeo.

—¿Has traído bebida, Rodrigo? Recuerdo que tiempo ha, no faltaba en tu caravana un buen vino...

Rodrigo le miró con la boca abierta.

—Sí, claro —reaccionó al fin—. Lo tengo en...

Jeremías le cortó de nuevo.

—¿Y te parece bien que brindemos en celebración de este momento tan especial? —Miró a Anué y después a Tobías—. ¿No pensáis lo mismo? Oportunidades así no se presentan todos los días. El momento es insuperable... al menos para mí... No recibo visitas como esta desde hace tiempo...

—Y menos, tan lucrativas... —refunfuñó Anué por lo bajo.

—¿Decía? —preguntó Jeremías.

Anué hizo un aspaviento como respuesta y le entregó el manuscrito de Dragan.

—¿Y si le echara un vistazo a estos legajos? —pidió—. Quiero decir, antes de empezar a beber.

Jeremías sabía bien cuando tenía el cazo por el mango y cuando no. No es que le hiciera gracia desoír aquella sugerencia, pues había cobrado por adelantado y haría lo que pactó con sus clientes; así los consideraba. Pero visto lo visto y teniendo ya claro quién necesitaba a quién, no veía un problema aprovecharse un poco de su ventaja.

Hizo como si no le hubiera oído y le habló a Rodrigo.

—Venga, viejo... —propuso mientras desplegaba uno de los documentos—, acércate al carro y tráete un poco de vino. —Miró a Anué y se justificó—: ...No encuentro razón para no compaginar ambas cosas.

—Está bien, usted gana... —aceptó a regañadientes—. Pero permítame decirle que esto corre prisa.

Jeremías le echó una mirada rápida al manuscrito y lo depositó junto al resto.

—¿Ya está? —clamó Tobías, sorprendido.

Jeremías le miró extrañado.

—No entiendo —le dijo—. A qué se refiere usted con «¿ya está?».

—A que ni siquiera le ha dado tiempo a...

—¿A leerlo? —le cortó.

—Eso es. Usted lo ha dicho.

—Jeremías, que apenas le has puesto la vista encima, joder —le recriminó Rodrigo—. El chaval tiene razón.

—Lo conozco de memoria —le aseguró, encogiéndose de hombros—. He leído tantas veces este poema, que he llegado a soñar con él.

Ahora fue Anué quién se sorprendió.

—¿Y cuál fue la razón que le llevó a soñar con él?

—El Bastón de Mando.

Ahora fue Rodrigo quién se sorprendió.

—¡Qué tino...! —Miró al druida con cara de idiota—. ¿Qué te parece?

Jeremías les miró por turno y se dirigió a ambos.

—Todo el mundo parlotea de Percival y de su heroica y caballeresca búsqueda del Grial —aclaró—. ¿Quién no ha escuchado ese cuento mil y una veces? —Se acomodó en el suelo moviendo el culo y apuntó al manuscrito—. Pero este enigmático poema —añadió, dándole golpecitos con el dedo—, describe a la perfección otro elemento que a menudo pasa a todos desapercibido: «La Piedra que Habla».

—¿La piedra que habla? —intervino Tobías.

—En efecto —aprobo Jeremías—. ¿Te suena?

—Algo sí... —respondió—. ¿Cómo no?

Jeremías le puso la guinda a su comentario:

—Pues ese enigmático artilugio —les explicó— no es otra cosa que: El Bastón de Mando. Todo un truco.

Anué dio por válida esa explicación. Habían debatido en su momento sobre eso y sobre su semejanza con los trabajos de Roger Bacon. Percival hacía mención de él.

—Constato que sus conocimientos acerca de Percival son notables —convino—. Debe ser usted gran amante de la poesía. Al menos, le gustará lo suficiente como para haber soñado con...

Jeremías no le dejó continuar.

—¿Ha oído usted hablar de Moisés? —le preguntó a bocajarro.

—Claro.

—¿Y de su Vara?

—También.

—¿Y qué sabe de esa famosa Vara?

—Si se refiere al texto bíblico, lo que todo el mundo y de milagro. Nada especial. Supongo que habrá deducido, que no soy un devoto cristiano.

Jeremías le echó una ojeada a su llamativo ropaje. En un principio sintió tentación de responderle con aquello de *el hábito no hace al monje*, pero desechó la idea. Y no sólo lo hizo por no sentirse el más indicado para hacer uso de tal refrán, que también, sino por lo ordinaria que se había vuelto esa frase; perjudicada por su uso, reuso y abuso hasta el hartazgo.

Negó con la cabeza y admitió en tono socarrón:

—Ni se me pasó por la mente eso de confundirle con un cristiano, créalo...

—Solo era un decir... —le aclaró Anué.

El judío le miró inquisitivo y le preguntó:

—Pero contésteme a esto, hágame el favor: ¿qué tiene que ver «La Vara» con su inclinación religiosa? Porque si le digo la verdad, pienso que es algo de interés histórico, y por lo tanto, general...

Anué pasó por alto la pregunta. Aquel tipo tenía toda la razón, y él ninguna respuesta coherente.

—Ahora bien —le dijo—, si es a leyendas hebreas a lo que se refiere, le confieso que he leído y oído todo acerca de ese personaje; Incluso sobre su famosa Varita mágica. —Ahora ironizó él—. Lo que no entiendo en absoluto es qué relación puede tener ese garrote con Percival.

—Si no se explica mejor... —resopló el judío.

—La verdad sea dicha —continuó Anué— y ajustándome a estos documentos, no se me ocurre relacionarlos. Ni siquiera me explico cómo los relaciona usted. ¿A qué viene relacionar la «Vara», por muy mágica que esta sea, con Dragan?

—¿Querrá decir, con el Bastón de Mando, no? Porque a juzgar por estos documentos, ese Dragan parece tener un fuerte vínculo con ese hombre... Y no digamos con el dichoso palo...

Anué arrugó el entrecejo y se rascó el cogote. ¿Cómo había podido pasar por alto un detalle tan evidente? Las cosas estaban cambiando a pasos de gigante. Pensó que el argumento del judío se sostenía perfectamente y que era necesario empezar desde cero; diseccionar cada detalle y recolocar las piezas de aquél entuerto en su lugar; tratar de entender cada una de ellas por separado. Era necesario limarlas para unificarlas luego bajo otra perspectiva y hacerlas encajar sin error en aquél maldito rompecabezas que les estaba robando el sueño.

Se sentía confundido. No estaba, pensó, bastante liada la cosa, como para que apareciese también Moisés con su Varita. Sólo faltaba él para enmarañar todo más de lo que ya lo estaba. Aunque algo sí que captaba; poco, pero algo, acerca de aquella amalgama de presunciones que aquél tipo se había sacado de la manga; porque bien mirado, no eran más que eso, seguía sin comprender a dónde quería llegar con aquella extraña asociación de báculos... Eso sí, lo que ya no tenía argumentos para negar, pensó, es que al personaje de aspecto estafalario que tenía enfrente, le habían bastado unos raquíticos minutos para desbaratar su anterior hipótesis, dándole al asunto otro encuadre.

La atiplada voz de Jeremías le rescató y trajo de vuelta al coloquio.

—Pues como decía, con ese «garrote» al que se refiere de forma despectiva, es con el que en tantas ocasiones he soñado. Como buen judío que soy...

Ahora quién le cortó fue Rodrigo. En aquél instante aparecía con un pellejo de vino.

—¿Ya estás otra vez con que eres judío...? ¿No querrás más dinero, verdad? Te conozco, y cada vez que te jactas de serlo...

Tobías y Anué le suplicaron a la vez, que se callara.

Rodrigo se sentó gruñendo y pasó el odre a Jeremías.

—¿Me he perdido algo? —se quejó—. ...¿Porque no habréis tenido los

santos cojones de empezar sin mí?

Anué le hizo un gesto a Jeremías.

—Continúe por favor —suplicó—. Ya se enterará...

Jeremías echó un trago interminable y cuándo apartó el pellejo de su boca, chascó la lengua, satisfecho.

—¿Por dónde iba? —preguntó, saboreándolo.

Tobías removi6 el culo. Estaba inquieto e impaciente por escuchar lo que Jeremías iba a contarles, cuando hizo su aparici6n Rodrigo. Se sentía a cada instante más y más atrapado en la pegajosa telaraña que aquel tipo tejía con cada palabra. Anué también parecía estarlo.

Para ahorrar tiempo, le dio una pista:

...—Por la Vara.

—¡Ah, sí... —Chascó la lengua y echó otro trago.

—Pues como iba diciendo, los hay que aseguran que el bueno de Percival encontró al fin lo que buscaba... Fin de la historia y nuevo comienzo. —Echó otro trago.

—¿Cómo que fin? —protestó Rodrigo—. Yo no me he enterado de nada. Además..., si Percival encontró lo que buscaba, ¿qué quería encontrar Dragan entonces. y a qué mierda viene tanto misterio con el puñetero poema? Yo estoy igual que este... —Señaló a Tobías—. No me entero de nada... — Sin dar tregua, lanzó una mirada inquisitiva a Jeremías y espetó—: ¿Y ya me explicarás tú qué querías decir con eso de: nuevo comienzo?

Jeremías se alisó el bigote y suspiró.

—Conozco una leyenda que asegura que Percival, no solo encontró el Grial, sino que también arrambló con el Bastón. —Les barrió de uno en uno con la mirada—. Por cierto —preguntó, curioso—, ¿quién coño es Dragan?

—Más tarde se lo explico —replicó Anué—. Ahora es mejor que siga con esa leyenda, o nos va a dar algo.

—¿Qué quiere saber?

—¿Dónde lo encontró?

Jeremías se aclaró la garganta y se mojó los labios con la lengua.

—Pues eso es lo bueno —dijo—. Aquí es donde todo comienza a enredarse; aquí es donde esta historia se gana a pulso el calificativo de mito.

Agarró la bota y la empinó. Durante unos segundos, lo único que escucharon fue el gorgoteo en su gástrico.

Anué no se explicaba no estar al corriente de eso.

Rodrigo se mordía las uñas.

Tobías escuchaba sin entender apenas nada, pero con la boca abierta.

—¿Y qué más? —preguntó, embobado.

Jeremías eructó y repitió trago.

Rodrigo comenzó a exasperarse.

—¿Nos vas a dejar así? —protestó—. ¡Acláranos algo, joder!

Anué y Tobías convalidaron la queja.

Jeremías, consciente de la expectación que despertó el relato, se pasó satisfecho la lengua por los labios. Lo hizo con calma, relamiéndose, tomándose su tiempo antes de continuar. Su propósito era ponerles a prueba, irritarles, acabar con sus nervios, intensificando la intriga. Gustaba de hacerse el interesante; para una vez de tanto en tanto, que alguien se dejaba caer por allí, disfrutar de su interés era algo a lo que no iba a renunciar.

Carraspeó un par de veces y continuó:

—Cuentan algunos, que mucho más allá, cruzando el océano del fin del mundo, existe una tierra desconocida.

El corazón de Tobías latía descontrolado; jamás había escuchado algo tan inquietante y a la vez tan interesante.

—¿El océano del fin del mundo? —exclamó.

Jeremías asintió y continuó:

...—Una tierra lejana en la que Percival, acompañado de sus fieles, desembarcó y...

—Tobías no pudo evitar interrumpirle.

—Pero eso es imposible —objetó—. Hasta los tontos iletrados como yo, saben que...

Nadie replicó a su réplica. Ni siquiera estaban atentos. Jeremías, por estar dándole otro tiento a la bota, Anué y Rodrigo por abalanzarse a la vez sobre los pergaminos.

Rodrigo fue más rápido. Desenrolló uno y lo mostró a Jeremías. Era el mapa.

—Ésta es la prueba de que todo lo que has dicho tiene sentido —exclamó—. Lo creamos o no, disponemos de lo necesario para llegar al fondo de esto.

Jeremías le arrebató el mapa y se abstraía en él.

—¡En efecto! —dijo sin quitarle la vista de encima—. Si esto es auténtico; y no imagino a qué loco se le podría haber ocurrido dibujar algo así sin una dosis aceptable de conocimientos, habría que examinar de nuevo la leyenda de Percival... analizarla desde otro ángulo. —Levantó el brazo que sostenía el mapa y añadió:

—No quiero preocupar, pero sobran quienes matarían por esto. No me parece una buena idea el que vayáis por ahí exhibiéndolo. Aunque cueste creerlo, es un tesoro.

—¿Lo consideras un tesoro? —se sorprendió Rodrigo.

Jeremías se sumergió de nuevo en el mapa, acercó la vista a los caracteres escritos en latín que ponían nombre a los territorios y asintió sin mirarle; estaban bosquejados de manera meticulosa; casi artística. Sin embargo apreció que, ciertas letras al parecer intencionadamente ralladas, estaban ubicadas en lugares específicos; sobre todo en los que le eran desconocidos.

Tras minutos de exhaustiva investigación, las palabras del judío semejaron desprenderse de sus labios:

—Argentum.

A Rodrigo no es que le cogiera por sorpresa, pero casi le da un síncope.

Anué intentó decir algo, pero su boca estaba seca.

Tobías no acababa de cogerle el hilo al asunto. Tanta información de sopetón, era indigerible para él.

Jeremías miró a uno tras otro y no añadió más. Agarró la bota, simuló brindar y se dispuso a celebrarlo.

Aún no la había levantado cuando Anué se la quitó de las manos.

—Disculpa... —Esta vez le tuteó—. Me ahogo.

En cuanto Anué bajó el brazo, recuperó el pellejo.

—Al final voy a pensar que el descerebrado que anda trajinándose a los reyes tiene razón —dijo. Y dio sorbo.

—¿Descerebrado dices? —Exclamó Anué—. ¿A quién te refieres?

Jeremías también se dejó de formalismos.

—A un tal Colón. ¿No has oído hablar de él? Se vende a sí mismo como un experto en cartografía. —Apuntó al legajo con el dedo y añadió—: Y a juzgar por esto, hasta debe serlo, el cabronazo.

Anué se llevó la mano a la frente.

—¡Ah, síiiiiiii...! Ese loco que anda por ahí suplicando financiación. Algo he oído de él. Por desgracia, con tanto trajín acaparando mi atención, estoy un poco aturdido... Disculpa.

Jeremías replicó como desencantado.

—Eso pensé yo, que estaba loco... —Lo dijo de forma lastimera, como quién acepta un fracaso—. Reconozco, y mira que me cuesta, que ese tipo me caía mal. Pensé que estaba ido. Y eso que, conociendo la leyenda de Percival, debí haberme escamado; eso como mínimo. Es curioso... a veces, bastantes

más de las que creemos, nos las damos de listorros cuando ni siquiera acertamos a vislumbrar lo que tenemos ante nuestros ojos... ¡Joder! —exclamó—. Si esta parte de la leyenda fuera cierta, ¿qué motivo tendría para dudar del resto? Se me ocurren tantas preguntas...

Anué le animó a continuar.

—¿Por ejemplo?

—¡Eso! —exclamó también Rodrigo—. ¿Por ejemplo?

Jeremías levantó el índice para enfatizar.

—Por ejemplo —puntualizó—: si Percival viajó hasta esa misteriosa tierra y encontró no solo el Grial, también el Bastón, es que alguien antes que él, puso allí los pies, y regresó para contarlo... ¿De dónde iba a sacar Percival la información, si no... o acaso alguien de los aquí presentes piensa que era un iluminado y le guió una estrella?

—O un ángel... —planteó Tobías en un desesperado y malogrado intento de entrar en el debate.

La mirada unánime que le dedicaron, no dejó resquicios para la duda. Pesaroso, agachó la cabeza y se decidió a escuchar sin abrir la boca.

Anué se aclaró la garganta y tomó la palabra.

—Y si todo lo que cuenta esa leyenda fuera cierto y el amigo Percival lo encontró, digo yo que debió traérselo... Ni a un idiota se le ocurriría pensar que lo dejó allí.

—Así es —admitió el judío—. Tendría que estar loco de atar. Se supone que era el motivo de su búsqueda.

—Y si se lo trajo; supongamos que así fue —continuó Anué—, ¿en qué lugar lo escondería? —Chascó los dedos como si le sobrevolara la iluminación y exclamó:

—¡Eso! Eso es lo que tuvo que descubrir Dragan. Tras confirmar de alguna forma la autenticidad de la leyenda, debió intuir que Percival arramblaría con lo que fuera y se lo llevaría a Inglaterra. —Miró a Rodrigo—. ¿Recuerdas aquel documento que...

—Rodrigo asintió sin dejarle acabar.

—¿Y recuerdas los últimos versos?

De forma espontánea, comenzaron a canturrear:

*Tensa tu arco y dispara a la estrella polar.
Confundirás el camino de los caballeros,
y hasta al mismo Parsifal.*

Tobías no pudo contenerse. No le apetecía nada dar la impresión de retrasado, pero la enorme curiosidad que le roía le empujó a correr el riesgo.

—¿Podéis explicarme de que trata este embrollo? Me interesa... —dijo en tono de súplica—. Sé que desentono entre vosotros, pero me gustaría enterarme de algo...

—¿Y qué es lo que no entiendes? —le preguntó Anué, indulgente.

—¡Nada! ¡No me he enterado de nada!

—...Pues en pocas palabras, tu suegro descubrió no sé cómo que Percival no es ninguna leyenda. Y además me atrevería a decir sin miedo a errar, que la maldita prueba de lo que estoy diciendo tiene que encontrarse oculta en el baúl, así como que las reliquias deben andar más cerca de lo que creemos...

—Respiró hondo y añadió—: Así es que ya podemos hacernos una idea de por qué persiguen a Victoria, y también de lo que buscan.

Tobías se masajeó el lóbulo de la oreja. Entender, lo que se entiende por entender, entendía poco, pero lo que sí recordaba de forma nítida, era la conclusión a la que se llegó en la cabaña.

—¿Entonces —preguntó—, ¿cuánto se especuló sobre la carta del ermitaño...?

Anué se rascó el cogote. No había pensado en aquello.

—Sí, sí. Habrá que pulir eso —admitió—. Pero si he de ser sincero, estoy empezando a pensar que Dragan lo dispuso todo de tal modo, que no hiciese sino despistar...

Tobías forzó unas muecas que evidenciaban sus dudas acerca de la hipótesis del druida.

—Pues para ir al despiste —dijo—, es coherente hasta más no poder. Aquello al menos, me cabía en la cabeza.

Rodrigo intentó tranquilizarle.

...—¡Según cómo se mire! —exclamó, satisfecho; tenía una idea bulléndole y estaba ansioso por compartirla.

Pero en contra de lo que se figuraba, nadie reaccionó de la manera que esperaba.

Les miró desconcertado. Nadie objetó.

—¿No hay ninguna pregunta? —dijo, decepcionado.

Tobías pidió la palabra levantando el brazo.

—Tú sabrás a qué viene tanta intriga... —dijo a modo de reproche y cada vez más despistado; aquella vorágine de misterios podía con él—. De todos

modos, yo ya estoy tan perdido como al principio. Os aseguro que de no ser porque todo esto afecta de alguna manera al futuro de Victoria y al de esas pobres criaturas, ya habría mandado todo a la mierda.

Rodrigo ignoró el comentario resentido de Tobías, y sin poder contener su impaciencia, comenzó a liberar lo que le quemaba la garganta y consideraba una primicia:

—Eso del ermitaño —se aclaró la garganta y carraspeó—, podría tener un razonamiento lógico. —Apuntó a Jeremías y preguntó—: ¿Qué alguien me explique qué es este hombre, si no un ermitaño. Sí, sí, ya sé que es una hipótesis cogida por los pelos, pero la pregunta es... ¿y si Dragan lo hubiera previsto?

Nadie abrió la boca.

—¿Qué...? —protestó—. ¿Por qué me miráis así? Tal como avanzamos en esta historia de locos, y sin entrar en detalles, convendréis en que no es inverosímil...

Anué negó con la cabeza y se afanó en aclarar:

—Mi inteligencia se niega a aceptar tal cosa.

Rodrigo le miró embobado.

—¿Y por qué? —preguntó como si no entendiera que pudiera descartar algo tan obvio.

Anué contuvo la risa y replicó:

—¡Joder, Rodrigo! ...¿En qué mierda estarías pensando para llegar a tal suposición...? Ni que Dragan fuera un adivino. Demasiada fantasía. Anda, déjate de adivinanzas...

Rodrigo le miró extrañado.

—¿Por qué dices eso? —Lo preguntó receloso. Como si no acabara de captar el sentido de lo que acababa de oír—. ¿Qué tienen de malo las artes adivinatorias? Yo me dedico a ellas.

—Pues entonces...

—¿Entonces, qué? —le cortó.

—Pues que, salvo en algún caso aislado, todos son unos farsantes. Hay mucha superchería en ese oficio.

Jeremías le miró expectante.

—¿Has conocido alguno auténtico? —le preguntó.

Anué asintió con la cabeza.

—Luego, aceptas la posibilidad de su existencia.

El druida agitó la cabeza, inhaló y exhaló por la nariz. Su gesto denotaba

cansancio mental. Aquella historia y todo lo que la rodeaba comenzaba a producirle ansiedad.

—Sólo digo que encontrar uno, sería como encontrar agua en el desierto... —le aclaró—. Sabemos que haberla hayla, pero... Además os recuerdo que soy un druida y también trato con ella.

—¿Entonces a qué viene eso...?

—A que pocos conocen los secretos de la magia... Ya te he dicho que es como encontrar...

Jeremías le quitó la palabra.

—Rodrigo es esa agua de la que hablas... —aseguró—. Y muy refrescante. Que quede claro que no quiero decir que dé por buenas sus suposiciones sobre si ese tipo de quién habláis lo era, y menos aún la de compararme con el ermitaño. —Miró a Rodrigo y le reprendió—: ¡Ahí si te has pasao, Rodri!

Anué respiró más tranquilo.

—¡Menos mal! —dijo en tono sarcástico—. De cuanto he oído hasta el momento, esto es lo más...

—Pero puedo asegurarte —le cortó el judío— que su destreza en el oficio causó furor en su momento.

—¿Furor?

Jeremías levantó el dedo.

—Tanto fue así —puntualizó señalando sus castigadas manos—, que la nobleza no supo aceptar su marcha.

Tobías carraspeó para pedir atención.

—Vaya, vaya... —dijo en tono irónico—. Si al final va resultar que estamos como al principio. Yo, por simple y no enterarme de nada, y vosotros por dároslo de enterados y no acertar ni una.

—Es posible que el muchacho tenga razón —admitió Jeremías—. El problema radica en pensar que la solución ha de ser tan complicada como la pregunta. Sin embargo no siempre es así, creedme.

—¿A dónde quieres ir a parar? —preguntó Rodrigo.

—¡Eso! —le secundó Anué.

Jeremías, como de costumbre, enfatizó con el dedo.

—Si pensamos con calma —explicó—, todo se reduce a lo simple.

—Sigo sin entender —se quejó Rodrigo.

Intentó ser más explícito:

—Quiero decir que es bueno simplificar las cosas, hay que resumirlas; reducirlas a su esencia. En la sencillez se esconde la sabiduría... La mejor

manera de tapar algo, es dejándolo a la vista.

Anué elogió la reflexión del judío.

—Es posible que tengas parte de razón —admitió—, y debemos dejar de buscar en oscuros laberintos... Quizá si prestáramos más atención a lo que tenemos ante nuestras narices...

—Que es nada...—ironizó Tobías.

—Vamos... —se quejó Rodrigo—, que lo único que tenemos claro, es que después de tanto devaneo de sesos, la conclusión definitiva es haber vuelto al principio. Yo voy a volverme loco y...

—¡Cálmate! —le cortó Jeremías—. Aceptar eso, ya es un gran paso. A veces hay que retroceder para avanzar y ver las cosas con perspectiva... Volver sobre lo andado y, como los genios, enfocar la atención sobre lo esencial.

Cada vez que alguien decía algo, Tobías se perdía un poco más, y cuanto más perdido estaba, más puntilloso se volvía.

—¿Eso qué quiere decir? —preguntó—. ¿Qué diablos tienen que ver los genios en todo esto? ¿Y por qué tienen que ir para atrás?

Jeremías echó un trago, se armó de paciencia y le dijo:

—Los genios, aunque esto parezca una contradicción, avanzan en todo momento hacia atrás; caminan siempre contracorriente; no existe otra forma de serlo. A menudo pasan por locos carentes de lógica elemental. Pero podéis creerlo, son los únicos que pueden iluminar este mundo que, sin ser consciente ni pretenderlo, vive en penumbra y avanza a tientas sin saber a dónde va.

—Sí, todo eso suena muy bonito —apostilló Anué—, pero...

—Como ya dije —le interrumpió el judío—, se trata de mirar las cosas con humildad y buscar la simplicidad. Es bastante productivo, os lo aseguro, mirar el mundo a través de los ojos de un niño. Ellos son ese germen que nos impulsa hacia adelante y hacia arriba. En ellos radica el conocimiento; son auténticos maestros en localizar la línea recta entre dos puntos. —Paró para echar un trago, y después de soltar un eructo, continuó—: Os pondré un ejemplo: yo mismo, mirándola con atención, examinándola, recreándome en cada detalle con el mismo empeño que podría hacerlo un niño por muy curioso y fisgón que fuera, no atino a ver en la carta del ermitaño, más que a un anciano buscando algo con un candil... a un tipo que anda de aquí para allá sujetando un farol, con el propósito; siempre mirado con los ojos de un niño, claro está, de iluminar el camino; el suyo... A un niño no adiestrado, nunca se

le ocurriría relacionarlo con un sabio, y todavía menos se le cruzaría por la cabeza, que con intención de iluminar el camino del mundo... ¿O acaso no tuviste que aprenderlo de alguien, Rodrigo? No me irás a decir que la interpretación del tarot te fue transmitida vía celestial.

Tobías tomó el pergamino que contenía el arcano y lo observó con atención. Ni dándole mil vueltas se le habría ocurrido sacar una conclusión diferente a la que acababa de escuchar. La imagen de un viejo sujetando un farol, se mirase como se mirase, no poseía a su entender, la fuerza suficiente como para hacer volar la mente por oscuras y largas intrigas como la que les quitaba el sueño.

Miró a Jeremías y asintió en silencio. Visto así, pensó, era muy probable que aquel judío tan estafalario como elocuente estuviese en lo cierto, y no hiciera falta marear tanto la cosa.

Jeremías pensó que sería buena idea cambiar de tema. Miró al cielo a través de uno de los desnudos ventanales que tenía frente a él y arrugó el ceño. Saber la hora, hizo que sus tripas sonasen semejando una pelea de gatos.

—Hora de comer —les dijo—. El sol no engaña.

Todos se volvieron hacia la ventana. Estaba nublado.

—Ni tus tripas tampoco —admitió Rodrigo.

Jeremías carraspeó y soltó una risita nerviosa.

—¿Todavía llevas esos sabrosos tocinos en el carro?

—Rodrigo resopló como si se sintiera saqueado.

—¿Y aquel queso delicioso que tan bien casa con este vino? —añadió agarrando la bota y dándole otro tiento.

—Ya te veo venir —dijo Rodrigo poniéndose en pie.

Jeremías le obsequió con su mejor sonrisa y agregó:

—Sabes que me encantan los manjares que llevas en la carreta... Aún recuerdo aquella comilona en Toledo... —Comenzó a retorcerse de la risa—. ¿Recuerdas aquellas cebollas?

Rodrigo tampoco pudo contener la risa.

—¿Cómo no voy a acordarme... Parecían melones.

—Cuando aquel sujeto la partió, se nos saltaron unas lágrimas como ríos —dijo, sujetándose la barriga—. Qué manera de llorar joder... me lloraba hasta el ojo del culo.

Ahora todos rieron.

—Esos recuerdos sin importancia aparente, son lo que me da vida. —

añadió, retirándose las lágrimas—. A veces la soledad pesa, y tiene uno que hurgar en el pasado para reconfortar el presente.

Anué asintió.

—Te comprendo; también paso gran parte de mi vida en soledad —confesó—. Y aunque reconozco que su lado bueno no le falta, cuando el eco del pasado resuena en el presente, es señal de que hay que airear la mente.

El judío suspiró.

—Me retiré hasta aquí para salvar el pellejo —confesó a su vez—, no porque ya estuviera cansado del mundo ni porque lo necesitara. Y aunque alguna vez me consuelo a mí mismo repitiéndome aquello de que nadie está más solo que aquel que tiene muchos amigos, lo peor de esta puñetera soledad, es no tener con quién compartirla. Ve y trae algo, anda... que no solo de vino vive el hombre...

Rodrigo refunfuñó y fue a la carreta a por víveres.

—Habrá que celebrar este reencuentro —propuso.

—¡Excelente idea! —aprobó Jeremías—. Después del festín que intuyo nos vamos a dar, no existe misterio que no se solucione solo... Dragan parecerá un libro abierto.

Eso esperamos —dijo Rodrigo en nombre de los tres.

—No te preocupes por eso, que todo se andará. Anda pon ese tocino al fuego, y hablamos mientras comemos... Pero insisto como adelanto, en que no hay secreto que se resista a la inteligencia de un niño.

A lo largo del festín, Anué y Rodrigo no dejaron de cruzar miradas. Tobías se hacía partícipe de su preocupación; Jeremías, el sabio que debía sacarles las castañas del fuego, no paraba de empinar la bota, y para rematar, solo hablaba de comida.

Anué intentó sacarle alguna palabra que tuviese que ver con el motivo de su visita.

—Bueno —le dijo—. ¿Y aparte de mirar este galimatías con los ojos de un niño, qué podemos dilucidar sobre este embrollo? Por darle una solución, más que nada...

Jeremías abrió con un eructo seguido de un chasquido de lengua y puso cara de satisfacción.

—Tranquilo... —Intentó serenarle—. Sé bien que no habéis venido hasta aquí para invitarme a comer.

—¿A comer?

—Es un decir... —dijo, levantando el codo.

—Entonces, ¿intentamos darle un meneillo al tema?

Jeremías dio un bocado a un trozo de tocino braseado, y sin dejar de masticar, le invitó a continuar.

—Esperaba que hablara usted —le recriminó Anué.

Jeremías continuó masticando la panceta, y cuando la engulló y se enjugó la boca con otro tiento, preguntó con parsimonia:

—¿Y qué más tenéis por ahí...? ¿Hablabais de un baúl repleto de documentos, no?

—Sí. Pero de momento, los que se encontraban en los tres cofres, urgen más —le aclaró.

Jeremías iba a echar otro trago, pero se detuvo en seco y le miró sorprendido.

—¿Qué cofres? Nadie ha dicho nada de ningún cofre. —Miró la bota de manera cómica y añadió—: ¿no será el vino, verdad? ¿Tanto he bebido que...?

—Quizá lo pasamos por alto —se disculpó Anué.

Eructó a modo de invitación.

—¿Y a qué esperas para empezar...? —dio otro bocado al tocino y añadió, divertido—: además de boca, también tengo oídos...

Anué le relató con detalle la anécdota de los cofres.

—Creo que ya lo tengo claro —le dijo en cuanto tragó el bocado, antes de levantar la bota—. Muy claro...

Los tres se miraron con la boca abierta. Esa serenidad que mostraba al hablar, era espeluznante.

Anué intentó asimilar aquel razonamiento.

—En fin —les dijo—. No sé si estará convencido de lo que dice, pero lo dice como si lo estuviera. Este tío es un fenómeno... o se está riendo de nosotros.

Se volvió a Jeremías con la duda dibujada en la cara.

—¿Qué es lo que está tan claro? —le preguntó.

Jeremías echó otro trago y se limpió con la manga.

—En el cofre que no tiene nada, está la clave de todo —le explicó—. En esa caja está el secreto de las otras dos. —Se encogió de hombros y añadió—: Si fuera un niño le pondría nombre; uno que la casara con las otras... que las fundiera como si fueran una sola.

Rodrigo le preguntó a ceja alzada.

—¿Qué coño dices, Jeremías?

—Eso es lo que digo. Ponedle un nombre a ese cofre.

—¿Qué nombre...? —preguntaron los tres a una.

Jeremías levantó la mano y chascó los dedos.

—El poema vacío, por ejemplo.

—¿Vacío? —exclamaron a la vez.

Jeremías asintió con una risita.

—Solo existe un concepto igual al vacío, que es capaz de llenar ese cofre —les dijo—; un concepto tan intangible como la nada.

—¿Un concepto? —le preguntó Anué, a cada palabra más sorprendido—. ¿Qué concepto?

Jeremías le dio otro tiento a la bota, chascó la lengua, y como si su voz surgiese de una caverna, exclamó:

—¡El silencio!

Anué miró a Tobías y después a Rodrigo, como si las Palabras del judío le sonaran a broma.

—¿No decís nada? —exclamó con cara de idiota.

Jeremías les barrió con la mirada y preguntó:

—¿Qué es lo que os sorprende tanto?

Anué se puso en pie y animó a los otros dos a imitarle.

—Creo que ya tenemos suficiente información —dijo.

Rodrigo y Tobías se pusieron en pie.

—¿Nos vamos ya? —preguntó Tobías—. Aún no nos ha aclarado nada.

—No hace falta que lo jures —dijo Anué—. Primero nos suelta lo de Moisés, confundiéndonos más de lo que ya estábamos. Ahora nos viene con el cofre del silencio, y se queda tan ancho, y si seguimos aquí mucho rato, ve tú a saber, todavía se trinca la bota y nos sacude con la Vara. Lo del Bastón de Perceval, pase, pero lo de la...

—Los hebreos tenemos dos libros sagrados —le cortó Jeremías— que respetamos como si fuesen el mismo: uno es el Talmud, el otro, la Torá.

—Nada que yo no sepa —dijo Anué con sarcasmo.

—También existen dos Bastones poderosos.

—¿Ah, pero no era una Vara?

Jeremías se puso en pie, desapareció tras un muro en ruinas y volvió con un libro abierto.

—Conocéis este libro —les preguntó sin preámbulos.

Anué se acercó y le echó una ojeada.

—Parece la Torá —aclaró, mirando a los otros dos.

—¡Es, la Torá! —confirmó el judío.

—¿Y bien...?

Le mostró uno de los versículos del libro del Éxodo y, paciente, esperó contestación.

Anué agachó la cabeza hasta que pudo leerlo.

—Puedes leer en voz alta —le tuteó Jeremías—. ¿O lo hago yo? Son interesantes palabras de un tal Moisés...

Anué resopló. Había leído y releído ya aquél libro, y no se explicaba aún cómo no había relacionado aquéllos versículos con los poemas de Perceval y Bacon. No sabía cómo, pero aquél galimatías le estaba aturdiendo hasta la tontedad. No se reconocía a sí mismo.

Jeremías notó su confusión y decidió hacerlo él.

—Éxodo 17.9 —comenzó—: *Yo estaré en la cima de la colina, teniendo en la mano el Bastón de Jehová.*

Ninguno replicó.

¿Nada que decir? —añadió, cerrando el libro.

Los tres continuaron sin abrir la boca.

—Con ese silencio que os ha provocado Moisés —dijo el judío dándole doble sentido y a modo de sentencia—... podéis llenar vuestro cofre vacío.

—Ah, por cierto —le dijo Anué zanjando el tema—, ¿los judíos comen cerdo?

—Pregunta que si como cerdo, Rodrigo. Díselo tú.

Rodrigo se puso en pie y exclamó:

—¡Vámonos antes de que nos coma a nosotros!

Todavía no habían abandonado el edificio, cuando el judío dio un último consejo; parecía venir de otro lado:

—Toda hipótesis anterior es errónea. Ese Dragan ha ido al engaño. Pensad como niño y comenzad de nuevo.

XXXVI

VOLVER A EMPEZAR

La puerta se abrió y Visnú permaneció apoyado en la jamba. Un par de hombres entraron, ojearon cada rincón y le dieron el visto bueno.

—Todo en orden —dijo uno—. El sitio está limpio.

El tabernero les recibió con su mejor sonrisa. Por una parte estaba la preocupación de siempre, pero por la otra, desaparecía por arte de birlibirloque; las monedas podían más que el miedo. En cuanto les vio, su mente comenzó el conteo sin pedirle permiso. Empezó a llenar jarras, sin esperar a que se las pidieran.

Poco después, el grupo entraba en tropel y se acomodaba en las mesas.

—¿Qué os trae de nuevo por aquí? —les preguntó sin dejar de escanciar vino.

Visnú asió una jarra, se la bebió de un trago y le miró sin contestar.

Este interpretó su deseo y se la volvió a llenar.

El mercenario echó un sorbito y chascó la lengua.

—Espero que solventaran el problema que les trajo la vez anterior —dijo el tabernero.

—¿Y si no, qué...?

—De todos modos, son ustedes bien recibidos en este pueblo. Aquí estamos para servirles —contestó, inquieto.

—Ha habido algún cambio... —le adelantó Visnú.

—Sea cual sea el motivo de su regreso, serán ustedes bien recibidos en esta casa —repitió.

—Ya no buscamos a una mujer...

El tabernero frunció el ceño.

—Ah... Ya la encontraron, supongo...

—Ahora vamos tras un hombre joven; un muchacho que debería encontrarse por aquí.

¿Joven, dice?

Visnú asintió mientras se llevaba la jarra a la boca.

Es rubio —dijo.

—¿Rubio?

—Y mentiroso también... Se le da bien mentir.

—¿Y están seguros de que se encuentra aquí? No he visto a nadie de fuera, últimamente.

—Aquí es precisamente donde le conocimos... —dijo en tono sarcástico—. Nos invitó a vino, el muy bribón.

—¿Y no recuerdan su nombre?

Visnú se encogió de hombros.

—Y qué más da un nombre que otro. Seguro que nos mintió en eso también.

El tabernero se llevó la mano al cogote, y después de devanarse los sesos por unos segundos, contestó como si la respuesta tuviera premio.

—¿Tobías?

Visnú respondió con otra pregunta.

—¿Dónde podemos encontrarle?

El tabernero se masajeó el mentón.

—Pues ahora que lo pienso —dijo—, llevo mucho sin verle. Es como si se lo hubiese tragado la tierra.

—¿Estarás de broma, claro...? —se encendió Visnú—. Parece que este maldito pueblo se traga a todo el mundo.

El tabernero, nervioso, agitó la cabeza.

—Le digo lo que sé, señor. Ese chico es un intrépido.

—¿Intrépido? ¿Cómo que intrépido?

—El tabernero asintió como si tuviera un tic.

—Sale muy a menudo a cazar —repuso—. Es posible que le haya ocurrido cualquier cosa... Estos bosques son tan grandes como peligrosos; no sería el único del pueblo en desaparecer, créalo...

Visnú cerró los ojos y resopló.

—¡Arturo! —gritó.

Este se plantó frente a él como un poste.

—Diga, jefe.

—¿Hace falta que te lo explique?

Arturo puso cara de estar perdido.

—¿A qué se refiere, jefe?

Visnú soltó un bufido.

—Registrad este pueblucho de mierda y traedme a ese desgraciado.

El tabernero se apresuró a curarse en salud.

—Es cierto que lleva tiempo sin pasar por aquí. Si está en el pueblo, no le he visto —dijo—. Claro que también podría estar enfermo; viviendo en un establo, y con este tiempo...

—Visnú vació la jarra de un trago y le observó con los ojos entornados.

—¿O sea que acostumbra a ir de caza? —Se lo decía a la vez que le acercaba la jarra para que se la llenara.

El tabernero asintió mientras escanciaba.

—Sobrevive vendiendo sus presas... y se ocupa de un pequeño huerto — afirmó, nervioso—. Todo el mundo le conoce, y todos compran lo que caza...

Visnú permaneció en silencio.

El tabernero carraspeó un par de veces y aprovechó el lapsus para hacer la pregunta que le quemaba los labios:

—¿Van a estar mucho tiempo? —Se lo preguntó más que nada por saber de cuánto tiempo disponía para ganar dinero.

—No debería ser así. —Suspiró Visnú—. Pero hasta que demos con él, de aquí no nos movemos.

El tabernero llenó las jarras vacías que se encontraban en el mostrador y las empujó hacia ellos.

—A estas invita la casa —dijo—. Y se puso a limpiar.

Visnú le observó, curioso mientras pasaba el trapo.

—¿Y de qué conoces tú a ese bribón? —le preguntó.

El tabernero dejó de pasar el paño y le miró.

—Es un pobre huérfano —le explicó—. Lo encontraron en las afueras del pueblo; allí le habían abandonado. ¿Por qué le buscan, si puede saberse? Es inofensivo.

—No puede saberse... ¿Y cómo sobrevivió ese pobre e inofensivo abandonado? —quiso saber Visnú.

El tabernero suspiró de forma lastimera.

—Lo recogió el de la tienda... —dijo—. En el fondo no es más que un pobre diablo. Es introvertido y apenas tiene amigos.

Visnú le miró con los ojos entornados.

—¿Amigos, dices? ¿Conoces tú a esos amigos? ¿Dónde puedo

encontrarles?

El tabernero pareció rebuscar entre sus recuerdos.

—Hace ya tiempo, hizo buenas migas con Manuel.

—¿Quién es Manuel?

—El ayudante del cura. De todos modos, hace tiempo que no se relacionan. Tobías se ha vuelto taciturno.

—¿Y con quien más se relaciona?

—Pues no sé... Cuando venía por aquí, se llevaba bien con todos, pero no hacía migas con nadie en especial.

Visnú asintió agradecido y apuró el vino de un trago.

—Pues habrá que hacerle una visita a Manuel —dijo.

—¡Arturo!

Tres horas más tarde, Arturo y su séquito regresaban a la taberna.

—Nada, jefe... Parece que ese también se ha volatilizado. Nadie sabe de él desde hace tiempo.

—¿Y Manuel?

—¿Quién es Manuel, jefe? No lo pillo...

—¡El monaguillo, joder!

—En la iglesia no hemos mirado...

Visnú lanzó unas monedas sobre el mostrador.

—Pues habrá que mirar ahora... —dijo—. A ver qué tiene que contarnos ese Manuel de las pelotas.

—¿Ese no es el mocoso que nos leyó el manuscrito?

—Eso es. Lo que no sabía yo, es que conocía a Tobías.

—¿Y quién es Tobías?

—¡El que andamos buscando, joder!

—Pues aquí no está ese Tobías, jefe. Este es un pueblo pequeño. Cabe en un bolsillo y ya nos lo hemos trillado. ...De punta a punta, además.

—Pues a ver si el bolsillo tiene un roto...

—Le aseguro que hemos mirado a fondo.

—¿Y a las putas? ¿Habéis preguntado a las putas?

El tabernero carraspeó pidiendo la palabra.

—¿Ocurre algo? —le preguntó Visnú.

—Esas putas no son de este pueblo —le aclaró.

—¿Ah, no? ¿Y de dónde salen?

—Van por toda la región, pero se juntan aquí cuando vienen ustedes. Son itinerantes.

—¿Cuándo venimos nosotros?

El tabernero asintió con una sonrisa.

—¿Y cómo se enteran de que hemos venido?

—Qué se yo... Nadie se lo explica...

—¿Nadie? ¿Es que somos la comidilla del pueblo?

—Bueno, esto es pequeño. Algunos bromean y dicen que esas mujeres huelen la chicha desde lejos. Otros, que se enteran de que van a venir, antes que ustedes. En fin, ya sabe cómo es la gente...

—¿O sea que aquí no hay putas?

—Aquí solo vive una. Como le ha dicho su compañero, este pueblo y los de alrededor son un bolsillo.

—¿Ah, sí? Pues a ver en qué bolsillo se esconde el tal Tobías, porque de aquí no nos vamos hasta que aparezca.

El tabernero tuvo que hacer un gran esfuerzo para no frotarse las manos. Si le cuadraban las cuentas, de allí no se movían en lo que quedaba de invierno. Ni ellos, ni las putas.

XXXVII

PREMONICIÓN

Tobías fue el último en entrar. Cerró de un portazo y se dispuso a calentarse las manos con su aliento, pero ella no le dejó; se abalanzó sobre él encaramándose sobre sus hombros de un salto y rodeó su cintura con las piernas.

Sorprendido por tan cálido e inesperado recibimiento, la agarró por la cintura con una mano mientras que con la otra le apartaba las inoportunas mechadas de cabello que le caían hasta las mejillas, y buscó sus labios con voracidad.

Ella se los ofreció entreabiertos, y él succionó su boca como si pudiese extraer de ella el néctar de la vida.

Todo se desvaneció en torno a ellos; hasta el tiempo.

Melissende rompió el hechizo con un carraspeo.

—¡Ejem!

Ambos se volvieron a la vez.

—¿Qué ocurre? —preguntó Tobías.

Victoria se percató en ese instante de que les estaban observando y se ruborizó.

Melissende dulcificó el semblante con el propósito de quitarle envergadura a la desenfrenada lascivia que se les había escapado de las manos, y se dirigió a Tobías.

—¿Qué tal el viaje? —le preguntó—. ...¿Ha merecido la pena?

Tobías fue a contestar, pero no le dejó.

—Espero que haya estado al nivel de la molestia.

Sonrió por respuesta.

Melissende señaló a Victoria con la cabeza y añadió:

—Esta criatura se comía las uñas durante tu ausencia.

Victoria se ruborizó de nuevo.

—Y otras cosas también... —añadió.

Victoria ya no sabía dónde meterse.

—¡Tortolitos! —exclamó Rodrigo con guasa.

Melissende no pudo contener la risa.

Anué también quiso darles su opinión personal.

—No imaginaba ni por asomo que pudierais estar tan atrapados. Antes de irnos no lo aparentabais en absoluto —opinó.

Melissende tampoco pudo guardarse su opinión.

—La ausencia es la culpable de despertar sentimientos en apariencia dormidos —aseveró—. Doy fe...

Anué lanzó una risotada

—¿Dices eso porque me has extrañado? —ironizó.

Ahora fue Melissende quien no pudo aguantar la risa.

—Ya te gustaría, ya...

Anué y Rodrigo explotaron a reír.

Melissende carraspeó y se dirigió a Anué.

...—Y ahora —le instó a modo de súplica—, si no es pedir la luna, y bromas aparte, nos gustaría saber si traéis noticias... Y si son buenas, mejor.

—Anué hizo una mueca y asintió.

—Espero que el viaje haya valido la pena —dijo ella.

Anué expulsó el aire por la nariz y meneó la cabeza, no a modo de negación, sino de incertidumbre.

—Sólo por conocer a Jeremías —aseguró—, ya habría valido la pena. Es un su tipo interesante, lo reconozco... Pero...

Melissende entrecerró los ojos y preguntó, curiosa.

—¿Pero qué, Anué? Siempre con la misma cantinela. No tienes remedio.

—¿Yo? —exclamó, llevándose la mano al pecho.

—Sí tú. ¿Por qué tienes que buscarle pegas a todo? Te conozco y sé que vas a salir con alguna memez. ¿A ver... qué ibas a decir de ese desgraciado?

Anué forzó un gesto de impotencia.

—No, no, de desgraciado nada...

—¿Entonces?

—Pues que con toda esa verborrea... —manifestó—; porque lo que es cháchara tiene para dar y para donar, el sujeto, solo ha aportado más oscuridad al ya renegrido lío que nos ocupa. Que olvidemos nuestras

hipótesis, dijo.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Pues que cada vez estamos más lejos de descifrar el acertijo. Ya no nos sirve ni el nombre del niño.

—Pues yo no lo veo tan mal —objetó Tobías.

—¿Ah, no...? ¿Y eso a qué se debe? ¿Se te ha hecho la luz, de repente?

Tobías levantó el dedo y lo movió como un péndulo.

—Si como ese tío aconsejó, analizásemos esta mierda con la mentalidad de un mocoso —aclaró—, yo también tendría la oportunidad de participar. Y además es posible que la solución esté tan cerca que no seamos conscientes de que está ahí. Quizá Teth sea una pista. Es un niño.

Anué hizo una mueca de aprobación y le animó:

—Sigue, no te detengas. Me interesa.

Tobías aprovechó la ocasión para vaciarse.

—¿Y si como él dijo, estuviera escondida a la vista?

—Eso habrá que tenerlo en cuenta —opinó Rodrigo.

Anué resopló. En el fondo sabía que tenían razón.

—¿No pensarás que Jeremías es tonto, no? —añadió.

Anué negó con la cabeza.

—Eso es lo preocupante... —reconoció—, que cuanto decía estaba tan bien estructurado, que hasta convencía.

Melissende puso los brazos en jarras.

—¿Entonces, dónde está el problema? —preguntó.

Anué fue a responder, pero Rodrigo se le adelantó.

—A que nada de lo que dedujimos, parece válido.

—¿Ah, no?

Rodrigo miró a Anué y añadió en tono guasón.

—Y eso es lo que le cabrea a este.

Melissende también miró al druida.

—¿Es eso cierto? —le preguntó.

—¿Si lo dice el mago...? —apuntilló con sorna.

Rodrigo sonrió de forma pícaro y habló a Melissende:

—Creía que lo tenía todo atado, y mira por donde...

Malissende le miró atónita.

—¿Y qué es exactamente lo que ya no tiene atado?

—Nada... Pero dónde sí que le ha dado bien, es en sus deducciones acerca de la carta del Ermitaño. Todo lo que dedujo aquí se le ha ido a la mierda,

y...

—¿Qué dedujo? —le interrumpió ella—. En realidad no concretó nada. De todos modos, habíamos pensado en seguir escarbando... Aquí lo único que tenemos claro, es que nada está claro.

Rodrigo encogió los hombros.

—Si necesitáis buscar otras hipótesis, quizá yo podría ayudar...

—¿Y cómo, alma de Dios?

—Conozco el Tarot desde niño y os aseguro que ya no tiene secretos para mí. Poseo conocimientos sobre magia y sobre Runas.

—¿Alguna virtud más? —ironizó Anué.

Rodrigo fingió no captar la ironía y añadió:

—En todas esas cosas, podría seros de utilidad.

Melissende no pudo ocultar un gesto de sorpresa.

—¡Pues mira tú qué bien!... —exclamó con sorna—. Todo arreglado, pues. —Recorrió al resto con la mirada y añadió, aguantando la risa—: Se acabaron los problemas. Tenemos aquí a otro lumbreras.

Rodrigo frunció el ceño.

—¿Por qué te burlas? —preguntó, desconcertado.

Ella le miró perpleja.

—¿En serio quieres que nos creamos esas baladronadas?

Rodrigo meneó la cabeza como si estuviese acostumbrado, sonrió y replicó:

—Si digo que conozco algo, es que lo conozco...

La seriedad con la que lo dijo, descolocó a Melissende.

—Si sigues insistiendo —apostilló—, acabaré por...

Rodrigo le puso las manos delante de la cara.

—Y esta es la prueba de ello —espetó—. Créete que, no hubiera tenido por qué soportarla, de no ser así.

El rostro de Melissende sufrió un cambio repentino y pasó de blanco a pálido en solo un segundo. Aquél sujeto que tenía enfrente, pensó, era un soñador sin remedio, o el farsante más brillante que la vida puso en su camino.

Se disculpó, más que nada para herirle en su orgullo.

—Perdona Rodrigo... Siento haberme adelantado a los acontecimientos. Pero debes entender que...

Rodrigo no la dejó continuar.

—Lo celebro. Aunque no te nazca del corazón —dijo en tono irónico—, a

mí me vale como descargo.

—Melissende sabía que su comentario le había hecho daño; estaba dolida por no haber estado fina. Quiso darle una explicación que apagara malentendidos, pero ya era tarde. Rodrigo adivinó su intención y se adelantó.

—Disculpas aceptadas —dijo, condescendiente.

—¿Cómo has sabido lo que pensaba decirte? ¿Ahora sí te parezco sincera?

—Más que antes, sí...

—¿Tanto se me nota?

—Tanto lo noto, que...

—¿Qué qué...? —preguntó ella extrañada.

De súbito, tras un velocísimo movimiento de muñeca, apareció en la palma de Rodrigo una rosa morada; la sutil belleza de la flor contrastaba con la mortificada mano de él y resaltaba sus horrendas cicatrices, confiriéndoles un aspecto aún más repulsivo.

—Que has sido premiada con esta bella flor —le dijo, dándosela a oler.

Melissende no salía de su asombro. Fascinada, miró al resto, evidenciando su rostro la inesperada sorpresa, y les provocó un ataque de risa.

La voz de Rodrigo le puso fin al ataque de hilaridad.

—¿Gozo ahora de vuestra credibilidad? —Se lo dijo al grupo, pero la miró a ella.

Cuando Melissende digirió la sorpresa, le aclaró:

—Por ahora acepto la flor —olisqueó su perfume— y te beneficio con mi duda. —La revisó minuciosamente y comprobó que en efecto era como cualquier otra; no vio nada extraño en ella. Hasta las espinas pinchaban.

Rodrigo sonrió al ver que su escepticismo se diluía.

—Celebro que estés más receptiva —dijo con la mejor sonrisa que pudo— No hay nada tan agradable como una buena fragancia para revitalizar la fe en lo desconocido.

La anciana asintió a regañadientes.

—Bueno —le dijo—. ¿Y después del numerito, qué...? Porque mucha exhibición floral, pero...

—Veo que eres dura...—observó Rodrigo.

—Pues claro... —repuso ella—. No vayas a pensar tú que por tener un jardín escondido entre la ropa, me vas a sorprender más allá de lo necesario. Dime una cosa: ¿Vas por ahí recogiendo flores?

—No tiene flores escondidas —aseguró Tobías.

—¿Y de dónde ha sacado esta...? —dijo ella tirándola sobre la mesa.

—De tu cabeza —dijo Rodrigo—. Esa rosa solo existía en tu cabeza.

—¿En mi cabeza? No digas tonterías. Esa flor...

—¿Esa flor, qué...? —repuso Rodrigo.

Melissende no contestó; miró la mesa buscando ver la rosa. Su rostro se transformó.

—¿Dónde está? —preguntó.

—En tu cabeza. Ha vuelto al lugar de dónde salió.

Melissende le miraba con la boca abierta.

—¡Hazlo otra vez! —propuso, curiosa.

Rodrigo negó con el dedo y castañeando la lengua.

—Ya está bien por hoy —dijo—. Ahora volvamos a lo que íbamos.

—¿Y a qué íbamos? —le preguntó Anué—. Con tanto truco, tanta magia y tanta...

Rodrigo le interrumpió.

—Traed esa maldita carta junto al poema —exclamó. Lo dijo, sacando un manojo de cartas acompañado de un puñado de piedras que se encontraban en el mismo cofre que albergaba los documentos. Cada una de esas piedras estaba minuciosamente pulida y difería del resto por una marca en una de sus caras, que la hacía única y exclusiva.

Extrajo de la baraja la carta del Ermitaño, la comparó con la de Dragan y torció el gesto, por no hallar ninguna diferencia entre ellas, salvo la del signo de géminis al pie del legajo.

Con parsimonia, plegó de nuevo el legajo y colocó la carta boca abajo sobre la mesa. Tras algunos minutos de meditación que a Melissende le parecieron interminables desde el primer segundo, y durante los cuales contuvo la risa como pudo, se decidió por fin a ponerla boca arriba.

Abrió los ojos y miró a Anué de modo inquisitivo.

—¿Qué? —preguntó este—. ¿Ocurre algo?

Rodrigo se encogió de hombros, y aclaró:

—No sé hasta dónde sabéis sobre esta historia. Tenéis que ponerme al día. Aunque no termino de creerme que le vaya a dar una lección a un druida...

—Suspiró—. Me estás poniendo a prueba, lo sé.

—Parece que sabes mucho, tú...

—¿Soy mago, no? —bromeó en serio—. ¿Qué creías?

—Y adivino también, por lo que veo...

—Ríete si quieres, pero estoy convencido de que estas cartas no tienen ningún secreto para ti. ¿Me equivoco?

—Está bien... —reconoció el druida—. Sabemos que esta carta simboliza lo que simboliza. No obstante hay un pajarito que me dice al oído, que Dragan iba mucho más lejos en sus deducciones; mucho más allá de las simples y archiconocidas conclusiones a las que cualquier idiota de la profesión podría llegar...

—¿Estás seguro?

—Pienso que no se conformaba con la interpretación llana que podría alcanzar cualquier tarotista mediocre.

—Tendrás alguna razón, digo yo, para haber llegado a esa conclusión.

—Solo mi intuición.

—¿Sólo?

—Anué le dio un golpe a la mesa y remató—: ¡Dragan quería decir algo más, estoy seguro!

—¿A qué te refieres con «algo más»?

—Pues eso —ratificó—. Algo de lo que no tenemos ni idea, pero que sin embargo está ante nuestras narices.

—¿De verdad crees que está tan al alcance?

—Tan cerca... que no podemos verlo —se lamentó—. Claro que el problema es que Dragan nos lo comunica de una forma velada; una forma de la que apenas atisbamos las coordenadas. —Hizo una pausa, miró la carta durante unos segundos, y se volvió a Rodrigo.

Este echó un trago y replicó:

—Sí, sí, sí, todo suena muy poético. Pero no estaría yo tan seguro. Hay ciertas lagunas; cosas que no encajan.

Melissende le miró, confusa.

—¿Lagunas? ¿A qué lagunas te refieres? —preguntó.

Rodrigo miró a Victoria.

—Me pregunto... —le dijo— si tu padre era en verdad tan inocente como para dejar pistas claras sobre lo que a todas luces era tan importante para él; algo que, por otra parte, no era nada difícil de perder o ser arrebatado... No sé, no sé qué pensar.

La muchacha decidió ponerle al día.

—Mi padre sabía porque así lo decidió, que aquél día iba a morir. Me entregó las tres cajas asegurándome que en ellas se hallaba el trabajo más importante de su vida, y que podía significar la continuidad de la mía.

¿Estás segura de que fue eso lo que dijo?

Ella asintió y añadió:

—Lo hizo para evitar que el fruto de ese trabajo, que por otra parte era su sueño, cayera en manos de quienes pretendían robárselo. Resumiendo: me las entregó y dijo que lo entendería y que sabría qué hacer y...

Rodrigo no la dejó acabar.

—¿Y lo entiendes, acaso? ¿Has sabido qué hacer?

Victoria negó con la cabeza.

—No tengo ni idea —confesó, desconsolada—. No sé por dónde empezar.

—¿Y no se te ha ocurrido pensar en la posibilidad de que tu padre contara con la posibilidad de que te fueran robadas, y debido a eso, introdujese algunas pistas falsas?

Victoria negó con la cabeza.

—No se me había ocurrido pensar en eso —confesó.

—¿Tan inverosímil te parece?

—Me parece cogido por los pelos...

Rodrigo apuntaló su hipótesis:

—Es una magnífica fórmula para proteger un legado... Si yo hubiera estado en su pellejo, lo hubiera hecho.

Victoria quiso decir algo, pero Anué se adelantó.

—Cierto —admitió—. Tengo que reconocer que cabe esa posibilidad. —Apoyó el dedo en la carta y añadió—: Ella conocía a su padre y su padre la conocía a ella. No es difícil llegar a la conclusión de que ese hombre confiara en que su hija fuera capaz de descubrir cualquier posible anomalía añadida para despistar... ¿Quién iba a estar más capacitado para hacerlo?

A Victoria se le atropellaron las palabras:

—Pero si no sé ni por dónde empezar —balbuceo—. ¿Cómo tengo que decirlo? ¿Creéis que soy capaz de eso?

Anué intentó tranquilizarla.

—¿Cómo puedes estar tan segura? Tu padre lo creía.

—Oyéndote hablar, cada vez menos —confesó ella—, pero solo es una sensación que me transmites. No, yo no sé donde está la puerta de entrada a este enigma.

—Puede que durante un tiempo, esto te parezca algo sin sentido o incomprensible... pero no es imposible que en algún momento se te haga la luz y sepas, en el caso de que lo hubiera, separar el trigo de la paja; porque si aquí hay paja, la hay en abundancia... las palabras de tu padre parecen corroborarlo. —Suspiró—. En definitiva, que yo sigo pensando que iba más lejos de lo que...

Rodrigo se coló en la conversación.

—Más lejos o a ningún lado. ¿Quién sabe...

Anué cogió la carta y la observó con suma atención; como si buscara la solución entre sus trazos. Pero no era momento de descubrimientos, y se exasperó.

—Dragan dejó a un lado la mera interpretación... eso lo tengo más que claro —afirmó, encolerizado.

—¿Por qué te empeñas tanto en pensar que...?

Anué suspiró y añadió:

—Porque eso podría hacerlo cualquier entendidillo.

—Eso es cierto —admitió Rodrigo.

Anué levantó el dedo y puntualizó:

—Aquí hay algo más; algo encubierto que nos supera, Rodrigo. Y llegados a este punto, ya no hay vuelta atrás, estamos obligados a destaparlo. Estamos muy alejados del principio; demasiado. Ya no podemos abandonar.

Rodrigo se rascó el cogote, preguntándose cómo.

Anué pareció adivinar su preocupación y añadió:

—Debe ser más fácil de lo que pensamos. Es cuestión de mirarlo desde el ángulo en que lo miraba Dragan.

Melissende hizo una mueca de no entender nada.

—Tu humildad me conmueve. Voy a acabar pensando que eres un auténtico druida —dijo Rodrigo lanzando una carcajada que nadie coreó—. En fin —se ruborizó—, intentaré descubrir algo. Probaré a examinarlo con otros ojos; bajo otra perspectiva, si os parece. Pero no prometo nada. —Miró a todos en abanico, buscando indicios, por insignificantes que fueran, de aprobación al ofrecimiento que acaba de hacerles; unas gratificantes palmaditas en la espalda habrían bastado, pero como si se hubiesen puesto de acuerdo, permanecieron impasibles y en un silencio...

De no ser por el crepitar de las llamas o el sonido sordo del viento, solo el silencio hubiese imperado allí.

Ante esa inapreciada esperanza que parecían tener en él, intentó curarse en salud.

—Por muchas vueltas que le demos —dijo a modo de aviso—, tenemos que aceptar que la interpretación es la que es. No deberíamos buscarle cinco patas al gato.

Nadie replicó. Ni para bien ni para mal.

Cogió la carta y se concentró. El monótono crepitar de las llamas dominó

de nuevo hasta que habló.

—Cómo todos sabemos —dijo—, esta carta representa a un hombre anciano que porta un farol.

Aprobaron con un gesto de hastío. A eso llegaban.

Rodrigo extendió la explicación a otro nivel:

—Podemos sustituir anciano por sabio...

Tras decir esto volvió a mirarles. Nadie objetó.

Volvió a concentrarse en la carta y continuó:

—La interpretación clásica que pocos ponen en duda desde hace siglos; yo no la pongo, habla de un hombre mayor al que representa como un sabio, y nos lo muestra portando un candil que ilumina su camino.

Miró a todos de nuevo. Silencio.

—Sustituiremos candil por experiencia —agregó.

Más silencio.

Miró a todos intentando crear expectación, y tras una breve pausa, puso el dedo sobre la carta.

—Como podéis observar... —apuntó—, también porta un bastón.

Todos parecían mudos, pero nadie apartaba la vista de la carta. Se sintió como un maestro de ceremonias.

—¿Todo bien hasta aquí? —les preguntó.

El único signo de vida era su voz. Nunca imaginó que un simple Arcano, pudiera despertar tanto interés.

Golpeó la carta con el dedo, y les miró inquisitivo.

—¿Por qué otro atributo podemos sustituir «bastón»? ¿Alguna sugerencia? —preguntó a modo de consulta.

Como nadie abrió la boca, persistió:

—El bastón representa el poder... Como anécdota os diré, que la serpiente, símbolo de «sabiduría», es asimismo interpretada en algunas culturas, como sinónimo de bastón. Entendido esto, no es extraño que utilicen ambas palabras con el mismo fin, ¿verdad?

Más silencio.

—¿Alguna pregunta? —Les animó—. ...¿Qué os dice todo esto? Estoy abierto a cualquier sugerencia —añadió, mirando al druida.

Como nadie abrió la boca, se embutió de nuevo en la carta y continuó:

—El bastón que lleva El Ermitaño tiene siete nudos; para quién no lo sepa, los mismos que el de Moisés... y el hecho de no mostrar apenas sus pies, significa, según lo que yo sé, que se mueve en un plano distinto; podríamos

decir, que no terrenal. La luz amarilla del candil sugiere guía externa... un conocimiento que le viene desde fuera. Ya veis —suspiró—, reconozco que no deja de ser lo que cualquier experto diría.

Puso las manos palma arriba y encogió los hombros.

—Como podéis deducir visto a lo clásico—confesó—, nada nuevo. Ahora miraremos otra forma de pelarlo.

Melissende arrugó el entrecejo.

—Algo se me escapa —dijo, agitando la cabeza.

—Tú dirás —la animó Rodrigo.

—¡Pues bienvenida! —ironizó Tobías—. Ya no soy el único que no se entera de nada... ¿Alguien más quiere su asiento en el grupo de los estancados?

Melissende ignoró el sarcasmo del joven y aclaró:

—Es que no lo he entendido —confesó—. Ni esta vez, ni la anterior. Cuando nos lo explicó Anué, no lo cogí, y ahora, voy por el mismo camino.

Rodrigo no dejaba de desmenuzar la carta.

—Si lo pensásemos al estilo cabalístico —alzó el dedo como si se hubiese dejado algo en el tintero—, esta carta se asociaría directamente a la letra hebrea «Teth».

El silencio llenó de nuevo el habitáculo. De no ser por el crepitar del fuego, hubiesen oído el ruido sordo de un hilo enhebrando una aguja.

—Esta letra —continuó a falta de replicas— simboliza el Bien Escondido; el fruto de una unión: la concepción. Y está amarrada a un número...

—Sí, al nueve. Ya lo sabemos —le cortó Melissende.

Rodrigo levantó el dedo y la apuntó.

—¡Exacto! —aprobó—. El tiempo que dura la preñez. Se podría decir que comunica el poder de una madre, de llevar el Bien Oculto en su interior, por ese periodo.

Miró a Victoria, después a Anué, y les mostró la carta a modo de conclusión.

—¿Y pensáis que según Dragan, esta carta debe tener alguna interpretación más? —Miró a Victoria—. Te veo a ti, veo a tu hijo, y creo entender a tu padre...

Otra vez el incómodo silencio.

Les miró, sorprendido y preguntó:

—¿Pasa algo que yo no sepa...? Porque tanto silencio, comienza a preocuparme. ¿Quizá he dicho algo que...

Victoria interrumpió su queja.

—En efecto. Mi hijo se llama Teth. Y lo más gracioso de todo, es que fue mi padre, antes de morir, quién pidió que le pusiera ese nombre. Esta carta está tan relacionada con mi hijo, como conmigo, y de alguna manera que aún se me escapa, mi padre nos ata a los dos al poema.

—¿Y qué más? —preguntó Rodrigo.

—¿No te parece suficiente? No sé...

—Según tu padre, sólo tú puedes llegar a...

Ella le interrumpió.

—A parte de esto, ya no se me ocurre nada —dijo—. Solo sé, y de eso estoy segura, que tanto mi futuro como el de mis hijos, dependen de esa carta y de ese poema... es algo que tengo asumido. Más allá, todo es humo. Una locura detrás de otra.

—Bieeen —prosiguió Rodrigo—. Tenga el significado que tenga, una cosa sí que queda clara: esta carta invita a la reflexión como la mierda a las moscas.

Melissende dejó escapar una risotada.

—¡Como todas las demás! —exclamó.

Rodrigo pasó por alto el comentario y miró a Victoria.

—Deberíamos tener paciencia —propuso— y actuar con tranquilidad, despacito... ¡Festina lente! Yo imagino que tu padre sabía lo que hacía cuando dejó esta tarta en tus manos, ¿no crees?

—No tengo ni idea de lo que pensó mi padre; tampoco sé por qué lo hizo. Todo transcurrió tan deprisa...

—Haremos lo siguiente —propuso Rodrigo—: iremos por partes. Dividiremos el pastel hasta que cada pedazo conforme un fin en sí mismo... Algo útil saldrá de todo esto. No puede ser tan difícil.

—No parece mala idea —reconoció Anué.

Rodrigo agradeció las palabras del druida.

—Esta es mi manera de trabajar. Hasta ahora, siempre me ha ido bien.

Melissende miró sus manos y manifestó abiertamente sus dudas. Se diría que buscaba excavar profundo en él; todo lo hondo que fuese necesario para llegar a su punto más frágil y poder despojarle de la cacareada sapiencia en la que se apoyaba y de la que tanto se vanagloriaba. Él se presentaba como todo un mago, pero eso es fácil decirlo; en especial, cuando no había demostrado nada que fuera más allá de su manido numerito floral.

Todo era de boquilla, pensó; tenía que ser un bocazas más, de esos que

van de pueblo en pueblo timando a los incautos. Además estaba del todo convencida de que ese silencio tan sospechoso del que hacía gala Anué, también era una estrategia para desenmascararle. Este, aunque no alardeara de ello, dominaba el arte del Tarot.

—¿Siempre? —Su tono sonó retador.

Rodrigo le puso las manos delante de la cara y espetó:

—Esta es la prueba y la confirmación de que no estoy del todo equivocado, ¿no te parece?

Ella decidió no contradecirle y permaneció callada.

Ante aquel angustioso silencio, y bajo el dicho de que quién calla otorga, el mago Rodrigo recobró la autoría de la conversación.

Carraspeó para captar la atención y continuó:

—Intentaremos en primer lugar encontrar el lazo que vincula al poema con la carta, y después incluiremos en el resultado a la «Teth». Es un triangulo muy sugerente... Será divertido.

—Puede ser un buen comienzo —reconoció ella.

—¡Lo es! —aseguró él mirando el pergamino.

—Algo guardas en las tripas... —susurró, acariciándolo con mimo—; algo hay dentro de ti, que va mucho más allá de tu simple apariencia.

Tobías interrumpió su conversación con el legajo.

—¿Y esas piedras? —preguntó, apuntando al montón de runas.

La respuesta de Rodrigo fue escueta.

—Son una herramienta más de adivinación.

—¿Y cómo lo hacen?

—¿Te gustaría saberlo?

—Claro —respondió—. ¿En serio adivinan el futuro?

Rodrigo afirmó con la cabeza.

—Entre otras cosas... —le aclaró—. También pueden hablar del pasado.

—A ver si es verdad. Inténtalo conmigo.

Rodrigo intentó disuadirle.

—No creo que sea una buena idea, muchacho.

—¿Por qué no? Me gustaría comprobarlo...

—¿Estás convencido? Te digo esto porque no todo el mundo está siempre dispuesto a aceptar las predicciones; sobre todo cuando estas no se ajustan a sus expectativas...

No es recomendable jugar con estas cosas, chaval.

Tobías asintió con la cabeza y le animó a comenzar:

—Parece interesante. Me arriesgaré.

Rodrigo le tomó la palabra y pidió silencio. A continuación le miró a los ojos, y con un leve movimiento de párpados, le invitó a bajar los suyos.

Tobías cerró los ojos y permaneció expectante.

Rodrigo introdujo las piedras en una saca de cuero y la agitó con energía.

—Te sugiero relajarte durante unos minutos —le dijo. A continuación sacó tres piedras, de una en una.

—Estoy en ello —respondió, divertido.

Rodrigo colocó las piedras por orden de salida.

—Concéntrate en algo que te guste —le aconsejó.

Miró la tirada y frunció el ceño.

—Siento decirte esto. No es mi intención preocuparte, pero te vienen problemas, hijo.

Tobías se llevó la mano al pecho.

—¿A mí? —replicó, escandalizado—. ...Si yo no pinto nada en esta historia. ¿Qué problemas podría tener yo?

Victoria quiso hablar, pero Rodrigo le tapó la boca.

—¡He dicho que quiero silencio!... —Recorrió a todos con la mirada y añadió—: Si alguien desea opinar, tendrá que esperar al final. ¿Entendido? ¡Va por todos!

Ante la muda respuesta, miró a Tobías y suplicó:

—Debes relajarte —le aconsejó una vez más—. Estas piedras no hablan de nada del otro mundo. Solo hablan del aquí y del ahora. Nos advierten, eso es todo.

¿Y...?

—Mira... —apartó una de ellas, la primera en orden de aparición, y se la mostró.

—Esta tiene por nombre «Hagalaz» —le explicó—. Y significa que vienen obstáculos; tormentas resultantes de un pasado cercano en el tiempo.

—¿Y esa otra? —preguntó, curioso—. Espero que algo más halagüeña sí que sea...

Rodrigo negó con la cabeza y suspiró como respuesta.

Tobías se sobresaltó.

—¿Tampoco? —exclamó, frunciendo el ceño.

—Por desgracia, no lo es si aparece invertida y junto a la piedra anterior —se lamentó—. «Teiwaz» simboliza al dios de la guerra.

—Bueno, yo no pienso hacerme soldado... ¿Qué más?

—Invertida —repitió Rodrigo—, como en el caso que te concierne, llama al conflicto y al fracaso. Por decírtelo de otra manera, representa la dificultad y la injusticia.

—¿Y qué conclusión sacas de esto?

—Que la desgracia forma parte de tu presente.

Tobías cerró los ojos y apretó los dientes. Las palabras de Rodrigo infundieron en él desalentadores pensamientos. Desazonado, reaccionó con un aspaviento.

—Creo que ya no quiero conocer el significado de la piedra que queda... —confesó—. En realidad, habría sido mejor no conocer el de las otras —añadió con desdén—. ¡Esto es una mierda!

Rodrigo le contradijo:

—¿Estás seguro? Yo pienso lo contrario. Si no conoces lo que te espera, no podrás ponerle remedio. Aunque con las piedras que te han salido, no sé, no sé...

—¿Has dicho remedio? ¿Es que se puede remediar...? ¿Si sigo, puedo darle la vuelta?

—Tal vez. Pero es una decisión que debes tomar solo; Esta piedra que queda, debo decírtelo, no es menos mala que las anteriores... Quizá tengas razón al querer ignorar su predicción.

—¿Quieres decir que no viviré para contarlo? —dijo con sorna.

Pasando por alto su ironía, Rodrigo recogió las piedras y se dispuso a devolverlas a la saca.

Tobías le sujetó el brazo y se lo impidió.

—Discúlpame —se excusó—. Estoy nervioso y no sé lo que digo. Todo esto es nuevo para mí. Lo comprendes, ¿verdad?

Rodrigo intentó que se calmara.

—No te lo tendré en cuenta —le propuso— si decides dar esto por terminado. —Intentó ser franco—: Te avisé de que no a todo el mundo...

Tobías no le dejó acabar.

—Continúa, por favor... —suplicó con voz temblorosa—. Ya puesto a perder el sueño, que sea conociendo al detalle los motivos del insomnio.

—¿Estás seguro de lo que pides? No te lo aconsejo.

—Estoy preparado.

Rodrigo buscó la tercera piedra y se la mostró.

—Y por último —dijo, sosteniéndole la mirada—, te presento a la runa blanca.

Tobías contuvo la respiración.

—¿La runa blanca? ¿Y qué es lo que significa?

Rodrigo apoyó con ternura la mano sobre su hombro.

—Conocida como la piedra de «Odín» —le explicó—, esta piedra te habla del destino.

—¿Y qué destino me espera? —quiso saber. —Lo dijo, sintiendo un nudo en el estómago, que le cortaba el aire.

Rodrigo tragó aire y resopló. Comenzaba a sudar.

—Un destino bastante incierto —le informó— y del que se desconoce el final... ya que se ignora asimismo su auténtico comienzo.

—Sé más explícito, por favor. Estoy con los nervios...

—Esta Runa puede simbolizar la muerte de algo que hay en ti, anunciándote un cambio. Incluso... —agitó la cabeza— basándonos en las piedras anteriores, podría ser que se refiriera a una muerte física...

—¿Cómo dices?

—Pero deberíamos ser optimistas —agregó—, ya que puede asimismo anunciar un renacimiento o recomienzo de algo. Hay para elegir. El recomienzo no está mal...

Tobías, desconcertado y con el estómago encogido, le miró como si no le viera, e intentó restarle importancia a lo que acaba de decir.

—Mientras no sea en la otra vida... —ironizó.

—Esperemos que lo que augura esta piedra, no sea tu muerte física. Yo prefiero pensar que anuncia un cambio profundo que te hará ver todo de una forma distinta; que sufrirás una seria transformación, sí, pero eso es todo.

Tobías se llevó las manos a la cabeza y habló a todos:

—Una transformación, muerte física... ¡Joder! Vamos, que mi destino es más oscuro que el culo de un mandril, y dice este tío que no me preocupe.

Rodrigo intentó calmarle.

—En fin. De todas formas, esta tirada no te deja nada claro. Solo anuncia una transformación que vendrá como lo hacen todos los cambios.

—¿Y cómo vienen todos los cambios?

—A través de grandes dificultades.

—Qué alivio. No te imaginas como me reconforta.

—Siempre ha sido así. No hay nada nuevo bajo el sol. Yo solo...

Tobías no le dejó acabar.

—¿Y a qué Transformación te referías? —protestó.

—Pues a una transformación...

—Yo no necesito ninguna transformación. Estoy muy bien como estoy.

—Pues parece que sufrirás un cambio... La vida nunca pide permiso.

—¡Qué no sea en polvo —ironizó de nuevo—. Tú y tu interés por la alquimia...

Rodrigo intentó aplacarle los nervios.

—No seas pesimista, hombre.

—Pues no me lo pongas tan fácil...

Rodrigo le dio una palmadita en el hombro.

—Ante cualquier acontecimiento hay que estar muy alerta. Sin embargo no debes obsesionarte. —convino—. Vas a ver cómo pasado un tiempcito todos nos reímos al recordar este momento.

Tobías miró al resto y se concentró en sus semblantes. Esperaba un gesto, por leve que fuese, de apoyo moral..., un sencillo ademán; algo que le comunicara que lo que estaba oyendo no tenía el menor sentido, que el destino no estaba escrito en ninguna parte, y mucho menos en un chinarro de río. Pero todos permanecieron callados y sin hacer una mala mueca que le permitiera descargar la tensión que le oprimía el pecho. Aún con todo, y como si de una huída hacia adelante se tratara, logró recuperarse mágicamente de aquel golpe rúnico, y argumentó:

—Haré cómo si no te hubiera oído, viejo... Lo siento, pero jamás he entendido ni creído en estas pamplinas... Y ahora, como podrás imaginarte y por la cuenta que me tiene, todavía menos. No voy a negarte que sentía cierta curiosidad, eso sí, pero una vez satisfecha, todo continúa, la vida es bella y mañana será otro día.

Miró a todos, buscando aprobación a sus palabras; uno a uno les retó con la mirada. Le habría bastado un mísero guiño de aliento por parte de cualquiera. Pero no le vino por parte de nadie; permanecieron tan quietos y mudos como estatuas.

Se levantó inquieto y se dirigió al ventanuco.

—¡Lo dicho, viejo! —Ratificó sin volverse—. Ya no se hable más del tema. Estoy hasta...

Rodrigo se encogió de hombros.

—Cómo deseas —respondió.

Tobías se volvió y le miró inquisitivo.

—¡Exacto! —exclamó—. Lo deseo. ¿Pasa algo?

Rodrigo negó con la cabeza.

—Es posible que renegar de los maleficios —le dijo—, sea una trinchera

protectora contra ellos. ¿Quién sabe? A lo mejor funciona. Pero si necesitas ayuda...

Tobías le miró atónito. No podía creer que insistiera.

—Entiéndelo Rodrigo, no quiero hablar más de esto... Es mi última palabra. Además, me parece una injusticia.

—¿Y quién ha dicho que la vida sea justa?

—¡Fin del debate! —replicó Tobías—. ¡Se acabó! Doy por terminada esta conversación.

Rodrigo aprobó su deseo en silencio, y el resto pareció contagiarse. Nadie opinó. Durante unos segundos, solo se oyó el crepitar de las llamas. Tobías, comprensiblemente abstraído debido a las circunstancias, no apartaba los ojos de Rodrigo; este, sin prisa, recogía las piedras y las metía en su saca.

Melissende y Victoria, cogidas de la mano, permanecían en silencio. Su preocupación saltaba a la vista, pero el miedo les impedía mover los labios.

Las manos de Anué se posaron sobre las de Rodrigo.

—He observado tu trabajo con atención —le dijo.

Rodrigo siguió inmóvil. Ni siquiera intentó retirar sus manos.

—Reconozco —continuó— que interpretas de forma correcta el mensaje de las piedras.

—¿Ah, sí? —Pensé que no tergiversar el...

—¿Se volvería contra ti...? —se adelantó el druida.

—Reconozco que se me pasó por la cabeza.

—Hiciste lo que debías... Estoy sorprendido, la verdad es que he conocido a tanto farsante por ahí, que...

—Lo sé y te entiendo —respiró Rodrigo—. Yo mismo he tenido que fingir serlo en más de una ocasión.

—¿En serio?

—La mentira es mucho menos peligrosa que la verdad —le aclaró—. Tan convencido estoy, que no sé cómo ha podido sobrevivir la fría realidad. No me lo explico.

Anué aprobó con la cabeza.

—Te entiendo —dijo, mirando sus manos—. A veces, una reconfortante mentira es mucho más soportable que una incómoda verdad.

Tobías no perdía detalle de la conversación. Aquella delicada situación, pues a todas luces lo era, fue minando su estado de ánimo hasta que no pudo contener la cólera.

—Cada vez que abris la boca, lo arregláis—espetó.

Ambos le miraron, sorprendidos por su tono.

—¿A qué te refieres? —le preguntó Rodrigo.

—¿Tengo que echarme a temblar? —fue su respuesta; lo dijo, liberando toda la rabia que llevaba dentro—. ...Y decidme —añadió dando un golpe en la mesa—. ¿Tengo que preocuparme? ¡La verdad, eh...!

Victoria intentó serenarle.

—Debes tranquilizarte —dijo—. Todo tiene arreglo...

—Me lo has quitado de la boca —ironizó de nuevo.

Ella le estrechó la mano como si intentara protegerle. Después de todo, se sentía en parte responsable de lo que pudiera ocurrirle. Antes de conocerla llevaba una vida, si no feliz sí soportable. Hasta el fatídico día que el destino eligió para presentarles, vivió tranquilo y sin altibajos.

En silencio, paseó su mano con suavidad por su pelo, hasta que la emoción que le oprimía, ya incontenible, se desató. Sin ser consciente, rompió a llorar como un niño.

Melissende se abstuvo de intervenir durante la sesión, pero ya no pudo contenerse más y dio una palmada sobre la mesa, reclamando atención.

—¿Alguien conoce alguna fórmula que deshaga esta mierda de clima que se ha creado? —dijo, escandalizada.

Anué fue a decir algo, pero ella se le adelantó:

—Espero que sí, o acabaremos mal. No es que no crea en la adivinación, vaya por delante, pero si cada veneno tiene su antídoto, debe haber algo que contrarreste esto.

Anué la miró con empatía. Sabía el enorme afecto que sentía por Tobías; le quería como a un hijo y sufría tanto como él.

Apoyó la mano en el hombro de ella, miró a Tobías, e intentó animar a ambos de una tacada.

—Los druidas aprendemos que todas las cosas forman parte de una única naturaleza —explicó—. Lo bueno y lo malo, son pura y llanamente dos manifestaciones regidas por una misma ley.

—¿Y eso qué quiere decir? —le preguntó Tobías. No sabía a lo que se refería, pero intuía que no era malo.

—Anué le dio una palmadita, intentando animarle.

—Que lo natural y lo sobrenatural, no tienen sentido por separado. Son lo mismo.

Tobías se desconcertó aún más.

—¿Y eso qué significa...? —preguntó, ya más animado—. Las palabras

del druida actuaron en su angustiado estado anímico como medicina milagrosa, y mágicamente, le devolvieron la esperanza. No captaba con demasiada claridad el mensaje que intentaba transmitirle Anué, pero no importaba porque tenía la sensación de percibir su esencia, y eso le hacía sentir bien.

—No entiendo a qué te refieres —le dijo, visiblemente alterado—, pero quiero que sepas que confío en ti con todas mis fuerzas. No me queda otra...

Anué no dijo nada, se limitó a darle unas palmaditas en el hombro.

Tobías miró a Rodrigo y a Melissende.

Y confío también en vosotros —les dijo.

Rodrigo le correspondió con una sonrisa.

—Todo irá bien —le aseguró—. Miró a la anciana y le hizo un guiño, buscando su complicidad—. ¿Verdad que sí? ¿Tú qué piensas?

Ella asintió y miró a Anué, buscando quizá lo mismo.

—Tengo plena confianza en vosotros —dijo.

El druida no respondió al cumplido. Se puso en pie y se acercó al camastro, tomó a Teth con cuidado para no despertarle y lo puso en brazos de Victoria. Luego invitó a Tobías a tumbarse.

Nervioso, se tumbó y esperó expectante.

—Ahora no abras los ojos —pidió Anué bajándole los parpados— y haz cuanto yo te diga. ¡Lo intentarás?

Tobías apretó los parpados y asintió con la cabeza.

Anué le presionó las sienes con los dedos.

—Deberás hacer cuanto te diga —le ordenó—, aunque lo que escuches escape a tu comprensión.

Un leve movimiento de cabeza sirvió como respuesta.

—Ahora relájate cuanto puedas y déjate envolver por cualquier pensamiento que te agrada. Concentra en él tu mente hasta tener la sensación de que todo es maravilloso y positivo y permanece en ese estado hasta que yo te indique. Es una orden.

Tobías asintió con un casi imperceptible parpadeo.

Anué palpó con ambas manos entre los pliegues de su túnica y extrajo un diminuto péndulo. Sin perder tiempo lo hizo hondear sobre su frente. Minutos después le dio una palmadita en la cara, comprobó que se encontraba al nivel de amodorramiento deseado, y le susurró:

—Estoy implantando una canción en tu mente.

Tobías permaneció inerte.

—Cuando puedas escucharla, levanta un dedo.

Tobías hizo un ligero movimiento con el pulgar.

—Eso que escuchas —le explicó Anué— es la canción de la vida, Tobías, pero también lo es de la muerte.

Tobías sufrió una convulsión y se puso rígido.

—Debes tranquilizarte y confiar en que todo va bien. —Se lo dijo con un hilillo de voz—. ¿Lo harás?

La respuesta fue otro leve movimiento de pulgar.

Anué le puso la mano sobre la frente y comprobó su estado. Totalmente rígido, no hizo el más mínimo gesto.

—Como puedes comprobar... —continuó el druida—, ambas melodías tienen el mismo ritmo y oscilan bajo la misma sintonía. No son iguales pero son lo mismo. Están escritas bajo el mismo patrón y obedecen la misma ley.

Tobías asintió de la forma acostumbrada.

—¿Notas algún olor? ¿A qué hueles? Responde.

Tobías inhaló hasta llenar sus pulmones.

—Describe ese aroma —insistió—. ¿A qué huele?

Tobías inhaló una vez más.

—Al principio —describió— es intenso y agradable.

—¿O sea que te parece agradable?

—¡Mucho! —enfaticó, inhalando con ansia... como si quisiera aspirarlo todo.

—¿Y no tienes ninguna sensación más...?

—Después comienza a perder fuerza —respondió.

—¿Notas cómo pierde intensidad?

Tobías hizo un leve movimiento de parpados.

—Cada vez tengo que aspirar más fuerte para sentirlo.

—¿Y te cuesta mucho?

—Mucho. Cada vez más; hasta quedar sin aliento. Me falta el aire; noto que me cuesta respirar... ¿Qué es?

—Es la vida.

—¿La vida?

—Tu vida... Ahora concéntrate en el aroma del inicio y déjate envolver por su melodía.

XXXVIII

HUÍDA HACIA EL MUNDO

Lucía se dirigió al despacho de Sor Carmela. Ya frente a la puerta, carraspeó anunciando su presencia.

—Adelante Lucía —dijo la superiora—. ¿Qué te trae por aquí esta vez?

—Buenos días, madre. —Carraspeó, nerviosa.

—Tú dirás, Lucy... —la llamaba así desde que era una niña—. ¿Qué es lo que te preocupa esta vez?

—El motivo de la consulta es acerca de mi decisión; la de renunciar a mis votos y abandonar este lugar, ya sabe.

Sor Carmela la miró con ternura y sonrió; no era la primera vez que una novicia le comunicaba su decisión de renunciar a los votos, ni sería sin duda la última.

Se acercó a ella y la estrechó entre sus brazos. A lo largo de su corta vida, desde el día en que la encontró en un canasto a las puertas del convento, se había ocupado personalmente de su educación. El amor que sentía hacia ella, rayaba lo maternal, quizá fue esa la causa de que los ojos se le humedecieran mientras la estrechaba contra su pecho.

—¿Estás segura, Lucía? ¿Eres plenamente consciente?

Lucía la miró abstraída y acurrucó la cabeza contra su pecho.

—¿No vas a contestar a mi pregunta?

Lucía respondió sin apartar la cabeza de su pecho.

—No, madre... En realidad no estoy segura de nada.

La superiora la miró con empatía; como si comprendiera plenamente aquella decisión; como si algún día ya perdido entre los años, esa determinación y esas mismas palabras hubieran ardido en su mente y quemado en sus labios... aunque lo hicieran en silencio y definitivamente

hacia dentro para quedar sepultadas dentro de ella.

—Conozco bien esa llamada —dijo, nostálgica.

—¿Llamada? —se sorprendió la joven.

—Sí, hija. La que te está alterando todos los sentidos, hasta el extremo de incitarte a experimentar la vida, más allá de estos muros.

—Lo entiende, verdad...

—Después de todo, para eso nacemos... Sabe Dios que no deseo para nada dejarte volar, pero no tengo derecho a cortarte las alas. Cada cual es libre de elegir el cielo que quiere explorar.

Lucía permaneció en silencio. Nunca escuchó hablar así a Sor Carmela. Ante su silencio, esta continuó:

—Yo misma la sentí cuándo no era más que una moza como tú. Sin embargo me faltó el valor para decidirme a cambiar de vida; me faltó esa fuerza impetuosa que a ti te sobra, Lucy... Creo que mi decisión de permanecer entre estos muros estaba decidida de antemano; ¿cómo si no, te iba yo a conocer?

Lucía la abrazó con todas sus fuerzas. Las palabras de Sor Carmela eran como un bálsamo para ella.

—Gracias, madre... —Lo dijo con los ojos encharcados en lágrimas—. No puede imaginar cuanto agradezco su comprensión. Este convento ha sido hasta hoy mismo mi hogar, sin embargo he llegado a la conclusión de que la vida no puede ni debería reducirse a permanecer entre estos muros que nos apartan del mundo, por muy atroz que este sea.

—Lo es, Lucy... ¡Ten por seguro que lo es!

—Lo sé bien, madre; lo he leído. Pero aún a riesgo de parecer testaruda y del profundo miedo que siento, deseo comprobarlo por mí misma. Lo que siento es más grande y fuerte que yo... —La miró pidiéndole comprensión con un gesto de niña mimada e hizo una mueca de preocupación; como cuando era pequeña.

—¿Es tan atroz como dicen los libros, madre?

—Lo es, hija, lo es y mucho... —apostilló Sor Carmela acariciándole las mejillas—. Pero por muy atroz que nos parezca algunas veces, también es algo maravilloso. Eres una buena chica y estás preparada, Lucía. Espero de todo corazón que seas feliz ahí afuera... Oraré por ti todos los días de mi vida.

—Lo sé, Sor Carmela. Yo tampoco la olvidaré... —Lo dijo agachando la cabeza como si se sintiera culpable por irse y dejar allí su pasado y a quien más la quería. Por un lado comenzaba a sentir ya en cada uno de sus poros el

júbilo por su independencia, pero también una sensación de hormigueo en el estómago, provocado por ese ansiado desafío a lo desconocido, que la dominaba de pies a nuca.

Asumía asimismo que esa libertad tenía un precio: la despedida de una gran mujer; una mujer que se convirtió en su madre durante su infancia, y en inmejorable amiga y maestra en su adolescencia. La despedida iba a ser muy dura, lo sabía bien. Aunque Sor Carmela no era la única a la que tendría que decir adiós.

Sor Carmela pareció leer su mente. Le alzó el mentón hasta poder mirarla a los ojos y susurró:

—¿Te has despedido de la hermana María?

Lucía negó con la cabeza y bajó los ojos.

Sor Carmela meneó la cabeza y suspiró.

—¿Y cuando lo piensas hacer, Lucía? Creo que le dará un patatús cuando se entere.

—Eso pienso yo también —confesó—. No sé cómo se lo tomará. He evitado hablar con ella de esto porque no quiero verla sufrir. Ha sido como una hermana mayor...

—Pensaré que la estás traicionando... Deberías hablar con ella, Lucy.

—Lo sé, madre... Pero es que no se me ocurre cómo empezar.

—En el fondo, siempre supe que si aguantó seguir en este convento, era debido a que estabas tú... No creo que tarde mucho en seguir tus pasos. Ella conoce el mundo, y aunque sabe de sus consecuencias y de los inconvenientes que aguardan tras esos muros, no permanecerá aquí... no sin ti.

Lucía esbozó una sonrisa.

—¿Sabe, Madre, que ha estado aprendiendo a leer?

—Yo lo sé casi todo, hija. Sé que has sido su maestra.

—Juntas, hemos vivido aventuras escritas en libros de caballería, y nos hemos dejado seducir por las Escrituras del libro gordo —dijo, orgullosa.

Sor Carmela acarició su mejilla y sonrió.

—Siempre has llamado así a la Biblia... A algunas nos hizo tanta gracia, que continuamos llamándolo así.

—Echaré de menos la lectura, Madre.

—No se trata de leer muchos libros —dijo, indulgente—, se trata de leer los adecuados.

—Lo sé, madre. Y aunque algunos hayan sido mucho más beneficiosos

que otros, todos han sido de provecho... A nosotras nos han hecho viajar a lugares de ensueño, y hemos aprendido del mundo a través de sus páginas. No dude que echaré de menos esa biblioteca.

Sor Carmela la miraba complaciente. Le agradaba que hablase en plural cuando se refería a la hermana María, y la llenaba de orgullo, pues no solo indicaba que la había adiestrado bien, sino que había sabido inculcar en ella el valor de amistad; las había vigilado cada día y conocía los fuertes lazos que las ataban; lazos que el tiempo se había encargado de solidificar haciéndolos resistentes y sólidos; tanto como los sanguíneos.

—Todas las personas —le dijo— tienen en sí mismas una señal; una marca singular que representa y define su comportamiento a lo largo de la vida... No es nada casual que María y tú seáis tan afines.

Lucía hizo un gesto de sorpresa.

—No entiendo, Madre.

Sor Carmela le acarició la mejilla.

—Ambas lleváis la misma marca grabada a fuego en cada rincón de vuestro cuerpo. Las dos exhumáis libertad por cada poro. Me duele decir esto, pero sé perfectamente que un convento no es el lugar más apropiado para dos muchachas tan curiosas y llenas de vida como vosotras.

A Lucía se le iluminó el semblante en cuanto escuchó la palabra libertad... En los labios de la Madre Carmela, sonaba a puro cielo.

Se deleitaba con ese pensamiento, cuando escuchó de nuevo su voz.

—No obstante, y aunque te parezca una contradicción, la palabra libertad es muchísimo más que un simple vocablo... Significa asimismo: esclavitud.

Lucía la miró con la boca abierta.

—¿Esclavitud? —acertó a decir—. No entiendo

—¿Qué no entiendes, Lucy?

—Según los libros... libertad y esclavitud son conceptos antagónicos.

Sor Carmela suspiró.

—Hay muchas formas de esclavitud —aclaró—; la de permanecer encerrada entre estos muros, es una de ellas, aunque paradójicamente sea también un acto de libertad, pues en la mayor parte de los casos; al menos en lo que a mí se refiere, es debido a la libre elección.

Lucía quiso replicar, pero Sor Carmela le tapó la boca y continuó:

—Lo que quiero que entiendas, hija, es que cualquier hábito, por inofensivo que parezca, puede convertirte en su esclavo si te dejas dominar... Incluso el vulgar acto de alimentarnos podría esclavizarnos si no

controlásemos la gula.

—Lo sé —dijo Lucía—. Lo aprendí en las Escrituras.

—No lo olvides y te irá bien.

—Sin embargo, Madre, yo creo que la libertad no es sinónimo de esclavitud. La libertad no admite dudas... O es, o no es.

Sor Carmela la escuchaba llena de orgullo. Sembró en ella la semilla de la duda; lo hizo cargándose de paciencia día tras día, y el resultado saltaba a la vista; la inteligencia se expresaba con voz propia a través de sus palabras...

Echaría de menos a aquella muchachita plena de vida; tanta, que se la había devuelto a ella, y convertido en su razón de vivir... Durante diecisiete años que paradójicamente transcurrieron como un suspiro, Lucía había sido para ella como un regalo del mismo Dios.

La abrazó una vez más mientras sus ojos se humedecían.

Lucía intentó consolarla.

—Vamos, Madre Carmela. Si llora, no podré marchar tranquila... Cálmese, se lo ruego. Prometo que estaremos en contacto. Vendré a visitarla cada vez que pueda.

Sor Carmela se retiró las lágrimas con el dorso de la mano y la abrazó de nuevo.

—La vida aquí, nunca será lo mismo sin ti, Lucía. Sé que hasta los libros y la biblioteca llorarán tu marcha. Yo lloraré con ellos —dijo, aspirando un par de veces, y sin poder contener las lágrimas—. Nunca seré la misma.

Lucía carraspeó.

—Hay una cosa más, Madre. Es importante.

—Tú dirás, hija.

—Quisiera hacerme cargo de la pequeña Mel... Desde que apareció, como bien sabe hemos sido inseparables...

—¿Estás segura, Lucía? Es una responsabilidad grande y requiere mucho sacrificio.

—Lo estoy, Madre. Siento en el fondo de mí ser, que nuestras vidas corren paralelas desde aquél día. Estamos atadas por algo que no sé cómo explicar, pero que siento con cada latido de mi corazón.

—¿Tan convencida estás?

—Sí, Madre... Algo me susurra que nos pertenecemos la una a la otra. Es como una voz interior que me habla...

Una sonrisa se dibujó en los labios de Sor Carmela. La muchacha había descrito a la perfección, todo lo que ella sintió cuando recogió a la que días

después llamó Lucía, adoptándola mentalmente; la misma muchachita que en ese preciso instante suplicaba que la dejara hacerse cargo de otra niña aparecida en ese mismo lugar y en idénticas circunstancias. ¿Cómo podía negarle el divino privilegio de seguir atada a alguien a quién amaba tanto como a sí misma? ¿Cómo podía pedirle a Lucía; aquella moza por la que ella sentía lo mismo, que renunciara a aquél sentimiento que le desbordaba el alma, si ella misma no supo ni quiso renunciar a él. El día que la conoció; ese día en el que por primera vez la tuvo en brazos, se imprimió en su memoria como si de un parto suyo se tratase. Era una sensación inexplicable y por la que vivió desde entonces. Sabía a la perfección lo que sentía Lucía, no obstante sí consideró una obligación ponerla sobre aviso.

—¿Y se puede saber cómo vas a cuidarla? —exclamó, sintiendo dolor con cada palabra—. ...¿Sabes acaso cómo cuidarás de ti misma?

—Buscaré una ocupación, Madre.

—¿Una ocupación? La única ocupación que te saldrá, es la de esposa y madre. Y cuando los hombres vean a esa criatura, huirán de ti como de la peste.

—¡Sobreviviré! —repuso, convencida—. No pretendo ser la esposa de nadie.

—¿Así de fácil te parece? ...¿Crees que es decirlo y ya está?

Asintió de nuevo.

—He leído historia, y soy optimista.

—¿Historia?

...—Y también historias...

Sor Carmela dejó escapar una risita de admiración.

—¿Me tratas como a una niña, verdad?

Sor Carmela le puso la mano sobre el hombro y dijo:

—Historias, hija. Historias y más historias...

—¿A qué se refiere, Madre? No entiendo...

Sor Carmela suspiró y meneó la cabeza.

—Cada una de nosotras tenemos nuestra historia, hija mía... Y no te ofendas si te digo, que cada una de esas historias fue forjada y erigida sobre otra historia que a su vez lo hizo de otra. Incluso la historia que aprendiste en los libros, no es sino una inmensa pila de historias que fueron cuidadosamente entretejidas hasta convertirse en lo que son.

—¿Y qué dices que son, entonces?

—¡Eso! Historias para entretener.

—Madre, Sé que no será nada fácil conseguirlo, pero me gustaría dedicarme a la enseñanza.

—La enseñanza es una labor reservada a los hombres.

—Pero madre, usted me enseñó a mí —replicó—. Y si yo enseñé a María, quiere decir que es posible.

—No es lo mismo, Lucía. Esto es otro mundo...

Lucía se encogió de hombros.

—Pues yo he leído que hay muchos nobles dispuestos a pagar bien por aprender a escribir y leer.

Sor Carmela suspiró de nuevo.

—La mayoría de los trabajos están monopolizados por los hombres; especialmente ese. Debes prestar atención a lo que haces, hija. Sé que parece una incongruencia, pero el mundo no mira con buenos ojos a la mujer cultivada.

—También lo he leído, pero...

Sor Carmela no la dejó continuar.

—Y mucho menos, a una madre soltera —le dijo—. Creo que los problemas no te faltarán.

—Tengo la ayuda de Dios, madre. Sé por las Escrituras que no nos abandonará. Y en cuanto a Mel, diré que es mi hermana. Nada fue nunca fácil...

Sor Carmela alabó su optimismo y la estrechó entre sus brazos con todas sus fuerzas.

—Prométeme que te cuidarás, hija.

—Lo prometo, Madre... Y también que cuidaré de la pequeña Mel como si fuese mi hija.

Sor Carmela no pudo aguantar la risa. No dejaba de tener su gracia que una niña cuidara de otra niña.

Lucía la miró sin entender.

—¿Qué es lo le hace tanta gracia?

—Nada hija, nada. —La besó en la frente y le dio un cachete en la nalga—. Anda, ve a hablar con tu amiga.

—¿Ahora?

—Me sentiría mucho más tranquila si se fuera de aquí contigo. Esa chica tiene más experiencia de la que deja ver... Es fuerte y sabe lo que vais a encontrar ahí fuera.

—Eso es cierto, Madre —reconoció. ¿Pero, puede? Su familia la metió

aquí por...

—Lo sé. Pero ya es una mujer y puede decidir...

—¿Qué quiere decir?

—Esa muchacha es como el viento... difícil de sujetar. Además, sé que se moriría de pena si la dejas sola.

—¿De verdad lo cree, Madre?

—Supongo que te habrá contado sus experiencias...

—Algunas... Pero intuyo que han sido pocas.

—Ella es toda una mujer —dijo Madre Carmela—, tú, apenas una niña. Y la pequeña Mel... prefiero callar.

—Cuidaré bien de ella. Llevo haciéndolo desde que la encontré. ¿Tengo algo de experiencia no? Al menos la de cualquier madre primeriza. Usted misma me contó que a mi edad ya hay muchachas con varias criaturas.

—Muy cierto —aseguró—. Y madres ejemplares...

—Yo me esforzaré lo que haga falta en ser como ellas. Conseguiré hacer de Mel una niña feliz.

Sor Carmela sonrió.

—Anda —dijo—. No te olvides de decírselo a María. Es uno de los requisitos que te pido.

—¿Hay más?

—Solo uno más...

—Lo cumpliré gustosa —dijo.

...—Eso espero, hija. Quiero que me visites cuantas veces puedas y traigas contigo a Mel. ¿Me lo prometes? Y si puede ser a María, pues mejor que mejor.

Lucía la abrazó por respuesta.

XXXIX

LA VARA DE LA DISPLICINA

Carlos de Marena estaba preocupado; la preocupación no era nueva, le venía de tiempo atrás, pero cada día que pasaba sin traerle el fruto deseado la acrecentaba más.

Se acercó a la ventana y observó las calles cubiertas de nieve y desiertas, cerró los ojos y se mordió el labio hasta hacerse daño. Así estaban sus asuntos, pensó, cubiertos, aunque no por nieve sino por una gruesa y opaca capa de mierda.

En pocos segundos, sus luchas, ambiciones, éxitos y fracasos, desfilaron en orden cronológico por su cabeza.

Sonrió sin ganas y llegó a la conclusión; posiblemente para apaciguar su rabia, de que había valido el esfuerzo, si es que podía llamarse esfuerzo al abuso de poder que desde que fue elegido como Obispo electo, había ejercido sin compasión sobre el interminable elenco de ilusos y sumisos mortales que habían nacido, estaba convencido, con una única finalidad, la de labrarle su boyante futuro. ¡Qué fácil era vender el cielo! Demasiado fácil, dadas las necesidades «espirituales» infundidas a través de siglos a la chusma; la de no quemarse en un infierno abrasador, tenía su gracia y hacía estragos en las arcas de la iglesia.

Sonrió complacido. En el cielo había muchas parcelas; más que suficientes para abastecer las necesidades de los que aspirasen a una futura y codiciada existencia alada, y solo necesitaba poner dinero; mucho, para poner una a su nombre. La inversión requería un enorme esfuerzo, sí, pero nada en este mundo valía tanto la pena; siempre les decía a sus feligreses que tenían toda una eternidad para amortizar el gasto.

Su sonrisa fue transformándose en un rictus de recelo a medida que volvía

a la realidad; una realidad sofocante que los resultados se encargaban día a día de empeorar.

Su apellido le había abierto puertas y ventanas, tenía que estarle agradecido a muchos, también, pero con todo lo que la vida y sus influencias le habían dado, algo había que le provocaba insomnio: la ansiedad que le dominaba cuando no llevaba las riendas del proyecto sin parangón que tenía entre manos en aquel momento; proyecto cuya naturaleza dispar estaba dispuesto a mantener en secreto. Nadie, bajo pena de perderlo todo; incluso la vida, debía estar al corriente de ese proyecto. A él no le importaba el dinero, lo que le importaba era el poder; la experiencia le había enseñado que el segundo nunca tuvo necesidad del primero; al menos, no tanto como este del segundo. Pero sobre todo, estaba convencido de que el segundo atraería al primero como la mierda a las moscas.

Sonrió satisfecho. Se sentía un privilegiado por tener información de ese calado; una información, que al iluso de Dragan le llevó parte de su vida descubrir. Todavía no tenía en su poder la información completa, pues para eso aún faltaba dar con su hija, pero una voz interior le decía que solo era cuestión de tiempo. Resuelto esto, tan solo tendría que limar algunas asperezas y desembarazarse de los instrumentos empleados para la resolución del asunto que le llevaría a la cima deseada; uno de ellos, intuía que ya no representaba peligro alguno, sin embargo, los otros eran molestos escollos que a su debido tiempo habrían de ser eliminados, so pena de embarrarle el camino al trono.

Sonrió imaginándose sentado en la silla de San Pedro, no con objeto de ejercer como hombre santo; ni siquiera como justo. Solo ejercer. Una oportunidad como aquella facilitaba poder de decisión sobre el futuro de cualquiera, y nadie había sido en la tierra, según sus conocimientos, y estaba muy bien documentado, capaz de escapar a ese torrente sin igual de fuerza bruta; porque el poder, si es absoluto es fuerza bruta; una fuerza solo equiparable a la del mismo Dios.

Pensó en El Bastón y lo acarició mentalmente. Ni el Dios Altísimo le arrebataría la gloria, se juró a sí mismo.

Sintió un escalofrío al pensarlo. Muy pocos conocían, se dijo, la sensación de poseer poder eterno y sin límites; el regustillo de sentarse en la cima del mundo y equipararse al Dios que había escrito la historia del mundo. Se acabó lo de besarle la mano a otro y se acabó el postrarse ante nadie; cierre definitivo a lo de inclinarse ante los de mayor rango.

Fue a su escritorio y se dejó caer sobre la silla. Estaba posado sobre su nube cuando la puerta se abrió y uno de los criados le anunció una visita.

Se puso en pie para recibirle y le tendió la mano.

Visnú fue hasta él, se arrodilló y besó su mano.

—Dios sea con Vos, Excelencia Reverendísima —dijo, haciendo una reverencia.

Retiró la mano y se dio la vuelta.

—¿Y bien? —le preguntó sin mirarle—. ¿Puedo daros mi enhorabuena por las noticias que portáis a la casa del Señor?

—Su encargo se ha cumplido, monseñor... El escocés ya no es un problema para Vos.

—¿Y de la muchacha, qué sabemos?

Visnú permaneció en silencio. No pensaba compartir con él la confesión de Archibald. Tenía que ser cauto.

Guiado por un sexto sentido, el Obispo se volvió.

—¿No contestáis a mi pregunta?

—La chica no ha aparecido, monseñor. Seguiremos...

—¿Buscando? —se adelantó—. ¿Hasta cuándo?

—La búsqueda del escocés ha resultado muy laboriosa —puso como excusa—. Ahora centraré todo mi esfuerzo en la chica. Podéis estar tranquilo... aparecerá.

—¿Estáis seguro de que el muchacho ha muerto?

—Completamente, monseñor.

El Obispo se toqueteó el anillo y le dio vueltas en su dedo.

—Y decidme —le preguntó—. ¿Hablasteis con él?

—No, monseñor.

—¿Nada de nada? —insistió.

Visnú se puso nervioso. Él lo notó.

—¿Deberíamos haber hablado? —preguntó a su vez.

—Permitid que sea yo quién haga las preguntas... —le recriminó—. Dadas las circunstancias... lo tengo más que merecido.

—Como deseáis, monseñor.

—Repetiré la pregunta —dijo el Obispo—. ¿Habló de algo con vos o con vuestros hombres? ...¿No os comunicó nada?

Visnú se apresuró a responder; demasiado, a juicio del Obispo.

—Ni siquiera le dimos tiempo, monseñor...

Este se acercó y le levantó la barbilla.

—¿No necesitasteis preguntar nada? ¿No indagasteis? ¿Le dietéis muerte y ya está? —preguntó, mirándole a los ojos.

Visnú comenzó a notar sudor frío por la espalda.

—Fue rápido —mintió—. No tuvimos tiempo de...

El Obispo le cortó.

—¿Y tampoco registrasteis sus ropas o pertenencias? ¿No averiguasteis si disponía de dinero? ¿Nada de nada?

Visnú no esperaba la pregunta y se quedó bloqueado. El Obispo mostraba signos claros de desconfianza, y eso no le gustaba en absoluto. La cosa ya empezaba a ir a mal y tan solo era cuestión de tiempo el que tomara medidas contra él.

El Obispo le dio la espalda y caminó hasta su escritorio.

—Eso es todo. Podéis ir... —Le despidió sin mirarle.

Visnú sintió un escalofrío. Ahora ya no tenía dudas... sabía lo que le esperaba. No le había creído.

Sintió el aliento del gran Sun Tzu cerca de su oído, y una de sus manos dándole palmaditas de aliento. No era la primera vez que le ocurría aquello y era consciente de que se trataba de una simple ilusión. Pero era una ilusión distinta; inspiradora y salvadora.

.....La voz grave del genio de la guerra, pareció acariciar sus oídos.

.....*Evita la fortaleza y ataca su debilidad.*

Sabía, pues conocía el modo de actuar del Obispo, que no tenía demasiado tiempo para averiguar sus flaquezas, pero la situación, si bien no le era propicia para relajarse, abría ventanas de su mente, que permanecían herméticas en estado de paz. Y él, bajo presión, se desenvolvía como las alas de un águila ante su presa; como lo que siempre había sido: como un animal de rapiña; como un auténtico hombre de guerra.

Antes de erguirse, escuchó de nuevo su voz. Le sonó a pura amenaza.

—Sé que sabéis poco o nada acerca de nuestra Biblia —le explicó—, pero contiene enseñanzas sobre la lealtad a quien manda y sobre la disciplina. Son muy edificantes y ayudan a la gente a conocer el lugar que les corresponde y cuál es su cometido en este Orden de cosas.

Visnú no dijo nada. Sabía que el Obispo tampoco lo esperaba.

Este se acercó de nuevo hasta él.

—Erguíos —le ordenó.

Visnú se puso en pie y le miró a los ojos, esperando a que continuara.

—El amo que escatima la vara —añadió el Obispo—, odia a sus criados.

Mas el que los ama —alzó el dedo—, los disciplina con diligencia.

Sonrió. Había sustituido hijos por criados, pero había quedado bien; después de todo, el iletrado que tenía ante él, no replicaría a lo que desconocía.

Visnú no captó el engaño ni tampoco importó, porque lo que sí sintió, mucho más importante para él que un vulgar trueque de palabras, fue un espasmo que recorrió todo su cuerpo... una sacudida que le dejó sin aliento.

Intentó que el Obispo no lo notara y agachó la cabeza.

El Obispo le levantó el mentón y le preguntó:

—¿Habéis captado la esencia de esta enseñanza? Si así es, os será de utilidad en el futuro y podrá ayudaros a dar un paso importante; el de corregir posibles errores...

Visnú sintió otro latigazo. Aquel hijo de su madre ni siquiera se molestaba en velar sus amenazas.

Como puerta de escape, simuló no darse por aludido.

—Me parece una magnífica medida, monseñor. Yo la empleo con mi gente y me da excelentes resultados.

El Obispo reconoció que aquél hombre que segundos atrás temblaba ante su presencia, tenía sangre la fría.

—Id con Dios —le dijo a modo de despedida.

Visnú hizo una reverencia y abandono el despacho.

Una vez fuera de la diócesis, respiró hondo y bajó los escalones de tres en tres, como si el diablo le mordiera el culo. Ya abajo, se guareció de la nieve e intentó serenarse y buscar la manera de contrarrestar el plan del Obispo acerca de su futuro; un futuro que, si no lo remediaba, se le antojaba tan oscuro como una tumba.

XL

EL SEÑOR DEL BOSQUE

El sonido de los cascos de un caballo alertó a Arturo.

Se acercó hasta la ventana separó la tela que protegía al local de la nieve y del viento y aguzó la vista.

Irreconocible con la capa de nieve que le cubría de la cabeza a las botas, Visnú apeó del caballo y se sacudió la ropa antes de entrar. Del animal se desentendió. Aunque no era lo acostumbrado; más bien al contrario, ya que los caballos eran una herramienta tan poderosa o más que la espada, y él lo sabía bien, en aquel momento tenía otras prioridades a las que atender.

—Cuando traspasó el umbral, Arturo se desconcertó, pues no actuó de la forma acostumbrada; en vez de pedir vino, se acercó a él gritando.

—¡Se acabó, Arturo! ¡Hasta aquí hemos llegado!

Arturo le miró con la boca abierta.

—¿Y eso qué quiere decir, jefe? Le noto nervioso...

Visnú se echó aliento en las manos y le respondió con otra pregunta mientras se las frotaba.

—¿Cómo andamos de dinero?

—Algo queda, jefe. Los últimos tiempos han sido muy boyantes.

—Pues controlad el gasto... Intuyo que se acabaron las pagas.

Arturo iba a echar un trago y casi se atraganta.

—¿Cómo? —Tosió y retiró el vino que se le escapaba por la nariz—. Explíquese, jefe. Si sigue soltándolo así, poco a poco, me va a dar algo.

—¡Que estamos sin trabajo, joder!

—¿Ya no trabajamos para el Obispo?

—Es lo que he dicho.

—¿Nos ha despedido?

—No exactamente. La cosa no funciona así.

—Aaah... —Respiró, aliviado—. Ya me parecía a mí.

—¿Ya te parecía, el qué... y por qué?

—Más que nada, porque todavía no hemos encontrado a la chica... Nos necesita tanto como nosotros a él.

—Me temo que la muchacha ya no es cosa nuestra; al menos a las ordenes del Obispo. Ese hijo de la putísima no ha dicho nada al respecto, pero a estas horas ya debe estar buscando a quien me mate y continúe el trabajo... Está convencido de que Archibald habló con nosotros.

—Pues, tonto no es...

—¡Ya sé que no es tonto!

—¿Y a quien va encontrar? Nadie es mejor que usted, jefe. Siempre hemos cumplido. No le creo yo tan tonto...

—No me jodas, Arturo... Ya sé que no es tonto. Solo que no quiere compartir la información con nadie.

—Exactamente igual que usted, jefe... Los dos piensan igual.

—Que le jodan. Ahora ya sabemos tanto o más que él... Buscaremos a la muchacha por cuenta propia. Si en algo le llevamos ventaja, es en eso.

—¿Y después, jefe?

—Encontraremos lo que lleva la chica...

—¿Y qué lleva?

—¿Cómo que qué lleva...? ¡Arturo, no me jodas!

—Quiero decir, que se pueda aprovechar... Aquel tipo solo habló de documentos, y le recuerdo que no sabemos leer...

—¿Has hablado con el ayudante del cura?

—Claro.

—¿Y...?

Arturo encogió los hombros.

—Dijo que no le veía desde hace semanas.

—¿Y ya está?

—También dijo que la última vez que le vio, era ya de noche, y para preguntarle por el poema. Ese mocoso no sabe nada, jefe. Se lo digo yo. Hablaba con naturalidad.

—¿Por el poema? ¿Y por qué preguntó por el dichoso poema?

—Arturo volvió a encoger los hombros.

—Según me dijo, ese desgraciado es como nosotros... No sabe leer. Pero añadió que le pidió recitarlo.

—¿Que le pidió recitarlo? ... Ya sabemos que no sabe leer, pero...

Arturo le adivinó la pregunta y respondió antes de que acabara.

—Su disculpa fue que le gusta mucho la poesía...

Visnú se rascó la coronilla.

—Creo —le dijo, cada vez más convencido—, que ese tío nos la jugó.

—¿Y de qué pudo servirle saber lo que decía, jefe? A nosotros también nos lo leyó, y mire de qué nos valió.

Visnú hizo un aspaviento dejándolo por inútil, fue a la ventana y retiró la tela de protección. Al fondo podían distinguirse las montañas con sus cumbres nevadas y se adivinaba el inmenso y tenebroso bosque, que tal y como se estaba poniendo la cosa, no tendrían más remedio que explorar. Porque la muchacha, viva o no, en alguna parte tendría que estar... Y el otro caradura, más de lo mismo, pensó.

Se acercó al mostrador y pidió vino.

El tabernero estaba llenándole una jarra cuando notó que le agarraba la mano.

—¿Qué puede encontrar un hombre como yo, detrás de aquellos árboles?

—preguntó, señalando a la ventana con la otra mano.

—Más árboles —aseguró el tabernero—, muchísimos más...

—¿Te burlas de mí?

El tabernero le acercó la jarra a la vez que negaba.

—Le digo la verdad. Allí solo hay árboles y árboles...

—¿Y ya está?

—Nadie llega hasta allí —volvió a asegurar—. Salvo si desea encontrarse con un conjuro.

—¿Con un conjuro?

—Solo la vieja Melissende vive allí. Es una bruja que tuvo que huir de aquí para salvar el pellejo. No sabemos cómo sobrevive, porque nadie que esté en su sano juicio se acercaría a su cabaña, pero siendo como es, una bruja, ¿quién sabe? A nadie del pueblo le interesa averiguarlo.

Visnú miró a Arturo y le preguntó en tono guasón:

—¿Tú crees en brujas?

—Claro que creo en brujas, jefe —dijo, convencido—. Es imposible no creer en ellas.

—¿Y por qué es imposible, Arturo? ¡No me jodas!

—¡Joder, jefe... yo soy del sur...

—¿Y qué? ¿Qué dan en el sur, lecciones de superstición?

—En mi pueblo, todo el mundo decía haberlas visto... hasta el cura. Son una maldición, jefe, se lo digo yo...

Visnú resopló y agitó la cabeza.

—Aquí la única maldición somos nosotros. Iremos a ese bosque, Arturo. Aunque no me explico cómo hemos podido sobrevivir hasta ahora, porque imbéciles, mira tú que somos... Es lo que ocurre cuando se tiene el estómago lleno... que se termina por no discurrir.

—¿Por qué dice eso, jefe?

Señaló la ventana con un gesto.

—Porque esa chica no ha salido de ese bosque, joder. ¿Por qué iba a hacerlo, teniendo una bruja protectora?

El borracho de la casa, que se encontraba adormilado en un rincón pobremente iluminado por una vela que ya estaba en las últimas, pareció recobrar la lucidez.

¿Bruja protectora? —Balbuceo—. ¿Has dicho bruja?

El tabernero terció en su favor.

—No le hagáis ni caso a este estúpido... —les pidió—. Cuando tendría que hablar está mudo... y cuando tendría que callarse...

Visnú le miró, curioso.

—¿Por qué? —le preguntó—. Los borrachos, siempre han tenido fama de decir la verdad.

El tabernero emitió un silbido y dijo entre risas:

—Este ya no tiene ni idea de lo que es verdad o lo que es mentira.

Visnú le ignoró sin apartar los ojos del borracho.

—¿Y qué más? —preguntó a este—. Sigue, sigue...

El borracho miró su jarra y permaneció callado.

Visnú emitió un suspiro y le hizo un gesto al tabernero.

Este captó la señal y se dispuso a llenarle la jarra.

—Le advierto que está alcoholizado. Podrían colgarle de una cepa y sudaría vino. No le hagan mucho caso.

El borracho le sacó la lengua al tabernero.

—No diga que no le avisé —le dijo este a Visnú.

—¡Cállate! —protestó el borracho mirando ensimismado cómo le llenaba la jarra. Cuando el vino llegó hasta el borde, echó un trago y se volvió hacia Visnú.

—¿Has dicho bruja?

Visnú asintió y suspiró a la espera de que continuara.

El borracho dio otro sorbo, y sin mirarle añadió:

—Ese bosque es un cuna de historias para no dormir... Una caja de leyendas. Te lo digo yo, que soy de aquí...

—¿Leyendas? En todas partes existen leyendas,

—¿Qué quieres decir? —intervino también Arturo.

—¡Déjalo ya! —le pidió el tabernero.

Hizo caso omiso, dio otro sorbo y señaló a la lejanía.

—Entre aquellos árboles, mora el espíritu del bosque.

Visnú meneó la cabeza y replicó:

¿Qué espíritu ni qué leches. Aquí, los únicos espíritus somos...

El borracho le cortó arrastrando las palabras.

—Ba-sa-jaun —deletreó.

Visnú le miró atónito.

—¿Basaquéqué? —Se encolerizó—. ¿Es que aquí todo el mundo está loco? Creí que tenía algo interesante que contar; algo que valiese la pena escuchar... Y me sale con ese cuento de Basanoséqué...

El borracho le miró sorprendido.

—Es uno de nuestros mitos más conocidos —replicó.

—Tú sí que vas a ser un mito, como te estés burlando de mí. Más vale que te espabiles y digas algo coherente.

—¡El Señor Del Bosque! —exclamó el borrachín.

—Y dale... No tienes nada mejor que...

—¿No te parece coherente? —le cortó, convencido.

Visnú miró al tabernero con cara de idiota.

—¿Pero es que habla en serio —le preguntó.

Arturo le quitó la voz al tabernero.

—¿El señor del bosque? —exclamó.

El borracho asintió sin mirarle y a codo alzado.

—¿Y quién es ese? —preguntó con la lividez pintada en la cara—. ¿De quién coño hablas?

Visnú notó el cambio en su rostro e intentó calmarle.

—Tranquilo, hombre. ¿No ves que solo son leyendas?

Miró al borracho y dijo:

—Díselo tú, anda. No ves la cara que le has dejado...

—En mi tierra —se adelantó Arturo—, también hay historias parecidas. Algo tendrán de verdad.

—¿Qué historias ni que historias, Arturo?

—Muchas, jefe. Desde que era un niño, llevo oyéndolas.

Visnú meneó la cabeza como si no acabara de creerlo.

—¿Y qué?

—¿Y qué? —exclamó Arturo como si le extrañara que no lo entendiera—.

Que luego, resulta que son verdad...

Visnú comenzó a desesperarse.

—¿Pero es que te vas a creer lo que diga el borrachín?

—No sé, jefe. A mí estas cosas...

—Pues qué calladito lo tenías. Vaya oficio que has ido tú a escoger...

—Mire jefe, al acero no le tengo miedo, eh. No vaya a creer que es eso...

—¿Y eso qué más da, si se te asusta con una sabana?

—No es lo mismo, jefe. La espada la lleva un tío como yo...

—Y la sabana también, ¡imbécil! Cuando entremos en ese maldito bosque, te irás dando cuenta de que todo son pamplinas... —miró al borracho y le animó—: Anda, tú, díselo.

—El borracho, sorprendido, se tocó el pecho.

—¿Qué le diga qué?

—¿Cómo que qué? Pues que todo eso son monsergas.

—¿Que Basajaun es una monserga? Pregunta por ahí, anda. Más de uno se ha cruzado con él en el bosque...

—¿Y no se los ha comido? —se mofó.

—Se cuenta que es alto y que tiene el pelo largo por todo su cuerpo. Es feote, sí, y dicen que tiene una fuerza descomunal... Pero todos volvieron enteros.

—Lo que te decía —rió Visnú mirando a Arturo—. Es una leyenda parecida a las del norte. Todas hablan de ese gigante que vive en las montañas o en los bosques. Solo le ha faltado decirnos que se come a la gente, para pensar que es el mismo... A ver si van a ser primos.

—Pero no debéis temer —les tranquilizó el borracho.

—Bendito sea Dios —agradeció Arturo.

—¿Y por qué...? —preguntó Visnú, sonriendo—. ¿A qué viene ahora que tengamos tanta suerte?

El borracho también sonrió.

—Dice la leyenda, que si uno se cruza con él, no debe huir... Y si se pierde, que es lo que le ocurre a la mayoría, y sigue sus instrucciones, logrará salir del bosque. Ya ves.

—Joder, jefe. Eso tranquiliza... Ese tío es un protector: un...

—¡Un nada! —le cortó Visnú—. Eso es mentira... un cuento para asustar a los niños. ¡No me jodas, Arturo!

—Eso lo dirá usted, jefe. Se cuenta cada cosa por ahí, que pone los pelos de punta. Yo no entro en ese bosque...

—¿Cómo que no entras? ¡Tú harás lo que yo diga!

—Esa chica ya debe estar muerta, jefe. ...Y el otro por ahí, de putas. ¿Para qué vamos a arriesgarnos?

Visnú se contuvo de cogerle por el cuello.

—Mira Arturo, que empiezas a olerme a...

—Sí, a mierda, lo reconozco... Ya le he dicho que a mí esto de las leyendas...

Visnú se acercó a él y le olisqueó.

—¿Pero es que te has cagado, hijo de la grandísima...? —Miró al borracho, luego al tabernero y exclamó:

—¡Este se ha cagado encima!

Arturo hizo una ronda de miradas y se paró en Visnú.

—Un poco, solo... —Enrojeci—. Pero usted dijo que era algo normal —le recordó.

—¿Qué yo dije qué...? Mira Arturo, vamos a dejarlo así.

—Estoy seguro, jefe. Incluso dijo que usted se...

—¡Que te calles, joder!

El borracho estalló en carcajadas y por poco se cae.

—El miedo es la mejor arma que existe... —le dijo sin parar de reír—. Y el hombre del castillo; ese tal Dragan, lo sabía... Supo protegerse bien el bribón, hasta que... Pero en fin, se dice que la pelirroja escapó.

—¿Qué pelirroja? —preguntó Visnú.

El borracho le guiñó un ojo.

—Cuentan los que alguna vez visitaron el castillo, que la hija era preciosa. ¡Una pelirroja exuberante! Pecosa, sí, pero qué pecas...

—¿La hija de Dragan era pelirroja? —exclamó Arturo.

—Y seguirá siéndolo... —dijo—. Si estuviera muerta, ¿qué hacéis vosotros aquí?

—¿Y pecosa? —preguntó de nuevo Arturo.

—Dicen que es una belleza...

Arturo echó a un lado a Visnú y le habló al oído, pero de nada sirvió su intención de ser discreto.

—¿Qué la puta era pelirroja? —gritó este—. ¿Y me lo cuentas así, sin que

te mate...? Hoy es tu día, Arturo. No sabes la suertaza que tienes de que no te estrangule aquí mismo.

Miró al resto; estaban todos casi borrachos.

—¿Y con esos diablos, qué? —preguntó—. Qué coño hago con ese atajo de... ¿Seguro que hacen algo?

—Ellos no están al tanto, jefe. No es bueno que sepan más de lo necesario. No saben lo que buscamos...

La explicación pareció amainar el temporal.

Arturo respiró más tranquilo. No le gustaba ver al jefe alterado; casi nunca traía nada bueno.

—Además —añadió—. Si la hubiésemos cogido aquél día y se la hubiésemos entregado al Obispo...

Visnú terminó la frase por él.

—Es posible que hubieran puesto precio a mi cabeza.

—Entonces, jefe, estamos de suerte, ¿no?

Visnú tuvo un golpe de inspiración.

—En ese caso —explicó—, también tiene un crío...

—Pues, sí... No había caído, jefe. Todo va tan deprisa, que... Usted sí que piensa...

—¡Y tenía que ser la hija del escocés! —le cortó.

Arturo se rascó la coronilla.

—¡Exacto, jefe! —exclamó—. Es usted un genio.

—Vaya, vaya —añadió Visnú, satisfecho—. El amigo Archibald era yerno de Dragan. Ahora voy entendiéndolo todo. Era de lo más normal que estuviera al tanto de las pesquisas del viejo; tenía descendencia con su querida hija, el muy...

—Todo lo que usted quiera, jefe... pero el que sí se la estaba follando era ese tal Tobías, de eso doy fe. Cada vez lo entiendo menos, pero eso lo vi...

Visnú apretó los puños hasta que se clavó las uñas.

—Y pensar que los hemos tenido a todos en la palma de la mano.

—Gracias a Dios que nos hemos dado cuenta, jefe.

Visnú resopló como si no acabara de creerse lo que le pasaba por la cabeza.

—Vaya profesionales que estamos hechos —dijo.

—¿Por qué dice eso, jefe?

—Más vale que no corra la voz —dijo—, o tendremos que buscar trabajo de bufones... Habrá que volver a ese puñetero convento.

—¿Por qué?

—¿Cómo que por qué, Arturo. Cómo que por qué...?

—Es que con tanta noticia nueva... vamos, que me he perdido.

—¡Esa niña que tuvimos en nuestro poder era la clave para encontrar a la madre, joder!... Era el rehén perfecto y lo desaprovechamos, pero si hacemos las cosas bien, lo será de nuevo. ¡Vaya si lo será!

—Aaaah, ya lo cojo. ¿Y cómo lo piensa hacer, jefe? En un convento no entra uno así como así y... Es la iglesia.

—¿Tú qué crees? Lo intentaremos por las buenas, y si no sale bien...

—No me diga que vamos a meternos con la iglesia... ¿Y después, quien nos dará trabajo? Es mejor dejar buena impresión, jefe.

—Divide a esos holgazanes en dos grupos, anda.

La voz del borracho les interrumpió:

—¿Podría tomarme otro? —preguntó sujetándose con las dos manos al mostrador, para no derrumbarse.

Visnú sopesó pros y contras y sacó unas monedas.

—Ponle de beber hasta que se caiga —dijo, lanzándoselas al tabernero—. Ha sido un placer conocerle.

El tabernero asintió con la cabeza y se puso a la faena.

Visnú fue hasta la puerta, se volvió y le miró sin decir nada.

El tabernero captó el mensaje a la perfección; ver, oír y tener la boca sellada eran requisitos necesarios para el desempeño de una profesión en la que tener ojos y orejas había costado verdaderos disgustos a más de uno. No era cuestión de complicarse la vida largando por ahí todo lo que se escuchaba entre vapores etílicos, y menos todavía, cuando se trataba de fulanos que llegaban en nombre del Obispo. No tenía la menor duda. Sobrevivir y estar ciego y sordo, en su profesión era todo uno.

Una vez fuera, Visnú tuvo un resplandor mental.

—¡Arturoooooo! —gritó.

Este salió tan deprisa y nervioso que tropezó.

—¿Qué ocurre, jefe?

Le apuntó con dedo antes de que se pusiera en pie y le preguntó en tono amenazante:

—Te lo preguntaré solo una vez —dijo—. ¿Mirasteis en la cabaña de esa bruja cuando batisteis el bosque?

—Nos repartimos por parejas... Ese bosque es grande, jefe. No lo recuerdo.

—¿No lo recuerdas, y fuisteis dos veces?

—No lo sé. Imagino que sí...

—Ya... Vamos, que no...

—Aún así, tampoco nos dio tiempo a buscar mucho... tuvimos que salir en busca del escocés, ¿lo recuerda?

—No sé si matarte o matarte más, Arturo. ¿Joder, ni la visteis, verdad? ¡Reconócelo!

—Yo ni siquiera sabía que existía hasta hace un rato... No vaya a pensar que fue por miedo. Aún no conocía esa leyenda, jefe ¿Si quiere, pregunto a estos...

—En definitiva, que no buscasteis a fondo.

—Qué quiere que le diga, jefe. Además no era fácil...

Esos campesinos que viven en las afueras hablaban raro y tampoco entendían nada de lo que les decíamos... ¿Qué quería que hiciéramos?

—Para ellos, los raros sois vosotros, idiota.

—¿Por qué? Yo hablo como todo el mundo...

Visnú se desentendió dándole la espalda.

—¡Atajo de idiotas! —masculló, tendiéndole la mano para ayudarle a ponerse en pie. Cuándo quedaron frente a frente, le olisqueó y sintió náuseas.

—Anda y ve a lavarte el culo. Apesta tanto como tus excusas.

XLI

EL UMBRAL DE LA VIDA

Tobías salió de la cabaña y miró a lo alto; el cielo era nuboso y tenía tonos tan plomizos que animaba a entrar de nuevo. Pero no lo hizo. Estiró los brazos para desperezarse y caminó hasta la parte trasera.

Las mulas relincharon inquietas al notar su presencia, pero solo fue un momento; bastó que pasara su mano por la crin de una de ellas para que todo volviera a la rutina.

Se sentó junto al carro y una leve sonrisa apareció en su semblante. Pensó en lo acontecido durante los últimos tiempos... parecía increíble que todo sucediera de aquella manera y cuando comenzaba a perder la esperanza. Pero la vida es caprichosa y cuando menos se espera, ocurre el milagro; porque si no era un milagro haber recuperado a Victoria después de lo ocurrido, ¿qué era?

Conocer a Rodrigo lo cambió todo. Él era el milagro.

A veces le parecía que todo era un sueño, sin embargo, ahí estaba ese viejo carromato como testigo mudo de que ocurrió...

Acarició una rueda y le dio una palmadita. Subir a ese carro fue la decisión más acertada que tomó en su vida, y su encuentro con Rodrigo, el recomienzo de todo. Pensó que era lo más parecido a haber renacido; ese encuentro hizo que volviera a sentirse vivo.

Miró la rueda y su imaginación pareció despertarse de un letargo. ¿Cómo pudo ocurrírsele a alguien semejante invento? se preguntó... ¿y, cómo a él no se le ocurrió antes formularse esa pregunta? La rueda era un artilugio simple y complejo al mismo tiempo; tanto se lo parecía, que le producía temor. Se preguntó también, si todo en la vida sería igual de sencillo y complicado que la rueda, y la conclusión fue que sí, que todo era sencillo en estado de pureza,

hasta que una mente lo enturbiaba y enredaba en esa tela de araña transparente y a la vez opaca, que es la madre del inconformismo.

Observó el cielo y se convenció ya del todo; incluso aquella grisácea y fresca mañana de invierno que daba ya sus últimos coletazos obedecía a la ley de la rueda... De forma inevitable, llegaría una nueva primavera, de forma inevitable, llegaría un nuevo estío, y luego otra vez el otoño... y el invierno... Nada era tan cambiante siendo a la vez tan invariable como la vida; era como si todo diera vueltas y vueltas alrededor de un círculo eterno, pues, ¿qué puede ser más infinito que un círculo en continuo movimiento, ni más eterno que una rueda que no puede detenerse?

Todo, pensó, consistía en un rodar, rodar y rodar; en un ir y venir en el tiempo; en una ilusión. Todo era un más de lo mismo, tenía su par y podía mirarse desde dos ángulos opuestos. ¿Y si Dragan pensó en eso cuando ideó su plan? Para él todo era doble, eso lo tenía claro.

Bajó los parpados y regresó mentalmente a su punto cero; a la génesis; al útero, a ese lugar donde el universo no es ni cálido ni frío ni tiene secretos y donde uno no es todavía ni esclavo ni libre... el único paraíso de donde se está obligado a escapar; la antesala del principio y del fin; el umbral de la vida.

Abrió los ojos, y su mente pareció acariciar una idea nueva. De repente, todo le parecía mucho más sencillo y asimilable.

¿Cómo no lo había entendido antes? se preguntó.

Comenzó a vislumbrar el propósito de Dragan... o eso creía, y repitió en voz alta las palabras de Jeremías:

«No hay secreto que pueda resistirse a la inteligencia de un niño».

XLII

EL NIÑO INTERIOR

Rodrigo se protegió con un abrigo de piel y se acercó a la puerta.

—Necesito ir al pueblo —dijo—. Apenas me quedan alimentos. —Miró a Melissende—. ¿Si necesitas algo?

—Podría acompañarte Tobías —le dijo ella—. Él es de allí y sabe lo que necesito. Hace tiempo que me falta de todo.

Rodrigo meneó la cabeza y desaprobó la idea.

—Mejor que no. Prefiero que se quede... Después de la maldita tirada de...

La voz de Victoria se mezcló con la suya.

—Tampoco me parece una buena idea... —les dijo—. Anué recomendó descanso sin emociones fuertes...

Melissende no rebatió sus argumentos.

—Puede que estéis en lo cierto —admitió, dubitativa—. Este no es el Tobías que yo conocía.

Rodrigo meneó la cabeza con pesar.

—Está sugestionado —aclaró—. Es demasiado joven para estas cosas. No debí hacer la tirada...

—¿Y por qué tuviste que decirle aquello...?

—Porque era lo que indicaban las piedras.

—¿Pero de verdad crees en eso? ¿De verdad que no te lo inventas?

Rodrigo negó con la cabeza y con las palabras.

—No. no me lo invento. ¿Por qué habría de hacerlo?

—Pues no lo sé —dudó ella—, hay tanto degenerado por ahí suelto... ¿Por qué no ibas a ser tú uno de ellos?

—¿Me estás llamando degenerado?

—Pues la verdad, no estoy segura de que no lo seas.

—¿Y eso es debido a...?

Ella miró sus cicatrices.

—Eres tan raro... y con esas manos... y con...

—¡Ya está bien! —la cortó—. Capto la idea...

Melissende negó con el dedo.

—Lo dudo —dijo—. Si supieras lo que pienso de todo el que anda por ahí adivinando... ¿En serio crees en toda esa mierda? Dime la verdad.

Rodrigo suspiró desanimado.

—No es mi intención hacértelo creer —dijo en tono de resignación—, pero sí.

—¿Insistes?

—Aunque después de lo del chico, ni a mí mismo me gustaría que fuera cierto. No sé por qué insistió tanto en que continuara.

Melissende evaluó su lamento y replicó:

—Siempre pudiste negarte.

—¿Y cómo iba yo a imaginar que se lo tomaría así?

—¿Acaso no tienes experiencia? Deberías saber cómo reacciona la gente... ¿No eres adivino? —dijo con sorna.

—Esto no obedece a la lógica, algunos se mofan de las predicciones echándose a reír y negándolas como tú, y otros las toman como Tobías. Aunque si te soy sincero, es mejor tomárselo como él...

—¿Ah, sí? ¿Qué tiene de mejor?

—Que se le puede buscar una solución. A algunos les ayuda.

—Pero hombre —protestó ella—, ¿tú estás seguro de lo que estás diciendo...? Hablas como si fuera inevitable que se cumpliese y que...

Rodrigo la cortó negando con el dedo.

—Mira, esto hay dos formas de verlo: que sea verdad, la gente en cuestión lo desoiga, y al ocurrir lo achaque a otra causa, o que no lo sea pero lo tomen por cierto, y sus mentes hagan que ocurra... ¿Con cuál te quedas?

—¿Quieres decir que sucede de todos modos?

—Quiero decir que es verdad. La solución: olvidarlo; regresar al momento anterior a la tirada... Pero para eso hay que manipular la mente... Es lo que hizo Anué al fin y al cabo, aunque habrá que esperar a que evolucione.

—¿Estás seguro?

Asintió.

—Pues yo le veo raro.

—En eso estoy de acuerdo —intervino Victoria.

—Lo que ocurre es que el chaval es muy sugestionable... Es fácil —explicó Rodrigo— influir en alguien así.

Melissende entendió que no podría con él; ese sujeto tenía respuesta para todo, pensó.

—Anda, lárgate. Si sigues hablando, me vas a convencer.

La puerta se abrió y apareció Anué.

—¿Dónde estabas? —le preguntó Melissende.

Su respuesta fue mostrar sus manos amoratadas por el frío.

—Estábamos hablando del muchacho —le informó.

—¿Y...? —dijo mientras se acercaba al fuego y ponía las manos cerca de las brasas.

—Decía que le noto raro.

—No te preocupes. Ya se le pasará.

—¿Qué es lo que se le pasará?

—La confusión. Ahora está confundido. Eso es todo.

—¿Y por qué está confundido? —preguntó Victoria.

Anué apartó las manos del fuego y se aproximó a ella.

—Hice que visualizara unas imágenes forzosas... Unas imágenes que actuaron en él como un calmante.

—¿Y para qué necesitaba él ver esas imágenes?

—Para que se formaran recuerdos en su mente, que sustituyeran a los que se implantaron por el miedo. Y eso requirió, como es obvio, llevarle primero a un estado de neutralidad desde el cual partir para...

Victoria le interrumpió con voz nerviosa.

—¿Y qué tiene eso que ver con hacerle ver imágenes forzosas? ¿No era suficiente con hacerle pensar otra cosa, y ya está?

Anué puso las manos palma arriba, como si lo que iba a decir fuese fácil de asimilar.

—Implanté imágenes positivas que suplantaron a las que dominaban su mente después de la tirada—dijo.

—Pues no lo entiendo... —confesó—. O quizá es que no sé si quiero. Parece todo tan irreal...

Rodrigo intervino.

—Es que lo es. —Carraspeó—. Vaya si lo es... Pero lo irreal no lo es tanto, si se mira desde el ángulo correcto.

—Pues qué bien. Ahora lo entiendo menos...

Anué intentó decírselo de otra manera.

—Lo más sutil de una emoción se encuentra en los ojos —explicó—. ¡Entiendes eso? Lo que el ojo memoriza es determinante. En este caso se trata de que vea lo que yo quiero que vea, para que sus recuerdos vayan en una dirección opuesta a la que quiero que olvide.

—Victoria miró a Melissende.

—Tú lo entiendes —preguntó—. Yo, poco...

La anciana intentó tranquilizarla.

—Estoy tan perdida como tú, pero te aconsejo confiar en él.

—Como os iba diciendo —continuó Anué—, la vida de una persona está escrita por sus ojos, y no en sus ojos. Todas las vivencias nos entran a través de ellos, quedándose grabadas en nuestro cerebro como guías o mapas de vida. La felicidad, la desventura, el miedo o la paz, si no se dominan, nos dominan. Se trata de transmutar lo uno en su contrario; convertir lo negativo en positivo a través de las emociones. Y las emociones, como ya he dicho se crean debido a lo que vemos. Primero vemos y luego...

—¿Sentimos?

—Eso es, hija, ¡sentimos! Una vez que se entiende...

La puerta se abrió de nuevo dando paso a Tobías.

—¿Interrumpo? —dijo al verlos reunidos.

—¿Y tú dónde estabas? —le preguntó Melissende.

—En el cobertizo. Con las mulas.

—En buena compañía, pues —dijo Rodrigo.

—Tienes razón —repuso—. No sé qué me ha ocurrido, si será el tiempo o será la soledad. Pero hoy he tenido un despertar que aún no acabo de creerme.

Melissende le escuchaba con la boca abierta.

—Aclárame eso —pidió—. Estás irreconocible.

Tobías encogió los hombros.

—No lo entenderías —dijo—. Si no lo entiendo ni yo. ¿Cómo podría explicároslo...

Rodrigo y Melissende cruzaron una mirada.

—¿Entonces? —preguntaron al mismo tiempo.

El joven no sabía por dónde empezar.

—No sé como ocurrió. Pero el caso es que me dio un ramalazo de lucidez, y...

—¿De lucidez? —exclamaron todos a la vez.

Asintió orgulloso y cruzó los brazos.

—Algo me ha hecho ver las cosas de otra manera.

Anué arrugó el entrecejo.

—¿Y qué quiere decir «de otra manera»?

—Como un niño —dijo, convencido—. No sé por qué motivo, pero todo me parece mucho más sencillo... más fácil de entender, vamos.

Rodrigo miró a Melissende.

—Supongo que tus preguntas quedan en suspense... ¿al menos de momento, no?

—Anda, lárgate ya —dijo—. Esto merece un debate más profundo.

Rodrigo se marchó sin contestar. Las palabras pueden engañar, el silencio no.

Anué rebuscó entre los pliegues de su túnica y extrajo un hongo de cabeza roja con manchas blancuzcas. Se lo lanzó a Melissende. Estaba envuelto en tela.

—Cuidado si lo tocas —la avisó—. Es peligroso.

—Estate tranquilo —aseguró ella—, lo tendré...

—Qué seta tan llamativa —dijo Victoria.

—Es una amanita muscaria —explicó la anciana.

—Para qué —se sorprendió Tobías—. He oído decir que esta seta es veneno puro.

—¿Veneno? —exclamó Victoria.

Rodrigo asintió y sonrió.

Anué suspiró y también soltó una risita.

—En efecto —admitió—. Pero como todas las cosas, tiene dos lados... dos formas de ser tratadas.

Tobías recordó sus últimas reflexiones en el cobertizo y tuvo que aceptar que el druida no iba desencaminado.

—¿Y qué vas a hacer con ella —preguntó, intrigado.

Miró a Rodrigo, después a las mujeres y finalmente le miró a él. Chascó los dedos y le apuntó con el índice.

—A ver si lo adivinas, muchacho...

XLIII

OJOS EN LOS ÁRBOLES

Las mulas se detuvieron frente al obrador del herrero y relincharon nerviosas, como cada vez que visitaban un taller y oían golpes de martillo contra hierro candente.

Rodrigo saltó del pescante y les dio unas palmadas de ánimo en el lomo. Luego fue a hablar con el herrador.

—Bueno, muchachas —se despidió—, os dejo solitas con vuestro mejor amigo. Portaos bien, eh...

Rebuznaron y patalearon al mismo tiempo.

—Sed buenas. Más tarde pasaré a por vosotras.

Miró al del taller.

—Necesito hacer unas compras —le informó.

El herrero se pasó el antebrazo por la frente y señaló a su derecha. Las gotas de sudor chorreaban de su manga.

—Esto es muy pequeño —le aclaró—, sigue derecho y llegarás a la plaza. Si no encuentras allí lo que necesitas, olvídalo.

Rodrigo se tocó el sombrero a modo de agradecimiento y echó a andar bajo la vigilancia de sus dos mulas, que parecían contar sus pasos.

Cuando descubrió la taberna, sus ojos se iluminaron. Sin pensarlo dos veces se encaminó hacia allí.

—Un buen vino me vendría bien —dijo, acercándose al mostrador.

—Y a mí... —dijo el borracho de la casa, mirando a su otro yo, que se encontraba en la esquina contraria—. ...Y a ese...

El tabernero dejó de sacarle brillo al mostrador y se dispuso a verter vino en una jarra.

—¿Es la primera vez que vienes a El Barcal... verdad? —preguntó de

pasada.

Rodrigo no contestó. Cogió la jarra, le dio un trago y eructó. Después hizo una mueca, como si hubiera echado un trago de vinagre.

El tabernero encogió los hombros y siguió dándole al trapo.

—Vaya —se quejó Rodrigo—. ¡Está helado!

—El tabernero encogió los hombros.

—¿Y cómo quieres que esté? —contestó—. ...Estamos en pleno invierno.

—Es cierto —admitió—. Esta mierda de invierno va a acabar conmigo. Pero es que me chirrían los dientes, y...

—¿Por qué no lo saboreas un poco? —le propuso uno de los borrachos.

Si quieres —propuso el otro—, yo te lo caliento.

Rodrigo no entró en el juego. Les observó y sonrió; uno a cada lado del mostrador, sujetándose a él, parecían custodiar al tabernero como ángeles guardianes. Y bien mirado, quizá lo fueran.

—Estos parecen tus protectores —le dijo, acercándole la jarra y haciendo un guiño para que se la llenara—. Son los que le dan ambiente al tugurio, seguro... —Echó otro vistazo alrededor y meneó la cabeza—. ¡Parece solitario!

—Es pronto aún... —dijo el tabernero—. Los buenos clientes, deben estar durmiendo la mona... Ya vendrán, no temas.

Rodrigo miró a la derecha y después a su izquierda.

—Pues estos dos, parece que aguantan—ironizó.

—Estos dos son diurnos. —Lanzó una risotada—. Si llegan en pie hasta la tarde, ya habrán cumplido. No es lo mismo aunque sea igual. Los otros son de otra pasta.

—¿Les va la jarana nocturna, no?

—Yo diría que les va la jarana en todos los sentidos y a todas horas. Cuando vienen al pueblo, apenas duermo.

—¿No son de aquí?

El tabernero titubeó y pareció escarbar en su cabeza.

—A saber de dónde son —dijo al fin—. Cada uno es de una madre. Estoy seguro que hace nada, ni se conocían...

—¿Y qué hacen por aquí? ¿Están buscando trabajo? Sé que tanto la ganadería como la agricultura van muy bien. Esta región es muy próspera.

El de la taberna se retorció de la risa.

—Esos no han trabajado en su vida... —espetó—. Son carne de poca vida. Mercenarios.

—¿Mercenarios?

Asintió, se llenó una jarra y se la bebió de un trago.

—Sí que está frío, sí... —reconoció—. No siento los dientes.

Uno de los borrachos se esforzó para no reír.

—Querrás decir los tres que te quedan —bromeó en serio.

—Tú cállate imbécil.

—Pues invítame a vino.

—Ni lo sueñes.

—¡Si ese bebe, yo también, eh! —dijo el otro.

—¿Y qué diantres se les ha perdido en este pueblo a esos mercenarios...?

—les interrumpió Rodrigo—. ¿Tiene algo especial este lugar?

—El pueblo, nada. Andan buscando a una joven.

Aunque comenzaba a sospecharlo, Rodrigo sintió un escalofrío.

Uno de los borrachos acabó de rematarlo:

—Y no te olvides de Tobías —le recordó al tabernero—. A ese también le tienen ganas...

—¿Quién es ese Tobías? —disimuló.

El de la taberna apuró otra jarra de otro trago.

—Es un joven huérfano. Uno de aquí —le informó.

—¿Y por qué le buscan?—Fingió indiferencia a la vez que daba un trago —, ¿son amigos y han reñido?

Tabernero y borrachos rieron a coro.

—Más le valdría... —dijo el de la barra, sin parar de reír—. Al parecer es algo más serio... Y tampoco querría estar en el pellejo de esa pelirroja pecosa, créeme.

—¡Vaya! —exclamó Rodrigo—. Un pueblo interesante. Aquí no os aburrís.

—No te creas... —le corrigió uno de los borrachos—. Hasta hace muy poco, nos aburríamos bastante. Aquí no ha habido entretenimiento en años; desde que se fue la bruja, esto ha sido un cementerio...

—¿Bruja? —Ahora fingió sorprenderse—. ¿Hay bruja también? Veo que este pueblo tiene historia.

El tabernero volvió a reír.

—Eso decían los que la conocieron. A esa Melissende solo le faltaba la escoba.

—¡Interesante! ¿Se llamaba Melissende? Qué nombre tan raro.

—A saber de dónde venía esa mujerzuela... —dijo el tabernero echando

otro trago—. De por aquí, no es... No te lo vas a creer, pero conoce todas las hierbas, y hasta sabe leer, la muy... A alguno, hasta le curó.

—Pues vaya forma de agradecérselo.

—Eso díselo al que curó...

—Por cómo hablas de ella, parece que esté viva.

—Se rumorea que vive en el bosque.

—Se sabe... —le corrigió uno de los borrachos.

—¿Se sabe? —le preguntó Rodrigo fingiendo sorpresa—. ¿No estarás burlándote de mí...

—Se lo he dicho a ese. —Señaló al tabernero—. A ti no te hablo hasta que no me invites.

Rodrigo le hizo un gesto al tabernero y este le llenó la jarra al borracho.

—Decías que se sabe que... —le recordó Rodrigo, en cuanto se apartó la jarra de los labios.

—Se sabe que esa bruja vive en el bosque, pero nadie ha ido a comprobarlo.

—¿Por qué? ¿Tenéis miedo? ¿Se come a la gente?

—En este pueblo somos muy prudentes. Si está a una distancia prudencial y no conjura contra nosotros, nos damos por satisfechos —informó el tabernero.

—Vive y deja vivir —dijo el otro borracho mostrándole su jarra vacía.

—Llénasela —le dijo Rodrigo.

—El tabernero asintió con un gruñido y se la llenó.

Rodrigo frunció el ceño.

—Parece que no te hace gracia vender —le dijo.

—Claro que quiero vender. Pero este tiene muy mala bebida... Después hay que aguantarle. Ya no tengo tanta paciencia como cuando...

El borracho le interrumpió.

—Pero se le va a acabar la tranquilidad —dijo—. Esos zarrapastrosos no le tienen miedo a esa vieja, y...

—No digas eso —le cortó el otro—. Uno de ellos se caga en cuanto le ponga la vista encima. Todavía huele a premio por aquí.

—¿A premio?

—Sí, a mierda. El otro día se dejó aquí los intestinos... Los hay muy valientes con la espada, que... —Miró al otro—... Al principio creímos que era un pedo, ¿verdad?

Rodrigo no pudo contener la risa. Apuró su jarra y la arrimó para que se la

llenara.

—¿Y decís que esos maleantes van a ir al bosque?

—Tengo la boca seca... —dijo el primer borracho—, y ese de ahí también. Rodrigo miró al de la barra y aceptó que se las llenara.

—Y decidme —repitió—, ¿pensáis que van a entrar al bosque? Poco van a encontrar de interesante allí, aparte de humedad y frío. Yo acabo de salir de él y sé de lo que hablo. No se lo recomiendo a nadie; en esa arboleda sin final hay algo extraño que parece que te está espiando. El miedo no se va hasta que no sales. No, no lo recomiendo, so pena de no salir de allí jamás.

—Es lo que dijeron —intervino el tabernero.

—Fuerza mayor —dijo uno de los borrachos—. Esos irán, te lo digo yo. Tienen razones de peso, al parecer...

—¿Y sabéis cuando será eso?

Ambos encogieron los hombros al mismo tiempo.

—¡Vaya! Pareces interesado —opinó el tabernero—. Si pregun...

El que fue invitado por Visnú, le interrumpió.

—No creo que lo hagan con esta nevada. Creo que les oí comentar que tenían otro trabajo pendiente.

Rodrigo no pudo fingir indiferencia.

—¿Otro trabajo? —exclamó.

El borracho se llevó el índice a los labios.

—Pero shiiiiiiiit —suplicó—. Yo no he dicho nada.

—¿Estás seguro? —le cortó Rodrigo.

El borracho asintió a la vez que bebía, Curiosamente y a pesar del evidente temblor de sus manos, no derramó una gota. Rodrigo no podía creer que alguien que parecía ir a caerse de un momento a otro, tuviese tanta destreza.

—Eso dijeron —aseguró, echando otro sorbo imposible.

Rodrigo insistió:

—¿Y cómo diablos puedes estar tan seguro de lo que van a hacer? Parece que te adelantes a sus pensamientos.

—Porque ellos beben y hablan, beben y hablan...

—¿Y...?

—Y yo bebo y escucho, bebo y escucho... No como tú...

—¿Qué quieres decir con eso?

El borracho señaló sus manos con un gesto de cabeza.

—No quiero meterme en tu vida —le aseguró—, pero parece que tú,

además de escuchar, hablas y preguntas...

—Quizá demasiado —agregó el tabernero.

Rodrigo les mostró sus manos.

—Estas cicatrices tienen una larga historia —dijo—. Pero ya os la contaré otro día.

Llegó hasta la puerta, se volvió y les dijo a modo de despedida:

—Pero ese día tendréis que invitarme vosotros.

XLIV

EL MAESTRO DE LA MUERTE

Antón Espinoza subió las escaleras de tres en tres y se detuvo en lo alto para admirar el paisaje. A pesar de estar acostumbrado a esos panoramas nevados, consideraba un regalo para la vista los tejados cubiertos de blanco; nunca se cansaba de contemplar aquella belleza nívea que daba aire a sus pulmones y vida a sus sentidos.

Granada, de donde era y de donde venía, era un sitio sin igual, mágico, que poseía asimismo embrujo especial, pero la tierra que pisaba, hasta entonces desconocida, se le había metido en la sangre y apoderado de sus sentidos, tanto como Sierra Nevada.

Respiró hondo y exhaló una bocanada del aire gélido de aquella mañana blanca, antes de hacer su aparición en los despachos de Carlos de Marena.

Este, como era su costumbre, le recibió con su sonrisa fingida y su brazo tendido.

Antón avanzó hasta él, se inclinó y evitó mirarle a los ojos. Postrado, besó su mano.

—¡Excelencia Reverendísima!

—Podéis erguiros.

—Acabo de llegar, monseñor —le informó, irguiéndose—. He acudido en cuanto he encontrado el edificio.

—Espero que no os haya costado demasiado.

—No, monseñor. Tal como fui informado, el edificio es lo suficientemente... En fin, quiero decir que es difícil no verlo.

—¿Le gusta la arquitectura?

—Tanta belleza no es habitual para quien pasa su vida a campo abierto. Por desgracia, los soldados no gozamos de ciertos privilegios.

El Obispo decidió saltarse los fastidiosos preliminares y fue al meollo.

—Y decidme... ¿qué tal os fue por Granada?

Antón encogió los hombros y gesticuló con los labios.

—La guerra con los moros se terminó hace ya meses, monseñor, y el trabajo escasea.

—Se me ha informado acerca de vos, y me consta que habéis hecho una campaña ejemplar.

—Agradezco el cumplido, monseñor, pero a la guerra no se va a hacer campaña. Solo intenté sobrevivir...

—Y lo habéis hecho muy bien. No cualquiera posee una hoja de servicios como la vuestra... Sois un soldado intrépido como pocos, según me han contado.

—Gracias de nuevo —Se inclinó—. Y gracias también por la confianza que depositáis en mí...

—Supongo que no habréis sido informado del motivo de mi requerimiento. Preferí hablarlo directamente con vos.

—Aunque no haya sido informado del trabajo, se me ha puesto no obstante al día acerca de los dineros.

—¿Y le parecen suficientemente generosos?

—En efecto. Gracias otra vez por confiar en mí.

El Obispo fue a su escritorio y de uno de los cajones sacó una bolsa de piel. Desde allí se la lanzó a las manos.

—Vaya esto por delante. Acabado el trabajo, volveréis aquí y seréis informado del siguiente paso.

Antón la sopesó, y una sonrisa iluminó su semblante. Si el trabajo a realizar era consecuente con esa succulenta paga, se imaginaba metido en otra guerra.

—Imagino —le dijo el Obispo—, que alguien inteligente como vos habrá deducido ya que no se trata de un trabajo sin riesgos. No habéis sido requerido para cuidar enfermos —ironizó.

—Ni se me pasó por la cabeza otra cosa, monseñor.

¿Conocéis a un guerrero apodado Visnú? Es mercenario, igual que vos —soltó sin tapujos.

El rostro de Antón palideció.

—¿Igor? —balbuceo, nervioso.

El Obispo notó el cambio en sus facciones.

—Observo que no es un extraño para vos...

Antón no necesitó contestar.

—Y eso —añadió el Obispo— me lleva a formularos necesariamente otra pregunta.

—Su excelencia Reverendísima dirá...

El Obispo no quería perder el tiempo y fue al grano.

—Necesito saber si os supone un problema acabar con él.

Antón titubeó y meneó la cabeza.

—Igor es un guerrero como hay pocos, monseñor.

El Obispo asintió y emitió un suspiro.

—Observo también que os referís a él por su auténtico nombre... Espero que ese notorio respeto que os une no suponga una barrera para llevar a cabo la misión para la que habéis sido escogido entre muchos. Confío en vos y tengo fe en que la llevaréis a buen término. La iglesia os necesita.

Antón se acarició una cicatriz que le cruzaba la cara desde la ceja hasta la barbilla. Su nerviosismo saltaba a la vista, pero intentó disimularlo.

—¿Y dónde puedo encontrarle, monseñor?

El Obispo se acercó una vez más hasta su escritorio y extrajo otra bolsa de piel. Sus tratos grises con miembros del cabildo les permitían tanto a ellos como a él llevar un fecundo plan de desarrollo económico, especialmente en lo tocante a lo personal, que se difuminaba entre la nada y la niebla administrativa.

—Me han informado que se encuentra no muy lejos de aquí; en una pequeña localidad próxima a Ochagavía.

¿Conocéis el valle de Salazar?

—No conozco esta región, monseñor.

—Tenéis algunas jornadas de viaje a caballo y tiempo de sobra para ir preparando el encuentro. —Le mostró la bolsa—. Cuando concluyáis vuestro trabajo, recibiréis la otra parte.

—Volveré monseñor —hizo ademán de retirarse—, y le informaré de...

—Una cosa más —le cortó el Obispo—. Os sugiero que evitéis mantener conversación con la víctima. Dada la fuerte amistad que un día os unió, sería una pena que se torciera vuestra misión... Ya conocéis el dicho: el roce hace el cariño.

—Así lo haré, monseñor.

El Obispo le despachó dándole la espalda.

—¿Sabéis leer? —Le sorprendió dándose la vuelta.

—No, monseñor. En mi trabajo, nunca lo necesité.

—Querría pedirlos algo más...

—Su excelencia Reverendísima dirá...

—Quisiera que me traigáis cualquier papiro, carta o lo que sea que lleve encima. Es muy importante.

—Ya he dicho que no sé leer, monseñor.

—No importa —disimuló—. Traedme lo que sea que lleven encima él o sus hombres.

—¿Él o sus hombres?

—O quién sea que haya tratado con él... Lo que veáis que contenga información, traédmelo. Yo cribaré.

—Así lo haré, monseñor.

—Podéis ir con Dios.

Antón descendió la escalinata como si le persiguiesen y no se detuvo hasta encontrar una cantina.

Pidió vino y se acomodó en la primera mesa que vio -la cantina se encontraba prácticamente vacía a horas tan tempranas- con la intención de beberse lo que no estaba escrito y perder el conocimiento.

Bebió un trago e intentó recuperarse de la sorpresa... lo que nunca podría haber imaginado ni esforzándose, es que se le encomendara la ardua tarea de ponerle fin a la vida de Igor Persson; habían luchado juntos en infinidad de ocasiones y siempre se guardaron respeto y lealtad.

El hecho de haber aceptado aquel encargo, suponía para él un giro radical; un cambio en sus paradigmas que tendría forzosamente consecuencias. Y no a largo plazo, de eso estaba convencido.

Estaba confundido, ¿pero qué podía hacer? Si Persson tenía que acabar, mejor ser él quien pusiese punto y final a su leyenda guerrera; la gloria le pasaría de rebote y sus salarios engrosarían en consonancia a su fama. Y si era al contrario, y el elegido para ser abatido fuera él, sería un honor caer a manos de un guerrero de la talla de Igor. El destino era así de caprichoso, pensó.

Recordó momentos en los que tuvieron que cubrirse las espaldas, y una casi imperceptible sonrisa se bosquejó en su semblante. Su pulso desbocado comenzó a estabilizarse desde el momento en que evocó aquellas situaciones límite en las que ambos se necesitaron para esquivar al destino. En aquel tiempo comenzaban a perfilarse sus respectivas famas de hombres

sanguinarios, y uno y otro despuntaron como leyendas. Igor fue conocido como el temible Visnú. Él, como el Maestro de la Muerte.

Cuando agarró la jarra, notó cómo su mano temblaba. Se dijo que en el fondo no era sino un encargo más; otra lid en la que habría de ponerse a prueba. Como siempre.

Pero eso no le consoló.

Esta vez era distinto.

—Podía sentir el aliento de la muerte en el cogote.

XLV

NUEVO COMIENZO

La puerta chirrió, y al trasluz se dibujó la regordeta silueta de Rodrigo.

—Traigo malas noticias —dijo sin rodeos.

—¿Cómo son de malas? —le preguntó Melissende—. ¿Tan mal está la cosa, que ni siquiera das los buenos días?

—¿Qué ocurre? —preguntó a su vez, Victoria.

—Si dijese que están mal, sería optimista. Están peor.

—¿Y no crees que deberías ponernos al día, en lugar de crear tanta tensión? Inténtalo, anda —dijo la anciana.

—Donde está Anué —preguntó.

Melissende encogió los hombros.

—Ese se larga por ahí y vuelve cuando se cansa. ¿Por qué lo preguntas? ¿Tiene que ver con él? ...Y cierra esa puerta, anda, que entra corriente.

—¿Y Tobías? —preguntó, empujándola con el pie.

—Por ahí estará, descolgado de todo... Ese también va a lo suyo. Aquí, últimamente todo está enrarecido.

Rodrigo avanzó hasta el fuego y se frotó las manos.

—Como ya sabéis, fui al pueblo.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó otra vez Victoria.

Meneó la cabeza y suspiró.

—A mí nada. Pero debo deciros que estáis en peligro.

—¿En peligro? —se sorprendió Victoria—. ¿Quién?

—Vosotras y Tobías.

—¿Melissende también?

—Y por extensión, nosotros y la criatura.

—¿Y a qué se debe eso?

—Visnú y sus secuaces tienen intención de hacernos una visita. Si no han venido ya, es porque está nevando. Aun así, no me fio.

Victoria se irguió de golpe.

—¿Y qué se supone que debemos hacer? —preguntó.

—No disponemos de mucho tiempo. Por lo que se ve, saben que eres joven, pelirroja y llena de pecas. —Miró a Melissende—. Y a ti, en contra de lo que piensas, haylos que no te temen... Si estáis aquí cuando aparezcan, esta historia habrá acabado, y no precisamente con final feliz.

Victoria estaba a cada momento más nerviosa.

—¿Y qué propones que hagamos —preguntó.

—Yo de aquí no me muevo —dijo la anciana.

—¿Y eso, por qué? —preguntó Rodrigo.

—Comparto tus planes de fuga, siempre que se limite a vosotros. A mí no me tocarán. Los que me temen ni lo intentarán, y los que no me conocen, nada tienen contra una vieja solitaria que vive sola en un bosque, siempre, claro, que cuando entren por esa puerta, se encuentren a una vieja sola y enferma...

Victoria intervino. Tenía los nervios a flor de piel.

—Anué debería coger al pequeño y marchar cuanto antes —propuso, con voz trémula.

Rodrigo aprobó la propuesta.

—Todos deberíamos abandonar este lugar, —propuso a su vez.

—¡Todos menos yo! —insistió Melissende—. ...Si esos llegaran aquí y lo vieran abandonado, sería mucho peor.

—¿Peor? —exclamó Rodrigo—. ¿Puede ser peor?

—Entonces sí que nos buscarían, y a conciencia. Ya no tendrían ninguna duda.

Rodrigo resopló y agitó la cabeza.

—Tengo que reconocer que lo que dices es verosímil.

—¿Pero no iremos a dejarla aquí? —protestó Victoria.

—¿Cómo tengo que decir que de aquí no me muevo?

—Tú te has expuesto por mi culpa —aclaró Victoria.

—¿Y qué? En realidad, llevo expuesta aquí desde hace ya muchos años. No tengo gran cosa que perder... ¿Qué pueden hacerme... violarme? Sería interesante...

Victoria no pudo contener la risa.

—¡Insisto! —gritó, no obstante—. Y no frivolices con eso, por favor.

—Debes confiar, Victoria, en que el riesgo es mínimo. Mi permanencia aquí, trae más beneficios que pérdidas.

—Si te ocurre algo, no me lo perdonaré jamás.

—Estaré bien —la tranquilizó—. Ya verás como todo se arregla.

—Rodrigo no la dejó acabar.

—Creo que deberíamos buscar a Anué —propuso—, y luego ya veremos. Estamos especulando por especular.

La puerta se abrió y apareció Tobías.

—¿A qué viene tanto grito —preguntó—. ¿Ya estás de vuelta, Rodrigo? ¿Cómo te ha ido? Acabo de ver el...

—Siéntate, anda. Tengo que hablar contigo.

—Tú dirás. Pero quería decirte que...

La puerta se abrió y apareció Anué.

—¿Alguna novedad, Rodrigo? Se te ha olvidado soltar las mulas...

—A eso iba yo... —masculló Tobías.

Rodrigo hizo un aspaviento.

—Son los malditos nervios —dijo en tono de queja—. Todo ocurre tan deprisa, que...

Anué levantó las dos cejas.

—¿Tan deprisa? ¿Qué es lo que ocurre tan deprisa?

—Pues que ya no sé lo que hago —suspiró—... Vengo a avisaros de que el peligro acecha, y parece que todo el mundo está más calmado que yo; y eso que a mí no me buscan...

Anué torció la boca y buscó asiento.

—¿Por qué no empiezas desde el principio —le animó cuando se acomodó—. Anda, siéntate y cuéntanos...

Rodrigo se puso nervioso. Titubeó unos segundos y soltó a bocajarro lo que le quemaba la garganta:

—¡Que tenemos que largarnos, leches!

—¿Así, sin más?

—¡Coged lo necesario y vámonos!

Un par de horas más tarde, estaban en la carreta.

Melissende les despidió desde la puerta.

—¿No os dejáis nada? —les preguntó.

—Quién nada tiene, nada olvida —bromeó Tobías.

—¿Seguro? —insistió.

—Sólo a ti, vieja... Sólo a ti —exclamó Anué en tono de despedida.

¡Cuídate!

DESTELLOS EN LA NIEBLA

II PARTE

*«Cuando el alumno está preparado,
aparece el maestro»*

PROVERBIO ZEN

XLVI

MONTE MISTERIOSO

Cuando abandonaron el bosque, estaba anocheciendo. Aún les esperaban largas jornadas de dura marcha, pero a cielo abierto, el camino se hacía mucho más llevadero.

Las mulas avanzaban a paso lento y corto; Rodrigo las sujetaba temeroso de que se lastimaran las patas debido a la escasa visibilidad del suelo; la capa de nieve era espesa y ocultaba los accidentes del camino.

El invierno se alargaba y la primavera comenzaba a dar tímidas señales de vida, pero no se decidía a brotar, y algunos caminos estaban poco menos que intransitables; aquél, uno de ellos.

Horas después, sin dejar de caminar hacia el nordeste, Rodrigo desvió a las mulas y tomó un camino serpenteante y pedregoso.

Victoria, posaba su cabeza sobre el hombro de Tobías, sujetaba a su hijo entre sus brazos y se movía al compás del vaivén del carro. Anué se ofreció a ir en el pescante junto a Rodrigo.

Si algo imperó durante el trayecto, fue el silencio; se diría que todo había sido ya dicho, y, les gustase o no, era aceptado como parte del plan establecido.

El druida alzó el brazo y dio con el codo a Rodrigo.

—Toma ese desvío —le dijo.

Rodrigo asintió y escupió; añoró hacerlo sin que nadie le recriminase; durante la estancia en la cabaña, tuvo que contenerse en infinidad de ocasiones. Si algo bueno tenía la vida nómada, eran esas pequeñas adicciones que daban color y sabor a su vida.

Oteó el paisaje que les rodeaba y carraspeó.

—Todavía no me has dicho a dónde vamos. —Soltó otro escupitajo—. Ya

me explicarás, porque por aquí solo se va a un lugar. Además, ya está muy oscuro; más que el culo de un mono.

Anué aprobó con un gesto y le felicitó:

—Veo que conoces el puerto de Larrau.

—¿Y qué? —le preguntó Rodrigo, sin apartar los ojos del camino. El valle de Salazar es grande. Además, esto ya es Ori, ¿no?

—Pasaremos dos días en casa de un conocido. Luego, yo y Teth nos separaremos de vosotros.

—¿Crees necesario separar a ese niño de su madre?

—Solo ralentizaríamos la marcha. Queda mucho por hacer: la hija tiene que aparecer... ellos deben esconderse... Solo seríamos un estorbo. Tú en cambio, sí podrías ayudarles.

—¿De verdad piensas que puedo?

—Te lo estoy diciendo...

—Pues si te digo la verdad, no sé por dónde empezar; ni siquiera sé por qué estoy aquí. Yo vivo de adivinar el puto futuro, joder... Aunque parezca una paradoja, yo...

—Pues bien vas con tener presente... el futuro, ni te lo plantees, lo tienes lleno de mierda. —le interrumpió.

—En eso estoy contigo. Y además no tengo excusas...

—Lo sé. Ninguno la tenemos.

—¿Lo sabes? A ver si el adivino vas a ser tú...

Anué suspiró.

—La caridad no existe, Rodrigo—, todo se hace por uno mismo; ese es el único motivo, evitar nuestro propio destino, por no hablar del dolor. Al principio puede que sí, que lo nuestro fuese un acto altruista... Pero dadas las circunstancias y después de estar metido hasta el cuello...

—En eso sí tienes razón. La mierda nos llega hasta el cuello.

—Por eso se ha convertido en una obligación...

—¿De verdad? ¡Pues estamos jodidos!

—Claro —asintió—. Esa es la razón de que estemos aquí. No apagamos el sufrimiento ajeno, sino el nuestro. Además no tenemos opción. Somos así y ya está. Aunque duela. Así morirás con una sonrisa en la cara —ironizó.

—¿No te pesa, tanto sarcasmo en el buche?

—Rodrigo el mártir... Ese será el epitafio en tu tumba —fue su respuesta.

Rodrigo le miró de reojo y sonrió sin ganas.

—Eso es lo más gracioso de todo... —admitió—. No somos dueños de

nuestro puto destino. Somos huidos de nada en busca de una quimera, y estamos ascendiendo el Ori, no sé por qué...

—¿No dices que eres adivino?

—Sí, pero del futuro de los demás...

—Lo entiendo.

—¿Lo entiendes? ¿Qué entiendes?

—Tu caso es parecido al de Moisés. Tienes ante ti la tierra prometida, pero no puedes poner los pies en ella...

—Eso mismo debió pensar Dragan. Era dueño de un secreto que le costó la vida descubrir.

—¿Y qué tiene que ver Dragan ahora?

—Media vida persiguiendo un sueño, para al final no poder disfrutar de él. El problema es que su hija...

Anué le dio una palmadita en la espalda y vaticinó:

—Su hija lo descubrirá, ya verás. Solo hay que darle tiempo al tiempo.

—¿Y por qué estás tan seguro? No lo puedo creer...

Anué le palmeó la espalda una vez más.

—¿Tú crees que Dragan era imbécil? —le preguntó.

—Pues no... Alguien con esa imaginación, no puede ser tonto. Pero...

—Pues si confió en su hija y no era tonto...

Rodrigo iba a replicar, cuando algo llamó su atención.

—¡Mira! —Apuntó a lo lejos—. Allí brilla algo.

—Debe ser una hoguera —asintió Anué—. Creo que ya estamos cerca.

—Pensé que iríamos hasta la cima.

—Nadie es tan idiota como para vivir en la cima. Ya es bastante duro vivir aquí.

—¿Y entonces, por qué cuando alguien se refiere a la cima...

Anué le dejó con la palabra en la boca.

—¿Lo transmite como algo especial que representa el logro máximo? ...
¿El lugar que hay que alcanzar?

—Algo así. El punto que hay que alcanzar, sí...

—Uno de mis maestros me contó un cuento a modo de fábula. Lo contaba a menudo, y siempre como si este le perteneciese de algún modo; como si se tratase de una vivencia personal. Al principio, no le hice mucho caso y casi se me olvidó. Sin embargo, cuando fui deshojando la vida, aquellas palabras fueron tomando forma definida y acomodándose en mi mente. No pude olvidarlas jamás, y me han servido de paradigma durante toda mi vida.

—Parece interesante. ¿Y de qué trataba?

—¿De verdad quieres que te lo cuente?

—Después de empezar a hablarme de él, creo que es tu obligación.

—Lo contaba así, como si se refiera a él:

«Sube a la montaña, me decían. Sube, todo está en la cima.

Nada puede compararse a la Cúspide, me repetían.

Subí y contemplé el panorama que se avistaba desde allí.

Era precioso. Nada se le podía comparar.

Pero no podía disfrutarlo desde tan alto.

Comencé a descender hacia la Cúspide»

—No está mal —admitió Rodrigo—. Aun sin conocerlo, no es nuevo para mí. De un modo u otro, también ha marcado mi vida.

—¿Entiendes por qué no es bueno vivir en la cima?

—Mira quién habla. El hombre de los bosques.

—Aproxímate al resplandor y para las mulas, anda... Es un descanso haber llagado. Tengo hambre y sueño.

—¿Quieres decir que dormiremos en un catre?

—Nuestro anfitrión, sí. Nosotros lo haremos donde él diga, Bastante suerte tenemos de dormir bajo techo.

—¡Pues qué ánimos! Yo puedo hacerlo en el carro.

—Ya te digo. Hay quien nunca se conforma con nada.

Poco después se detenían frente una hacienda cercada por una empalizada. Anué saltó del pescante y abrió la valla que limitaba la propiedad y voceó:

—¡Lucaaaaaas!

Un hombre asomó por una de las ventanas.

—¿Quién vaaaaaa?

—¡Soy Anueeeeé!

El hombre corrió a recibirle y le abrazó.

—¿Qué haces aquí, cabronazo?

—¡La vida!

—¡Tú y tus líos...!

—¡No vengo solo! —avisó Anué. Necesitamos cobijo.

Rodrigo saltó del pescante y se presentó a su manera:

—Oye, no podéis dejar de gritar... —se quejó.

—¿Te molesta?

—Vais a despertar al niño.

—Calla anda... Hasta tus mulas lo agradecerán. Verás como rebuznan cuando vean un cobertizo seco.

Rodrigo soltó un gruñido, pero no replicó. Cierto que los animales necesitaban un descanso, y comida; más que ellos. Se detuvo junto a un cobertizo que resguardaba a más animales y liberó a sus bestias de los correajes, bajo la atenta mirada de un perro pastor que le seguía en cada movimiento y no paraba de ladrar ni de olisquearle.

Cuando entró en la casa sintió que todo el cansancio de los días anteriores se le echaba encima. El calor de la hoguera y la tenue iluminación de los cirios actuaron como sedantes y le hicieron sentir una paz similar a la de de cabaña.

Los demás esperaban junto al anfitrión; un hombre de baja estatura, complexión delgada y bien vestido.

Le recibió con una sonrisa llena de dientes.

—Le esperábamos —dijo—. ¿Ha acomodado ya a sus mulas? Pasarán una buena noche, no tema. Hay forraje y agua suficiente; nos ocuparemos de que no les falte nada, señor... —le ofreció una silla junto a los jóvenes, quienes, desentendidos de la conversación, jugueteaban con Teth, y se sentó junto Anué, quien aprovechó la ocasión para explicarle el motivo de su visita.

—Como te decía... —le informó—, necesitamos...

—Ya me lo has dicho, viejo. No sufras, esta es tu casa. —Miró a Rodrigo y añadió—: De no ser por éste, yo no viviría. Nunca podré agradecersele suficiente.

—Pues me pagaste muy bien por ello —replicó Anué.

—No hay riqueza en este mundo que pueda pagar un día de vida. Es mucho mejor que el dinero esté en manos como las tuyas, que en el bolsillo de algún desalmado... Antes que tú pasaron unos cuantos charlatanes, créeme. Todos ellos se deshacían en extensas y dulzonas explicaciones; palabras que no entendían ni ellos... En cuanto apareciste, supe que me curarías.

Rodrigo preguntó, curioso:

—¿Y a qué se debió esa...

—Lucas no le dejó acabar.

—¿Seguridad?

—¿A qué se debía? ¿Cómo supo que era distinto?

—¡A su gran calma! —exclamó—. Ni siquiera abrió la boca el muy bribón. Hablaba con los ojos. No necesitaba decirme nada, para que confiara en él.

—¿En serio no le dijo nada?

—¿Le extraña? El silencio es a veces más explícito que un gran discurso.

—¿El silencio? —opinó Rodrigo mirando a Anué.

—Parece que esa palabra nos persigue —admitió este.

Lucas les miró y estalló en risas.

—Hay silencios que dicen más que mil palabras. Os lo digo yo... Cuantas menos palabras lleve una frase, más se la entenderá. Menos, es a menudo más. Si alguien tiene algo que decir, lo hará sin rodeos y procurando ser claro; posando delicadamente cada palabra en la mente del que le escucha. Eso es lo que las hará inolvidables.

—¡Otro sofista! —masculló Rodrigo.

—¿Decía? —le preguntó Lucas.

—Nada, nada. Pensaba en voz alta.

—¿Otra vez el silencio? —intervino Victoria.

—Rodrigo asintió con una risita.

—Parece ser que está cosido a nuestra vida —dijo.

—Terminaré pensando que es una señal —dijo ella.

—¿Acaso lo dudas? —intervino Tobías.

Victoria hizo una mueca y alzó los hombros.

—Yo ya no sé ni qué pensar... —dijo, desanimada—. Estoy en blanco. ¿Cómo voy a razonar con coherencia, si no sé si mi hija continúa con vida, ni si volveré a ver a la mujer que salvó la mía... Y por no mencionar que estoy huyendo de no sé quién por no sé qué, con una criatura que hasta este momento, solo ha conocido la adversidad.

Tobías la abrazó con fuerza e intentó animarla.

—¡Cálmate! —Todo saldrá bien Lo presiento.

—¿Alguien da más...? —repuso ella retirándose las lágrimas—. No podéis imaginar ni por asomo, el esfuerzo que tengo que hacer para no caer desanimada. Cada vez me cuesta más ser optimista.

—Veo que tenéis problemas —medió Lucas.

No tema usted... —le tranquilizó Tobías—, tan solo necesita desahogarse un poco.

Anué intentó aminorar la tensión, y cambió de tema.

—Oye Lucas, ¿qué tal se te dan las adivinanzas?

—¿A qué te refieres?

Extrajo de su zurrón los manuscritos y los puso sobre la mesa.

—Necesitamos una mente sin contaminar... alguien que nos ayude a descifrar estos legajos. A lo mejor, hasta te suenan.

—¡Buenoooooooo! —Silbó al ver el fajo—. Yo no tengo ni idea.

—Sin embargo —le recordó Anué—, hace un rato has mencionado la palabra «silencio», en un tonillo que...

Lucas señaló los legajos.

—¿Y qué tiene que ver el silencio con esos...

—Si te dijera que todo, quizá exageraría; por lo tanto, lo dejaremos en «mucho». Esa palabra parece perseguirnos, sea por la causa que sea. Van demasiadas veces ya...

—Quizá exista alguna razón para ello...

—A eso iba. Es posible que no sea casualidad.

—Bueno —reflexionó Lucas—, ese silencio del que yo...

—El silencio es el silencio... —le cortó Rodrigo—. Y vaya por delante que no iba desencaminado.

Lucas arqueó una ceja.

—¿A qué se refiere?

—Sus palabras me recordaron al judío Jeremías. Eso de... ¿cómo era?, *menos es más*, le ha salido del alma y ha tocado la mía.

—¿Amigos para siempre, entonces? —bromeó Lucas. ¿Quién es Jeremías?

Rodrigo continuó como si no le hubiera oído.

—Y lo de: *posar delicadamente las palabras*, ya ni le cuento.

—Hacía tiempo que no me agasajaban tanto...

—A lo que íbamos —retomó Rodrigo—. Háblenos del silencio, o de lo que estaba diciendo cuando...

—No hay nada nuevo —le cortó—, solo quería darles a entender que dos palabras dicen a menudo mucho más que diez. Si algo puede ser explicado o entendido con pocas palabras, ¿para qué extenderse? Si no aguantan con dignidad un dos más dos, es que no merecen ser tenidas en cuenta; no pasarán de ser una enorme pila de palabras retorcidas, con ánimo de confundir...

Rodrigo y Anue cruzaron una mirada.

—Lo dicho —repitió Rodrigo—. Este y Jeremías están en el mismo barco.

—Parece que se hayan puesto de acuerdo —intervino también Tobías, contento de poder participar en algo.

—Sí. Y Dragan lleva los remos —apostilló Anué.

—Hay que pensar como un bebé —apostilló Tobías. Las extrañas reflexiones en el cobertizo parecieron venir de golpe a su mente—. El otro día estuve pensando, ya os lo dije, y llegué a esa conclusión.

—Razón de más para seguir en esta línea... —aprobo el druida—. Todo conduce a las palabras: niño y silencio.

Lucas les felicitó con un aplauso.

—No tengo ni idea de a dónde queréis llegar, pero sí sé que esas palabras, si se juntan con inteligencia, forman un todo indiscutible.

—Acláreme eso —pidió Rodrigo.

—Lucas se removió en la silla y se aclaró la garganta.

—Esos condenados niños lo saben todo —explicó.

—¿Usted cree? —preguntó Rodrigo.

—Asintió y carraspeó.

—¿Alguien de vosotros tiene o ha tratado con alguno de cinco a diez años?

—Todos negaron a la vez.

—Yo tengo arriba uno de doce. Son la leche. Cuando son bebés, solo tienes que ver su expresión para saber lo que quieren, y cuando crecen, razonan de forma sencilla, básica. Tanto, que acaba uno preguntándose quién es en realidad el niño, si uno o él. Lo que os decía: sin hablar, dicen... Y eso lleva a pensar que el silencio es a menudo más explícito que las palabras.

Anué resopló a moflete hinchado.

—¡Joder! Pareces el puñetero judío. Le has robado las palabras.

—¡Corroboro! —apuntaló Rodrigo.

—Y yo... —intervino Tobías.

Lucas retomó la palabra.

—Aun a riesgo de parecer una contradicción, haced lo siguiente: reducid cualquier idea o teoría a su punto más simplón. Si no aguanta esa embestida, pues de eso se trata, existen posibilidades de que sea un bulo —aseguró.

—Algo así necesitaba oír —admitió Anué—. Llevaba dándole vueltas desde nuestra visita a ese puñetero judío, pero tenía que escucharlo de otros labios.

Rodrigo le dio unas palmaditas en la espalda a modo de felicitación.

—Celebro esa repentina lucidez mental... —le dijo—. Ahora habrá que llevarla a la práctica. —Miró a Victoria y se rascó la coronilla; de forma repentina rememoró la conversación con Jeremías y algo comenzó a bullir en su cabeza.

—¿Te suenan más de un bastón, en boca de tu padre?

—No lo sé. Estoy confusa, pero creo que no...

—¿Estás segura? Es importante.

Victoria cerró los ojos. Segundos después, negaba con un gesto rotundo.

—No me consta, la verdad. ¿Por qué?

—¿Pero tu padre buscaba una reliquia, o más?

—Buscar, buscaba. Pero nunca llegué a saber bien de cuantas se trataba... ¿tenéis alguna idea? ¿Y a qué viene eso?

—A que el judío nos habló en efecto de ese artilugio; El Bastón de Mando, pero también habló de otro bastón: La Vara de Moisés.

—¿Dos? ¿Y qué conclusión sacas de eso?

—Es curioso, pero en esta historia todo está repetido. Hay dos bastones, dos vasos sagrados, dos gemelos; hasta nuestro querido Percival tiene dos nombres.

Victoria frunció el ceño.

—¿La Vara de Moisés, dices?

—¿No te suena de nada? —insistió—. Podría tratarse de...

—Es extraño —medió Anué— que Dragan depositara confianza ciega en que su hija solucionaría este entuerto, y no le mencionara ni de pasada, algo sobre el motivo... ¡No! Yo creo que nada tiene que ver con la Vara.

—¿Y si tenía sus razones? —dijo Lucas, observando el manuscrito—. Por cierto, una preguntita: ¿a qué diablos viene esto de los gemelos?

Anué meneó la cabeza y suspiró.

—Esa es otra de las incógnitas que tenemos —dijo—. Yo pienso que es para despistar. Cuando la chica parió a sus gemelos, el ya había muerto. Debe ser casualidad.

—Ah, ¿pero es que tiene gemelos? Antes escuché algo sobre una niña desaparecida, pero no sabía que fuera...

—Pues, sí, Lucas. Estamos en un laberinto de cuidado y no sabemos por dónde tirar.

—¿Has dicho laberinto?—exclamó Victoria.

Todos se volvieron, esperando que continuara.

—No sé, no sé... —continuó ella—. Seguro que esto que voy a decir está cogido por los pelos, pero cuando yo escapé del castillo, mi padre me advirtió de otro túnel. Uno que se encontraba...

—¿Y...?—la interrumpió Anué.

—Cuando os indiqué el camino, dejé bien claro cada detalle que debíais seguir, pero no os mencioné el otro túnel...

—Algo raro notamos... pero seguimos tus indicaciones y dedujimos que aquello sería una cueva sin salida.

—Y no os equivocasteis. No existe salida en él.

—¿Y a dónde quieres ir a parar?

—Ya dije que está cogido por los pelos. Pero cuando has pronunciado la palabra laberinto, me ha venido a la cabeza ese túnel... ¿Existe algo que se le parezca más?

Tobías empezaba a ponerse nervioso.

—¿Vas a aclarar de una vez lo que estás pensando, o no? —espetó.

—¡Cálmate, muchacho! —Exclamó Anué—. Deja que continúe. A ver a dónde nos lleva ese maldito túnel...

—¿Quieres decir que no tenía salida? —preguntó a su vez Rodrigo.

—Al parecer se construyó para despistar. De ahí que me viniera a la cabeza. Entonces se me ocurrió que este enredo está plagado de dualidades.

—¿Qué quieres decir...? —preguntó Rodrigo mirando al resto—. ¿Vosotros entendéis algo? Yo voy entendiéndolo pero no me gusta.

—¿Y por qué no te gusta? —le preguntó Anué.

—Porque si no era suficiente un puñetero galimatías, ahora hay dos.

—Victoria rió su ocurrencia y explicó:

—¿Y si el signo Géminis nos indicara que todo puede ser analizado de dos maneras? Podría ser una probabilidad ¿Recordáis el poema de Parsifal que mi padre guardó en el cofre?

—En efecto —aprobo Anué—. ¿Y qué?

—¿Y recordáis haber dicho que el que este se encontrara encima de los otros documentos, no os parecía una casualidad?

Ambos asintieron a la vez. Rodrigo intentó decir algo, pero ella fue más rápida.

—¿Y recordáis los versos que tanta gracia os hicieron?

Se miraron, y como si aquellas palabras hubiesen sido la señal para empezar y recitaron a dúo:

—*Confundirás a los caballeros y hasta al mismísimo Parsifal.*

—¿Os dais cuenta —les dijo— que todo está debidamente preparado para confundir? Todo tiene su par, con intención de despistar... Puede que Rodrigo no estuviera desencaminado cuando dijo que en esta historia todo es doble. Todo tiene una historia paralela. ...¡Hasta tenemos dos túneles!

—Es lo más lógico que he oído —intervino Lucas—. ¿Veis hasta dónde nos ha conducido el silencio? Como os dije, y si no lo dije, lo digo ahora, el silencio está lleno de todo, menos de vacío. Las palabras pueden ser engañosas; todo lo engañosas que queráis. Pero el silencio, nunca.

Victoria retomó la palabra para advertirles:

—Ahora debemos descubrir cuál de cada dos es la real y confiable, porque una de cada es forzosamente falsa.

—¿Y a qué pensáis que se debe? —preguntó Anué sin esperar respuesta—. Pues se debe a lo que ya comenté la otra vez; que tanta réplica de todo, solo puede obedecer a una causa, y es que Dragan ya contaba con que las cajas caerían en manos extrañas. Y si me apuráis, hasta estaba seguro de que alguien aparte de su hija descubriría lo que guardan en sus tripas. Si no, no tiene sentido.

—Luego estamos como al principio —se quejó Tobías.

—No exactamente.

—¿Tú crees?

Anué suspiró y le dio una palmadita en el brazo.

—Avanzamos y avanzamos —le dijo—, y no sabemos que estamos volviendo. Pero cuando nos encontramos de nuevo en el punto de partida, intuimos qué camino no debemos volver a seguir.

—También es cierto —admitió Tobías.

—Del todo de acuerdo —aprobo Rodrigo.

—Sabias palabras —bromeó Lucas—. Son dignas de mí...

—Anué miró a Victoria y le dijo:

—Abre las ventanas de tu vida, hija... Asómate a tu ayer y revisa minuciosamente tu pasado, porque solo él representa el almacén de lo que eres y es clave de lo que puedes llegar a ser. Si haces esto como es debido, notarás un viento nuevo soplando en tu presente, que te refrescará y se expandirá hasta tu futuro. A partir de entonces, ya no serás más la misma. Desde ese crucial momento, comenzarás a ser libre.

Victoria meditó el consejo del druida, y como si en él estuviera indicado el itinerario a seguir, exclamó:

—Tenéis que regresar al castillo.

—¿Otra vez? —protestó Tobías—. ¿Para qué?

Victoria le miró y sonrió como si todo fuera adquiriendo color y forma en su cabeza.

—Para explorar el otro pasadizo —dijo, convencida.

—La voz de Lucas sonó jubilosa cuando propuso:

—¿Qué os parece si comemos y bebemos un poco?

Anué, imbuido en sus pensamientos, ni le oyó.

—Esto de volver al castillo, es un riesgo —dijo—. Se suponía que nos

alejábamos del peligro, pero volvemos a él de cabeza y nos vamos a meter hasta las trancas.

—Estoy obedeciendo tu consejo —le dijo Victoria—... Si no lo hago, creo que nunca estaré segura de...

—Está bien, está bien... —la interrumpió—. Se irá.

—Celebro que lo entiendas —agradeció ella.

—Pero sabed que después desaparezco. No es cosa de ponérselo fácil a esos mercenarios.

Rodrigo levantó el dedo y se apuntó.

—Yo me voy contigo.

—Pues los tres... —rectificó Anué.

Victoria levantó las dos cejas.

—¿Qué tres? —le preguntó.

Anué hizo un gesto de sorpresa.

—¿Cómo que qué tres? —Señaló a Rodrigo—: Pues este, tu hijo y yo... ¿O es que quieres que te quiten a este también? Os indicaré cómo llegar a mi morada. Cuando deseéis, pasaos por allí. Seréis bien recibidos, pero yo no os aconsejaría aparecer sin tu hija. Ahora es el momento de buscarla. En el peor de los casos, nunca está de más que lo tengamos en cuenta, estará muerta... pero es más fácil vivir sabiendo que algo no tiene remedio, que tener una duda clavada dándote vueltas toda una vida.

Lucas notó que Victoria estaba yéndose abajo y sacó el tema de la comida.

—¿Comemos? —insistió—. Yo estoy hambriento.

Tobías escudriñaba el legajo. Aunque no lo entendía, interpretaba a la perfección el dibujo del signo Géminis. Pensó en las últimas deducciones habidas y comenzó a entenderlo. Ella tenía razón, aceptó, tenían que explorar el otro túnel. En ese agujero infecto, podía encontrarse la solución al galimatías que les impedía dormir. Ese signo al pie de la carta de El Ermitaño, tan solo podía significar que todo era presentado deliberadamente de una manera doble. Y eso le llevaba a la conclusión de que no estaba equivocado. La poca experiencia que tenía, daba de sobra para augurar que en ese agujero sin salida, estaba la única puerta por la que podrían escapar.

Lucas, empeñado en cambiar de tema, insistió:

—¿Seguro que nadie tiene hambre?

El entorno de la fortaleza presentaba el mismo aspecto que la vez anterior. La

nieve, no tan espesa, comenzaba a dejar al descubierto los restos de la terrible masacre, pero a pesar de esa compañía macabra la sensación de soledad era exactamente la misma. Aquella mañana lucía un sol espléndido, pero el viento helado del norte, añadido a la humedad de la nieve, producía una extraña sensación de destemplanza.

Rodrigo soltó una rienda y señaló los cadáveres que se hallaban dispersos por el patio de la fortaleza.

—No me hace gracia este espectáculo —dijo.

—¿Y a quién crees que se la haría? —replicó Anué—. Es un drama, no un espectáculo.

—Yo me entiendo... —repuso Rodrigo.

—A mí tampoco —se quejó Tobías—, pero es que ni siquiera me la hace el haber venido.

Rodrigo paró junto a una muralla que parecía protegida del viento.

—Será mejor que dejemos aquí el carro —propuso—. Las mulas lo agradecerán. No quiero que anden por ahí pisando muertos.

Anué estuvo de acuerdo.

—Buena idea —aprobó—. Borearemos esa muralla y entraremos a la torre por aquél lado —Alargó el brazo—. Es al parecer un camino limpio.

Minutos más tarde levantaban la losa que tapaba los pasadizos.

—¿Listos para bajar? —preguntó Anué sujetando la tea—. Seguidme con cuidado y mirando dónde pisáis.

Tobías se agarró al hombro de Rodrigo y se dejó guiar.

Anué iba en cabeza y avanzaba arrastrando los pies, para no pisar las ratas; aquél agujero estaba lleno. Tobías y Rodrigo pisaban las que esquivaba.

—¡Repugnantes y sucias ratas! —se quejó Rodrigo—. Pisa alguna Anué. ¡Me las estás dejando todas, joder!

Tobías le dio una patada a una y la estrelló contra las que le estaban cercando.

—¿Y entonces, por qué las estoy pisando yo? —dijo.

Llegados a un determinado punto, Anué se detuvo y aguzó la vista hasta que divisó otro pasadizo.

Se volvió a ellos y guiñó un ojo.

—¡Por fin...! —agradeció Tobías.

—Puedes jurarlo... —apostilló Rodrigo.

Anué apuntó con la tea hacia el nuevo pasadizo y fue avanzando despacio. Entonces, sin saber por qué motivo ni qué le indujo a ello, recitó con voz

grave un conocido versículo bíblico:

—«*Conocerán la verdad, y la verdad les hará libres*».

Cuando divisaron la hacienda, estaba oscuro. La negrura les recordó su recorrido por los pasadizos; el cielo estaba encapotado de nubes oscuras y no se veían estrellas.

Las mulas aceleraron la marcha al atisbar en la lejanía los tímidos fulgores de las velas, así como el humo de las acogedoras brasas, que impregnaba el aire con su aroma.

Rodrigo las fustigó y exclamó, jubiloso.

—Creo que nunca me sentí igual ante una llegada al destino.

Anué secundó sus palabras.

—Te entiendo. Me ocurre parecido. Ya era hora...

Rodrigo se volvió y oteó el interior del carro.

—Habrá que ir despertando al muchacho —propuso.

—Déjalo descansar hasta que llegemos. Está al límite de emociones, el chaval. Necesitaba dormir. No entiendo cómo ha podido aguantar tanta tensión.

Victoria salió a recibirles, y cuando estuvieron frente a la puerta, acudió en busca de Tobías.

—¿Cómo ha ido todo? —les preguntó—. ...¿Estaba yo equivocada?

Anué negó con la cabeza y saltó del pescante.

—Despierta a tu amado, anda. Ya hablaremos dentro. Dicho esto, fue a la parte trasera del carro y sacó un baúl.

Lucas apareció en la entrada.

—Los ojos que os ven —exclamó—. ¿Tenemos que ir preparando vino para celebrar algo...? Traéis cara de que sí...

—Ya veremos... —se adelantó Rodrigo—. Pero con la helada que está cayendo, o sacas vino, o lo saco yo...

—Tengo uno que os gustará —aseguró—. Y también una cena de las que le hacen revivir a uno.

—¿Ya está hecha?

—Y esperándonos en la mesa. Mi hijo y el de la chica ya están dormidos... Mí Teresa nos espera dentro.

Rodrigo miró a Victoria y señaló el carro.

—Saca al dormilón, anda. La cena le sentará bien.

—Vamos dentro —propuso Lucas—. La cena espera.

—Te lo agradezco, Lucas —terció Anué—, pero antes que nada, voy a abrir este baúl. Será un minuto, descuida... es que me come la curiosidad.

Lucas le echó un vistazo al cofre y resopló.

—Habrá que forzarlo...

—¡Pues se fuerza! ¿Tienes herramienta, no?

Minutos después, todos estaban reunidos en torno a la mesa.

Rodrigo pinchó una tajada.

—La carne tiene una pinta excelente —reconoció— y compagina a la perfección con el hambre que tengo.

La esposa de Lucas, le agradeció la alabanza con una sonrisa.

Rodrigo se llevó un pedazo a la boca y suspiró de puro gozo.

—Gracias Teresa. Esta salsa tiene aspecto de estar tan exquisita como huele... Es usted una gran cocinera.

—Cierto —le secundó Anué dando un bocado.

Tobías cogió un gran pedazo con la mano y se lo dio a Victoria.

—Come —la animó—. Creo que lo necesitas tanto como yo. Luego iremos a dar una vuelta por la hacienda.

—Es una noche muy oscura —dijo ella a la vez que daba un bocado al trozo de carne—, y hace frío...

—Mejor que mejor —susurró él haciéndole un guiño.

Ella bajó los párpados y emitió un suspiro; en el fondo lo deseaba tanto como él. Durante las últimas semanas, apenas habían tenido ocasiones para estar a solas y había llegado a desearlo con todas sus fuerzas; a necesitar que él la abrazara, la desnudara, la traspasara y transportara a ese mundo de ensueño que descubrieron juntos en aquél bosque. Pero Tobías ya no era el mismo. Las consecuencias de la nefasta tirada de Runas le convirtió en un ser huraño y poco sociable. Solo el transcurso lento de los días y tratamiento de Anué fueron restituyendo en él su anterior personalidad.

Le miró a los ojos y entrecerró los suyos con gracia.

Tobías captó al instante su mudo mensaje; esa noche era fría y perfecta para perderse en el calor de su cuerpo, de sus senos, de sus labios, y empaparse con la templada humedad de sus ingles. Aquella fría noche estaba hecha para despojarla de ropa; para abrasarse con su ardor; para penetrar en ella en cuerpo y alma hasta quedarse vacío... Para fundirse en el celestial infierno de su cuerpo.

Ese pensamiento le hizo sentir un escalofrió desde la cabeza a los pies.

La voz de Lucas le trajo de nuevo a la mesa.
El anfitrión escanció vino en todas las jarras y levantó la suya.
Todos le imitaron a una.
—Por nosotros y por vuestro enorme descubrimiento —brindó.

XLVII

LOS ESCOMBROS DEL PASADO

El Obispo soltó al niño que apresaba entre sus brazos y le dio una palmadita en las nalgas.

El joven agachó la cabeza y corrió a refugiarse tras uno de los biombos que amueblaban la estancia. Una vez tras él, permitió que sus lágrimas brotaran como fuentes de puro dolor y se llevó una mano al recto ensangrentado y dolorido.

El Obispo, oyendo sus lamentos, suspiró como si no le entendiera; ¿a qué santo venía ese comportamiento? —se preguntó—, le había tratado como a una pequeña joya.

—Anda, vístete... —le dijo con voz melosa—. Ya haré porque vengas otro día. Por hoy estoy más que satisfecho, querido.

El muchacho se apresuró a ponerse la ropa y corrió hacia la puerta.

—¡Quieto ahí! —le gritó, cuando ya tocaba el pomo.

Se detuvo en seco y se volvió, no por educación, sino por temor; no era la primera vez que el Obispo actuaba así, y el castigo que acostumbraba a infligir a quienes no le demostraban debida educación y sometimiento según su clerical criterio, era tan horrible o más que su manera de tratarles.

—Dile al que espera ahí afuera que no entre. Por hoy ya no necesito más.

El joven asintió sin abrir la boca y salió de puntillas y sin volver la vista atrás.

Se puso en pie, cubrió su cuerpo y se acercó hasta la ventana. Todo en la vida era un regalo, y especialmente para aquellos que se lo podían permitir... Y él, pensó, orgulloso de cómo le iban saliendo las cosas, pertenecía a esa selecta minoría que no conoce límites; cuando quería algo, lo cogía. Y sí ofrecía resistencia, lo arrancaba... Pero toda esa licenciosa manera de vivir la

vida, no terminaba de colmar sus inconfesables ambiciones; sus desmedidos delirios de grandeza le incitaban a buscar nuevos retos.

Pensó que era un hombre afortunado; un hombre con suerte tocado por el dedo de Dios. Uno de sus elegidos.

Recordó su niñez y adolescencia y su rostro se trocó en una grotesca mueca, pues no siempre fue así; tuvo asimismo un pasado repleto de miserias e incertidumbres que, aunque sin conseguirlo, se esforzó en olvidar.

En cuanto comenzó a tener uso de razón, todo fue diferente, su vida dejó de ser la misma y se convirtió en un juguete sexual de propios y extraños y del sexo que fuera. Ultrajado vil y salvajemente sin la menor piedad, terminó por aliarse con el dolor y lo convirtió en una de sus compañías más placenteras y dulces. Eso le permitió más adelante conocer a personajes de cierta relevancia y poder que le ayudaron a trepar la montaña de la vida y a conseguir, no sin esfuerzo, un rango privilegiado que le abrió y continuaba haciéndolo, puertas que la mayoría de los mortales ni siquiera se atreverían a tocar.

Pero aún le quedaba una puerta por cruzar; la más difícil; la de pomo más escurridizo, pero la que le llevaría a la cima del mundo.

Levantó su camisón, se miró el bajo vientre y genitales, y oscuros fantasmas de tiempos remotos parecieron emerger con tanta fuerza, que hasta volvió a sentir dolor con la misma intensidad que en el pasado; durante una breve pero intensa fracción de tiempo, revivió y apreció aquellas llagas ulcerosas que le hicieron más daño a sus ojos, que a su cuerpo. El tiempo pasó y desvaneció con él su recuerdo, sin que ningún médico llegara a descubrir la raíz de su mal; un mal de aspecto horripilante que haría vomitar a una rata. Sin embargo, todo mal trae consigo el germen de algo bueno, y el suyo hizo que sintiera fuerza; una fuerza mental sobrehumana: la fuerza de un dios.

Fue hasta un falso muro, lo removió y sacó un viejo y grueso tomo lleno de polvo y telarañas. Una sonrisa sin acabar apareció en su rostro cuando lo abrió; sus páginas ocres y sucias de tinta corrida desprendieron nostálgicos efluvios que evocaron una rara sensación agridulce en él.

Lo acercó a su nariz y cerró los ojos disfrutando del aroma a papiro antiguo; hacía aquel ritual con frecuencia, especialmente cuando los planes no salían tal como los había proyectado y su estado anímico se derrumbaba privándole de apetito y sueño.

¿Por qué tenía que torcerse la cosa cuando más cerca estaba de conseguir

su sueño, por qué? Se lo preguntaba en aquellas ocasiones en que el destino parecía confabularse contra él, pero nunca hallaba respuesta.

Inspiró con fuerza y se dirigió a la ventana. Comenzaba a llover y el blanco manto de nieve que cubría todo, desaparecería sin tardar, no dejando ni rastro de su paso; el mismo que dejaría él si no solucionaba con rapidez el asunto que le impedía conciliar el sueño.

Conseguir el dinero para llevar a cabo sus proyectos, nunca fue un obstáculo, sabía bien que con un puñado de monedas se conseguía mucho más que con un puñado de promesas, y aquellos que utilizaba como herramienta para llevarlos a buen puerto, lo necesitaban tanto como él necesitaba El Bastón que le conduciría a la cúspide del mundo.

Pero todo estaba estancado; nada daba la sensación de moverse. Los días negros pasaban con sus noches blancas y no recibía noticias de Antón.

¿Se habría deshecho ya de Visnú?, se preguntaba cada día. ¿Habría conseguido este, deshacerse de Antón? Todo eran preguntas sin respuesta; incluso el maldito paradero de la hija de Dragan, era una incógnita.

Posó los ojos en el libro y suspiró. Percival, el viejo y polvoriento tomo que leía, releía y hasta olisqueaba con pasión, no acababa de hacerse realidad en él. Solo pensar en la posibilidad de que sus planes fracasaran le quitaba el aire.

Dejó el libro y apretó los puños con toda su rabia. Los días dejaban paso a las semanas y las semanas a los meses, pero nada cambiaba excepto el clima.

Levantó de nuevo su faldón y observó sus genitales; la enfermedad no había dejado ninguna secuela en él, más allá de esas feas úlceras supuriantes, sin embargo, no era ni se sentía el mismo que antes de contraerla. O al menos eso le parecía, porque a pesar de no encontrarle ninguna explicación a esa extraña sensación de sentirse distinto al resto, sí notaba desde entonces, y más fuerte con el pasar de los años, su proximidad con Dios, además de similitud con algunos personajes bíblicos. Como ejemplo palpable, ahí estaba el radical Saulo de Tarso; rebelde que padeció una metamorfosis mental, convirtiéndose de la mañana a la noche en un fanático que dedicó lo que le quedaba de vida a una causa que antes persiguió con el mismo ardor.

El hecho de padecer aquel mal le condujo a escudriñar las escrituras, y sus ánimos fueron creciendo de una manera gradual a medida que fue descubriendo la vida y milagros de ese tal Saulo, más adelante Pablo, que, valga la redundancia, padecía en su carne, si no el mismo mal, uno muy parecido. Y lo pregonaba tanto en sus numerosas cartas, que hasta transmitía

la sensación de vanagloriarse por tenerla, llevándole posiblemente a creer que se trataba de una bendición.

XLVIII

HIJOS DE NINGÚN DIOS

Orbaitzeta no había cambiado. Todo seguía igual, con excepción de que tenía una casa menos.

Tobías cogió a Victoria de la mano y caminaron por la tierra embarrada que ponía la nota triste a las callejuelas que conducían a la plaza. La nieve dejaba paso a la lluvia, y el invierno a una primavera que parecía adelantarse en la región.

El alguacil Armando Guerra se cruzó en su camino y les obsequió con una llamativa sonrisa de bienvenida. Él estaba como el pueblo, igual, pero con un diente menos.

Lo que sí marcaba diferencia con respecto al poblado, era que la ausencia del caserón quemado, no era perceptible ni significativa para los extraños, y el negro hueco que lucía Armando, precisamente dotado con dentadura voluminosa, provocaba risa a cuantos se cruzaban con él.

Tobías la contuvo como pudo y se le acercó.

—Disculpe —le dijo—. Buscamos a una niña de pocos meses, y me preguntaba si usted, que está al corriente de todo lo que ocurre aquí...

El alguacil le cortó a la vez que les observaba.

—Me suenan mucho vuestras caras.

—Ya.

El alguacil se acarició el mentón, pensativo.

—Aunque ahora no caiga, os conozco —dijo—. ¿Sois comerciantes? Por aquí circula mucha gente; sobre todo cuando hay mercado.

—No, no somos comerciantes. Solo estamos de paso, y buscando a una niña. Me preguntaba si alguien la habría visto por aquí. Aunque solo sea de pasada.

Armando se rascó la coronilla y removi6 sus mltiples recuerdos, pero no recordaba haber visto a ninguna ni6a que no perteneciera a alguna familia local.

—En d6as de mercado —le explic6—, hay demasiada gente por aqu6. No es nada f6cil quedarse con una cara, especialmente si es de un reci6n nacido. A m6 todos me parecen iguales.

Tob6as hizo una mueca, e insisti6 con otra pregunta:

—¿Y existen por los alrededores de Orbaitzeta, casas o haciendas donde pudiera estar? Es muy importante que la encontremos —se6al6 a Victoria y a6adi6—: su madre est6 desesperada...

—Claro que hay qui6n vive en las afueras, muchacho. Y tambi6n m6s alejado. Pero no me consta.

—Est6 bien, seguiremos buscando. Gracias.

—De todos modos —le inform6 Armando—, a unas cuantas leguas de Roncesvalles, hay un convento.

—¿Un convento?

El alguacil complet6 la informaci6n:

—De monjas. Si alguien hubiese encontrado un beb6 perdido, es f6cil que lo dejase all6.

—No sab6amos que hubiera un convento —exclam6 Victoria, sorprendida. El alguacil asinti6.

—Es un convento, s6, pero los de esta regi6n sabemos que acogen a todo tipo de gentes. Y tambi6n a hu6rfanos desamparados. Los hijos de ning6n Dios; as6 les llaman...

Buscad de todos modos en el pueblo. ;Qui6n sabe?

—No sab6amos que hab6a un convento por esta zona —repuso Tob6as—. Pero dado el caso, habr6 que buscarla all6. ¿D6nde ha dicho que est6?

Se encuentra a pocas leguas de Roncesvalles. No est6 muy lejos y encontrar6is compa6eros de viaje; el Camino de Santiago pasa por all6, eso atrae a un gran n6mero de peregrinos. Aquel lugar es un hervidero.

El semblante de Victoria pareci6 rejuvenecer.

—Deber6amos ponernos en camino... —propuso m6s animada.

El alguacil aprob6 la idea.

—Es una buena decisi6n —admiti6—. All6 llevan a muchos ni6os abandonados... Seguro que ten6is suerte.

Victoria estaba euf6rica; la posibilidad de que su hija estuviese all6, la llenaba de esperanza.

—¿Cómo podemos ir hasta allí —le preguntó.

—Roncesvalles está a aproximadamente cuatro leguas de aquí —aseguró—. Mañana temprano, los mercaderes saldrán hacia allí. Alguno habrá que pueda llevarles. De otro modo, también pueden ir a pie. Esa distancia puede cubrirse en una jornada. Ahora que la nieve comienza a desaparecer, es un buen momento para decidirse a viajar. Aunque dada la hora —añadió oteando el cielo—, yo me pondría en marcha mañana. Debéis tener muy en cuenta también la distancia desde Roncesvalles al convento.

Aquella noche se había convertido en algo muy especial. Ambos se encontraban en la acogedora habitación de un albergue, y después de una cena frugal, se disponían ya a descansar.

Tobías se dejó caer en el catre como si fuera un fardo.

Victoria soltó el recogido de su melena y le miró de reojo. Él, embelesado, seguía todos sus movimientos.

—Mañana tenemos que madrugar más que el gallo... —le advirtió—. Deberías dormir un poco.

Él no dijo nada. Simplemente la miraba. Al trasluz de las velas, estaba preciosa; irradiaba sensualidad por todos sus poros. Con la melena cayéndole sobre los hombros y cubriéndole parte de la cara, estaba irresistible y parecía una diosa.

—Aunque lo intentara —respondió—, no podría.

Victoria le miró sorprendida y casi susurró:

—¿No podrás dormir?

—Acércate —fue su respuesta. Los ojos verde intenso de Victoria parecían emitir calor; un dulce calor que ya empezaba a quemarle por dentro.

Con respiración agitada, suspiró.

Ella se sentó a su lado y empezó a desatarse el vestido. Después se lo quitó dejando al descubierto sus senos. Iba a continuar quitándose ropa cuando Tobías la agarró y la atrajo hacia él de un tirón. Sin perder un solo segundo, comenzó a acariciarla por la cadera y, muy despacio, fue deslizando su mano centímetro a centímetro, sin ningún impedimento por parte de ella y sin la menor prisa, hasta su rodilla, para levantar con delicadeza su falda hasta que las piernas quedaron al descubierto. Sin dejar de mirarla a los ojos, las acarició como si fueran de seda, subiendo la mano muy despacio hacia el muslo y provocando en ella un espasmo que la hizo gemir de placer. Su

cuerpo sintió una nueva sacudida cuando los dedos de él entraron en su manantial; pues es lo que era en aquel momento, y se recrearon entre sus rosados y ardientes labios, causándole tal calambre entre los muslos, que por poco la hace perder el sentido. Le apresó la mano entre ellos y sujetó fuerte su brazo para que no la quitara. Tobías hundió la cabeza entre sus senos y dejó que su lengua paseara ávida del uno al otro succionando sus pezones como si de ellos pudiera extraer el elixir de la vida.

Ya no había vuelta atrás... Le arrancó el vestido y dejó a la vista una tersa y estilizada figura que le animaba con cada convulsión a invadir y conquistar cada uno de sus íntimos recovecos. Ella le abrazó con deseo desbordado y ansia desmedida; llevada por un delirio sin límites, rodeó las caderas de él con sus piernas y le señaló el camino al interior de su cuerpo.

Él entró con un certero golpe de cadera.

Ella no pudo reprimir un gemido, se aferró fuerte a su cuello y le apresó con las piernas mientras le ofrecía sus labios húmedos de deseo.

Tobías sintió una ola de calor seguida de un intenso y largo escalofrío que le dejó casi sin aliento, pero solo fue un instante. Con la respiración agitada y toda su mente perdida en ella, la agarró del culo y la atrajo hacia él con tanta fuerza, que sus cuerpos parecieron fundirse en uno.

Ella se abrió hasta sentir dolor... un dolor placentero y a la vez libidinoso que anuló por completo su voluntad de gritar hasta desgañitarse. Después le cogió las manos y se las llevó a los senos, oprimiéndolos entre largos jadeos sin medida ni control. Lo que sentía en aquel momento, era, o al menos eso le pasó por la cabeza, la quintaesencia del amor salvaje y del deseo; el néctar de la perdición. Ya no quería vivir sin aquel hombre que serpenteaba dentro de ella como un áspid. El mismo Dios, pensó, arrastrada por un delirio desbocado que ya no podía dominar, tuvo que haberse inspirado bajo un estado de éxtasis como el que la atravesaba, para poder crear el cielo.

Si existía, estaba segura de que sintió algo parecido.

Entre estertores, aún pudo oír la voz entrecortada de él a su oído; una voz cálida, sugerente y sin resuello, que se la llevó en volandas hasta la frontera del clímax:

—Estoy apresado en ti, y no concibo la vida sin este encierro.

Jadeó sin poder controlar la lujuria que la dominaba y se dejó regar por la fuente del amor, hasta culminar con un espasmo que la dejó sin aire.

—De no haberte conocido —le susurró mordisqueándole la oreja—, hubiera muerto sin estrenar la vida.

Continuaron convulsionándose hasta la última gota, y abrazados, se rindieron a la noche.

Aún jadeante, cerró los ojos y dejó volar su imaginación. Sus recuerdos fueron paseándose por su cabeza, de manera tan clara y vivida, que parecían estar sucediendo otra vez; su padre se encontraba allí mismo, a los pies del camastro, y podía oír su voz con la misma nitidez que en el fatídico día de su despedida. Hasta podía leerle en los labios aquél último consejo.

Rememoró cada una de sus palabras y sintió una vez más la soledad de aquél oscuro, eterno y claustrofóbico túnel que no podría olvidar aunque viviera diez vidas.

Sin embargo, todo le parecía tan contradictorio... Allí donde la oscuridad y el silencio vibraban en su tono más álgido, encontraron paradójicamente la última caja; una caja idéntica a las otras, salvo en un detalle; y era que su contenido no dejaba lugar a las especulaciones. Envuelta en un hábito monacal, contenía en sus tripas el nombre de una ciudad: «Rheims», escrito en una pequeña tablilla de madera. Y esa escueta información era tan importante como inquietante, pues estaba al noroeste de un reino, el de Francia; país que en ese momento se le antojó como el fin del mundo, aunque se encontrara a un tiro de piedra. El motivo de ese miedo no era otro que el distanciamiento de su hija, pues no solo se trataba de largas y tediosas jornadas de viaje, se trataba también de la gran zanja que terminaría abriendo entre ellos; una profunda brecha de innumerables e interminables leguas.

Sintió un escalofrío al pensar que, lo mirase como lo mirase, estaba obligada a hacerlo. Pero a lo que no estaba dispuesta ni poco ni mucho, era a enfrascarse en ese viaje tan largo, sin conocer el paradero de su pequeña. Esa fue la razón que les empujó a trillar Orbaitzeta, regresar a los lugares que frecuentaron, para intentar encontrar alguna pista, por pequeña que esta fuera, para dar con ella. Y tal como iba la cosa, parecía que tenían probabilidades.

Pero existen también pensamientos destructivos que, como siempre, acuden sin ser llamados, para enturbiar la esperanza de quienes buscan luz en la oscuridad... Y con Victoria, no iban a hacer una excepción.

¿Estaría en el orfanato?, se preguntó. ¿Estaría viva?

No quiso ni pensar que a su hija le hubiera ocurrido algo irreparable. Se tapó con la manta y abrazó a Tobías; este, relajado, estaba envuelto por la noche y no lo notó.

Las lágrimas empezaron a brotar de sus ojos como una lluvia revitalizante de primavera; como la primavera que día tras día iba instalándose en el país y

traía frescor a su árida vida.

Se quedó dormida envuelta en un halo de optimismo. Por primera vez en meses, una insignificante y al mismo tiempo inmensa descarga de esperanza irradió su sueño.

Por primera vez en mucho tiempo, era casi feliz.

Aquella noche a esa misma hora, Lucía intentaba dormir sin conseguirlo. El siguiente amanecer sería distinto a los demás; su estancia en el convento finalizaba con la salida del sol, y estaba tan ilusionada como nerviosa y agotada. Tenían previsto partir a primera hora de la mañana; a esa hora, su vida cambiaría para siempre.

Durante los últimos días, todo habían sido preparativos y más preparativos, pues su marcha era ya inminente y no había tenido tiempo de pensar en nada que no fuese su viaje; un viaje muy meditado que la llevaría, junto a María y su pequeña, a la ciudad de Toledo. Sor Carmela tenía allí familiares y algunos amigos de confianza, que podrían ayudarlas en sus comienzos.

Había soñado tantas veces con ese momento, que no acababa de creerse que terminara sucediendo. Pero ya no había motivo para la duda; el tiempo transcurrió como el crudo y frío invierno que iba evaporándose con la nieve, y como si se tratase de un truco de magia, el día ansiado estaba a solo una noche de distancia.

Sor Carmela tampoco podía conciliar el sueño. Era un calvario para ella, y muy difícil de llevar, imaginarse a su Lucía, fuera de aquellos muros protectores. No se atrevía a pensar que ya no volvería a verla corretear en el jardín, o devorando libro tras libro en la biblioteca. Para ella era y siempre sería su niña; una mocosa que encontró junto al portón, a la que se encargó de criar y educar como si la hubiese parido ella.

Pero la vida solía dar sorpresas, y su pequeña se le iba lejos. Sabía que estaba preparada para afrontar cualquier adversidad, pero aun así, se encargó personalmente de su viaje y de que lo hiciese con alguien de confianza, pues si las cosas llegaban a torcerse, algo nada difícil en la época que les había tocado vivir, toda prevención sería poca.

También convenció a las dos para que viajaran hacia el centro; Toledo siempre le pareció un lugar seguro para vivir; una ciudad rebotante de vida y cultura, además de ser su primera cuna y albergar amigos y familia.

La avispada María se había sumado al viaje, y a ella no solo le pareció bien, sino que se había encargado a fondo para que así fuera, ya que esta había vivido fuera de allí y tenía experiencia en la calle. Ambas se complementaban a la perfección; la veteranía de María sería para su Lucía como un escudo protector. Asimismo, la habilidad con el lenguaje y la amplia cultura de su pequeña, serían puntos a favor para salir de cualquier atolladero legal, o incluso si se terciara, para buscar ocupación.

Mientras imaginaba su falta, las lágrimas empañaron sus ojos, resbalando por sus mejillas hasta la comisura de sus labios. Se avecinaban tiempos difíciles para su niña, y se avecinaban tiempos difíciles sin su niña.

Y aquella misma noche, también a esas mismas horas, en una fonda de Roncesvalles, un hombre alto y fornido, de melena rubia y ojos gris pálido como el acero bruñido, se disponía a descansar.

Cerró los ojos y dejó volar la imaginación. Estaba a un solo paso, pensó, de cambiarlo todo a su favor... ¡Todo!

Al amanecer, si todo salía como había previsto, la hija del escocés estaría en sus manos, y eso le daría un vuelco a la situación; un giro que nadie esperaba.

Aquella noche no había probado el vino ni permitido a sus hombres olerlo. Su relación con el Obispo se había roto, y desde la última visita a la diócesis, dormía con un ojo abierto. Bien merecía la pena una noche de abstinencia, para poder brindar el resto de sus vidas.

Tras oír la historia que le contó Archibald, comprendió mucho y mejor al Obispo; después de días de largas y profundas meditaciones aderezadas por un pánico cervical a ser eliminado por un sicario como él y de arrancarse de los ojos la dorada venda de tintineantes monedas con las que le impidió ver y tocar la realidad, esa tan interesada como falsa generosidad con la que acostumbraba a anular la capacidad de criterio de los que trabajaban para él, ya no se lo parecía tanto, dadas las circunstancias... Incluso, llegó a la conclusión de que era una inversión irrisoria y nada espléndida. Dado lo que se jugaba, ese eclesiástico de mierda, pensó, había menospreciado su inteligencia.

Escuchó en boca de uno de sus jefes una vez, que un soldado es un alma sustentando un cadáver. Le dijo que eran las palabras de un sabio griego; un filósofo de origen turco que fue, como él mismo había sido hasta hacía bien

poco, «un esclavo de Roma», y que pregonaba a diestro y siniestro la búsqueda de la libertad.

Debió ser para él una de esas señales que, sin saber el porqué, permanecen ancladas en la memoria, desafiando al tiempo y esperando su momento, a pesar de haber sido desechadas por aquellos a quienes iban dirigidas.

Jamás, y el caso es que tampoco entendía el porqué, olvidó su nombre. Y eso que era nombre de pesadilla; de los que no duran un minuto en la memoria: *Epicteto*.

Sintió una extraña sensación, ese soldado imaginario que hacía bueno el razonamiento de *Epicteto*, se le metió en la cabeza, invadiéndole de pies a nuca y haciendo que se identificara con él.

Antón entró en la taberna de El Barcal y fue derecho al mostrador.

—Busco a un buen amigo y un lugar para dormir.

—¿Y beber, qué? —dijo el borrachín de la izquierda.

Antón se volvió y vio a un sujeto al final de la barra, que se sostenía en pie a duras penas. Se acercó para verle bien, estaba oscuro y las velas casi consumidas.

—¿Y tú eres...? —preguntó, por decir algo.

—¿Y tú? —exclamó el borrachín de la derecha.

Antón se volvió y descubrió al otro en idéntica pose.

—Busco a un buen amigo.

—Últimamente, todo el mundo busca a alguien.

—Creo que ya es tarde —dijo el tabernero—. Es hora de cerrar. Hay una fonda en la plaza —le informó.

—No hay derecho. —dijo uno de los borrachos—. Esa forma de tratar a tus mejores clientes, te pasará factura.

—Estoy de acuerdo —dijo el otro—. Como se han ido esos zarrapastrosos, ya no hay quien se tome un vinito al anochecer. ¡Vergüenza tenía que darte! Antes síiii, ¿antes era toda la noche, si hacía falta, no? ¡Asqueroso! —Miró a Antón y se disculpó—: Retiro lo de zarrapastrosos.

Antón carraspeó a modo de interrupción.

—Busco a un hombre con acento extranjero. Es rubio, alto... tiene los ojos grises.

—Y es amigo tuyo, claro... —dijo el mismo.

—¡Íntimo! —ironizó el otro.

—Eso es... —aprobó Antón—. Me han dicho que por aquí anda. Me gustaría verle.

El tabernero se sirvió una jarra hasta el mismo borde y la vació de un trago. Su experiencia le decía que tenía que cuidarse de individuos como aquel. Solo con verle la cicatriz de la cara, ya imaginaba su oficio.

—Pues no estás de suerte —le dijo un borracho—, ya se han ido... —Movi6 el brazo en abanico, mostrándole el local—. Esto está muerto desde ayer.

—Ellos nos invitaban —dijo el otro.

—¿Y no sabéis dónde han ido?

El borracho tomó su jarra y le dio la vuelta. Ni gota.

Antón entendió la indirecta y le hizo un gesto al del mostrador.

—¿Sabes dónde han ido? —repitió.

—Hablaban de visitar a una bruja en el bosque.

¿Una bruja? La visitaré también. Me gustan las brujas.

—¿Te gustan las brujas?

—No. No creo en brujas. Pero si mi amigo va...

—Pero luego cambiaron de idea —dijo el otro.

—Primero al bosque, luego no... ¿En qué quedamos?

El borracho, como el otro, también volcó su jarra.

Antón no tuvo ni que gesticular, el tabernero empezó a llenársela.

Echó un trago, eructó y alargó el brazo en dirección a la ventana.

—Si te asomas ahí —le dijo—, verás una casa llena de velas encendidas...

No puedes equivocarte, no caben más meadas alrededor.

Antón fue hasta la ventana y retiró la tela.

—Es el lupanar del pueblo —informó el borracho—. Tu amigo pasaba tiempo allí; bastante... Si queda alguna puta, seguro que sabe dónde está. Esas lo saben todo.

XLIX

CRUCE DE CAMINOS

La carreta avanzaba despacio. El hombre que arreaba a las bestias era uno de los mercaderes itinerantes que se desplazaban de pueblo en pueblo por la región, y accedió a dejarles en las proximidades del convento.

Tobías saltó del pescante y ayudó a Victoria a bajar.

El hombrecillo apuntó con el brazo al horizonte y les informó:

—A poco más de dos leguas en esa dirección, estaréis en el convento. Yo no puedo desviarme más.

—Gracias —exclamaron al unísono.

—Una vez pasada aquella loma, podréis avistarlo. No hay pérdida —añadió—. ¡Suerte!

Comenzaron a caminar hacia la loma, entre el barro y siguiendo las rodadas de las carretas.

Victoria se ponía más nerviosa con cada paso que iba dando. Después de largos meses sin saber de Mel, veía un rayo de luz apuntando a sus vidas. Si tuviese la suerte de encontrarla en aquél convento, pensó, todo cambiaría al fin, y su vida sería casi perfecta. Una vez reunida con sus hijos, podría dedicarse a criarlos junto a Tobías, y serían una familia. Recordó la noche anterior y sintió un picor entre las piernas. El cielo existía, pensó, en cada ida y en cada venida de cadera, en cada gota de él dentro de ella...

En el olor de su cuerpo y en su lengua deslizándose por sus senos hasta llegar a su vientre, para, muy despacito, sumergirse en el pozo de la vida, desbordar la fuente de su lujuria y arrancarle un grito de placer incontrolable.

Tobías la observaba caminar, no consiguiendo apartar los ojos de sus caderas. Estaba hechizado con ese vaivén rítmico y acompasado; completamente embelesado. Aún no conseguía sacarse de la cabeza la noche

anterior, cada beso, cada abrazo, cada embestida que dio, cada gemido.

A cada paso que daba, la veía más hermosa y deseable.

Pensó que no tenía derecho a pedirle más a la vida. Si encontraban a la pequeña, se reunirían en el bosque con Anué, Rodrigo y Melissende, y ya sin obstáculos, verían como solucionaban el enigma de las cajas. Solo pedía una cosa, que la mujer que caminaba en aquél momento a su lado, lo hiciese durante toda la vida. El resto era algo que no le preocupaba en absoluto.

Los cascos de los caballos chapoteaban en el barrizal y se escuchaban desde lejos. Los jinetes parecían tener mucha prisa por llegar a su destino.

Las puertas se abrieron y Lucía aspiró la brisa matinal. Cargada con una enorme saca, fue hasta la carreta que las esperaba. El conductor, un anciano regordete que no se bajó del pescante, seguramente por no malgastar energía sin necesidad, o por evitar el esfuerzo que le supondría el tener que subirse de nuevo, esperaba paciente a que ellas terminasen de cargar sus pertenencias.

María apareció con su saco y lo echó al carro.

—Creo que no me dejo nada —dijo, sacudiéndose.

—Yo tampoco —repuso Lucía.

La voz otrora cálida de sor Carmela, sonó trémula esta vez:

—¿Estáis bien, chicas?

Ambas se volvieron. Lucía corrió hacia ella y se lanzó en sus brazos. Qué cosas tenía la vida, pensó, el momento más triste de su vida, coincidía con el más añorado. Es más, pensó que era la hora más agridulce de su vida. Las lágrimas afloraron sin dejar claro si eran de tristeza o de alegría, posiblemente por expresar las dos cosas.

—No llore, Madre —susurró con voz melosa—. Si no, no me iré tranquila.

—¡Mira quién habla! —repuso sor Carmela enjugándose las lágrimas.

El carretero carraspeó.

—¿Está todo?

—Un momento —pidió María. Y corrió a buscar a la pequeña Mel. Apareció poco después, con ella envuelta en una manta y se detuvo junto a ellas.

—Quisiera decirte una última cosa, María.

—Diga usted, Madre...

—Lucía, coge a la niña —pidió—. Me gustaría hablar con María.

Lucía tomó a Mel en sus brazos y comenzó a acunarla.

—Ya está —dijo—. Ya puede decirle...

—Lucía, hija ¿vas a permitir que hablemos de ti a tus espaldas?

—¿A mis espaldas?

—A tus espaldas. Además hay cosas que solo incumben a María. Ve al carro, anda...

Lucía forzó una mueca y se retiró con desagrado; no le gustaba que sor Carmela la dejase de lado, y menos, en el día y momento de su despedida.

María miró extrañada a la madre superiora.

—¿Tan importante es, Madre? Lucía y yo somos una.

—Quiero que cuides de ella, María.

—Ya pensaba hacerlo, Madre... Aunque ella también sabe cuidarse bien. Incluso cuidará de mí, mejor que yo.

—Ella no sabe lo que es la vida, fuera de estos muros.

—Creo que sabe mucho más que yo... No tema. Nos cuidaremos la una a la otra.

—Tú tienes experiencia. Es distinto. Prométeme que si os va mal, regresaréis. No hay nada malo en ello.

María miró a Lucía y su rostro se iluminó. Era la niña más tierna, sensible e inocente que había conocido. Una niña que comenzaba a ser mujer, y lo hacía con la gracia de una diosa. ¿Cómo no iba a seguirla a dónde fuera? Sor Carmela le suplicó desde el principio que la acompañara, pero de no habérselo pedido, lo hubiera hecho igual, so pena de que aquellos muros se convirtieran en su tumba.

Si Lucía se hubiera ido sin ella, su ausencia la habría asfixiado. Aquel lugar, solo tenía sentido estando ella. Su risa, sus caprichos, sus historias, daban luz y vida a aquél lugar apartado de todo, donde la mayor parte del tiempo, imperaba el silencio, o el sonido de la fuente.

María sufrió un ataque de sinceridad, quizá porque el momento lo requería.

—Le prometo que no permitiré que le ocurra nada. La quiero demasiado.

—Sé que os queréis mucho, pero...

—María no la dejó continuar.

—Es más, Madre, quiero que sepa que sin ella, la vida ya no tendría sentido para mí.

—¿Y cómo tengo que entender eso, hija...?

—No lo sé. Tampoco sé por qué, pero nunca tuve esta sensación en el estómago ante nadie. ¡Es difícil!

Sor Carmela cerró los ojos y suspiró.

—No sé qué decirte. —Suspiró de nuevo—. Creo que no estoy preparada para esto, y...

María la abrazó con fuerza y añadió, convencida:

—¡La cuidaré más que mi propia vida! ¡Lo juro!

Sor Carmela no tuvo dudas de que así lo haría. Algo le decía que esas palabras, dado el tonillo con el que fueron dichas, solo podían salirle del corazón; de un corazón al rojo vivo... enamorado.

Señaló a la carreta en señal de aceptación y dijo:

—El hombre que está al pescante, es de confianza. Os llevará hasta Toledo y dejará al cuidado de mi hermana...

—¿Tiene una hermana, Madre?

—No temas, es una buena mujer... Lo que sí ocurre es que no sabe nada de vosotras, y menos aún de lo que me acabas de insinuar. Más vale que digáis que sois hermanas.

—¿Hermanas?

—Tres hermanas huérfanas. Es mejor así.

María señaló con un gesto al carretero, que empezaba a perder la paciencia; resoplaba cada dos segundos y se lamentaba en voz baja.

—¿Y ese hombre conoce la dirección de...

—Ese hombre viaja a Toledo a menudo, no temas. El sabe cómo y de qué manera... Conoce bien los caminos y sabe dónde puede parar y dónde no. Estar al tanto es un punto importante y necesario para alcanzar su edad...

Cómo si se diera por aludido, el hombre carraspeó.

Sor Carmela entendió el mensaje y abrazó a María.

—Debéis partir —dijo—. Cuida de Lucía y de Mel... te lo pido con toda mi alma; mi mayor deseo en esta vida es volver a veros, y que estéis bien.

—Esté tranquila, Madre.

—Cuando lleguéis, hacédmelo saber. No sé cómo voy a aguantar tanto tiempo sin saber de vosotras, pero no olvidéis hacerlo.

—Se lo prometo.

El galope y relinchos de los caballos se escuchaban desde la distancia, y el

sonido de cascos se amplificaba con cada charco que pisaban, debido al cielo encapotado.

Mira Lucía —apuntó con el brazo al horizonte—. Ve esos caballos que se acercan. Se hallaban en el pescante, al lado del conductor.

—Meteos dentro —ordenó el carretero—. No asoméis la cabeza hasta que no pasen de largo.

—Pero si no sabemos quiénes son... —se quejó Lucía.

—No se admiten protestas —replicó el hombre—. ...Y os aconsejo que ni estornudéis. Si por casualidad parasen, ni respiréis ni os dejéis ver...

—¡Sooooooooo! —gritó Visnú, brazo en alto.

—¿Ocurre algo, jefe? —le preguntó Arturo.

Visnú oteó el terreno y señaló la loma.

—Allí, junto a aquellos árboles hay un arroyo...

—¿Y qué, jefe?

—Que los hombres esperen allí... —le ordenó—. No podemos presentarnos en un convento en tropel, y decir que buscamos a una hija perdida...

—¿Hija, jefe?

—¿Y qué quieres que digamos, Arturo? Tiene que ser creíble. Además, no debería ser tan complicado que nos la den. Deben estar hartas de tanto niño abandonado.

—¿Cree que bastará, jefe? ¿Deme a mi hija y ya está?

—Qué les importa a ellas uno más o uno menos. Una boca que ya no tendrán que llenar. Aquí todo el mundo gana.

—¿Pero de verdad cree que será tan fácil...?

—Más les vale. De lo contrario tendremos que sacarla a la fuerza. Sólo esa niña puede conducirnos a la madre, y solo la madre puede sacarnos del agujero negro que nos está cavando el Obispo.

—Pero son monjas, jefe...

—Sí, sí, ellas son monjas y el Obispo es cura... Y si no espabilamos con las unas, el otro nos dará candela y hará teas con nuestros huesos.

—No sé, no sé, jefe... Dicen que da mala suerte.

—Mira Arturo, a estas alturas, lo que sí nos daría mala suerte es no encontrar a esa mocosa. De hecho, si no la encontramos y le quitamos al Obispo la miel de la boca, nos encontrará él. Si mi intuición no me engaña,

nuestra cabeza ya tendrá precio. La niña es lo único que tenemos para hacerle frente; con ella tendremos a la madre, y con la madre el tesoro de Dragan.

—¿De verdad cree que existe ese tesoro?

—Pues claro que existe. El Obispo es un hijo de puta, pero no tonto. Si él está dispuesto a todo por él, es señal de que es algo que vale la pena.

Victoria se encontraba apoyada contra un árbol al borde del camino. Sus pies estaban encharcados e hinchados, y le costaba caminar con el calzado lleno de barro.

Tobías estaba tumbado al lado, con la cabeza apoyada en el mismo árbol.

—Creía que este lugar era más tranquilo —dijo ella.

Tobías se incorporó al oír el galope de los caballos.

—Parece que vienen hacia aquí —Agarró a Victoria y la empujó tras unas rocas—. Mejor que no nos vean.

—¿Tú crees? Aquí no nos conoce nadie, no...

Tobías se puso la palma como visera y frunció el ceño.

—Los labradores no tienen caballos como esos... No son de tiro. Si nos ven tendremos problemas.

—Parece que se estén separando y un grupo venga en esta dirección. —observó Victoria—. Porque de lo que sí podemos estar seguros es de que se están acercando. Qué podemos hacer?

—Iremos por el otro lado de la loma. Será un pequeño rodeo, pero evitaremos toparnos con ellos.

La carreta también avanzaba en dirección a la loma.

—Si necesitáis mear o cagar, aquellos árboles vendrán al pelo. Allí haremos un alto para descansar.

—¿No puede decirlo de una forma más decorosa—se escandalizó Lucía—. Esas palabras son obscenas...

—¿Y cómo lo dirías tú?

—Orinar y defecar suenan mejor.

—El hombre dudó unos segundos y repuso:

—No suena mal, no... pero después de toda una vida meando y cagando, mis intestinos no lo entenderían. Son de ideas fijas.

—Ya... —exclamó Lucía—. Pero no cuesta nada decir las palabras

correctas; hablar con decoro no cuesta tanto.

... Y otra cosa: ¿por qué va a parar tan pronto?

—La nieve se está derritiendo y el camino está lleno de barro —le explicó el hombre—. Las mulas se cansan, y después se ponen tercas. Es mejor darles vida.

—¡Mire! Por allí vienen dos personas —exclamó ella.

—Se dirigirán al convento.

Victoria divisó la carreta y dio con el codo a Tobías.

—¡Mira allí! —exclamó—. Lástima que vengan en vez de ir. Podrían habernos llevado. Estoy cansada.

—Sí. Les preguntaré si falta mucho para llegar, seguro que vienen del convento.

Minutos después, la carreta les encontraba.

—Buenos días —saludó Tobías.

Tras detener a las bestias, el carretero le correspondió:

—Con Dios.

—Buscamos un convento.

—Parece que no sois los únicos. Hace unos minutos, hemos visto unos jinetes que...

—Sí. Nosotros también. Un grupo está tras los árboles de aquella loma. —Miró a las muchachas—. Deberían ir con cuidado.

El carretero apuntó con el brazo en dirección contraria. —No queda mucho —le informó—, lo que ocurre es que el camino está poco transitable. —Miró sus calzados embarrados y añadió—: aunque creo que no es necesario que os lo diga.

—Llegaremos como podamos. Gracias.

Lucía y María se despidieron de ellos con una sonrisa.

Victoria y Tobías saludaron con el brazo.

El carretero se despidió arreando a las mulas.

Durante unos segundos, los ojos de Victoria quedaron anclados a los de Lucía y al revés. Sintieron, sin explicarse la razón y al mismo tiempo, un cosquilleo por todo el cuerpo, que les impedía apartar sus miradas, teniendo la rara sensación de pertenecerse de algún modo... La una y la otra estaban seguras de no haberse visto nunca, pero la impresión que tenían era de todo lo contrario; como si la vida las estuviera presentando con algún fin extraño.

Pero ninguna dijo nada. Se limitaron a sentirse.

Ya alejadas, ambas se volvieron al unísono, buscándose; cómo si

necesitasen darse un último adiós, o quizá un hasta luego. Aunque ya había cierta distancia entre ellas, las dos fueron conscientes de que sus ojos se tocaron y de que algo más grande que ellas, las ataba de algún modo.

Ante las puertas del convento, Visnú ensayaba su mejor sonrisa y daba con el codo a Arturo, para que le imitara.

La puerta se abrió y apareció una novicia sonriente.

—¿Qué desean los señores —les preguntó, amable.

Visnú carraspeó y tragó saliva.

—Necesitamos hablar con quién esté al mando —dijo.

La avisaré —dijo la muchacha. Cerró y corrió a avisar a sor Carmela.

Poco después la puerta se abrió, y ante ellos apareció la madre superiora. Les recibió con un tono amable.

—Qué Dios les bendiga. ¿Qué desean tan distinguidos caballeros?

—Verá usted —le explicó Visnú—, hace tiempo que se me perdió un bebé.

—¿Un bebé?

—Una niña pequeña.

Sor Carmela palideció.

Visnú notó el cambio en su semblante, pero simuló.

...—Me han dicho que había probabilidades de que se encontrara aquí. ¿He sido mal informado?

A sor Carmela se le atascaban las palabras; como si no le cupiesen en la garganta. ¿Qué podía hacer...? Una vez más, la vida la ponía a prueba y exigía de ella algo que no tenía idea de cómo gestionar. Por un lado estaba su Lucía del alma, y por otro un padre, seguramente desesperado, que estaba buscando a una niña perdida; una niña suya.

.....Los pilares de todo lo aprendido se tambaleaban ante una situación que no sabía ni podía ni quería controlar.

Las lágrimas la traicionaron. No recordaba momentos peores en mucho tiempo. Hay un tiempo para todo, en la vida. Recordó esas palabras de Salomón y las hizo suyas; verso tras verso desfilaron por su cabeza como lecciones de vida que hubiesen sido escritas para ese momento: lo que se hace bajo el sol tiene su tiempo establecido. Debe ocurrir, como ocurre la vida y como ocurre la muerte...

¡Como ocurre todo! Sin pedir permiso.

En ese instante se dio cuenta de que lo bueno puede ir de la mano con lo malo y que puede dañar tanto como el pecado o más; que en los momentos transcendentales, los dos pueden confundirse como lo mismo, y que no existe una justicia ni injusticia reales, sino pura humanidad; un sentimiento involuntario que guía a las personas en esos momentos difíciles de manejar; una condición que puede asemejarlas a Dios, pero también a la peor de las bestias...

Entendió que cielo e infierno pueden confundirse; que el cielo puede llegar a quemar, y que el fuego puede ser tan purificador como el amor; de hecho, estaba dispuesta a lo que fuese para no perjudicar a su pequeña, incluso a ser pasto de las llamas eternas. El amor no tiene corazón.

Todo desfiló por su cabeza en cuestión de segundos.

—¿Es usted su padre? —preguntó con voz trémula.

—Sí. ¿La tienen aquí?

—No sabría asegurarle. ¿Podría describirla?

De manera involuntaria, Visnú miró a Arturo. Este se apresuró a detallar los rasgos de la niña, pero sor Carmela captó el detalle y la semilla de la duda pareció venir en su ayuda; de repente se sintió mejor; quizá necesitaba ese soplo de aire fresco para justificar sus sentimientos, a los que de todas formas no pensaba renunciar.

—Comprenda que no puedo entregarle a nadie, si no se identifica como su padre. Eso, en el hipotético caso de que se encuentre aquí, por supuesto.

—Mire, hermana, no tenemos tiempo...

—¿Y cuál es el nombre de esa niña?

Arturo y Visnú intercambiaron una mirada delatora.

—¿Tampoco saben su nombre?

Visnú fue a contestar, pero le dio con la puerta en las narices. Esperó pegada a la hoja de madera esperando la reacción de los extraños, pero no tuvo suerte. Ni siquiera escuchó una queja; solo pasos alejándose y el relincho de los caballos al ser montados. Después, el sonido de cascos alejándose.

Respiró más tranquila. En cualquier sentido se sentía mejor. No, no era un padre desesperado, pensó. No sabía quién podía ser ni qué intenciones tenía, pero intuía que no podían ser buenas.

Los hombres que esperaban junto al arroyo, se pusieron en guardia al

escuchar ruido de cascos.

Preparad los caballos —gritó Visnú, sin desmontar.

Arturo se apeó del caballo y fue hasta la orilla del río a beber. Luego ordenó a los hombres abastecerse de agua y preparar sus armas; se encontraban dispersos y echados bajo los árboles, y mostraron disgusto y pereza al recibir la orden, cosa que no agradó a Visnú.

Este refunfuñó y llamó a Arturo.

—Reúnelos y ponles al corriente —le ordenó—. Los quiero preparados antes del mediodía.

—No hay problema, jefe. Ahora mismo se los pongo en corrillo.

Visnú se cubrió con la palma de la mano y miró al sol.

—Venga, que no tenemos todo el día.

Poco después, todos sus hombres se encontraban en torno a él, esperando instrucciones. Por los ánimos de su jefe, la tropa sabía que el día iba a ser largo y duro.

Visnú quería acabar cuanto antes. Dios y el diablo lo sabían bien, pensó, sabían que había intentado evitar las armas. Pero aquella maldita monja lo estropeó todo. Ella sería la culpable de lo que ocurriera al convento.

Una vez más, como era su costumbre, recordó al sabio de la guerra; acostumbraba a hacerlo como preliminar de cada combate.

Si las instrucciones no son claras, y las explicaciones y órdenes no son confiables, la falta es del general.

Decidió no dejar nada al azar. Antes de anochecer, la nieta de Dragan estaría en su poder.

Victoria y Tobías estaban llegando al convento. Golpearon la puerta y esperaron nerviosos, pero los cascos que se oían en la distancia les pusieron en guardia y corrieron a refugiarse a la parte trasera de la edificación.

Cuando los mercenarios fueron a tocar el aldabón, las puertas se abrieron y una novicia asomó la cabeza.

Visnú no podía creer en su suerte.

Lucía y María estaban dentro del carro. Daban de comer a la pequeña. El carretero estimulaba a las bestias y estas avanzaban como podían entre el lodo.

A lo lejos, se hizo visible una la columna de humo.

El hombre la avistó y alertó a las muchachas.

—¡Mirad aquello —les dijo—. ¿Pensáis lo mismo que yo? Mira que me olían mal esos jinetes...

.....Lucía, inquieta, se abrazó a María.

—¿Será en el convento? —temió más que preguntó.

El carretero la sacó de dudas.

—Allí es —aseguró—. No hay ningún otro edificio en leguas.

—¿Y por qué no da la vuelta? —exclamó María.

—¡Eso! ¿Por qué no la da?

—Mi misión es llevaros a Toledo. No tengo otra cosa que hacer, que conducirlos allí. ...¿Quién sabe qué ocurre en el convento, ni por qué...

—Nada bueno —espetó María—. Eso es una columna de fuego. Algo malo está ocurriendo.

—Tranquilas —les dijo—, la inquisición ha montado piras más espectaculares. Cosas que pasan.

Lucía estaba impresionada; la frialdad que mostraba el carretero ante hechos como aquel, la dejaba sin palabras.

—¿Quiere decir que no va a dar la vuelta? —le dijo en tono retador. Si no piensa hacerlo, deje que nos bajemos.

El hombre la miró, suspiró y refunfuñó, todo a la vez.

—Mira, no sé de dónde sale la gente como tú, pero te diré algo: no sé exactamente lo ocurre en ese convento y no voy a ir a comprobarlo. ¿Y quieres saber por qué?

—No me importa. Ese convento es mi casa...

—Pues no quieras convertirlo en tu tumba también. Si damos la vuelta, ¿qué crees que ocurrirá?

—No tengo tiempo para pensar en eso.

—Yo sí tengo tiempo. Nos matarán a los tres, con la excepción de que a vosotras os violarán hasta que deseéis morir. —Lo dijo como si estuviese de vuelta de todo y no le sorprendiera nada—. A estas horas, ese convento debe ser lo más parecido al infierno —Se persignó y añadió—:

Qué Dios tenga en su gloria a quienes allí vivieran.

Lucía le sorprendió saltando del pescante.

—¡Salta, María! —exclamó—. Este viaje y mi marcha del convento eran la mayor ilusión que jamás sentí; una búsqueda personal de la libertad... de la felicidad. Pero si no vuelvo allí, nunca podré alcanzar ninguna de esas dos

cosas. Ese lugar representa mi pasado y todo lo que soy...
Mi madre y mis hermanas están allí; mi familia está allí.

El carretero, no encontrando argumentos sólidos para detenerlas, maldijo su suerte y dio media vuelta.

Antón divisó la columna de humo desde la distancia y se puso en guardia. Aquél humo no le era extraño; todos los saqueos llevados a cabo en las guerras acababan igual, ya tenía experiencia en eso. Y esa columna de humo llevaba la firma de alguien que sabía a la perfección lo que hacía.

Arturo no conseguía identificar a la niña que buscaban, y Visnú se desesperaba. El fuego se extendía cada vez más; avanzaba inexorable consumiendo cuanto encontraba en su camino hacia la devastación, y tenían que salir de allí.

Las llamas no distinguían entre madera, tela, piedras o personas, y abrasaban cuanto encontraban a su paso.

—¡Tenemos que irnos, jefe! Se acabó.

Visnú negó con la cabeza. Ni le pasaba por la cabeza irse de allí sin la niña. Además, esa zona aún no ardía.

—¡Sigue buscando...! —le ordenó—. Yo buscaré a esa monja del demonio.

Sor Carmela ayudaba a una novicia a ponerse en pie, y no se percató de la aparición del mercenario.

La novicia la alertó con un alarido. Se volvió y le gritó con todo el desprecio que fue capaz de expresar:

—¿Y ahora que quiere, hijo de Satanás?

Visnú no dijo nada, le arrancó el velo y la agarró del pelo.

—Si no me dices dónde escondes a esa niña, el fuego será tu mejor recuerdo de este día. Te lo prometo.

Sor Carmela tosió y le escupió.

Visnú le arrancó el hábito y dejó al descubierto unos pechos aún turgentes. Le dio la vuelta y la tiró al suelo.

La monja se colocó en posición fetal, y le arrancó una carcajada al mercenario.

—No temas, no eres tú quien me interesa—. Agarró a la novicia y la

despojó de cuanto la tapaba—. Serás una testigo en primera línea. ¡En marcha! —exclamó—. Hay que buscar un lugar donde el fuego no haya llegado. Aún te queda mucho por ver.

La novicia se cubrió los pechos y arrancó a llorar. Sin embargo de nada le sirvió.

Visnú la agarró del pelo, la zarandeó y tiró de ella.

Sor Carmela le seguía entre sollozos, estremeciéndose a cada paso; visto lo visto, era una de las más vestidas. El corredor estaba lleno de cadáveres de jóvenes desnudas y salvajemente violadas. Sus senos enrojecidos, sus vaginas sangrantes, sus bocas abiertas; destrozadas sus mandíbulas, parecían clamar en silencio una justicia de la que los justos no participaban. Qué más daba que le dijera donde se encontraba esa niña, su suerte y la de la joven novicia estaban tan echadas como la del convento. Lamentó que así fuera. No quedarían ni cenizas de su paso por la vida.

Pero la novicia no tenía su fortaleza ni su temple ante la adversidad. Tampoco experiencia que la advirtiera del peligro que suponía flaquear en circunstancias adversas, y que no le serviría de nada cuanto hiciese por aplacar la cólera y el salvajismo del hombre que tiraba de ella como si fuese un animal.

—¡Yo sé dónde está! —exclamó.

Sor Carmela cerró los ojos y se encomendó a Dios con todas las fuerzas que le quedaban.

El mercenario tiró de su melena hasta que su cabeza estuvo junto a la de él. A ella le llegó su aliento y se meó.

—Te escucho —dijo Visnú.

—Está camino a Toledo.

—¿A Toledo? ¿Desde cuándo está allí?

—No está. Partió hacia allí esta misma mañana.

Visnú sonrió y la besó en la boca con lascivia. Estaba contento del respeto que imponía. Pero no la creyó.

—La muchacha escupió y le miró suplicante.

—¿Puedo irme ya?

Visnú lanzó una risotada y miró a sor Carmela.

—¿Has oído a tu pupila —le preguntó sin dejar de reír y a la vez que desataba la hebilla de su cinturón.

Sor Carmela juntó las palmas a modo de súplica.

—Deje que se vaya, por favor. Le ha dicho lo que...

—Y por eso voy a premiarla —la cortó—. Hoy va a saber lo que es un hombre. —Le metió la mano entre los muslos y la levantó como si fuera una pluma. Se sacó el falo y los pantalones le cayeron hasta los tobillos.

La embestida fue sin preámbulos y el grito cómo una queja sorda. La suerte es que duró poco, aunque el dolor persistiera no dejándola caminar. Se dejó caer junto a sor Carmela y se abrazó a ella.

Visnú se subió los pantalones y suspiró satisfecho. Se inclinó a modo de reverencia y dijo:

—Ha sido un verdadero placer. Pero ahora se quedará en los recuerdos; los míos, claro. Disculpen mi comportamiento, pero hasta aquí habéis llegado.

La novicia se tapó los ojos en un acto reflejo.

—Deje que nos vayamos —suplicó.

Sor Carmela no suplicó. La imagen de lucía apareció a modo de despedida; sabía que no la vería más. Todos los problemas habían venido por ella y por su amor a ella...

También por el amor de ella hacia la niña. ¿Tenía factura el amor?, se preguntó; si la tenía, estaba dispuesta a pagar el precio y a asumir sus consecuencias. Sintió una ráfaga de debilidad, pero no era momento para arrepentimientos; en idénticas circunstancias lo volvería a hacer. Ella era tan humana como cualquiera y se sentía culpable de todo y de nada; tenía derecho a fallarle a Dios como otra mujer cualquiera, y sin embargo sentir que hacía todo lo que estaba en su mano para agradarle.

Visnú la sacó de sus pensamientos asiéndola por las axilas y levantándola hasta que su boca estuvo a la altura de sus genitales.

—¿Creías que te ibas a escapar?

—Ni se me pasó por la cabeza... —le dijo, agarrándole el miembro y retorciéndolo con rabia. Sabía que su osado proceder tenía un alto precio, pero también sabía que las intenciones del mercenario eran terminales; el que fuera antes o después, daba lo mismo. Dios y aquél sanguinario parecían haber decidido que ese fuera su último día.

El alarido de Visnú resonó en cuánto quedaba en pie del convento. La golpeó en la cabeza dejándola aturdida, y apenas un segundo después le insertó su daga.

Se llevó la mano al pecho y la asió por la empuñadura.

Si era una cuchillada de cielo, bienvenida fuera. Si por el contrario era infernal, lo asumía con toda su carne.

Lucía saltó del carro y corrió lo aprisa que pudo hasta las puertas del convento. Estaban abiertas y ardían, eso no le gustó y hasta sintió miedo, pero se decidió a entrar.

Tras ella, corría también María.

—¿Dónde vas, Lucía? No deberías entrar ahí...

Lucía se giró y puso los brazos en jarra.

—¡Sí debo! —exclamó—. Si le debo algo a alguien, no dudes de que se encuentra aquí y necesita mi ayuda.

Buscó entre la humareda, y al llegar al corredor sintió una arcada. Ni en el más sangriento libro de los que leyó, había sentido tanto horror; el olor a sangre se expandía a la velocidad de las llamas, solo superado por el hedor de los cuerpos quemados. En aquél momento, solo su madre adoptiva le importaba. Se sintió sucia al darse cuenta de que cuantas hermanas iba hallando y no eran la Madre Superiora, aunque yaciesen sin vida y no pudiera hacerse nada por ellas, estaban muy lejos de despertarle el pavor sin nombre que la invadiría; no quería ni pensarlo, caso de hallar en las mismas condiciones a sor Carmela.

Corrió sin descanso registrando lo que quedaba del convento aún no comido por el fuego, y su paciencia, ya al límite, daba señales de derrumbarse igual que todo lo que encontraba a su paso.

Entonces, su corazón le dio un vuelco. La imagen de sor Carmela la paralizó de pies a cabeza. No sabía cómo la había reconocido; yacía desnuda y sin velo; nunca la había visto sin velo ni supo jamás si tenía el cabello corto o largo; su estampa siempre fue la misma ante todas las hermanas: sobria, enigmática, autoritaria...

Se inclinó y le acarició la cabeza, sintiendo la suavidad de su pelo. Las lágrimas le caían a raudales sobre su cara, mezclándose con la sangre que le ocultaba parte del mentón. Era joven e inexperta, pero supo que esa sangre había llegado allí a través de sus manos, al retorcerse de dolor, igual que los arañazos en su cuello, hechos por ella misma al intentar mitigar el odio que la consumía en ese momento transcendental, el mismo que estaba sintiendo ella.

Cerró sus ojos y le dio un último abrazo.

La voz de María resonó en sus oídos como si viniera de lejos.

—¡Lucía!

No le dio tiempo a ponerse en pie. Ni siquiera sabía lo que estaba

ocurriendo; de repente se sintió en volandas.

Sin dejarla reaccionar, uno de los mercenarios la había cogido en brazos y llevaba hasta el patio; allí la soltó sin miramientos junto a la fuente y sin pérdida de tiempo, se bajó los pantalones y le levantó la falda; la primera que se ponía en su vida, regalada por sor Carmela para el día de su partida hacia el mundo y la libertad.

El mercenario le separó las piernas, y ya se disponía a entrar cuando su propia espada le penetró por la espalda.

María tiró de la empuñadura con todas sus fuerzas, y la extrajo a la vez que le tendía la mano a su amiga.

—¡Vamos! —dijo con voz autoritaria—. Tenemos que salir de aquí antes de que nos maten.

Lucía se puso en pie y se abrazó a su amiga.

—No sé cómo ha ocurrido —le dijo—. Cuando me he dado cuenta, ese...

—No te esfuerces, cariño, he visto lo que ha sucedido.

Rompió a llorar y María la abrazó.

—¿Sigues pensando lo mismo, respecto al mundo? El sentimiento hacia las cosas, cambia con la experiencia.

Lucía se retiró las lágrimas con el dorso de la mano y la miró a los ojos. Pero no la veía. Aún estaba debajo del sicario, o eso parecía, dada la expresión de sus ojos.

—¿Te encuentras bien, Lucía?

Pareció regresar de algún lugar seguro; algún rincón de su mente dónde nada de lo ocurrido existía.

Otro mercenario apareció. Miró al caído y las miró alucinado. No podía creerlo.

—Hijas de...

No terminó la frase. Victoria apareció a su espalda y le endosó una daga a la altura del pulmón. El sicario dio media vuelta y desenfundó un estilete de su cintura. No le sirvió de nada, la espada de su compañero le atravesó como a un saco. María le arrancó el sable a tirones y se volvió a Lucía, quien seguía con la mente en otra parte.

—Dime algo Lucía —repitió—. ¿Estás bien?

Esta pareció tener un momento de lucidez.

—Tengo que recoger a sor Carmela —dijo.

—¿Y qué harás? ¿Y las demás hermanas? ¿Y los que estaban bajo custodia? ¿Y los enfermos y lisiados? Todos están muertos, Lucía, y todos

merecían ser enterrados...

No sé qué te ocurre. —La abrazó—. No eres la misma. Y déjame que te diga que sor Carmela quedará donde está.

Lucía la abrazó con todas sus fuerzas. Sabía que tenía razón, pero algo no la dejaba razonar.

—Hoy he muerto —dijo con pena.

—No. Pero si no salimos pronto de aquí, sí lo harás. Y yo... —Señaló a Victoria—. Y esta también.

Victoria aprovechó la coyuntura para intervenir.

—Busco a mi hija —dijo, desesperada—. No lo puedo asegurar, pero hay posibilidades de que esté aquí.

La palabra hija, hizo efecto en Lucía; fue como si le hubieran dado un mazazo en la cabeza. La tensión que la atenazaba pareció disiparse de golpe. ¿Cómo había sido capaz de olvidar a la pequeña? Se preguntó.

Echó a correr como una desesperada y maldiciéndose por haberla dejado sola.

María y Victoria corrieron tras ella hacia la salida.

Tobías les salió al paso e interfirió en su marcha.

—¡Ni un paso más! —exclamó.

María blandió el espadón y quiso asestarle un golpe, pero Victoria se abalanzó sobre ella y le sujetó el brazo.

—¿La has encontrado? —le preguntó sin preámbulos.

Las dos reaccionaron al unísono.

—¿Quién es este?

—Está conmigo. ¿Acaso no nos recordáis?

—¿Sois los del camino? Así, con la cara tiznada, no te había reconocido —dijo Lucía con el rostro iluminado...

Algo me susurró al oído que te volvería a encontrar.

A Victoria casi le da un sofoco.

—Qué casualidad. Yo sentí lo mismo—. Confesó.

Tobías las interrumpió. Las agarró del brazo y llevó a un rincón seguro; había visto a la tropa fuera, pero sabía que podía quedar alguno en el interior. María fue tras él sin soltar la espada.

—¡Cómo pesa la endemoniada! —exclamó.

Victoria miró a Tobías e insistió con la pregunta:

—¿La has encontrado?

—Ni rastro. Y es una suerte si no está aquí. Hay niños quemados, y otros,

pasados a cuchillo. Escucha —se puso serio—, deberíamos agazaparnos en algún lugar seguro. Ahí afuera hay hombres armados. Sería mejor esperar a que se vayan.

—¿Cuántos son?

—No lo sé, pero como si fueran mil. Son Visnú y sus mercenarios. Estos hijos de puta son los que mataron a tu padre... los que te están buscando.

—¿Estás seguro?

—Nunca olvidaré su cara.

Lucía les interrumpió.

—¿Has estado ahí afuera?

—He estado cerca y les he visto. ¿Por qué?

—¿Tienen la carreta? —preguntó con voz trémula.

—No hay ninguna carreta. ¿Por qué lo preguntas?

Lucía se puso pálida.

—¿Cómo que no hay ninguna carreta? —exclamó.

—¿No está el carro? —preguntó a su vez María.

A Lucía le flaquearon las piernas y cayó de rodillas. Sí existía el infortunio, pensó, se había instalado en su vida, y además acomodado. ¿Cómo había podido llegar a una situación tan irracional? En solo un día lo había perdido todo, había estado dispuesta a matar y todavía lo estaba... Se había convertido en lo contrario de cuanto le enseñaron. La vida parecía haberse vuelto loca y ella también.

María parecía leerle el pensamiento.

—No debes preocuparte... —Se inclinó y la abrazó—. A veces se presentan situaciones que no dejan alternativa; hay que actuar rápido y sin pararse a pensar en si lo que haces es ético o no. Lo leí en uno de esos libros que me aconsejaste. ¡Mírame! hoy he matado a dos hombres, y no dudes de que lo haría cuantas veces fuera necesario, si nuestras vidas corren peligro.

—¿Podrás dormir tranquila a partir de hoy?

—¡Podrá! —intervino Victoria—. Doy fe. Yo también he matado a dos y lo haría de nuevo. A mí no es eso lo que me quita el sueño.

—¿Y qué puede quitarte el sueño, si matar no...? Es difícil encontrar algo peor que arrancarle a alguien todo lo que tiene; privarle del tesoro que es vivir.

—Eso es cierto —admitió María—. ...Excepto si para que él viva, tienes que morir tú.

—Sor Carmela me previno sobre el mundo; dijo que era cruel y

despiadado... Aunque no imaginé que tanto... No sé cómo podré superar esto. Lo he perdido todo.

María le dio un beso en la frente y la apretujó.

Todo no... —la corrigió—. Nos tienes a mí y a Mel.

El corazón de Victoria sufrió un vuelco.

—¿Has dicho Mel? —exclamó—. ¿Quién es Mel?

La niña que está en la carreta —informó María.

Victoria y Tobías exclamaron a dúo.

—¿Has dicho que es una niña?

—Cuando llegamos actué de un modo impulsivo y no pensé en las consecuencias —confesó Lucía—. Mi mente no supo discernir y solo pensé en que sor Carmela corría peligro; ni siquiera pensé en las demás hermanas. Nunca me lo perdonaré. He sido egoísta... Creo que jamás seré una buena madre. Tampoco pensé en la niña.

A Victoria le dio otro vuelco el corazón.

—¿Esa niña de la que habláis es tuya? —Lo preguntó con miedo; cómo si de su respuesta dependiera su vida.

—No.

—Victoria pensó que flotaba.

—¿Entonces...?

—Fue abandonada a las puertas del convento... Yo la encontré y me ocupé de darle el calor que necesitaba... y como ya puedes imaginar acabé preñada de ella. Es algo normal, si se tiene en cuenta que yo pasé por lo mismo.

—¿Por lo mismo?

Lucía asintió invadida por la nostalgia.

—Igual que Mel, fui encontrada a las puertas de este convento. Sor Carmela me cuidó y se ocupó de que nada me faltara... especialmente educación.

—¿Y cómo sabes que se llama Mel?

—Por un tatuaje que tiene en el pie —explicó María.

Victoria no lo podía creer. Las preguntas se agolpaban en su garganta, peleándose por salir.

—¿Quieres decir que ha estado aquí todo el tiempo, y hoy ha desaparecido? ¿Quieres decir que iba en el carro?

—Pues sí... ¿Por qué?

Victoria hizo lo único que podía hacer en ese preciso instante, perder el conocimiento.

Tobías impidió que cayera. María ayudó a tumbarla.

—¿Qué le ocurre? —preguntaron las dos a la vez.

Tobías miró a una, después a otra y las puso al día:

—Os presento a la madre de Mel.

Ahora fue Lucía quién sufrió el vuelco. De una forma o de otra, se reafirmó en el anterior análisis de su vida: lo había perdido todo: a sor Carmela y a sus hermanas, a su pequeña... hasta su sed de libertad, había desaparecido.

Viajó con la mente hasta la biblioteca en la que tantos y buenos momentos había pasado y las lágrimas comenzaron a empañar sus ojos. No se atrevía a imaginar tantos tomos carbonizados; tanta ciencia abrasada para nada.

Ni tan siquiera esos libros que fueron en determinados momentos los paradigmas que le sirvieron de guía en la vida y que tuvieron la facultad extraordinaria de servir como bálsamo milagroso en sus momentos más oscuros, podían seguir siendo los pilares que la sujetaban. Toda la paz que un día pudieron aportarle sus textos llameaba en una biblioteca que, como ella, ya no tenía razón de ser.

Recordó una cita que repetía a menudo sor Carmela. Ella hablaba con frecuencia de su familia toledana; decía que mantenía una excelente relación con los judíos y que aprendieron mucho acerca de sus tradiciones; se trataba de una cita del Talmud que se refería a la vulnerabilidad de los más desvalidos; como se sentía ella en ese momento. Nunca prestó especial interés a esas palabras, pero en ese preciso instante tuvo la sensación de que habían sido escritas para ella:

Si la piedra cae sobre el cántaro, mal para el cántaro... Si el cántaro cae sobre la piedra, mal para el cántaro.

L

UNA CARRETA EN LA OSCURIDAD

Desde lo alto de la loma podía avistarse la columna de humo y oír la carrera de los caballos que parecían venirle al encuentro. Pero si sus cálculos eran certeros, nunca se encontrarían; tanto los caballos como sus jinetes necesitaban agua, y él se hallaba en la cara opuesta del cerro; el lado seco que a nadie interesaba. Además estaba anocheciendo y la oscuridad era su aliada.

Descendió y ocultó el carro tras una voluminosa masa rocosa. Las mulas ya habían bebido y él se había abastecido de líquido. Solo quedaba esperar.

Se asomó al interior y observó a la pequeña. Dormía a pierna tendida. Le había dado pan mojado con legumbres hervidas trituradas y algo de queso fresco. Sabía más bien poco de niños, y no tenía ni idea de cómo se alimentaban ni qué les sentaba mejor o peor, pero la niña por poco se atragantó con sus propias lágrimas, y no tuvo alternativa; o improvisaba o se ahogaba entre sollozos.

No tardó en comprobar que no estaba equivocado; los jinetes fueron directos al arroyo y no tardaron en irse.

Enganchó a las mulas y tomó el camino al convento.

Arturo espoleó a su caballo hasta que alcanzó a Visnú.

¿—Y ahora qué, jefe.

—Sin esa niña estamos jodidos. Era un reclamo único para atraer a su madre. ¿Seguro que dejasteis a la niña en ese convento? Si el Obispo la encuentra antes, estaremos en sus manos. ¿Sabes lo que eso significa?

—Le he dicho que sí jefe.

—Y yo te preguntado si estás seguro que fue en ese.

—Del todo, jefe. No hay otro convento por aquí...

—¿Y qué puede haber ocurrido? Porque imagino que habrás registrado bien por todas partes...

—Lo hice, jefe. Ni siquiera había niños tan pequeños. Esa mocosa no estaba allí.

—¿Entonces, la novicia no me mintió?

Arturo frunció el ceño y le preguntó, curioso.

—¿Qué novicia, jefe? ¿Me he perdido algo?

Visnú sonrió al recordarla.

—Estaba tierna como el pan bien horneado —dijo—. Creí que mentía cuando confesó que habían salido hacia Toledo.

—¿Habían, quienes...?

—¡Y yo que sé! No iba a irse sola...

—¿Quiere decir que nos vamos a Toledo?

—Imposible. Demasiado lejos y demasiado tiempo.

—¿Entonces?

—Iremos a por la madre. No nos queda otra.

—Pero si ya hemos batido toda la zona, jefe...

—No creas. Nos dejamos un sitio por mirar.

Tobías fue con sigilo a la puerta y vio que estaban solos.

—Podéis salir —avisó.

Las tres muchachas salieron del escondite que les dio cobijo y se reunieron con él junto a la entrada.

—Ya es de noche. Deberíamos buscar el carro. —Fue Lucía quien lo propuso. Los nervios podían con ella.

Tobías hizo un gesto de aprobación.

—Daré un rodeo alrededor del edificio —se ofreció.

Las tres secundaron la idea.

Apenas había dado tres pasos, se paró en seco.

—¡Un momento!... —exclamó—. Poneos a cubierto. Tenemos visita.

Al rato apareció la carreta. Las escasas llamas que aún ardían alumbraban la vía y daban al carro una apariencia irreal que rozaba lo fantasmal. Pero eso, visto lo de aquel día, ya no le atemorizaba.

—Es un carro —aclaró.

—¿Un carro? —exclamaron las tres a la vez, saliendo.

—¡Bendito sea Dios! —exclamó Lucía, jubilosa—. ¡Es el carro!

Lo que sintió Victoria al escuchar aquello, no podría describirse con palabras. Las lágrimas de alegría brotaron de sus ojos como de una fuente de agua fresca... no podía creer que su hija se encontrara en aquel carro. Hasta que no la tuviera delante, no quería hacerse ilusiones. Pero la esperanza de volver a verla; de estrujarla entre sus brazos y comerla a besos anuló sus recelos y corrió impaciente y nerviosa hacia la carreta.

Lucía estaba tan feliz como triste. Veía a Victoria, su alegría por haber encontrado a su hija, y el abatimiento y la satisfacción se mezclaban en ella emocionalmente sin llegar a conciliarse.

LI

EL MENSAJERO

Armando recibió la noticia como un jarro de agua fría y reaccionó como si le hubieran pateado sus partes.

—¡Repíteme eso! —exclamó, agarrando al jovenzuelo y sacudiéndole el cuello—. ¿De dónde sacas esa noticia?

—Yo no —negó el joven, cubriéndose el pescuezo—.
¡Aquél de allí! ¡El de la cicatriz!

—¿Aquél? ¿Y quién diablos es aquél? ¿Qué cicatriz?

—No lo sé. Se lo contó al herrero y lo oí.

Vio al individuo entrar en la taberna y fue tras él.

—¿De dónde sale usted? —Le preguntó sin calentar.

Antón contestó como si estuviera harto de que todos le hicieran la misma pregunta.

—Del sur.

—¿No me pregunta quién soy?

Antón le miró desde lo alto -le sacaba la testa y algo más- y tuvo que contener la risa. Armando le miraba con una sonrisa boba más grande que su cara, y el hueco que lucía su dentadura destacaba como mosca en la leche.

—Salta a la vista que es el ayudante del alguacil.

Armando estalló como un melón maduro.

—¡Soy... el alguacil!

—Perdone, entonces... —¿Puedo beber tranquilo?

—Cuando me haya dicho lo que le ha contado al...

...—¿Al herrero? —le cortó. Sabía que era el alguacil, de hecho esperaba a que hiciese las preguntas oportunas para contarle lo ocurrido en el convento. Sólo tenía que parecer casual para evitar delatarse.

¡Empiece!

Antón se relamía por dentro. Si todo salía como había previsto, se ahorraría tener que enfrentarse a Igor. Mejor dejárselo a la inquisición.

—¿Conoce usted a Igor Persson?

—¿Y ese quién es?

—Un hombre alto vestido de cuero negro. Es rubio y tiene acento del norte. Le siguen unos cuantos.

—¿Del norte?

—Pero no de España...

Armando simuló pensar para hacerse el interesante; si alguien se le había clavado en la memoria para siempre, era Visnú. Los datos no engañaban.

Antón tenía experiencia con la gente y conocía a los de la calaña de Armando. Sabía que le gustaba ostentar y que se reconocieran sus méritos. Decidió darle betún.

—¿Le suena o no? —repitió—. Quizá lo recuerde. Por aquí pasa mucha gente extraña... pero a usted parece que no se le escapa una. Tiene pinta de estar en todo.

Armando carraspeó y se tragó la saliva. Sabía bien que Antón le estaba dando aceite, pero fingió creerle y siguió simulando. ¿Cómo olvidar a semejante sujeto? Desde que hirió su orgullo, quiso y hasta soñó vengarse de él... Pero era eso, un sueño, una fantasía. Tanto le odió desde aquel día, que su ojeriza se convirtió en admiración, y hasta los gestos le copió. También vestía de negro desde entonces.

—Es intocable —le advirtió—. El Obispo le protege.

—¿Está seguro?

—Todo el mundo conoce el sello del Obispo. Yo lo vi.

—¿Dónde lo vio?

—En un documento que me enseñó.

—¿Y qué decía ese documento?

Armando se ruborizó. ¿Cómo iba él a saber qué decía, si no sabía leer? Fingió que sabía entonces y continuaría haciéndolo.

—Solo recuerdo el sello.

—Creo que ya no goza de inmunidad. No trabaja para la iglesia. Alguien le ha sustituido.

—¿Está seguro? ...¿Y a qué viene todo esto?

—Viene a que es usted muy metódico, y si alguien se merece coronarse con su detención, es usted.

—¿Detenerle, por qué? —La voz le empezó a temblar.

—Casualmente pasaba cerca de un convento; uno que había a unas leguas de aquí, y...

—¿Que había? —le cortó—. ¿Lo que decía el niño es cierto?

—Del todo.

—¿Y qué vio usted cuando, casualmente...?

—Igor y sus hombres lo han incendiado y matado a...

—¿Matado? —le cortó de nuevo—. ¿A quién?

—Creo que no han quedado ni las lagartijas,

—¿No era solo fuego? ¿Y por qué razón lo han hecho?

—Eso se lo dirá al inquisidor. Usted límitese a mandar un mensajero a Pamplona y comuníquesele al Obispo. Si todo sale como creo, y no veo razón para que no, usted y este pueblo van a ser celebres por haberle atrapado. Pero tiene que darse prisa. Ese grupo de apóstatas ha hecho un gran mal a la Iglesia y debe pagar por ello.

A Armando le empezaron a temblar las piernas.

—Primero tendré que comprobarlo... —apuntó— Eso lleva su tiempo. ¿Seguro que fue él? —dijo, deseando que no. Solo pensar que sí, le producía frío en la rabadilla.

—Le conozco bien y sé cómo actúa. Hemos guerreado juntos. Además le he visto... a él y a sus hombres.

—¿Y dónde están? ¿No será el que le hizo esa marca?

Antón ignoró la segunda pregunta.

—A estas horas, vaya usted a saber. Dese prisa y actúe antes de que otro le quite el bocado de la boca.

—¿Y a quién mando yo a Pamplona?

—A mí, por ejemplo. Me coge de camino.

—¿A usted?

—Extiéndame un documento, y hecho.

—Eso tendría que solicitarlo al prior de Orreaga. Pero primero tendré que asegurarme de que lo que me cuenta es cierto. No puedo presentarme allí y...

—¿Orreaga?

—Orreaga-Roncesvalles.

—¿Dos nombres? Creía que solo era Roncesvalles...

—A él le gusta más el primero... posiblemente porque es euskera. Pero ese pueblo es un sitio de paso y los que pasan, casi todos peregrinos, conocen poco o nada de esa lengua. Al final, incluso yo lo llamo así... solo me viene el

otro nombre cuando está el prior por medio.

—Interesante...

—Sí. Aquí se hablan muchas lenguas... demasiadas; al menos para mí: euskera, provenzal occitano... Cada uno va a la suya... En fin, volviendo a lo suyo...

—¿Cuánto tardará en tenerlo? —se adelantó Antón.

—Si lo que me dice es cierto, un par de días. Pero no prometo nada. Depende de la colegiata y esta del cabildo. En fin, que no depende de mí y hay que esperar...

LII

DESPEDIDA

Cuando llegaron al claro, notó un latigazo por todo el cuerpo. A lo lejos se avistaba la cabaña, sin embargo, esa sensación de estar en casa que siempre sintió al llegar; el regustillo que le envolvía al imaginarse lo más parecido a ese hogar que nunca llegó a conocer, parecía diluirse con cada latido de su corazón, a medida que se acercaban.

Se apeó ante la puerta, corrió al interior, y sus recelos parecieron materializarse; Melissende yacía en el suelo al lado de la hoguera. El olor a hogar dejó su lugar a un olor nauseabundo irrespirable que se pegaba a la nariz y a los sentidos. La vida de Melissende estaba tan apagada como las llamas de la hoguera que tanto calor le dieron.

El carretero entró tras él y se tapó la nariz.

Las tres muchachas lo hicieron después, pero Lucía no pudo soportar la visión y salió fuera a vomitar. El mundo que tanto deseaba explorar la estaba enseñando en pocos días, más que cien libros en años.

María en cambio estaba familiarizada con la muerte, y aunque le produjo rechazo, no se sintió tan impresionada. Después de lo ocurrido en el convento, donde incluso tuvo que matar... todo le parecía más soportable.

Victoria se inclinó, le cerró los ojos y la abrazó como si abrazara a su madre. Ya no le quedaban lágrimas, pero lloró de impotencia y como si nunca lo hubiera hecho. Aquello era un acoso sin final predecible, y esos malditos documentos estaban acabando con las vidas de quienes la ayudaron de forma altruista a salvar la suya.

—Ayúdame a sacarla fuera... —le dijo Tobías con voz trémula—. Le daremos sepultura.

—Victoria reparó en la sangre de sus uñas.

—Parece que se defendió —observó, sorprendida.

—¿Y...?

—Mira esta mano. Tiene sangre, y restos como de un pliego... ¿No te parece extraño?

—¿Pliego? ¿Qué quieres decir?

—¿Quedó aquí algún documento?

—Juraría que no.

—Busca por ahí, anda... No le veo otra explicación.

—¿A dónde quieres ir a parar?

—Tú mira bien por el suelo; incluso entre las cenizas. Puede que solo sea una casualidad, pero si no encuentras lo que falta a estos restos, es que se lo han llevado. Y si lo han encontrado interesante como para eso, por algo será.

Tobías meditó unos segundos y meneó la cabeza.

—Quizá nos fuimos demasiado aprisa —reconoció—. Es posible que dejáramos algo. Había un cofre lleno.

—Tan posible como que nos lo dejamos. ¡Busca, anda!

La búsqueda no dio fruto alguno y Victoria terminó al fin convencida de sus sospechas.

El carretero, harto de escucharles, preguntó, curioso:

—¿Se puede saber de qué habláis?

—¡Eso! —exclamó María. Lucía permanecía fuera.

—Es demasiado largo de contar —le dijo Victoria.

Tobías le dio una pista.

—Si seguís aquí, corréis peligro.

—¿Más que en el convento?

—El mismo y de los mismos. Hay muchas posibilidades de que quienes asaltaron el convento sean los que...

—¿Quieres decir —le cortó el carretero— que los que asaltaron el convento son los mismos que han matado a esta mujer?

—Estoy seguro.

—¡Y qué podemos hacer? ¡Esto es de locos!

—Lo que estaban haciendo cuando les encontramos.

—Lucía les habló desde la puerta.

—La razón de ir a Toledo, se evaporó al encontraros... Sin la niña ya no existen motivos para...

—¿Y qué nos lo impide? —la cortó el carretero—. Yo vivo allí y recibí de sor Carmela el encargo de dejaros en una dirección determinada donde os

esperan.

—¿Vive allí? —se sorprendió Victoria.

—Y hasta me llamo Idelfonso, como su patrón.

—¿Y a qué se dedica...? —intervino Tobías—. ¿Qué es lo que le ha traído hasta aquí?

—También es largo de contar... —Miró a las muchachas—. ¿Qué vais a hacer? Yo debo continuar y...

En ese momento la niña empezó a llorar. Lucía volvió la cabeza hacia el carro y después miró a Idelfonso.

—¿Estáis seguras? —Miró también a María.

María asintió en silencio. ¿Qué podía hacer? Su vida estaba tan atada a Lucía como la de esta a la pequeña.

Victoria se sorprendió tanto como Idelfonso.

—No podemos cargar con vosotras —les advirtió.

—Ya no tenemos dónde ir.

—En Toledo os esperan —le recordó Idelfonso.

—Toledo era un hogar pensado para criar a esa niña...

Ya no tiene sentido. De buena gana volvería al convento y permanecería allí el resto de mi vida. Lo que conozco del mundo, me basta para no querer explorarlo más.

—Pues nuestro trato acaba aquí —dijo Idelfonso. Fue a la carreta y comenzó a sacar bultos—. Debéis coger a la niña. Debo partir ya.

Victoria hizo ademán de ir a buscarla pero Lucía se le adelantó. La cogió en brazos y la acunó con ternura a la vez que la besuqueaba en los mofletes y acariciaba con la nariz.

Victoria la observaba con empatía. En ese momento la entendió; ella tampoco hubiera deseado separarse de una criatura de la que se hubiera ocupado como una madre a lo largo de meses. Estaba en deuda con ella; sabía que su hija había sido cuidada por alguien especial, y eso era un regalo del cielo que nunca agradecería bastante.

Tras enterrar a la anciana, decidieron hacer noche allí y buscaron leña para caldear el habitáculo.

—Es curioso —dijo Tobías mientras intentaba que los leños prendieran—, no se han llevado nada. Las gallinas y los conejos siguen en el corral... También hay huevos frescos para cenar.

Tras la cena decidieron descansar. Ofrecieron el catre a Victoria y a la niña. Tobías se echó en el piso a su lado. Lucía y María, también en el suelo, junto a la hoguera.

Ninguno podía conciliar el sueño. Lucía, aún menos.

María la acurrucó contra su pecho y la rodeó con sus brazos. Ella la abrazó a su vez y le susurró al oído:

—¿Tú tampoco puedes dormir?

—María notó el cálido roce de sus labios en el cuello y se estremeció. En ningún momento ni con nadie, sintió nada parecido. Nunca hasta que conoció a Lucía, sintió el deseo de besar a otra mujer, pero la candidez de esta, era algo que traspasaba las barreras de su lógica, y sentía que deseaba unir sus labios a los de ella y sentir el calor de su lengua dentro de su boca... dentro de toda ella.

La rodeó por la cintura y la atrajo hasta que sintió el calor de su vientre contra el suyo. Creyó que quemaba.

Lucía se acurrucó en su pecho; lo hizo de una manera inocente, pero María notó un espasmo en todo el cuerpo.

Aguantó un suspiro de placer. ¿Cómo podía ocurrirle a ella algo así con una mujer?, pensó.

Apretó los muslos para que no se le notara.

—¿Estás bien?—le preguntó Lucía—. Te noto tensa.

—María la oía como si estuviera lejos. En ese momento solo tenía calor; un agradable calor que se concentraba entre sus muslos, y que se intensificaba con el aliento de Lucía llegándole al cuello. Moviéndole la cabeza y lo sintió en sus labios, que habían quedado casi pegados a los de ella; ambos alientos fusionaron con la respiración; la de María a cada segundo más agitada, y se le hizo muy cuesta arriba soportar la temperatura de su cuerpo, que a pesar de intentar mantener la compostura, parecía irse a desbocar de un momento a otro.

Llegó a la conclusión de que estaba enamorada. Pero no entendía el porqué; hasta que conoció a Lucía, ni tuvo relaciones con mujeres, ni tampoco se le ocurrió tal cosa.

—No lo sé —respondió—. Después de lo ocurrido...

—¿Estás en tensión, verdad? —Le retiró el mechón de la cara, lo sujetó tras su oreja y le susurró al oído:

—Relájate, anda...

María bajó los párpados, le sujetó la mano en su cuello y se dejó llevar por

la imaginación; la sensual caricia de los dedos rozándole la oreja y la voz cálida, envolvente y afectuosa de Lucía la condujeron a la culminación de su fantasía; tuvo que apretar los puños con todas sus fuerzas para que no se le notaran los efectos del clímax.

La beso en la mejilla y se volvió dándole la espalda.

—Anda, Lucía, duérmete.

—¿Estás mejor, María? ¿Puedo ayudarte a...?

Se volvió, le acarició la mejilla y sonrió.

—Me encuentro mejor cariño. Ya me has ayudado...

A la mañana siguiente, desayunaron huevos bebidos y se dispusieron a planear el siguiente paso.

—¿Y ahora qué? —preguntó Victoria.

Tobías encogió los hombros.

—No lo sé. No esperaba que pasara esto. Nunca pensé que Melissende fuera a acabar así. Me cuesta pensar que ya no está con nosotros. No puedo asimilarlo.

Victoria no pudo contener las lágrimas.

—¿No has podido dormir, verdad?

—¿Tú qué crees?

—Yo tampoco. Además están estas muchachas que...

—Es cierto —reconoció—. Somos cuatro destinos sin rumbo a seguir. Ni siquiera sabemos cómo continuar.

Victoria intentó tranquilizarle.

—Ya tenemos el principal problema resuelto... hemos encontrado a mi hija. Ahora deberíamos buscar a Anué y continuar con el enigma. Si en algún momento flaqueé y pensé en abandonar, he perdido ese derecho.

—¿Qué quieres decir?

—Que no puedo permitirme ni pensar que Melissende ha muerto en vano. Todo esto es culpa mía y mi deber es no descansar hasta que...

Tobías no la dejó continuar.

—Pues deberás tener paciencia — dijo—. No sabemos dónde está Anué. Eso quiere decir que no podemos irnos de aquí. Él vendrá... Siempre lo hace.

—No quiero mirar su cara cuando se entere de que su amiga del alma ha muerto por mi culpa.

—No ha sido tu culpa... Ella se desvivía por ayudar al que se cruzara en

su camino. ¡Mírame! En cuanto me vio le brillaron los ojos y se dijo: ¡he aquí mi hijo! Ni siquiera me preguntó quién era ni a qué me dedicaba; si hubiera sido un asesino, me habría recibido igual.

—Pero tú no traías a una horda tras de ti... Mi caso es diferente.

—Desde el primer momento lo supo. ¿Y qué?

—Eso no me quita culpa... Yo no...

—¿Puedo acunar a Mel? —la interrumpió Lucía, y la tomó en sus brazos. Victoria no opuso resistencia. Visto lo visto, era como de la familia.

María tiró de Lucía hasta la puerta y las tres salieron.

—Dejémosles a solas —propuso—. Salta a la vista que necesitan desahogarse.

—¿Tú crees?

—Y quizá otras cosas también... Están muy alterados y necesitan...

Lucía le dio un empujón para que se callara.

—Cómo eres, María...

—¿Cómo soy? Dímelo tú...

Los caballos aparecieron como fantasmas en la oscuridad. El cielo crepuscular hacía que aparecieran borrosos, y no se distinguían bien desde la cabaña. Poco a poco, ya en el claro, fueron poniéndose en formación de combate.

—¿Qué ruido es ese? —preguntó Tobías.

—Yo no he oído nada —dijo Victoria—. ¿Vosotras?

—Yo tampoco —corroboró Lucía.

—Ni yo... —remató María.

—Yo sí... —repuso Tobías poniéndose en pie y yendo hacia el ventanuco. Oteó el horizonte y meneó la cabeza.

—¿Has visto algo? —le preguntó Victoria.

—Desde aquí no se ve nada. Está anocheciendo.

—Tranquilízate. Será algún animal.

—Iré a comprobarlo.

Fue hasta la puerta. Cuando la abrió palideció. El tipo que le miraba desde el otro lado era Arturo.

—¡Vaya, vaya, jefe! —exclamó el mercenario—. Si mi memoria no está jugándomela, este es el putero.

—No te engaña, no... —le aseguró Visnú levantándole el mentón—. Si le

buscamos no hay manera, pero si al contrario buscamos a otra persona, le encontramos hasta en una letrina como esta... ¡Aquí apesta!

—¡Exacto! —le cortó Arturo—. Así fue la otra vez, lo recuerdo bien... Recuerdo que íbamos tras...

—¡Ya sé detrás de quién íbamos...! —bramó Visnú—. ¡No es necesario que lo repitas!

—Perdóneme, jefe. Es que estoy tan contento, que...

Visnú cogió la barbilla de Tobías y tiró hasta que sus ojos estuvieron frente a los suyos.

—¿No estás solo, verdad? —le preguntó.

Tobías no contestó.

—¡Arturo! Entra y comprueba cuanta gente hay.

Arturo entró y vio a las tres, abrazadas y temblorosas. Se acercó y deshizo el nudo que las unía descubriéndoles las caras.

—¿Jefe, usted cree en la suerte?

—¿A qué viene eso, Arturo?

—A que tenemos aquí a todo el elenco. Si me cuentan esto hace unos días...

Visnú cogió a Tobías del pescuezo, le empujó adentro y fue tras él.

De forma instintiva, Victoria se lanzó a los brazos de Tobías. María y Lucía se cogieron de la mano.

Arturo la arrancó de los brazos del joven, se la lanzó a su jefe y le informó:

—Esta es la puta.

—¿Estás seguro?

—¡Segurísimo, jefe!

Visnú la echó un vistazo de pies a cabeza y silbó.

—El borracho tenía razón —dijo, sorprendido—. Esta mujer es una preciosidad. —Le desgarró el vestido y dejó sus senos al descubierto. Ella intentó taparse y él no se lo permitió; la cogió del pelo y tiró de ella hasta el catre.

Tobías hizo ademán de lanzarse en su defensa pero no pudo zafarse de los brazos de Arturo. Gritó de desesperación y de rabia, pero solo consiguió agotarse. Se dejó caer de rodillas y suplicó con los ojos encharcados en lágrimas y el moquillo colgando. Pero de nada sirvió.

Visnú apuntó con el dedo a Lucía y María y miró a su lacayo.

—¡Sal —ordenó—y entrega a esas dos a los hombres... Que se

desahoguen también.

—Vaya días espléndidos que llevamos, jefe... Primero en el convento y ahora con estas maravillosas criaturas.

A un grito suyo, varios hombres entraron.

—Sujetad a este —les dijo— y coged a esas dos.

—¿Son para nosotros?

—Pero después de mí... ¿Entendido?

Las agarraron del pelo y las sacaron fuera. Lucía ya no podría descubrir su sexualidad entre caricias y besos; los cálidos abrazos y la sensualidad que idealizó a través del libro sagrado *el cantar de los cantares* perdía su sentido y se tornaba en algo insulso y puramente carnal.

Como en el poema, imaginó a su amado.

Como en el poema, deseó ser solo de él y para él...

Pero nunca se haría realidad en ella una de sus frases favoritas:

¡Qué hermoso eres, amado mío! ¡Qué delicioso!

Puro verdor es nuestro lecho.

Uno de los esbirros la cargó en brazos y se la llevó de allí entre risas.

El grito de Arturo paralizó a todos:

—¡He dicho que yo primero!

—¿Y esta otra? —exclamó uno de ellos.

—Esa también.

—¡Joder, Arturo...!

—¡Os aguantáis! —masculló. Las asió por las muñecas y tiró de las dos hasta el cobertizo trasero—. ¡Seguidme y haced guardia! No quiero sorpresas.

Ya en el cobertizo, le arrancó el vestido a Lucía, y sus senos quedaron a la vista. María estaba paralizada, fuera había cuatro sicarios -los demás custodiaban a Tobías- y no se atrevió a abalanzarse sobre Arturo, quién se bajaba los calzones, disponiéndose a abusar de su pequeña joya; porque si existía una auténtica joya en el mundo, estaba convencida de que era su pequeña Lucía. Su desnudez la sorprendió gratamente; era muchísimo más esbelta de lo que había fantaseado; su cintura y la curva de sus caderas eran tan deseables para ella como para el mercenario.

Arturo la lanzó sobre la hierba seca, y agarrándola por los tobillos le separó las piernas. Lucía parecía no estar al límite, incluso parecía estar ausente mientras él sin prisa, iba acomodándose sobre ella y empezaba a lamer su cara, su boca y sus pezones.

Con un hábil golpe de cadera, se metió dentro de ella.
El alarido fue tan desgarrador que María sintió como si la penetrara a ella.
Eso fue lo que encendió su cólera.

Se abalanzó sobre él y le dio la vuelta.

Arturo la agarró por el cuello y comenzó a estrangularla para quitársela de encima.

Fuera, los otros esbirros reían la osadía de María. Pero se cuidaron mucho de molestar a Arturo.

Este consiguió darle la vuelta y ponerse sobre ella.

Ella le clavó las uñas en los ojos y se zafó, pero ni con esas pudo ponerse en pie. Ya no le quedaban fuerzas para seguir, y el volvió a ponerse sobre ella.

El forcejeo estaba durando demasiado, y eso le dio pie y tiempo a Lucía para quitarle una daga de su cinturón.

Arturo jamás imaginó morir encima de una mujer... Si le hubieran dicho eso en alguna ocasión, se hubiera reído sin parar. Pero estaba encima de una mujer, y no era risa lo que sus labios expresaban, sino dolor; dolor y temor al mismo tiempo.

Se volvió y observó a Lucía, quien permanecía quieta e impassible, contemplando cómo se le escapaba la vida.

Lucía pareció salir de su aislamiento y ayudó a María a ponerse en pie. Esta cogió la espada de Arturo y remató el trabajo de su compañera dándole el golpe de gracia en el pecho.

En ese momento, los que estaban fuera, se percataron de que algo no iba bien y entraron en el cobertizo.

María blandió la espada, pero la pericia del mercenario estuvo a la altura de su oficio y se la arrebató.

Otro de ellos sujetó a Lucía y la tiró de nuevo al suelo.
Sin miramientos ni pérdida de tiempo, bajó sus calzones y se abalanzó sobre ella.

El que forcejeaba con María, la lanzó junto a Lucía y también se tiró encima. A partir de ahí todo fue fácil. Las muchachas sabían que todo había acabado para ellas.

Entre embestida y embestida, se miraron.

Entre embestida y embestida, se dieron la mano.

Entre embestida y embestida, viajaron con la mente al convento.

Como puestas de acuerdo, llegaron a la conclusión de que nada habría

cambiado. Aquel asalto marcó el final de todo; de su presente y de lo que pudo ser... Solo nostalgia difusa y lágrimas les quedaba. Eran aún tan jóvenes, que ni siquiera tenían un pasado que añorar.

María entrelazó sus dedos con los de Lucía y sonrió.

—El tiempo es eterno —le susurró—, pero no es para siempre. Lo nuestro es para siempre, pero no es eterno.

Tobías aprovechó el desconcierto provocado por ellas y consiguió escapar de los dos que le custodiaban. Corrió hasta la puerta de la cabaña y la abrió; sólo con imaginar a Victoria bajo aquél hijo de puta, le llenó de ánimo y de valor... jamás permitiría que la mujer que le dio sentido a su vida estuviese bajo el cuerpo maloliente del asesino de su padre, ni de ningún otro.

Pero la destreza de Visnú en las artes de la guerra era muy superior a la de sus hombres... Aún no había abierto cuando la espada le atravesó el pecho.

Ni siquiera se miró la herida; todo su afán consistía en averiguar cómo estaba Victoria.

El alarido de ella fue tan intenso que debió perforar la frontera del dolor, reverberando por el bosque como si le pusiera sonido a una muerte anunciada, quebrantando la ley de la razón y de la lógica.

Rodrigo se puso en pie y se sujetó las sienes. Ese acto fue tan inesperado, que hasta Anué se puso en guardia.

—¿Te ocurre algo? —le preguntó, inquieto.

—A mí no...

—¿Qué quieres decir? Me estás asustando.

—Algo ha ocurrido... He sentido una llamada rota por el dolor. Es muy raro. Hace mucho que no la sentía.

—No me irás a salir con tus...

—Nooooooooo —le cortó moviendo el dedo—. No son mis... Ríete si quieres, pero...

—¿Entonces?

—Me extraña que estés tan relajado. ...¿De verdad no has sentido nada?

Anué miró a Teth y resopló. Le daba pavor reconocer que algo le roía el estómago desde días atrás.

—¡Ve al grano, anda! —suplicó, curioso.

Rodrigo se aclaró la garganta.

—¿Tú crees en la fuerza de la mente? —le preguntó.

—Reconozco que sí —asintió Anué—. Cada vez más.

—¿Y en la fuerza del amor?

—¿A dónde quieres ir a parar?

Rodrigo suspiró y vocalizó de una en una las palabras nefastas que él ya imaginaba, pero que no quería oír.

—Algo les ha ocurrido a los chicos...

Visnú le tiró una manta a Victoria para que se tapara.

Ella no se movió; en realidad ni parpadeó. Estaba tan bloqueada y aturdida que no hubiera notado el pinchazo de una aguja.

La cubrió y se sentó a su lado.

—Tú y yo, debemos tener una seria charla —le dijo.

Ella continuó sin inmutarse.

—Es sobre ciertos documentos que te dio tu querido padre. Solo necesito eso... Si me los das, no te molestaré más. Te lo prometo.

—Nunca te diré nada. Acaso piensas que creo en tu...

—¿Palabra? —Terminó la frase por ella.

—Tú lo has dicho.

Visnú se puso en pie y sacó a la niña de la cuna.

—¿Por ella, tampoco lo harías? Qué extraño, su padre sí que soltó la lengua.

—¿Archibald? ¿De qué conoces tú a Archibald?

—Tuve con él la misma conversación que ahora tengo contigo. De hecho, fue quien me puso al corriente de los malditos documentos.

—¡Mientes! Él no sabía nada de todo esto.

Visnú soltó una risotada.

—¿Tu ingenuidad no tiene límites, verdad?

—Él no sabía nada —repitió.

—Yo diría más bien que lo sabía todo. Fue quien puso al Obispo al corriente de los trabajos de tu padre.

—¿Qué? ¿Cómo dices? ¿A qué viene ahora el Obispo?

—¿De verdad eres tan ingenua? ...¿Quién crees tú nos pagó para que asaltáramos tu fortaleza.

—Si eso fuese verdad, no me lo dirías.

—Yo sé por qué te lo digo... Al tal Archibald, también se la jugó.

—¿Le mató el Obispo?

—En cierto modo. Él dio la orden y puso el dinero... Nosotros hicimos el resto. En el fondo, ese muchacho fue el causante de todo.

—¿Todo fue culpa de Archibald? ¿Y por qué nos hizo eso a mi padre y a mí? Nosotros le queríamos.

—Sí que eres ingenua, sí... ¿Por qué va a ser? Pues por unas monedas de oro; por lo que se hacen estas cosas... por lo que las hago yo...

—Algo me decía que no podía confiar en él.

—Sin embargo, debió quererlos mucho.

—Pues vaya una forma de quererme...

—Al menos deberías agradecerle el enorme amor que sentía por vuestra hija.

—Me extraña. Archibald solo pensaba en él.

—Si me lo contó todo, fue a cambio de dejarla vivir... aun sabiendo que él no tenía futuro. ¿Eso no es amor?

Ella le miró sorprendida. Fue a decir algo, pero él fue más rápido.

—Como verás —dijo—, si doy mi palabra...

—¿Y qué contó? —preguntó, curiosa.

—Algo inconcebible. Un cuento para niños.

—¿Entonces, a qué viene tanto...?

Visnú no quería perder tiempo y abrevió.

—Mira, el Obispo no tiene un pelo de tonto... Si gastó un dineral por tener en su poder El Bastón de Mando, es que vale mucho más.

A Victoria se le abrieron tanto los ojos, que él lo notó.

—Veo que estás sorprendida.

—No sé de qué me hablas. Intentó no darle pistas.

—Eso me es indiferente. Dime donde están los...

—No los tengo yo. Y tampoco los entiendo.

Visnú intentó cargarse de paciencia. Suspiró profundo y se acercó al ventanuco.

—¿Qué voy a hacer contigo? —dijo sin volverse.

—No los tengo, pero da lo mismo... Ese Bastón no es más que una leyenda. Y ya te he dicho que...

—Qué no lo entiendes, sí. Díselo al de la sotana...

¡Díselo tú!

—Visnú se volvió y le hizo un guiño de complicidad.

—Deberías tener más consideración. Después de todo y a pesar de los pesares, hemos disfrutado juntos...

—Victoria se clavó las uñas, esforzándose para que él no advirtiera su dolor. Sabía que los de su calaña disfrutaban con ello y no quería darle ese gusto.

Visnú la miró a los ojos intentando percibir un ápice de dolor en su semblante; una chispa de rabia, algo. Pero ni siquiera pestañeó. El dolor y ella se habían aliado en el pueblo de Orbaizeta; el día en que fue vil y salvajemente ultrajada, su mente se separó de su cuerpo hasta poder evadir el dolor físico y controlar el mental. No era esa la primera vez que abusaban de su cuerpo, y tal como iban las cosas, intuía que no sería la última. En la situación en la que se encontraba, y no contando ya con Tobías, no la hubiese importado morir allí mismo, pero tenía una hija al lado y un hijo en alguna parte.

Extrañado por esa actitud impasible, Visnú arremetió de nuevo. Apartó la manta que la cubría y dejó su cuerpo al descubierto. Acariciándole un seno, dijo:

—No pareces muy afectada. Quizá te gustó.

Ella ni le miró. Sabía lo que la esperaba; asumía que lo iba a pasar mal y que nada ni nadie iba a remediarlo.

Ante la sorpresa de Visnú, se abrió de piernas, remojó la yema de sus dedos con saliva y se humedeció la vagina con cuidado. El poder desinfectante de la saliva actuó en la zona desgarrada y le provocó tal dolor, que hizo que se mordiera el labio y apretara los ojos. Pero tan solo fue un segundo comparado con el que tendría que soportar si no le preparaba la entrada; mejor era allanar el camino, que sufrir desgarro sobre desgarro.

Mientras Visnú se metía en su cuerpo, miró al techo y pensó que era más fuerte que las circunstancias que iban, o más bien intentaban apoderarse de su salud mental. No permitiría que aquellos que lo dieron todo por ella y por sus hijos, lo hubieran perdido en vano.

Se preguntó qué habría sido de las muchachas pero no quiso contestarse; hacía rato que los gritos habían cesado y ese silencio sordo a la vez que atronador, no auguraba nada bueno. Decidió no pensar en ello; cerró los ojos y se abstrajo en lo único que en aquel momento crucial podía mantenerla viva: sus hijos. Ahora tenía que procurar que no decidiera matarla, y para ello necesitaba inventar una intriga que le convenciera de que la necesitaba; un lugar seguro en el que pudieran estar escondidos los documentos. Le vino a la cabeza el convento; el lugar del siniestro era el sitio perfecto para ocultar algo, incluso un tesoro... lo que fuera. Después del incendio cabía la

posibilidad de que se hubiera calcinado, y no podría acusarla de mentir.

Decidió que así lo haría. Eso le daría algo de tiempo para prepararse la huida. Estaba convencida de ser clave de peso, de lo contrario ya estaría muerta.

Pensó que ese hijo de zorra que iba y venía sobre ella, era una pieza importante en cuanto a su futuro inmediato; si las cosas eran tal como parecían, daba la impresión de estar en la cuerda floja y necesitar refuerzo. Intentaría mantenerle ilusionado y esperanzado acerca del paradero de los documentos; le diría parte de lo que sabía, si era necesario. Así tendría tiempo de urdir un plan de escape.

Las convulsiones previas a la eyaculación del mercenario la trajeron de nuevo al catre.

Mientras tanto, fuera, una panda de maleantes echaba a suertes la indeseable tarea de comunicarle a su jefe, que su hombre de confianza; aquél en quién se apoyaba más; con quien compartía liderazgo y decisiones, se hallaba en el cobertizo con una daga clavada en la espalda y un foso del tamaño de un puño en el corazón.

Anué y Rodrigo avistaron la cabaña desde la arboleda y advirtieron que estaba sitiada. Se encontraban tumbados para no ser vistos desde el claro.

Rodrigo meneó la cabeza y suspiró, apesadumbrado.

—Algo me decía que la cosa no iba bien.

—¿Cuántos crees tú que son?—le preguntó Anué.

—Imposible saberlo. Pero así a ojo... cuento al menos diez caballos. Demasiados para dos viejos.

—¿Crees que Melissende estará bien?

Rodrigo le miró y no se atrevió a responder.

Anué le dio una palmadita en la espalda y se irguió.

—Debemos alejarnos de aquí. El niño está en el carro, y si llora podría delatarnos. Volveremos cuando se hayan ido.

LIII

SUEÑOS DE GRANDEZA

Antón Espinoza se inclinó, besó la mano del Obispo y le entregó el pliego oficial.

—¿Y bien? —preguntó este—. ¿Habéis concluido ya?

—No del todo, monseñor.

—¿A qué os referís?

—Verá, monseñor, he decidido acabar con Igor de un modo más seguro y menos arriesgado.

—Yo no os he pagado para que evitéis riesgos.

—Supongo que estaréis al tanto de las últimas nuevas.

Igor y sus secuaces han asaltado un convento, monseñor.

El Obispo frunció el ceño.

—¿Y cómo sabéis vos que fueron ellos...? Sabía lo del convento, pero las autoridades no se han pronunciado al respecto; nadie sabe con seguridad quienes fueron...

—Así se lo comuniqué al alguacil. Él habló con...

—Eso es lo de menos —le cortó—. Hace falta más que una simple acusación para juzgar a alguien. Por ahora y según este mensaje solo hay un delito contra la iglesia, todavía sin resolver. Y Aunque me gustaría que la razón estuviera de vuestra parte, podéis creer que nada puedo hacer... Los Obispos ya no elegimos a los Priors.

—Les seguí, monseñor. Fui testigo y fueron ellos.

—¿Y no hicisteis nada para evitarlo?

—Eran muchos. Además no sabía a lo que iban. Igor y sus secuaces son imprevisibles, pero se me ocurrió algo que no esperaban; una vez que cesó el fuego, entré.

—¿Y...?

—Vi a dos de sus hombres. Solo quedaban de ellos las cenizas.

—¿Y cómo sabéis que eran sus hombres?

— Recogí sus armas como prueba, monseñor... Es raro que Igor no haya pensado que eso podía comprometerle.

—¿Tan raro os parece?

—Demasiado extraño, monseñor... Él no ha cometido jamás errores tan evidentes. Debe estar muy desesperado por alguna razón que se me escapa. Esas armas tienen el sello de una armería de Toledo. Son todas idénticas y de un acero especial. Cortan piedras.

El Obispo apuntó a su cintura y preguntó:

—¿La vuestra también?

—No, monseñor. Esta se la quité a un moro. Como le decía, por alguna razón, Igor está cometiendo errores en los que cualquier soldado mediocre nunca caería. Cuesta creerlo, pero ese no es el Igor que yo conozco.

El Obispo intentó que no escarbara en las razones que le condujeron a cometer esos fallos y desvió la conversación.

—¿Y entonces, qué se os ha ocurrido para acabar con él? Me gustaría que fuera cuanto antes.

Antón, nervioso, se aclaró la garganta y propuso:

—Creo que lo mejor y más seguro será entregárselo al inquisidor. Esas armas son pruebas de que han profanado la casa de Dios y asesinado a fieles creyentes.

—Reconozco que no es mal plan. Pero la inquisición le encerrará en una mazmorra y puede que tarde años en ajusticiarle. Eso podría ser problemático para todos.

—Una vez admita su culpabilidad, monseñor... dará lo mismo el tiempo que dure el encierro. Y la admitirá; de eso estoy tan seguro como su Excelencia Reverendísima.

—Admito que podría ser la solución. Soportar el duro tormento al que son sometidos los acusados, no es fácil.

—Por no decir imposible... ¡Confesará lo que sea! No conozco a ningún héroe, monseñor, que se haya escapado de desembuchar.

—Los métodos divinos para desenmascarar a los que mienten, son infalibles. No hay por qué dudarlos.

—Eso pienso yo, monseñor... Y el que sea extranjero, aún le perjudicará más. Será llevado a la hoguera y todos contentos. Que tarde más o menos, es

indiferente; arderá y expiará sus crímenes.

Al Obispo le extrañó que un soldado a sueldo pensara de aquél modo; era algo que creía reservado a la nobleza. No le agradaba que un simple instrumento militar, pues es lo que en definitiva era, se tomara una licencia no de su competencia... Y menos aún la de estratega.

Sin embargo, no tuvo más remedio que darle la razón; la manera más segura de quitarse de en medio a Visnú, y por extensión a su séquito, era una buena hoguera. Claro que existía un problema: si pregonaba lo que sabía, todos sus planes se resquebrajarían como un edificio en ruinas.

Antón tiró del legajo que tenía sujeto al cinturón y se lo entregó.

—Siguiendo vuestras órdenes, monseñor, os traigo un documento que podría ser de vuestro interés.

El obispo desenrolló el pellejo y se embutió en él.

—¿Esto se lo habéis sustraído a Visnú?

—No, monseñor. Pero creí que había posibilidades de que estuviera interesado en él; aunque desconozco a qué, averigüé que pensaba ir al lugar donde lo encontré.

—Habéis obrado bien. Veré lo que puedo hacer con el mapa. —Reparó en lo escrito al dorso y frunció el ceño.

—¿Y no hallasteis nada más? —dijo sin dejar de leer.

—No había nada más.

El Obispo alzó la vista y le miró a los ojos.

—¿Estáis seguro de que no había más documentos?

—Sí monseñor. Registré la cabaña a conciencia. Pensé que este era importante, debido al empeño de la vieja en conservarlo. Su tesón fue digno de una heroína.

Los ojos del Obispo adquirieron un brillo especial. El plano que tenía en las manos, era una auténtica joya. Así, sin darse cuenta, había dado un paso de gigante que iba a conducirle a la consecución de sus planes. Después de lo visto, el hombre que tenía ante él, no lo estaba haciendo mal; lo mismo le traía un tesoro, que apartaba a Visnú de de su camino a la gloria. A veces, pensó, hay que utilizar a gente sin escrúpulos para frenar a gente sin escrúpulos.

—Está bien —dijo—, moveré los hilos para que se les acuse de apostasía contra la Santa Iglesia; eso hará que se le condene a la pena máxima. Sin embargo sois vos quién deberá aportar pruebas condenatorias. Deberéis acusarle ante el tribunal. ¿Estáis preparado para ello? ...No quiero

arrepentimientos de última hora. Tened en cuenta que él se encontrará ante vos cuando le señaléis. Os mirará a los ojos y deberéis ser capaz de permanecer impasible... algo para lo que no todo el mundo está preparado.

Antón agitó la cabeza en señal de asentimiento.

—Estoy dispuesto a cumplir con mi deber, monseñor.

—Podéis retiraros, pero no dejéis la ciudad.

Antón hizo una reverencia y abandono la estancia.

Una vez solo, Carlos de Marena se acercó a la ventana y desenrolló el mapa; la leyenda poetizada que se hallaba al dorso, había despertado su curiosidad.

Miró a lo alto, contempló el cielo y se dejó llevar por la imaginación. La grandeza estaba a un paso, se dijo. Sus sueños de gloria iban erigiéndose poco a poco y piedra a piedra; aquel texto parecía premonitorio.

Se acercó a su biblioteca tomó el libro de los libros, lo abrió y leyó el primer versículo que se puso ante sus ojos. Aunque siempre estuvo convencido de que ningún dios estaba escondido en esas páginas, le pareció que aquella cita del fundador del cristianismo era una señal del cielo.

Sonrió optimista. Si todo salía como esperaba, pensó, su reino tampoco iba a ser de este mundo.

LIV

LA SOMBRA OSCURA

Una silueta encapuchada iba acercándose a Victoria... No la distinguía bien, el ventanuco de aquel túnel frío y húmedo, único foco de luz allí, se encontraba tras él y no le permitía ver su rostro. Parecía flotar y se aproximaba a ella sin aparente prisa por alcanzarla.

Una vez frente a ella, alargó el brazo y le entregó una caja idéntica a las otras.

La abrió y comprobó que contenía un pliego sellado.

Sacó el pliego y lo desdobló. Estaba en blanco.

Alzó la vista, interrogante, pero el encapuchado había desaparecido. Aguzó sus pupilas y distinguió su perfil, ya distante.

Entonces, como si adivinara que le estaba observando, se volvió y la miró; tuvo la sensación de que la retaba a ir tras él; de que la desafiaba a seguirle. Lo intentó, pero no pudo dar un paso; sus pies parecían anclados al suelo.

La figura fue desvaneciéndose hasta que la penumbra se la tragó.

El vestido cayó sobre su cara y la despertó.

—¡Vístete! —exclamó Visnú.

—¿Qué ocurre? —preguntó, desconcertada.

Visnú la agarró del brazo y la obligó a erguirse.

—¡Que te vistas! —ordenó—. Tenemos trabajo.

Intentó desperezarse, pero la bofetada la aconsejó dar un salto del catre y vestirse a toda prisa. No sabía a qué atenerse con aquel tipo; lo mismo la abofeteaba que daba las buenas noches. Su rostro había sufrido un cambio y el aspecto de asesino implacable se había tornado en el de un hombre demacrado y atormentado. Por su actitud, no confiaba tanto como la víspera en poder engañarle, pero debía intentarlo de todos modos; no debía descubrir

que no tenía ni idea de donde estaban los documentos, y con suerte dependería de ella para encontrarlos.

La voz del mercenario hizo que sintiera un escalofrío.

—Mira —le dijo—, esto hay dos formas de arreglarlo: Una, me dices dónde están esos documentos y cuentas tu vida por años. Dos, te niegas y os mato a ti y a tu hija. Tú decides si colaboras o no... Pero te advierto que ya no me queda paciencia ni tiempo que perder.

—¿Y cómo sé que no me engañas?

—No se puede saber todo.

Agachó la cabeza y susurró como si le costara decirlo:

—Están en el convento.

—¿Qué están en el convento?

—Allí se quedaron. Con el fuego, no pude recogerlos.

—¿Y en qué lugar, exactamente?

—No lo sé.

—¿Dices que están allí, pero no sabes dónde?

—Fue Tobías quien los puso a resguardo —improvisó.

—¿Me estás contando que quien sabía dónde están los documentos, es el muerto de ahí fuera?

—Él los salvó del fuego. Yo solo recuerdo vagamente la zona donde nos encontrábamos. Por allí andarán.

Coge a tu hija y andando. Comprobaremos eso.

Poco después se encontraba montada en un caballo y a punto de abandonar la cabaña; el único lugar aparte del castillo, donde fue casi feliz. No se atrevía ni a mirar los cadáveres que se encontraban amontonados unos sobre otros cerca de la entrada. Reparó en ellos al salir y apartó la vista; era un espectáculo pavoroso; nunca imaginó que volver allí tuviera tan trágicas consecuencias.

Meted a todos en la chabola —ordenó Visnú—, y que el fuego haga su trabajo.

—¿Arturo también? —preguntó uno de ellos.

—¡A todos!

El tipo pareció dudar de que hablara en serio.

—¿Seguro, jefe? Podemos enterrarle. Él era cristiano.

—Por eso irá al infierno —contestó, apartándose una lágrima que resbalaba por su mejilla—. Así irá calentando... ¡Y daos prisa, joder! Que no tenemos todo el día.

Avistaron columna de humo desde la distancia.

—¿Has visto eso? —dijo Anué.

—¿Estás pensando lo que yo? —suspiró Rodrigo.

Cuando llegaron no pudieron acercarse. Las llamas ya se elevaban tanto, que parecían ir a incendiar el cielo.

Anué se lamentó no pudiendo sujetar las lágrimas:

—Así termina la historia de Melissende. Un retazo de la mía se va con ella. Nunca fue el final que imaginé para una mujer tan especial; no se lo merecía.

—No existen los finales felices —apostilló Rodrigo.

Anué miró las llamas y meneó la cabeza.

—Cuando cese el fuego la buscaré y la enterraré. Se lo debo.

—¿Crees que habrá quedado algo de ella...? No quiero desmoralizarte, pero...

—Si no lo intento, nunca podré perdonármelo.

—Te comprendo y te ayudaré a buscarla. No me gusta nada, pero es un trago que tendré que pasar.

Cuando solo quedaban cenizas y restos humeantes, se dispusieron a buscarla, sorprendiéndose de que no fuera la única que se encontrara entre los restos del incendio.

—Hay al menos dos víctimas más —informó Anué—. Incluso me parecen pocas...

—Cierto... —admitió Rodrigo—. Pero todos están tan poco reconocibles, que habrá que tirar de imaginación.

—¿Estás pensando lo mismo que yo? —le preguntó el druida.

—Me da miedo contestar a eso.

Anué le observó, inquisitivo.

—¿Crees que los muchachos estaban aquí, verdad?

Rodrigo encogió los hombros, desanimado.

—No quiero creerlo, pero...; ¿quién si no? Esos cerdos no tienen perdón. Los muchachos eran gente inofensiva.

Anué le dio unas palmaditas en el hombro y propuso:

—Anda, vamos a enterrar lo queda de ellos.

Rodrigo no se movió; parecía estar en otra parte.

Anué, sorprendido, le preguntó:

—¿Te ocurre algo?

—¿Hay espectáculo más patético que ver a dos viejos enterrando a quienes podrían ser sus nietos?

Anué no replicó.

Rodrigo meneó la cabeza de arriba abajo y suspiró.

—Si es como yo creo —dijo—, Teth se ha convertido en un huérfano sin más familia que nosotros.

LV

SIN SALIDA

Estaba anocheciendo cuando los caballos se detuvieron frente a lo que otrora fue la entrada al convento.

Visnú se bajó del caballo y ayudó a Victoria a apearse.

Es extraño —dijo uno de los mercenarios—. Creo que he visto un destello...

Otro, dijo entre risas:

—Es posible que sea algún madero aún sin extinguir... ¿O piensas que es un fantasma?

—No digas tonterías. Aquí ya no queda ni rastro de la quema. Es posible que haya alguien ahí dentro.

—No seas imbécil. ...¿Quién iba a pasar la noche en el infierno? porque esto es lo más parecido que yo he visto. Está lleno de cadáveres abrasados.

—¡Basta ya de cháchara! —exclamó Visnú—. Uno de vosotros que cuide de los caballos —agarró a Victoria del brazo y comenzó a caminar hacia la puerta—. Los demás seguidnos.

Aún no habían cruzado la puerta, cuando soldados de la corona surgieron de la penumbra dándoles el alto.

La primera intención de Visnú fue desenvainar, pero el sentido común se lo desaconsejó. Eran muchos.

El responsable de la comitiva se acercó, y sin pérdida de tiempo les informó de la causa del arresto:

—Quedáis a disposición del inquisidor de Aragón.

—¡Yo no he hecho nada! —se defendió Victoria.

La miró sorprendido, y después al mercenario.

—¿Y esta quién es...? —Arqueó una ceja—. No consta ninguna mujer en

la acusación.

Visnú evitó que respondiera ella primero.

—Una puta —dijo—. La encontramos y, ya sabéis...

Victoria le miró entre sorprendida y agradecida. Algo de todo aquello se le escapaba. No sabía por qué la habría exculpado, pero tenía que tener una razón. No creía que ese monstruo diera puntadas sin hilo. Durante dos largas jornadas; las que tardaron en llegar hasta allí, permitió a sus hombres que la vejaran uno tras otro, y sodomizaran de manera salvaje y sin el menor ápice de piedad; incluso temió por su hija, pues más de uno la miró con lascivia. La vida se había acabado para ella y gustosa se la habría quitado, pero la imagen de sus hijos, el ardiente deseo de verles reunidos, y descifrar de una vez el enigma que les había conducido hasta el lado más insufrible y oscuro de la vida, le daba fuerzas para seguir adelante. No quería ni pensar que cuantos le ofrecieron ayuda y amaron, habían acabado muertos por nada. Se sentía tan sucia con su solo recuerdo, que apenas comía ni dormía... Juró no volver a enamorarse; no quería volver a pasar por aquel dolor.

La orden del soldado la sacó de sus lamentaciones.

—Pues que se vaya a putear a otra parte —dijo—. ¡Ya puedes largarte, zorra! —La empujó e insistió—: ¡Venga!

Victoria no podía creer lo que estaba sucediéndole. El caprichoso destino le daba una nueva oportunidad. Tuvo dudas de escapar de las garras de los mercenarios, pero la cosa había cambiado del blanco al negro de golpe; apenas un soplido y pasó de ser una mujer cautiva con un pie en una tumba, a respirar aires de vida y de libertad.

Mientras se alejaba para recoger a su hija, oyó la queja de Visnú. Esa frialdad del mercenario ante situaciones de máximo riesgo, y aquella lo era, helaba la sangre.

—¿Y podemos saber por qué? —preguntó—. ¿De qué nos acusa el inquisidor? ...Solo buscábamos un lugar para pasar la noche. Trabajamos para el Obispo de Pamplona y estamos asimismo a disposición de la corona, si fuere menester.

—Habéis sido denunciados ante el Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición por apostasía y crímenes contra la institución de la Santa Iglesia.

—¡Jamás hemos infringido la ley!

—Eso decídselo al tribunal. Yo tan sólo debo ponerles a su disposición. Y os prometo por Dios que lo haré.

—Visnú apretó los puños; hacía años que no se sentía tan impotente.

Dejar a Victoria fuera, había sido estratégico, pues intuía que el Obispo estaba tras la acusación y no quería ponerle a la muchacha en la palma de la mano. Si le quedaba una oportunidad de salir de aquél embrollo, era precisamente ella; de lo contrario estaría perdido.

Ella vio perderse por el horizonte y se mordió el labio con rabia; se le escapaba una vez más.

Victoria casi no podía caminar; a cada paso que daba parecía que la cortaban entre las piernas con un cuchillo. La sangre manaba de su vagina cayéndole por los muslos, y estaba al borde de perder el conocimiento, pero fuerzas desconocidas la empujaban a alejarse de allí, y continuó hacia adelante ignorando el dolor.

LVI

NÓMADAS

La caravana avanzaba siguiendo rodadas de carretas y sin desviarse de los surcos que una tras otra dejaron en la vía. La carretera estaba poco transitable debido al lodazal originado por la abundante lluvia primaveral, y las mulas caminaban con dificultad.

La joven que viajaba en el pescante junto al conductor se irguió y extendió un brazo al frente.

—¡Mire padre! —exclamó, dándole en el hombro con la otra mano.

—¿Qué ocurre, Zita?

La muchacha tiró de su barba hacia el lugar señalado.

—¿No lo ve, padre? Hay un niño llorando. Parece una criatura de meses... Como Estrella.

El hombre fue tirando de los arreos y detuvo a las dos mulas. Saltó del pescante y acudió en su auxilio; al lado y boca abajo yacía el cuerpo de una mujer de edad indefinida, pues estaba cubierta de barro, de pies a cabeza. Sin embargo sí destacaba su larga melena roja.

El hombre le dio la vuelta y pudo ver su cara; aunque estaba manchada de lodo, se adivinaban rasgos juveniles de piel blanca, tersa y salpicada de pecas.

—Esta no es de los nuestros —dijo—. Su palidez es un indicativo de las tierras altas del norte.

—¿Por qué has parado? —La mujer que le preguntaba era su esposa.

—Parece enferma —dijo el hombre.

—Y también hay un niño —agregó Zita, como si no se la oyese llorar.

La mujer se inclinó y le tocó la frente con el dorso de la mano.

—Tiene fiebre alta —aseguró—. Ayúdame a meterla a la carreta.

Los carros que iban tras ellos fueron deteniéndose de manera paulatina y sus ocupantes uniéndose a la pareja y pidiendo información por turno.

—¿Qué sucede, Leila? —preguntaban las mujeres.

—¿Qué ocurre, Ismael? —preguntaban los hombres.

Fue Leila quien contestó.

—Hemos encontrado a una joven con una criatura. Es hembra, al parecer.

—Es tan pequeña como Estrella... —redondeó Zita.

—¿A saber qué le ha ocurrido y por qué...? —dijo uno desde atrás—. Ya tenemos bastantes problemas sin ella.

—¿Tendrías valor para abandonarla? —preguntó otro.

—¡Basta ya! —gritó Ismael—. La tomo a mi cargo.

—¿Y por qué no lo decide el viejo? —opinó otro más.

—Habrá que ir a buscarle —aprobó Ismael.

—No es necesario. Por ahí viene —informó Leila.

El viejo, un octogenario que se mantenía en un estado envidiable a pesar de la vida nómada que le había tocado en suerte, se aproximó hasta Ismael, y apoyándose en su cayado, se agachó hasta poder tocar la frente de Victoria.

—Esta mujer necesita cuidados —dijo, poniéndose en pie. Se abrió paso entre los curiosos y desapareció.

No hubo la más mínima queja; la palabra del viejo era incuestionable; era ley no escrita, pero ley de leyes.

Ismael agarró a Victoria por las axilas y esperó a que alguien le ayudara a transportarla hasta su carreta.

—Uno de los presentes le sacó los pies del barro y los levantó dejando a la vista parte de sus piernas.

Leila vio los chorretones que le caían desde la vagina y se tapó los ojos.

—¡Qué horror! —clamó despavorida—. Esta mujer se está desangrando... Llevadla rápido a la carreta y traedme agua en abundancia. Y llevad también a esa pobre cría... ¡Y buscad a la anciana!

—¡Bueno, bueno... No te pongas nerviosa! —exclamó Ismael—. Cada cosa a su tiempo.

—¡Que busquéis a la anciana, he dicho!

Todos los que allí quedaban corrieron hacia la misma carreta. Poco después una mujer nonagenaria, de larga y nívea melena sin recoger, hacía su aparición.

—¡Cómo temen tu genio, Leila...! —fue su saludo.

Leila dejó escapar una risita pero fue muy breve, dada la seriedad del

asunto.

Observe estas heridas... —Le subió la falda hasta que las piernas quedaron visibles en su totalidad y las levantó dejando bien a la vista vagina y ano.

Esta mujer ha debido sufrir lo indecible —opinó—. Y no es mi intención ser pesimista, pero no creo que viva...

—¡No diga eso, por favor!

La anciana palpó las heridas y meneó la cabeza.

—Mira, Leila, hija, he visto heridas menos aparatosas que estas, que han acabado llevándose a los...

Leila le tapó la boca.

—¡No lo diga, por favor! ¡No lo diga!

—Con lo que te horroriza la muerte —dijo la anciana, no sé cómo eres tan comprometida con los heridos, Leila.

—Las enseñanzas de nuestros antepasados son claras.

—También son para todos... pero no abundan los que te hagan sombra en cuanto a hospitalidad y cuidados con los extraños. Ismael, mi sobrino, ha tenido la fortuna de casarse con una buena mujer... Ese es el principio de toda felicidad: una gran esposa; una como tú.

En una situación distinta, Leila se hubiera sentido en la gloria; las palabras de la anciana eran respetadas en los distintos clanes que iban y venían desde el lejano noreste de Europa hasta el sur de la península, y era considerada una gran sanadora. Sus vaticinios solían cumplirse, y ya desde el momento en que auguraba, pocos creían en las posibilidades de supervivencia del enfermo de turno.

Leila meneó la cabeza, apesadumbrada.

La anciana adivinó su pesar e intentó consolarla.

—No obstante debemos ser optimistas, Leila... Nunca hay que rendirse antes de tiempo. —Le propinó un suave cachetito en la mejilla y añadió, decidida—: Anda, ayuda a esta vieja a limpiarla. Debemos comprobar la gravedad de los desgarros, aunque sea comprobar por comprobar.

—¡Por todos mis antepasados! —exclamó.

—¿Ocurre algo? —clamó a su vez Leila.

Apartó su mano del vientre de Victoria y miró a Leila.

—¡Está preñada! —exclamó de nuevo.

—Leila abrió mucho los ojos.

—¿Cómo puedes saberlo? Si no le ha dado tiempo a...

—No seas inocente, Leila. No es de quien la ultrajó... Está de un mes,

aproximadamente. Esto agrava mucho el problema.

—¿Se puede saber eso?

—Con la experiencia adecuada, se puede saber todo... Esto lo complica más.

—Pero...

—Vamos a limpiarla, anda —la interrumpió.

Una vez aseadas sus heridas, la cubrieron con una tela fina y quedó al amparo de Leila. No recupero el conocimiento; durante todo el proceso, ni tan siquiera notó las manos de las dos mujeres que se afanaban en arrancársela a la muerte. Solo repetía una vez y otra su nombre.

Horas más tarde, empapada en sudor temblaba tanto, que Leila sintió pánico; se revolvía y jadeaba como si mil demonios tiraran de ella. Entre sofoco y sofoco gritaba y susurraba cosas ininteligibles que, a fuerza de repetirlas y sufrirlas, pues parecía vivirlas con tanto realismo que a la pobre Leila le produjeron tiritera, fueron tomando forma y sentido.

A la mañana siguiente, la anciana se presentó con una amalgama de barro y plantas e impregnaron con ella las zonas afectadas. También trajo una pócima ancestral que le fue transmitida por sus ascendientes; su composición y dosis eran un secreto que pasó de generación en generación, y que, según le contaron, se originó en Egipto.

—Esto tiene que secar —le dijo a Leila. Luego le pasó el mejunje y añadió muy seria—: Haz que beba una gota cada hora. ¡Una gota, eh!

—¿Cada hora?

—Cada hora. Aun así, no creo que salga de esta... pero al menos no sentirá dolor. Es mejor que...

La voz de Victoria la interrumpió. Sonaba entrecortada y como si llegara desde lejos. Su semblante palideció y todo su cuerpo se contrajo. Su tono era agitado, irregular, poco inteligible, pero a medida que la narración tomaba forma, la pesadilla tomaba cuerpo.

—¡Está muy oscuro! —exclamó, apretando los puños.

Leila miró a la anciana y suspiró.

—Otra vez igual... Ha repetido esas mismas palabras infinidad de veces —la informó—. He llegado a sentir...

La anciana se llevó el dedo índice a los labios para que guardara silencio.

Victoria continuó exteriorizando su pesadilla como si eso la liberara. Durante toda la mañana, no paró de decir las mismas cosas ni dejó de sentir espasmos con cada uno de los pasajes que la atormentaban. Eso pareció

animarla y hacerla sentir mejor; por momentos, incluso pareció ir a recuperarse del todo... hasta dejó de sudar.

—Parece que está mejorando —apuntó Leila.

—Pues vaya mejora, hija....

—¿Qué quieres decir? Yo la veo mucho mejor...

—Aun así, la vamos a perder.

—No entiendo...

—Mucho me temo que está mejora sea la antesala del abismo; del abismo en el que tarde o temprano caeremos todos. He visto muchos casos igual.

—Me estás dando miedo. ¿No puedes hacer nada?

—La naturaleza sigue su curso. Esas heridas ya están a punto de ennegrecer. Cuando la encontramos ya estaba a la orilla del otro lado. Esto solo es una ínfima suspensión de lo inevitable.

—Leila sufrió un espasmo.

—No sigas, por favor... Me va a dar algo.

La anciana le dio unas palmaditas e intentó animarla.

—De cualquier modo, quizá no sea hoy. Quién sabe si podría llegar a decirnos quién es.

La voz de Victoria pareció darle sentido al presagio.

—¿Dónde está mi hija?

La anciana acarició su frente y sonrió.

—Tranquilízate. Tú hija está muy bien.

Leila tomó a la pequeña con cuidado de no despertarla y se la mostró.

—¡Mira! —le dijo con cariño—. Está dormida.

Victoria suspiró relajada.

—Soñé que me la habían quitado... —se lamentó—. ¡Dios mío! ¡Parecía tan real...!

La anciana tomó una de sus manos y le infundió calor con un ligero masaje. Después fue directa:

—¿Has visto al encapuchado, verdad?

Victoria abrió mucho los ojos.

—¿Cómo puedes saber eso?

—Has tenido un mal sueño. Pero tranquila, ya pasó... A veces pasa que nuestros miedos se apoderan de nuestra mente y nos atormentan hasta el delirio.

—¿Y eso qué quiere decir? ¿Qué sabes de mis sueños?

—No eres la única que ha tenido ese sueño.

—Ahora lo entiendo menos...

—Cuando él aparece, ya ha habido una gran tensión y mucha inquietud. ¿Te suena eso de algo?

Victoria cerró los ojos, asintió y suspiró desanimada.

La anciana continuó:

—Cuando se han traspasado los límites de lo soportable; cuando la ansiedad se adueña de alguien, aparece sin avisar.

—¿Y por qué razón aparece? Yo no le he llamado.

La anciana sonrió; tanta inocencia tenía su gracia.

—Él es la señal de que se han traspasado los límites de dolor que la mente es capaz de soportar... —le explicó—. Incluso los remordimientos pueden hacerle aparecer... Se aparece en los sueños de aquellos que han agotado todos los recursos y perdido la esperanza... de los que quedan atascados en un pasado que creen que les ampara.

—¡Yo no estoy atascada!

—Has inventado un escondite en tu mente; un cobijo protector en el cual te evades de la realidad. Pero él sabe dónde te escondes. Siempre encuentra.

No sabía si era lo que decía, cómo se lo decía o las dos cosas, pero Victoria sentía que cada palabra que salía de la boca de aquella desconocida le oprimía el pecho hasta acrecentar su ansiedad, dificultándole la respiración. Sin admitirlo del todo, reconocía que sus argumentos tenían base y cabeza. Sabía lo que decía y cómo, de lo contrario le hubiera provocado risa, en vez de pavor. Y la emoción que la embargaba de pies a nuca al escucharla era lo más parecido al miedo que jamás había sentido. Recordó unas inolvidables horas dentro de un túnel infecto y húmedo, pero al menos y gracias al cielo, aquella oscuridad estaba vacía de toda sorpresa que no fueran las ratas. Aquel día creyó que todo se le caía encima, pero comparándolo con el encapuchado sin rostro, incluso le parecía insulso... El temor que puede provocar, algo real, no es comparable al que no se puede tocar, pensó; no existe un pánico mayor, que el creado por lo que es sin ser.

La anciana pareció leerle el pensamiento.

—Eso que no te puedes explicar —dijo—, significa lo que no tiene nombre... lo que no tiene fondo... lo que está oculto en el lado más oscuro de tu mente. ¡El miedo!

Victoria estaba agotada y sin fuerzas. Cerró los ojos, y se dejó desfallecer. En ese momento, como si de un mal augurio se tratara, le vio.

Se acercó despacio a la carreta y subió.

No podía ver, él se interponía entre ella y la luz.

Su rostro parecía no existir, sin embargo, la capucha y el hábito tenían forma humana; tenían forzosamente que cobijar a alguien o a algo.

Cuando le tuvo delante, alargó el brazo para quitarle la capucha, pero ni siquiera consiguió tocarle.

Se rindió como quien ya no espera nada y le vio partir de nuevo. Esta vez no se giró, siguió alejándose sin prisa.

Hizo un esfuerzo por seguir su silueta. Le vio ir hasta el fondo del carro, que ahora parecía no tener fin y cruzó la puerta que daba al exterior. ¿De dónde había salido esa puerta?, se preguntó. Intentó traspasarla pero no cabía...

No sabía lo que estaba ocurriendo. La claridad parecía apagarse sin remedio; a cada paso que daba, menos veía.

—Creo que se ha desvanecido —dijo Leila.

La anciana se llevó la mano a las sienes y suspiró.

—Está agotada. No sé de dónde ha sacado fuerzas para hablar. Creo que lo que aún la mantiene es su hija.

Leila tomó a la pequeña y la acomodó en su regazo.

—Creo que sentirla cerca la ayudará.

La anciana le acarició el cabello.

—Eres una gran mujer, y tienes un corazón que no se puede comparar a ningún tesoro —le dijo—. Pero no por ello conseguirás que esta muchacha viva más. El tiempo que siga respirando, es tiempo que sigue sufriendo.

Leila no pudo soportar la tensión y rompió a llorar.

—Es joven y muy bonita... —gimió—. Tiene una hija preciosa. Qué ingrato es con ella el destino. ¿Seguro que no puede salir de esta?

La anciana retiró la tela que la cubría y dejó a la vista sus heridas. La infección era cada vez más evidente, si es que podía serlo, y continuaba supurando sin cerrarlas. La habían abierto por delante y por detrás, y prácticamente en canal; la vagina se juntaba con el ano.

—Leila se tapó los ojos.

—En caliente y dominada por la tensión del momento, pudo llegar hasta aquí —explicó la anciana—, pero el milagro acababa ahí... A veces ocurre.

No habían pasado ni dos horas, cuando Victoria sufrió un fuerte espasmo que la hizo retorcerse.

Comenzó a hablar como si alguien estuviera a su lado.

—¿Padre, qué haces aquí? ¿Madre? Qué hermosa eres. Nunca te había

visto... pero eres tan bella como siempre imaginé... ¡más, incluso! Me alegro de que hayáis vuelto.

¿Habéis visto a vuestros nietos? Hice lo que me dijiste padre, el niño se llama Teth. Aunque si te digo la verdad, todavía no sé por qué... ¿Tobías? — exclamó jovial.

Alargó el brazo y pareció tomar la mano de alguien.

—¡Cuanto te he echado de menos!... —se lamentó—. Eres cuanto deseo. Gracias a Dios has vuelto... Acompáñame, te presentaré a mis padres.

En ese preciso instante, la pequeña rompió a llorar.

En ese preciso instante, volvieron a ser dos.

En ese preciso instante, la vida se le partió a jirones.

—Con ojos lacrimosos, Leila tomó a la pequeña y se la llevó fuera de la carreta.

La anciana la cubrió con la tela y susurró muy bajo:

—Érase una vez... Victoria.

LVII

EL PACTO

Las llaves tintineaban a cada paso del carcelero. Ante él, detrás de los barrotes, vio la silueta de un hombre alto y cubierto por un sombrero ancho y una capa negra.

—¿Qué deseáis? —le preguntó.

—Desearía ver a uno de los presos.

—Necesitáis un permiso del inquisidor.

Antón le mostró una bolsa de cuero.

—No sé si se verá bien su sello —ironizó.

El carcelero le arrancó la bolsa de las manos y la hizo desaparecer entre sus partes.

—Solo por esta vez —le dijo a modo de avisó—. Si los que tienen orden de interrogarle supieran que habéis...

—No se enterarán por mí —le cortó—. Estad tranquilo, tampoco deseo que quede constancia de esta visita.

—¿A qué preso deseáis ver?

—Al jefe de los mata monjas.

El carcelero hizo un gesto para que le siguiera. Agarró una tea y le condujo por un corredor oscuro y húmedo.

Al llegar a una de las celdas, le previno:

—¡Tened cuidado! No quiero líos. Abrió, y cuando el mercenario entró, le dio otro aviso:

—La duración será la que yo considere.

Antón no contestó. Se adentró hasta el fondo y le vio.

—¿Te encuentras bien? —dijo a modo de saludo.

—¿Has venido a reírte de mí, Antón?

—Quiero confesarte, porque lo considero un deber...

Visnú le dejó con la palabra en la boca.

—¿Crees que eres un puto cura...? Confesarme, dice... ¡Lo que tienes que hacer es sacarme de aquí!

—Te adelanto que no lo haré.

—¡Vaya amigo de mierda!

—Lo que quiero confesarte, es que estás aquí por mí.

—¿Y tienes los santos cojones de venir a decírmelo? Y yo pensando que eras mi amigo. ¿Así es que te contrató a ti? Debí imaginar que trataría con el más hijo de puta...

—Y soy tu amigo, Igor. Reconoce que hubieras hecho lo mismo. Tú también hubieras aceptado este trabajo... Somos lo que somos y como somos... Aun así, si tomé la decisión de entregarte, fue para no tener que matarte.

—¿Crees que hubieras podido?

—¿Hay algo más fácil que acabar con quién confía en ti? Nunca desprecies mi talento ni mi maldad... Somos iguales.

—Visnú permaneció callado y le dio pie a continuar.

—Creí que debías saberlo, Igor. De todos modos, eras carne de mazmorra. Nunca imaginé que fueras capaz del asalto a un convento de monjas, pero cuando vi que era a cara descubierta, se me saltaron las lágrimas... Además, a dos de los tuyos los dejaste allí de prueba... Hay que ser muy imbécil para tener fallos así; tú nunca los tuviste...

—Eso es lo que ocurre cuando se tiene mucha prisa y poca hambre.

—¿Prisa por qué, por ir a la hoguera?

Visnú soltó una risotada que retumbó entre los muros de la celda. El carcelero hizo su aparición antes de que el eco cesara.

—Ya está bien —dijo—. Se acabó la visita. No quiero correr riesgos.

—No temáis —se disculpó Antón—. Ni me demoraré ni os causaré problemas. Necesito un poco de tiempo...

—Está bien. Pero prometedme que no haréis ruido.

—¿Prisa por qué...? —insistió en cuanto el carcelero desapareció.

—No voy a decirte nada. Además, si lo supieras, serías la siguiente víctima del Obispo... Bien mirado, quizá me vengue de ti.

—¿Prisa por qué? —le preguntó de nuevo—. Si eso te llevó a descuidar tu trabajo de esa manera, es que merece la pena. Por tonto, no te tengo.

—Es demasiado largo. Ya has oído al carcelero, no te sobra tiempo.

—A ti tampoco. El Obispo está presionando mucho al Tribunal para que la cosa vaya deprisa. Desea erigirse en inquisidor ordinario en lo que a ti concierne.

—¿Puede hacerlo?

—La ley lo permite. Necesita permiso del inquisidor general, pero es algo que ocurre con frecuencia.

—No me extraña nada... Teme, y hace muy bien, que le ponga una hoguera junto a la mía.

—¿A qué te refieres? ¿Puedes hacer eso?

—Para ello estoy deseando ser juzgado.

—Sí me lo cuentas, te proporcionaré un veneno... Así no tendrás que morir abrasado. Aunque el Obispo pague lo suyo, a ti te condenarán igual.

—¿Y mis muchachos?

—¡Que se jodan! No les fallas tú, sino yo...

El carcelero apareció de nuevo y le apercibió para que fuese acabando.

Antón se acercó a él y sacó unas monedas.

—Necesitaré algo más de tiempo —suplicó.

El carcelero las cogió antes de que se arrepintiera y se fue refunfuñando.

Antón miró a Visnú y soltó una risita irónica.

—¿Lo ves? —le dijo—. Una moneda pesa más que un hombre y tiene más valor. Estoy apesadumbrado por ser tu verdugo, pero a eso nos dedicamos... Somos como ese carcelero: soldados de rapiña. ...¿Entiendes esa palabra y sus consecuencias?

—Yo no traiciono a un amigo.

—Intenta otra excusa...

—Yo no...

—¡Vamos, Igor! —le interrumpió—. No me gusta que me menosprecien, y menos aún, que lo hagas tú. ¿Me vas a contar algo, o no? Lo del veneno es en serio. El tribunal que te juzgará es religioso, pero la ejecución irá a cargo de un tribunal secular. ¿Imaginas cuánto tiempo pueden tenerte pudriéndote en esta mazmorra? Somos soldados, Igor, no cucarachas. ¡Piénsalo! Yo puedo proporcionarte la muerte digna que merece un guerrero.

—¿Por qué crees que quiero librarme de este suplicio?

—¿Acaso prefieres morir como una rata, o cocinado como un venado?

—¿A ti no te gustan las experiencias límite? ¿Toda la vida guerreando en la frontera de la vida y la muerte... y voy a cagarme ante la más excitante? Si supieras la de veces que he soñado con ese momento...

—Yo no quiero morir... ni saber cuándo ni cómo.
—Pues no sabes lo que te pierdes —ironizó Visnú.
—¿Hay trato o no? —le apremió Antón.
—Con una condición...

LVIII

ACUSACIÓN

—¿Estáis del todo seguro de vuestra acusación?

Antón asintió y respondió al mismo tiempo:

—En efecto, Ilustrísimo Señor.

—¡Y sois consciente de que si mentís seréis reo de esa mentira y deberéis por tanto pagar por ello?

—Podéis investigar las cuentas del Cabildo y con ello comprobar lo que os digo, Ilustrísimo Señor.

El inquisidor se desplazó a paso lento hacia la ventana y habló sin volverse.

—Acusar a un Obispo de malgastar fondos de la Santa Iglesia, no es algo que ocurra todos los días... ¿Entendéis eso, verdad?

—Es la información que me ha sido dada, Ilustrísimo Señor, y la que mi informador os suplica comprobéis.

—¿Y quién es vuestro informador, si puede saberse?

—Me ha sido negado revelar su identidad, Ilustrísimo Señor. Debo cumplir mi promesa de no delatarle.

El inquisidor sopesó la negativa y asintió. La ley no obligaba al acusador a revelar su nombre.

—Está bien... —dijo, volviéndose—. Se hará tal como pedís. ¿Deseáis añadir algún dato más?

—Una cosa más, Ilustrísimo Señor.

—Hablad...

Antón se aclaró la garganta y extendió la acusación:

—Según ese informador, hay miembros del Cabildo que están implicados, sin los cuales el Obispo no hubiera tenido la oportunidad de cometer el delito.

—Se le abrirá otra investigación al Cabildo. No se le puede permitir a

nadie, sea cual sea su rango, disponer a título personal de los fondos de esta institución. Pero lo que vuestro informador pide requerirá tiempo... meses, con seguridad. Sobre todo, tratándose de quienes son.

—Mi informador también pidió que os trasladara su gratitud, confiando de antemano en vuestra honorabilidad implacable contra la injusticia, Ilustrísimo Señor.

—Íd con Dios.

LIX

¿UNA LEYENDA MÁS?

Carlos de Marena rebuscó en su biblioteca y tomó un manuscrito enrollado y atado con una cinta roja. Solía a menudo revisarlo, y hasta entonces jamás sacó del rollo nada que mereciese la pena tener en cuenta. Pero ahora, un extraño dato aportado por el mapa entregado por su nuevo lacayo: Antón Espinoza, le llevaba a replantearse cualquier pesquisa anterior. Nunca le dio la importancia merecida a ciertos pasajes del rollo: *La leyenda oscura*, debido en parte a su extrema simplicidad, pues parecía un cuento ideado por una mente infantil, y dirigido a un lector sin más pretensiones que la de entretenerse a costa de Percival y de sus increíbles aventuras caballerescas.

Uno de esos pasajes venía a decir que Percival tuvo la brillante idea de buscar reliquias allende los mares, y se lanzó a la buena de Dios a buscar el Grial en un mundo desconocido del que aún no había constancia en sus días, y que allí descubrió, no el Grial, pero sí otra reliquia de extremo valor llamada *La Piedra que habla*; un objeto de incalculable valor que se llevó a su amada Tierra, y que le fue robada por una Orden secreta que, al constatar el gran poder de esa Piedra, decidió ocultarlo en el interior de un cofre cerrado con siete llaves, en algún recóndito lugar de una tierra que honra su nombre... En definitiva, que siempre, hasta que tuvo el mapa, pensó que era un cuento más. Sin embargo ahora podía entenderlo de otro modo. Ahora todo adquiriría un nuevo y brillante color de éxito. Pensó, dadas las circunstancias, que ese mapa era el legado que Dragan le dejó a su descendencia. No podía creer en su suerte, después de meses buscando sin éxito a su hija, el mapa caía en sus manos como si estas fuesen su destino final; un final dictaminado desde siempre.

Pensó si sería casualidad, pero apartó esa posibilidad de su cabeza; era más difícil y enrevesado creer que todo había sido debido a un golpe de suerte, que pensar que el destino le había reservado un lugar entre los más grandes y destacados de este mundo.

Entre tomos y tomos, buscó información acerca de la reliquia y su posible escondite; parecía poseído por una energía extraña más fuerte que él. Pero no tuvo el éxito esperado; los posibles lugares dónde podía estar eran tan numerosos como las posibilidades de no hallarla jamás.

Estaba a punto de rendirse, cuando detectó unas gotas de tinta en un lugar determinado del mapa. Parecían ser manchas involuntarias, pero llamó su atención el lugar exacto donde se encontraban: España.

.....Tan minúsculas e insignificantes parecían, que había que estar predispuesto a sospechar, para ver en ellas otra posibilidad que no fuera la accidental.

Tomó una lente y la situó sobre las manchas. O era casualidad y fueron ocasionadas de forma azarosa; cosa a tener en cuenta por poco que le gustara, o eran producto de una mente inteligente que sabía jugar al suspense.

Afinó acerca del lugar exacto donde estaban las gotas, y el círculo se cerró en torno a una determinada comarca de Aragón: Calatayud; algo que no hubiera tenido nada de extraño, de no ser por el nombre de su monasterio...

Lo curioso de esta abadía que pertenecía a Nuévalos, era el lugar sobre el cual fue construida; el castillo de Piedra Vieja, lugar que se le antojó de lo más emblemático, ya que se encontraba también junto al río Piedra. Y tantas piedras juntas, ya no podían ser una casualidad... tantas piedras juntas daban para construir algo; por ejemplo, un escondite.

Sonrió como un niño y elogió mentalmente a Dragan; su inteligencia y buen hacer en cuanto al mapa, no sólo le benefició, sino que protegió la información, de mentes simples y sin fantasía como para saber separar el trigo de la paja.

Tomó el mapa y volvió a leer al dorso:

La Piedra descansa sobre piedras de aguas pétreas.

La distancia solo está en la imaginación; la vida vibra a chorros a un tiro de piedra húmeda.

—¿Qué querrá decir: a chorros? —se preguntó en voz alta.

LX

CUANDO LLEGA LA HORA

DOS MESES DESPUÉS

—Y con el poder que me otorga la ley de Dios, yo os condeno por asesinato y por atentar contra los bienes de la Iglesia. En este mismo momento, y en nombre de esta santa institución, se os entrega como reo al tribunal civil que se ocupará de vuestra ejecución según designa la ley de los hombres. ¡Cúmplase!

Estas últimas palabras fueron el detonante para que la guardia prendiera a Visnú y lo trasladara a la carreta que, junto a sus hombres, también condenados, le conduciría hasta su nueva celda.

Antón se presentó ante el carcelero y le dio su premio del día. Este tanteó las monedas y abrió la puerta de rejas oxidada por la humedad.

—¡Seguidme!

Antón se puso tras él y siguió sus pasos por el estrecho y oscuro corredor que conducía a las mazmorras. A medida que avanzaba, el eco de las pisadas resonaba con más fuerza, dándole la sensación de alejarse poco a poco de cuanto significaba vida.

Cuando llegaron a la celda, el carcelero paró. y le dijo:

—Ya conocéis las normas. Cuando yo diga que ya está bien, será que ya está bien y deberéis abandonar la celda.

Antón asintió y avanzó hasta estar frente a Visnú.

—Está llegando la hora —fue su saludo.

Visnú respondió con una risita sarcástica.

—No has cumplido tu palabra —le recriminó—. Solo a mí y a los míos se nos ha juzgado.

—Estas cosas van despacio...No dependen de mí.

—¡Júrame que hiciste lo que te dije!

—Tienes mi palabra de que está siendo investigado... De todos modos no es nada fácil; tratándose del Obispo y de los miembros del Cabildo todo serán zancadillas. Sin embargo el inquisidor será especialmente duro con ellos, puedes estar seguro. En casos como este, en que la Iglesia se ve afectada, incluso es posible que a Torquemada se le pase por la cabeza presentarse en el juicio.

—No digas tonterías.

—No son tonterías. El que sea un hijo de puta, no le quita mérito a su integridad como hombre de Dios. Ese, según cuentan, no sabe ser clemente ni consigo mismo... ¿Quién sabe? Su presencia en los juicios disuade a más de uno, y si se trata de poner en su sitio a los que están ahí para defender los bienes del clero y...

—¡Abrevia, Antón! ¿A qué has venido?

—Me comprometí a facilitarte la salida. Te traigo un veneno que te ahorrará pasar por cuanto que te espera.

—Te prenderán en cuanto muera.

—El arsénico no deja rastros. Es la ayuda más valiosa en estos casos. Pensarán que ha sido la bazofia que te dan para comer, y a otra cosa, titiritero...

—Tengo miedo.

—¿A estas alturas?

—En realidad, siempre lo he tenido —confesó.

—Pues lo has disimulado muy bien hasta ahora...

—Arturo era mi confidente. A él le...

—No me irás a decir que estás hablando en serio. ¡No me jodas, Igor!

—He soñado otra vez con el hombre sin rostro.

—Todos los que vivimos al límite lo hemos hecho en alguna ocasión. Es como un mensajero de la muerte,.. y aparece cuando las cosas están feas. Pero verle, tiene sus ventajas. Es tanto el terror que te mete en el cuerpo, que sacas fuerza de donde sea, con tal de no morir... Aunque en lo que a ti concierne, qué quieres que te diga, Igor... difícilillo sí que lo tienes.

—Esta noche me he meado. Nunca antes me ocurrió. Tengo pavor al suplicio, pero más le tengo a la muerte.

Antón aspiró hondo, meneó la cabeza y le consoló.

—Aquí se han meado tantos, que uno más no se nota.

—Y también me he cagado. —Miró las cadenas que le tenían atado y añadió—: El miedo que se siente frente a alguien que también lo tiene, y con una espada que corta la santísima, en la mano, no puede compararse a esto.

—Shuuuuut —se llevó el índice a los labios—. ¿Cómo se te ocurre hablar de la virgen, tan a la ligera...? ¿Sabes lo que podría ocurrirte si te oyen?

—¿Igual hasta me queman, no? —ironizó.

—Está bien, ríete... Pero yo solo quería...

—No quiero morir, Antón.

Antón frunció el ceño.

—¿Quieres decir que no ingerirás el veneno?

—No tengo valor.

—Pues vaya un hombre de guerra que estás hecho.

—Antes de morir, quiero ver condenado al Obispo.

Antón dio un suspiro y se rascó la coronilla.

—Ha desaparecido —confesó—. No quería decírtelo, pero... así están las cosas.

—¿Desaparecido?

—Hace días fui a verle para cobrar. ¿Sabes que ahora me paga por mi silencio con respecto a lo tuyo?

—¿Cómo que ha desaparecido?

—¡Pues eso, que ya no está! Nadie sabe nada, o por lo menos, eso dicen.

—¿Ni en la diócesis?

—Ni en la diócesis.

—¿Y por qué crees tú que ha desaparecido?

—Bueno, yo sé que tiene informadores. Le habrán ido con la historia de la investigación que...

La risa sarcástica de Visnú le interrumpió.

—¿Hay algo que no me hayas contado? —preguntó.

—¿Algo como qué...?

—¿Cómo voy a saberlo? Pero la última vez que hablé con él, no solo no tenía nada, sino que creía que yo sabía algo que él no... ¿Y ahora, desaparece así, sin más...?

La reflexión de Visnú despertó la curiosidad de Antón y le hizo sopesar lo ocurrido durante los últimos meses.

—Recuerdo que le entregué un plano —dijo—. Pero no era nada

especial... cuando lo vi, me recordó al boceto de un niño. Si hubiera sido algo importante...

—¡A la mierda todo! Se lo has puesto en la mano.

—¿El qué?

—El bastón de Mando. ¿De dónde sacaste el plano?

—Se lo quité a una vieja en el bosque. Hay que ver los reños que tenía; luchó como una salvaje para quitármelo de las manos... Tuve que matarla.

—Entonces está claro... ¿Era la bruja?

—Eso me dijeron...¿Qué está claro?... ¿Lo del Bastón?

—Pues claro que lo del Bastón...

—¿Esa historia que me contaste? ¿Seguro que...? Oye, tú dijiste que la clave estaba en una muchacha, no en...

—Necesito salir de aquí. Ese hijo de puta se va a salir con la suya. Ni siquiera mi muerte va a servir de algo. Si muero, quiero que esté a mi lado...

—Mucho pides...

—Para eso te di la información.

—¿Y cómo iba yo a saberlo? ¡Era un puñetero dibujo!

—Pues ya lo ves... Tengo que...

—¡No tienes que hacer nada! Es tarde para todo...

—¿Para todo?

—Os ajustician en dos días.

—¿En dos días?

—¡Lo siento, Igor! No era mi intención decirte nada...

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Igor...

—Júrame que no le dejarás vivo... ¡Júramelo!

—Ni siquiera sé dónde está...

—¡Júramelo!

—Está bien, le mataré... Pero solo si le veo. No voy a malgastar mi vida yendo tras un cura.

La plaza estaba abarrotada de gente. Jóvenes ancianos y niños se peleaban por las primeras filas. Antón estaba a tan solo unos pasos de Visnú, quién lideraba la comitiva de quince reos, entre ellos sus hombres.

Visnú aparentaba estar tranquilo, ya que dos días con sus noches a expensas de sus fantasmas, hicieron que de un modo u otro, acabara por

asumir lo que le esperaba.

Decidió que ya no le quedaban miedos y se mentalizó de que sería una muerte rápida. Siempre le inspiraron un terror cervical las hogueras y deseó que así fuese.

Se concentró en esa idea y cerró los ojos en espera de que se leyeran las sentencias condenatorias.

Uno de sus hombres se presentó:

—Jefe, ha sido un placer haberle conocido. Soy Cesar.

—¿César, eh...? ¡Pues encantado, César!

—Usted nunca ha hablado a solas conmigo y quizá no recuerde mi nombre, si es que alguna vez lo supo. Arturo era quien se encargaba de la tropa. Entiendo que ustedes hacían buenas migas y que el resto éramos solo números sin valor, pero quiero aprovechar esta oportunidad única para decirle que no le guardo rencor y de paso confesarle que siempre le he admirado.

—¿Dices eso así de tranquilo cuando están a punto de asarte? —Tenía que haberte conocido antes —ironizó—. ¿De dónde sale la gente como tú? ¡Ocasión única, dice...!

—Yo estaba muerto cuando le conocí. Estos años que he pasado con usted, han sido los mejores de mi vida. Los míos murieron hace mucho tiempo y la única familia de verdad que he conocido, está a punto de desaparecer del todo. Creo que no podría vivir sin ella. Estoy donde debo estar; de no ser así, me quitaría la vida. Algún día tenían que venir amargas; siendo uña y carne con la muerte, no podíamos esperar un final muy diferente a este...

—¿Ah, no?

—Qué importa lo que nos espera. Hasta el verdugo va a morir algún día. Mi abuelo solía aconsejarme a menudo que viviera y disfrutara a lo grande... que experimentara cuanto me viniese en gana... Y eso hice. Aquí me tiene.

—Sí —ironizó Visnú—. Pagando la cuenta...

—Es una forma de verlo, pero algún día tenía que ser. Todo el mundo muere. ¿Sabe lo que decía mi abuelo?

Visnú suspiró hastiado, pero eso no frenó a César.

—Que con el tiempo, queda enterrada hasta la pala.

—Muy inspirado tu abuelo... Pero no hay poesía en lo que nos espera, ya lo verás dentro de un rato...

Cuando el verdugo prendió los leños, pareció con ello accionar la mente de Visnú. Volvió la cabeza y observó a César; este parecía ausente y había

pasado de hablar a no abrir la boca, en un suspiro. Meditó sobre lo que le dijo y sintió vergüenza de sí mismo por no conocer siquiera los nombres de quienes vivían, respiraban y morían con él y por él. Sólo Arturo se benefició de su confianza, y sólo él se codeaba con el resto; con los «números», según César.

El humo comenzó a elevarse antes que las llamas y le hizo sentir náuseas. Pensó que con algo de suerte, al ser bastantes los condenados, tendrían una muerte rápida; se decía que si el humo era abundante, los reos morían más por intoxicación y asfixia que por el efecto de las llamas.

Inhaló con avidez para acelerar la pérdida de conocimiento, mientras notaba que su piel le picaba como si un cardo borriquero la estuviera masajeando.

Los alaridos de los condenados comenzaron a rasgar la atmósfera; el dolor se volvía insufrible y la respiración, a cada inhalación más agitada, les hacía aspirar el hedor de su propio cuerpo. En ese instante notó su orina cayéndole piernas abajo. No podía ser de otra manera, sabía que a ningún condenado se le iba a quedar una gota dentro.

Quiso no gritar, pero no pudo; en una situación como aquella, gritar era lo único capaz de contrarrestar el daño insufrible que le subía desde los pies y alcanzaba ya sus testículos, produciéndole el dolor más intenso que jamás sintió.

Antes de perder el conocimiento, creyó ver al Obispo entre los que parecían disfrutar del espectáculo. Imaginó que era una visión producida por su mente, pues su ropa no se diferenciaba de la de cualquier lugareño.

Entrecerró los ojos para distinguirlo mejor, y sintió un pavor atroz que le envolvió hasta el punto de no notar ya la quemazón del fuego; un capuchón marrón dejaba sus facciones en penumbra, recordándole al encapuchado de su pesadilla. No podía ser real, se dijo mientras dejaba el timón de su destino a expensas de la muerte.

Carlos de Marena no esperó a que acabara el acto y se abrió paso a codazos entre una multitud enfervorizada y ávida de sangre, que parecía hipnotizada por el horror.

Una vez fuera del tumulto, se volvió para contemplar el final del único hombre que hubiera podido trincar sus planes.

Pero estaba equivocado. Entre la chusma, alguien tan ambicioso como él, seguía con atención cada movimiento que hacía. Alguien que sabía tanto como él, y contaba además con la ventaja de las sombras. Alguien a quien la

experiencia, madre de la sabiduría, musitaba al oído cual sería su próximo paso.

LXI

EN BUSCA DE LA VERDAD

Anué tomó al pequeño y lo acomodó en el carro.

Rodrigo preparó los arreos y enganchó a las mulas.

—¿Está todo? —preguntó Anué.

—Descuida —contestó Rodrigo.

—¿Llevamos alimentos suficientes?

Rodrigo estaba aburrido de escuchar una y otra vez la misma cantinela.

Agitó la cabeza y le recriminó a voces:

—Me lo has preguntado veinte veces... ¡Para ya!

—Nunca está de más asegurarse.

—Anda, sube al carro y vámonos de una vez.

—¿Has metido el baúl?

—¿Vas a parar ya...?

—Disculpa, Rodrigo. Estoy nervioso... No sé qué voy a encontrar en esa...

—En esa ermita vamos a encontrar lo que llevamos ya tiempo buscando. Lo dramático es que la más interesada ya no podrá verlo. Es una verdadera pena que esos chicos y Melissende ya no estén con nosotros. Los echo mucho de menos. Es algo muy extraño, sabes...

—¿Qué es extraño?

—No te lo vas a creer, pero durante el tiempo que he estado con vosotros, me he sentido en familia. Estando al lado de Tobías, me sentí como el padre que nunca tuvo...

Si hasta se me quitaron las ganas de vagar de pueblo en pueblo... Cuando llegué a la cabaña y conocí a esa vieja cascarrabias, fui consciente de que aquel era el hogar que me había estado perdiendo. Donde se encuentre uno

con un buen fuego y una buena compañía, que se olvide de ir a salto de mata, de mercado en mercado.

—También les echo de menos —aseguró Anué—. Ya no sé vivir sin su compañía. Si me paro a pensarlo, no sé la razón que me llevó a meterme en este embrollo. Quizá esa pasión que ponía siempre Melissende cuando alguien la necesitaba se me adhirió al cuerpo... Lo cierto es que no tengo ni idea de cómo hemos acabado así; destrozados por una banda de...

—¿Tranquilízate, quieres? Eso ya no tiene remedio. Y ahora vamos a centrarnos en lo que de verdad importa y apremia. Ese Dragan no sabía lo que hacía cuando metió a su hija en este galimatías, pero ahora que la muchacha no puede descifrar esta mierda, lo haremos nosotros... Se lo debemos, aunque solo sea por su hijo.

Arreó a las mulas y exclamó:

—¡Vámonos, chicas! ¡A Rheims!

LXII

UNA CASCADA EN EL RÍO PIEDRA

El monasterio, cubierto por la neblina matinal, se iba materializando a lo lejos. El carruaje avanzaba despacio y su único viajero observaba desde el interior cómo pasaba el paisaje entre aquella bruma primaveral.

—¡Deteneos! —ordenó al conductor.

Este frenó a las mulas y quedó expectante.

—He decidido no parar en el monasterio.

—Como deseáis, monseñor. ¿Cuál es el próximo paso?

—¿Conocéis la región?

—Siento no complaceros, monseñor. Poca cosa...

El Obispo sacó el plano y releyó lo escrito al dorso.

—Y no os suena de nada, «chorros», o algo que...

—Chorros... chorros... —repitió el carretero, como si hiciera memoria.
¿No os referiréis a las cascadas?

—¿Cascadas? Es posible. ¿Dónde están?

—Junto al monasterio, monseñor. Pero si no deseáis...

—¿Y no sería posible llegar a ellas, sin...

—Daremos un rodeo, monseñor...

—No hay prisa. Dad el rodeo y conducidme allí.

Era mediodía cuando el carro paró en las proximidades de un bosque desde el cual se divisaba una montaña que parecía esculpida en roca y semejaba destilar agua.

—Esto es enorme —se quejó el Obispo.

—Tenéis razón, monseñor. Y tenéis cascadas para dar y tomar...

El Obispo resopló, se apeó y le miró inquisitivo.

—¿Cómo andamos de víveres?—le preguntó.

—Regular. Pero no hay problema. Nuévalos está a un tiro de piedra. ¿Qué buscáis, exactamente, monseñor? No es nada frecuente ver a alguien de vuestra condición, así, vestido de mendigo... ¿Estaremos mucho tiempo?

—Es una investigación que debe permanecer secreta.

—¿Secreta, monseñor?

—Tan secreta como mi anonimato.

—Capto la idea, monseñor.

—¿Cuánto tiempo pensáis que llevará revisar todas las cascadas?

—Ni idea, monseñor. Pero así a ojo, yo calculo que un par de días.

—Pues no sé a qué esperamos...

Antón Espinoza detuvo su caballo junto a la orilla y saltó de la silla. Comenzaba a anochecer. Desde allí se veía la luz de la hoguera que refulgía en el interior de una de las grutas. Esperó de corazón que el Obispo tuviera suerte y diera con el dichoso Bastón; llevaba tres días removiendo cada palmo de la zona, y nada de nada. Empezaba a notar la pesadez que suponía no poder quitarle ojo de encima y quería acabar de una vez para cambiar de aires. Aquella zona era extremadamente húmeda, y para colmo decidió privarse de una mísera fogata, con objeto de no ser visto.

Tumbó al caballo y se arrimó a él buscando su calor.

Mientras le iba invadiendo el sueño, se preguntaba si el esfuerzo que estaba haciendo valía la pena. Él no creía del todo en aquella historia del Bastón que le contó Igor.

Cerró los ojos y se repitió palabra por palabra todo lo que le dijo. Lo curioso, es que a pesar de lo grotesco de la historia, Igor se la creyó sin rechistar, y el Obispo estaba echando a perder su vida por la misma razón.

Decidió tener paciencia y esperar a que algo cambiara de matiz; después de todo, ¿qué podía perder a excepción del tiempo?

La duda acerca de que se hubiera desplazado hasta allí por alguna otra razón, comenzó a rondarle. ¿Y si no fue a buscar El bastón? ¿Y si solo estaba huyendo? La región se prestaba afín para esconderse. Pero se quitó la idea de la cabeza; ese tipo nunca abandonaría el proyecto que hizo morir a tanta gente y por el cual se lo había jugado todo; porque bien pensado... ¿qué le quedaba? Se había vuelto tan vulnerable como cualquier proscrito, y no tardando mucho, se descubrirían sus malversaciones de dineros de la Iglesia, lo que conllevaría una pena, que por otra parte estaba seguro, no pensaba

pagar. ¡No!, pensó. Tenía que estar buscando El Bastón... No le quedaba otra.

Carlos de Marena se despertó con la agradable sensación de que aquél iba a ser un gran día. La búsqueda duraba y se hacía tediosa, pero ya quedaba poco por trillar, y sabía que su premio estaba apenas a un tiro de piedra, y nunca mejor dicho.

—¿El carretero se puso en pie y se desperezó.

—Queda ya poco por explorar, monseñor... No sé qué buscáis, pero si mañana a más tardar aún no ha aparecido... no sé, no sé yo...

—¡Aparecerá! —exclamó, convencido.

El carretero, dubitativo, frunció el ceño.

—¿Tan seguro de ello estáis, monseñor?

—Es una sensación que tengo. Nos quedan dos grutas por explorar, y en una de ellas...

—¿En una de ellas, qué...?

—Creo que deberíamos empezar.

—Está bien, a veces se me olvida que es un secreto...

La gruta en la que se hallaba no era la más grande de las que habían visto, pero tenía algo que la diferenciaba del resto.

El carretero alargó el brazo hacia la cascada.

—¡Observad esa cortina de agua! —exclamó.

—¡Es espectacular! —reconoció el Obispo—. Pero yo no he venido hasta aquí para admirar el paisaje.

—¿Y no nota nada raro? —insistió el carretero.

—¿A qué os referís?

El hombrecillo señaló una roca. Esta parecía grabada.

—Observad aquel recoveco. La roca está arañada con un cuchillo. Reconozco el efecto del acero sobre piedra... Durante mis comienzos, marcas similares me indicaron que seguía el camino correcto. En este oficio no hay otra, el aprendizaje es complicado, y uno tiene que ir dejando pistas que le lleven; algo parecido a esas estrellas que nos guían en la noche. En fin, creo que ya me entendéis...

—¿Y a dónde queréis ir a parar?

El hombre suspiró y señaló el salto de agua.

—A que, o estoy perdiendo facultades, o detrás de esa cascada hay algo.

El Obispo se acercó a la cortina de agua y dio un salto, pasando al otro lado. El carretero estaba en lo cierto. Un agujero enorme se escondía tras la pantalla líquida. Se le ocurrió que era un lugar perfecto para esconder algo.

—Tenéis razón —le dijo al carretero—. A este lado, el agua no llega... Necesitaría una tea encendida. Pasádmela cubierta con alguna prenda, para que no se empape.

Minutos más tarde, apareció. El arcón era grande y no fácil de transportar, además de ser llamativo en extremo.

Los ojos del Obispo adquirieron un tamaño descomunal, y daban la sensación de ir a salirse de las cuencas.

Junto al arcón había un manajo de llaves, y sin perder un segundo abrió la tapa de siete cerraduras.

En el interior había algo parecido a una piedra oscura, brillante, pulida, alargada y cilíndrica, que mediría poco más de cuarenta pulgadas, envuelta en un hábito negro.

Fue a cogerla y sintió un latigazo por todo el cuerpo.

Extrañado, repitió, y lo mismo... Aún no entendía qué ocurría, pero se sentía pletórico de energía.

Hurgó en el interior del arcón y encontró la carta del Ermitaño. Junto a ella, dos manuscrito enrollados.

Deslió uno y se embutió en el escrito: *Rheims*.

—Rheims... Rheims... —susurró, pensativo.

Deslió el otro y lo revisó minuciosamente por los dos lados; al pie se encontraban instrucciones precisas sobre la piedra. Arriba estaba dibujado el signo de géminis.

Leyó una dirección; «*Hermitage*» . Y al final había lo que le pareció una letra hebrea, y además un aviso:

Esta es una de dos partes que conforman un todo; una fracción de poder sin límites, limitado.

Antón, paciente, esperaba a distancia, deseando que todo acabara. Tenía frío, hambre y unas ganas atroces de irse de allí con el Bastón. Aunque no le acabase de convencer el cuento de la reliquia, siempre la podría vender. A más de un tonto le serviría de adorno en su castillo. Le dolía todo el cuerpo; dormir en el suelo sin una buena lumbre que le templara los huesos, además de irritarle bastante, no le dejaba descansar.

Vio al carretero salir de la gruta y se puso alerta. Tras él, salía el Obispo, pero no pudo distinguir qué llevaba auestas, pues estaba envuelto en lo que parecía un manto monacal. Por su modo de caminar, parecía algo pesado.

Llegaron al campamento y su acompañante se puso a buscar leña mientras a él lo perdía de vista tras el carro.

Suspiró más tranquilo. Esperaba y deseaba de corazón que hubiera encontrado lo que buscaba. Era exasperante estar allí agazapado; ya le pesaban las horas escondido a la espera de lo que fuera. Lo único en verdad positivo en todo aquello —pensó—, era que el Obispo, sin saberlo ni pretenderlo, le estaba labrando el futuro.

El Obispo se metió en el carro, y tras comprobar que el carretero estaba a lo suyo, desenvolvió su hallazgo y lo colocó en hilera. Cada pieza necesitaba ser estudiada con la mente abierta y por separado, pensó, para ensamblarlas más tarde en una sola; al menos eso es lo que venían a decir las instrucciones.

Tomó el arcano, lo estudió preguntándose qué secreto podría guardar con respecto al Bastón e intentó asociarlo al signo del zodiaco. Algo sí dejaba claro el manuscrito, y era que ese cilindro metálico, solo era parte de algo más grande, y complemento de otro que no se encontraba en ese arcón. De inmediato vino a su mente el nombre de la ciudad citada: Rheims. Recogió todo y lo ocultó a la vista de quien pudiera entrar en el carro. Luego se apeó y fue en busca del carretero; este se hallaba sentado cerca de la hoguera y torraba algo pinchado en un palo.

Se sentó junto él y le miró inquisitivo.

—¿Ocurre algo, monseñor?

—¿Estáis casado?

—¿Creéis que si tuviese familia me dedicaría a esto?

—Los hay que sí...

—Yo nunca lo haría. ¿Por qué lo preguntáis?

—Necesito un conductor que conozca el camino que lleva al Reino de Francia. Lo preguntaba para saber si es posible contar con vos.

—Podría dejaros en el pirineo... Allí podríais uniros al grueso de peregrinos que regresan de Santiago... Pasaríais inadvertido entre ellos. Con ese atuendo.

El Obispo le entregó algunas monedas.

—¿Será suficiente?

El hombre puso ojos como platos.

—Hay de sobra, monseñor. Sois muy generoso... Casi podré comprar un carro nuevo.

—Necesito ir a Rheims. ¿Podrías llevarme hasta allí?

Mientras el hombre sopesaba la oferta, añadió:

—Con lo que os pague, tendréis el «casi» que os falta.

—Vuestra oferta es tentadora, pero yo desconozco los caminos franceses.

—Eso es lo de menos.

—Si eso no os importa, mi respuesta es sí.

—¿Por qué iba a importarme...? Si todos mis caminos conducen a Roma, alguno pasará por Rheims —bromeo.

LXIII

UNA VEZ MÁS, EL DESTINO

Tras duras jornadas de ruta y muchas leguas, pararon a orillas de un río para que las mulas descansaran; hacían alrededor de cuatro leguas diarias y estaban reventadas.

Rodrigo se tiró al suelo y recostó sobre la hierba.

—De aquí no nos movemos hasta mañana —dijo.

Anué se sentó a su lado.

—Estoy de acuerdo contigo, Rodrigo. Buscaré leña.

Rodrigo asintió sin moverse un ápice.

—¿Hemos avanzado bastante, sabes...? Lo preocupante son las mulas —se lamentó—. Ya no son jóvenes, y el camino les pesa. Las paradas deben ser largas y las leguas, cuando empinadas, escasas... —Bostezó y masculló—: Y como no hay más que verme, yo me aplico la receta.

—No tenemos prisa —le hizo notar Anué—. Estamos en el Reino de Francia desde hace días... Aquí el terreno es más llano y lo llevarán mejor... Tú también.

—¿Tú no te cansas?

—Claro que me canso.

—Pues no se te nota...

Anué soltó una risotada y le preguntó:

—¿Has oído hablar del camino de los druidas?

Rodrigo negó con la cabeza.

—Pues él y yo somos uno. Estoy acostumbrado.

Diciendo esto, sus ojos se empañaron; el recuerdo del día en que Victoria y Tobías huyeron por el bosque, vino a su memoria como aire fresco en un día tórrido. Revivir aquellos instantes le llenaron de energía nueva en forma

de melancolía. Y como no hay dos sin tres, Melissende le vino a suavizar las penas, acariciar el alma y endulzar las dudas. Tenía tan fresca en la memoria la voz cálida de la anciana, como el siniestro crujir de hojas secas producido por los jóvenes en el momento de su partida. Y ahora, sin ellos, veía la vida pasar, como si fuera un otoño sin final.

Se puso en pie y fue al carro a recoger a Teth. El niño era el nudo que le ataba a ese pasado mágico, y un sonido sin ruido que traía hasta él el eco de aquellos días; única resonancia capaz de ahogar el silencio de unas ausencias, que a pesar de todo, seguían presentes en su memoria.

El niño crecía ajeno al drama que rodeaba su vida, y a pesar de haber conocido la adversidad desde que nació, y de haber estado lejos de su madre durante una gran parte de su corta existencia, la pena parecía no haber encallado en su corazón, y le permitía desarrollarse feliz junto a sus dos padres.

¡Mira allí! —exclamó Rodrigo, levantando el brazo.

Anué se volvió hacia donde apuntaba y entrecerró los ojos para encuadrar mejor.

—Es una caravana —puntualizó—. ¿Serán nómadas?

—Eso está claro —admitió Rodrigo—. Son feriantes.

—Parecen bastantes y tienen muchos caballos. Deben venir buscando agua y reposo... Como nosotros.

No lejos de donde se encontraban, empezaron a parar, y los hombres fueron soltando caballos y mulas para que bebieran y pastaran en libertad.

Una niña se apeó de uno de los carros ayudada por su madre, y comenzó a corretear cerca del agua.

Rodrigo la saludo en tono jovial:

—¡Buenos días, pequeña!

La niña pareció sentir vergüenza, bajó la cabeza y sin decir palabra, se quedó mirando al suelo mientras movía los hombros desconcertada y nerviosa.

—¿Cómo te llamas, preciosa? ¿No me entiendes?

La pequeña contestó sin parar de moverse ni levantar la cabeza:

—Ziiita...

—¡Zita! Qué nombre más bonito. ¿Y tienes hermanitos, Zita? ¿Te gusta jugar con ellos?

La niña asintió. Iba a decirle algo, cuando la voz de su madre, quien se acercaba corriendo, la interrumpió.

—Zita, cariño, ¿cuántas veces tengo que decirte que a la gente no hay que molestarla?

—¡Buenos días señora! —dijo Rodrigo intentando ser amable—. Es agradable estar en Francia y poder hablar en mi idioma. No se preocupe, la pequeña no molesta.

—Ella es muy vergonzosa —la disculpó Leila—, pero a veces puede ser pesada incluso con nosotros, y tenemos que corregirla... ¡Estos niños! —añadió en tono cariñoso.

—¿A dónde se dirigen ustedes? —le preguntó Anué.

—¡Oh! —exclamó Leila—. No vamos a ningún sitio...

Paramos en todas la poblaciones y actuamos.

—¿Actúan cómo? —quiso saber Rodrigo.

—Leila fue a contestar, pero no le dio tiempo; la rosa que pareció brotar de los dedos de Rodrigo, la dejó con la boca abierta.

—¿Así? —le escuchó decir.

Ella se sonrojó, tomó la flor y olió su perfume.

—Es usted muy amable. Gracias...

La pequeña se acercó curiosa y se agarró a la falda de su madre.

—¿Me la enseñas, mamá?

Antes de que su madre contestara, Rodrigo silbó para llamar la atención de la pequeña; en cuanto ella le miró, de su mano cerrada comenzó a salir la cabeza de una cría de pájaro de vivos colores.

—Te lo presto —dijo, ofreciéndoselo.

La pequeña miró a su madre como si pidiera permiso, y al no poner esta, objeción, lo tomó con cuidado y le dio un beso en el pico con mucho mimo.

—Puedes jugar un rato con él —la animó Rodrigo.

—Son trucos muy bien hechos —dijo Leila asombrada—. Es usted muy bueno... Podría ganarse bien la vida en nuestro espectáculo. Nosotros no tenemos mago.

Señaló a Anué y añadió:

—Y su amigo también. ¿Se dedican a esto?

—Pues, no exactamente —replicó Rodrigo—. ¿Damos esa sensación, acaso?

—No sé —dijo ella con cara de asombro—. Usted con sus trucos, y él disfrazado así...

Rodrigo no pudo contener la risa.

—No es un disfraz —la informó—. Él es un druida.

—¿Un qué...?

Rodrigo entendió que desconocía incluso la palabra y sonrió a la vez que indicaba:

...—Un señor con capa vestido de blanco...

Anué le miró por el rabillo del ojo y resopló.

—Muy ingenioso, Rodrigo... pero que muy ingenioso.

La voz de Leila les hizo volverse a los dos.

—Debo irme —dijo, disculpándose—. Si necesitan lo que sea, no tienen más que pedirlo. Vamos hija, devuelve el pajarito, que nos vamos.

La niña se miró las manos y se dio cuenta de que no lo tenía.

—¡Oh! —exclamó, apenada—. Lo siento, señor.

Rodrigo le mostró su mano; por el hueco sobresalía la cabeza del avecilla.

—¿Cómo ha hecho eso? —preguntó Leila desconcertada—. Acabo de ver ese pájaro en manos de mi hija...

—Rodrigo miró a la niña, le hizo un guiño y musitó:

—Es un secreto, ¿verdad, Zita?

La niña, desconcertada, miró a su madre y asintió por asentir con un gesto de complicidad.

Leila señaló a Teth, quién dormitaba envuelto hasta la cabeza, en brazos de Anué, y apuntó:

—Esa criatura no debe aburrirse junto a ustedes dos... ¿Qué edad tiene?

—Oh, va a hacer un año —la informó Anué.

—¿Es usted su abuelo? Nosotros...

Una voz masculina la hizo volverse en dirección a los carros.

—¡Leila!

—¡Ya voy!

Miró a los dos y se despidió agitando la mano.

—Lo dicho —insistió—. Si necesitan cualquier cosa, no duden en pedirla. ¡Vamos, Zita!

A la mañana siguiente, las mulas atadas y ellos subidos al pescante emprendieron de nuevo la marcha.

Al bordear el campamento gitano, divisaron la carreta de Leila y agitaron sus brazos en señal de despedida.

¡Adiós! —gritaron a la vez.

—Zita, asida de la mano de su madre, agitaba la otra y gritaba también:

—¡Adiós, señores!

—¡Que tengan buen viaje! —les deseó Leila a su vez.

En ese momento sucedió algo insólito; Teth comenzó a llorar como si le estuvieran pinchando. No era un lloro al que estuvieran acostumbrados, era distinto, como si en ese momento quisiera advertirles de algo; como si ellos le pudieran entender o tuviesen la obligación de hacerlo.

Pero no supieron captar el mensaje de sus alaridos; no se les ocurrió ni por asomo, que intentaba alertarles de la presencia del otro; de su igual; no pensaron ni por asomo que aquel clamor desesperado era un grito de angustia; el bramido de la impotencia ante los designios del destino.

Leila le oyó berrear y se acercó al carro.

—Algún problema con su...

—No tema... —la interrumpió Anué—. Ya sabe como son estos críos.

Ella pareció reflexionar y respondió dubitativa:

—Sí, pero no deja de ser extraño que...

En ese instante, un lloro prácticamente idéntico al del niño, comenzó a oírse en su carromato.

Al escucharlo, el pequeño intensificó su lloro, y entre los dos, a coro y compás, destrozaron la calma reinante.

—Tengo que irme —se disculpó ella—. La obligación me llama... Les deseo un buen viaje.

Rodrigo arreó a las mulas y el carro comenzó a rodar a ritmo de berrinche desesperado; de una aflicción estéril volcada en lágrimas, que auguraba una despedida que les partía de nuevo, sin siquiera un triste hola.

A medida que se alejaban, los lamentos iban a menos.

—Parece que está mejor —observó Anué.

Rodrigo no contestó, sus ojos y su mente estaban lejos de allí... tan lejos como el eco de los gemidos que se iban apagando con cada rodada. Su mente estaba perdida en su lugar de destino: Rheims.

Anué se volvió hacia el campamento y agitó el brazo.

Sus gestos hicieron que Rodrigo regresara al carro.

—¿Te despides de alguien en especial?—le preguntó, volviendo la vista atrás.

—Je ne sais pas. C'est un geste involontaire.

—¿Hablas francés? Veo que no has perdido el tiempo.

—Fui lo que se llama un novicio durante veinte años.

—¿Veinte años...? ¡Qué barbaridad! ¿Y por qué tanto tiempo?

—El estudio de la naturaleza requiere años... Y no te cuento ya el de los rituales y bla, bla, bla...

—No, si lo voy teniendo claro... Es igual que la magia.

—Y dedicación también —añadió Anué—. Reunión tras reunión en bosques gallegos y de la Bretaña francesa, terminan por enseñarle a uno los secretos de la vida.

—Ahora entiendo lo del idioma. Entonces has hecho ya este camino...

—Sí, pero desde el interior del carro. Nada me suena.

—¿Y qué lugares te suenan?

—Nuestras reuniones eran cada tres años en el bosque de las leyendas: Brocéliande.

—¿Brocequé?

—Se cuenta —continuó Anué— que a ese bosque iba Merlín a buscar inspiración. A ese le gustaba estar solo o acompañado por su amada Viviana. El resto le sobraba.

—¿Iba acompañado de una mujer?

—Eso dicen...

—Entonces no creo que le dedicara demasiado tiempo a la meditación. Iba a lo que iba.

—Tienes explicación para todo. Nunca pensé en eso.

—Recuerda que soy un mago. ¿Y qué más? Continúa.

—Ya te lo he dicho, es un bosque repleto de leyendas. Se cuenta que allí se respira magia. Es un buen lugar para ti. En ese bosque te sentirías realizado —dijo entre risas.

Rodrigo también soltó una risotada; las salidas llenas de ironía con las que Anué remataba tenían una pizca de gracia que le daban personalidad a cuanto decía.

—¿Y dónde está ese bosque de cuento y leyenda?

—Ya te lo dicho... en la Bretaña, a unas treinta leguas de una población llamada Rennes. ¿Te suena?

—Para nada, pero me siento más tranquilo.

—¿Más tranquilo, por qué?

—Anué el galo y Rodrigo el mago de viaje a Rheims...

¿No inspira eso paz? ¿Ni siquiera ese bosque de Brocequé puede transmitir tanta tranquilidad y buena fortuna.

Anué explotó en carcajadas.

—¡Claro! —exclamó, jovial—. Ni pisar una mierda da tanta suerte.

LXIV

OCASO

La carreta remontaba una cuesta, y caballos y conductor estaban hastiados de camino y polvo.

—Pararemos en aquél claro —avisó el carretero.

—Me parece bien.

—¿No habéis notado nada raro?

El Obispo le miró con el ceño fruncido.

—¿A qué os referís?

Hizo un gesto con la cabeza, sin volverse.

—No miréis atrás —le aconsejó—, pero alguien está a poca distancia tras nosotros... nos sigue desde hace días.

—No puede ser... ¿Estáis seguro de lo que decís?

—Llevo muchos años en esto... Alguien viene detrás.

—Pero no necesariamente tiene que ser tras nosotros.

—Quien sea va a caballo. Debería habernos alcanzado hace días. Si le digo que nos sigue, es que nos sigue. Y sin intención de dejarse ver, claro....

—Pero vos lo habéis descubierto...

—¡Exacto! Descubierta, es la palabra...

—¿Y si así fuera... ¿Qué proponéis?

—¿Yo? Es a vos, monseñor, a quien sigue...

—¿Solo se os ocurre decir eso?

—No sé qué más podría decir...

—Hace un momento alardeabais de experiencia.

—Es que no sé cómo tomarlo... Ni siquiera sé qué os traéis entre manos, monseñor. Tampoco sé qué quiere de vos quien viene detrás. ¡Sois un misterio!

—¿Misterio? ¿Qué os induce a pensar tal cosa?

—Pues para empezar, ese atuendo. ¿Qué os proponéis al ir vestido de mendigo? Porque predicar, veo que no...

El obispo captó ironía encubierta en aquellas palabras.

—Ya os comenté que no podía decirlo... Los caminos de Dios son...

—¿Extraños? —Concluyó por él—. Viéndoos, lo creo.

Al Obispo comenzaba a molestarle tanto sarcasmo.

—¿Propone algo o no? —dijo, visiblemente irritado.

—¿Os atreveríais a abandonar este carro?

—¿Por qué?

—Os dejaré tras aquellos riscos. Escondeos, y yo iré al paso, para que se acerque y note vuestra ausencia.

—¿Y luego qué...?

—Pararé, y quién sea vendrá.

—...¿Y luego qué...?

—Vos estaréis tras él... Así podréis cazarle como a una liebre. No creo que espere sorpresas de esa envergadura.

—Me habéis dado una idea...

Una legua más allá, hicieron lo que propuso el carretero.

Antón, ignorando haber sido descubierto, continuaba confiado tras ellos, cuando vio al carretero brazos en alto pidiendo ayuda. Tuvo que parar, aunque solo fuera para disimular su sorpresa por el encuentro.

—¿Qué os pasó, buen hombre? —improvisó, amable.

El carretero se santiguó de forma pomposa.

—¡Gracias, Dios! Temí que nunca apareciera nadie. El camino es tan desierto y aburrido... Creí echar raíces...

—¿Qué os ocurrió? ¿Por qué viajáis solo? Esta ruta tan solitaria puede ser peligrosa.

Mientras hablaba, sus ojos husmeaban con disimulo y buscaban al Obispo. Se preguntó dónde se habría metido. Todo comenzó a parecerle extraño.

—Recogí a un mendigo en el camino y...

—¿Y qué...?

—Me ofrecí a llevarle a Francia, pero...

—¿Pero qué...? ¿Cómo que a Francia?

—Sí a Francia... Pero se ha escapado con mi paga.

—¿Con vuestra paga?

—Sí. Con razón se mostró tan generoso. Nunca pensó pagarme, el muy... ¡Y con mis provisiones, también!

—¿Y decís que no le conocíais?

—Hice alguna miga con él en Nuévalos. Allí buscaba algo, el muy bribón. Y creo que lo encontré, porque ni se ha despedido.

Antón, fingiendo indiferencia, se apeó del caballo y se acercó a él.

—¿Y no sabéis qué encontró? ¿Ni aun estando con él?

—No me dejó verlo. Pero ya sabéis que quien paga...

—¿Y a qué esperáis para ir tras él?

—¿Y dejar aquí a mis bestias...? Las ha adormilado, el muy... Al menos tengo suerte de que no me haya robado el carro. Además me considero afortunado.

—¿Afortunado?

—De haberos encontrado. En agradecimiento, ¿puedo invitaros a comer? Si aceptáis mi invitación, os mostraré algo que podría interesaros. Ese bastardo lo olvidó.

Antón tuvo que contenerse para no saltar de alegría.

El carretero lo notó, pero fingió no darse cuenta.

—Tengo tocineta, queso y vino... —le informó.

—¡Hecho!

Poco después estaban ante un buen fuego y acababan con todo.

—¿Os apetece más vino? —preguntó el hombre.

Antón comenzó a sentir sueño. Estaba muy cansado y la comida ayudaba al letargo. Intentó que el desconocido no se percatara de su interés, y se abstuvo de preguntarle acerca de lo olvidado por el Obispo. La falta de chispa en la conversación hizo que su mente se relajara y que todas las interrogantes quedaran pospuestas; el aburrimiento se apoderó de él y comenzó a sentirse mareado y débil.

—Más tarde —respondió—. Me siento agotado y...

El hombrecillo soltó una risita y le invitó al descanso.

—Tumbaos si deseáis... Yo no tardaré en hacerlo.

Poco después estaba inmerso en una modorra extraña; sentía que todo su cuerpo se distendía, y sin embargo era consciente de cuanto ocurría en su entorno.

El hombre se le acercó y sacudió su hombro.

—¡Eh, amigo! —exclamó sin esperar respuesta—. Al comprobar que el

ungüento estaba haciendo su labor, fue en busca del Obispo.

Antón comenzó a entender lo que estaba ocurriéndole; sentía que sus miembros iban aletargándose y dejaban de responder a las ordenes de su cerebro. Ya sin energía, bajó los párpados y lamentó haber caído en un ardid tan infantil. Entendió que su prepotencia le había traicionado... incluso más que el Obispo, y se maldijo por romper sus propias reglas: jamás confiar en desconocidos; aquella premisa había sido para él como una poderosa arma que le libró de mil artimañas en campos de batalla, y también de los enemigos que nunca faltan en las propias filas. Sin embargo aquél momento era extraño, pues los campos de combate estaban tan lejos, como cerca el enemigo amigo.

Todavía pensaba en ello cuando apareció el Obispo.

Imaginó su risita demoníaca al saber de su impotencia y quiso ponerse en pie. Pero fue inútil. Estaba agarrotado y apenas sentía su cuerpo.

El Obispo se acercó y le observó, curioso.

—Todos sois igual... —dijo mientras le daba con el pie en la pierna para asegurarse de su parálisis—. Confiáis en vuestra destreza en el manejo de las armas y menospreciáis la estrategia de quienes dirigimos vuestros destinos sin que seáis conscientes de que sois vulgares marionetas a nuestro servicio.

Aquellas palabras hicieron que a Antón se le acelerara el corazón; único órgano de su cuerpo que parecía tener movilidad, pero entendió que tenía buenos fundamentos en los que apoyarse para expresarse de aquel modo, y no pudo sino elogiar mentalmente su inteligencia. Todos los que como él vivían de la muerte, eran simples títeres en manos de energúmenos que vivían también de ella pero sin exponer sus cuerpos; para tan distinguida tarea había infelices con más pasión que cerebro dispuestos a morir por honor, entre los que se incluía, o por un terruño a su nombre en el cielo.

—En el fondo —continuó el Obispo—, la serpiente es la fuente de la sabiduría; ¿qué hubiera sido del mundo si ella no hubiese tenido una estrategia de crecimiento bien planeada?...Sin su astucia, nuestros ancestros estarían a la sombra de un manzano repleto de frutos prohibidos y sin catar. En fin, espero que entendáis que no hay manzanas que no puedan ser mordidas, ni gusano que no desee una en propiedad. Solo hay que proponérselo.

Antón pensó que en eso también tenía razón; entre el gusano y la serpiente, el Obispo era difícil de encasillar.

Sus inquietantes palabras retumbaron como truenos y le sacaron de sus

pensamientos.

—Eso que atenaza vuestro cuerpo, se llama cicuta. Es una planta que uno encuentra en cualquier parte... hasta en las cunetas de los caminos, y tan efectiva como si solo fuera digna de reyes... porque si en algo estaremos vos y yo de acuerdo es en que es un arma mucho más poderosa que una espada... A estas alturas no podéis negármelo.

Su debilitado corazón sufrió una convulsión. La cicuta era un veneno letal, y sabiamente utilizado podía alargar la agonía. Manejado con maestría se utilizaba también en los campos de batalla, para mitigar el dolor de las heridas y de los que esperaban la muerte. Pero mal manejado...

La voz del carretero interrumpió sus cavilaciones.

—Un momento, un momento... —exclamó, bajándose de la carreta a trompicones—. Vos me asegurasteis que el mejunje era una adormidera, monseñor.

—¡Y lo es! —ratificó el Obispo—. Solo que no precisé su duración.

—¡Pamplinas! —protestó, agitando la bota de vino.

—¿Osáis poner en entredicho los designios de Dios?

—Yo, monseñor, no pongo nada en entredicho. Pero vos me asegurasteis que no le haríamos ningún daño... la palabra es la palabra. Y ahora me entero de que es cicuta.

El Obispo arrugó el entrecejo.

—¿Y qué sabéis vos de la cicuta... acaso la conocéis?

El carretero jugó unos segundos con una verruga en el centro de su nariz, que atraía a los ojos como la mierda a las moscas. Respondió sin dejar de toquetearla.

—¡Todo lo que hay que saber, menos su aspecto. Si lo hubiese conocido, no habría accedido a dárselo a este...

—¿A este qué...?

—A este desgraciado. —Le apuntó con el dedo y dijo en tono compasivo—: No le deseo ningún mal... Miradlo y juzgad vos mismo. Está paralizado por completo...

—Y hace muy bien.

—¿Cómo que hace bien, cielo santo...? La cicuta le ha dejado duro de pies a testa. Tiene tal parálisis en cuerpo, cabeza y músculos, que no podría ni aguantarse un pedo sin cagarse, así tendrá el esfínter de engarrotado... Tened clemencia, os lo suplico. ¡No puede ni apretar el culo!

—Es tarde para eso. Tiene una cita con su destino.

El hombrecillo se inclinó sobre Antón y pidió perdón con la mirada. De haber podido, Antón le habría dado las gracias por tan noble gesto, pero no tenía fuerzas ni para ponerle buena cara... de haber conseguido abrir la boca, ya no hubiese podido cerrarla. No guardaba rencor hacia él; de hecho, si hubiese podido le habría avisado acerca del cuchillo que descendía con rabia hacia su cuello, más no consiguió ni mover los ojos. Eso le hizo perder la poca esperanza que le quedaba.

El carretero cayó sobre él con cara perpleja y ensangrentado; del corte en la yugular manaba sangre como de una fuente. Al parecer no era el único que había subestimado al Obispo. El país estaba lleno de ilusos, pensó.

Aún se lamentaba de su pésima suerte, cuando la voz atiplada del Obispo se dejó oír, poniéndoselo peor:

—Y de vos me despido también.

Antón cerró los ojos y se encomendó al destino que le aguardaba tras el golpe siniestro de la daga que le venía a rematar. Era tarde para todo menos para recordar la vida que le había tocado en suerte; una vida gris, de la que no se sentía orgulloso, pero tampoco insatisfecho... Siempre fue, nunca intentó engañarse, un superviviente a salto de mata; un sin techo y sin familia, que había visto los lados con punta de las cosas; las esquinas cortantes de la vida y de la muerte, sintiéndose en la obligación de escapar de los problemas a base de acero forjado. ¿Qué hacer si no?

En apenas décimas de segundo, recordó su comienzo como soldado de rapiña; no sabía si se debía al efecto del veneno, la cicuta, sabido por todos, era alucinógena, o al de la proximidad de una muerte que caía sobre su cabeza sin que pudiera evitarlo más que con el pensamiento. Sin embargo todo parecía contradictorio, esos recuerdos eran tantos y tan vivos, que parecían animarle a dejarse llevar.

No podía cerrar los ojos, pero dejó de sentir y percibir cuanto le rodeaba. Mientras se desangraba, rememoró un viejo refrán que le acompañó en cada batalla que libró:

De tal vida, tal muerte.

LXV

BÁCULOS DEL CIELO

TRES MESES DESPUÉS

—Las mulas están agotadas —apuntó Rodrigo—, hay que hacer un descanso.

—Ya casi estamos.

—Aun así debemos parar. Conozco a mis mulas... Tú deberías conocerlas también, llevas mucho andado junto a ellas.

—¡Vamos, Rodrigo! Son ellas las que andan...

—Ahí quería yo llegar —remató Rodrigo. Y chascó la lengua.

Anué suspiró. Rodrigo no era un mal tipo, pensó, pero siempre que podía, le acosaba con sus juegos de palabras. Era como un entretenimiento para él. Aún así, lo que no podía negarse es que se preocupaba mucho por sus mulas y se desvivía porque estuvieran siempre frescas.

—¿Ya estamos con tu pasatiempo favorito? —dijo.

Rodrigo se levantó y apuntó a lo lejos con el brazo.

—¡Mira allí... Las murallas!

Anué levantó el culo y se puso la mano de visera.

—¡Por fin —dijo, como suspirando—. Creí que nunca llegaríamos.

—¡Rheims, no te escondas! —exclamó Rodrigo, vivaz.

El carro se detuvo frente a un monumento grandioso y ambos saltaron del pescante como si les picara el culo.

—Fíjate en eso, Rodrigo.

—Es algo colosal, lo reconozco.

Una imponente catedral parecía crecerse ante ellos a medida que levantaban la vista.

—¡Maravillosa, diría yo...!

—Bueno —admitió Rodrigo—. Tú siempre tienes que ser más y decir la última palabra. ¡Que sea maravillosa!

—¿Pero te parece maravillosa o no?

—Por supuesto, hombre de Dios... ¿No te he dicho ya que me parece colosal?

—Mira —refunfuñó Anué—, vamos dentro, anda...

Rodrigo le miró inquisitivo.

—¿Te apetece ver el interior, Anué?

—Pues claro que me apetece. Pero en realidad estaba pensando en preguntar por la ermita. Si alguien sabe con certeza dónde hay una ermita, debe estar ahí dentro.

—No me parece mala idea. A veces piensas...

—Siiií... para dejarle algo de tiempo libre a tu cabeza.

—¿No irás a negar que te he traído hasta aquí fresco y lozano?

—Nos han traído las mulas.

—Pero son mías...

—No sé cómo te agunto. Anda, coge al niño y vamos dentro.

La ermita se encontraba a una legua al este de la ciudad y estaba en perfecto estado de conservación. No era grande ni imponente; en realidad pasaba desapercibida entre los altos árboles que la resguardaban. Sus muros cubiertos de musgo parecían querer protegerla de las miradas curiosas y transmitían la sensación de que fuera una continuidad del bosque; aun con eso, la cruz de piedra que se alzaba a lo alto del tejado le daba un cariz suntuoso que atraía las miradas como luz en la oscuridad..

Anué saltó del carro y se desperezó.

Rodrigo le imitó y se acercó a las mulas para acariciar sus grupas; tras estimularlas con palmaditas se asomó al interior de la carreta y comprobó que Teth dormía. Fue a retirarse con sigilo para no despertarle, pero la voz grave de Anué rompió la calma y sus nervios.

—No ha sido difícil dar con ella —dijo—, es la única.

—¿No sabes hablar sin gritar? —gritó a su vez.

—Solo decía que es la única ermita en los alrededores. Y además no tiene nombre... ¿no te parece curioso?

—Si se despierta, le duermes tú...

—Lo siento, estoy nervioso... ¿Tú no?

—Pues claro que estoy nervioso. Llevo todo el viaje al borde de un ataque de nervios. Y este silencio...

—Yo he meado tres o cuatro veces, y aun así no se me quitan las ganas... Es un sin vivir.

—No me tires de la lengua. ¿Entramos de una vez?

Anué fue hasta la puerta, agarró el pomo y se volvió.

—No sé qué nos espera ahí dentro... pero creo que me dará algo si no lo averiguo pronto.

Cuando tiró de la hoja de madera, una voz retumbó al mismo tiempo que sus estridentes chirridos, animándoles a entrar. Parecía estar esperándoles en la penumbra.

—¡Entrad, entrad! No debéis temerle al azar. Tampoco al infortunio. Estáis en el camino correcto y este debe ser andado.

—¿Acaso sabéis quienes somos? —le preguntó Anué.

—No. ¿Debería saber quiénes sois? A los ojos de Dios, todos somos iguales.

—¡Ya...! —suspiró Rodrigo—, pero a lo que mi amigo se refiere...

—Sé a lo que ese hombre se refiere —le cortó la voz.

Rodrigo y Anué se miraron estupefactos. Oían sin ver a su interlocutor; la voz retumbaba entre las paredes, y el vacío de la edificación, apenas amueblada con bancos de madera carcomida y un pequeño altar lleno de velas, no amortiguaba, sino que amplificaba el sonido.

—¿Estáis seguro de saber quiénes somos?

—¡Eso digo yo! —opinó también Anué.

—Hace tanto tiempo que nadie se deja caer por aquí...

Nadie que no tenga un buen motivo lo haría. Tenemos la Catedral Notre Dame de Rheims, un monumento único.

—¿Qué queréis decir con eso?

Las pisadas que comenzaron a oírse parecieron surgir del fondo del santuario y se aproximaron hasta ellos con cautela hasta que, saliendo de las sombras, adquirieron la forma de un monje.

—Que cuando se trata de rendir culto —explicó—, la gente prefiere la ostentación; piensan que a nuestro Dios también le gusta el lujo.

Anué y Rodrigo se miraron desconcertados.

—¿A dónde queréis ir a parar...? —sondeó Rodrigo—. No pretenderéis que creamos que...

—¿Qué sabía que apareceríais? —le cortó de nuevo.

—¿Nos esperaba o no? —le hostigó Anué.

—No.

—¿Así de tajante? —se sorprendió Rodrigo—. Hace la friolera de un segundo, ha dicho que sí...

—Acompañadme y lo comprenderéis —les invitó a ir tras él, dándoles la espalda y comenzando a caminar.

Al fondo, tras el altar, había unas escaleras de caracol que les condujeron hasta un sótano repleto de cirios. Un gran cofre de madera reforzado de metal gris se hallaba cubierto en parte por una tela de seda color carmesí.

El lugar resultaba tan tétrico como acogedor, y todos los cirios parecían augurar el misterio que se escondía en el arcón que parecía presidir la cueva.

Rodrigo se acercó al cofre y pasó la mano por la tela.

—La sangre... —dijo el monje.

—¿La sangre? —exclamó, apartando la mano como si lo fuera.

—Ese color simboliza la sangre, y por tanto, también la vida —le aclaró—. La vida y la sangre son lo mismo, y están tan estrechamente unidas como la miel y las abejas; ambas se necesitan hasta el punto de no ser nada las unas sin la otra.

Anué y Rodrigo cruzaron una mirada de complicidad. Aquel individuo, pensaron al unísono, tenía desarrollado el sentido del humor. La anécdota les hizo observar con más atención sus rasgos; se trataba de un anciano de cara regordeta; su barba blanca le llegaba hasta la cintura y su escasa altura la ayudaba a darle el aspecto de un gnomo... Sin embargo, sus gestos transmitían confianza y seriedad; daban la sensación de querer agradar sin perder decoro.

—¿La miel y las abejas, eh? —repitió Anué con ironía mientras se rascaba el cogote.

—La sangre y la vida —adjuntó el monje.

Rodrigo acarició de nuevo la tela y preguntó sin mirar a nadie; como si la respuesta que esperaba, solo la supiese dar el cofre que protegía.

—¿Y eso es todo?

El monje tomó una llaves que estaban colgadas en una tachuela, fue hasta el cofre y retiró la tela.

—Debo deciros algo... —Lo dijo en tono grave, como si quisiese advertirles.

Rodrigo y Anué se miraron intrigados.

—Aunque recibí instrucciones de nuestro maestro, no sé lo que este cofre esconde —confesó—. Me he limitado a protegerlo durante años, sin saber con certeza cuál es la razón de...

Ahora se miraron perplejos.

—¿Maestre? —exclamaron al unísono.

El monje asintió con la cabeza.

—¿Les sorprende lo que acabo de decir?

—¿Cómo que maestro...? —reaccionó Anué con gesto de sorpresa.

—Dragan me dio instrucciones... pero no fue más allá de eso. Lo que quiero que entendáis es que...

Ambos repitieron corte, gesto y pregunta de estupor:

—¿Dragan?

—Observo que vuestra sorpresa va en aumento...

—Y deduce bien —le hizo notar Anué.

—Lo corroboro —afirmó Rodrigo, rotundo.

—Dragan me dio órdenes claras y concisas: entregarle el contenido de este cofre a quién viniese de su parte.

—¿Y cómo sabéis que es así?

—Si hubieseis visto vuestras caras cuando he dicho su nombre, lo entenderíais...

—Aún con eso, no es suficiente —le reprochó Anué.

—¿Ah, no...? ¿Por qué?

Anué soltó una risotada y apuntó al arcón.

—Podríamos ser impostores y llevarnos ese cofre con una facilidad pasmosa. No puedo creerlo...

—¿Entonces deberéis alabar mi intuición, no?

Anué inspiró profundo y replicó:

—Tenéis suerte de que no seamos...

—No tanta... —le interrumpió, haciendo un gesto con el dedo para que le siguieran.

En una de las esquinas, paró y les advirtió:

—Cuidado con resbalar, la piedra está húmeda.

Se miraron perplejos. Su desconcierto tocaba frontera cuando el monje abrió otra trampilla de madera y pidió que descendieran por una escalinata que conducía a otra cueva; esta se hallaba en completa oscuridad.

—Una vez dentro observaron que había un cofre y un tejido idéntico que le cubría.

—Ahora empiezo a conocer a Dragan —dijo Anué.

—¿A qué os referís? —se asombró el monje.

Anué mostró dos dedos y comenzó a enumerar:

—Dos túneles, dos versiones, dos leyendas... el signo de géminis, dos cofres, dos historias... ¿Qué más podemos esperar? Todo va de dos en dos; hasta dos cuevas...

El monje tomó otro juego de llaves que estaba colgado en la pared y abrió el arcón. En su interior había un palo largo y arrugado, un manuscrito, y sobre él un legajo que envolvía otro manojó de llaves.

—¡Eso es un palo! —exclamó Rodrigo.

Anué se atusó la barba, pensativo.

—¿Todo esto por una mierda de rama? —masculló.

El monje carraspeó y les informó:

—Dragan era el gran maestro de la Orden de Teth.

Ambos se miraron no saliendo de su asombro, pero el monje no les dio tiempo a abrir la boca y continuó:

—El hecho de que estén aquí, significa que ya habrán deducido que esa letra tiene un simbolismo transcendental que va más allá de su mera interpretación.

—Lo nuestro nos ha costado —masculló Rodrigo.

—Como les iba diciendo —siguió el monje—, Dragan era nuestro maestro. Viajaba hasta aquí cada dos años.

Rodrigo chascó los dedos como si hubiera visto la luz.

—¡Claro. Si no es cada dos, le hubiese dado algo...

—Sus instrucciones eran claras: si no aparecía por aquí en el día señalado, significaba que estaba muerto y que el cofre debía ser protegido en extremo hasta que lo hiciese alguien en su lugar... No es necesario que diga que faltó a su última cita.

—La Orden del Bien Oculto —matizó Anué.

El monje enriqueció su apreciación:

—La Orden de la Vida.

—Y de la muerte —se lamentó Rodrigo—. El camino hasta aquí se ha cobrado tres vidas que no tenían precio.

—Reconozco que tenéis razón —convino el monje—, pero ya no podéis hacer nada, a excepción de salvaguardar la vuestra. ¿A quién de los dos está destinada la vara?

—Según el deseo de Dragan, a su hija Victoria, pero...

—Entiendo. ¿Había alguien más en la lista?

Ambos se miraron y contestaron a la vez.

—¡Su hijo!

—Dragan no tenía hijos —les corrigió.

—Pero sí su hija —le informó Anué—. Y para colmo, se llama Teth...

—El monje meneó la cabeza y suspiró risueño.

—El maestre no daba puntada sin hilo —reconoció—. Os indicaré lo que...

Rodrigo frunció el ceño y le refrescó la memoria.

—¿No dijisteis que no teníais información acerca del contenido del cofre?

—Recordad que aquí imperan siempre dos versiones.

—¡Claro! —exclamó, propinándose un capón—. ¿Qué estaría pensando yo?

El monje rió la gracia a la vez que metía la mano en el cofre y sacaba un legajo enrollado.

—Este manuscrito nos informa sobre la existencia de otro bastón con idéntico poder —les informó.

—¿Idéntico? —exclamó Rodrigo—. Disculpadme, con tanta sorpresa, me he perdido.

—Idéntico en poder, pero no en apariencia... —aclaró el monje levantando el dedo índice—. Sin embargo, esos poderes no son determinantes por separado. Deben estar unidos en uno solo, para ser del todo efectivos. Son puro complemento y a la vez contradicción.

—Definid contradicción, os lo ruego.

—Como habéis visto, este es de madera... y según los datos que poseo acerca del otro, sé que es pétreo tirando a metal. Parece de locos, pero es lo que se dice. A Dragan le gustaba lo dual y en apariencia incoherente. quizá fue su gusto por lo retorcido, lo que le condujo a descubrirlo; la madera, no es necesario que os lo diga, nunca fundirá con una piedra ni con un metal... son tan discordantes y antagónicas como el bien y el mal, o como la muerte y la vida; como la luz y la oscuridad. Pero no significan nada la una sin la otra; las dos partes se complementan en una sola; las unas activan y dan sentido a sus contrarias. En la hora de la verdad, son dos caras de una misma moneda... Y así se activa el bastón. ¿No podía ser de otro modo, no? Pero volviendo a Dragan y a su manera de ver las cosas, tengo que reconocer que su método fue efectivo; tanto lo fue, como lo será su reliquia cuando esté completa.

—¿Efectiva para qué? —preguntó Anué.

—Pensad y sabréis. Recordad cada paso hasta llegar al lugar donde os encontráis y deducid; las respuestas están ahí, perdidas entre vuestras vivencias.

—¿Puedo hacer una pregunta? —dijo Rodrigo.

—Adelante.

—En el cofre hay un habito parecido al vuestro.

—Parecido, pero no igual, ¿cierto?

Rodrigo hizo una mueca y encogió los hombros.

—¿Tiene eso alguna importancia?

—En efecto. Mucha.

—¿Mucha?

—Es el habito del gran maestro... Una vez conseguido el bastón, el siguiente paso es hacerse cargo de la Orden.

—¡Ah, sí...!

—Pero eso solo es posible estando en posesión de sus dos partes. El reconocimiento completo de los hermanos pertenecientes a la Orden, no se dará en su totalidad, si a priori la reliquia no está completa en poder de su líder.

Anué carraspeó y le preguntó:

—¿Y dónde se encuentran esos... «hermanos».

—Los hermanos están por todas partes y pertenecen a todas las ramas sociales; la Orden no es nueva. Pero solo se reúnen aquí cada dos años. — Señaló el cofre—. En un rollo de los que se encuentran ahí, están sus nombres, su rango en la Orden y en la sociedad, sus genealogías, sus...

—¡Qué interesante! —le cortó Anué.

El monje chascó la lengua y concluyó:

—Pero por el momento todo está en el aire... debéis ir tras la otra mitad de la reliquia; una vez completa, esta le otorgará a su poseedor, poder absoluto y...

—¿Qué más se puede desear cuando se tiene el poder absoluto? —le cortó de nuevo el druida.

—La vida eterna, hermano... La vida eterna. Lo que a nadie se le ocurriría esperar, lo que no es de este mundo y buscan los soñadores. Lo que busca El Ermitaño con su candil.

—¡Uf...! —exclamó Anué—. Si eso es cierto...

—Eso dice la leyenda... pero lo lógico es pensar que se trata de algo metafórico. Nosotros los hermanos de Teth así lo creemos. No obstante es

una incógnita. Esas partes nunca estuvieron juntas para comprobarlo, o eso se cree.

Anué y Rodrigo se miraron como si dudaran de cada palabra que salía de la boca del monje. Era una locura sin sentido; tan absurda como enmarañada.

—¿Y si no la encuentra? Teth, apenas tiene meses...

—El bastón tiene que ser guardado y protegido hasta que él descendiente del maestro tenga edad. Pero no será en este lugar. Yo soy mayor y me encuentro cansado. No podré custodiarlo mucho tiempo, y hay muchísimos cazadores de esta leyenda. Dragan previó sus intenciones y nos previno sobre ellos; con toda seguridad causantes de su final.

—¿Y creéis que nosotros estamos verdes...? ¿Por Dios, no ve que somos dos vejestorios?

—A vos os noto machacado —le dijo a Rodrigo—, no a él... Se le ve un viejo bastante fuerte.

A Rodrigo le chirrió el amor propio, pero no tuvo más remedio que aceptar que el druida tenía mejor estampa y menos abolladuras.

—¿Y luego qué...? —preguntó.

—Ambos le instruiréis y le haréis culto... Después, él sabrá qué hacer. La vara le pertenece por legado.

—Y después de tanto tiempo, creéis que...

—Según esta leyenda, la posesión de una de las partes del bastón, concede un «día» de vida, que tendrá forzosamente que dedicarse a buscar la otra, caso de que no se tenga.

—¿Un día...? —exclamaron a la vez.

El monje fue hasta una estantería y tomó la biblia. La abrió, buscó una página determinada y se la mostró.

Rodrigo y Anué casi metieron las narices en el libro.

—¿Entendéis lo que dice?

El texto estaba claro, otra cosa es que fuera real. Eran los hechos de los apóstoles.

Pedro 3: 8- decía:

Además, queridos hermanos, no olvidéis que para Jehová un día es como mil años, y mil años como un día.

Anué carraspeó y titubeó.

—Debo confesar que no soy adicto a ese libro.

Rodrigo solo carraspeó; no tuvo que decir nada.

LXVI

SUEÑO ETERNO

Carlos de Marena se apeó del carro y miró la catedral. Solo la miró, no admiró, pues una obra como aquella, por muy colosal que fuera, se le quedaba pequeña a su sueño de grandeza. Tenía claro que, dadas las circunstancias y a cómo habían ido desarrollándose las cosas, ser el Papa de Roma no era ya una opción, pero si conseguía el Bastón, ese trono se le quedaba estrecho; darle órdenes al Papa y a los reyes de la tierra, era mucho más estimulante.

No tuvo problemas para averiguar dónde se situaba la única ermita, y tras comer algo en una fonda próxima al templo, se dirigió hacia allí sin perder tiempo. Estaba del camino hasta la tonsura y quería acabar cuanto antes. Las cosas habían cambiado mucho desde que comenzó todo, pensó; él ya no se sentía el mismo ni volvería a serlo. Las personas fueron pasando por su vida como las noches y los días; iban y venían sin dejar apenas rastro. Las noches se habían vuelto para él más oscuras y su descanso ya no era tan efectivo, pero lo tomaba como mal colateral, y se esforzaba en convencerse a sí mismo de que nunca había hecho nada que no requiriese ser hecho por el buen ir de su proyecto. Nunca olvidaría el gran coste de encontrarse donde se encontraba y esperaba que hubiese valido la pena el esfuerzo de dejar a tanta gente en el camino.

Cuando llegó a la ermita nadie le esperaba; ni siquiera el ruido ni el retozar de los caballos alertaron a su único y solitario morador, que se encontraba tendido sobre una de las banquetas del santuario y descansaba del sacrificio agotador de haber custodiado el cofre durante dos largos años. La espera fue larga y tediosa, y al fin podía dormir.

Lo que no imaginaba es que su sueño sería eterno; tan eterno como la vida

atribuida al Bastón.

LXVII

ADIOS, MAESTROS

DIECINUEVE AÑOS DESPUÉS

Teth terminó de echar tierra sobre la fosa y lanzó una rosa sobre ella; una flor sin vida que representaba tanto a la muerte como al amor y pasión que sentía por quién se hallaba enterrado bajo ella. Después lanzó lejos la pala y se tapó los ojos para no verla más, como si fuese maldita.

Se dirigió a la cabaña y recogió cuántos libros estaban sobre sus estantes, los metió en la carreta, se volvió a las fosas que testimoniaban que allí hubo vida y las observó en silencio como si fuera la última vez que iba a estar allí en compañía de quienes habían sido para él, tanto padres como instructores y maestros.

Las lágrimas brotaron de nuevo de sus ojos; cinco años míseros, en tan sólo media década había perdido todo lo que le ataba a aquél lugar paradisiaco; cuánto amaba iba a quedarse allí para siempre, además de en su corazón.

La morada que le había cobijado durante toda su vida.

Los momentos inolvidables en ella. Sus juegos y duro aprendizaje. Los semblantes de sus maestros se quedaron grabados en su memoria y en su corazón para siempre.

Tras meditar durante horas, encendió una antorcha y prendió cuanto había significado algo en su vida.

Las llamas de la cabaña aun no habían desaparecido, y a través del crepitar del fuego parecían decirle adiós al unísono antes de fundirse con las nubes, recordándole a su pesar, que nada escapa al implacable destino.

Se volvió, contempló la columna de humo ascendente y creyó volver a un

pasado que se resistía a desaparecer, mezclándose sin que entendiera por qué, con el presente.

Eso le recordó al otoño, él sabía lo que significaba; era como adentrarse en el corazón de lo desconocido; desde el otoño pueden percibirse el frío que se acerca y el calor que se va. Se sentía como entrando en él; pisando hojas y ramas secas que, con sordos crujidos, iban rompiendo las notas del silencio. Los colores ocres fueron ocupando su mente con ese matiz de tránsito que conduce al frío y no tardaría en dar paso al agrisado tono invernal, completando un ciclo.

Pero ahora sólo imaginaba la caída de la hoja y de un verano que escribía con sangre la fase más importante de su vida; por ahora sólo era capaz de oír los débiles latidos de la estación que augura el final de las cosas.

Durante su singular adiestramiento aprendió que todo tiene dos lados, así como dos formas de razonarse, siendo lo mismo y a la vez opuesto; siendo distinto pero con la misma esencia. Que incluso el cambio está sujeto a la ley del cambio, ya que todo regresa a su origen para volver a empezar. Que hasta el corazón se infla y se desinfla para que la vida siga, y que el universo infinito se expande y contrae como un corazón gigante. Entendió que ese flujo y reflujo; ese irse y volver, es la maquinaria que el orden utiliza para que nada cambie... para que todo siga siendo igual, gracias a dejar de serlo. Supo, que hasta la vida y la muerte están irremediabilmente encadenadas a ese flujo y reflujo, constituyéndose en semilla, siembra y cosecha, en el campo de la existencia... Que como todo, la justicia tiene también su emulador y que el bien y el mal pueden fundirse en uno solo... Que la sabiduría y la estupidez no tienen acepción ni la tendrán la una sin la otra... Que el Orden y el Caos; noche y día de la razón y de la cordura, tienen su máxima exponencial en la alegoría crepuscular; «dos luces en una sola» y que detrás de ese irse y volver; detrás de esos cambios imprescindibles para que todo sea y siga igual, se esconde una ciencia que no tiene nombre. Lo que no tiene fondo... Lo insondable; que es al mismo tiempo luz: Luz de Nada que parece emerger de ninguna parte pero que surge desde el Todo... La luz fantasma que alumbra la mente de los genios.

Sabía bien que solo en casos excepcionales se permitía romper las reglas forzando el quiebre de su rigidez, y que ese momento mágico estaba a punto de acontecer, como sucede la luz a la oscuridad.

LXVIII

AURORA

Apenas cumplidos veinte años, conocía el lado oscuro de las cosas, los secretos de la magia, de la alquimia y de la niebla opaca que las custodia. Conocía los senderos no escritos del viento y del agua, el vocabulario de la Tierra, de los árboles, de las plantas y de la lluvia que las baña, la sabiduría secreta de las piedras, la enigmática expresión de la luna sobre las mareas y la agudeza impenetrable de la poesía que la envuelve. La semilla del conocimiento, le había sido inculcada desde la cuna y había germinado en él como una majestuosa flor; como la Rosa, madre de la pasión y de todos los secretos, desarrollando en su fértil mente y encumbrándole desde la descomunal profundidad de un abismo sin nombre hasta el mismo cielo de la vida.

Leía el curso vagabundo de las esferas, y palpitaba en su pecho el corazón inmortal del universo, como si fuera una sinfonía eterna.

Siempre al filo cortante de la ciencia, buceó desde su más tierna infancia en el conocimiento prohibido de los druidas y de las trovas que inmortalizaron las liras de los bardos.

Pero en las sombras de la noche, sentía dentro de él la silenciosa llamada de la sangre...

Después de poner las correas a las mulas subió al carro y avanzó hasta alcanzar una loma desde la que se veía un espectáculo tan desmoralizante como inapelable.

Habían ardido sus recuerdos.

Había ardido su pasado.

Se había quemado toda su vida.

Ni durmió ni lo intentó pero al amanecer, con el astro apareciendo entre

las colinas y esparciendo sus rayos del color del fuego por todo que tenía a la vista, sintió que se había transformado en alguien distinto.

Miró al horizonte y la luz le susurró que la aurora era el principio; un nuevo amanecer; la alborada de todo.

*La lógica te llevará de la A a la Z.
La imaginación te llevará a donde
quieras.*

ALBERT EINSTEIN

CONTINUARÁ

EL SEÑOR DE LOS DÍAS

La leyenda de Teth

PRIMERA PARTE

7	PRELUDIO
25.....I	EL RINCÓN DE LA BRUJA
53.....II	LAS TRES CAJAS
61.....III	ANUÉ
71.....IV	LAS ESQUINAS DE LA TIERRA
89.....V	VERSOS DE MUERTE
93.....VI	VISNÚ
105.....VII	VUELTA ATRÁS
109.....VIII	ENCRUCIJADA
133.....IX	EL PASO DE LA ESPERANZA
139.....X	LA FUERZA DEL DESEO
153.....XI	LOS APOSENTOS DEL DIABLO
159.....XII	LAS PUERTAS DEL CIELO
163.....XIII	ARCHIBALD
169.....XIV	UNA CASA EN LAS AFUERAS
179.....XV	UNA POSADA EN LA PLAZA
183.....XVI	ENCUENTROS
189.....XVII	REENCUENTROS
205.....XVIII	ERROR
213.....XIX	EL NORTE
241.....XX	LA BÚSQUEDA
249.....XXI	EL REGRESO DEL VENCIDO
261.....XXII	SINTIENDO LA NADA
265.....XXIII	UN ENCUENTRO AFORTUNADO
287.....XXIV	ENCONTRARSE OTRA VEZ
297.....XXV	LA MENTE OSCURA
321.....XXVI	EL CALOR DE UN HOGAR
327.....XXVII	LA PRESA
343.....XXVIII	UNA NENA ABANDONADA
359.....XXIX	NOTICIAS DEL AGUA
379.....XXX	HISTORIA DE UN MAGO
389.....XXXI	VIAJE A LOS RECUERDOS
407.....XXXII	EN LOS DOMINIOS DEL MIEDO
423.....XXXIII	PIEDRAS MUERTAS
429.....XXXIV	CRÓNICAS DE UN SABIO
443.....XXXV	REVELACIÓN
471.....XXXVI	VOLVER A EMPEZAR
477.....XXXVII	PREMONICIÓN
505.....XXXVIII	HUIDA HACIA EL MUNDO
515.....XXXIX	LA VARA DE LA DISCIPLINA

523.....XL	EL SEÑOR DEL BOSQUE
537.....XLI	EL UMBRAL DE LA VIDA
541.....XLII	EL NIÑO INTERIOR
547.....XLIII	OJOS EN LOS ÁRBOLES
555.....XLIV	EL MAESTRO DE LA MUERTE
561.....XLV	NUEVO COMIENZO

SEGUNDA PARTE

567.....XLVI	MONTE MISTERIOSO
587.....XLVII	LOS ESCOMBROS DEL PASADO
593.....XLVIII	HIJOS DE NINGÚN DIOS
605.....XLIX	CRUCE DE CAMINOS
631.....L	UNA CARRETA EN LA OSCURIDAD
635.....LI	EL MENSAJERO
639.....LII	DESPEDIDA
657.....LIII	SUEÑOS DE GRANDEZA
663.....LIV	LA SOMBRA OSCURA
667.....LV	SIN SALIDA
671.....LVI	NÓMADAS
681.....LVII	EL PACTO
685.....LVIII	ACUSACIÓN
687.....LIX	UNA LEYENDA MÁS
691.....LX	CUANDO LLEGA LA HORA
699.....LXI	EN BUSCA DE LA VERDAD
701.....LXII	UNA CASCADA EN EL RÍO PIEDRA
709.....LXIII	UNA VEZ MÁS, EL DESTINO
717.....LXIV	OCASO
725.....LXV	BÁCULOS DEL CIELO
737.....LXVI	SUEÑO ETERNO
739.....LXVII	ADIOS, MAESTROS
743.....LXVIII	AURORA

OTROS TÍTULOS DE ESTE AUTOR

.....**PEREGRInoS DEL fin DEL MUNDO** *novela*

REFLEXIONES POÉTICAS en la oscuridad *poemario*

UNiversoSINfronteraS *poemario*

PALINGENESIA *relato corto*

j.serrano47@gmail.com
joaquín-serrano-díaz.es

AKIM777s

